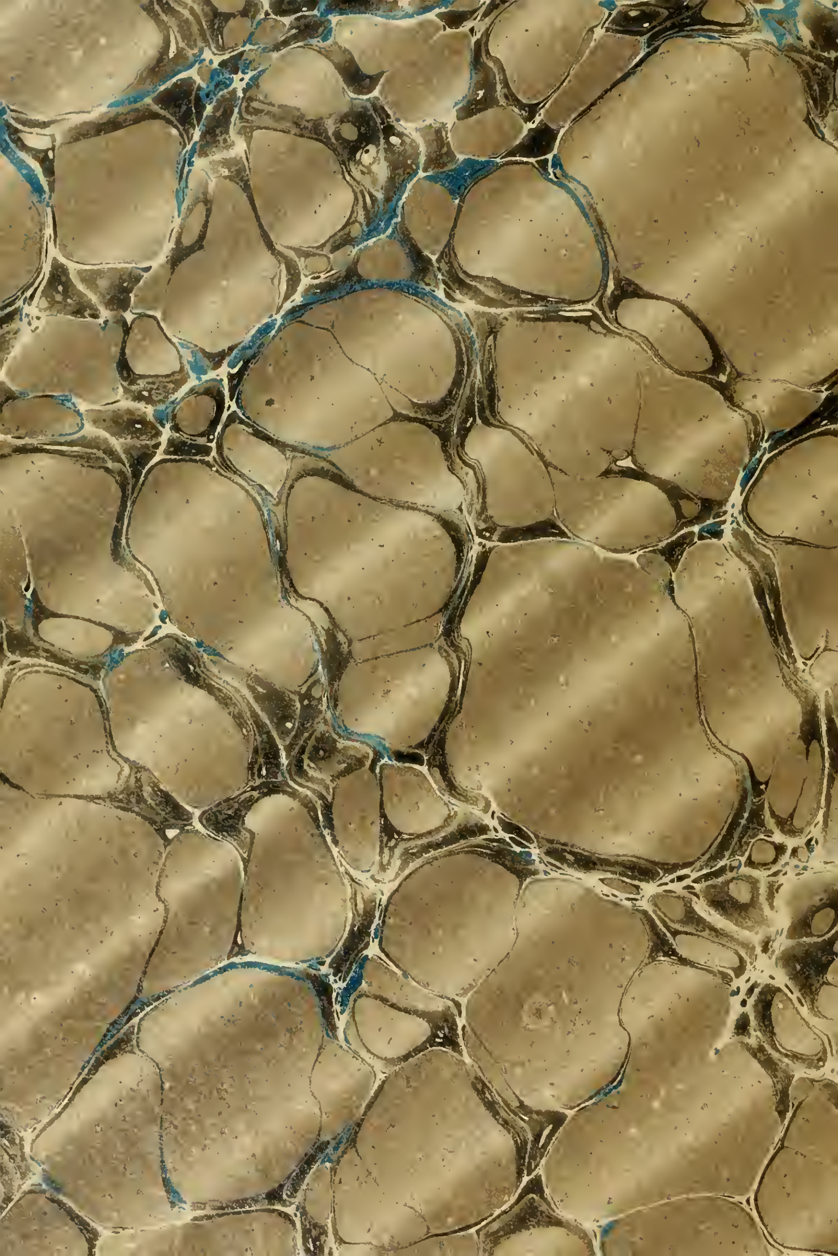
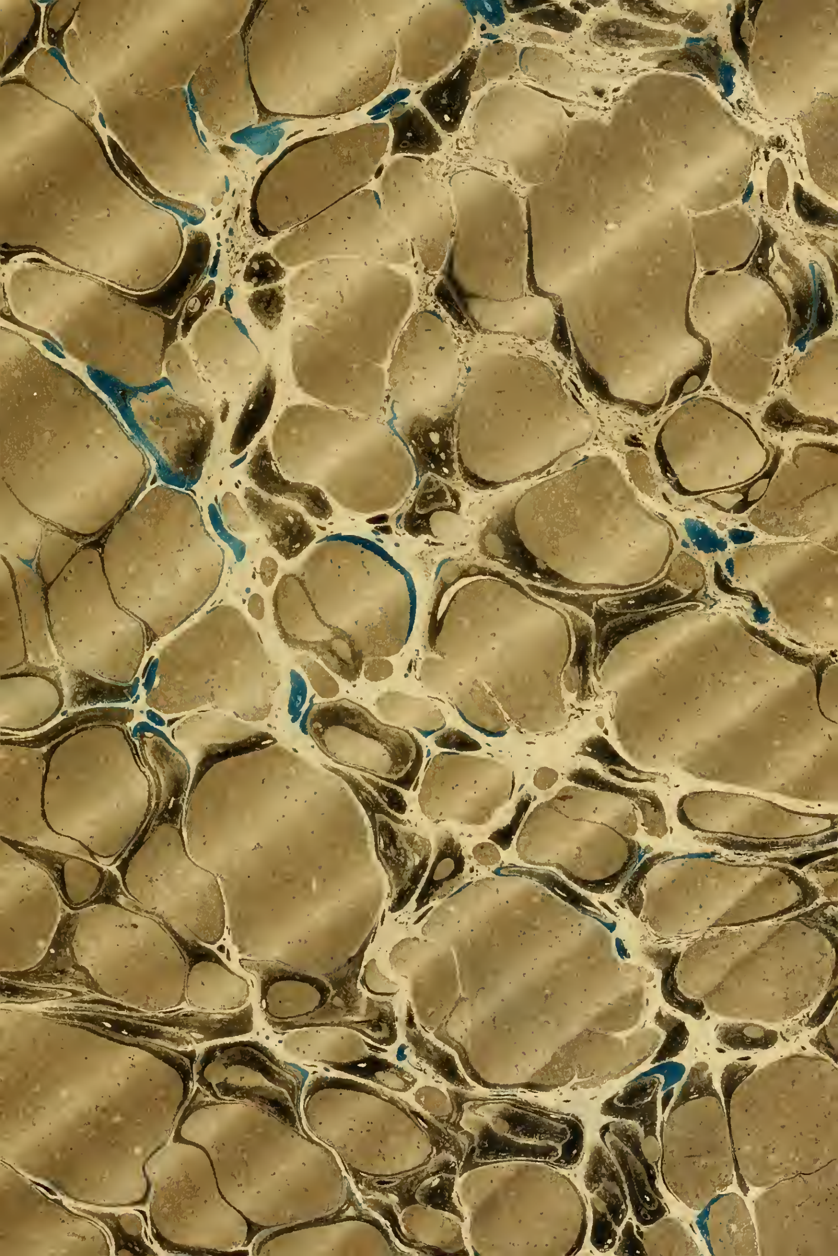

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01646452 1





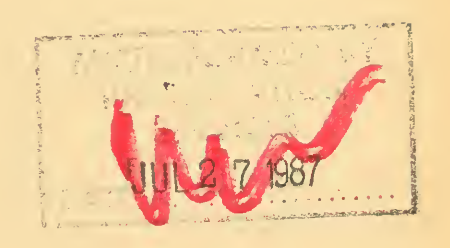
OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

—

I



Esta edición de las *Obras de Fr. Luis de Granada* consta de los tomos siguientes:

I. Guía de Pecadores.

II. Libro de la Oración y Meditación.

III. Memorial de la Vida Cristiana.

IV. Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana.

V-IX. Introducción del Símbolo de la Fe.

X. Guía de Pecadores *(texto primitivo)*.
Tratado de la Oración y Meditación *(compendio)*.

XI. Manual de Oraciones.
Manual de Oraciones *(ampliado)*.
Memorial de lo que debe hacer el cristiano.
Tratado de algunas Oraciones.
Vita Christi.
Tratado de Meditación.
Recopilación del Libro de la Oración.

XII. Imitación de Cristo.
Escala Espiritual.
Oraciones y Ejercicios Espirituales.

XIII. Compendio de Doctrina Cristiana *(trad. del P. Cuervo)*.

XIV. Doctrina Espiritual.
Diálogo de la Encarnación.
Sermón de la Redención.
Vida del B. Juan de Ávila.
Vida del V. D. Fr. Bartolomé de los Mártires.
Vida del Cardenal D. Enrique, rey de Portugal.
Vida de Sor Ana de la Concepción, franciscana.
Vida de Doña Elvira de Mendoza.
Vida de Melicia Hernández.
Cartas.
Sermón en las Caídas Públicas.

Vida de Fr. Luis de Granada, *por el P. Fr. Justo Cuervo.*

Bibliografía Granadina, *por el mismo.*

OBRAS

DE

FR. LUIS DE GRANADA

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA

POR

FR. JUSTO CUERVO

DE LA MISMA ORDEN
DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS
LECTOR DE TEOLOGÍA

TOMO I



MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
CALLE DE BORDADORES, NÚM. 10
1906

AL EXCMO. SEÑOR

MARQUÉS DE QUINTANAR

CONDE DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO

GRANDE DE ESPAÑA

GENTILHOMBRE DE CÁMARA DE SU MAJESTAD

CON EJERCICIO Y SERVIDUMBRE

ETC., ETC.

Excmo. Señor:

Después de Dios, á la generosidad de V. E. deben las letras españolas esta EDICIÓN CRÍTICA Y COMPLETA DE LAS OBRAS DE FR. LUIS DE GRANADA, *el sueño dorado de mi vida.*

Dígnese V. E. aceptar benignamente este tomo primero, que con el corazón le ofrece y le dedica

Su a. s. y c.

FR. JUSTO CUERVO

PRÓLOGO

FIJAR el texto definitivo y auténtico de las *Obras de Fr. Luis de Granada*, profundamente alterado en todas las ediciones, aumentar su caudal con libros antiguamente impresos, pero hoy desconocidos, y salvar de ruina cierta y segura preciosos manuscritos, en su mayor parte autógrafos, diseminados en diferentes archivos y bibliotecas de España é Italia, tal es el objeto de esta edición.

Para fijar el texto he tomado el único camino que juzgo derecho. Reproduzco fiel y escrupulosamente la primera edición de cada tratado, desde la primera línea de la portada hasta la última del colofón. La dificultad estaba en lograr ejemplares de las ediciones príncipes, atendida la popularidad inmensa del autor, el consumo enorme de ediciones, y la prohibición inquisitorial fulminada contra tres libros granadinos. Pero con la ayuda de Dios, con tiempo y con paciencia, esos ejemplares (únicos en bastantes casos) vinieron á mis manos, acompañados de numerosos autógrafos inéditos. Todos se reproducen en esta edición, para bien de las almas y regocijo de los espíritus generosos. He pensado no faltar á la fidelidad corrigiendo las erratas evidentes, las cuales se anotan en lugar oportuno. En caso de duda respeto siempre el texto primitivo.

Se ha adoptado la ortografía moderna, pero conservando siempre la fonética de las primeras ediciones, donde está escrito, por ejemplo: *Hieronymo*, *charidad*, *quanto*, *intelligencia*, *auer*, *vuiera*, *poseya*, *aora*, etc., que aquí se escriben: *Hierónimo*, *caridad*, *cuanto*, *inteligencia*, *haber*, *hubiera*, *poseía*, *ahora*, variando la ortografía, no los sonidos.

En algunos casos el sentido de la frase es el que determina la escritura, como en *ay*, *ya*, *caya*, *oya*, *allegar*, *diminuya*, etc., que se escribirán, según el valor gramatical, de muy distinta manera. *Ay* equivale á *¡ay! hay* y *ahí*; *ya*, á *ya* é *hía; caya*, á *caía* y *caya* (por *caiga*); *oya*, á *oía* y *oya* (por *oiga*)*; allegar*, á *alegar* y *allegar; diminuya*, á *diminuya* y *diminuía*, según la naturaleza de cada palabra.

Muchas veces, algunas en una misma página, el lector hallará vocablos escritos de distinta manera, como *Jesús* y *Jesú*, *duda* y *dubda*, *hierro* y *fierro*, *mismo* y *mesmo*, *parece* y *paresce*, *conoció* y *conosció*, *ahora* y *agora*, *desde* y *dende*, *mientras* y *mientra*, *desahuciado, desafuciado* y *desafiduciado*, y otra multitud de palabras diferentemente escritas, cuya enumeración es imposible. Esta variedad demuestra el propósito firme de conservar la fonética granadina en toda su pureza. Así, quien leyere en alta voz por esta edición, puede estar seguro de que oirá los mismos sonidos que si leyese por alguna edición príncipe, ú oyese hablar al mismo Fr. Luis de Granada.

Tres son las obras antiguamente impresas, que no se hallan en ninguna colección granadina: el *Libro llamado Guía de Pecadores*, en dos tomos, y el doble *Manual de Diversas Oraciones y Espirituales Ejercicios*, á las cuales se puede agregar el *Libro de la Oración y Meditación*, cuyo texto primitivo era del todo desconocido. Todas estas obras se reproducen fielmente, como las demás, por las ediciones príncipes, no existiendo ya los motivos que el inquisidor Valdés tuvo para incluirlas en su *Cathalogus librorum qui prohibentur*, el año de 1559. La piedad nada perderá, y las letras ganarán mucho recobrando joyas de tan subido valor.

Los manuscritos y autógrafos que por vez primera ahora salen á luz, forman casi un volumen, el XIV, y en él podrá saborear el lector un precioso *Sermón de la Redención*, cuatro biografías bellísimas, y más de cincuenta cartas inéditas donde se refleja el alma pura y hermosa de Fr. Luis de Granada.

En la distribución de las materias se ha seguido el orden lógico. Los nueve primeros tomos contienen las cinco obras fundamentales; el X y XI, los compendios ú obras menores; el XII, las traducciones de la *Imitación de Cristo* y de la *Escala Espiritual*. En el tomo XIII se hallará el *Compendio de la Doctrina Cristiana*, escrito en clásico portugués, traducido de nuevo al castellano. En el tomo XIV se han agrupado el *Compendio de Doctrina espiritual*, el *Diálogo de la Encarnación*, la *Vida del B. Juan de Ávila* y *del V. Don Fr. Bartolomé de los Mártires*, las obras inéditas y el *Sermón en las Caídas Públicas*. No me extiendo en consideraciones particulares, porque las reservo para el principio de cada tomo.

En este primero va la célebre *Guía de Pecadores*, primor de ciencia, de celo y de elocuencia, tan leída en todo el mundo con tanto provecho de las almas. La única variante introducida por su autor en la edición de Salamanca, 1571, y adoptada en ésta, hállase en el libro II, cap. III, pág. 342-5. La primera edición dice así: *De las principales armas con que habemos de pelear contra los vicios. Capítulo III.*= Presupuestos ya estos dos preámbulos, comencemos á tratar de los vicios y de sus remedios, y primero de aquellos siete que llaman capitales (que son cabezas y raíces de todos los otros) y después, de otros que hay muy usados en el mundo, así mortales como veniales: para que el que se viere muy tentado y acosado de algún vicio, acuda á esta doctrina como á una espiritual botica,» etc., página 345, línea 32.

En todo lo demás se reproduce exactamente la edición príncipe hecha en Salamanca, en casa de Andrea de Portonariis, impresor de su Católica Majestad, 1567, de la cual sólo se conoce un ejemplar, que poseo y guardo con amor.

Fr. Justo Cuervo

GUIA

DE PECADORES

EN LA CUAL SE TRATA COPIOSAMENTE

DE LAS GRANDES RIQUEZAS Y HERMOSURA DE LA VIRTUD

Y DEL CAMINO QUE SE HA DE LLEVAR PARA ALCANZARLA

COMPUESTO POR

EL R. P. FRAY LUIS DE GRANADA

de la Orden de Sancto Domingo

✠ *Este libro, cristiano lector, sale agora á luz añadido y emendado y cuasi hecho nuevo por su mismo autor: impreso con aprobación y licencia este año de 1567, y por eso puede correr y ser leído de todos*



EN SALAMANCA

EN CASA DE ANDREA DE PORTONARIJS

Impresor de su Real Católica Majestad

1567

Con privilegio de Castilla y de Aragón

Está tasado en cinco blancas el pliego

Don Felipe por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Hierusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, Conde de Flandes, y de Tirol, &c. Por cuanto por parte de vos Andrea de Portonarijs, nos fué hecha relación diciendo, que vos habiades impreso un libro intitulado Guía de Pecadores, compuesto por Fray Luis de Granada, de la orden de los Predicadores, con licencia nuestra, y en cumplimiento de la premática fecha sobre la impresión hacíades presentación del dicho libro impreso con el original, para que nos le mandasemos corregir y tasar y daros licencia para lo vender, y corregido nos suplicabades os diésemos nueva licencia para lo tornar á imprimir otra vez conforme al mismo original, ó como la nuestra merced fuese: lo cual visto por los del nuestro consejo y como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por nos nuevamente hecha dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón, y nos tuvímoslo por bien Y por la presente os damos licencia y facultad para que por esta vez podais imprimir el dicho libro, sin que por ello caigais ni incurrais en pena alguna, con que después de impreso no se pueda vender ni venda, sin que primero se traiga al nuestro consejo, juntamente con el original que en él se vió que va rubricado y firmado de Pedro del Marmol, nuestro escribano de Cámara, de los que residen en el nuestro consejo, para que se vea si la dicha impresión está conforme al original, y se os dé licencia para lo poder vender, y se tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la dicha pragmática y leyes de nuestros Reinos Dada en Madrid á catorce dias del mes de Agosto, de mil y quinientos y setenta y siete años.—El Licenciado Diego Despinosa.—El Licenciado Birviesca de Muñatones.—El Doctor Suarez de Toledo —El Licenciado Menchaca.—El Licenciado Pedro Gasco.—El Doctor Francisco Fernandez de Liebana.

Yo Pedro del Mármol, escribano de Cámara de su Católica Majestad, la fice escribir por su mandado, con acuerdo de los de su Consejo.

Siéndome cometida la examinación deste libro que se intitula Guía de Pecadores, porlos señores del consejo real de su Majestad, y habiéndole visto con mucho estudio y diligencia hallo ser muy católico y de gran provecho para todos los que en el se ejercitaren, porque contiene doctrina grave, y juntamente apacible, muy conforme a la divina escriptura (de la cual tiene buena parte) y á la doctrina de los sanctos: y allende desto se hallarán en él cosas dificultosas declaradas por razones llanas de mucha eficacia. Y en su lugar y tiempo trae el autor y se aprovecha de la Filosofía natural y moral bien á propósito. Lleva con esto un estilo no nada afeitado ni curioso, que suele ser causa de obscuridad, sino llano, cumplido y elegante. Conforme á lo cual podran sacar fructo deste libro, todo género de personas, así letrados como simples, asi los buenos Cristianos para confirmación y aprovechamiento de su virtud, como todos los otros para convertirse á Dios. Obra es que meresce ser alabada y favorescida para que los hombres sabios y celosos de religión emprendan de buena gana semejantes ocupaciones y trabajos en favor de la Cristiandad y virtud. Y porque esto me parece ansí, lo firmé de mi nombre en nuestro monasterio de San Hierónimo el real en Madrid á cuatro de Mayo de mil y quinientos y sesenta y siete años.=Fray Rodriguez de Yepes.

EL REY

POR cuanto por parte de vos Fray Luis de Granada de la orden de Predicadores nos ha sido hecha relación que vos habíades hecho tres libros que trataban de la Oración, Devoción, y Ayuno y Limosna, y otro que se intitula, Guía de Pecadores, los cuales eran muy útiles y provechosos, por ende que nos suplicábades os diésemos licencia y facultad para los poder imprimir y vender, y privilegio para que nadie pudiese imprimirlos sino vos, ó quien vuestro poder hobiese por el tiempo que fuésemos servido. Lo cual visto por los del nuestro consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias que la prémática por nos hecha sobre la impresión de los libros dispone, por haceros bien y merced, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cedula en la dicha razón. E por la presente vos damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes que corren y se cuenten desdel dia de la fecha desta nuestra cédula en adelante vos, ó la persona que vuestro poder hobiere, podais imprimir y vender los dichos libros que de suso se hace mención: y mandamos que durante el dicho tiempo cualquier impresor destos nuestros Reinos y señoríos que vos quisiéredes y señaláredes, imprima los dichos libros, y que otra persona ninguna no los pueda imprimir ni vender sin vuestra licencia, so pena de la nuestra merced y de veinte mil maravedís para la nuestra cámara al que lo contrario hiciere, y más que haya perdido y pierda todos y cualesquier libros y moldes que imprimieren, ó vendieren, con que primero que se vendan los hayáis de traer y presentar ante los del nuestro consejo, juntamente con los originales que en él se vieron, que van rubricados y firmados al cabo de Pedro de Mármol nuestro escribano de cámara, y de los que residen en el nuestro consejo para que se vea si la dicha impresión está conforme á los originales. Y se os tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber. E mandamos á los del nuestro consejo, Presidentes y Oidores de las nuestras audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra casa y corte y Chancillerías, y á todos los Corregidores, Asistente, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reinos y Señoríos, así á los que agora son, como á los que serán de aquí adelante que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced que ansí vos hacemos y contra el tenor y forma della, ni de lo en ella contenido vos no vayan ni pasen ni consientan ir ni pasar por alguna manera, so la dicha pena. Hecha en Madrid á doce dias del mes de Enero, año del Señor de mil y quinientos y sesenta y seis años. = YO EL REY. = Por mandado de Su Majestad, PEDRO DE HOYO.

DON Felipe por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Aragón, de las dos Sicilias, de Hierusalén, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de León, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorcas, de Sevilla, de Córdoba, de Cerdeña, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Islas Indias y tierra firme del mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante, y de Milán, Conde de Barcelona, de Flandes y de Tirol, Señor de Vizcaya, y de Molina, Duque de Atenas, y de Neopatria, Conde de Rosellón, y Cerdaña, Marqués de Oristán y de Gociano, &c. Por cuanto por parte de vos, Fray Luis de Granada, de la orden de Predicadores, nos ha sido hecha relación que habéis hecho tres libros, que tratan de la Oración, Devoción, Ayuno, y Limosna, y otro que se intitula Guía de Pecadores, los cuales según decís son muy útiles y provechosos, y que los queríades hacer imprimir en los Reinos de la

corona de Aragón: suplicándonos que porque en esto se ofrecerán muchos gastos fuésemos servido de mandar dar licencia que vos y no otro alguno los pueda hacer imprimir y vender en los dichos Reinos de la Corona de Aragón por el tiempo que fuésemos servido. E nos teniendo respecto á lo susodicho, y á que los dichos libros están reconocidos por personas expertas, de las cuales habemos tenido bastante información: porque de vuestros trabajos alcancéis alguna utilidad con tenor de las presentes de nuestra cierta sciencia deliberadamente y consulta damos licencia, permiso y facultad á vos el dicho Fray Luis de Granada que por tiempo de diez años contaderos desde el día de la data de las presentes en adelante vos, ó la persona, ó personas que vuestro poder tuviere y no otro alguno podáis y puedan hacer imprimir y vender los dichos libros, que tratan de la Oración, Devoción, Ayuno, y Limosna, y el otro intitulado Guía de Pecadores en los dichos Reinos de la corona de Aragón, con que primero que se venda hayáis de traer y presentar ante los del nuestro sacro supremo Real Consejo los primeros libros imprimidos juntamente con los originales, para que se vea si la dicha impresión está conforme á los dichos originales que han sido aprobados, y se os tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber: prohibiendo y vedando que ningunas otras personas lo puedan hacer sin vuestra licencia, permiso y voluntad por todo el dicho tiempo, ni los puedan entrar en los dichos Reinos para vender de otros Reinos, donde se hubieren imprimido. Y si después de publicadas las presentes, hubiere alguno, ó algunos que durante el dicho tiempo intentaren imprimir, ó vender los dichos libros, ni meterlos imprimidos para vender como dicho es, incurra en pena de trescientos florines de oro de Aragón divididos en tres partes, á saber es, la primera parte para nuestros cofres reales, y la segunda parte para vos el dicho Fray Luis de Granada, y la tercera al acusador, y demás de la dicha pena si fuere impresor, pierda los moldes y libros que así hubiere imprimido. Por tanto decimos y mandamos á cualesquier Visoreyes lugartenientes, Capitanes generales nuestros portantes veces de General Gobernador, Alguaciles y otros cualesquier oficiales nuestros en los dichos Reinos de la corona de Aragón constituídos y constituideros y á sus lugares, &c. y Regentes dichos oficios so incurrimiento de nuestra ira indignación, y pena de mil florines de oro de Aragón á nuestros cofres reales aplicaderos que la presente nuestra licencia, gracia y prohibición y todo lo en ella contenido tengan, guarden y observen tener guardar y observar hagan sin contradición alguna, y lo hagan pregonar por los lugares acostumbrados, porque ninguno pueda alegar ignorancia, guardándose de hacer ni permitir que se haga lo contrario en manera alguna si demás de la ira é indignación nuestra la pena susodicha desean no incurrir. En testimonio de lo cual mandamos despachar las presentes con nuestro sello real común en el dorso selladas. Datis en nuestra Señora desperanza, á seis días del mes de Enero, año del Nascimiento de nuestro Señor JesuCristo, de mil y quinientos y sesenta y cinco años. =YO EL REY.

Dominus Rex mandavit mihi Joanni de Losilla visa per don Bernardum Vicecancellarium Comitem generalem thesaurarium, Sentis, et Sora Regentes cancellariam et me pro Conservatore generali.

Vidit Sentis. R. Vidit Losilla pro conservatore generali. Vidit don Bernardus Vicecancellarius. Vidit comes generalis thesaurarius. Vidit Sora. R.

A LA MUY MAGNÍFICA SEÑORA

LA SEÑORA DOÑA ELVIRA DE MENDOZA

EN MONTE MAYOR EL NUEVO

CARTA DEL AUTOR

POR muchas razones me moví á enviar á v. m. este libro, y particularmente por tener entendido con cuán alegre rostro suele v. m. recebir semejantes presentes: como quien la mayor parte del tiempo y de la vida gasta en ellos. Porque aunque el estado de casada, y el cargo de la casa y familia sean cosas que muchas veces distrayan el ánimo destos sanctos ejercicios: pero á v. m. (por singular gracia y privilegio de Dios) cupo en suerte la compañía de tal marido, que no solamente no desfavoresce los piadosos ejercicios de virtud y cristiandad, sino antes tiene ésta por suma y verdadera gloria de la nobleza cristiana: como en hecho de verdad lo es. Y lo mismo ha querido nuestro Señor que tengan otros muchos señores desta noble casa y familia, con lo cual hacen más ilustre su sangre, que con todos los otros títulos y blasones del mundo: los cuales como son de mundo, así mueren y acaban con él. Por tanto reciba v. m. este pequeño presente para sí, y para todos esos señores sus sobrinos y deudos: en quien (confío en nuestro Señor) será muy bien empleado. Y si algo hay en esto de servicio, no quiero por él otro galardón, sino alguna pequeña parte de las continuas oraciones de v. m. Cuya vida y estado nuestro Señor prospere por largo tiempo en su servicio.

PRÓLOGO

DICITE *justo quoniam bene* (1). Quiere decir: Decid al justo que bien. Ésta es una embajada que envió Dios con el profeta Isaías á todos los justos, la más breve en palabras, y la más larga en mercedes, que se pudiera enviar. Los hombres suelen ser muy largos en prometer, y muy cortos en cumplir; mas Dios, por el contrario, es tan largo y tan magnífico en el cumplir, que todo lo que suenan las palabras de sus promesas, queda muy bajo en comparación de sus obras. Porque ¿qué cosa se pudiera decir más breve que la sentencia susodicha: Decid al justo que bien? Mas ¡cuánto es lo que está encerrado debajo desta palabra *Bien!* La cual pienso que por eso se dejó así sin ninguna extensión, ni distinción, para que entendiesen los hombres que ni esto se podía extender como ello era, ni era necesario hacer distinción destos, ni de aquellos bienes; sino que todas las suertes y maneras de bienes que se comprehenden debajo desta palabra *Bien,* se encerraban aquí sin alguna limitación. Por donde así como preguntando Moisén á Dios por el nombre que tenía, respondió que se llamaba (2): *El que es,* sin añadir más palabra, para dar á entender que su ser no era limitado y finito, sino universal (el cual comprehendía en sí todo género de ser y toda perfección que sin imperfección pertenesce al mismo ser) así también aquí puso esta tan breve palabra *Bien,* sin añadirle otra alguna especificación, para dar á entender que toda la universidad de bienes que el corazón humano puede bien desear, se hallaban juntos en este bien: el cual promete Dios al justo en premio de su virtud.

Pues éste es el principal argumento que con el favor de nuestro Señor pretendo tratar en este libro, ayuntando á esto los avisos y reglas que debe el hombre seguir para ser virtuoso. Y según esto se repartirá este libro en dos partes principales.

(1) Isai. III. (2) Exod. III.

En la primera se declararán las obligaciones grandes que tenemos á la virtud, y los fructos y bienes inestimables que se siguen della; y en la segunda trataremos de la vida virtuosa, y los avisos y documentos que para ella se requieren. Porque dos cosas son necesarias para hacer á un hombre virtuoso: la una, que quiera de verdad serlo, y la otra, que sepa de la manera que lo ha de ser: para la primera de las cuales servirá el primer libro, y para la otra el segundo. Porque (como dice muy bien Plutarco) los que convidan á la virtud, y no dan avisos para alcanzarla, son como los que atizan un candil, y no le echan aceite para que arda.

Mas con ser esta segunda parte tan necesaria, todavía lo es mucho más la primera; porque para conocer lo bueno y lo malo, la misma lumbre y ley natural, que con nosotros nasce, nos ayuda: mas para amar lo uno, y aborrecer lo otro, hay grandes contradicciones y impedimientos (que nascieron del pecado así dentro como fuera del hombre. Porque como él sea compuesto de espíritu y carne, y cada cosa destas naturalmente apetezca su semejante, la carne quiere cosas carnales (donde reinan los vicios) y el espíritu cosas espirituales (donde reinan las virtudes) y desta manera padece el espíritu grandes contradicciones de su propria carne, la cual no tiene cuenta sino con lo que deleita. Cuyos deseos y apetitos, después del pecado original, son vehementísimos, pues por él se perdió el freno de la justicia original con que estaban enfrenados. Y no sólo contradice al espíritu la carne, sino también el mundo, que (como dice Sant Juan) está todo armado sobre vicios: y contradice también el demonio, enemigo capital de la virtud, y contradice otrosí el mal hábito, y la mala costumbre (que es otra segunda naturaleza) á lo menos en aquellos que están de mucho tiempo mal habituados. Por lo cual romper por todas estas contradicciones y dificultades, y á pesar de la carne y de todos sus aliados desear de veras y de todo corazón la virtud, no se puede negar sino que es cosa de grande dificultad, y que ha menester socorro.

Pues por acudir en alguna manera á esta parte, se ordenó el primero destos dos tratados, en el cual trabajé con todas mis fuerzas por juntar todas las razones que la cualidad desta escriptura sufría en favor de la virtud, poniendo ante los ojos los grandes provechos que andan en su compañía, así en esta vida

como en la otra, y asimismo las grandes obligaciones que á ella tenemos, por mandarla Dios, á quien estamos tan obligados, así por lo que Él es en sí como por lo que es para nosotros.

Movíme á tratar este argumento por ver que la mayor parte de los hombres, aunque alaban la virtud, siguen el vicio; y parecióme que entre otras muchas causas deste mal, una dellas era no entender los tales la condición y naturaleza de la virtud, teniéndola por áspera, estéril y triste: por lo cual amancebados con los vicios (por parescerles más sabrosos) andaban descasados de la virtud, teniéndola por desabrida. Por tanto, condoliéndome deste engaño, quise tomar este trabajo en declarar aquí cuán grandes sean las riquezas, los deleites, los tesoros, la dignidad y la hermosura desta esposa celestial, y cuán mal conoscida sea de los hombres; porque esto los ayudase á desengañarse, y enamorarse de una cosa tan preciosa. Porque si es verdad que una de las cosas más excelentes que hay en el cielo y en la tierra, y más digna de ser amada y estimada, es ella, gran lástima es ver á los hombres tan ajenos deste conoscimiento, y tan alejados deste bien. Por lo cual gran servicio hace á la vida común quienquiera que trabaja por restituir su honra á esta señora, y asentarla en su trono real; pues ella es reina y señora de todas las cosas.

§. I.

Mas primero que esto comience, declararé por un ejemplo el intento con que esta escriptura se ha de leer. Escriben los gentiles de aquel su famoso Hércules, que como llegase á los primeros años de su mocedad (que es el tiempo en que los hombres suelen escoger el estado y manera de vida que han de seguir) se fué á un lugar solitario á pensar en este negocio con grande atención, y que allí se le representaron dos caminos de vida, el uno de la virtud, y el otro de los deleites; y que después de haber pensado muy profundamente lo que había en la una parte y en la otra, finalmente se determinó seguir el de la virtud, y dejar el de los deleites. Por cierto, si cosa hay en el mundo merecedora de consejo y determinación, ésta es. Porque si tantas veces tratamos de las cosas que pertenecen al uso de nuestra vida, ¿cuánto más será razón tratar de la misma vida, especial-

mente habiendo en el mundo tantos nortes y maneras de vivir?

Pues esto es, hermano mío, lo que al presente querría yo que hicieses, y á lo que aquí te convido; conviene saber, que dejados por este breve espacio todos los cuidados y negocios del mundo, entrases agora en esta soledad espiritual, y te pusieses á considerar atentamente el camino y manera de vida que te conviene seguir.

Acuérdate que entre todas las cosas humanas, ninguna hay que con mayor acuerdo se deba tratar, ninguna sobre que más tiempo convenga velar, que es sobre la elección de vida que debemos seguir. Porque si en este punto se acierta, todo lo demás es acertado; y por el contrario, si se yerra, cuasi todo lo demás irá errado. De manera que todos los otros acertamientos y yerros son particulares; mas éste solo es general, que los comprehende todos. Si no, dime: ¿qué se puede bien edificar sobre mal cimiento? ¿Qué aprovechan todos los otros buenos sucesos y acertamientos, si la vida va desconcertada? Y ¿qué pueden dañar todas las adversidades y yerros, si la vida es bien regida? ¿Qué aprovecha al hombre (dice el Salvador) que sea señor del mundo, si después viene á perderse, ó á padescer detrimento en sí mismo? De manera que debajo del cielo no se puede tratar negocio mayor que éste, ni más proprio del hombre, ni en que más le vaya; pues aquí no va hacienda, ni honra, sino la vida del alma, y la gloria perdurable. No leas, pues, esto de corrida (como sueles otras cosas) pasando muchas fojas y deseando ver el fin de la escriptura, sino asiéntate como juez en el tribunal de tu corazón, y oye callando y con sosiego estas palabras. No es éste negocio de priesa, sino de espacio, pues en él se trata del gobierno de toda la vida, y de lo que después della depende. Mira cuán cernidos quieres que vayan los negocios del mundo, pues no te contentas en ellos con una sola sentencia, sino quieres que haya vista y revista de muchas salas y jueces, porque por ventura no se yerren. Y pues en este negocio no se trata de tierra, sino de cielo, ni de tus cosas, sino de ti mismo, mira que no se debe considerar esto durmiendo, ni bostezando, sino con mucha atención. Si hasta aquí has errado, haz cuenta que nasces agora de nuevo, y entremos aquí en juicio, y cortemos el hilo de nuestros yerros, y comencemos á devanar esta madeja por otro camino. Quién me diese agora que me creyeses

y que con oídos atentos me escuchases, y que como buen juez según lo alegado y probado sentenciases. ¡Oh qué dichoso acertamiento! ¡oh qué bien empleado trabajo! Bien sé que deseo mucho, y que no es bastante ninguna escriptura para esto; mas por eso suplico yo agora en el principio désta á Aquél que es virtud y sabiduría del Padre (el cual tiene las llaves de David, para abrir y cerrar á quien él quisiere) que se halle aquí presente, y se envuelva en estas palabras, y les dé espíritu y vida para mover á quien las leyere. Mas con todo esto, si otro fructo no sacare deste trabajo más que haber dado á mi deseo este contentamiento, que es hartarme una vez de alabar una cosa tan digna de ser alabada como es la virtud (que es cosa que muchos tiempos he deseado) sólo esto tendré por suficiente premio de mi trabajo. Procuré en esta escriptura (como en todas las otras) de acomodarme á toda suerte de personas espirituales y no espirituales, para que pues la causa y la necesidad era común, también lo fuese la escriptura. Porque los buenos leyendo esto se confirmarán más en el amor de la virtud, y echarán más hondas raíces en ella, y los que no lo fueren, por ventura por aquí podrán entender lo que pierden por no serlo. En esta escriptura podrán criar los buenos padres á sus hijos cuando chiquitos; porque dende estos primeros años se habitúen á tener grande veneración y respecto á la virtud, y á ser muy devotos della: pues uno de los grandes contentamientos que un buen padre puede tener, es ver virtud en el hijo que ama.

Y señaladamente aprovechará esta doctrina á los que tienen por oficio en la Iglesia enseñar al pueblo, y persuadir la virtud; porque aquí se ponen por su orden los principales títulos y razones que á ella nos obligan, á las cuales se puede reducir (como á lugares comunes) cuasi todo cuando desta materia está escripto. Y porque aquí se trata de los bienes de gracia que de presente se prometen á la virtud (donde se ponen doce singulares privilegios que ella tiene) y sea verdad que todas estas riquezas y bienes nos vinieron por Cristo, de aquí es que aprovecha también mucho esta doctrina para entender mejor aquellos libros de la Escriptura divina que señaladamente tratan del misterio de Cristo, y del beneficio inestimable de nuestra redempción: de que muy en particular tratan el profeta Isaías, y Salomón en el libro de los Cantares, y otros semejantes.

ARGUMENTO

DESTE PRIMER LIBRO

ESTE primer libro, cristiano lector, contiene una larga exhortación á la virtud, que es á la guarda y obediencia de los mandamientos de Dios, en la cual consiste la verdadera virtud. Va repartido en tres partes principales. La primera persuade la virtud, alegando para esto todas las razones más comunes que en esta materia suelen traer los sanctos, que son las obligaciones grandes que tenemos á Dios nuestro Señor, así por lo que Él es en sí, como por lo que es para nosotros por razón de sus inestimables beneficios; y juntamente con esto, por lo que nos importa la misma virtud, lo cual bastantemente se prueba por las cuatro postrimerías del hombre, que son muerte, juicio, paraíso y infierno, de que en esta primera parte se trata.

En la segunda se persuade esto mismo, alegando otras nuevas razones, que son los bienes de gracia que de presente en esta vida se prometen á la virtud. Donde se ponen doce singulares privilegios que ella tiene, y se trata de cada uno en particular. Los cuales privilegios, aunque algunas veces tocan brevemente los sanctos, declarando la paz, y la luz, y la verdadera libertad y alegría de la buena consciencia, y las consolaciones del Espíritu Sancto (de que gozan los justos) que consigo trae comúnmente la virtud; pero hasta agora no he visto yo quien de propósito tratase esta materia extendidamente y por su orden. Y por esto fué necesario un poco de más trabajo, para entresacar y recoger todas estas cosas de diversos lugares de las sanctas Escripturas, y llamarlas por sus nombres, y ponerlas en orden, y explicar y acompañar cada una dellas con diversos testimonios de las mismas Escripturas y dichos de sanctos. La cual diligencia fué muy necesaria para que los que no se mueven al amor de la virtud con la esperanza de los bienes advenideros, por parescerles que están muy lejos, se moviesen siquiera con

la utilidad inestimable de los que de presente andan en su compañía.

Mas porque no basta alegar todas las razones que hay para justificar una causa, si no se deshacen las de la parte contraria, para esto sirve la tercera parte deste libro, en la cual se responde á todas las excusas que los hombres viciosos suelen alegar para dar de mano á la virtud.

Y porque no se confunda el cristiano lector, sepa que este primer libro responde al primero de nuestro Memorial de la vida cristiana, el cual también contiene una exhortación á la virtud, pero allí muy breve, como convenía á Memorial; mas aquí muy copiosa, donde se trata muy de propósito este tan necesario y noble argumento, al cual sirve todo lo bueno que en el mundo está escrito. Mas el segundo libro responde á la regla que allí escribimos brevemente de vida cristiana, la cual aquí va mucho más extendida y acrecentada. Y porque la materia destos dos libros es la virtud, advierta el lector que por este vocablo no sólo entendemos el hábito de la virtud, sino también los actos y oficios della, á los cuales este noble hábito se ordena; porque muy conocida figura es significar el efecto por el nombre de la causa, y el de la causa por su efecto.

COMIENZA EL PRIMER LIBRO

DE LA

GUIA DE PECADORES

EL CUAL CONTIENE
UNA LARGA Y COPIOSA EXHORTACIÓN Á LA VIRTUD
Y GUARDA DE LOS MANDAMIENTOS DIVINOS

DEL PRIMER TÍTULO QUE NOS OBLIGA Á LA VIRTUD Y SERVICIO DE DIOS, QUE ES SER ÉL QUIEN ES, DONDE SE TRATA DE LA EXCELENCIA DE LAS PERFECCIONES DIVINAS.

CAPÍTULO I.

Dos cosas señaladamente suelen mover las voluntades de los hombres, cristiano lector, á cualquier honesto trabajo. Una es la obligación que por título de justicia tienen á él, y otra el fructo y provecho que se sigue dél. Y así es común sentencia de todos los sabios, que estas dos cosas, conviene saber, honestidad y utilidad, son las dos principales espuelas de nuestra voluntad, las cuales la mueven á todo lo que ha de hacer. Entre las cuales aunque la utilidad es comúnmente más deseada, pero la honestidad y justicia de suyo es más poderosa. Porque ningún provecho hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia de la virtud; así como ninguna pérdida hay tan grande, que el varón sabio no deba antes escoger, que caer en un vicio, como Aristóteles enseña. Por lo cual, siendo nuestro propósito en este libro convidar y aficionar los hombres á la hermosura de la virtud, será bien comenzar por esta parte más principal, declarándoles la obligación que tenemos á ella por la que tenemos á Dios; el cual, como sea la misma bondad, ninguna otra cosa quiere, ni manda, ni estima, ni pide más en este mundo que la virtud. Veamos, pues, agora con todo es-

tudio y diligencia los títulos que este Señor tiene para pedirnos este tan debido tributo.

Mas como éstos sean innumerables, solamente tocaremos aquí seis de los más principales, por cada uno de los cuales le debe de derecho el hombre todo lo que puede y es, sin ninguna excepción. Entre los cuales el primero y el mayor, y el que menos se puede declarar, es ser Él quien es; donde entra la grandeza de su majestad y de todas sus perfecciones: esto es, la inmensidad incomprehensible de su bondad, de su misericordia, de su justicia, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su nobleza, de su hermosura, de su fidelidad, de su verdad, de su benignidad, de su felicidad, de su majestad y de otras infinitas riquezas y perfecciones que hay en Él. Las cuales son tantas y tan grandes, que (como dice un doctor) si todo el mundo se hinchiese de libros, y todas las criaturas dél fuesen escriptores, y toda el agua de la mar tinta, antes se hinchiría el mundo de libros, y se cansarían los escriptores, y se agotaría la mar, que se acabase de explicar una sola destas perfecciones como ella es. Y añade más este doctor, diciendo que si criase Dios un nuevo hombre con un corazón que tuviese la grandeza y capacidad de todos los corazones del mundo, y éste llegase á entender una destas perfecciones con alguna grande y desacostumbrada luz, corría gran peligro no desfalleciese del todo ó reventase con la grandeza de la suavidad y alegría que en él redundaría, si no fuese para esto especialmente confortado de Dios.

Ésta es, pues, la primera y la más principal razón por la cual estamos obligados á amar, servir y obedescer á este Señor. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los mismos filósofos epicúreos, destruidores de toda la filosofia (pues niegan la divina Providencia y la inmortalidad del ánima) no por eso niegan la religión, que es el culto y veneración de Dios. Porque á lo menos, disputando uno dellos en los libros que Tulio escribió de la naturaleza de los dioses, confiesa y prueba eficacísimamente que hay Dios, y confiesa también la alteza y soberanía de sus perfecciones admirables, por las cuales dice que meresce ser adorado y venerado; porque esto se debe á la alteza y excelencia de aquella nobilísima substancia por solo este título, aunque más no haya. Porque si acatamos y reverenciamos un rey, aunque esté fuera de su reino, donde ningún beneficio recibimos dél, por

sola la dignidad real de su persona, ¿cuánto más se deberá esto á aquel Señor, que como dice S. Juan (1), trae broslado en su vestidura y en su muslo, Rey de los reyes, y Señor de los señores? Él es el que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra; el que dispone las causas, mueve los cielos, muda los tiempos, altera los elementos, reparte las aguas, produce los vientos, engendra las cosas, influye en los planetas, y como Rey y Señor universal da de comer á todas las criaturas. Y lo que más es, que este reino y señorío no es por sucesión, ni por elección, ni por herencia, sino por naturaleza. Porque así como el hombre naturalmente es mayor que una hormiga, así aquella nobilísima substancia sobrepuja tanto todas las otras substancias criadas, de tal manera, que todas ellas y todo este mundo tan grande, apenas es una hormiga delante dél. Pues si esta verdad reconosció y confesó un tan bárbaro y tan mal filósofo, ¿qué será razón que confiese la filosofía cristiana? Ésta, pues, nos enseña que, aunque haya innumerables títulos por donde estamos obligados á Dios, éste es el mayor de todos, y el que solo, aunque más no hobiera, merecía todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviera infinitos corazones y cuerpos que emplear en él. Lo cual procuraron siempre cumplir todos los sanctos, cuyo amor era tan puro y tan desinteresado, que dice dél S. Bernardo: El verdadero y perfecto amor, ni toma fuerzas con la confianza, ni siente los daños de la desconfianza. Queriendo decir que ni se esfuerza á servir á Dios por lo que espera que le han de dar, ni desmayaría aunque supiese que nada le habían de dar; porque no se mueve á esto por interese, sino por puro amor debido á aquella infinita bondad.

Mas con ser este título el más obligatorio, es el que menos mueve á los menos perfectos. Lo uno, porque tanto más los mueve su interese, cuanto más parte en ellos tiene el amor proprio; y lo otro, porque como aun rudos y ignorantes, no alcanzan á entender la dignidad y hermosura de aquella soberana bondad. Porque si desto tuviesen más entera noticia, sólo este resplandor de tal manera robaría sus corazones, que contentos con solo él, no buscarían más que á él. Por lo cual no será fuera de propósito darles aquí un poco de luz para que puedan conoscer algo más

(1) Apoc. XIX,

de la grandeza y dignidad deste Señor. Ésta es tomada de aquel sumo teólogo S. Dionisio, el cual en su mística Teología ninguna otra cosa más pretende, que darnos á entender la diferencia del Ser divino á todo otro ser criado; enseñándonos (si queremos conoscer á Dios) á desviar los ojos de las perfecciones de todas las criaturas, para que no nos engañemos queriendo medir y sacar á Dios por ellas; sino que, dejándolas todas acá bajo, nos levantemos á contemplar un ser sobre todo ser, una substancia sobre toda substancia, una luz sobre toda luz, ante la cual toda luz es tinieblas: y una hermosura sobre toda hermosura, en cuya comparación es fealdad toda hermosura. Esto nos significa aquella escuridad en que entró Moisén á hablar con Dios, la cual le cubría la vista de todo lo que no era Dios (1), para que así pudiese mejor conoscer á Dios. Y esto mismo nos declara aquel cubrirse Elías (2) los ojos con su palio cuando vió pasar delante de sí la gloria de Dios; porque á todo lo de acá ha de cerrar el hombre los ojos (como á cosa tan baja y desproporcionada) cuando quisiere contemplar la gloria de Dios.

Esto se verá más claro, si consideramos la diferencia grandísima que hay de aquel ser no criado á todo otro ser criado, que es del Criador á sus criaturas; porque todas ellas vemos que tuvieron principio, y pueden tener fin: mas Él ni tiene principio ni pueden tener fin. Todas ellas reconoscen superior, y dependen de otro: Él ni reconosce superior, ni depende de nadie. Todas ellas son variables y subjectas á mudanzas: en Él no cabe mudanza ni variedad. Todas ellas son compuestas cada cual de su manera: mas en Él no hay composición por su suma simplicidad; porque si fuera compuesto de partes, tuviera componedor que fuera primero que Él, lo cual es imposible. Todas ellas pueden ser más de lo que son, y tener más de lo que tienen, y saber más de lo que saben: mas Él ni puede ser más de lo que es, porque en Él está todo el ser: ni tener más de lo que tiene, porque Él es el abismo de todas las riquezas: ni saber más de lo que sabe, por la infinidad de su saber, y por la excelencia de su eternidad, á la cual todo está presente. Por la cual causa lo llama Aristóteles acto puro, que quiere decir, última y suma per-

(1) Exod. XXIV. (2) III. Reg. XIX.

fección, tal que no sufre añadidura: porque no es posible ser más de lo que es, ni imaginarse cosa que le falte. Todas las criaturas militan debajo la bandera del movimiento, para que como pobres y necesitadas se puedan mover á buscar lo que les falta; mas Él no tiene para qué moverse, pues ninguna cosa le falta, y porque en todo lugar está presente. En todas las otras cosas, así como hay diversas partes, así se distinguen las unas de las otras; mas en Él no puede haber distinción de partes diversas por su suma simplicidad. De manera que su ser es su esencia, y su esencia es su poder, y su poder es su querer, y su querer es su voluntad, y su voluntad es su entendimiento, y su entendimiento es su entender, y su entender es su ser, y su ser es su sabiduría, y su sabiduría es su bondad, y su bondad es su justicia, y su justicia es su misericordia, la cual aunque tiene contrarios efectos que la justicia (cuales son perdonar y castigar) mas realmente en Él son tan una cosa, que su misma justicia es su misericordia, y su misericordia es su justicia. Y así en Él caben obras y perfecciones al parescer contrarias y admirables, como dice Sant Augustín. Porque Él es secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable y incomprehensible, sin lugar y en todo lugar, invisible y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda, el que siempre obra y siempre está quieto, el que todo lo hinche sin estar encerrado, y todo lo provee sin quedar distraído; el que es grande sin cuantidad, y por eso inmenso, y bueno sin cualidad, y por eso verdadera y sumamente bueno; antes ninguno es bueno, sino solo Él. Finalmente, por abreviar, todas las cosas criadas, así como tienen limitada esencia que las comprehende, así tienen limitado poder á que se extienden, y limitadas obras en que se ejercitan, y limitados lugares adonde moran, y limitados nombres con que se significan, y particulares difiniciones con que se declaran, y señalados predicamentos, ó géneros donde se encierran. Mas aquella soberana substancia, así como es infinita en el ser, así también lo es en el poder, y en todo lo demás; y así ni tiene difinición que la declare, ni género que la encierre, ni lugar que la determine, ni nombre que la signifique por su proprio concepto. Antes, como dice S. Dionisio, con no tener nombre, tiene todos los nombres, porque en sí contiene todas las perfecciones significadas por esos nombres. De donde se infiere que todas las criaturas, como son limitadas, así

son comprehensibles; mas sólo aquel ser divino, así como es infinito, así es incomprehensible á todo entendimiento criado. Porque, como dice Aristóteles, lo que es infinito, como no tiene cabo, así con ningún entendimiento puede ser comprehendido ni abarcado sino es con solo aquel que todo lo comprehende. ¿Qué otra cosa nos significan aquellos dos serafines que vió Isaías (1) puestos al lado de la majestad de Dios, que estaba sentado en un trono muy alto, cada uno con seis alas, con las dos de las cuales cubrían el rostro de Dios, y con las otras dos los pies del mismo Dios (según declara un intérprete) sino dar á entender que ni aun aquellos espíritus soberanos que tienen el más alto lugar en el cielo, y están más vecinos á Dios, pueden comprehender todo cuanto hay en Dios, ni llegar de cabo á cabo á conoscerle, puesto caso que claramente le vean en su misma esencia y hermosura? Porque como el que está á la orilla de la mar, realmente ve la mar en sí misma, mas no llega á ver, ni la profundidad, ni la largura della, así aquellos espíritus soberanos, con todos los otros escogidos que moran en el cielo, realmente ven á Dios, mas no pueden comprehender ni el abismo de su grandeza, ni la longura de su eternidad. Y por esto mismo se dice que está Dios sentado sobre los querubines (en quien están encerrados los tesoros de la sabiduría divina) mas con todo eso está sobre ellos, porque no le pueden ellos alcanzar ni comprehender.

Éstas son aquellas tinieblas que el profeta David dice que puso Dios alderredor de su tabernáculo (2), para dar á entender lo que el Apóstol significó más claramente cuando dijo (3) que Dios moraba en una luz inaccesible, adonde nadie podía llegar; lo cual el profeta llama tinieblas, que impiden la vista y comprehensión de Dios. Porque, según dijo muy bien un filósofo, así como ninguna cosa hay más clara, ni más visible que el sol, pero con todo esto ninguna hay que menos se vea por la excelencia de su claridad y por la flaqueza de nuestra vista, así ninguna hay que de suyo sea más inteligible que Dios, y ninguna que menos en esta vida se entienda, por esta misma razón.

Por donde el que en alguna manera le quisiere conoscer, después que haya llegado á lo último de las perfecciones que él

(1) Isai. VI. (2) Psalm. XVII. (3) I Tim. VI.

pudiere entender, conozca que aun le queda infinito camino que andar, porque es infinito mayor de lo que él ha podido comprehender: y cuanto más entendiere esta incomprehensibilidad, tanto más habrá entendido dél. Por donde sant Gregorio, sobre aquellas palabras de Job (1): El que hace cosas grandes y incomprehensibles sin número, dice así: Entonces hablamos con mayor elocuencia las obras de la omnipotencia divina, cuando quedando maravillados y atónitos, las callamos: y entonces el hombre alaba convenientemente callando, lo que no puede convenientemente significar hablando. Y así nos aconseja S. Dionisio que honremos el secreto de aquella soberana deidad, que trasciende todos los entendimientos, con sagrada veneración del ánima, y con un inefable y casto silencio. En las cuales palabras parece que alude á aquellas del profeta David (2), según la translación de S. Hierónimo, que dicen: A ti calla el alabanza, Dios, en Sión. Dando á entender que la más perfecta alabanza de Dios es la que se hace callando, que es con este casto y inefable silencio, entendiendo nuestro no entender, y confesando la incomprehensibilidad y soberanía de aquella inefable substancia, cuyo ser es sobre todo ser, cuyo poder es sobre todo poder, cuya grandeza es sobre toda grandeza, y cuya substancia sobrepuja infinitamente, y se diferencia de toda otra substancia, así visible como invisible. Conforme á lo cual dice S. Augustín: Cuando yo busco á mi Dios, no busco forma de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz, ni melodía de canto, ni olores de flores, ni ungüentos aromáticos, ni miel, ni maná deleitable al gusto, ni otra cosa que pueda ser tocada y abrazada con las manos: nada desto busco cuando busco á mi Dios. Mas con todo esto busco una luz sobre toda luz, que no ven los ojos; y una voz sobre toda voz, que no perciben los oídos; y un olor sobre todo olor, que no sienten las narices; y una dulzura sobre toda dulzura, que no conosce el gusto; y un abrazo sobre todo abrazo, que no siente el tacto; porque esta luz resplandesce donde no hay lugar, y esta voz suena donde el aire no la lleva, y este olor se siente donde el viento no le derrama, y este sabor deleita donde no hay paladar que guste, y este abrazo se recibe donde nunca jamás se aparta.

(1) Job, V. (2) Psalm. LXIV.

§. I.

Y si quieres por un pequeño ejemplo barruntar algo desta incomprehensible grandeza, pon los ojos en la fábrica deste mundo, que es obra de las manos de Dios, para que por la condición del efecto entiendas algo de la nobleza de la causa. Presuponiendo primero lo que dice S. Dionisio, que en todas las cosas hay ser, poder y obrar, las cuales están de tal manera proporcionadas entre sí, que cual es el ser de las cosas, tal es su poder, y cual el poder, tal el obrar. Presupuesto este principio, mira luego cuán hermoso, cuán bien ordenado y cuán grande es este mundo, pues hay algunas estrellas en el cielo, que según dicen los astrólogos, son ochenta veces mayores que toda la tierra y agua juntas. Mira otrosí cuán poblado está de infinita variedad de cosas que moran en la tierra, y en el agua, y en el aire, y en todo lo demás; las cuales están fabricadas con tan grande perfección, que (sacados los monstruos aparte) en ninguna hasta hoy se halló, ni cosa que sobrase, ni que le faltase para el cumplimiento de su ser. Pues esta tan grande y tan admirable máquina del mundo (según el parecer de Sant Augustín) crió Dios en un momento, y sacó de no ser á ser; y esto sin tener materiales de que la hiciese, ni oficiales de que se ayudase, ni herramienta de que se sirviese, ni modelos ó debujos exteriores en que la trazase, ni espacio de tiempo en que prosiguiendo la acabase, sino con sola una simple muestra de su voluntad, salió á luz esta grande universidad y ejército de todas las cosas. Y mira más, que con la misma facilidad que crió este mundo, pudiera criar, si quisiera, millares de cuentos de mundos, muy más grandes y más hermosos y más poblados que éste; y acabándolos de hacer, con la misma facilidad los pudiera anihilar y deshacer, sin ninguna resistencia.

Pues dime agora, si como se presupuso de la doctrina de Sant Dionisio, por los efectos y obras de las cosas conoscemos el poder de las cosas, y por el poder el ser, ¿cuál será el poder de donde esta obra procedió? Y si tal y tan incomprehensible es este poder, ¿cuál será el ser que se conosce por tal poder? Esto sin dubda sobrepuja todo encarecimiento y entendimiento. Donde aun hay, más que pensar, que estas obras tan grandes, así las que son

como las que pueden ser, no igualan con la grandeza deste divino poder, antes quedan infinitamente más bajas, porque infinitamente más es á lo que se extiende este infinito póder. Pues ¿quién no queda atónico y pasmado, considerando la grandeza de tal ser y tal poder? El cual, aunque no vea con los ojos, á lo menos no puede dejar de barruntar por esta razón, cuán grande sea y cuán incomprehensible.

Esta inmensidad infinita de Dios declara Sancto Tomás en el compendio de la Teología, por este ejemplo. Vemos (dice él) que entre las cosas corporales, cuanto una es más excelente, tanto es mayor en cuantidad. Y así vemos ser mayor el agua que la tierra, y mayor el aire que el agua, y mayor el fuego que el aire, y mayor el primer cielo que el elemento del fuego, y mayor el segundo cielo que el primero, y mayor el tercero que el segundo; y así subiendo hasta la décima esfera y hasta el cielo Empíreo, que es de inestimable y incomparable grandeza. Lo cual se vé claro por cuán pequeña es la redondez de la tierra y del agua en comparación de los cielos; pues los astrólogos dicen que es un punto á respecto del cielo. Lo cual demuestran claramente, porque estando el cerco del cielo repartido en doce signos por do anda el sol, de cualquier parte de la tierra se ven los seis perfectamente; porque la altura y eminencia de la tierra no ocupa más de lo que ocuparía una hoja de papel, ó una tabla que estuviese en medio del mundo, de donde sin impedimento se vería la mitad del cielo. Pues siendo el cielo Empíreo, que es el primero y el más noble cuerpo del mundo, de tan inestimable grandeza sobre todos los otros cuerpos, por aquí se entiende (dice Sancto Tomás) cómo Dios, que sin ninguna limitación es el primero, y el mayor, y el mejor de todas las cosas, así espirituales como corporales, y el hacedor dellas, ha de sobrepujar á todas ellas con infinita grandeza, no en cuantidad (porque no es cuerpo) sino en la excelencia y nobleza de su perfectísimo ser.

Pues descendiendo agora á nuestro propósito, por aquí podrás en alguna manera entender cuales sean las perfecciones y grandezas deste Señor; porque tales es necesario que sean, cual es su mismo ser. Así lo confiesa el Eclesiástico (1) de su misericordia, diciendo: Cuan grande es el ser de Dios, tan grande es la

(1) Eccli. XI.

misericordia de Dios, y no menos lo son todas las otras perfecciones suyas; de manera que tal es su bondad, su benignidad, su majestad, su mansedumbre, su sabiduría, su dulzura, su nobleza, su hermosura, su omnipotencia, y tal también su justicia. Y así es infinitamente bueno, infinitamente suave, infinitamente amoroso, y infinitamente amable, y infinitamente digno de ser obedescido, temido, acatado y reverenciado. De suerte que si en el corazón humano pudiese caber amor y temor infinito y obediencia y reverencia infinita, todo esto era debido en ley de justicia á la dignidad y excelencia deste Señor. Porque si cuanto una persona es más excelente y más alta, tanto se le debe mayor reverencia, necesariamente se sigue que siendo la excelencia de Dios infinita, se le debe reverencia infinita. De donde se infiere que todo lo que falta á nuestro amor y reverencia para llegar á esta medida, falta para lo que se debe á la dignidad desta grandeza.

Pues siendo esto así, ¿qué tan grande es la obligación que nos pide sólo este título (aunque más no hobiera) al amor y obediencia deste Señor? ¿Qué ama quien á esta bondad no ama? ¿Qué teme quien á esta Majestad no teme? ¿A quién sirve quien á este Señor no sirve? ¿Para qué se hizo la voluntad, sino para abrazar y amar al bien? Pues si éste es el sumo bien, ¿cómo no lo abraza nuestra voluntad sobre todos los bienes? Y si tan grande mal es no amarlo y reverenciarlo sobre todas las cosas, ¿qué será tenerlo en menos que todas ellas? ¿Quién pudiera creer que hasta aquí pudiese llegar la maldad del hombre? Pues realmente hasta aquí llegan los que por un deleite bestial, ó por un pundonor de honra, ó por dos maravedís de interese, desprecian y ofenden esta bondad. Y aun más adelante pasan los que pecan de balde, que es por sola maldad y costumbre, sin haber por eso algún interese: á tanto ha llegado el desalmamiento del mundo. ¡Oh ceguedad incomparable! ¡Oh insensibilidad más que de bestias! ¡Oh atrevimiento digno de los demonios! ¿Qué merece quien esto hace? ¿Con qué se castigará dignamente el desprecio de tan grande Majestad? Claro está que con ninguna pena menor que con la que está á los tales aparejada, que es arder para siempre en los fuegos del infierno, y con todo esto no se castiga dignamente.

Éste es, pues, el primer título por donde estamos obligados al amor y servicio deste Señor; la cual obligación es tan grande,

que todas cuantas obligaciones podemos tener en el mundo á diversos géneros de personas por razón de sus excelencias y perfecciones, no se pueden llamar obligaciones, comparadas con ésta. Porque así como todas las otras perfecciones criadas, comparadas con las divinas, no son perfecciones, así todas las obligaciones que nascen destas mismas excelencias y perfecciones no se llaman obligaciones en presencia désta; como tampoco todas las ofensas hechas á puras criaturas se llaman ofensas, comparadas con la que se hace al Criador. Por lo cual dijo David en el psalmo de la penitencia (1) que contra solo Dios había pecado; como quiera que también había pecado contra Urías, á quien mató, y contra su mujer, á quien deshonró, y contra todo su reino, á quien escandalizó. Mas con todo esto dice que había pecado contra solo Dios, porque sabía él muy bien que todas estas ofensas y deformidades eran nada en comparación de la fealdad que este pecado tenía, por ser contra lo que Dios mandó. Y así la consideración desta deformidad lo afligía tanto, que no hacía caso de todas las otras en comparación désta. Porque así como Dios es infinitamente mayor que toda otra criatura, así es infinitamente mayor en su manera la obligación que le tenemos y la ofensa que le hacemos: y de finito á infinito no puede haber proporción.

(1) Psalm. L.

DEL SEGUNDO TÍTULO QUE NOS OBLIGA A LA VIRTUD Y SERVICIO DE NUESTRO SEÑOR, POR RAZÓN DEL BENEFICIO DE LA CREACIÓN.

CAPÍTULO II.

No sólo estamos obligados á la virtud y obediencia de los mandamientos divinos, por lo que Dios es en sí, sino también por lo que es para nosotros: que es por razón de sus innumerables beneficios. De los cuales, aunque habemos tratado en otros lugares para otros propósitos, pero aquí trataremos dellos, para que por ellos veamos las grandes obligaciones que tenemos al servicio del dador.

Entre estos beneficios el primero es el de la creación: del cual, por ser tan conocido, solamente diré que por este beneficio está el hombre obligado á emplearse todo en el servicio del Señor que le crió, porque según toda la ley, es el hombre deudor de todo lo que ha recibido. Y pues por este beneficio recibió el ser que tiene (que es el cuerpo con todos sus sentidos, y el ánima con todas sus potencias) síguese que todo esto está obligado á emplear en su manera en el servicio del Hacedor, so pena de ser ladrón y desconocido á quien tanto bien le hizo. Porque si un hombre hace una casa, ¿á quién ha de servir esta casa, sino al dueño que la hizo? Y si planta una viña, ¿cúyo ha de ser el fructo della, sino del que la plantó? Y si un padre tiene un hijo ¿á cúyo servicio está más obligado, que al del padre que le engendró? Y por esta causa dicen las leyes que es inestimable el poder del padre sobre sus hijos, el cual se extiende á tanto, que por derecho los puede vender estando en necesidad; porque por haberles dado el ser que tienen, queda hecho tan señor dellos, que puede dellos disponer en esta forma. Pues si tan grande es el señorío que el padre tiene sobre su hijo, ¿cuál será el que tiene Aquél de quien se deriva todo el ser de padres en el cielo y en la tierra? Y si como dice Séneca, los que recibieron beneficios son obligados á imitar las tierras fértiles, las cua-

les dan mucho más de lo que recibieron, ¿cómo responderemos á Dios con esta manera de agradescimiento, pues no le podemos dar más de lo que dél recibimos, por mucho que le demos? Y si no guarda esta ley el que no da más de lo que recibió, ¿qué diremos del que aun no da lo que recibió? Y si como dice Aristóteles, á los dioses y á los padres no se puede pagar enteramente la deuda que se les debe, ¿qué se podrá pagar á Dios que tanto más nos tiene dado que todos los padres del mundo? Y si tan grande mal es ser un hijo rebelde y desobediente á su padre, ¿qué será serlo á Dios, que por tantos títulos es padre, en cuya comparación ninguno meresce título de padre? Por esto con mucha razón se queja Él de los tales por un profeta, diciendo (1): Si yo soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me debéis? Y si soy vuestro Señor, ¿qué es del temor que me tenéis? Y contra estos mismos se indigna otro profeta con palabras más encendidas diciendo (2): Generación mala y adúltera, pueblo loco y nescio, ¿ésta es la paga de tantos beneficios que das á tu Señor? ¿Por ventura no es Él tu padre, que te hizo y te crió? Éstos son los que ni levantan los ojos al cielo, ni los vuelven á si mismos acordándose de sí: porque si esto hiciesen, preguntarían á sí por sí y procurarían saber su primer origen y principio: que es, quién los hizo, y para qué los hizo, y por aquí entenderían lo que debían hacer. Mas porque esto no hacen, viven como si ellos mismos se hubieran hecho: como vivía aquel malaventurado rey de Egipto, á quien amenaza Dios por un profeta diciendo (3): Contigo lo habré yo, dragón grande, que estás tendido en medio de tus ríos, y dices: míos son los ríos, yo me hice á mí mismo. Las cuales palabras, á lo menos por la práctica, dicen todos aquellos que así viven descuidados de su Criador, como si ellos mismos se hubieran hecho, y no reconoscieran hacedor. Mejor lo hacía el bienaventurado Sant Augustín, el cual por este conoscimiento de su principio, vino en conoscimiento de su Criador. Y así dice él en un soliloquio: Volví á mí, y entré en mí, y preguntéme: tú, ¿quién eres? Y respondíme: hombre racional y mortal. Y comencé á inquirir lo que esto era, y dije: ¿de dónde tuvo principio, Dios mío, este animal? ¿De dónde sino de Ti? Tú eres el que me heciste, y no yo. Tú eres

(1) Malach. I. (2) Deut. XXXIII. (3) Ezech. XXIX.

por quien yo vivo, y por quien todas las cosas son y viven. Porque ¿por ventura puede ser alguno artífice de sí mismo? ¿Por ventura hay otro de quien se derive el ser y el vivir, sino de Ti? ¿Por ventura no eres Tú el sumo Ser de quien mana todo ser? ¿No eres fuente de vida de quien procede toda vida? Tú, pues, Señor, me heciste, sin el cual nada se hace. Tú eres hacedor mío, y yo obra tuya. Gracias, pues, sean dadas á Ti, Señor, por quien yo vivo, y todas las cosas viven. Gracias á Ti, formador mío, porque tus manos me formaron y hicieron. Gracias á Ti, luz mía, porque con tu luz hallé á Ti, y hallé también á mí.

Éste es, pues, el primero de los beneficios divinos, y el fundamento de todos los otros. Porque todos ellos presuponen ser, el cual por este beneficio se nos da; y así se comparan todos con él, como accidentes con la substancia donde se subjectan: para que por aquí veas cuán grande sea este beneficio, y cuán digno de ser agradescido. Pues si tanto cuidado tiene Dios de pedir agradescimiento por sus beneficios (aunque esto no por su provecho, sino por el nuestro) ¿qué pedirá por éste, que es el fundamento de todos los otros? Mayormente siendo ésta la condición de Dios, que así como es liberalísimo en hacer mercedes, así es estrechísimo (si así se puede llamar) en pedir agradescimiento; no por razón de su provecho, sino por la obligación de nuestro oficio. Y así leemos en el Testamento Viejo que apenas acababa de hacer á su pueblo un beneficio cuando luego daba orden cómo hubiese perpetua memoria y agradescimiento dél. Y así en sacando su pueblo de Egipto, luego á la hora, antes aun de la salida, mandó que se hiciese una fiesta solemnísima cada año en memoria dél (1). Mató también para este fin todos los primogénitos de los egipcios, y luego mandó que todos los primogénitos del pueblo, que de ahí adelante naciesen, se le ofreciesen en memoria deste beneficio (2). Proveyóles luego de maná cuarenta años en el desierto, y en comenzándolo á enviar, mandó que se cogiese cierta cuantidad dél en un vaso, y se guardase en el Sanctuario (3), para que todas las generaciones advenideras tuviesen memoria de aquel beneficio (4). De ahí á poco dióles una victoria muy señalada contra

(1) Exod. XII. (2) Ibid. XIII. (3) Ibid. XVI. (4) Ibid. XVI.

Amalec: y acabada la victoria, dijo luego á Moisén (1): Escribe esta victoria en un libro para perpetua memoria della, y entrégalo á Josué. Pues si tan especial cuidado tuvo este Señor de proveer cómo hubiese en la memoria de su pueblo eterno agradescimiento de beneficios temporales, ¿qué pedirá por este beneficio inmortal, pues el ánima que él nos dió es inmortal? De aquí procedía el cuidado que los sanctos patriarcas tenían de edificar altares (2), y hacer memorias cada vez que recibían algún particular beneficio de Dios de tal manera, que aun en los nombres de los mesmos hijos que les daba (3), escribían la memoria de los beneficios que recibían, para nunca jamás olvidarse dellos. Por donde concluye un sancto que no había el hombre de respirar tantas veces, cuantas se había de acordar de Dios. Porque así como siempre es, así siempre había de estar dando gracias por el ser inmortal que dél recibió.

Es tan grande el vínculo desta obligación, que hasta los mismos filósofos deste mundo dan voces á los hombres que no sean ingratos á Dios. Y así Epicteto, noble filósofo entre los estoicos, dice así: Oh hombre, no seas ingrato á aquella soberana potestad, sino por el sentido del ver y del oir, y mucho más por la vida que te dió, y por las cosas con que ella te sustenta, por los fructos maduros, por el vino, y por el aceite, y por todo lo demás le da gracias; y mucho más porque te dió razón para que supieses usar de todas esas cosas, y conoscer el valor dellas. Pues si este agradescimiento nos pide un filósofo gentil por estos comunes beneficios, ¿qué será razón que sienta un un cristiano que tanto mayor lumbre tiene de fe, y tanto más recibió?

Mas por ventura dirás: Esos comunes beneficios más parecen obras de naturaleza que beneficios de Dios. ¿Qué debo yo, pues, particularmente por la orden y disposición de las cosas, que se van siempre por su curso? No es ésta voz de cristiano, sino de gentil: ni aun de gentil, sino de bestia. Y porque más claramente lo veas, mira cómo la reprehende este mismo filósofo, diciendo así: Dirás por ventura que la naturaleza te hace estos beneficios. ¿Oh desconoscido, no entiendes cuando esto dices que mudas el nombre á Dios? ¿Qué otra cosa es la natura-

(1) Exod. XVII. (2) Gen. XII, XIII, XXII. (3) Ibid. XLII.

leza sino Dios, que es principal naturaleza? Así que, hombre desagradescido, no te excusas con decir que esta deuda la debes á la naturaleza, y no á Dios; pues no hay naturaleza sin Dios. Si hubieses recebido prestado algo de Lucio Séneca, y dijeses que quedabas obligado á Lucio, y no á Séneca, no por esto se mudaba el acreedor, sino sólo el nombre dél.

De otra razón por do estamos obligados al servicio de nuestro Señor, por ser Él nuestro Criador.

§. II.

MAS no sólo esta obligación de justicia, sino también nuestra misma necesidad y pobreza nos obliga á tener esta cuenta con nuestro Criador, si queremos después de criados alcanzar nuestra misma felicidad y perfección. Para lo cual es de saber que, generalmente hablando, todas las cosas que nascen, no nascen luego con toda su perfección. Algo tienen y algo les falta que después se haya de acabar; y el cumplimiento de lo que falta, ha de dar el que comenzó la obra: de manera que á la misma causa pertenesce dar el cumplimiento del ser que dió principio dél. Y por esto todos los efectos generalmente se vuelven á sus causas para recibir dellas su última perfección. Las plantas trabajan por buscar el sol y arraigarse todo cuanto pueden en la tierra que las produjo: los pesces no quieren salir fuera del agua que los engendró. El pollico que nasce, luego se pone debajo las alas de la gallina, y la sigue por doquiera que vaya; y lo mismo hace el corderico, que luego se junta con los ijares de su madre, y entre mil madres que sean de una misma color la reconosce, y siempre anda cosido con ella, como quien dice: Aquí me dieron lo que tengo, aquí me darán lo que me falta. Esto acaesce universalmente en las cosas naturales, y lo mismo acaescería en las artificiales, si tuviesen algún sentido ó movimiento. Si un pintor, acabando de pintar una imagen dejase por acabar los ojos, y aquella imagen sintiese lo que le falta, ¿qué haría? ¿adónde iría? No iría, cierto, á casas de reyes ni príncipes, porque ésos (en cuanto tales) no pueden satisfacer á su deseo, sino irse hía á la casa de su maes-

tro, y suplicarle hía la acabase de perfeccionar. Pues, oh criatura racional, ¿qué otra causa es la tuya sino ésta? No estás aún acabada de hacer. Mucho es lo que te falta para llegar al cumplimiento de tu perfección. Apenas está acabado el debujo. Todo el lustre y hermosura de la obra queda por dar. Lo cual claramente muestra el apetito continuo de la misma naturaleza, que como quien se siente necesitada, no reposa, sino siempre está piando y sospirando por más. Quiso Dios tomarte por hambre, y que las mismas necesidades te metiesen por sus puertas y te llevasen á Él. Por eso no te quiso acabar dende el principio; por eso no te enriqueció dende luego: no por escaso, sino por amoroso: no porque fueses pobre, sino porque fueses humilde: no porque fueses necesitado, sino por tenerte siempre consigo. Pues si eres pobre, y ciego, y menesteroso, ¿por qué no te vas al padre que te crió, y al pintor que te comenzó, para que él acabe lo que te falta? Mira como lo hacía así el profeta David (1): Tus manos (dice él) me hicieron y me criaron: dame entendimiento para que aprenda tus mandamientos. Como si más claramente dijera: Tus manos, Señor, hicieron todo lo que hay en mí; mas no está aun acabada esta obra: los ojos de mi ánima, entre otras partes, quedan por acabar: no tengo lumbre para saber lo que me conviene: ¿pues á quién pediré lo que me falta, sino á quien me ha dado lo que tengo? Pues dame, Señor, esta lumbre; clarifica los ojos deste ciego dende su nascimiento, para que con ellos te conosca, y así se acabe lo que comenzaste en mí.

Pues así como á este Señor pertenesce dar su última perfección al entendimiento, así también le pertenesce darla á la voluntad, y á todas las otras potencias del ánima, para que así quede acabada la obra por el mismo que la comenzó. Éste, pues, solo harta sin defecto, engrandesce sin estruendo, enriquece sin aparato y da descanso cumplido sin la posesión de muchas cosas. Con Él está la criatura pobre y contenta, rica y desnuda, sola y bienaventurada, desposeída de todas las cosas y señora de todas ellas. Por lo cual con mucha razón dijo el Sabio (2): Hay un hombre que vive como rico, no teniendo nada; y hay otro que vive como pobre teniendo muchas riquezas. Porque muy rico es el pobre que tiene á Dios, como lo era Sant

(1) Psalm CXVIII. (2) Prov. XVII.

Francisco; y muy pobre á quien falta Dios, aunque sea señor del mundo. Porque ¿qué le aprovechan al rico y poderoso todas sus riquezas, si con todo esto vive con mil maneras de cuidados y apetitos, que no puede cumplir con cuanto tiene? Y ¿qué parte es la vestidura preciosa, y la mesa delicada, y el arca llena, para quitar la congoja que está en el ánima? En la cama blanda da el rico muchos vuelcos en la noche larga, los cuales no puede excusar su rica bolsa. Resulta, pues, de todo lo dicho, cuán obligados estamos todos al servicio de nuestro Señor, no sólo por la deuda deste beneficio, sino también por lo que toca al cumplimiento de nuestra felicidad y remedio.

DEL TERCERO TÍTULO PORQUE ESTAMOS OBLIGADOS Á DIOS, QUE ES EL BENEFICIO DE LA CONSERVACIÓN Y GOBERNACIÓN.

CAPÍTULO III

No sólo está obligado el hombre á Dios por el beneficio de la creación, sino también por el de la conservación; porque Él es el que te hizo y el que te conserva después de hecho. De manera que tan colgado estás agora de la mano de Dios, y tan poca parte eres para vivir sin Él, como lo fuiste para ser sin Él. No es menor beneficio éste que el pasado; sino que aquél se hizo una vez, más éste siempre, porque siempre te está criando, pues siempre está conservando lo que crió; y no es menester menor poder ni menor amor para lo uno que para lo otro. Pues si tanto le debes porque en un punto te crió, ¿cuánto le deberás porque en tantos te conserva? No das un paso que no te mueva Él para eso; no abres ni cierras los ojos, que no ponga Él ahí su mano. Porque si tú no crees que Dios mueve tus miembros cuando tú los mueves, no eres cristiano; y si crees que Él te hace esa merced, y con todo eso le ofendes, no acertaré á decir lo que eres. Dime agora: si estuviese un hombre en una torre altísima, y tuviese fuera de las almenas otro hombre colgado de un pequeño cordel, ¿osaría por ventura éste que así estuviese, desmandarse en palabras contra aquél que lo sostiene? Pues si tú estás colgado como de un hilico de la voluntad sola de Dios, de tal manera que si Él te soltase, en un punto te volverías en nada, ¿cómo tienes atrevimiento para provocar á ira los ojos desa tan alta Majestad que te sostiene aun en ese mismo tiempo que le ofendes? Porque como dice S. Dionisio: Es tan excelente la virtud del sumo bien, que aun cuando las criaturas le contradicen, de su inmensa virtud reciben el ser y el poder con que le contradicen. Pues siendo esto así, ¿cómo osas con todos esos miembros y sentidos ofender el mismo Señor que los conserva? ¡Oh rebeldía y ceguedad

increíble! ¿Quién nunca vió tal conjuración, que los miembros se levanten contra su cabeza, siendo cosa tan natural ponerse á morir por ella? Día vendrá que se deshaga este agravio, y que sean oídas á justicia las querellas de la honra divina (1). ¿Conjurastes contra Dios? Justo es que conjure toda la universidad del mundo contra vosotros, y arme Dios todas sus criaturas para vengar sus injurias, y pelee toda la redondez de la tierra contra los desconoscidos; porque justo es que los que no quisieron abrir los ojos, convidados con tanta muchedumbre de beneficios, cuando tuvieron tiempo, los vengan á abrir con la muchedumbre de los azotes, cuando no tengan remedio.

¿Pues qué será juntar con esto toda esta mesa tan rica y tan abundosa del mundo, que crió este Señor para tu servicio? Todo cuanto hay debajo del cielo, ó es para el hombre, ó para cosas de que se ha de servir el hombre. Porque si él no come el mosquito que vuela por el aire, cómelo el pájaro de que él se mantiene; y si él no pasce la yerba del campo, páscela el ganado de que él tiene necesidad. Tiende los ojos por todo ese mundo, y verás cuán anchos y espaciosos son los términos de tu hacienda, y cuán rica y abundosa tu heredad. Lo que anda sobre la tierra, y lo que nada en las aguas, y lo que vuela por el aire, y lo que resplandece en el cielo, tuyo es. Ca todas esas cosas son beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura, testimonios de su misericordia, centellas de su caridad, y predicadores de su largueza. Mira cuántos predicadores te envía Dios para que le conozcas. Todas cuantas cosas hay (dice Sant Augustín) en el cielo y en la tierra me dicen, Señor, que te ame, y no cesan de decirlo á todos, porque nadie se pueda excusar.

¡Oh, si tuvieses oídos para entender las voces de las criaturas; sin dubda verías cómo todas ellas á una te dicen que ames á Dios! Porque todas ellas callando dicen que fueron criadas para tu servicio, porque tú amases y sirvieses por tí y por ellas al común Señor. El cielo dice: yo te alumbro de día y de noche con mis estrellas, porque no andes á escuras, y te envío diversas influencias para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El aire dice: yo te doy aliento de vida, y te refresco, y templo el calor de las entrañas, para que no te consuma, y tengo en mí

(1) Sap. V.

muchas diferencias de aves, para que deleiten tus ojos con su hermosura, y tus oídos con su canto, y tu paladar con su sabor. El agua dice: yo te sirvo con las lluvias tempranas y tardías á sus tiempos, y con los ríos y fuentes, para que te refresquen, y te crío infinitas diferencias de peces para que comas; riego tus sembrados y arboledas con que te sustentes, y doite camino breve y compendioso por los mares, para que te puedas servir de todo el mundo, y juntar las riquezas ajenas con las tuyas. Pues la tierra ¿qué dirá, que es la común madre de todas las cosas, y como una general oficina de todas las causas naturales? Ésa, pues, también con mucha razón dirá: yo como madre te traigo á cuestas; yo te crío los mantenimientos, y te sustento con los fructos de mis entrañas; yo tengo tratos y comunicación con todos los elementos y con todos los cielos, y de todos recibo influencias y beneficios para tu servicio; yo, finalmente, como buena madre, ni en vida, ni en muerte te desamparo; porque en vida te traigo á cuestas y te sustento, y en la muerte te doy lugar de reposo, y te recibo en mi regazo. Finalmente, todo el mundo á muy grandes voces te está diciendo: mira cuánto es lo que te amó mi Señor y Hacedor, que por ti crió á mí, y por Él quiere que sirva á ti, porque tú sirvas y ames á Aquél que crió á mí por ti, y á ti por sí.

Éstas son, cristiano, las voces de todas las criaturas; mira que no puede ser mayor sordedad, que estar á tales voces sordo y á tales beneficios ingrato. Si recibes el beneficio, paga la deuda del agradescimiento, porque no pases por la pena del ingrato. Ca toda criatura (según dice un doctor) da estas tres voces al hombre: *Accipe, redde, cave. Hoc est: Accipe beneficium; Redde debitum; Cave* (*nisi reddideris*) *supplicium.* Que quiere decir: recibe, paga y teme. Esto es: recibe el beneficio, paga la deuda del agradescimiento, y teme (si no la pagares) el castigo.

Y para que más aun te maravilles, mira cómo esta misma teología llegó á alcanzar Epicteto filósofo (de quien arriba hecimos mención) el cual quiere que en todas las cosas criadas oyamos y veamos al Criador, diciendo así: Cuando el cuervo da voces, y con ellas te da á entender alguna mudanza del aire, no es el cuervo el que te avisa, sino Dios. Y si por las voces y palabras humanas eres avisado de algo, ¿no es también Dios el que crió ese hombre, y le dió esa facultad para poderte avisar, para

que supieses que aquel divino poder usa de unos y otros medios para lo que quiere? Porque cuando las cosas de que nos quiere avisar son grandes, éstas envía Él á decir por más altos y nobles mensajeros. Y al cabo añade diciendo: Finalmente, cuando acabares de leer estos mis consejos, di entre ti mismo: estas cosas no me las ha dicho Epicteto el filósofo, sino Dios; porque ¿de dónde tenía él facultad para decillas? Pues no es él, sino Dios el que me las dijo por él. Hasta aquí son palabras de Epicteto. Pues ¿cuál cristiano no se afrentará de no llegar adonde un filósofo gentil llegó? Gran vergüenza es por cierto que los ojos esclarescidos con lumbre de fe, no vean lo que veían los que estaban asentados en las tinieblas de la razón.

Colige de lo dicho cuán indigna cosa sea no servir á nuestro Señor.

§. I.

PUES siendo esto así, ¿qué linaje de desconoscimiento es andar nadando entre tantos beneficios de Dios, y no acordarse de quien los da? Dice Sant Pablo (1) que el que hace buenas obras á su enemigo, le echa carbones de fuego sobre la cabeza, para encenderlo en su amor. Pues si todas cuantas criaturas hay en este mundo son beneficios de Dios, ¿qué será todo este mundo, sino un fuego de tanta leña, cuantas criaturas hay en él? Pues ¿cuál es el corazón que andando en medio de un tan grande fuego, no solamente no se quema, mas aun no siente calor? ¿Cómo recibiendo á la continua tantos beneficios, no alzarás alguna vez los ojos al cielo á ver quién es ése que te hace tanto bien? Dime: si andando tu camino, y asentándote al pie de una torre cansado y muerto de hambre, estuviese uno dende lo alto proveyéndote benignamente de todo lo necesario, ¿cómo te podrías contener, que no levantases alguna vez los ojos á ver quién es ése que así te provee? Pues ¿qué otra cosa hace Dios contigo dende lo alto, sino estar lloviendo siempre beneficios sobre tí? Dame una sola cosa de cuantas hay en el mundo, que no venga por especial providencia del cielo. Pues ¿cómo no le-

(1) Rom. XII.

vantarás alguna vez los ojos para conoscer y amar á tan liberal y tan continuo bienhechor? ¿Qué es esto, sino haber perdido ya los hombres su misma naturaleza, y héchose más insensibles que bestias? Gran vergüenza es decir á quien somos en esto semejantes; mas también es razón que oiga el hombre su merescido. Somos semejantes en esto á los animales brutos que están debajo la encina, los cuales cuando les está su dueño dende lo alto vareando la bellota, ocupados ellos en comer y gruñir unos con otros sobre la comida, no miran á quien se la da, ni saben que cosa es levantar los ojos para ver por cuya mano se les hace este beneficio. ¡Oh bestial ingratitud de los hijos de Adán, que teniendo demás de la razón la figura de vuestro cuerpo derecha, y los mismos ojos enderezados al cielo, no queréis que los del ánima tiren tras ellos para ver á quien os hace tanto bien!

Y aun pluguiese á Dios que no nos hiciesen ventaja las bestias en esta parte. Porque es tan general la ley del agradescimiento, y es Dios en tanta manera amigo dél, que aun en las mismas fieras imprimió esta tan noble inclinación, como parece por muchos ejemplos que hallamos escriptos en esta materia. Porque ¿qué cosa más fiera que el león? Pues deste escribe Apión, autor griego, que porque un hombre que estaba escondido en una cueva le sacó una espina que traía hincada en un pie, el león partía con él cada día la carne que cazaba; y después de muchos días, siendo este hombre por sus maleficios echado á este mismo león en la plaza de Roma, el león se puso á mirarlo, y le reconosció, y se llegó á él, y amorosamente, haciéndole los mismos halagos que hace un perro á su señor cuando viene de fuera. Y después desto se andaba tras él, sin hacer mal á nadie, por las calles de Roma. De otro león también leemos que por el mismo beneficio que había recebido de un hombre que desembarcó en África, el león le traía cada día de la carne que cazaba, con que él y sus compañeros se mantenían, hasta que se tornaron á embarcar. Y no es de menor admiración lo que se escribe de otro león, que estando peleando con una sierpe (la cual lo tenía muy apretado y puesto en peligro de muerte) un caballero que por aquel lugar andaba monteando, socorrió al león, matando la sierpe: por el cual beneficio el león lo siguió siempre, y andando á caza le servía de lebrel; y embarcándose

una vez el caballero, dejando el león en tierra, él se echó á nado en pos de su bienhechor, y sin poder ser socorrido se ahogó. Pues ¿que diré de la lealtad y agradescimiento de los caballos? Plinio escribe de algunos que después de muertos sus señores sintieron tanto sus muertes, que vinieron á derramar lágrimas por ellos; y de otros dice que se dejaron morir de hambre por esta causa: y de otros, que tomaron venganza de los matadores de sus señores, despeñándolos, ó despedazándolos á bocados. Pues ¿qué diré del agradescimiento de los perros, de quien el mismo autor cuenta cosas extrañas? De un perro escribe que muerto su señor por unos ladrones, después de haber por él peleado fuertemente contra ellos, se juntó con el cuerpo muerto guardándolo y ojeando las aves y las bestias porque no lo comiesen. De otro escribe que viendo muerto á Jasón Lucio su señor, nunca más quiso comer, y así se dejó morir de hambre. Y en su tiempo escribe haber acaecido en Roma otra cosa más memorable: porque habiendo sido condenado un hombre á muerte, un perro que tenía, ni en la cárcel se apartó jamás dél, ni después de muerto le desamparó, antes se estaba siempre á par de él dando tristes aullidos: y (lo que más es) arrojándole un pedazo de pan, lo tomó en la boca, y lo llevó á la de su señor, y echado el cuerpo en el Tibre, el perro se arrojó tras él, y se ponía debajo dél para sustentarlo, porque no se fuese á fondo. ¿Qué cosa más admirable, ni de mayor agradescimiento que ésta? Pues si las bestias que no tienen razón, sino una sola centella de instincto natural con que reconoscen el beneficio, así lo agradescen, y así lo sirven, y acompañan á sus bienhechores: el hombre que tiene tanta mayor lumbre para conoscer el bien que recibe, ¿cómo vive tan olvidado de quien tanto bien le hace? ¿Cómo se deja vencer de las bestias en ley de humanidad, de lealtad y de agradescimiento, especialmente siendo tanto más lo que el hombre recibe de Dios, que cuanto pueden recibir las bestias de los hombres, y siendo tanto más excelente la persona que lo da, y el amor con que lo da, y la intención con que lo da, que no es por interese, sino por sola gracia y amor? Cosa es esto cierto de grande admiración, y que manifiestamente declara haber demonios que cieguen nuestros entendimientos, y endurezcan nuestras voluntades, y estraguen nuestras memorias para no acordarse de tal bienhechor.

Y si tan grande mal es olvidarse de este Señor, ¿cuánto mayor será ofenderle, y ofenderle con sus mismos beneficios? El primer grado de ingratitud dice Séneca que es no responder al bienhechor con beneficios; el segundo, olvidarlos de corazón; el tercero es hacer mal á quien te hizo bien, y éste paresce el mayor. Pues ¿qué será hacer mal y ofender al bienhechor con los mismos bienes que él te dió? No sé si ha habido hombre en el mundo que haya hecho con otro hombre lo que los otros hombres hacen con Dios. ¿Qué hombre habría (por inhumano que fuese) que acabando de recibir de un príncipe grandes mercedes, fuese luego á emplear todas aquellas mercedes en hacer gente contra él? Y tú, malaventurado, con esos mismos bienes que Dios te dió, nunca cesas de hacer guerra contra Él. Pues ¿qué cosa más abominable? ¿Cuál sería la traición de una mujer casada, si las joyas que su marido le enviase para honrarla y provocarla más á su amor, las diese ella á un adúltero para ganarle la voluntad y tener más segura su afición? Si alguna cosa fea se pudiese en el mundo pintar, ésta parece que lo sería: y aquí la injuria no es más que de hombre á hombre, que es de un igual á otro igual. Pues ¿cuánto mayor mal es, cuando esta misma injuria se hace contra Dios? Pues ¿qué otra cosa hacen los hombres, cuando las fuerzas y la salud, y los bienes que Dios les dió, emplean en malas obras? Con las fuerzas se hacen más soberbios, con la hermosura más vanos, con la salud más olvidados de Dios, con la hacienda más poderosos para tragarse los flacos y competir con los mayores, y para regalar su carne, y comprar la castidad de la inocente doncella, y hacer que ella venda como otro Judas el precio de la sangre de Cristo, y ellos la compren por dinero, como hicieron los judíos. Pues ¿qué diré del abuso de todos los otros beneficios? De la mar se sirven para sus gulas, de la hermosura de las criaturas para sus lujurias, de los fructos y bienes de la tierra para sus avaricias, de las habilidades y gracias naturales para sus soberbias. Con las prosperidades se enloquescen, y con las adversidades desmayan. De la noche se sirven para encubrir sus hurtos, y del día para tender sus redes, como se escribe en Job (1).

(1) Job. XXIII.

Finalmente, todo lo que Dios crió en este mundo para gloria suya, han ellos ofrescido á los antojos de su locura.

Pues ¿qué diré de sus aguas de olores, de sus perfumes, de sus vestidos, de sus labrados, de sus potajes y diferencias de guisados, de que están por nuestros pecados, no solamente escriptos, sino también impresos libros? tanto ha crescido la desvergüenza y el regalo. De todas estas cosas tan preciosas, por quien habían de dar á Dios alabanzas, usan para cebo de sus lujurias; pervertiendo todas las criaturas de Dios, y haciendo instrumentos de vanidad lo que había de ser instrumento de virtud. Finalmente, todas las cosas del mundo tienen dedicadas para regalo de su carne, y ninguna para el prójimo por Dios tan encomendado. Para solo éste son pobres, para solo éste se les acuerda que tienen deudas: para todo lo demás ni deben, ni les falta.

No aguardes, pues, hermano, á que á la hora de la muerte se te haga este cargo tan peligroso, que cuanto es mayor, tanto será más estrecha la cuenta que se te pedirá Linaje de juicio es dar mucho á quien lo agradesce poco; y señal de reprobación es darlo á quien siempre usa mal dello. Tengamos por último linaje de afrenta que las bestias nos hagan ventaja en esta virtud; pues ellas son agradescidas á sus bienhechores, y nosotros no. Porque si los varones de Nínive se levantarán en juicio, y condenarán á los judíos porque no hicieron penitencia con la predicación de Cristo, miremos no nos condene este mismo Señor con el ejemplo de las bestias; pues ellas amaron á sus bienhechores, y nosotros no.

DEL CUARTO TÍTULO POR DONDE ESTAMOS OBLIGADOS Á LA VIRTUD, QUE ES EL BENEFICIO INESTIMABLE DE NUESTRA REDEMPCIÓN.

CAPÍTULO IV

VENGAMOS al beneficio inestimable de nuestra redempción. Para hablar deste misterio, verdaderamente yo me hallo tan indigno, tan corto y tan atajado, que ni sé por dó comience, ni dónde acabe, ni qué deje, ni qué tome para decir. Si no tuviera la torpeza del hombre necesidad destos estímulos para bien vivir, mejor fuera adorar en silencio la alteza deste misterio, que borrallo con la rudeza de nuestra lengua. Cuentan de un famoso pintor, que habiendo pintado en una tabla la muerte de una doncella hija de un rey, y debujado en torno della los deudos con rostros en gran manera tristes, y á la madre mucho más triste, cuando vino á querer debujar el rostro del padre, cubriólo de industria con una sombra, para dar á entender que allí ya faltaba el arte para exprimir cosa de tan gran dolor. Pues si todo lo que sabemos no basta para explicar sólo el beneficio de la creación, ¿qué elocuencia bastará para engrandescer el de la redempción? Con una simple muestra de su voluntad crió Dios todas las cosas del mundo, y quedáronle las arcas llenas, y el brazo sano acabándolo de criar; mas para haberlo de redimir, sudó treinta y tres años, y derramó toda su sangre, y no quedó en Él miembro ni sentido que no padesciese su dolor. Menoscabo paresce de tan grandes misterios ser con lengua de carne manifestados. Pues ¿qué haré? ¿Callaré, ó hablaré? Ni debo callar, ni puedo hablar. ¿Cómo callaré tan grandes misericordias? Y ¿cómo hablaré misterios tan inefables? Callar es desagradescimiento, y hablar paresce temeridad. Por esto suplico yo agora, Dios mío, á vuestra infinita piedad, que entretanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber más, deseando engrandescella y declaralla, estén allá en el cielo glorificándoos los que os saben

alabar: y ellos compongan lo que yo descompongo, y doren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber.

Después de criado el hombre, y puesto por mano de Dios en aquel lugar de deleites en tan grande dignidad y gloria, estando tan obligado al servicio de su Criador cuanto más dél había recibido, alzóse con todo, y de donde había de tomar mayores motivos para más amarle, de ahí los tomó para hacerle traición. Por esta causa fué lanzado del Paraíso en el destierro deste mundo, y sobre esto condenado á las penas del infierno; para que, pues había sido compañero del demonio en la culpa, también lo fuese en la sentencia. Dijo el Profeta á su criado Giezi, después que tomó los dones de Naamán leproso (1): ¿Tomaste la hacienda de Naamán? Pues la lepra de Naamán se pegará á ti y á todos tus descendientes eternalmente. Éste fué el juicio de Dios contra el hombre: que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fué la culpa de su soberbia, también se le pegase la lepra de Lucifer, que fué la pena della. Pues cata aquí al hombre comparado con el demonio, imitador de su culpa y compañero de su pena.

Estando, pues, el hombre tan caído en los ojos de Dios, y en tanta desgracia suya, tuvo por bien aquel Señor (no menos grande en la misericordia que en la majestad) de mirar, no á la injuria de su bondad soberana, sino á la desventura de nuestra miseria; y teniendo más lástima de nuestra culpa, que ira por su deshonra, determinó remediar al hombre por medio de su Unigénito Hijo, y reconciliarle consigo. Mas ¿cómo le reconcilió? ¿Cómo lo podrá eso hablar lengua mortal? Hizo tan grandes amistades entre Dios y el hombre, que vino á acabar, no sólo que Dios perdonase al hombre, y le restituyese en su gracia, y se hiciese una cosa con Él por amor, sino (lo que excede todo encarescimiento) llegó á hacerle tan una cosa consigo, que en todo lo que tiene criado no hay cosa más una que son ya los dos; porque no solamente son uno en amor y gracia, sino también en persona. ¿Quién nunca jamás pensara que así se había de soldar esta quiebra? ¿Quién imaginara que estas dos cosas, entre quien la naturaleza y la culpa habían puesto tan grande distancia, habían de venir á juntarse, no en una casa, ni en una mesa, ni

(1) IV Reg. V.

en una gracia, sino en una persona? ¿Qué cosas más distantes que Dios y el pecador? ¿Qué cosa agora más junta que Dios y el hombre? Ninguna cosa hay (dice S. Bernardo) más alta que Dios, y ninguna más baja que el cieno de que el hombre fué formado. Mas con tanta humildad descendió Dios al cieno, y con tanta dignidad subió el cieno á Dios, que todo lo que hizo Dios, se diga que lo hizo el cieno; y todo lo que sufrió el cieno, se diga que lo padesció Dios.

¿Quién dijera al hombre cuando tan desnudo y tan enemistado se sintió con Dios, que andaba buscando los rincones del Paraíso terrenal para esconderse, que tiempo vendría en que se juntase aquella tan baja substancia en una persona con Él? Fué tan estrecha esta junta y tan fiel, que cuando hubo de quebrar, que fué al tiempo de la pasión, antes quebró que despegó; porque no faltó por la juntura, sino por lo sano. Ca pudo la muerte apartar el ánima del cuerpo, que era junta de naturaleza; mas no pudo apartar á Dios, ni del ánima, ni del cuerpo, que era junta de la persona divina: porque lo que una vez por nuestro amor tomó, nunca más lo dejó.

Éstas son las paces, y éste el remedio que nos vino por manos de nuestro salvador y medianero. Y aunque le seamos tan deudores por este remedio cuanto ninguna lengua criada puede explicar, no menos lo somos por la manera del remediarnos, que por el mismo remedio. Mucho os debo, Dios mío, porque me librastes del infierno, y me reconciliastes con Vos: mas mucho más os debo por la manera en que me librastes, que por la libertad que me distes. Todas vuestras obras en todo son maravillosas, y cuando le paresce al hombre que no le queda espíritu para mirar sola una, deshácese esta maravilla cuando alza los ojos y mira otra. No es deshonra, Señor, de vuestras grandezas que se deshagan las unas con las otras, sino muestra de vuestra gloria.

Pues ¿qué medio tomastes, Señor, para remediarme? Infinitos medios había con que pudiérades darme cumplida salud sin trabajo, y sin costa vuestra; pero fué tan grande y tan espantosa vuestra largueza, que por mostrarme más claro la grandeza de vuestra bondad y amor, quisistes remediarme con tan grandes dolores, que sólo pensarlos bastó para haceros sudar sangre, y el padescerlos para hacer despedazar á las piedras de dolor. Alá-

benos, Señor, los cielos, y los ángeles prediquen siempre vuestras maravillas. ¿Qué necesidad teníades Vos de nuestros bienes? ¿ni qué perjuicio os venía de nuestros males? Si pecares, dice Job (1), ¿qué mal le harás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿en qué le dañarás? Y si bien hicieres, ¿qué le darás? ¿ó qué podrá Él recibir de tus manos? Pues aquel Dios tan rico y tan exempto de males, aquel cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría ni puede crescer, ni ser más de lo que es; aquel que ni antes de la creación del mundo, ni agora después de criado, es mayor ni menor de lo que era: ni porque todos los ángeles y hombres se salven y le alaben, es en sí más honrado: ni porque todos se condenen y le blasfemen, menos glorioso: este tan gran Señor, no por necesidad, sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza, y descendir á este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas nuestras deudas, y padescer por ellas los mayores tormentos que jamás se padescieron ni padescerán. Por mí, Señor, naciste en un establo, por mí fuiste reclinado en un pesebre, por mí circuncidado al octavo día, por mí desterrado en Egipto, y por mí finalmente perseguido y maltratado con infinitas maneras de injurias. Por mí ayunaste, velaste, caminaste, sudaste, lloraste y probaste por experiencia todos los males que había merescido mi culpa, no siendo Tú el culpado, sino el ofendido. Por mí finalmente fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces; y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnecido, azotado, blasfemado, muerto y sepultado. Finalmente remediástesme muriendo en una cruz, y acabando la vida en presencia de vuestra sanctísima madre, con tan grande pobreza, que no tuvistes una sola gota de agua en la hora de vuestra muerte, y con tan gran desamparo de todas las cosas, que de vuestro mismo Padre fuistes desamparado. Pues ¿qué cosa de mayor espanto que venir un Dios de tan grande majestad á acabar así la vida en un madero, con título de malhechor?

Cuando un hombre, por bajo que sea, viene por su culpa á parar en este lugar, si por caso le conoscías antes, y te llegas

(1) Job. XXXV.

á él de cara para mejor verle, apenas acabas de maravillarte, considerando á cuán baja suerte le trajo su miseria, que así viniese á acabar. Pues si es cosa de admiración ver un hombre bajo en tal lugar, ¿qué será ver en el mismo al Señor de todo lo criado? ¿Qué será ver á Dios en tal lugar, que para un malhechor es abatido? Y si cuanto la persona justiciada es más alta y más conoscida, tanto mayor espanto nos pone su caída, vosotros, ángeles bienaventurados, que tan bien conoscéis la alteza deste Señor, ¿qué sentistes, cuando allí lo vistes? Mirándose están uno á otro los querubines que mandó Dios poner á los dos lados del arca del Testamento (1), vueltos los rostros al propiciatorio, con semblante de maravillados, para dar á entender cuán espantados están aquellos espíritus soberanos, considerando esta obra de tanta piedad, que es mirando á Dios hecho propiciatorio del mundo en aquel sancto madero. Como atónita queda la misma naturaleza, suspensas están todas las criaturas, espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad como por aquí conoscen en Dios. Pues ¿quién no cae debajo de la ola de tan grandes maravillas? ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad? ¿Quién no sale fuera de sí, como hizo Moisén en el monte, cuando mostrándole Dios la figura deste misterio, daba voces y decía (2): Misericordioso, piadoso, sufridor, Dios de gran misericordia; sin saber decir otra cosa más que proclamar á gritos aquella gran misericordia que Dios allí le había representado? ¿Quién no cubre aquí sus ojos como Elías (3) cuando ve pasar á Dios, no con pasos de majestad, sino de humildad: no trastornando los montes, y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos, y haciendo despedazar á las piedras de compasión? Pues ¿quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento, y abrirá los senos de su voluntad, para que ella sienta la grandeza deste amor y beneficio, y ame cuanto pudiere, sin tasa y sin medida? ¡Oh alteza de caridad! ¡Oh bajeza de humildad! ¡Oh grandeza de misericordia! ¡Oh abismo de incomprehensible bondad!

Pues si tanto, Señor, os debo porque me redemistes, ¿cuánto os deberé por esta manera de remedio? Redemístesme con

(1) Exod. XXV. (2) Ibid. XXXIV. (3) III Reg. XIX.

inestimables dolores y deshonras, y con venir á ser oprobrio de los hombres y desecho del mundo; con estas deshonras me honrastes, con estas acusaciones me defendistes, con esta sangre me lavastes, con esta muerte me resuscitastes, y con esas lágrimas vuestras me librastes de aquel perpetuo llanto y crujir de dientes. ¡Oh buen padre, que así amáis á vuestros hijos! ¡Oh buen pastor, que así os dais en pasto y mantenimiento á vuestro ganado! ¡Oh fiel guardador, que así os entregáis á la muerte por los que os encargastes de guardar! Pues ¿con qué dádivas responderé á esta dádiva? ¿Con qué lágrimas á esas lágrimas? ¿Con qué vida pagaré esa vida? ¿Qué va de vida de hombre á vida de Dios, y de lágrimas de criatura á lágrimas de Criador?

Y si por ventura te parece, hombre, que no le debes tanto porque no padesció por ti solo, sino también por todos los otros, no te engañes; porque realmente de tal manera padesció por todos, que también padesció por cada uno. Porque con su sabiduría infinita Él tuvo todos aquellos por quien padescía tan presentes ante sus ojos, como si fueran un solo: y con su caridad inmensa abrazó á todos y á cada uno, y derramó su sangre por él como por todos. Finalmente tan grande fué su caridad, que (como dicen los sanctos) si uno solo entre todos los hombres fuera culpado, por él solo padesciera lo que padesció por todos. Mira, pues, agora cuánto debes á este Señor, que tanto hizo por ti: y que tanto más hiciera de lo que hizo, si te fuera necesario.

Colige de lo dicho cuán gran mal sea ofender á nuestro Señor.

§. I.

PUES díganme agora todas las criaturas si puede ser beneficio mayor, ni obligación mayor, ni gracia mayor. Digan todos los coros de los ángeles si ha hecho Dios otro tanto por ellos. Pues ¿quién no se ofrescerá del todo al servicio de tal Señor? Tres veces (dice Sant Anselmo) te debo, Señor, todo lo que soy; porque me criaste, te debo todo lo que hay en mí; y porque después me redemiste, te debo aun con más justo título la misma deuda; y porque después de todo esto te

me prometes en galardón, también me debo todo. Pues ¿cómo no me entregaré yo una vez á quien por tantos títulos me debo? ¡Oh ingratitud y dureza de corazón humano, si con tales beneficios no se vence! No hay cosa tan dura que por algún artificio no se pueda ablandar. Los metales se regalan con el fuego, el hierro se ablanda en la fragua, la dureza del diamante se doma y labra con sangre de animales. Mas ¡oh corazón más que de piedra, más que de hierro, más que de diamante, á quien ni ablanda el fuego del infierno, ni el regalo de padre tan piadoso, ni la sangre del Cordero sin mancilla derramada por ti!

Pues habiendo Vos, Señor, descubierto á los hombres tal bondad y misericordia, ¿es cosa tolerable que haya quien no os ame; que haya quien deste beneficio se olvide; que haya quien con todo esto os ofenda? ¿A quién ama quien á Vos no ama? ¿Qué beneficios agradesce quien los vuestros no agradesce? ¿Cómo no serviré yo á quien así me amó, así me buscó, así me remedió? Si yo, dice el Salvador (1), fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí. ¿Con qué fuerzas? ¿con qué cadenas? Con fuerzas de amor, y con cadenas de beneficios. Con las cuerdas de Adán lo traeré á mí, dice el Señor (2), y con ataduras de amor. Pues ¿quién no será llevado por estas cuerdas? ¿Quién no se dejará prender destas cadenas? ¿Quién no será vencido con tales beneficios?

Y si tan grande culpa es no amar este Señor, ¿qué será ofenderle y quebrantar sus mandamientos? ¿Cómo puedes tener manos para ofender aquellas manos que tan liberales fueron para contigo, hasta ponerse en una cruz? Cuando aquella mala mujer solicitaba al sancto patriarca Josef para que hiciese traición á su señor, defendióse el sancto mozo con estas palabras (3): Mira que todas cuantas cosas tiene mi señor, ha puesto en mis manos, sacando á ti sola, que eres su mujer: pues ¿cómo podré yo cometer tan gran maldad contra él, y pecar contra Dios? Como si dijera: Si mi señor ha sido tan bueno y tan largo para comigo; si todo cuanto tiene ha puesto en mis manos; si así me ha honrado y fiado de mí todas sus cosas, ¿cómo podré yo (estando preso con tantas cadenas de beneficios) tener manos para ofender á tan buen señor? Y es de notar que no se contentó con

(1) Joan. XII. (2) Ose. XI. (3) Gen. XXXIX.

decir: no debo, ó no es razón ofenderle; sino ¿cómo podré ofenderle? Dando á entender que la grandeza de los beneficios no sólo debe quitar la voluntad, sino también en su manera las fuerzas, y la facultad para ofender al bienhechor. Pues si esta manera de agradescimiento merescían aquellos beneficios, ¿qué merecerán los de Dios? Aquel hombre puso en las manos de Josef cuanto tenía: Dios ha puesto en tus manos cuasi todo cuanto tiene. Mira, pues, cuánto es más lo que Dios tiene, que lo que aquél tenía; porque tanto más es lo que tú tienes recebido que lo que aquél recibió. Si no, dime: ¿qué hacienda tiene Dios que no la haya puesto en tus manos? El cielo, la tierra, el sol, la luna, las estrellas, los ríos, los mares, las aves, los pesces, los árboles, los animales, y finalmente todo cuanto hay debajo del cielo, en tus manos está puesto. Y no sólo cuanto hay debajo del cielo, sino también cuanto hay sobre el cielo: que es la gloria de allá, y las riquezas y bienes de allá. Todas las cosas, dice el Apóstol (1), son vuestras: sea Paulo, sea Apolo, sea Pedro, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo venidero: todo es vuestro; porque todo ayuda á vuestra salvación. Y no sólo lo que está sobre los cielos, sino también el mismo Señor de los cielos se nos ha dado en mil maneras, en padre, en tutor, en salvador, en maestro, en médico, en precio, en ejemplo, en mantenimiento, en remedio y en galardón. Finalmente, el Padre nos dió á su Hijo, el Hijo nos meresció al Espíritu Sancto, y el Espíritu Sancto nos hace merescer al mismo Padre, y Hijo, de quien manan todos los bienes.

Pues si es verdad que cuanto Dios tiene, ha puesto en tus manos: ¿cómo tienes tú manos para ofender á tan larguísimo y piadosísimo bienhechor? Extremo mal paresce no agradescer tan grandes bienes: pues ¿qué será añadir al desagradescimiento menosprecio y ofensas del bienhechor? Si aquel mancebo se hallaba tan captivo y tan impotente para ofender á quien le había puesto en las manos toda su casa: ¿cómo tienes tú fuerzas para ofender á quien el cielo, y la tierra, y á sí mismo puso en tus manos? ¡Oh más ingrato que los brutos animales, más fiero que las fieras, y más insensible que todas las cosas insensibles, si no sientes este mal! Porque ¿qué fiera, qué león, qué tigre

(1) I Cor. III.

se desmandó en hacer mal á quien bien le hace? De un perro escribe Sant Ambrosio que estuvo toda una noche llorando y aullando á su señor, porque se lo había muerto un su contrario. Y como otro día por la mañana se llegase mucha gente á ver el muerto, y también entre ellos el matador, arremetió luego contra él, y á bocados y ladridos dió á entender la culpa secreta del malhechor. Pues si los perros por un pedazo de pan tal amor y fe tienen con sus señores, ¿cómo serás tú tan ingrato, que en ley de agradescimiento y humanidad te dejes vencer de un perro? Y si aquel animal tanto se indignaba contra quien le mató su señor, ¿cómo no te indignarás tú contra los que mataron al tuyo? Y ¿quién son (si piensas) los que le mataron, sino tus pecados? Éstos fueron los que le prendieron, éstos los que le ataron, azotaron y pusieron en cruz: tus pecados, digo, fueron la causa. Porque no fueran los verdugos poderosos para esto, si tus pecados no lo fueran. Pues ¿porqué no te embravescerás contra estos tan crueles homicidas que quitaron la vida á tu Señor? ¿Porqué viéndole muerto ante ti y por ti, no crecerá más en ti el amor para con Él, y el aborrecimiento contra el pecado que le mató?

Especialmente sabiendo que todo lo que Él en este mundo hizo, dijo y padesció, fué por causar en nuestros corazones aborrecimiento dél. Por matar el pecado murió: y por echarle clavos en pies y en manos se dejó Él enclavar en los suyos. Pues ¿porqué quieres tú hacer para ti vanos todos los trabajos y sudores de Cristo, pues te quieres quedar en aquella misma servidumbre de que Él con su sangre te libró? ¿Cómo no temblarás de solo el nombre del pecado, pues ves á Dios hacer tan extrañas cosas por destruirlo? ¿Qué más había que hacer para retraer á los hombres de pecar, que ponérseles el mismo Dios delante atravesado en un madero? ¿Quién osaría ofender á Dios, si viese el paraíso y el infierno abierto delante de sí? Pues sin dubda mayor cosa es ver á Dios puesto en cruz, que todo esto. Por donde, á quien no mueve esta hazaña tan grande, no sé qué otra cosa le pueda mover.

DEL QUINTO TÍTULO POR DO ESTAMOS OBLIGADOS Á LA VIRTUD, QUE ES EL BENEFICIO DE NUESTRA JUSTIFICACIÓN.

CAPÍTULO V.

Mas ¿qué nos aprovechara el beneficio de la redempción, si no se siguiera el de la justificación, mediante la cual se nos aplica la virtud deste soberano beneficio? Porque así como no aprovechan las medicinas cuando no se aplican á las dolencias; así no aprovechara esta celestial medicina, si por medio deste beneficio no se nos aplicara. El cual oficio señaladamente pertenece al Espíritu Sancto, á quien se atribuye la sanctificación del hombre; porque Él es el que previene al pecador con su misericordia: y prevenido, le llama: y llamado, le justifica: y justificado, le guía derechamente por las sendas de la justicia; y así le lleva hasta el cabo con el don de la perseverancia, y después le da la corona de la gloria: porque todos estos beneficios comprehende este tan grande beneficio.

§. I.

Entre los cuales el primero es el de la vocación y justificación: que es cuando por virtud deste Espíritu divino, quebradas las cadenas y lazos de nuestros pecados, sale el hombre de la tiranía y subjección del demonio, y resuscita de muerte á vida, y de pecador se hace justo, y de hijo de maldición hijo de Dios. Lo cual en ninguna manera se puede hacer sin especial socorro y favor divino, como claramente lo testificó el Salvador diciendo (1): Nadie puede venir á Mí, si mi Padre no le trae. Dando á entender que ni el libre albedrío del hombre, ni todo el caudal de la naturaleza humana basta por sí solo para levantar á un hombre del pecado á la gracia, si no entreviniere aquí el brazo

(1) Joan, VI.

de la potencia divina. Sobre las cuales palabras dice Sancto Tomás que así como la piedra de su propria naturaleza se mueve á lo bajo, y no puede por sí subir á lo alto, si no hay alguna cosa de fuera que la levante: así también el hombre por la corrupción del pecado (cuanto es de su cosecha) siempre tira para bajo, que es al amor y deseo de las cosas terrenas: mas si se ha de levantar á lo alto, que es al amor y deseo sobrenatural de las cosas del cielo, es necesaria la mano y socorro del cielo. La cual sentencia es mucho para notar, y aun para llorar: para que por ella conozca el hombre á sí mismo, y entienda la corrupción de su naturaleza, y la necesidad que tiene de pedir continuamente el socorro y favor divino.

Pues tornando al propósito, por esta causa no puede por sí el hombre levantarse del pecado á la gracia, si la omnipotente mano de Dios no le levanta. Mas ¿quién podrá explicar cuántos beneficios encierra en sí este beneficio? Porque como sea verdad que por este medio es desterrado el pecado del ánima, y el pecado cause innumerables males en ella, ¿qué tan grande será aquel bien que todos estos males echa fuera? Y porque la consideración deste beneficio incita mucho al agradescimiento dél y al deseo de la virtud, declararé aquí en pocas palabras los grandes bienes que trae consigo este bien.

Porque primeramente por él es el hombre reconciliado con Dios, y restituído en su amistad. Porque el primero y el mayor de todos los males que el pecado mortal hace en un ánima, es hacer á Dios enemigo della: el cual, como sea infinita bondad, conforme á esto tiene el aborrescimiento á la maldad. Y así dice el Profeta (1): Aborreciste á todos los que obran maldad, y destruirás á los que hablan mentira; y al varón derramador de sangre y engañoso abominarlo ha el Señor. Éste es el mayor de todos los males del mundo, y el causador de todos ellos; así como, por el contrario, el amarnos Dios es el mayor de todos los bienes, y la causa dellos. Pues deste mal tan grande somos librados por el beneficio de la justificación, por el cual somos reconciliados con Dios, y de enemigos hechos amigos; y no en cualquier grado de amistad, sino en uno de los mayores que puede haber, que es amor de padre á hijos. Lo cual con mucha razón

(1) Psalm. V.

encarece el amado evangelista S. Juan, diciendo (1): Mirad qué tan grande es el amor que Dios nos tiene, pues nos levantó á tanta honra, que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos. No se contentó con decir que nos llamásemos, sino añadió también que lo fuésemos, para que clara y distinctamente conociese la bajeza y desconfianza humana la largueza de la gracia divina, y que no sólo era esta honra de nombre y de título, sino también de obras y de hecho. Pues si tan grande mal es estar en odio de Dios, ¿qué tan grande bien será estar en gracia con Dios? Pues como dicen los filósofos, tanto una cosa es más buena, cuanto más mala es su contraria: por donde aquella será sumamente buena, que contradice á la sumamente mala, cual es ser el hombre aborrecido de Dios. Y si acá en el mundo se tiene en tanto estar en gracia el hombre con su señor, con su padre, con su príncipe, con su perlado, y con su rey, ¿qué será estar en gracia con aquel sumo príncipe, y soberano padre, y altísimo señor, con quien comparadas todas las dignidades y principados de la tierra, así son como si no fuesen? La cual gracia tanto es mayor, cuanto más graciosamente se da: pues es cierto que así como antes del beneficio de la creación no pudo el hombre hacer cosa por donde mereciese el ser (pues entonces no era) así después de caído en pecado, no pudo hacer cosa merecedora deste tan grande bien: no porque no era, sino porque era malo y desagradable á Dios.

II. Otro beneficio es, después déste, librar al hombre de la condenación de las penas eternas, á que por el pecado estaba obligado. Porque así como el pecado hace al hombre aborrecible á Dios (según dijimos) y nadie pueda ser aborrecido dél sin grandísimo daño suyo, de aquí es que porque los malos pecando se apartan de Dios y le desprecian, merecen por esto ser ellos despreciados y desechados de la vista, y de la compañía, y de la casa hermosísima de Dios. Y porque apartándose de Dios, amaron desordenadamente las criaturas, es justo sean atormentados por todas ellas, y condenados á penas eternas: con las cuales comparadas todas las desta vida, más parecen pintadas que verdaderas. Y con estos males se juntará aquel gusano inmortal que siempre roerá y despedazará las entrañas y cons-

(1) I Joan. III.

ciencias de los malos. Pues ¿qué diré de la compañía de todos aquellos perversos espíritus, y de todos los condenados, y de aquella tristísima y escurísima región llena de tinieblas y confusión, donde ningún orden hay, ninguna alegría, ningún reposo, ninguna paz, ningún descanso, ninguna satisfacción, ninguna esperanza, sino eterno llanto, eterno crujir de dientes, eterna rabia y eternas blasfemias y maldiciones? Pues de todos estos males tan grandes libra Dios á los que justifica, los cuales después de reconciliados con Él, y admitidos á su gracia, están libres desta ira y del castigo desta venganza.

III. Otro beneficio más espiritual es la renovación y reformación del hombre interior, que por el pecado quedó estragado y deformado. Porque el pecado primeramente despoja al ánima, no solamente de Dios, sino también de todas las fuerzas sobrenaturales y de todas las riquezas y dones del Espíritu Sancto, con los cuales estaba ella hermoseada, armada y enriquescida; y siendo privada destos bienes de gracia, es luego herida y lisiada en las habilidades y dotes de naturaleza. Porque como el hombre sea criatura racional, y el pecado sea obra contra razón, y sea cosa tan natural destruir un contrario á otro contrario, de aquí es que cuanto más se multiplican los pecados, tanto más se estragan las potencias del ánima, no en sí mismas, sino en las habilidades que tienen para obrar. Y así los pecados hacen el ánima miserable, enferma, tardía y instable para todo lo bueno, y inclinada á todo lo malo; flaca para resistir á las tentaciones, y pesada para andar por el camino de los mandamientos divinos, Prívanla también de la verdadera libertad y señorío del espíritu, y hácenla captiva del demonio, del mundo, y de la carne, y de sus proprios apetitos: y así vive en un muy más duro y miserable captiverio que fué el de Babilonia y de Egipto. Y juntamente con esto entorpecen y hacen botos todos los sentidos espirituales de las ánimas, de tal manera que ni oyen las voces y inspiraciones de Dios, ni ven los grandes males que les están aparejados, ni perciben el olor suavísimo de las virtudes y ejemplos de los sanctos, ni gustan cuán suave es el Señor, ni sienten los azotes ni los beneficios con que son provocados á su amor; y sobre todo esto, quitan la paz y alegría de la consciencia, apagan el fervor del espíritu y dejan al hombre sucio, feo y abominable en el acatamiento de Dios y de sus sanctos.

Pues de todos estos males nos libra este beneficio, porque no se contenta aquel abismo de misericordia con perdonar los pecados, y recibirnos en su gracia, sino destierra también todos estos males que consigo acarreó la culpa, reformando y renovando nuestro hombre interior. Y así cura nuestras llagas, lava nuestras inmundicias, rompe las ataduras de los pecados, sacude el yugo de los malos deseos, líbranos de la servidumbre y captiverio del demonio, mitiga el furor de nuestras malas inclinaciones, restitúyenos la verdadera libertad y hermosura del ánima, vuélvenos la paz y alegría de la buena consciencia, aviva los sentidos interiores, hácenos ligeros para el bien, tardíos y pesados para el mal, fuertes y constantes para resistir las tentaciones, y con esto nos enriquece de buenas obras. Finalmente, de tal manera repara nuestro hombre interior con todas sus potencias, que llama el Apóstol á los que así están justificados, renovados y nuevas criaturas (1). La cual renovación es tan grande, que cuando se hace por el baptismo se llama regeneración, y cuando por la penitencia, resurrección: no sólo porque resuscita al ánima de la muerte del pecado á la vida de gracia, sino porque también imita en su manera la hermosura de la resurrección advenidera. Lo cual es en tanto grado verdad, que ninguna lengua basta para declarar la hermosura de un ánima justificada, sino sólo aquel Espíritu divino que la hermosea, y hace templo y morada suya. Por donde si quisiéremos comparar todas las riquezas de la tierra, todas las honras del mundo, todas las gracias naturales, y todas las virtudes acquisitas con la hermosura y riqueza desta ánima, todas parecerán escurísimas y vilísimas en presencia della. Porque la ventaja que hace el cielo á la tierra, y el espíritu al cuerpo, y la eternidad al tiempo, ésa hace la vida de gracia á la vida de naturaleza, y la hermosura del ánima á la hermosura del cuerpo, y las riquezas interiores á las exteriores, y la fortaleza espiritual á la natural. Ca todas estas cosas son limitadas y temporales, y hermosas á solos los ojos corporales, para las cuales basta el concurso general de Dios; mas para estotras es menester concurso especial y sobrenatural, y no se pueden llamar temporales, pues nos llevan á la eternidad: ni tampoco del todo finitas, pues son merecedoras de Dios, en cuyos

(1) Galat. VI.

ojos son tan preciosas y de tanto valor, que lo enamoran de su hermosura. Y pudiendo Dios obrar todas estas cosas con sola su asistencia y voluntad, no quiso sino adornar el ánima con todas las virtudes infusas y siete dones del Espíritu Sancto, con los cuales no sólo la esencia del ánima, pero todas sus potencias quedan vestidas y ataviadas con todos estos hábitos celestiales.

IV. Y sobre todos estos beneficios añade otro aquella infinita bondad y largueza, que es la presencia y asistencia del Espíritu Sancto y de toda la Sanctísima Trinidad, que desciende á morar en el ánima del justificado, para enseñarle á usar de toda esta hacienda, como hace el buen padre, que no contento con dar su hacienda á su hijo, dale también un tutor y gobernador para que la sepa administrar. De manera que así como en el ánima del que está en pecado, moran víboras, dragones y serpientes, que es la muchedumbre de los espíritus malignos que en ella hacen su habitación, como dice el Salvador por Sant Mateo (1), así por el contrario, en el ánima del justificado entra el Espíritu Sancto y toda la Sanctísima Trinidad, y desterrados todos estos monstruos y fieras infernales, hace allí su templo y su habitación, como expresamente lo testificó el Salvador, diciendo (2): Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y á él vendremos y en él haremos nuestra morada. Por virtud de las cuales palabras confiesan todos los doctores sanctos, juntamente con los escolásticos, que el Espíritu Sancto por una especial manera mora en el ánima del justificado, haciendo distinción entre el Espíritu Sancto y sus dones, y confesando que no sólo se dan á los tales los dones del Espíritu Sancto, sino también el mismo Espíritu Sancto, el cual entrando en la tal ánima, la hace templo y morada suya: y para esto Él mismo la limpia, y sanctifica, y adorna con sus dones, para que sea morada digna de tal huésped.

V. Á todos estos beneficios se añade otro maravilloso, que es hacerse todos los justificados miembros vivos de Cristo: los cuales antes eran miembros muertos que no recibían sus influencias. De donde nascen otras grandes y nuevas prerogativas y excelencias: porque de aquí procede que el mismo Hijo de Dios los ama como á sus miembros, y mira por ellos como por sus miem-

(1) Matth. XII; Luc. XI. (2) Joan XIV.

bros, y tiene solícito cuidado dellos como de sus proprios miembros, y influye en ellos continuamente su virtud como cabeza en sus miembros: y finalmente el Padre Eterno los mira con amorosos ojos, porque los mira como miembros vivos de su Unigénito Hijo, unidos y encorporados con Él por la participación de su Espíritu; y así sus obras le son agradables y meritorias, por ser obras de miembros vivos de su Hijo, el cual obra en ellos todo lo bueno. De la cual dignidad procede que cuando los tales piden mercedes á Dios, las piden con muy grande confianza: porque entienden que no piden tanto para sí, cuanto para el mismo Hijo de Dios, que en ellos y con ellos es honrado. Porque como sea verdad que el bien que se hace á los miembros, se hace á la cabeza, teniendo ellos á Cristo por cabeza, entienden que pidiendo para sí piden para ella. Porque si es verdad, como el Apóstol dice, que los que pecan contra los miembros de Cristo, pecan contra el mismo Cristo, y el mismo Cristo se tiene por perseguido, cuando por Él son sus miembros perseguidos, como Él lo dijo al mismo Apóstol cuando perseguía á la Iglesia (1), ¿qué maravilla es que siendo esos miembros honrados sea el mismo Cristo honrado en ellos? Y siendo esto así, ¿qué confianza llevará el justo en la oración, cuando considera que pidiendo para sí pide en su manera mercedes al Padre Eterno para su amantísimo Hijo? Pues nos consta que cuando se hacen mercedes á uno por amor de otro, á aquél principalmente se hacen por cuyo amor se hacen: como vemos que el que sirve al pobre por amor de Dios, no sirve tanto al pobre cuanto á Dios.

VI. A todos estos beneficios se añade el postrero á quien los otros se ordenan, que es el título y derecho que se da á los justificados de la vida eterna. Porque nuestro inmenso Dios (en quien tanto resplandece la justicia juntamente con la misericordia) así como obliga á todos los pecadores impenitentes á los tormentos eternos, así acepta á todos los verdaderos penitentes á la vida perdurable, y pudiendo Él perdonar los pecados, y admitir los hombres á su amistad y gracia, sin levantarlos á la participación de su gloria, no lo quiso hacer así; sino á los que misericordiosamente perdonó, justificó: y á los que justificó, hizo hijos: y á los que hizo hijos, hizo también herederos y partició-

(1) Act. IX.

neros en su misma heredad y hacienda con su Unigénito Hijo. Y de aquí nasce la esperanza viva que los alegra en todas sus tribulaciones con la prenda deste incomparable tesoro. Porque aunque se vean cercados de todas las angustias, enfermedades y miserias desta vida, saben cierto que no igualan las pasiones deste siglo con la gloria advenidera que en ellos será revelada (1). Antes las tribulaciones momentáneas y livianas que padecen, les son causa de un inestimable peso de gloria sobre todo lo que se puede encarecer.

Éstos, pues, son los beneficios que comprehende en sí este inestimable beneficio y obra de la justificación: la cual S. Augustín con mucha razón tiene en más que la creación del mundo, pues con una palabra crió Dios el mundo; mas para sanctificar al hombre derramó su sangre, y padesció tantos y tan grandes tormentos. Pues si tanto debemos á este Señor por el beneficio de la creación, ¿cuánto más le deberemos por el de la justificación, que cuanto más le costó, tanto más con Él nos obligó?

Y aunque nadie pueda saber con evidencia si está justificado, pero puede tener desto grandes conjecturas: entre las cuales no es la menos principal la mudanza de la vida, cuando el que en un tiempo cometía con gran facilidad mil mortales pecados, agora por todo el mundo no cometerá uno. Vea, pues, el que así se halla, cuán obligado está al servicio de su sanctificador, que de tantos males le libró, y tantos bienes le hizo, cuantos aquí se han declarado. Mas si por ventura se halla en mal estado, no sé con qué lo pueda más mover á salir dél, que con la representación de tan grandes males como aquí ha visto que consigo trae el pecado, y con el tesoro de tan grandes bienes como consigo acarrea este incomparable beneficio.

De los otros efectos que el Espíritu Sancto obra en el ánima del justificado, y del Sacramento de la Eucaristía.

§. II.

Mas no paran aquí los beneficios y obras del Espíritu Sancto. Porque no se contenta este divino Espíritu con ayudarnos á entrar por la puerta de la justicia; mas ayúdanos

(1) II Cor. IV.

también después de entrados á andar por los caminos della, hasta llevarnos salvos y seguros por todas las ondas deste mar tempestuoso al puerto de la salud. Porque entrando mediante el beneficio susodicho en el ánima del justificado, no está allí ocioso; porque no se contenta con honrar la tal ánima con su presencia, sino también la sanctifica con su virtud, obrando en ella y con ella todo lo que conviene para su salud. Y así está allí como padre de familia en su casa, gobernándola; y como maestro en su escuela, enseñándola; y como hortelano en su huerta, cultivándola; y como rey en su proprio reino, rigiéndola; y como el sol en este mundo, alumbrándola; y finalmente, como el ánima en su cuerpo, dándole vida, sentido y movimiento: aunque no como forma en materia, sino como padre de familia en su casa. Pues, ¿qué cosa más rica ni más para desear que tener dentro de sí tal huésped, tal gobernador, tal guía, tal compañía, tal tutor y ayudador? El cual, como sea todas las cosas, todo lo obra en las ánimas donde mora. Porque Él primeramente como fuego alumbra nuestro entendimiento, inflama nuestra voluntad, y nos levanta de la tierra al cielo. Él otrosí como paloma nos hace sencillos, mansos, tratables y amigos unos de otros. Él también como nube nos defiende de los ardores de nuestra carne y templa el furor de nuestras pasiones, y Él, finalmente, como viento vehementísimo mueve y inclina nuestra voluntad á todo lo bueno, y apártala y desaficiónala de todo lo malo. De donde vienen los justificados á aborrecer tanto los vicios que antes amaban, y á amar tanto las virtudes que antes aborrecían, como claramente lo representa en su persona el sancto rey David (1), el cual en una parte dice que aborrecía y abominaba toda maldad, y en otra dice (2) que amaba y se deleitaba en la ley de Dios, como en todas las riquezas del mundo. Y la causa desto era, porque el Espíritu Sancto (como buena madre) le había puesto acíbar en los pechos del mundo, y miel suavísima en los mandamientos de Dios.

En lo cual parece claro cómo todos nuestros bienes y todo nuestro aprovechamiento se deben á este Espíritu divino: de tal manera, que si nos apartamos del mal, por Él nos apartamos, y si hacemos bien, por Él lo hacemos, y si perseveramos en él,

(1) Psalm. CXVIII. (2) Psalm. CXVIII.

por Él perseveramos, y si nos dan galardón por este bien, Él mismo es el que lo da. Por donde se ve claro lo que dice Sant Augustín, que cuando Dios paga nuestros servicios, galardona sus beneficios, y así por una gracia nos da otra gracia, y por una merced otra merced. El sancto patriarca Josef (1) no se contentó con dar á sus hermanos el trigo que venían á comprar en Egipto; pero mandó también que á la boca de los costales en que lo llevaban, les pusiesen el dinero que traían para comprarlo; y lo mismo hace en su manera con los suyos este Señor, porque Él les da la vida eterna, y también la gracia, y la buena vida con que se compra. Conforme á lo cual dice muy bien Eusebio Emiseno: *Qui ideo colitur, ut misereatur, jam misertus est, ut coleretur.* Quiere decir: el que es servido y venerado porque use con nosotros de su misericordia, ya usó de misericordia cuando nos dió que así le sirviésemos y venerásemos.

Ponga, pues, el hombre los ojos en su vida, y mire (como dice este mismo doctor) cuántos bienes ha hecho, y de cuántos males, de cuántos engaños, de cuántos adulterios, de cuántos robos, de cuántos sacrilegios el Señor le ha librado; y por aquí verá cuánto le debe por todo esto. Porque (como dice S. Augustín) no es menor misericordia haber prevenido Él estos males para que no los hiciese, que perdonárselos después de hechos, sino mucho mayor. Y así dice él escribiendo á una virgen: todos los pecados ha de hacer cuenta el hombre que le perdonó el que le dió gracia para que no los cometiese: y por tanto, no quieras amar poco, como si te perdonaran poco; mas antes ama mucho, porque te fué dado mucho. Ca si ama mucho aquél á quien fué concedido que no pagase, ¿cuánto más debe amar aquél á quien fué dado que poseyese? Porque quienquiera que dende el principio de su vida perseveró casto, por Él es regido: y quien de deshonesto se hizo honesto, por Él es corregido: y quien hasta el fin permanece deshonesto, por Él es justamente desamparado. Pues siendo esto así, ¿qué resta sino que con el Profeta digamos (2): sea llena, Señor, mi boca de alabanza, para que cante tu gloria todo el día? Sobre las cuales palabras dice el mismo S. Augustín: ¿qué cosa es todo el día? Perpetuamente y sin cesar. En las prosperidades os alabaré, Señor, porque me

(1) Gen. XLII. (2) Psalm. LXX.

consoláis: y en las adversidades, porque me castigáis. Antes que fuese, porque me hecistes: y después que soy, porque me distes ser. Cuando pequé, porque me perdonastes: cuando me volví á Vos, porque me ayudastes: y cuando perseveré hasta el fin de la vida, porque me coronastes. Por esto será mi boca llena de alabanza. y cantaré vuestra gloria todo el día.

Aquí se ofrecía materia para tratar del beneficio de los Sacramentos (que son los instrumentos de nuestra justificación) y señaladamente del sancto Baptismo, y de la lumbre de fe y gracia que con él se nos dió. Mas porque desta materia tratamos en otros lugares, al presente no diré más; aunque no se puede callar aquella gracia de gracias, y sacramento de sacramentos, por el cual quiso Dios morar en la tierra con los hombres, y dárseles cada día en mantenimiento y en remedio. Una vez fué ofrecido en sacrificio por nosotros en la cruz; mas aquí cada día se ofrece en el altar por nuestros pecados. Cada vez (dice Él) que esto hiciéredes, hacedlo en memoria de Mí. ¡Oh memorial de salud! ¡Oh sacrificio singular, hostia agradable, pan de vida, mantenimiento suave, manjar de reyes, y maná que en sí contiene toda suavidad! ¿Quién te podrá cumplidamente alabar? ¿Quién dignamente recibir? ¿Quién con debido acatamiento venerar? Desfallece mi ánima pensando en ti: no puede mi lengua hablar de ti, ni puedo cuanto deseo engrandescer tus maravillas.

Y si este beneficio concediera el Señor á solos inocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable; mas ¿qué diré, que por el mismo caso que se quiso comunicar á éstos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros, cuyas ánimas son moradas de Satanás, cuyos cuerpos son vasos de corrupción, cuya vida se gasta en torpezas y vicios? Y con todo esto por visitar y consolar á sus amigos, consiente ser tratado déstos, y tratado con sus manos sucias, y recibido en sus bocas sacrílegas, y sepultado en sus cuerpos hediondos. Una sola vez fué vendido su cuerpo, mas millares de veces lo es en este Sacramento; una vez fué escarnescido y menospreciado en su pasión, mas mil veces lo es de los malos en la mesa del altar; una vez se vió puesto entre dos ladrones, y mil veces se ve aquí envuelto en manos de pecadores.

Pues ¿con qué podremos servir á un Señor que por tantas vías y maneras pretende nuestro bien? ¿Qué le daremos por es-

te tan admirable mantenimiento? Si los criados sirven á sus amos porque les den de comer; si los hombres de guerra se meten por hierro y por fuego por esta misma causa, ¿qué deberemos al Señor por este pasto celestial? Y si tanto agradescimiento pedía Dios en la Ley por aquel maná que envió de lo alto, que era manjar corruptible, ¿qué pedirá por este manjar que no sólo es incorruptible, sino que también hace incorruptibles (1) á los que dignamente lo reciben? Y si el mismo Hijo de Dios da gracias en el Evangelio á su Padre por una comida de pan de cebada, ¿qué gracias deben los hombres dar por este pan de vida? Si tanto debemos por el mantenimiento con que se sustenta el ser, ¿cuánto más por aquel con que se conserva el buen ser? Porque no alabamos al caballo por caballo, sino por buen caballo; ni al vino por vino, sino por excelente vino; ni al hombre por hombre, sino por buen hombre. Pues si tanto debes al que te hizo hombre, ¿cuánto le deberás porque te hizo buen hombre? Si tanto por los bienes del cuerpo, ¿cuánto por los bienes del ánima? Si tanto por los bienes de naturaleza, ¿cuánto por los bienes de gracia? Finalmente, si tanto le debes porque te hizo hijo de Adán, ¿cuánto más le deberás porque te hizo hijo de Dios? Pues es cierto (como dice Eusebio Emiseno) que mucho mejor es el día en que nascemos para la eternidad, que aquel en que nascemos para los peligros del mundo.

Cata aquí pues, hermano, otro nuevo título, que es otra nueva cadena; la cual juntamente con las pasadas prende tu corazón, y te obliga más á la virtud y al servicio deste Señor.

(1) Joan. VI.

DEL SEXTO TÍTULO POR DONDE ESTAMOS OBLIGADOS Á LA VIRTUD, QUE ES EL BENEFICIO INESTIMABLE DE LA DIVINA PREDESTINACIÓN.

CAPÍTULO VI.

A TODOS estos beneficios se añade el de la elección, que es de solos aquellos que Dios ab eterno escogió para la vida perdurable. Por el cual beneficio el Apóstol da gracias en nombre suyo y de todos los escogidos, escribiendo á los de Éfeso, por estas palabras (1): Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual nos bendijo con todo género de bendiciones espirituales por Cristo; así como por Él nos escogió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos y limpios en sus ojos divinos; y nos predestinó por hijos suyos adoptivos por Jesucristo su Hijo. Este mismo beneficio engrandesce el Profeta real cuando dice (2): Bienaventurado, Señor, aquél que Tú escogiste y tomaste para Ti; porque este tal morará con tus escogidos en tu casa. Éste, pues, con mucha razón se puede llamar beneficio de beneficios, y gracia de gracias. Es gracia de gracias, porque se da ante todo merescimiento por sola la infinita bondad y largueza de Dios; el cual, no haciendo injuria á nadie, antes dando á cada uno suficiente ayuda para su salvación, extiende para con otros la inmensidad de su misericordia, como liberalísimo y absoluto señor de su hacienda.

Es otrosí beneficio de beneficios, no sólo porque es el mayor de los beneficios, sino porque es el causador de todos los otros. Porque después de escogido el hombre para la gloria por medio deste beneficio, luego le provee el Señor de todos los otros beneficios y medios que se requieren para conseguirla; como Él mismo lo testificó por un profeta diciendo (3): Yo te amé con perpetua caridad, y por eso te traje á Mí: conviene saber, llamándote á mi gracia, para que por ella alcanzases mi

(1) Ephes. I. (2) Psalm. LXIV. (3) Jerem. XXXI.

gloria. Pero más claramente significó esto el Apóstol, cuando dijo (1): Los que el Señor predestinó para que fuesen conformes á la imagen de su Hijo (el cual es primogénito entre muchos hermanos) á éstos llamó: y á los que llamó, justificó: y á los que justificó, finalmente glorificó. La razón desto es, porque como Dios disponga todas las cosas ordenada y suavemente, después que tiene por bien escoger á uno para su gloria, por esta gracia le hace otras muchas gracias: porque por esto le provee de todo lo que para conseguir esta primera gracia se requiere. De manera que así como el padre que cría un hijo para clérigo, ó letrado, dende niño le comienza á ocupar en cosas de iglesia, ó en ejercicios de letras, y todos los pasos de su vida endereza á este fin: así también después que aquel eterno Padre escoge un hombre para su gloria (á la cual nos lleva el camino de la justicia) siempre procura guiarlo por este camino, para que así alcance el fin determinado.

Pues por este tan grande y tan antiguo beneficio deben dar gracias al Señor los que en sí reconoscieren señales dél. Porque dado caso que este secreto esté encubierto á los ojos de los hombres, todavía como hay señales de la justificación, las hay también de la divina elección. Y así como entre aquéllas la principal es la emienda de la vida, así entre éstas lo es la perseverancia en la buena vida. Porque el que ha muchos años que vive en temor de Dios, y con solícito cuidado de huir todo pecado mortal, piadosamente puede creer que, como dice el Apóstol (2), le guardará Dios hasta el fin sin pecado para el día de su venida, y acabará en él lo que comenzó.

Verdad es que no por esto se debe nadie tener por seguro: pues vemos que aquel tan gran sabio Salomón, después de haber tanto tiempo bien vivido, al fin de la vida fué engañado. Pero éstas son excepciones particulares de la costumbre general, que es la que el Apóstol dice, y la que el mismo Salomón en sus Proverbios enseñó diciendo: Proverbio es, que el mancebo no desamparará en la vejez el camino que siguió en la mocedad. De manera que si fué virtuoso siendo mozo, también lo será cuando viejo. Pues con estas y con otras semejantes conjecturas que los sanctos escriben, puede uno húmilmente presumir

(1) Rom. VIII. (2) I Cor. I.

de la infinita bondad de Dios que le tendrá puesto en el número de sus escogidos. Y así como espera en la misericordia deste Señor que se ha de salvar, así puede húmilmente presumir que es del número de los que se han de salvar, pues lo uno presupone lo otro.

Siendo esto así, ¡cuán obligado estará el hombre á servir á Dios por un tan grande beneficio como es estar escripto en aquel libro de que el Señor dijo á sus Apóstoles (1): No os alegréis porque los espíritus malos os obedescen: sino alegraos porque vuestros nombres están escriptos en los cielos! Pues ¡qué tan grande beneficio es ser amado y escogido ab eterno, dende que Dios es Dios, y estar aposentado en su pecho amoroso dende los años de la eternidad, y ser escogido por hijo adoptivo de Dios, cuando fué engendrado el hijo natural de Dios entre les resplandores de los sanctos, que en el entendimiento divino estaban presentes!

Mira, pues, atentamente todas las circunstancias desta elección, y verás cómo cada una dellas por sí es un grande beneficio y una nueva obligación. Mira cuán digno es el elector que te escogió, que es el mismo Dios infinitamente rico y bienaventurado y que ni de ti, ni de nadie tenía necesidad. Mira cuán indigno por sí era el electo, que es una criatura miserable y mortal, subjecta á todas las pobrezas, enfermedades y miserias desta vida, y obligada á las penas eternas de la otra por su culpa. Mira cuán alta es la elección, pues fuiste elegido para un fin tan soberano, que no puede ser otro mayor, que es para ser hijo de Dios, heredero de su reino, y particionero de su gloria. Mira también cuán graciosa fué esta elección, pues fué (como dijimos) ante todo merescimiento, por solo el beneplácito de la divina voluntad, y como el Apóstol dice (2), para gloria y alabanza de la inmensa liberalidad de Dios y de su gracia; porque cuanto es el beneficio más gracioso, tanto deja al hombre más obligado. Mira otrosí la antigüedad desta elección: pues no comenzó con el mundo, antes es más antigua que el mundo, pues corre á la pareja con Dios, el cual así como es ab eterno, así ab eterno amó sus escogidos, y dende entonces los tuvo y tiene delante, y los mira con ojos paternales y amorosos, estando

(1) Luc. X. (2) Ephes. I.

siempre determinado de hacerles un tan grande bien. Mira otrosí la singularidad desta merced, pues entre tanta infinidad de bárbaras naciones y de condenados, quiso Él que te cupiese á ti esta suerte tan dichosa en el número de los escogidos: y así te apartó y entresacó de aquella masa dañada del género humano por el pecado, y hizo pan de ángeles lo que era levadura de corrupción. En esta circunstancia hay poco que se deba escribir, pero mucho que se pueda sentir y considerar, para saber agradecer al Señor la singularidad deste beneficio, tanto mayor, cuanto es menor el número de los escogidos, y mayor el de los perdidos, que como dice Salomón, es infinito (1). Y si nada desto te moviere, muévate á lo menos la grandeza de las expensas que este soberano elector determinó hacer en esta demanda, que fué gastar en ella la vida y sangre de su Unigénito Hijo, el cual ab eterno determinó enviar al mundo para que fuese el ejecutor desta divina determinación.

Pues siendo esto así, ¿qué tiempo bastará para pensar tantas misericordias? ¿Qué lengua para manifestarlas? ¿Qué corazón para sentirlas? ¿Qué servicios para pagarlas? ¿Con qué amor responderá el hombre á este amor eterno de Dios? ¿Quién aguardará á amar en la vejez á Aquél que le amó dende la eternidad? ¿Quién trocará este amigo por otro cualquier amigo? Porque si en la Escriptura divina es tan preciado el amigo antiguo, ¿cuánto más lo será el eterno? Y si por ningún amigo nuevo se debe trocar el viejo, ¿quién trocará la posesión y gracia deste amador tan antiguo por todos los amigos del mundo? Y si la posesión de tiempo inmemorial da derecho á quien no lo tiene, ¿qué hará la de la eternidad á quien nos tiene poseídos por título desta amistad, para que así nos tengamos por suyos?

Pues según esto, ¿qué bienes hay en el mundo que se deban trocar por este bien? ¿y qué males que no se deban padescer alegremente por él? ¿Qué hombre habría tan desalmado, que si supiese por revelación de Dios de un pobre mendigo que pasa por la calle, que estaba así predestinado, que no besase la tierra que él hollase? ¿que no se fuese en pos dél, y puesto de rodillas no le diese mil bendiciones, y le dijese: ¡Oh, dichoso tú; oh, bien-

(1) Eccles. I.

aventurado tú! ¿Es posible que tú seas de aquel felicísimo número de los escogidos? ¿Es posible que tú hayas de ver á Dios en su misma hermosura? ¿Tú has de ser compañero y hermano de todos los escogidos? ¿Tú has de estar entre los coros de los ángeles? ¿Tú has de gozar de aquella música celestial? ¿Tú has de reinar en los siglos de los siglos? ¿Tú has de ver la cara resplandesciente de Cristo y de su sanctísima Madre? ¡Oh, bienaventurado el día en que naciste, y mucho más aquel en que morirás, pues entonces para siempre vivirás! ¡Bienaventurado el pan que comes, y la tierra que huellas, pues tiene sobre sí un tan incomparable tesoro: y mucho más bienaventurados los trabajos que padesces, y las menguas que sufres, pues ésas te abren camino para el descanso de la eternidad! Porque ¿qué nublado habrá tan triste, qué tribulación tan grave, que no se deshaga con las prendas desta esperanza?

Con estos ojos, pues, miraríamos un predestinado, si conosciésemos que lo es. Porque si cuando pasa un príncipe heredero de un gran reino por la calle, salen todos á mirarle, maravillándose de la suerte tan dichosa (según el juicio del mundo) que á aquel mozo le cupo, nasciendo heredero de un grande reino; ¿cuánto más será para maravillar esta tan dichosa suerte, que es nascer un hombre ante todo merescimiento escogido, no para ser rey temporal de la tierra, sino para reinar eternalmente en el cielo?

Por aquí, pues, podrás ver, hermano, la obligación que tienen los escogidos al Señor por este tan grande beneficio, del cual ninguno se debe tener por excluído, si quiere hacer lo que es de su parte; antes cada uno trabaje, como dice S. Pedro (1), por hacer cierta su elección con buenas obras; porque sabemos cierto que el que las hiciere se salvará, y sabemos también que el favor y gracia divina á nadie faltó jamás, ni faltará. Y con la firmeza destas dos verdades, continuemos las buenas obras; y así seremos de este número tan glorioso.

(1) II Petr. I.

DEL SÉPTIMO TÍTULO POR DONDE EL HOMRRE ESTÁ OBLIGADO Á LA VIRTUD, POR RAZÓN DE LA PRIMERA DE SUS CUATRO POSTRIMERÍAS, QUE ES LA MUERTE.

CAPÍTULO VII.

CUALQUIERA de todos estos títulos susodichos era bastante para que el hombre se emplease todo en el servicio de un Señor á quien por tantas y tan grandes razones está obligado. Mas porque la mayor parte de los hombres más se mueve por el interese de la ganancia, que por obligación de justicia, por tanto añadiremos á lo dicho los provechos grandes que de presente y de futuro se prometen á la virtud; y primero los dos mayores entre todos, que es la gloria que por ella se da, y la pena que por ella se excusa. Éstos son los dos principales remos de esta navegación, y las dos principales espuelas con que se anda este camino. Por la cual causa el bienaventurado S. Francisco en su regla, y nuestro padre Sancto Domingo en la suya, ambos con un mismo espíritu y con unas mismas palabras, mandan á sus predicadores que no prediquen más que vicios y virtudes, pena y gloria: lo uno para enseñarnos á bien vivir, y lo otro para inclinarnos al deseo de bien vivir. Sentencia es otrosí común de filósofos, que las dos pesas con que se mueve ordenadamente el reloj de la vida humana, son castigo y galardón. Porque es tan grande nuestra miseria, que nadie quiere la virtud desnuda, si no viene, ó apremiada con castigo, ó acompañada con provecho. Y porque ningún castigo ni galardón puede ser mayor que pena y gloria para siempre, por eso trataremos aquí destas dos cosas, á las cuales añadiremos otras dos que preceden á éstas, que son la muerte y el juicio universal; porque cada cosa déstas bien considerada sirve mucho para amar la virtud y aborrecer el vicio, según aquello del Sabio que dice (1): Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás

(1) Eccli. VII.

pecarás. Por las cuales postrimerías entiende estas cuatro que aquí habemos nombrado, de que al presente para nuestro propósito nos conviene tratar.

§. I.

Comenzando, pues, por la primera, que es la muerte, ésta es tanto más poderosa para movernos cuanto es más cierta, más cuotidiana y más familiar. Mayormente si consideramos el juicio particular que en ella ha de haber de nuestra vida, el cual no se ha de alterar en el universal: porque lo que entonces fuere de nosotros, eso será para siempre. Mas cuán estrecho haya de ser este juicio y la cuenta que en él se ha de pedir, no quiero yo que lo creas á mí, sino á una historia que S. Juan Clímaco (como testigo de vista) refiere, que sin dubda es una de las más temerosas que yo he leído. Escribe pues él, que en un cierto monesterio de su tiempo, había un monje descuidado en su vida: el cual llegando á punto de muerte, fué arrebatado en espíritu por un grande espacio, donde vió el rigor y severidad espantosa deste particular juicio. Y como después por especial dispensación de Dios alcanzase espacio de penitencia, rogó á todos los monjes que presentes estábamos, que nos saliésemos de su celda: y cerrando él la puerta á piedra y lodo, quedóse dentro hasta el día que murió; que fué por espacio de doce años, sin salir jamás de allí, ni hablar palabra á nadie, ni comer otra cosa todo aquel tiempo, sino sólo pan y agua. Y asentado en su celda, estaba como atónito, revolviendo en su corazón lo que había visto en aquel arrebatamiento. Y tenía tan fijo el pensamiento en ello, que así también tenía el rostro fijo en un lugar, sin volverlo á una parte ni á otra, derramando á la continua muy fervientes lágrimas, las cuales corrían hilo á hilo por sus ojos. Y llegada la hora de su muerte, rompimos la puerta, que estaba (como dije) cerrada, y entramos todos los monjes de aquel desierto en su celda, y rogámosle con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificación; y no dijo más que sola ésta: Dígoos de verdad, padres, que si los hombres entendiesen cuán espantoso es este último trance y juicio de la muerte, estarían muy lejos de ofender á Dios. Todas estas son palabras de S. Juan Clímaco, que se halló presente á este negocio, y da testimonio

de lo que vió. De manera que en el hecho (aunque parezca increíble) no hay que dudar, pues tan fiel es el testigo; y en lo demás hay mucho por que temer, considerando la vida que este sancto hizo, y mucho más la grandeza de aquella visión que vió, de donde procedió esta manera de vida. Lo cual bastantemente nos declara cuán verdadera sea aquella sentencia del Sabio que dice (1): Acuérdate de tus postrimerías, y eternalmente nunca pecarás. Pues si tanto nos ayuda esta consideración para no pecar, corramos agora brevemente por todos los pasos y trances della para alcanzar tan grande bien.

Acuérdate, pues, agora, hermano mío, que eres cristiano, y que eres hombre: por la parte que eres hombre, sabes cierto que has de morir, y por la que eres cristiano, sabes también que has de dar cuenta de tu vida acabando de morir. En esta parte no nos deja dudar la fe que profesamos, ni en la otra la experiencia de lo que vemos. Así que no puede nadie excusar este trago, que sea rey, que sea papa. Día vendrá en que amanezcas, y no anochezcas, ó anochezcas, y no amanezcas. Día vendrá (y no sabes cuándo, si hoy, si mañana) en el cual tú mismo que estás agora leyendo esta escriptura, sano y bueno de todos tus miembros y sentidos, midiendo los días de tu vida conforme á tus negocios y deseos, te has de ver en una cama con una vela en la mano, esperando el golpe de la muerte y la sentencia dada contra todo el linaje humano, de la cual no hay apelación ni suplicación. Considera, pues, primeramente, cuán incierta sea esta hora, porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está más descuidado, y menos piensa que ha de venir, echando sus cuentas y haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice que viene como ladrón, el cual suele venir al tiempo que los hombres están más seguros y más dormidos. Antes de la muerte precede la enfermedad grave que la ha de causar, con todos los accidentes, dolores, hastíos, tristezas, medicinas, molestias y noches largas que allí nos han de fatigar: lo cual todo es camino y disposición para morir. Porque así como antes de entrarse por fuerza un castillo, suele preceder una recia batería que atormenta y finalmente derriba los muros por tierra, y tras desto es luego entrado y conquistado, así suele preceder á la muerte una

(1) Eccli. VII.

gravísima enfermedad, la cual de tal manera bate noche y día sin parar las fuerzas naturales y los miembros principales de nuestro cuerpo, que el ánima, no pudiéndose ya más defender ni conservar en ellos, los desampara y se va.

Pues cuando ya la enfermedad pasa más adelante, y ó el médico ó ella nos desengañan y quitan la esperanza de la vida, ¡cuáles suelen ser entonces las angustias que allí nos aprietan! Porque allí luego se representa la salida desta vida y el apartamiento de todas las cosas que amábamos en ella: hijos, mujer, amigos, parientes, hacienda, honra, títulos y oficios que se acaban con la misma vida. Después de lo cual se siguen los postreros accidentes que entrevienen en la misma muerte, que son aun mayores que los pasados. Porque luego se mueren los pies, afílanse las narices, y la lengua no acierta ya á hacer su oficio; y finalmente, con la priesa de la partida, todos los miembros y sentidos se comienzan á turbar. Desta manera viene el hombre á pagar en la salida de la vida las angustias ajenas con que entró en ella, padesciendo los dolores al tiempo del salir, que su madre padesció al tiempo del parir. Y así concuerda muy bien la entrada con la salida, pues la una y la otra es con dolores: aunque la una con los ajenos, y la otra con los proprios.

Aquí, pues, se representa luego el agonía de la muerte, el término de la vida, el horror de la sepultura, la suerte del cuerpo, que vendrá á ser manjar de gusanos, y mucho más la del ánima, que entonces está dentro del cuerpo, y de ahí á dos horas no sabes dónde estará. Aquí, pues, te parecerá que estás ya presente en el juicio de Dios, y que todos tus pecados te están acusando, y poniendo demanda delante dél. Aquí verás abiertamente cuán grandes males eran los que tú tan fácilmente cometías: y maldirás muchas veces el día en que pecaste, y el deleite que te hizo pecar. Aquí no acabarás de maravillarte de ti mismo, viendo cómo por cosas tan livianas (cuales eran las que desordenadamente amabas) te pusiste en peligro de padecer dolores tan grandes como allí comenzarás á sentir. Porque como los deleites sean ya pasados, y el juicio dellos comience ya á parecer, lo que de suyo era poco, y deja de ser, paresce nada: y lo que de suyo es mucho, y está presente, paresce más claro lo que es. Pues como tú veas que por cosas tan vanas estás en término de perder tanto bien, y mirando á todas partes te veas

de todas cercado y atribulado (porque ni queda más tiempo de vida, ni hay más plazo de penitencia, y el curso de tus días es ya fenescido, y ni los amigos ni los ídolos que adoraste te pueden allí valer, antes las cosas que más amabas y preciabas te han de dar allí mayor tormento) dime, ruégote: cuando te veas en este trance, ¿qué sentirás? ¿dónde irás? ¿qué harás? ¿á quién llamarás? Volver atrás es imposible, pasar adelante es intolerable, estarte así no se concede: pues ¿qué harás? Entonces, dice Dios por el Profeta (1), se pondrá el sol á los malos en medio del día: y haré que se les escurezca la tierra en día claro: y convertiré sus fiestas en llanto, y sus postrimerías en día amargo. ¡Qué palabras éstas tan para temer! Entonces (dice) se les pondrá el sol en medio del día: porque representándose á los malos en aquélla hora la muchedumbre de sus pecados, y viendo que la justicia de Dios les comienza ya á cerrar los términos de la vida, vienen muchos dellos á tener tan grandes temores y desconfianzas, que les paresce que están ya desahuciados y despedidos de la misericordia divina. Y estando aun en medio del día (esto es, dentro del término de la vida, que es tiempo de merescer y desmerescer) les parescerá que para ellos no hay lugar de mérito ni de demérito, sino que todo les está ya como cerrado. Poderosa es la pasión del temor, la cual de las cosas pequeñas hace grandes, y de las ausentes presentes. Y si esto hace á las veces un temor liviano, ¿qué hará entonces el temor de tan justo y verdadero peligro? Vense en esta vida aun entre sus amigos, y parésceles que ya comienzan á sentir el dolor de los condenados. Juntamente les parece que están vivos y muertos: y doliéndose de los bienes presentes que dejan, comienzan á padescer los males venideros que barruntan. Tienen por dichosos á los que acá se quedan, y crésceles con esta envidia la causa de su dolor. Pues entonces se les pondrá el sol en medio del día, cuando á doquiera que volvieren los ojos, les parescerá que por todas partes les está cerrado el camino del cielo, y que ningún rayo se les descubre de luz. Porque si miran á la misericordia de Dios, parésceles que la tienen desmerescida: si á la justicia, parésceles que viene ya á dar sobre su cabeza: y que hasta allí ha sido su día, y que dende allí comienza ya á ser el

(1) Amos, VIII.

día de Dios. Si miran á la vida pasada, cuasi todo ella los está acusando: si al tiempo presente, ven que se están muriendo: si un poco más adelante, paréceles que ven al Juez que los está esperando. Pues entre tantos objectos y causas de temor, ¿qué harán? ¿adónde irán?

Dice más, que se les convertirá en tinieblas la luz en el día claro. Quiere decir, que las cosas que les solían dar antes mayor alegría, entonces les darán mayor dolor. Alegre cosa es para el que vive la vista de sus hijos, y de sus amigos, y de su casa y hacienda, y de todo lo que ama. Mas entonces se convertirá esta luz en tinieblas; porque todas estas cosas darán allí mayor tormento, y serán más crueles verdugos de sus amadores. Porque natural cosa es que así como la posesión y presencia de lo que se ama, da alegría, así el apartamiento y la pérdida da dolor. Y por esto quitan á los dulces hijos de la presencia del padre que se está muriendo, y se esconde la buena mujer en este tiempo, por no dar y tomar tan crueles dolores con su presencia. Y con ser la partida para tan lejos, y la despedida para tan largo camino, no deja guardar el dolor los términos de la buena crianza, ni da lugar al que se parte para decir á los amigos: quedaos á Dios. Si tú has llegado á este punto, en todo esto verás que digo verdad: mas si aun no has llegado á él, cree á los que por aquí han pasado: pues como dice el Sabio, los que navegan la mar, cuentan los peligros della.

§. II.

Y si tales son las cosas que pasan antes de la salida, ¿qué serán las que pasarán después della? Si tal es la víspera y la vigilia, ¿qué tal será la fiesta y el día? Porque luego después de la muerte se sigue la cuenta y la tela de aquel juicio divino: el cual cuánto sea para temer, no lo has de preguntar á los hombres del mundo, los cuales así como moran en Egipto, que quiere decir tinieblas, así viven en intolerables errores y ceguedades: sino pregúntalo á los sanctos que moran en la tierra de Jesé (1), donde resplandece siempre la luz de la verdad, y ésos te dirán no sólo por palabras, sino por obras, cuánto sea esta

(1) Exod. X.

cuenta para temer. Porque sancto era David, y con todo esto era tan grande el temor que tenía desta cuenta, que hacía oración á Dios diciendo (1): No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no será justificado ante Ti ninguno de los vivientes. Y sancto era también Arsenio, el cual estando ya para morir cercado de sus discípulos, comenzó á temer este trance de tal manera, que los discípulos entendiendo su temor, le dijeron: Padre, ¿y tú agora temes? A los cuales respondió el sancto varón: Hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él. Y del bienaventurado Agatón se escribe que estando en este paso con este mismo temor, y preguntado por qué temía habiendo vivido con tanta inocencia: respondió que porque eran muy diferentes los juicios de Dios de los de los hombres. Y no es menos temeroso el ejemplo que Sant Juan Clímaco, varón sanctísimo, escribe de otro sancto monje, el cual (por ser cosa mucho para notar) referiré aquí por sus mismas palabras. Un religioso (dice él) que moraba en este lugar, llamado Estéfano, deseó mucho la vida quieta y solitaria: el cual, después de haberse ejercitado en los trabajos de la vida monástica muchos años, y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos, con otros muchos privilegios de virtudes, edificó una celda á la raíz del monte donde Elías en los tiempos pasados vió aquella sagrada visión. Este padre de tan religiosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de ahí á otro lugar llamado Sidey, que era de los monjes Anacoritas, que viven en soledad. Y después de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida (por estar aquel lugar apartado de toda humana consolación, y desviado setenta millas de poblado) al fin de la vida vínose de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenía él ahí dos discípulos muy religiosos de la tierra de Palestina, que tenían en guarda la dicha celda. Y después de haber vivido unos pocos días en ella, cayó en una enfermedad de que murió. Un día, pues, antes de su muerte, súbitamente quedó atónito: y teniendo los ojos abiertos, miraba á la una parte del lecho, y á la otra: y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuenta, respondía él en presencia de todos los que allí estaban, diciendo algunas veces: Así es cier-

(1) Psalm. CXLII.

to: mas por eso ayuné tantos años. Otras veces decía: No es así: mentís: no hice tal cosa. Otras decía: Así es verdad: mas lloré, y serví tantas veces á los prójimos por eso. Y otra vez decía: Verdaderamente me acusáis: así es: y no tengo que decir, sino que hay en Dios misericordia. Y era por cierto espectáculo horrible y temeroso ver aquel invisible y riguroso juicio. ¡Miserable de mí! ¿Qué será de mí, pues aquel tan grande seguidor de soledad y quietud en algunos de sus pecados decía que no tenía qué responder, el cual había cuarenta años que era monje, y había alcanzado gracia de lágrimas? Algunos hubo que de verdad me afirmaron que estando este padre en el yermo, daba de comer á un león pardo por su mano. Y siendo tal, partió desta vida pidiéndosele tan estrecha cuenta, dejándonos inciertos cuál fuese su juicio, cuál su término, y cuál la sentencia de su causa. Hasta aquí son palabras de S. Juan Clímaco. Las cuales asaz declaran cuánto deban temer esta salida los descuidados y negligentes, pues en tanto estrecho se vieron en ella tan grandes sanctos.

Y si preguntares cuál sea la causa por dónde los sanctos tuvieron tan gran temor en este paso, á esto responde S. Gregorio en el cuarto libro de los Morales, diciendo: Los sanctos varones, considerando atentamente cuán justo sea el Juez que les ha de tomar cuenta, cada día ponen ante los ojos el término de su vida, y examinan con cuidado qué es lo que podrán responder al Juez en esta demanda. Y si por ventura se hallan libres de todas las malas obras en que pudieron caer, temen si por ventura lo están de los malos pensamientos que en cada momento el corazón humano suele representar. Porque aunque sea fácil cosa vencer las tentaciones de las malas obras, no lo es defenderse de la guerra continua de los malos pensamientos. Y como quiera que en todo tiempo teman los secretos juicios deste tan justo Juez, entonces señaladamente los temen, cuando se llegan ya á pagar la común deuda de la naturaleza humana, y se ven acercar á la presencia de su Juez. Y cresce aun este temor, cuando el ánima se quiere ya desatar de la carne. Porque en este tiempo cesan los vanos pensamientos y fantasías de la imaginación, y ninguna cosa deste siglo se representa al que está ya cuasi fuera del siglo. De manera que entonces los que están muriendo solamente miran á sí y á Dios, ante quien se ha-

llan presentes, y todo lo demás (como ya no necesario) vienen á echar en olvido. Y si en este paso se acuerdan que nunca dejaron de hacer los bienes que entendían: temen si por ventura dejaron de hacer los que no entendían, porque no saben juzgarse ni conoscerse perfectamente. Y por esto al tiempo de la salida son combatidos con mayores y más secretos temores: porque ven que de ahí á un poquito espacio hallarán lo que para siempre nunca mudarán.

Hasta aquí son palabras de S. Gregorio, las cuales bastantemente nos declaran cuánto más para temer sea esta cuenta y esta hora, de lo que los hombres mundanos imaginan.

Pues si tan riguroso es este juicio, y si tanto y con tanta razón le temieron los sanctos, ¿qué será justo que hagan los que no lo son, los que la mayor parte de la vida gastaron en vanidades, los que tantas veces despreciaron á Dios, los que tan olvidados vivieron de su salud, y tan poca cuenta tuvieron con aparejarse para esta hora? Si tanto teme el justo, ¿qué debe hacer el pecador? ¿Qué hará la vara del desierto, cuando así se estremece el cedro del monte Líbano? Y si como dice S. Pedro (1), el justo apenas se salvará, ¿el pecador y malo dónde parecerán? Dime, pues: ¿qué sentirás en aquella hora, cuando salido ya desta vida, entres en aquel divino juicio, solo, pobre y desnudo, sin más valedores que tus buenas obras y sin más compañía que la de tu propria consciencia, y esto en un tribunal tan riguroso, donde no se trata de perder la vida temporal, sino de vida y muerte perdurable? Y si en la tela deste juicio te hallares alcanzado de cuenta, ¡cuáles serán entonces los desmayos de tu corazón! ¡Cuán confuso te hallarás, y cuán arrepentido! Grande fué el desmayo de los príncipes de Judá (1), cuando vieron la espada vencedora de Sesach, rey de Egipto, volar por las plazas de Hierusalem: cuando por la pena del castigo presente conocieron la culpa del yerro pasado. Mas ¿qué es todo esto en comparación de la confusión en que allí los malos se verán? ¿Qué harán? ¿Dónde irán? ¿Con qué se defenderán? Lágrimas allí no valen: arrepentimientos allí no aprovechan: oraciones allí no se oyen: promesas para adelante allí no se admiten: tiempo de penitencia allí no se da: porque acabado el pos-

(1) I Petr. IV. (2) III Reg. XXV; II Par. XII.

trer punto de la vida, ya no hay más tiempo de penitencia. Pues riquezas, y linaje, y favor de mundo, mucho menos aprovecharán: porque como dice el Sabio (1), no aprovecharán las riquezas en el día de la venganza; más la justicia sola librará de la muerte. Pues cuando el ánima miserable se vea cercada de tantas angustias, ¿qué hará sino decir con el Profeta (2): Cercado me han gemidos de muerte, y dolores del infierno me han rodeado? ¡Oh miserable de mí, y en qué cerco me han puesto agora mis pecados! ¡Cuán súbitamente me ha salteado esta hora! ¡Cuán sin pensarlo se ha llegado! ¿Qué me aprovechan agora todas mis honras y dignidades pasadas? ¿Qué todos mis amigos y criados? ¿Qué todas las riquezas y bienes que poseí, pues agora me han de hacer pago con siete pies de tierra, y con una pobre mortaja? Y lo que peor es, que las riquezas han de quedar acá para que las desperdicien otros: y los pecados que hice en mal ganarlas, han de ir comigo allá, para que los pague yo. ¿Qué me aprovechan otrosí agora todos mis deleites y contentamientos pasados, pues ya los deleites se acabaron, y no quedan agora más que las heces dellos, que son los escrúpulos y el remordimiento de la consciencia, las espinas que atraviesan agora mi corazón, y para siempre lo atormentarán? ¿Cómo no me aparejé esta hora? ¡Cuántas veces me avisaron desto, y me hice sordo! ¿Porqué aborrecí la disciplina, y no quise obedecer á mis maestros (3), ni hice caso de las voces de los que me enseñaban? En todo género de pecados he vivido en medio de la iglesia y del pueblo.

Éstas, pues, serán las ansias, las congojas y las consideranes de los malos en esta hora. Pues porque tú, hermano mío, no te veas en este aprieto, ruégote agora quieras de todo lo que hasta aquí está dicho, considerar y retener estos tres puntos en la memoria. El primero sea, considerar qué tan grande ha de ser la pena que á la hora de la muerte recibirás por todas las ofensas que heciste contra Dios. El segundo, qué tanto es lo que allí desearas haberle servido y agradado, para tenerle para aquella hora propicio. El tercero, qué linaje de penitencia desearas allí hacer, si para esto se te diese tiempo: porque de tal manera trabajes por vivir agora como entonces desearas haber vivido.

(1) Prov. XI. (2) Psalm CXIV. (3) Prov. V.

DEL OCTAVO TÍTULO POR DONDE EL HOMBRE ESTÁ OBLIGADO Á LA VIRTUD, POR CAUSA DE LA SEGUNDA POSTRIMERÍA, QUE ES EL JUICIO FINAL.

CAPÍTULO VIII

DESPUÉS de la muerte se sigue el juicio particular de cada uno: y después déste, el universal de todos, cuando se cumplirá aquello que dice el Apóstol: Todos conviene que seamos presentados ante el tribunal de Cristo, para que dé cada uno cuenta del bien ó mal que hizo en este cuerpo. Y porque de las señales terribles que han de preceder á este juicio, y de toda la historia dél tratamos en otro lugar; al presente no diré más que del rigor de la cuenta que se ha de pedir en él, y lo que después della se ha de seguir, para que por aquí vea el hombre cuánta obligación tiene á la virtud.

Lo primero es tánto para sentir, que una de las cosas de que aquel sanctísimo Job más se maravillaba, es ver cómo siendo el hombre una criatura tan liviana y tan mal inclinada, se pone un tan grande Dios en tanto rigor con ella, que no hay palabra, ni pensamiento, ni movimiento desordenado que no lo tenga escripto en los libros y procesos de su justicia para pedir de ello muy menuda cuenta. Y así prosigue él á la larga esta materia, diciendo: ¿Porqué, Señor, escondes tu cara de mí, y me tratas como á enemigo? ¿Porqué quieres declarar la grandeza de tu poder contra una hoja que se mueve á cada viento, y persigues una paja tan liviana? ¿Porqué escribes en tus libros contra mí las penas amarguísimas con que me has de castigar, y quieres consumirme por los pecados de mi mocedad? Pusiste mis pies en un cepo (prendiendo mis apetitos con la ley de tus mandamientos) y miraste con grande atención todas las sendas de mi vida, y consideraste el rastro de mis pisadas, siendo yo como una cosa podrida que dentro de sí se está consumiendo, y como una vestidura que se gasta con la polilla. Y prosiguiendo la misma materia añade luego y dice así: El hombre nasce de mujer,

vive poco tiempo, está lleno de muchas miserias, sale como una flor, y luego se marchita, y huye como sombra, y nunca permanece en un mismo estado. Y con ser el hombre éste, ¿tienes por cosa digna de tu grandeza traer los ojos tan abiertos sobre todos los pasos de su vida, y ponerte con él á juicio? ¿Quién puede hacer limpia una criatura concebida de masa sucia, sino Tú solo? Todas estas palabras dice el sancto Job, maravillándose grandemente de la severidad de la divina Justicia para con una criatura tan frágil, tan mal inclinada, y que tan fácilmente bebe los pecados como agua. Porque si este rigor fuera con ángeles (que son criaturas espirituales y muy perfectas) no era tanto de maravillar; pero ser con hombres, cuyas malas inclinaciones son innumerables, y que con todo esto sea tan estrecha la cuenta de sus vidas, que no se les disimule una sola palabra ociosa, ni un punto de tiempo mal gastado, esto es cosa que sobrepuja toda admiración. Porque ¿á quién no espantan aquellas palabras del Salvador (1): En verdad os digo que de cualquier palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta el día del juicio? Pues si destas palabras (que á nadie hacen mal) se ha de pedir cuenta, ¿qué será de las palabras deshonestas, y de los pensamientos sucios, y de las manos sangrientas, y de los ojos adúlteros, y finalmente de todo el tiempo de la vida expendido en malas obras? Si esto es verdad (como lo es) ¿qué se puede decir del rigor deste juicio, que no sea menos de lo que es? ¡Cuán asombrado quedará el hombre cuando en presencia de un tan gran senado se le haga cargo de una palabrilla que tal día habló sin propósito! ¿A quién no pone en admiración esta tan nueva demanda? ¿Quién osara decir esto, si Dios no lo dijera? ¿Qué rey jamás pidió cuenta á alguno de sus criados de un cabo de una agujeta? ¡Oh alteza de la religión cristiana, cuán grande es la pureza que enseñas, y cuán estrecha la cuenta que pides, y con cuán riguroso juicio la examinas!

¿Cuál será también la vergüenza que allí los malos pasarán cuando todas las maldades que ellos tenían encubiertas con las paredes de sus casas, y todas las deshonestidades que cometieron dende sus primeros años, con todos los rincones y secretos de sus consciencias, sean pregonadas en la plaza y ojos de todo

(1) Matth. XII.

el mundo? Pues ¿quién tendrá la consciencia tan limpia que no comience dende agora á mudar las colores, y temer esta vergüenza? Porque si descubrir el hombre sus culpas á un confesor en un fuero tan secreto como el de la confesión, es cosa tan vergonzosa, que algunos por esto se tragan el pecado y lo encubren, ¿qué hará allí la vergüenza de Dios, y de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Será tan grande esta vergüenza, que como el Profeta dice (1), darán voces á los montes, diciendo: ¡Oh montes! caed sobre nosotros, y sumidnos en los abismos, donde nunca más parezcamos con tan grande vergüenza y confusión.

Pues ¿qué será sobre todo esto esperar el rayo de aquella sentencia final que dirá (2): Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles? ¿Qué sentirán los malaventurados con esta palabra? Si apenas podemos, dice el sancto Job (3), oir la más pequeña de sus palabras, ¿quién podrá esperar aquel espantoso trueno de su grandeza? Esta palabra será tan espantosa y de tanta virtud, que por ella se abrirá la tierra en un momento, y serán sumidos y despeñados en los abismos los que, como dice el mismo Job (4), tañían aqui el dandero y la vihuela, y se holgaban con la suavidad y música de los órganos, y gastaban todos sus días y horas en deleites. Esta caída describe S. Juan en el Apocalipsi por estas palabras (5): Vi, dice él, un ángel que descendía del cielo con gran poder, y con tanta claridad, que hacía resplandecer toda la tierra, y dió una grande voz diciendo: Cayó, cayó aquella gran ciudad de Babilonia, y es hecha morada de demonios, y cárcel de todos los espíritus sucios, y de todas las aves sucias y abominables. Y añade luego el sancto Evangelista, diciendo que tomó el ángel una gran piedra de molino, y dejándola caer dende lo alto en la mar, dijo: Con este ímpetu será arrojada aquella gran ciudad de Babilonia en el profundo: y nunca más volverá á ser. Desta manera, pues, caerán los malos en aquel despeñadero y en aquella cárcel de tinieblas y confusión, que es aquí entendida por Babilonia.

Mas ¿qué lengua podrá explicar la muchedumbre de penas que allí padescerán? Allí arderán sus cuerpos en vivas llamas

(1) Ose. X (2) Mat. XXV (3) Job. XXVI. (4) Job. XXI. (5) Apoc. XVIII.

que nunca se apagarán. Allí estarán sus ánimas carcomiéndose y despedazándose con aquel gusano remordedor de la consciencia, que nunca cesará de morder. Allí será aquel perpetuo llanto y crujir de dientes, con que tantas veces nos amenazan las Escripturas divinas. Allí los malaventurados con una cruel desesperación y rabia volverán las iras contra Dios y contra sí, comiendo sus carnes á bocados, rompiendo sus entrañas con sospiros, quebrantando sus dientes á tenazadas, y despedazando rabiosamente sus carnes con sus uñas, y blasfemando siempre del Juez que así los mandó penar. Allí cada uno dellos maldirá su desastrada suerte y su desdichado nascimiento, repitiendo siempre aquellas tristes lamentaciones y palabras de Job, aunque con muy diferente corazón (1): Perezca el día en que nascí, y la noche en que fué dicho: concebido es este hombre. Aquel día se vuelva en tinieblas; no tenga Dios cuenta con él, ni sea alumbrado con lumbre. Escurézcanlo las tinieblas y sombra de muerte: sea llenò de escuridad y amargura. En aquella noche corra un torbellino tenebroso, no sea contado en el número de los días ni de los meses del año. ¿Porqué no me tomó la muerte en el vientre de mi madre? ¿Porqué luego como acabé de nascer no perecí? ¿Porqué me recibieron en el regazo? ¿Porqué me dieron leche á los pechos? Ésta será la música, éstas las canciones, estos los maitines continuos que aquellos malaventurados eternalmente cantarán. ¡Oh desdichadas lenguas, que ninguna otra palabra hablaréis sino blasfemias! ¡Oh miserables oídos, que ninguna otra cosa oiréis sino gemidos! ¡Oh desventurados ojos, que ninguna otra cosa veréis sino miserias! ¡Oh tristes cuerpos, que ninguno otro refrigerio tendréis sino llamas! ¡Cuáles estarán entonces los que toda su vida gastaron en deleites y pasatiempos! ¡Oh cuán breve delectación hizo tan larga soga de miserias! ¡Oh locos y desventurados! ¿Qué os aprovechan agora todos aquellos pasatiempos de que tan poco espacio gozastes, pues agora eternalmente lloraréis? ¿Qué se hicieron vuestras riquezas? ¿Dónde están vuestros tesoros? ¿Dónde vuestros deleites y alegrías? Pasáronse los siete años de fertilidad (2), y sucedieron otros siete de tanta esterilidad, que se tragaron toda la abundancia de los pasados, sin que quedase della rastro ni memoria. Peresció ya vuestra

(1) Job, III. (2) Genes, XLI.

gloria, y hundióse vuestra felicidad en ese piélago de dolor. Á tanta esterilidad sois venidos, que ni una sola gota de agua se os concede para templar esa tan rabiosa sed que os atormenta. Y no sólo no os aprovechará esa prosperidad, mas antes ésa es una de las cosas que más cruelmente os atormentará. Porque ahí se cumplirá aquello que se escribe en el libro de Job (1), conviene saber, que la dulcedumbre de los malos vendría á parar en gusanos: cuando (como declara S. Gregorio) la memoria de los deleites pasados les haga sentir más el amargura de los dolores presentes: acordándose de la manera que un tiempo se vieron, y de la que agora se ven, y cómo por lo que tan presto se acabó, padescen lo que nunca se acabará. Entonces claramente conocerán la burla del enemigo, y caídos ya en la cuenta (aunque tarde) comenzarán á decir aquellas palabras del libro de la Sabiduría (2): ¡Desventurados de nosotros! ¡Cómo se ve agora que erramos el camino de la verdad, y que la lumbre de justicia no nos alumbró, y que el sol de inteligencia no salió sobre nosotros! Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdición, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano nunca supimos atinarlo. Éstas serán las querellas, éste el arrepentimiento, ésta la penitencia perpetua que allí los malaventurados harán: la cual nada les aprovechará, porque ya pasó el tiempo de aprovechar.

Todas estas cosas bien consideradas son un grande estímulo y despertador de la virtud, y así por este medio nos incita muchas veces á ella el bienaventurado Sant Crisóstomo en muchos lugares de sus Homilías, donde dice así: Porque trabajes que tu ánima sea templo y morada de Dios, acuérdate de aquel terrible y espantoso día en que todos habemos de asistir ante el trono de Cristo, para dar razón de todas nuestras obras. Mira, pues, de la manera que este Señor viene á juzgar vivos y muertos. Mira cuántos millares de ángeles le vienen acompañando, y haz cuenta que tus oídos oyen ya el sonido de aquella temerosa voz de Cristo que ha de sentenciar al mundo. Mira cómo después desta sentencia unos son echados en las tinieblas exteriores: otros despedidos de las puertas del cielo, después del mucho trabajo de su virginidad: otros, atados

(1) Job, XXIV. (2) Sap. V.

como haces de mala yerba, son lanzados en el fuego, y otros entregados al gusano que nunca muere, y al perpetuo llanto y crujir de dientes. Pues siendo esto así, ¿porqué no clamaremos agora con el Profeta diciendo (1): ¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré día y noche? Por tanto, venid agora, hermanos, que es tiempo, y prevengamos al Juez con la confesión de nuestras culpas, pues está escripto: En el infierno, Señor, ¿quién se confesará á Tí?

Miremos atentamente que nos dió nuestro Señor dos ojos, dos oídos, dos piés y dos manos: por donde si perdemos el uno destos miembros, con el otro nos remediamos: pero ánima no nos dió más que una: pues si ésta se condena, ¿con qué viviremos aquella inmortal y gloriosa vida? Tengamos, pues, sumo cuidado della, pues ella es la que juntamente con el cuerpo ha de ser juzgada ó defendida, y la que ha de parecer ante el tribunal de Cristo: donde si te quisieres excusar, diciendo que los dineros te engañaron, responderte ha el Juez que ya te había Él avisado diciendo (2): ¿Qué aprovecha al hombre alcanzar el señorío de todo el mundo, si viene á perder su ánima y padescer detrimento en sí mismo? Si dijeres: el diablo me engañó, decirte ha Él también que no le aprovechó á Eva decir: la serpiente me engañó.

Lee las Escripturas sagradas y mira cómo el profeta Hieremías vió primero una vara que velaba (3): y después una gran caldera de metal puesta sobre las brasas, que hervía: para darnos á entender de la manera que procede Dios con el hombre, primero amenazando, y después castigando. Mas el que no quisiere recibir la corrección de la vara que amenaza, padescerá después el tormento de la caldera que hierve. Lee también las escripturas del Evangelio, y ahí verás cómo nadie ayudó á todos aquellos que por el Señor fueron condenados: no hermano á hermano, ni amigo á amigo, ni hijo á padre, ni padre á hijo. ¿Mas qué digo déstos, que son hombres pecadores: pues ni aunque vengan Noé, Daniel y Job, serán poderosos para mudar la sentencia del Juez? Si no, mira tú aquél que fué desechado del convite de las bodas, cómo ninguno habló palabra,

(1) Jerem. IX. (2) Matth. XVI; Marc. VIII; Luc. IX. (3) Hierem. I.

por él (1). Mira también cómo nadie rogó por aquél que había recebido el talento de su señor, y no quiso negociar con él (2). Mira otrosí las cinco vírgines despedidas de las puertas del cielo, sin que nadie abogase por ellas: las cuales Cristo llamó locas, porque después de haber despreciado los deleites de la carne y mortificado el fuego de la concupiscencia, en cabo fueron tenidas por locas, porque habiendo guardado el consejo grande de la virginidad, no guardaron el mandamiento pequeño de la humildad, pues se ensoberbescieron con la gloria de su virginidad. También habrás oido cómo aquel rico avariento (3) que nunca tuvo compasión de Lázaro, estando ardiendo en el lugar de la venganzá, deseó una gota de agua: y no por eso el sancto Patriarca quiso mitigar con tan pequeño socorro el tormento de su pasión. Pues siendo esto así, ¿porqué no nos ayudaremos con caridad unos á otros? ¿Porqué no daremos gloria á Dios antes que se nos ponga el sol de justicia y se nos cierre el día? Mejor es traer aquí un poco la lengua seca á poder de ayunos, que trayéndola contenta y regalada desear allí una gota de agua y no alcanzarla. Y si somos tan delicados que apenas podemos sufrir aquí una calentura de tres días, ¿cómo sufriremos allí el fuego de una eternidad? Si nos espanta una sentencia de muerte de un juez de la tierra que nos priva de cuarenta ó cincuenta años de vida, ¿cómo no temeremos la sentencia de aquel Juez que priva de vida perdurable? Espántanos ver algunas maneras de justicias rigurosas que se hacen acá en la tierra contra los malhechores, cuando vemos cómo los verdugos los llevan por fuerza, cómo los azotan, descoyuntan, desmiembran, despedazan y abrasan con planchas de fuego. Pues ¿qué es todo esto sino risa y sombra en comparación de los tormentos de la otra vida? Porque todo esto finalmente con la vida se acaba: mas allí ni el gusano muere, ni la vida fenece, ni el atormentador se cansa, ni el fuego se apagará jamás. De manera que todo cuanto quisieres comparar con estas penas, sea fuego, sea hierro, sean bestias, sea otro cualquier tormento, todo es como sueño y sombra en su comparación.

Pues los malaventurados que despedidos de aquellos tan grandes bienes fueren condenados á estos males, ¿que harán?

(1) Matth XXII; XVIII. (2) Ibid. XXV. (3) Luc. XVI.

¿qué dirán? ¿cómo se acusarán? ¿cómo gemirán y sospirarán? Y todo en vano. Porque ni los marineros después de sumido el navío sirven para nada, ni los médicos después que el enfermo acabó la vida. Pues entonces vendrán (aunque tarde) á caer en la cuenta de sus yerros, y allí será decir: esto ó lo otro nos convenía hacer, y bien fuimos muchas veces avisados dello y no nos aprovechó. Porque también entonces los judíos conocerán al que vino en el nombre del Señor: mas no les aprovechará este conocimiento, porque no lo tuvieron en su tiempo. Mas ¿qué podremos, miserables de nosotros, alegar en este día, cuando el cielo, y la tierra, y el sol, y la luna, los días y las noches, y todo el mundo estará dando voces contra nosotros y testificando nuestros males: y donde (aunque todas las cosas callen) nuestra misma consciencia se levantará contra nosotros, y nos acusará? Cuasi todas estas son palabras de Sant Crisóstomo, por las cuales verá el hombre el temor que debe siempre tener deste día, si se halla alcanzado de cuenta. Así muestra que lo tenía S. Ambrosio (aunque estaba tan bien apercebido) el cual escribiendo sobre Sant Lucas, dice así: ¡Ay de mí, si no llorare mis pecados! ¡ay de mí si no me levantare á la media noche á confesar, Señor, tu sancto nombre! ¡ay de mí, si engañare á mi prójimo, si no hablare verdad! Porque ya está puesto el cuchillo á la raiz del árbol. Por tanto, trabaje por dar fructo el que pudiere, de gracia, y el que es deudor, de penitencia. Porque el Señor está cerca, que viene á buscar el fructo, el cual dará vida á los fieles trabajadores y condenará los estériles y negligentes.

DEL NOVENO TÍTULO QUE NOS OBLIGA Á LA VIRTUD, QUE ES LA TERCERA DE NUESTRAS POSTRIMERÍAS, LA CUAL ES LA GLORIA DEL PARAÍSO.

CAPÍTULO IX

Bastaba cualquier cosa de las susodichas para inclinar nuestros corazones al amor á la virtud. Mas porque es tan grande la rebeldía del corazón humano, que muchas veces ni con todo esto se vence, añadiré aquí otro motivo no menos eficaz que los pasados, que es la grandeza del premio que se promete á la virtud, que es la gloria del Paraíso. Donde se nos ofrecen dos cosas señaladas que considerar: la una es la hermosura y excelencia deste lugar (que es el cielo impíreo) y la otra es la hermosura y excelencia del Rey que mora en él con todos sus escogidos.

Y cuanto á lo primero, qué tan grande sea la hermosura y riquezas deste lugar, no hay lengua mortal que lo pueda explicar. Mas todavía por algunas conjecturas podremos como de lejos barruntar algo de lo que esto es. Entre las cuales la primera es el fin desta obra; porque ésta es una de las circunstancias que más suelen declarar la condición y excelencia de las cosas. Pues el fin para que nuestro Señor edificó y aparejó este lugar, es para manifestación de su gloria. Porque, aunque todas las cosas haya criado este Señor para su gloria, como dice Salomón (1), pero ésta señaladamente se dice haber criado para este fin: porque en ella singularmente resplandece la grandeza y magnificencia dél. Por donde así como aquel grande rey Asuero, que reinó en Asia sobre ciento y veinte y siete provincias (2), celebró un convite solemnísimo en la ciudad de Susa por espacio de ciento y ochenta días, con toda la opulencia y grandeza que se puede imaginar, para descubrir por este medio á todos sus reinos la grandeza de su poder y de sus riquezas, así también este Rey soberano determinó hacer en el cielo otro convite solem-

(1) Prov. XVI. (2) Esth. I.

nísimo, no por espacio de ciento y ochenta días, sino de toda la eternidad: para manifestar en él la inmensidad de sus riquezas, de su sabiduría, de su largueza y de su bondad. Éste es el convite de que habla Isaías cuando dice (1): Hará el Señor en este monte un solemne convite á todos los pueblos, de vinos y manjares muy delicados, esto es, de cosas de grandísimo valor y suavidad. Pues si este tan solemne convite hace Dios á fin de que por él sea manifestada la grandeza de su gloria, y esta gloria es tan grande, ¿qué tal será la fiesta y las riquezas que para este propósito servirán?

Esto se entenderá aun más claramente, si consideramos la grandeza del poder y de las riquezas deste Señor. Es tan grande su poder, que con una sola palabra crió toda esta máquina tan admirable del mundo, y con otra sola la podría destruir; y no sólo un mundo, mas mil cuentos de mundos podría Él criar en una sola palabra, y tornarlos á deshacer con otra. Y demás desto, lo que hace, hácelo tan sin trabajo, que con la facilidad que crió la menor de las hormigas, crió el mayor de los serafines; porque no gime, ni suda debajo de la carga mayor, ni se alivia con la menor; porque todo lo que quiere puede, y todo lo que quiere obra con sólo querer. Pues dime agora: si la omnipotencia deste Señor es tan grande, y la gloria de su sancto nombre tan grande, y el amor della tan grande, ¿cuál será la casa, la fiesta y el convite que tendrá aparejado para este fin? ¿Qué falta aquí para que no sea perfectísima esta obra? Falta de manos aquí no la hay, porque el Hacedor es infinitamente poderoso. Falta de cabeza aquí no la hay, porque es infinitamente sabio. Falta de querer aquí no la hay, porque es infinitamente bueno. Falta de riquezas aquí no la hay, porque Él es el piélago de todas ellas. Pues luego, ¿qué tal será la obra donde tales aparejos hay para que sea tan grande? ¿Qué tal será la obra que saldrá desta oficina, donde concurren tales oficiales como son la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad del Espíritu Sancto: donde la bondad quiere, la sabiduría ordena, y la omnipotencia puede todo aquello que quiere la infinita bondad, y ordena el infinito saber, aunque todo esto sea uno en todas las divinas Personas?

(1) Isai. XXV.

II. Hay otra consideración para este propósito, semejante á ésta. Porque no sólo aparejó Dios esta casa para honra suya, sino también para honra y gloria de todos sus escogidos. Pues qué tan grande sea el cuidado que este Señor tiene de honrarlos, y de cumplir aquello que Él mismo dijo: Yo honro á los que me honran, claramente se ve por los obras, pues aun viviendo ellos en este mundo, puso debajo de su obediencia el señorío de todas las cosas. ¿Qué cosa es ver al sancto Josué (1) mandar al sol que se parase en medio del cielo, y que como si él tuviera en la mano las ruedas de toda la máquina del mundo, así lo hiciese detener, obedeciendo (como dice la Escriptura) Dios á la voz de un hombre? ¿Qué cosa es ver al profeta Isaías dar á escoger al rey Ezequías, qué quería que hiciese del mismo sol (2), si quería que le mandase ir adelante, ó que volviese atrás, que con la misma facilidad que haría lo uno, haría lo otro? ¿Qué cosa es ver al profeta Elías suspender las aguas y las nubes del cielo por todo el tiempo que quiso, y mandarlas otra vez volver con la virtud y palabra (3) de su oración? Y no sólo en vida, sino también en muerte los honró tanto, que dió este mismo señorío y poder á sus huesos y cenizas. ¿Quién no alaba á Dios viendo que los huesos de Eliseo muerto resuscitaron un muerto que acaso unos ladrones echaron (4) en su sepulcro? ¿Quién no ve el regalo de Dios para con sus sanctos, cuando lee que el día de la pasión de S. Clemente mártir se abría la mar por espacio de tres millas, para que entrasen los hombres á ver los huesos de un hombre que padesció trabajos por su amor? Á la cadena de S. Pedro quiso Dios que se hiciese fiesta general en toda la Iglesia: para que se vea en cuánto estima Él los cuerpos de los sanctos, pues las cadenas infames de las cárceles, por haber tocado en ellos, quiere que se tengan en tanta veneración. Mas ¿qué es todo esto en comparación de aquella honra tan grande que hizo Dios, no ya á la cadena deste Apóstol, ni á sus huesos, ni á su cuerpo, sino á la sombra de su cuerpo, pues le dió aquella virtud que escribe S. Lucas en los Actos de los Apóstoles (5), que todos los enfermos que tocaban en ella, sanaban? ¡Oh admirable Dios! ¡Oh sumamente bueno y honrador de buenos, pues dió á este hombre lo que para sí no tomó! Porque no se

(1) Jos. X. (2) Isai. 38. (3) III Reg. 17, 18. (4) IV Reg. 13. (5) Act. V.

lee de Cristo que con su sombra sanase á los enfermos, como se lee de S. Pedro. Pues si en tanta manera es amigo Dios de honrar sus sanctos (aun en el tiempo y lugar que no es proprio de galardonar, sino de trabajar) ¿qué tal podremos entender que será la gloria que Él tiene deputada para honrarlos, y para ser honrado Él en ellos? Quien tanto desea honrarlos, y tanto puede y sabe hacer en que los honre, ¿qué es lo que les debe tener allá aparejado para esto?

III. Considera otrosí, demás desto, cuán largo sea este Señor en pagar los servicios que se le hacen. Mandó Dios al patriarca Abraham que le sacrificase un hijo que tanto amaba (1): y estando él para sacrificarlo, díjole Dios: No lo sacrifiques, porque ya tengo vista tu lealtad y obediencia. Mas yo te juro por quien yo soy, de darte por ese hijo tantos hijos cuantas estrellas hay en el cielo, y arenas en la mar: y entre ellos uno, que sea Salvador del mundo: el cual sea juntamente hijo tuyo, y Hijo de Dios. ¿Parécete que es buena paga ésta? Ésta es paga digna de Dios: porque Dios en todas las cosas ha de ser Dios: Dios en pagar, y Dios en castigar, y Dios en todo lo demás.

Púsose David una noche á pensar cómo él tenia casa, y el arca de Dios no la tenía: y trató en su pensamiento de edificarle una casa (2). Otro día por la mañana envióle Dios un Profeta que le dijese: Porque trataste en tu corazón de edificarme una casa, yo te juro de edificar para ti y para tus descendientes una casa eterna y un reino perpetuo, de quien nunca jamás apartaré mi misericordia. Así lo dijo, y así lo cumplió: porque hasta que vino Cristo, reinaron hombres de la familia de David en la casa de Israel; y luego nasció Cristo, hijo de David, que en siglos de los siglos reinará en ella. Pues si no es otra cosa la gloria del Paraíso sino una gratificación y paga universal de los servicios de todos los sanctos, y tan largo es este Señor en esta parte, ¿qué tal podremos por aquí conjecturar que será esta gloria? Aquí hay mucho que pensar y que ahondar.

IV. Hay también otra conjectura para esto, que es considerar cuán grande sea el precio que Dios pide por esta gloria, siendo Él tan liberal y tan magnífico como es. Pues para darnos esta gloria no se contentó con otro menor precio, después del

(1) Gen. XXII. (2) II Reg. VII.

pecado, que la sangre y muerte de su Unigénito Hijo. De manera que por la muerte de Dios se da al hombre vida de Dios, por las tristezas de Dios se le da alegría de Dios, y porque estuvo Dios en la cruz entre dos ladrones, se da al hombre que esté entre los coros de los ángeles. Pues dime agora (si se puede decir) ¿cuál es aquel bien que para que se te diese, fué menester que sudase Dios gotas de sangre, y que fuese preso, azotado, escupido, abofeteado y puesto en cruz? ¿Qué es lo que tendrá Dios aparejado (siendo como es tan magnífico) para dar por este precio? Quien supiese ahondar en este abismo, más entendería por aquí la grandeza de la gloria, que por todos los otros medios que se pueden imaginar.

Y demás desto nos pide este Señor, como por añadedura, lo último que se puede á un hombre pedir, esto es, que tomemos nuestra cruz á cuestas (1), y que saquemos el ojo derecho si nos escandalizare (2), y que no tengamos ley con padre ni madre, ni con otra cosa criada, cuando se encontrare con lo que manda Dios. Y sobre todo esto que por nuestra parte hacemos, dice aquel soberano Señor que nos da la gloria de gracia. Y así dice por Sant Juan (3): Yo soy principio y fin de todas las cosas: Yo daré al que tuviere sed, á beber agua de vida de balde. Pues dime agora: ¿qué tal bien será aquel por quien tanto nos pide Dios: y después de todo esto dado, dice que nos lo da de balde? Y digo de balde, mirando lo que nuestras obras por sí valen, no por el valor que por parte de la gracia tienen. Pues dime: si este Señor es tan largo en hacer mercedes; si su divina magnificencia concedió en esta vida á todos los hombres tantas diferencias de cosas; si á todos indiferentemente sirven las criaturas del cielo y de la tierra, y de los justos y injustos es común la posesión deste mundo, ¿qué bienes tendrá guardados para solos los justos? Quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿qué dará á quien los tuviere debidos? Quien tan liberal es en hacer mercedes ¿cuánto más lo será en pagar servicios? Si tan inestimable es la largueza del que da, ¿cuánta será la magnificencia del que restituye? Sin duda no se puede con palabras declarar la gloria que dará á los agradescidos, pues tales cosas dió aun á los ingratos.

(1) Matth. X. (2) Matth. V. (3) Apoc. XXII.

§. II.

También declara algo desta gloria el sitio y alteza del lugar deputado para ella, que es el cielo impíreo: el cual, así como es el mayor de todos los cielos, así es el más noble y más hermoso y de mayor dignidad. Llámase en la Escriptura tierra de los que viven (1): por donde entenderás que ésta en que aquí moramos, es tierra de los que mueren. Pues si en esta tierra de muertos hay cosas tan excelentes y tan vistosas, ¿que habrá en aquella tierra de los que para siempre viven? Tiende los ojos por todo este mundo visible, y mira cuántas y cuán hermosas cosas hay en él. ¡Cuánta es la grandeza de los cielos, cuánta la claridad y resplandor del sol, y de la luna, y de las estrellas! ¡Cuánta la hermosura de la tierra, de los árboles, de las aves y de todos los otros animales! ¡Qué es ver la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los ríos repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra, y sobre todo la anchura de los mares poblados de tantas diversidades y maravillas de cosas! ¿Qué son los estanques y lagunas de aguas claras, sino unos como ojos de la tierra, ó como espejos del cielo? ¿Qué son los prados verdes entretejidos de rosas y flores, sino como un cielo estrellado en una noche serena? ¿Qué diré de las venas de oro y plata, y de otros tan ricos y tan preciosos metales? ¿Qué de los rubíes, y esmeraldas, y diamantes, y otras piedras preciosas, que parecen competir con las mismas estrellas en claridad y hermosura? ¿Qué de las pinturas y colores de las aves, de los animales, de las flores y de otras cosas infinitas? Juntóse con la gracia de la naturaleza también la del arte, y doblóse la hermosura de las cosas. De aquí nacieron las vajillas de oro resplandecientes, los debujos perfectos y acabados, los jardines bien ordenados, los edificios de los templos y de los palacios reales, vestidos de oro y mármol, con otras cosas innumerables. Pues si en este elemento que es el más bajo de todos (según dijimos) y tierra de los que mue-

(1) Psalm. XXVI.

ren, hay tantas cosas que deleitan, ¿qué habrá en aquel supremo lugar, que cuanto está más alto que todos los cielos y elementos, tanto es más noble, más rico y más hermoso? Especialmente si consideramos que estas cosas del cielo que se descubren á nuestros ojos (como son las estrellas, el sol y la luna) sobrepujan en claridad, virtud, hermosura y perpetuidad á todas las cosas de acá con tan grandes ventajas: ¿pues qué será lo que desotra banda está descubierto á los ojos inmortales? Apenas se puede esto bastantemente conjecturar.

VI. Sabemos también que tres maneras de lugares convienen al hombre en tres diferencias de tiempos que tiene de vida. El primero es el vientre de su madre después de concebido: el segundo es este mundo después de nascido: el tercero es el cielo después de muerto, si hobiere bien vivido. Entre estos tres lugares hay esta orden y proporción: que la ventaja que hace el segundo al primero, ésa hace el tercero al segundo, así en la duración como en la grandeza y hermosura y en todo lo demás. Y en la duración está claro; porque la duración de la vida del primero es de nueve meses: la del segundo á veces pasa de cien años: mas la del tercero dura para siempre. Item la grandeza del primero es del tamaño del vientre de una mujer: la del segundo es todo este mundo visible: mas la del tercero según esta proporción es tanto mayor que la del segundo, cuanto la del segundo es mayor que la del primero. Y la ventaja que en esto le hace, esa misma le hace en la riqueza, en la hermosura y en todo lo demás. Pues si este mundo es tan grande y tan hermoso (como habemos dicho) y estotro le excede con tan grandes ventajas (como agora decimos) ¿qué tanta podremos por aquí entender que será la grandeza y hermosura dél?

VII. También nos declara esto la diferencia de los moradores destos dos lugares; porque la forma y excelencia de los edificios ha de ser conforme á la condición de los moradores dellos. Ésta es pues (como decíamos) tierra de los que mueren, aquélla de los que viven; ésta de pecadores, aquélla de justos; ésta de hombres, aquélla de ángeles; ésta de penitentes, aquélla de perdonados; ésta de los que pelean, aquélla de los que triunfan; finalmente, ésta de amigos y enemigos, aquélla de solos amigos y escogidos. Pues siendo tan diferentes los moradores destos dos lugares, ¿qué tanto lo serán los mismos lugares, pues todos los

lugares crió Dios conforme á los moradores dellos? Verdaderamente gloriosas cosas nos han dicho de ti, ciudad de Dios (1). Grande eres en tu anchura, hermosísima en la hechura, preciosísima en la materia, nobilísima en la compañía, suavísima en los ejercicios, riquísima en todos los bienes, y libre y exempta de todos los males. En todo eres grande, porque es grandísimo el que te hizo, y altísimo el fin para que te hizo, y nobilísimos aquellos bienaventurados moradores para quien te hizo.

§. III.

Todo esto pertenece á la gloria accidental de los sanctos. Mas hay aun otra gloria sin comparación mayor, que es la que llaman esencial: la cual consiste en la visión y posesión del mismo Dios, de la cual dice Sant Augustín: El premio de la virtud será el mismo que dió la virtud, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. De manera que este galardón es el mayor que puede ser; porque ni es cielo, ni tierra, ni mar, ni otra alguna criatura, sino el mismo Criador y Señor de todo: el cual, aunque sea uno y simplicísimo bien, en Él está la suma de todos los bienes.

Para cuyo entendimiento es de saber que una de las grandes maravillas que hay en aquella divina substancia, es que con ser una y simplicísima, encierra en sí con infinita eminencia las perfecciones de todas las cosas criadas. Porque como Él sea el hacedor y criador dellas, y el que las gobierna y encamina á sus últimos fines y perfecciones, no puede Él carecer de lo que da, ni estar falto en sí de lo que parte con los otros. De donde nasce que todos aquellos bienaventurados espíritus en Él solo gozarán y verán todas las cosas, cada uno según la parte que le cupiere de gloria. Porque así como agora las criaturas son espejo en que en alguna manera se ve la hermosura de Dios, así entonces Dios será espejo en que se vea la de las criaturas; y esto muy más perfectamente que si se viesen en sí mismas. De manera que allí será Dios bien universal de todos los sanctos, y perfecta felicidad y cumplimiento de todos sus deseos. Allí será espejo á nuestros ojos, música á nuestros oídos, miel á nuestro

(1) Psalm. LXXXIII.

gusto, y bálsamo suavísimo al sentido del oler. Allí veremos la variedad y hermosura de los tiempos, la frescura del verano, la claridad del estío, la abundancia del otoño, y el descanso y reposo del invierno; y allí finalmente estará todo lo que á todos estos sentidos y potencias de nuestra ánima puede alegrar. Allí (como dice S. Bernardo) será Dios plenitud de luz á nuestro entendimiento, muchedumbre de paz á nuestra voluntad, y continuación de eternidad á nuestra memoria. Allí parecerá ignorancia la sabiduría de Salomón, y fealdad la hermosura de Absolón, y flaqueza la fortaleza de Sansón, y mortalidad la vida de los primeros hombres del mundo, y pobreza la riqueza de todos los reyes de la tierra.

Pues, oh hombre miserable, si esto es así (como de verdad lo es) ¿en qué te andas por la tierra de Egipto (1) buscando pajas, y bebiendo en todos los charquillos de agua turbial, dejando aquella vena de felicidad y fuente de aguas vivas? ¿Porqué andas mendigando y buscando á pedazos lo que hallarás recogido y aventajado en este todo? Si deleites deseas, levanta tu corazón, y considera cuán deleitable será aquel bien que contiene en sí los deleites de todos los bienes. Si te agrada esta vida criada, ¿cuánto más aquella que todo lo crió? Si te agrada la salud hecha, ¿cuánto más aquella que todo lo hizo? Si es dulce el conocimiento de las criaturas, ¿cuánto más el del mismo Criador? Si te deleita la hermosura, Él es de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan. Si el linaje y la nobleza, Él es el primer origen y solar de toda nobleza. Si larga vida y sanidad, allí hay sanidad y longura de días. Si hartura y abundancia, allí está la suma de todos los bienes. Si música y melodía, allí cantan los ángeles, y suenan dulcemente los órganos de los sanctos en la ciudad de Dios. Si te deleitan las amistades y la buena compañía, allí está la de todos los escogidos, hechos una ánima y un corazón. Si honras y riquezas, gloria y riquezas hay en la casa del Señor. Finalmente, si deseas carecer de todo género de trabajos y penas, allí es donde está la libertad y exempción de todas ellas. Al octavo día mandó Dios celebrar el sacramento de la Circuncisión en la vieja Ley (2): para dar á entender que al octavo día de la resurrección general (que sucederá

(1) Exod. V; Jerem. II. (2) Gen. XVII, Lev. XII.

á la semana desta vida) circuncidará Dios todos los trabajos y penas de aquellos que por su amor hubieren circuncidado todas sus demasías y culpas. Pues ¿qué cosa más bienaventurada que una tal manera de vida, tan libre de todo género de miserias: donde (como dice Sant Augustín) no habrá jamás temor de pobreza, no flaqueza de enfermedades; donde ninguno se aíra, ninguno tiene envidia de otro, ninguna necesidad de comer ni de beber, ninguna ambición de honras ni de poderes mundanos, ningunas asechanzas del demonio, ningún temor de penas de infierno, muerte, ni de cuerpo ni de ánima, sino vida siempre alegre con gracia de inmortalidad? No habrá allí jamás discordia, porque todas las cosas están en suma paz y concordia.

Á todo esto se añade el vivir en compañía de los ángeles, y gozar de la vista de todos aquellos soberanos espíritus, y ver los ejércitos de los sanctos, más claros que las estrellas del cielo, resplandeciendo con la sanctidad y obediencia de los patriarcas, con la esperanza de los profetas, con las coronas coloradas de los mártires, y con las guirnaldas blancas y floridas de las vírgines. Mas del Rey soberano que en medio dellos reside, ¿qué lengua podrá hablar? Ciertamente si nos fuese necesario padecer cada día tormentos, y sufrir por algún tiempo las mismas penas del infierno por ver á este Señor en su gloria, y gozar de la compañía de sus escogidos, ¿no sería bien empleado pasar todo esto por gozar de tanto bien? Hasta aquí son palabras de S. Augustín.

Pues si tan grande y tan universal es este bien, ¿cuál será la felicidad y gloria de aquellos bienaventurados ojos que en él se apascentarán? ¿Qué será ver la hermosura de aquella ciudad, la gloria de aquellos ciudadanos, la cara del Criador, la gracia de aquellos edificios, la riqueza de aquellos palacios y el alegría común de aquella patria? ¿Qué será ver las órdenes de aquellos bienaventurados espíritus, y la autoridad de aquel sacro senado, y la majestad de aquellos nobles ancianos que vió S. Juan asentados en sus tronos (1) en presencia de Dios? ¿Qué será oir aquellas voces angélicas, y aquellos cantores y cantoras, y aquella música tan acordada, no de cuatro voces, como la de acá, sino de tantas diferencias de voces, cuanto es el número de los

(1) Apoc. IV.

escogidos? ¿Qué alegría será oirles cantar aquella suavísima canción que les oyó S. Juan en el Apocalipsi, cuando decían (1): Bendición, y claridad, y sabiduría, y hacimiento de gracias, honra, y virtud, y fortaleza sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos Amén? Y si es tan deleitable cosa oir esta consonancia y harmonía de voces, ¿cuánto más lo será ver la concordia de los cuerpos y ánimas tan conformes? Y ¿cuánto más la de los hombres y ángeles? Y ¿cuánto más la de los hombres y Dios? Y sobre todo esto, ¿qué será ver aquellos campos de hermosura, aquellas fuentes de vida, aquellos pastos abundosos sobre los montes de Israel? ¿Qué será asentarse á aquella mesa, y tener silla entre tales convidados, y meter la mano con Dios en un plato, que es gozar de su misma gloria? Allí descansarán, y gozarán, y cantarán, y alabarán: y entrando, y saliendo hallarán pastos de inestimable suavidad. Pues si tales y tan grandes bienes promete nuestra santa fe católica en premio de la virtud, ¿cuál es el ciego y desatinado que no se mueve á ella con la esperanza de tan grande galardón?

(1) Apoc. VII.

DEL DÉCIMO TÍTULO POR EL CUAL ESTAMOS OBLIGADOS Á LA VIRTUD, QUE ES LA CUARTA POSTRIMERÍA DEL HOMBRE, DONDE SE TRATA DE LAS PENAS DEL INFIERNO.

CAPÍTULO X.

BASTABA la menor parte deste galardón para mover nuestros corazones al amor de la virtud, por la cual tanto bien se alcanza. Pues ¿qué será, si con la grandeza desta gloria juntamos también la grandeza de la pena que está á los malos aparejada? Porque no se puede aquí el malo consolar diciendo: si fuere malo, todo lo hace no ir á gozar de Dios: y en lo demás ni tendré pena ni gloria. No es así: sino que forzadamente nos ha de caber una destas dos suertes tan desiguales: porque ó habemos de reinar para siempre con Dios, ó arder para siempre con los demonios: ca no se da medio entre estos dos extremos, sino es el limbo, ó el purgatorio. Éstas son en figura aquellas dos canastas que mostró Dios al profeta Hieremías ante las puertas del templo en una visión (1): la una llena de higos buenos, en gran manera buenos, y la otra de higos malos, y tan malos, que no se podían comer. En lo cual quiso significar Dios al Profeta dos maneras de personas, unas con quien había de usar de misericordia, y otras con quien había de usar de justicia; y la suerte de los unos era tan buena, que no podía ser mejor, y la de los otros tan mala, que no podía ser peor; pues la suerte de los buenos es ver á Dios, que es el mayor bien de los bienes, y la de los malos carecer eternalmente de Dios, que es el mayor mal de los males.

Esto debían considerar los que se atreven á cometer un pecado mortal, para ver la carga que toman sobre sí. Los hombres que viven de llevar y traer cargas á cuestas, cuando son alquilados para llevar alguna, primero la miran muy bien, y prueban

(1) Jerem. XXIV.

á levantarla, para ver si podrán con ella. Pues tú, miserable, que estás cebado en la golosina del pecado, y que por ese precio te obligas á llevar sobre tí la carga dél, mira, ruégote, primero lo que esa carga pesa (que es la pena que por él se da) para ver si tienes hombros en que llevarla. Y porque mejor puedas hacer esto, quiero ponerte aquí algunas consideraciones, por las cuales podrás entender algo de la grandeza desta pena: para que más claro veas la grandeza de la carga que sobre ti tomas cuando pecas. Y aunque desta materia tratamos en otros lugares, pero aquí la trataremos por otros medios diferentes (que es por algunas razones y consideraciones que esto nos declaren) porque ella es tan copiosa, que da motivo para todo esto, y mucho más.

I. Entre las cuales la primera es considerar la inmensidad y grandeza de Dios, que ha de castigar el pecado: el cual en todas sus obras es Dios: quiero decir, en todas grande y admirable, no sólo en la mar, y en la tierra, y en el cielo, sino también en el infierno y en todo lo al. Pues si este Señor en todas sus obras es Dios, y parece Dios, no menos lo parecerá en la ira, y en la justicia, y en el castigo del pecado. Por esta consideración dijo el mismo Señor por Hieremias (1): ¿A Mí no temeréis, y de Mí no temblaréis? Pues Yo soy el que puse las arenas por término de la mar con tan fijo y perpetuo mandamiento, que nunca más lo traspasará. Y aunque se embravezcan sus olas, y se levanten hasta el cielo, no serán poderosas para pasar la raya que Yo les tengo señalada. Como si más claramente dijera: ¿No será razón que temáis el brazo de un Dios tan poderoso, cuanto declara la grandeza desta obra, el cual así como es grande y admirable en todas sus obras, así también lo será en sus castigos: y que así como por lo uno es dignísimo de ser engrandecido y adorado, así por lo otro merece ser temido y reverenciado? Pues por esto temía y temblaba este mismo Profeta (aunque era inocente y sanctificado en el vientre de su madre) cuando decía (2): ¿Quién no temblará de Ti, Rey de las gentes? Porque tuya, Señor, es la gloria. Y en otro lugar (1): Estaba yo (dice él) solo y apartado de la compañía de los hombres, por estar, Señor, mi corazón lleno de temor de vuestras

(1) Jerem. V. (2) Jerem. X. (3) Ibid. XV.

amenazas. Y aunque sabía muy bien este Profeta que las amenazas no eran contra él, todavía ellas eran tales que le hacían temblar. Y por esta causa se dice con razón que tiemblan las estrellas y las columnas del cielo ante la majestad de Dios, y que tremen otrosí delante dél aquellos grandes principados y poderes soberanos: no porque no están seguros de su gloria, sino porque les pone espanto y admiración la grandeza de la majestad divina. Pues si éstos no carecen de temor, ¿qué deben hacer los culpados, los menospreciadores de Dios, pues éstos son sobre quien Él ha de descargar el torbellino de su ira? Ésta es, pues, una de las principales causas que hay para temer la grandeza deste castigo, como claramente nos lo enseña S. Juan en su Apocalipsi, donde (hablando de los castigos y azotes de Dios) dice así (1): En un día vendrán sobre Babilonia todas sus plagas: muerte, llanto, hambre, y fuego: porque fuerte es Dios que la ha de juzgar. Y porque conoscía muy bien el Apóstol la fortaleza deste Señor, dijo (2) que era cosa horrible caer en las manos de Dios. No es cosa horrible caer en las manos de los hombres: porque ni son tan poderosas, que nadie se puede escapar dellas, ni tan fuertes, que basten para echar una ánima en el infierno. Por donde decía el Salvador á sus discípulos (3): No queráis temer aquellos que no pueden hacer más que matar el cuerpo, y después no les queda que hacer. Quiéroos Yo mostrar á quien hayáis de temer. Temed á Aquél que después de muerto el cuerpo, tiene poder para echar el ánima en el infierno. Éste os digo Yo que es para temer. Éstas, pues, son las manos, en las cuales con mucha razón dice el Apóstol que es horrible cosa caer. Y así parece que tenían bien conoscido á qué sabían estas manos, aquellos que en el Eclesiástico decían (4): Si no hiciéremos penitencia, caeremos en las manos de Dios, y no de los hombres. Las cuales cosas todas dan bien á entender que así como Dios es grande en el poder, y en la majestad, y en todas sus obras, así también lo será en la ira, en la justicia y en el castigo de los malos.

Lo mismo paresce aun más claro, considerando en especial la grandeza de la divina justicia, cuya obra es este castigo. Ésta se nos trasluce algún tanto por sus efectos, que es por los castigos espantosos de Dios, de que están llenas las Escripturas

(1) Apoc. XVIII. (2) Hebr. X. (3) Matth. X. (4) Eccli. II.

divinas. ¿Qué castigo tan espantoso fué aquel de Datán y Abirón (1) y de todos sus consortes, los cuales tragó la tierra vivos, y sumió en el profundo de los infiernos, porque se levantaron contra sus perlados? ¿Quién jamás oyó tal linaje de amenazas y maldiciones como aquellas que leemos en el Deuteronomio contra los quebrantadores de la ley? Donde (entre otras terribles y espantosas amenazas) dice Dios así (2): Enviaré contra vosotros ejércitos de enemigos, los cuales cercarán vuestras ciudades y os pondrán en tan grande aprieto y necesidad, que la señora delicada que no se podía tener en los pies por su grande delicadeza y ternura, cuando pariere, vendrá á comer las pares, y la sangre, y las heces en que salió envuelta la criatura, y esto á escondidas de su marido, por no darle parte dellas: tan grande será la hambre que padescerá. Espantosos castigos son estos. Mas así estos, como todos los que se ejecutaron en esta vida, no son más que una pequeña sombra y figura de los que están guardados para la otra, que es el tiempo en que ha de resplandecer la divina justicia en aquellos que aquí despreciaron su misericordia. Pues si tal y tan temerosa es la sombra, ¿cuál será la misma verdad? Y si agora cuando la justicia anda tan templada con la misericordia, y el cáliz de la ira del Señor se da tan aguado, es tan desabrido, ¿qué hará cuando se dé puro, y cuando se haga juicio sin misericordia con los que no hubieren usado de misericordia, aunque sea siempre menor el castigo de lo que meresce el pecado?

III. Mas no sólo la grandeza de la justicia, sino también la de la misma misericordia (con quien tanto se favorecen los malos) nos da á entender la grandeza deste castigo. Porque ¿qué cosa de mayor espanto que ver á Dios vestido de carne padecer en ella todos los tormentos y deshonras que padesció, hasta acabar la vida en un madero? ¿Qué mayor misericordia que descender Él á tomar sobre sí todas las deudas del mundo, para descargar dellas al mundo, y derramar su sangre por aquellos mismos que la derramaban? Pues así como son espantables las obras de la divina misericordia, así también lo han de ser las de su justicia, porque como en Dios no haya cosa mayor ni menor (pues todo lo que hay en Dios, es Dios) cuan grande es su mi-

(1) Num. XVI. (2) Deut. XXVIII.

sericordia, tan grande es necesario que sea su justicia, cuanto es de parte della. Por donde así como por la cuantidad de un brazo sacamos la del otro, así por la grandeza del brazo de la misericordia se conosce la del brazo de la justicia; pues ambos son de una misma manera. Pues ruégote agora me digas: si en el tiempo que Dios quiso mostrar al mundo la grandeza de su misericordia, hizo cosas tan admirables y tan increíbles al mundo, que el mismo mundo las vino á tener por locura: cuando se llegare el tiempo de la segunda venida, diputado para declarar la grandeza de su justicia, ¿qué te paresce que hará, mayormente habiendo tantas causas para usar de justicia cuantas son las maldades del mundo? Porque la misericordia no tuvo quien de fuera así la ayudase, pues no había de parte de nuestra humanidad cosa que la meresciese: mas la justicia tendrá tantas ayudas y estímulos para declararse cuantos pecados ha habido en el mundo: para que por aquí puedas conjecturar qué tan espantable será. Esto declara muy bien Sant Bernardo en un sermón del adviento por estas palabras: Así como en la primera venida se mostró el Señor muy fácil para perdonar, así en la segunda será muy riguroso en castigar. Y como agora ninguno hay que no se pueda reconciliar con Él, así entonces ninguno habrá que lo pueda hacer. Porque así como la benignidad en la primera venida se descubrió sobre toda manera, así será el rigor de la justicia que en la postrera se mostrará. Ca inmenso es Dios, y infinito en la justicia, así como en la misericordia. Grande para perdonar, y grande para castigar: aunque la misericordia tiene el primer lugar, si nosotros procuráremos que no halle la justicia sobre qué descargue su rigor. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, por las cuales vemos cómo la misma misericordia de Dios nos declara cuán grande será su justicia: y lo uno y lo otro divinamente explicó el Psalmista cuando dijo (1): Nuestro Dios es Dios, cuyo oficio es salvar los hombres y librarlos de las puertas de la muerte; mas con todo eso, Él quebrantará las cabezas de sus enemigos, hasta el postrer pelo de los que perseveran en sus delictos. Ves luego cómo siendo tan blando para los que á Él se convierten, es tan riguroso para los endurecidos y rebeldes.

(1) Psalm. LXVII.

IV. Lo mismo también nos declara la paciencia de Dios así para con todo el mundo, como para con cada uno de los malos. Porque vemos muchos hombres tan desalmados, que dende que abrieron los ojos de la razón hasta los postreros años de su vida, la mayor parte della gastaron en ofender á Dios y despreciar sus mandamientos, sin hacer caso ni de sus promesas, ni de sus amenazas, ni de sus beneficios, ni de sus avisos, ni de otra cosa alguna. Y en todo este tiempo los aguardó aquella suma bondad y paciencia, sin cortarles el hilo de la vida y sin dejar de llamarlos por muchas vías á penitencia, sin ver en ellos emienda. Pues cuando acabada toda esta tan larga paciencia suelte Él contra ellos la represa de su ira (que por tantos años se ha ido poco á poco recogiendo en el seno de su justicia) ¿con qué ímpeto, con qué fuerza vendrá á dar sobre ellos? ¿Qué otra cosa quiso significar el Apóstol cuando dijo (1): ¿No miras, hombre, que la benignidad de Dios te aguarda y te llama á penitencia? Mas tú, por tu gran dureza, y por ese corazón tan cerrado á penitencia, atesoras contra ti ira para el día del justo juicio de Dios, el cual dará á cada uno según sus obras. Pues ¿qué quiere decir atesoras ira, sino dar á entender que como el que allega tesoro, va cada día añadiendo dineros á dineros, y riquezas á riquezas, para que así crezca el montón: así también Dios va cada día y cada hora acrescentando más y más el tesoro de su ira, así como el malo con sus malas obras va siempre acrescentando las causas della? Pues dime agora: si un hombre se diese tanta priesa á juntar tesoro, que no se pasase día ni hora que no acrescentase algo en él, y esto por espacio de cincuenta ó sesenta años; cuando después de este tiempo abriese sus arcas, ¿qué tan gran tesoro hallaría? Pues ¡oh miserable de ti, que apenas hay día ni hora que se te pase sin acrescentar contra ti el tesoro desta ira divina, la cual crece á cada hora con cada uno de tus pecados! Porque aunque no hubiese más que las vistas deshonestas de tus ojos, y los malos deseos y odios de tu corazón, y las palabras y juramentos de tu boca, esto solo bastaba para hinchir un mundo. Pues cuando con esto se juntare todo lo demás, ¿qué tesoro de ira tendrás allegado contra ti á cabo de tantos años?

(1) Rom. II.

V. La ingratitud también de los malos y su malicia (si bien se mira) da á entender por su parte cuán grande haya de ser este castigo. Si no, ponte á considerar por una parte la inmensa benignidad y largueza de Dios para con los hombres; lo que en este mundo tiene hecho, y dicho, y padescido por ellos; los aparejos y oportunidades que para bien vivir les ha dado; lo que les ha disimulado y perdonado; los bienes que les ha hecho; los males de que los ha librado, con otras muchas maneras de favores y beneficios que cada día les hace. Mira por otra parte el olvido de los hombres para con Dios, su ingratitud, su rebeldía, su deslealtad, sus blasfemias, el menosprecio dél y de sus mandamientos: el cual es tan grande, que no sólo por cualquier interese que se les ofrezca, sino muchas veces de balde y sin propósito, por sola maldad y desvergüenza ponen debajo los pies todo cuanto manda Dios. Pues quien desta manera despreció aquella tan grande majestad como si fuera un Dios de palo; quien tantas veces, como dice S. Pablo (1), pisó al Hijo de Dios, y despreció la sangre de su testamento; quien tantas veces lo crucificó y abofeteó con peores obras que hiciera un pagano, ¿qué puede esperar sino que cuando llegue la hora de la cuenta, se haga á costa del malo tan grande recompensa de la honra de Dios cuan grande fué la injuria hecha contra Él? Porque pues Dios es justo juez, á Él pertenesce hacer igualdad y recompensa suficiente entre el castigo del que injurió, con la deshonra del injuriado. Pues si Dios es aquí el injuriado, ¿qué entrega se hará en el cuerpo y ánima del condenado, para que del cuero salgan las correas, y de sus dolores la recompensa de tales injurias? Y si fué menester la sangre del Hijo de Dios para hacer recompensa de las ofensas de Dios (supliéndose con la dignidad de la persona lo que faltaba de rigor á la pena) ¿qué será donde se haya de hacer esta recompensa, no con la dignidad de la persona, sino con sola la grandeza de la pena?

VI. Considera otrosí (demás de la condición del juez) también la del verdugo que ha de ejecutar su sentencia (que es el demonio) para que por aquí veas lo que de tales manos puedes esperar. Y para entender algo de la crueldad

(1) Hebr. X.

deste ejecutor, mira cuál paró á un hombre sobre quien le fué dado poder, que fué el sancto Job (1). Porque todo cuanto fué posible hacerse contra una criatura racional, hizo: sin tener respecto á ningún género de blandura ni piedad. Quemóle las ovejas, robóle todos los otros ganados mayores, captivóle los criados, derribóle las casas, matóle todos los hijos, cubrióle de pies á cabeza de cáncer y de gusanos, sin dejarle otro refrigerio más que un muladar en que se asentase, y un pedazo de teja con que rayese la materia que de sus llagas corría: y sobre todo esto dejóle la mujer, y los amigos (á quien con mayor crueldad perdonó, que matara) para que ellos con sus palabras le fuesen otros gusanos más crueles, que llegasen hasta roerle las entrañas. Esto hizo con el sancto Job. Mas ¿qué hizo con el Salvador del mundo en aquella dolorosa noche en que fué entregado al poder de las tinieblas? Esto no se puede explicar en pocas palabras.

Pues si este enemigo y todos sus consortes son tan fieros, tan inhumanos, tan carniceros, tan amigos de sangre, tan enemigos del linaje humano, y tan poderosos para dañar, cuando tú, miserable, te veas en sus manos para que ejecuten en ti todas las crueldades que quisieren (según la dispensación de la Divina justicia) y esto no por una noche y un día, sino por todos los siglos de los siglos, ¿parécete que estarás bien librado en tales manos? ¡Oh, qué día tan escuro será aquel, cuando así te veas en poder de tales lobos!

Y porque mejor entiendas el tratamiento que destas manos puedes esperar, referiré aquí un ejemplo memorable que escribe S. Gregorio en sus Diálogos: donde cuenta que en un monesterio suyo acaesció llegar á punto de muerte un religioso, mancebo no menos en las costumbres que en los años. Y como los religiosos del monesterio acudiesen este tiempo á ayudarle á morir, y se pusiesen todos al derredor de su cama haciendo oración por él, comenzó él á dar voces y decir: íos, íos de aquí, padres, íos, y dejad á este dragón que me acabe de tragar. Porque ya me tiene metida la cabeza entre sus gargantas encendidas, y con sus escamas (como con unos dientes de sierra) me aprieta y atormenta grandemente. Íos luego todos, y apar-

(1) Job. I. & II.

taos de aquí: porque por vuestra presencia no me acaba de matar, y así me atormenta más cruelmente. Y como dijesen los religiosos que hiciese la señal de la cruz, respondió diciendo: ¿Cómo la podré hacer, que me tiene enroscados los pies y las manos con las vueltas de su cola, y no soy señor de mí? Entonces los religiosos, no por eso desmayando, comenzaron á hacer oración por él con grandes gemidos y con mayor instancia: con la cual el Padre de las misericordias, movido á su acostumbrada piedad, libró al enfermo de aquella tan grande agonía: con la cual quedó tan escarmentado, que de ahí en delante ordenó su vida de tal manera que no mereciese verse otra vez en tal aprieto.

De los mismos demonios habla aun por más horribles figuras S. Juan en su Apocalipsi, diciendo (1): Vi una estrella que cayó del cielo en la tierra, á la cual fueron dadas las llaves del pozo del abismo. Y abriendo la puerta deste pozo, salió dél una grande humareda, como las que suelen salir de los grandes hornos de fuego: y del humo deste pozo saltaron unas langostas en tierra, á las cuales fué dado poder para herir como hieren los escorpiones, y fuéles mandado que no hiciesen daño en el feno de la tierra, ni en los árboles, ni en cosa verde, sino en solos aquellos que no tuviesen la señal de Dios en su frente. En este tiempo andarán los hombres buscando la muerte, y no la hallarán: y la figura destas langostas era como de caballos armados para pelear: y sobre sus cabezas tenían unas coronas de oro, y las caras eran como caras de hombres, y los cabellos como cabellos de mujeres, y los dientes como dientes de leones, y tenían vestidas unas lorigas como lorigas de hierro, y el estruendo que hacían con sus alas era el de muchos carros y caballos cuando arremeten á pelear. Y tenían las colas como de escorpiones, y en ellas traían sus aguijones para herir. Hasta aquí son palabras de S. Juan. Ruégote, pues, agora me digas: ¿qué pretendía el Espíritu Sancto (que es el autor desta escriptura) cuando debajo destas tan horribles figuras nunca oídas nos quiso dar á entender la grandeza de los azotes de la divina Justicia? ¿Qué pretendía sino avisarnos por el horror espantable destas cosas cuáles sean las iras de Dios, cuáles los instrumentos de su

(1) Apoc. IX.

justicia, cuáles los castigos de los malos, cuáles las fuerzas de nuestros adversarios, para que con el horror de tan grandes cosas temblásemos de ofender á Dios? Porque ¿qué estrella es ésta que cayó del cielo, á quien fueron dadas las llaves del abismo, sino aquel ángel tan resplandesciente que de allí cayó, á quien fué dado el principado de las tinieblas? Y ¿quién son aquellas langostas tan fieras y tan armadas, sino las furias y armas de los otros sus coadjutores y ministros, que son los demonios? ¿Quién las plantas verdes, á quien ellos no pueden dañar, sino los justos que florecen con el humor de la divina gracia y dan fructos de vida eterna? ¿Quién los que no tienen sobre sí la señal de Dios, sino los que carecen de su espíritu, que es la señal de sus siervos y de las ovejas de su manada? Pues contra estos miserables se apareja aquel ejército de la divina Justicia: para que en esta vida y en la otra (en cada cual de su manera) sean atormentados por los mismos demonios á quien sirvieron: así como los egipcios fueron atormentados por las moscas y mosquitos á quien ellos adoraban (1). Pues ¿qué será ver en aquel lugar estos monstruos y máscaras tan horribles? ¿Qué será ver allí aquel dragón hambriento, y aquella culebra enroscada, y aquel grande Behemoth, de que se escribe en Job (2) que aprieta la cola como cedro, que bebe los ríos y pasce los montes?

Todas estas cosas bien consideradas nos declaran asaz qué tan grandes hayan de ser las penas de los malos. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de todas estas grandezas que aquí se han dicho, sino grandísimos castigos? ¿Qué se puede esperar de la inmensidad y grandeza de Dios, y de la grandeza de su justicia para castigar los pecados, y de la grandeza de su paciencia para sufrir los pecadores, y de la muchedumbre de los beneficios con que tantas veces los procuró traer á sí, y de la grandeza del odio con que aborrece al pecado (pues por ser ofensivo de infinita majestad, merece odio infinito) y de la grandeza del furor de nuestros enemigos, tan poderosos para atormentarnos y tan rabiosos para mal querernos? ¿Qué se puede, pues, esperar de todas estas causas de grandeza, sino grandísimo castigo del pecado? Pues si tan grande es la pena que está aparejada para

(1) Exod. VIII. (2) Job. XL.

el pecado, y en esto no puede haber falta (pues así nos lo predica la fe) ¿por qué causa los que esto creen y confiesan, no mirarán la carga que sobre sí toman cuando pecan, pues por el mismo caso que cometen un pecado, se obligan á una pena que por tantos títulos se prueba ser tan grande?

De la duración destas penas.

§. I.

Mas aunque todas estas consideraciones sean mucho para causar temor, mucho más lo es si consideramos la duración destas penas. Porque si en ellas hubiera alguna manera de término ó de alivio á cabo de muchos millares de años, todavía fuera éste gran consuelo para los malos. Mas ¿qué diré de la eternidad que ningun término reconosce, sino que iguala por una parte con la misma duración de Dios? El cual espacio es tan grande, que (como dice un doctor) si uno de aquellos malaventurados en cada mil años derramase una sola lágrima material, más agua saldría de sus ojos que cupiese en todo el mundo. Pues ¿qué cosa más para temer? Verdaderamente cosa es ésta tan grande, que si todas cuantas penas hay en el infierno no fueran más que una sola punzada de un alfiler (habiendo de durar para siempre) solo esto debiera bastar para que los hombres se pusiesen á todos los trabajos del mundo por evitar esta pena. ¡Oh si esta duración, oh si este para siempre hiciese manida en tu corazón, cuánto provecho te haría! De un hombre del mundo leemos que poniéndose una vez á pensar muy de propósito en esta duración de penas, y espantado de cosa tan prolija, hizo entre sí esta consideración: ningún hombre cuerdo hay que aceptase el imperio del mundo con condición que le obligasen á estar acostado en una cama (aunque fuese de rosas y flores) por espacio de treinta ó cuarenta años. Pues siendo esto así, ¿qué desatino es, por cosas tanto menores, ponerse en ventura de estar acostado en una cama de fuego por siglos infinitos? Esta sola consideración cavó tanto, y obró tanto en este hombre, que le hizo mudar la vida, y tan mudada, que vino después á ser

grande sancto y perlado de una iglesia. Pues ¿qué responden á esto los regalados, los que con el zumbido de un mosquito están toda la noche desvelados, cuando se vean tendidos en esta cama de fuego, cercados de llamas por todas partes, y esto no por una sola noche de verano, sino por una eternidad? Esta pregunta hace el profeta Isaías diciendo (1): ¿Quién de vosotros podrá morar con los ardores eternos? ¿Quién se atreverá á hacer vida con el fuego tragador? ¿Qué espaldas habrá tan duras que puedan sufrir esta calda por espacio tan largo? ¡Oh gentes sin seso! ¡Oh hombres embaucados por aquel antiguo engañador y trastornador del mundo! Porque ¿qué cosa más ajena de razón que siendo los hombres tan solícitos en proveerse para todas las nonadas de esta vida, ser por otra parte tan insensibles para cosas de tanta importancia? ¿Qué vemos, si esto no vemos? ¿Qué tememos, si esto no tememos? ¿Qué proveemos, si esto no proveemos?

Pues siendo esto así, ¿cómo no seguiremos de buena gana el partido de la virtud, aunque fuese muy trabajoso, por huir de tanto mal? Porque es cierto que si hiciese agora Dios este partido con un hombre, que le dijese: tú has de tener todo el tiempo que vivieres un dolor de gota, ó de una sola muela, pero tan agudo que no te deje reposar noche ni día: ó si quieres ahorrar este dolor, has de ser fraile cartujo ó descalzo, y hacer la penitencia que ellos hacen toda la vida: mira, ¿cuál destas dos cosas quieres? No hay hombre tan perdido que usando de buena razón, siquiera por el amor que tiene á sí mismo, no escogiese cualquier profesión destas, antes que padecer este martirio por este espacio. Pues siendo tanto mayores los tormentos de que hablamos, y siendo tanto mayor el espacio que duran, y siendo tanto menos lo que Dios nos pide, que ser fraile descalzo ó cartujo, ¿cómo no aceptamos un tan pequeño trabajo por evitar un tan prolijo tormento? ¿Quién no ve ser éste el mayor de todos los engaños del mundo?

Mas la pena dél será que pues el hombre no quiso con un poco de penitencia redimir aquí tanto mal, que haga allí eterna penitencia, y nada le aproveche. En figura de lo cual leemos (2) que aquel horno de fuego que encendió Nabucodonosor en Ba-

(1) Isai. XXXIII. (2) Dan. III.

bilonia, con levantar las llamas cuarenta y nueve cobdos en alto, por falta de un cobdo no llegó al número de cincuenta (que hace año de jubileo) para dar á entender que la llama de aquel eternal horno de Babilonia (que es el infierno) aunque arde tanto y atormenta tan gravemente aquellos malaventurados, no por eso les alcanza la remisión y gracia del jubileo verdadero. ¡Oh penas infructuosas! ¡Oh estériles lágrimas! ¡Oh rigurosa penitencia, y sin ninguna esperanza! ¡Cuán poquito de lo que allí padecen sin fructo, si se tomara aquí de voluntad, bastara para darles remedio! ¡Cuán fácilmente se podrían aquí redimir tantos males con tan livianos trabajos! Salgan, pues, fuentes de agua por nuestros ojos, y no cesen los gemidos de nuestro corazón. Por eso plantearé, y lloraré (dice el Profeta) y salirme he por esos caminos despojado y desnudo. Haré llanto como de dragones, y sentimiento como de avestruces: porque ya está desahuciada su llaga, y no tiene cura este mal.

Y si los hombres no tuviesen todas estas cosas por verdad, ó no por tan gran verdad, no era mucho caer en ellos este descuido. Mas teniendo todo esto por fe, y sabiendo cierto que (como dice el Salvador) antes faltará el cielo y la tierra, que dejar esto de ser: y que con todo esto vivan los que esto creen con tan extraño descuido, esto es cosa que excede toda admiración. Dime, hombre ciego y perdido, ¿qué miel puedes tú hallar en todas las riquezas y bienes del mundo, que merezca ser comprada por este precio? Si tuvieses (dice Sant Hierónimo) la sabiduría de Salomón, y la hermosura de Absalón, y las fuerzas de Sansón, y los años y vida de Enoch, y las riquezas de Creso, y el poder de Octaviano, ¿qué te pueden aprovechar todas estas cosas, si al fin de la vida el cuerpo se entregare á los gusanos, y el ánima á los demonios para ser atormentada con el rico avariento en los tormentos eternos?

Esto baste cuanto á la primera parte de la exhortación á la virtud. Agora trataremos de los privilegios singulares que en esta vida se le prometen.

SEGUNDA PARTE DESTE LIBRO

EN LA CUAL SE TRATA
DE LOS BIENES ESPIRITUALES Y TEMPORALES
QUE EN ESTA VIDA SE PROMETEN Á LA VIRTUD,
Y SEÑALADAMENTE
DE DOCE SINGULARES PRIVILEGIOS QUE TIENE.

TÍTULO XI, POR EL CUAL ESTAMOS OBLIGADOS Á SEGUIR LA VIRTUD, POR CAUSA DE LOS BIENES INESTIMABLES QUE DE PRESENTE SE LE PROMETEN EN ESTA VIDA.

CAPÍTULO XI.

No sé qué linaje de excusas pueden alegar los hombres para dejar de seguir la virtud, pues tantas razones se nos presentan por parte della. Porque no es pequeña cosa alegar por esta parte lo que Dios es, lo que merece, lo que nos ha dado, lo que nos promete, y lo que nos amenaza. Por lo cual hay mucha razón para preguntar cuál sea la causa por donde entre los cristianos que todo esto creen y confiesan, haya tantos que se den tan poco por la virtud. Porque los infieles que no conoscen su valor, no es maravilla que no precien lo que no conoscen, como hace el rústico cavador, que si halla una piedra preciosa, no hace caso della, porque no conosce lo que vale. Mas que el cristiano que sabe todo esto, viva como si nada desto creyese, tan olvidado de Dios, tan captivo de los vicios, tan subjecto á sus pasiones, tan aficionado á las cosas visibles, tan olvidado de las invisibles, y tan suelto en todo género de pecados, como si no esperase muerte, ni juicio, ni paraíso, ni infierno, esto es cosa que pone grande admiración. Por donde (como dije) hay razón para preguntar de dónde nasca este pasmo, esta modorra, y (si decirse puede) esta manera de encantamiento.

Este mal tan grande no tiene una sola raíz, sino muchas y diversas. Entre las cuales no es la menor un general engaño en que los hombres del mundo viven, creyendo que todo lo que promete Dios á la virtud, se guarda para la otra vida, y que de presente no se le da nada. Porque como los hombres sean tan interesales, y se muevan tanto con la presencia de los objectos, como no ven nada de presente, hacen poco caso de lo futuro. Así parece que lo hacían en tiempo de los Profetas. Porque cuando el profeta Ezequiel les proponía grandes promesas ó amenazas de parte de Dios, burlábanse ellos diciendo: Las revelaciones que éste predica, son para de aquí á muchos días, y sus profecías son para de aquí á largos tiempos. Y escarneciendo otrosí del profeta Isaías por la misma causa, contrahacían sus palabras diciendo (1): Espera y reespera, espera y reespera: manda y remanda, manda y remanda: de aquí un poco, y de aquí otro poco. Ésta es, pues, una de las principales cosas que hace apelar á los malos de los mandamientos de Dios: pareciéndoles que nada se les da de presente, y que todo se libra para adelante. Así lo sintió aquel gran sabio Salomón cuando dijo (2): Porque no se ejecuta luego contra los malos su sentencia, de aquí nasce que los hijos de los hombres sin temor alguno se derraman por todos los vicios. Donde añade el mismo diciendo que la peor cosa de cuantas hay en la vida, y que más ocasión da para hacer males, es suceder todas las cosas (á lo que por defuera parece) de una misma manera al bueno y al malo, al sucio y al limpio, al que ofrece sacrificios y al que no hace caso dellos. De donde nasce que los corazones de los hombres se hinchen de malicia, y después van á parar á los infiernos: por parecerles que igualmente corren los favores y los disfavores por las casas de los buenos y de los malos. Y lo mismo que Salomón dice, claramente lo confiesan los malos por el profeta Malaquías, diciendo (3): Vana cosa es servir á Dios: porque ¿qué fructo nos ha acarreado haber guardado sus mandamientos, y haber andado tristes delante del Señor de los ejércitos? Por esto tenemos por bienaventurados á los soberbios, pues los vemos medrados y prosperados viviendo tan rotamente; y habiendo tentado á Dios, están en salvo. Éste es el lenguaje de los malos, y uno de los mayores motivos que tie-

(1) Isai. XXVIII. (2) Eccles. VIII. (3) Mal. III.

nen para serlo. Porque (como dice Sant Ambrosio) paréceles cosa muy agra comprar esperanzas con peligros: esto es, comprar bienes de futuro con daños de presente, y soltar de la mano lo que tienen, por lo que adelante se les puede dar.

Pues para deshacer este engaño tan prejudicial, no sé qué otro principio pueda yo agora tomar, que aquellas palabras y lágrimas del Salvador: el cual viendo la miserable ciudad de Hierusalem, comenzó á llorar sobre ella diciendo (1): Si conocieses agora tú la paz, y los bienes que en este día tuyo te venían. Mas todo esto está agora escondido de tus ojos. Consideraba el Salvador por una parte cuán grandes eran los bienes que juntamente con su persona habían venido á aquel pueblo (pues todas las gracias y tesoros del cielo habían descendido con el Señor de los cielos) y por otra, cómo él (escandalizado con el humilde hábito y aparencia del Señor) no le había de recibir, y cómo por este pecado no sólo había de perder las riquezas y gracia de su visitación, sino también su república y su ciudad. Lastimado, pues, con este dolor, derramó estas lágrimas, y dijo estas palabras así breves y no acabadas: porque tanto más significaban, cuanto más breves eran. Pues este mismo sentimiento y estas mismas palabras se pueden en su manera aplicar al propósito de que hablamos. Porque considerando por una parte la hermosura de la virtud, y las grandes riquezas y gracias que andan en su compañía, y visto por otra cuán encubierto está esto á los ojos de los hombres carnales, y cuán desterrada anda ella por esto del mundo, ¿no te parece que tenemos aquí también la misma causa para derramar las mismas lágrimas y decir con el Señor: si conocieses agora tú? Esto es: ¡oh, si te abriese agora Dios los ojos para que vieses los tesoros, los regalos, las riquezas, la paz, la libertad, la tranquilidad, la luz, los deleites, los favores y los otros bienes que andan en compañía de la virtud: en cuánto la preciarías, cuánto la desearías y con cuánto estudio y trabajo la buscarías! Mas todo esto está escondido de los ojos carnales: porque no mirando más que la corteza dura de la virtud, y no habiendo experimentado la suavidad interior della, paréceles que no hay en ella cosa que no sea áspera, triste y desabrida;

(1) Luc. XIX.

y que no es moneda que corre en esta vida, sino en la otra: porque si algo tiene de bien, para el otro mundo es, no para éste. Por lo cual, filosofando según la carne, dicen que no quieren comprar esperanzas con peligros, y aventurar lo presente con lo futuro.

Esto dicen escandalizados con la figura exterior de la virtud: porque no entienden que la filosofía de Cristo es semejante al mismo Cristo, el cual mostrando por defuera imagen de hombre, y hombre tan humilde, dentro era Dios y Señor de todo lo criado. Por lo cual se dice de los fieles (1) que están muertos al mundo, mas que su vida está escondida con Cristo en Dios. Porque así como la gloria de Cristo estaba desta manera escondida, así también lo está la de todos los imitadores de su vida. Leemos que antiguamente hacían los hombres unas imágines que llamaban Silenos: las cuales por defuera parecían muy viles y toscas, y dentro estaban muy ricamente labradas: de suerte que siendo la fealdad pública, la hermosura era secreta: y engañando con lo uno á los ojos de los ignorantes, con lo otro atraían á sí los de los sabios. Tal fué por cierto la vida de los Profetas, tal la de los Apóstoles, y tal la de los perfectos cristianos: como lo fué la del Señor de todos ellos.

Y si todavía dices que la virtud es áspera y dificultosa de ejercitar, debrías también poner los ojos en las ayudas que Dios para esto tiene proveídas con los virtudes infusas, con los dones del Espíritu Sancto, con los sacramentos de la Ley nueva, y con todos los otros favores y socorros divinos, que son como remos y velas en la galera para navegar, ó como las alas en el ave para volar. Debrías mirar al mismo nombre y ser de la virtud: la cual esencialmente es hábito, y muy noble hábito: y si lo es, de aquí se sigue que (regularmente hablando) nos ha de hacer obrar con suavidad y facilidad; porque esto es proprio de todos los hábitos. Debrías también considerar qne no sólo tiene prometidos el Señor á los suyos bienes de gloria, sino también de gracia: los unos para la otra vida, y los otros para ésta, según que el Profeta dice (2): Gracia y gloria dará el Señor: que son como dos alforjas llenas de bienes, la una para la vida presente, y la otra para la advenidera, para entender si-

(1) Colos. III. (2) Psalm. LXXXIII.

quiera por aquí que algo más debe haber en la virtud de lo que por defuera parece. Debrías otrosí mirar que pues el Autor de la naturaleza no falta en las cosas necesarias (pues tan perfectamente proveyó las criaturas de todo lo que habían menester) no habiendo en el mundo cosa más necesaria ni más importante que la virtud, no la había de dejar desamparada á beneficio de un solo libre albedrío tan flaco, y de un entendimiento tan ciego, y de una voluntad tan enferma, y de un apetito tan mal inclinado, y finalmente de una naturaleza por el pecado tan estragada: y sin proveerle de habilidades y remos con que poder navegar por este golfo. Porque no era razón que pues la Providencia divina había sido tan solícita en proveer al mosquito, á la araña y á la hormiga de habilidades y instrumentos bastantes para conservar su vida, se descuidase de proveer al hombre de lo necesario para conseguir la virtud.

Y añado aun más, que si el mundo y el demonio proveen de tantas maneras de gustos y contentamientos (á lo menos aparentes) á los suyos, por el servicio que le hacen, ¿cómo es posible que Dios sea tan estéril para sus fieles amigos y servidores, que los deje ayunos y boquisecos en medio de sus trabajos? ¿Cómo? ¿Y por tan caído tienes tú el partido de la virtud, y por tan subido el de los vicios, que permitiese Dios haber tantas ventajas en lo uno, y tanto menoscabo y disfavor en lo otro? Pues ¿qué quiere decir lo que responde Dios por el profeta Malaquías á las palabras y quejas de los malos, diciendo (1): Convertíos á Mí, y veréis la diferencia que hay entre el bueno y el malo, y entre el que sirve á Dios y no le sirve? De manera que no se contenta con las ventajas que habrá en la otra vida (de que más abajo trata) sino luego de presente dice: Convertíos, y veréis &c. Como si dijese: No quiero que esperéis por el tiempo de la otra vida para conocer esta ventaja, sino convertíos, y luego entenderéis la diferencia que hay del bueno al malo: las riquezas del uno, y la pobreza del otro: el alegría del uno, y la tristeza del otro: la paz del uno, y las guerras del otro: el contentamiento del uno, y los descontentamientos del otro: la lumbre en que vive el uno, y las tinieblas en que anda el otro: y veréis por experiencia cuán

(1) Malach. III.

más aventajado es este partido de lo que vosotros pensáis.

Cuasi la misma respuesta da Dios á otros tales como estos: los cuales por esta misma persuasión y engaño hacían burla de los buenos diciendo por Isaías (1): Declare Dios la grandeza de su poder y de su gloria, haciéndoos grandes mercedes, para que por esta vía conozcamos la prosperidad y ventaja de los que sirven á Dios, á los que no le sirven. Y acabando de decir esto, y declarando luego los azotes y castigos grandes que á los malos estaban aparejados, trata luego del alegría y prosperidad de los buenos diciendo así (2): Alegraos con Hierusalem (que es el ánima del justo) todos los que bien la queréis, y gozaos con alegría todos los que fuistes participantes de su tristeza; para que seáis llenos de los pechos de su consolación, y seáis abastados de deleites por la grandeza de la gloria que le ha de venir. Porque yo enviaré sobre ella como un río de paz, y como un rayo lleno de la gloria, del cual todos beberéis. A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré: de la manera que la madre regala un hijo chiquito, así yo os consolaré, y en Hierusalem (que es en mi casa) seréis consolados. Veréis el cumplimiento de todo esto, y gozarse ha vuestro corazón; y vuestros huesos así como las plantas reverdecerán; y en este tiempo conoscerán los siervos de Dios la mano poderosa del Señor. Quiere decir, que así como los hombres por la grandeza del cielo, y de la tierra, y de la mar, y por la hermosura del sol, y de la luna, y de las estrellas, vienen á conoscer la omnipotencia y hermosura de Dios (por ser estas obras tan señaladas) así también los justos vendrán á conocer la grandeza del poder, y de las riquezas y bondad de Dios, por la grandeza de las mercedes y favores que dél recibirán, y que en sí mismos experimentarán. De suerte que así como por los azotes y plagas que Dios envió á Faraón, declaró al mundo la grandeza de su severidad para con los malos, así por los favores y beneficios admirables que hará á los buenos, declarará la grandeza de su bondad y amor para con ellos. Dichosa por cierto el ánima con cuyos beneficios y favores mostrará Dios la grandeza de tal bondad, y des-

(1) Isai. LXVI. (2) Ibid.

dichada aquella con cuyos azotes y castigos descubrirá la grandeza de tal justicia. Porque como cada cosa déstas sea de tan inestimable grandeza, ¿cuáles serán los ríos que de tan caudalosas fuentes manarán?

Añado más á todo esto: que si te parece estéril y triste el camino de la virtud, ¿qué quiso decir la divina Sabiduría cuando hablando de sí misma dijo: Andaré por los caminos de la justicia, y por medio de las sendas del juicio, para enriquecer á los que me aman, y hinchirles las arcas de mis bienes? Pues ¿qué riquezas y bienes son estos, sino los desta Sabiduría celestial, que sobrepujan á todas las riquezas del mundo, las cuales se comunican á los que andan por el camino de la justicia, que es la misma virtud de que hablamos? Porque si aquí no se hallan riquezas más dignas deste nombre que todas las otras, ¿cómo diera el Apóstol gracias á Dios por los de Corinto, diciendo que estaban ricos en todo género de riquezas espirituales, llamando estos á boca llena ricos, como quiera que á los otros no llama absolutamente ricos, sino ricos deste siglo?

Confirma lo dicho con una autoridad muy notable del Evangelio.

§. I.

Mas sobre todo esto añado, para confirmación desta verdad, aquella tan notable sentencia del Salvador: el cual respondiendo á S. Pedro (1) cuando preguntó por el galardón que habían de recibir los que por Él habían dejado todas las cosas (según refiere Sant Marcos) dice así (2): En verdad os digo que ninguno hay que deje casa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, hijos ó heredades por amor de Mí, y por el Evangelio, que no reciba agora en este tiempo presente ciento tanto más de lo que dejó, y después en el siglo advenidero la vida eterna. Estas palabras son de Cristo: por las cuales no es razón pasemos de corrida. Porque lo primero no me puedes negar, sino que expresamente hace aquí distinción entre el galardón que se da á los buenos en esta vida, y en la otra: prometiendo uno de futuro,

(1) Matth. XIX. (2) Marc. X.

y ofreciendo otro de presente. Tampoco me negarás que no puede haber falta en el cumplimiento desta promesa, pues es cierto que antes faltará el cielo y la tierra que una tilde, ó una palabra déstas, por imposible que parezca. Porque así como creemos que Dios es trino y uno, porque Él lo dijo, aunque este misterio sea sobre toda razón: así estamos obligados á creer esta misma verdad, aunque sobrepuje todo entendimiento; pues tiene por sí el testimonio del mismo autor. Pues dime agora: ¿qué ciento tanto es éste que de presente se da á los justos en esta vida? Porque no vemos comúnmente que se les den grandes estados, ni riquezas ó dignidades temporales, ni aparato de cosas de mundo: antes muchos dellos viven arrinconados y olvidados del mundo, en grandes pobrezas, miserias y enfermedades. Pues siendo esto así, ¿cómo se podrá salvar la infalible verdad desta sentencia, sino confesando que los provee Dios de tales y tantos dones y riquezas espirituales, que sin ninguno de todos estos aparatos de mundo bastan para darles mayor felicidad, mayor alegría, mayor contentamiento y descanso, que la posesión de todos los bienes del mundo? Y no es esto mucho de espantar, porque así como leemos que no está Dios atado á dar mantenimiento á los cuerpos de los hombres con solo pan (pues tiene otros muchos medios para eso) así tampoco lo está para dar hartura y contentamiento á sus ánimas con solos estos bienes temporales, pues sin estos lo puede Él muy bien hacer: como á la verdad lo hizo con todos los sanctos, cuyas oraciones, cuyos ejercicios, cuyas lágrimas, cuyos deleites sobrepujaron á todas las consolaciones y deleites del mundo. Y desta manera se verifica con mucha razón que reciben ciento tanto más de lo que dejaron; pues por los bienes mentirosos y contrahechos reciben los verdaderos; por los dubdosos, los ciertos; por los corporales, los espirituales; por los cuidados, reposo; por las congojas, tranquilidad; y por la vida viciosa y abominable, vida virtuosa y deleitable. De manera que si despreciaste los bienes temporales por amor de Cristo, en Él hallarás inestimables tesoros; si desechaste las honras falsas, en Él hallarás las verdaderas; si renunciaste el amor de tus padres, por eso te recreará con mayores regalos el Padre Eterno; y si despidiste de ti los pestíferos y ponzoñosos deleites, en Él hallarás otros más dulces y más nobles deleites. Y cuando aquí hubieres llegado, verás claramente que todas aquellas cosas que

antes te agradaban, no sólo no te agradarán, mas antes te causarán aborrescimiento y hastío. Porque después que aquella luz celestial ha tocado y esclarecido nuestros ojos, luego nasce otra diversa y nueva faz á todas las cosas, con la cual se nos representan de otra muy diferente figura. Y así lo que poco antes parescía dulce, agora te parece amargo; y lo que parescía amargo, agora se hace dulce; lo que antes espantaba, agora contentará; y lo que antes parescía hermoso, agora paresce feo, aunque antes también lo era, sino que no se conocía. Desta manera, pues, se verifica la promesa de Cristo: el cual por los bienes temporales del cuerpo nos da bienes espirituales del ánima, y por los bienes que llaman de fortuna, nos da los bienes de gracia, que sin comparación son mayores y más poderosos para enriquescer y contentar el corazón del hombre. Y para confirmación desto no dejaré de referir aquí un ejemplo notable que se escribe en el libro de los varones ilustres de la orden de Cister. Escríbese pues ahí que predicando Sant Bernardo en Flandes con un encendidísimo deseo de traer los hombres á Dios, entre otros que por especial tocamiento del Espíritu Sancto se convertieron, fué un caballero muy principal de aquella tierra llamado Arnulfo, al cual tenía el mundo preso con grandes cadenas. Y como él finalmente dejado el mundo tomase el hábito en el monesterio de Clarevale, alegróse tanto el bienaventurado Padre con esta conversión, que dijo en presencia de todos que no era menos admirable Cristo en la conversión de Fray Arnulfo que en la resurrección de Lázaro: pues estando él ligado con las ataduras de tantos vicios, y sepultado en el profundo de tantos deleites, le resucitó Cristo y trajo á aquella nueva vida. La cual no fué menos admirable en el suceso que lo fué en la conversión. Y porque sería muy largo contar en particular todas sus virtudes, vengo á lo que hace á nuestro caso. Padescía este sancto varón muchas veces una enfermedad de cólica, la cual le causaba tan grandes dolores, que le llegaban á punto de muerte. Y estando una vez así, cuasi sin sentido, perdida la habla, y también la esperanza de la vida, diéronle la Extremaunción: y él de ahí á poco, volviendo sobre sí, comenzó súbitamente á alabar á Dios, y decir á grandes voces: Verdaderas son todas las cosas que dijiste, oh buen Jesú. Y como él repitiese muchas veces esta palabra, espantándose los monjes desto, y preguntándole cómo estaba

y porqué decía aquello, ninguna cosa respondía sino replicando la misma sentencia: Verdaderas son todas las cosas que dijiste, oh buen Jesú. Algunos de los que ahí estaban, decían que la grandeza de los dolores le había privado de su juicio, y que por esto decía aquellas palabras. Él entonces respondió: No es así, hermanos míos, no es así, sino que con todo mi juicio y entendimiento digo que son verdaderas todas las cosas que habló nuestro Salvador Jesú. Ellos respondieron: Nosotros también confesamos eso: mas ¿á que propósito lo dices tú? Respondió él: Porque el Señor dice en su Evangelio (1) que quienquiera que renunciare por su amor todas las aficiones de sus parientes, recibirá ciento tanto más en este siglo, y después la vida eterna en el otro. Pues yo experimento agora en mí, y confieso que de presente recibo este ciento tanto más en esta vida. Porque os hago saber que la grandeza inmensa deste dolor que padezco, me es tan sabrosa por la firmeza de la esperanza que por ella me han agora dado de mi salvación, que no la trocaría por ciento tanto más de lo que en este mundo dejé. Y si yo siendo tan grande pecador, tal consolación recibo con mis angustias, ¿cuál será la que los sanctos y perfectos varones recibirán en sus alegrías? Porque verdaderamente el gozo espiritual que me causa esta esperanza, cien mil veces sobrepuja el gozo mundano que de presente en el mundo recibía. Diciendo él esto, maravilláronse todos de ver que un religioso lego y sin letras tales palabras dijese: sino que manifiestamente se conoscía que el Espíritu Sancto que en su ánima moraba, las decía.

En lo cual se ve claramente cómo sin el estruendo y aparato de los bienes temporales del mundo da Dios á los suyos mayor contentamiento y mayores cosas que las que por él dejaron: y por consiguiente, cuán engañados viven los que no creen que de presente se dé nada desto á la virtud.

Pues para destierro deste engaño tan peligroso, demás de lo dicho, servirán los doce capítulos siguientes: en los cuales trataremos de doce maravillosos fructos y privilegios que acompañan en esta vida á la virtud: para que por aquí vean los amadores del mundo que hay más miel en ella de lo que ellos piensan. Y dado caso que para entender esto perfecta-

(1) Marc. X.

mente era necesaria la experiencia y uso de la misma virtud, porque ésta es la que mejor conosce sus riquezas; pero la falta desto suplirá la fe, la cual confiesa la verdad de las Escripturas sagradas, con cuyos testimonios entiendo probar todo lo que en esta parte dijere, porque á nadie quede lugar para dubdar desta verdad.

DEL XII TÍTULO POR DONDE ESTAMOS OBLIGADOS Á LA VIRTUD, POR RAZÓN DEL PRIMER PRIVILEGIO DELLA, QUE ES LA PROVIDENCIA ESPECIAL QUE DIOS TIENE DE LOS BUENOS PARA ENCAMINARLOS Á TODO BIEN, Y DE LA QUE TIENE DE LOS MALOS PARA CASTIGO DE SU MALDAD.

CAPÍTULO XII

PUES entre estos privilegios y favores el primero y más principal (del cual como de una fuente caudalosa manan todos los otros) es la providencia y cuidado paternal que Dios tiene de los que le sirven. Porque aunque Él tenga general providencia de todas las criaturas, pero tiénela muy más especial de los que ha recebido por suyos. Porque como Él tenga estos en lugar de hijos, y les haya dado espíritu y corazón de hijos, Él también por su parte tiene corazón de padre amantísimo para con ellos, y conforme á este amor tiene Él cuidado y providencia dellos.

Mas qué tan grande sea esta providencia, en ninguna manera lo podrá entender sino el que la hubiere experimentado, ó el que con estudio y atención hobiere leído las Escripturas sagradas, y notado con diligencia los pasos que desto tratan. Porque quien así lo hiciere, verá que cuasi toda la Escriptura divina, dende el principio hasta el fin, generalmente trata desto. Ca toda ella se mueve sobre estos dos puntos (como el mundo sobre dos polos) que son pedir y prometer. En los cuales por una parte pide Dios al hombre la obediencia y guarda de sus mandamientos, y por otra promete grandísimos premios al que los guardare, así como amenaza grandísimos castigos al que los quebrantare. La cual doctrina está de tal manera repartida, que todos los libros morales de la Escriptura divina piden y prometen, y todos los historiales verifican el cumplimiento de lo uno y de lo otro, mostrando por las obras cuán diferentemente se hubo Dios con los buenos y con los malos. Mas como Dios sea tan largo y tan magnífico, y el hombre tan flaco y tan miserable: Él tan rico para prometer, y el hombre tan pobre para

dar: es muy diferente la proporción que hay entre lo que pide y lo que da; porque pide poco, y da mucho: pide amor y obediencia, que Él mismo nos da, y por esto nos ofresce bienes inestimables de gracia y de gloria para esta vida y para la otra. Entre los cuales ponemos aquí en el primer lugar este amor y providencia paternal que Él tiene de los que rescibe por hijos: la cual sobrepuja á todos los amores y providencias que todos los padres de la tierra tienen y pueden tener á los suyos. La razón desto es, porque ningún padre hasta hoy atesoró ni aparejó tan gran bien á sus hijos cuanto Dios tiene aparejado y prometido á los suyos, que es la participación de su misma gloria; ni trabajó tanto por ellos como Él, pues por esto derramó su sangre; ni tiene tan continuo cuidado dellos como Él, pues los tiene presentes ante sus ojos, y ayuda en todos sus trabajos. Así lo confiesa David cuando dice (1): A mí, Señor, recebiste por mi inocencia, y me confirmaste siempre en tu presencia. Esto es: nunca apartaste tus ojos de mí, por el cuidado perpetuo que de mí tienes. Y en otro psalmo (2): Los ojos (dice él) del Señor están puestos sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos. Mas su rostro airado está sobre los que hacen mal, para destruir de la tierra la memoria de ellos.

Mas porque la mayor riqueza del buen cristiano es esta providencia que Dios tiene dél, y cuanto es mayor la certidumbre que tiene desto, tanto es mayor su alegría y confianza; será bien juntar aquí algunos testimonios de la Escriptura divina, porque cada uno destos es como una cédula real y una nueva confirmación destas tan ricas promesas y mandas del testamento de Dios. El Eclesiástico, pues, dice (3): Los ojos del Señor están puestos sobre los que le temen: Él es su guarnición poderosa, su lugar de refugio, escudo de su defensión, amparo contra el calor del estío, sombra para el mediodía, socorro en sus peligros y ayuda en todas sus caídas. Él es el que levanta sus ánimas, alumbra sus entendimientos, y el que les da salud, vida y bendición. Hasta aquí son palabras del Eclesiástico, en las cuales ves cuántas maneras de oficios ejercita este Señor para con los suyos. El profeta David en un psalmo dice (4): El Señor tendrá cuidado de regir y enderezar los pasos del justo: y cuando

(1) Psalm. XL. (2) Psalm. XXXIII. (3) Eccli. XV. (4) Psalm. XXXVI.

cayere no se quebrantará, porque Él pondrá debajo su mano para que no se lastime. Mira tú ¿qué podrá empecer la caída al que cae sobre una almohada tan blanda como lo es la mano divina? En otro lugar dice (1): Muchas son las tribulaciones de los justos: mas de todas ellas los librará el Señor, porque Él tiene cuenta con todos los huesos dellos, de tal manera que ni uno solo será quebrado. Mas en el sancto Evangelio se encarece más esta providencia: donde dice el Salvador (2) que no sólo tiene contados todos sus huesos, mas también todos sus cabellos, porque ni uno solo se pierda: para significar con esto la grandísima y especialísima providencia que tiene dellos. Porque ¿de qué no tendrá cuidado quien lo tiene de los cabellos? Y si esto te parece mucho, no es menos lo que significó por el profeta Zacarías diciendo (3): Quien á vosotros tocare, toca á mí en la lumbre de los ojos. Harto fuera decir: quien tocare á vosotros, toca á mí; pero mucho más fué decir: quien tocare en vosotros en cualquiera parte que sea, me toca en la lumbre de los ojos.

Y no sólo por sí, sino también por el ministerio de los ángeles entiende en nuestra guarda: y así dice en un psalmo (4): Á los ángeles tiene Dios mandado de ti que te guarden en todos tus caminos, y te trayan en las palmas de las manos, para que no tropiecen tus pies en alguna piedra. ¿Viste nunca tú tal coche ó tal litera como son las manos de los ángeles para andar en ellas? Pues desta manera los santos ángeles (que son como nuestros hermanos mayores) traen en sus brazos á los justos, que son sus hermanos menores, que no saben andar por sí sino en brazos ajenos; y en estos los traen los ángeles, no sólo en vida sino también en muerte: como paresce claro en aquel pobre Lázaro del Evangelio (5), que después de muerto fué llevado por manos dellos al seno de Abraham. En otro psalmo dice (6): El ángel del Señor anda al derredor de los que le temen, para librarlos de los peligros. Y cuán poderosa sea esta guarda, declárالo más la translación de Sant Hierónimo, que en lugar destas palabras dice así: El ángel del Señor tiene asentados sus reales al derredor de los que le temen, para librarlos. Pues ¿qué rey hay en el mundo que tal guarda traiga consigo como ésta?

(1) Ps. 33. (2) Luc. 12 &. 21 (3) Zach. 2. (4) Ps. 90. (5) Luc. 16. (6) Ps. 33.

La cual manifiestamente se vió en el libro de los Reyes (1): donde viniendo el ejército del rey de Siria á prender el profeta Eliseo, y temblando su criado de miedo, hizo el sancto profeta oración á Dios, suplicándole abriese los ojos de aquel desconfiado mozo, para que viese cuánto mayor ejército tenía él en su favor que sus contrarios. Y abrió Dios los ojos del mozo, y vió todo el monte lleno de caballos y carros de fuego al derredor de Eliseo. Y esta misma guarnición es aquella de que se escribe en el libro de los Cantares, por estas palabras (2): ¿Qué verás tú en la Sunamites (que es figura de la Iglesia, y del ánima que está en gracia) sino compañías de reales, que son la guarda de los sanctos ángeles? Y esto mismo significa el Esposo en el mismo libro por otra figura, diciendo (3): La litera de Salomón guardan sesenta fuertes de los más esforzados de Israel, y todos ellos tienen sus espadas en las manos, y son muy diestros en pelear. Cada uno tiene su espada sobre el muslo por los temores de la noche. Pues ¿qué es esto sino declararnos el Espíritu Sancto por tantas figuras el recaudo que la divina Providencia tiene sobre las ánimas de los justos? Porque ¿de dónde nasce que un hombre concebido en pecado, viviendo en una carne tan mal inclinada, y entre tantos millares de lazos y peligros, viva muchos años sin desvariar ni en un solo pensamiento que sea pecado mortal, sino desta tan grande guarda y providencia divina?

La cual es tan grande, que no solamente los libra de los males, y encamina á todos los bienes, sino muchas veces los mismos males en que alguna vez por divina permisión caen, los hace materia de bienes: cuando con ellos se hacen más cautos, más humildes y más agradescidos á quien los sacó de tales peligros, y les perdonó tantos pecados. Porque en este sentido dice el Apóstol (4) que á los que aman á Dios, todas las cosas les ayudan y sirven para su bien.

Y si estos favores son dignos de grande admiración, mucho más lo es que no sólo tiene Dios esta cuenta con sus siervos, sino también con sus hijos y descendientes, y con todo lo que toca á ellos, como el mismo Señor lo testificó diciendo (5): Yo soy Señor Dios, fuerte y celoso: que visito la maldad de los

(1) IV Reg. 6. (2) Cant. 7. (3) Cant. 3. (4) Rom. 8. (5) Exod. 20.

padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación, y uso de misericordia en millares de generaciones con aquellos que me aman y guardan mis mandamientos. Así lo mostró Él con David, cuyos hijos á cabo de tantos años no quiso destruir, aunque lo merescían muchas veces sus pecados: por respecto de su padre David. Y así lo mostró también con Abraham (1), á cuyos hijos tantas veces perdonó por amor de su padre: y al mismo Ismael, que era hijo de esclava, prometió de multiplicar y engrandescer en la tierra, por ser hijo de Abraham. Y hasta su mismo criado enderezó en el camino y negocio que llevaba á cargo, de buscar mujer para el hijo de su señor (2): porque era criado dél. Y no sólo tuvo respecto al criado por amor del buen señor, pero (lo que más es) aun al señor malo, por amor del buen criado. Y así leemos haber hecho Él grandes mercedes á su amo de Josef (3), que era idólatra, por amor del sancto mozo que tenía en su casa. Pues ¿qué mayor benignidad y providencia que ésta? ¿Quién no se determinará de servir á un Señor tan largo, tan fiel y tan agradescido para con todos los que le sirven, y para con todas sus cosas?

De los nombres que en la Escriptura divina se atribuyen á nuestro Señor por razón desta providencia.

§. I.

Pues como esta divina Providencia se extienda á tantos y tan maravillosos efectos, por eso tiene Dios en la Escriptura divina muchos y diversos nombres: pero el más celebrado y más usado es llamarse padre, como lo llama su amantísimo Hijo á cada paso en el Evangelio (4). Y no sólo en el Evangelio, mas también en muchos lugares del Viejo Testamento, como lo significó el Profeta en el psalmo cuando dijo (5): De la manera que el padre se compadece de sus hijos, así se compadece el Señor de todos los que le temen; porque Él conoce la flaqueza de nuestra humanidad.

(1) Gen. 17. (2) Gen. 24. (3) Gen. 39. (4) Joan. 5, 6, 10. (5) Ps. 111.

Y porque aun le parecía poco á otro profeta llamar á Dios padre (pues su amor y providencia sobrepuja á la de todos los padres) dijo estas palabras (1): Señor, Vos sois nuestro padre, y Abraham no nos conosció, y Israel no tuvo que ver con nosotros. Dando á entender que estos que eran padres carnales, no merecían este nombre en comparación de Dios. Mas porque entre estos amores de padres el de las madres suele ser, ó más vehemente, ó más tierno, no se contenta este Señor con llamarse padre, sino llámase también madre, y más que madre. Y así dice Él por Isaías estas dulcísimas palabras (2): ¿Qué madre hay que se olvide de su hijo chiquito, y que no tenga corazón para apiadarse de lo que salió de sus entrañas? Pues si fuere posible que haya alguna madre en quien pueda caber este olvido, en Mí nunca jamás cabrá: porque en mis manos te tengo escripto, y tus muros están siempre delante de Mí. Pues ¿qué palabras de mayor ternura y providencia que éstas? ¿Quién será tan ciego ó tan desconfiado que no se alegre, que no resuscite y levante cabeza con tales prendas de tal providencia y amor? Porque quien considerare que el que estas palabras dice es Dios, cuya verdad no puede faltar, cuyas riquezas no tienen término, cuyo poder es infinito, ¿qué temerá? ¿que no esperará? ¿cómo no se alegrará con tales palabras, con tales prendas, con tal providencia y con tal significación de amor?

Pues pasa el negocio aun más adelante: porque no contento este Señor con comparar este su amor con el vulgar y común amor de las madres, escogió una entre todas ellas, que es la más afamada en este amor, la cual (según dicen) es el águila, y con el désta comparó su amor y providencia diciendo: De la manera que lo hace el águila, así este Señor defendió su nido, y amó sus hijos: y así extendió sus alas, y los puso encima dellas, y los trajo sobre sus hombros. Lo cual aun más abiertamente declaró el mismo profeta al mismo pueblo, después de llegado á la tierra de promisión, diciendo (3): Hate traído el Señor en todo este camino por do has caminado, de la manera que un padre trae á un hijo chiquito en sus brazos, hasta ponerte en este lugar.

Y así como Él toma para sí nombre de padre y de madre, así también da á nosotros nombre de hijos, y de hijos muy rega-

(1) Isai. LXIII. (2) Ibid. XLIX (3) Deut. XXXII.

lados: como claramente lo testifica él por Hieremías, diciendo (1): Hijo mío muy honrado es Efraim, y niño delicado: porque después que comencé á tratar con él, siempre he tenido memoria dél; y por tanto mis entrañas se han enternescido sobre él, y apiadando, me apiadaré dél. Cada palabra déstas (pues es de Dios) era mucho para ponderar, y para estimar, y para regalar y enternescer nuestro corazón para con Dios; pues así se enternesció el de Dios para con tan pobres criaturas.

Y por razón desta misma providencia, después del nombre de padre, se llama Él también pastor: como se llama en su Evangelio (2). Y para declarar hasta dónde llegaba el amor y cuidado desta providencia pastoral, dijo estas palabras: Yo soy buen pastor, y conosco á mis ovejas, y ellas conoscen á Mí. ¿De qué manera, Señor, las conoscéis? ¿Con qué ojos las miráis? Con los ojos (dice Él) que mi Padre mira á Mí, y Yo á él, con esos miro Yo á mis ovejas, y ellas miran á Mí. ¡Oh bienaventurados ojos! ¡Oh dichosa vista! ¡Oh dichosa providencia! Pues ¿qué mayor gloria, qué mayor tesoro puede nadie desear que ser mirado del Hijo de Dios con tales ojos, que es con los ojos que su Padre mira á Él? Porque aunque la comparación no sea igual en todo (pues más merece el hijo natural que los adoptivos) pero asaz es grande gloria ser ella tal, que merezca ser comparada con ésta.

Mas cuáles sean las obras y beneficios desta providencia, declara y promete Dios copiosísima y elegantísimamente por el profeta Ezequiel diciendo así (3): Yo buscaré mis ovejas, y las visitaré. De la manera que visita el pastor su ganado cuando lo halla descarriado, así Yo visitaré mis ovejas, y las sacaré de todos los lugares por donde andaban descarriadas en el día de la nube y de la escuridad: y sacarlas he de entre los pueblos, y juntarlas he de diversas tierras, y traerlas he á las suyas, y apascentarlas he en los montes de Israel, en los ríos, y en todos los otros lugares de la tierra: y apascentarlas he en abundantísimos pastos, que será en los montes altos de Israel, donde descansarán sobre las yerbas verdes, y serán apascentadas en pastos muy abundosos. Yo apascentaré mis ovejas y les daré sueño reposado, dice el Señor. Yo buscaré lo perdido, y recobraré lo hurtado, y ataré lo que estuviere quebrado, y esforzaré lo flaco, y guar-

(1) Jerem. XXXI. (2) Joan. X (3) Ezech. XXXIV.

daré lo que estuviere fuerte, y apascentarlas he en juicio, que es con grande recaudo y providencia. Y un poco más abajo añade luego diciendo: Y haré con ellas un contrato de paz, y ojearé todas las malas bestias de la tierra; y los que moran en el desierto, estarán seguros en los bosques. Y puestas al derredor de mi collado, derramaré sobre ellas mi bendición y enviaré las aguas lluvias á su tiempo, las cuales serán benditas; esto es, saludables y provechosas, y no dañosas á los pastos del ganado. Hasta aquí son palabras de Ezequiel. Dime agora pues: ¿qué mas había que prometer? ¿ni con qué más dulces, y amorosas, y elegantes palabras se pudiera todo esto representar? Porque es cierto que ni habla el Señor aquí del ganado material, sino del espiritual (que son los hombres) como el mismo texto expresamente lo dice: ni menos promete yerbas y abundancia de bienes temporales (que son comunes á buenos y á malos) sino abundancia de favores, y gracias, y providencias especiales, con las cuales rige Dios y gobierna este espiritual ganado á manera de pastor, como Él mismo lo explica por Isaías, diciendo (1): Así como pastor apascentará su ganado y con su brazo juntará los corderos y los traerá en su seno, y las ovejas paridas y preñadas Él las llevará sobre sus hombros. Pues ¿qué cosa mas tierna, ni más dulce que ésta? Destos mismos oficios y beneficios de pastor habla y trata todo aquel divino psalmo que comienza (2): *Dominus regit me.* En lugar de las cuales palabras traslada Sant Hierónimo más claramente: *Dominus pastor meus est.* Y propuesto este principio prosigue luego en todo el psalmo todos los oficios de pastor: los cuales no pongo aquí, porque quienquiera los podrá por sí leer y entender.

Y de la manera que se llama pastor, porque nos rige, así también rey, porque nos defiende; y maestro, porque nos enseña; y médico, porque nos cura; y amo, porque nos trae en sus brazos; y guarda, por el cuidado que tiene de velar sobre nosotros y guardarnos. De los cuales nombres están llenas todas las Escrituras divinas. Mas entre todos estos nombres, el más tierno, y más regalado, y que más descubre esta providencia, es el nombre de esposo con que se llama en el libro de los Cantares y en otros muchos lugares de la Escritura. Y así convida Él al ánima del

(1) Isai. XL. (2) Psalm. XXII.

pecador que lo quiera llamar, diciendo (1): Siquiera agora me llama padre mío, y guía de mi virginidad. El cual nombre celebra el Apóstol con grande encarescimiento. Porque (después de aquellas palabras que dijo el primer hombre á la primera mujer, conviene saber: por ésta dejará el hombre padre y madre, y allegarse ha á su mujer, y serán dos en una carne) añade el Apóstol y dice (2): Este sacramento es grande, entendido como yo lo entiendo, de Cristo y de la Iglesia, que es esposa suya: y así lo es también en su manera, de cualquiera de las ánimas que están en gracia. Pues ¿qué no se podrá esperar de quien tal nombre como éste tiene, pues no lo tiene de balde?

Mas ¿para qué es andar buscando en las Escripturas sagradas un nombre de aquí, otro de allí: pues todos los nombres que de sí prometen algún bien, competen á este Señor: pues quienquiera que le ama y le busca, hallará en Él todo lo que desea? Por lo cual dice S. Ambrosio en un sermón: Todas las cosas tenemos en Cristo, y todas ellas nos es Cristo. Si deseas ser curado de tus llagas, médico es; si ardes con calenturas, fuente es; si te fatiga la carga de los pecados, justicia es; si tienes necesidad de ayuda, fortaleza es; si temes la muerte, vida es; si quieres huir de las tinieblas, luz es; si deseas ir al cielo, camino es; si tienes necesidad de manjar, mantenimiento es. Cata aquí pues, hermano, cuántas maneras de nombres tiene este Señor (que en sí es uno y simplicísimo) porque aunque sea uno en sí, á nosotros es todas las cosas para remedio de todas nuestras necesidades, que son innumerables.

No acabaríamos á este paso de referir todas las autoridades que sobre esta materia se ofrescen en las Escripturas divinas. Mas éstas he referido para consuelo y esfuerzo de los que sirven á Dios, y para atraer con ellas á su servicio á los que no le sirven: pues es cierto que ningún tesoro hay debajo del cielo mayor que éste. Por donde así como los que han servido á los reyes en algunas grandes jornadas por mandamientos y cartas suyas en que se les prometen grandes premios por estos trabajos, guardan estas cartas con todo recaudo, y con ellas se animan y alegran en esos mismos trabajos, y con ellas piden después la remuneración de sus servicios: así los siervos de Dios guardan dentro de su co-

(1) Jerem. III. (2) Ephes. V.

razón todas estas palabras y cédulas divinas, muy más ciertas que todas las de los reyes de la tierra. En ellas tienen su esperanza, con ellas se esfuerzan en sus trabajos, por ellas confían en sus peligros, con ellas se consuelan en sus angustias, á ellas recurren en todas sus necesidades, ellas los encienden en el amor de tal Señor, y les obligan á entregarse del todo á su servicio, pues Él tan fielmente les promete emplearse todo en su provecho, siéndoles todo en todas las cosas. En lo cual parece que uno de los principales fundamentos de la vida cristiana es el conoscimiento práctico desta verdad.

Pues dime agora, ruégote, si es posible imaginarse cosa alguna más rica, más preciosa y más para estimar y desear que ésta, y si se puede imaginar en esta vida algún mayor bien que tener á Dios por padre, por madre, por pastor, por médico, por maestro, por ayo, por muro, por defensor, por valedor, y (lo que es más) por esposo, y finalmente por todas las cosas. ¿Qué tiene el mundo que poder dar á sus amadores que iguale con esto? Pues ¿cuánta razón tienen los que este bien poseen para alegrarse, consolarse y esforzarse y gloriarse en Él sobre todas las cosas? Alegraos (dice el Profeta) en el Señor los justos, y gloriaos en él todos los rectos de corazón. Como si más claramente dijera: Alégrense los otros en las riquezas y honras del mundo; otros en la nobleza de sus linajes; otros en los favores y privanzas de los príncipes; otros en la preeminencia de sus oficios y dignidades: mas vosotros que presumís tener á Dios por vuestro, que es vuestra heredad y vuestra posesión, alegraos y gloriaos más de verdad en este bien, pues es tanto mayor que todos los otros cuanto es más Dios que todas las cosas. Así lo confiesa expresamente David en un psalmo, diciendo (1): Líbrame, Señor, de las manos de los que están fuera de tu servicio y de tu casa: los cuales no tienen boca sino para hablar vanidad, ni brazo sino obrar maldad; cuyos hijos andan en su juventud lozanos y frescos, como los árboles nuevos y recien plantados; cuyas hijas andan ataviadas y compuestas á manera de templos; cuyas despensas están llenas y abastadas de todos los bienes; cuyas ovejas están gordas y llenas de hijos. Por bienaventurado tuvieron al pueblo lleno de todos estos bienes; mas yo digo que bienaven-

(1) Psalm. XLIII.

turado el pueblo que tiene al Señor por su Dios. ¿Porqué, David? La razón está muy clara: porque en Él solo posee un bien en quien está todo lo que se puede desear. Por tanto, gloríense los otros en todas estas cosas; mas yo, aunque muy rico y muy poderoso rey, en Él solo me gloriaré. Así se gloriaba aquel sancto Profeta que decía (1): Yo me gozaré en el Señor, y alegrarme he en Dios mi Salvador: porque Él es mi Dios, y mi fortaleza, y el que hará mis pies ligeros como los de los ciervos para correr sin tropiezo por los caminos desta vida, y hará que ande yo sobre los altos montes cantándole psalmos y alabanzas. Éste es pues el tesoro, ésta la gloria que está aparejada en este mundo para los que sirven á Dios. Y ésta es una de las grandes razones que hay para que todos le deseen servir, y una de las justísimas querellas que Él tiene contra los que no le sirven, siendo Él tan buen Señor y tan fiel ayudador y defensor dellos. Y con esta queja envió Él al Profeta Hieremías á quejarse de su pueblo, diciendo (2): ¿Qué aspereza hallaron vuestros padres en Mí, porque se alejaron de Mí, y se fueron en pos de la vanidad, y se hicieron vanos? Y más abajo: ¿Por ventura he sido Yo á este pueblo tierra yerma, y tardía, y desaprovechada? Como si dijese: Claro está que no: pues tantas victorias y prosperidades les han venido por mi mano. Pues ¿porqué ha dicho este pueblo: ya nos habemos apartado de tu servicio, y no queremos más volver á Ti? ¿Por ventura olvidarse ha la doncella del más hermoso de sus atavíos, y de la faja rica con que se ciñe los pechos? Pues ¿porqué mi pueblo se ha olvidado de Mí por tantos días, siendo Yo todo su ornamento, su gloria y su hermosura? Pues si de aquéllos se quejaba Dios en el tiempo de la ley (donde las mercedes eran más cortas) ¿cuánta más razón tendrá agora de quejarse, cuando son tanto más largas cuanto más espirituales y más divinas?

---

(1) Habac. III. (2) Jerem. II.

De la manera de providencia que tiene Dios de los malos para castigo de sus maldades

§. II.

Y si no nos mueve tanto el amor desta felicísima providencia de que gozan los buenos, muévanos siquiera el temor de la providencia (si así se puede llamar) que tiene Dios de los malos, la cual es medirlos con su propria medida, y tratarlos conforme al olvido y menosprecio que tienen de su Majestad, olvidándose de los que le olvidan, y despreciando á los que le desprecian. Y para significar esto más palpablemente, mandó al profeta Oseas (1) que se casase con una mujer fornicaria: para dar á entender la fornicación espiritual en que había caído aquel pueblo que había desamparado á su legítimo esposo y señor. Y á un hijo que deste matrimonio le nasció, mandó poner por nombre una palabra hebrea que quiere decir: No mi pueblo vosotros; para dar á entender que pues ellos con sus pecados no le reconoscieron ni sirvieron como á Dios, Él tampoco los reconoscería y trataría como á pueblo. Y en confirmación de la misma sentencia añade luego más abajo, diciendo: Juzgad á vuestra madre, juzgadla; porque ni ella es mi mujer, ni yo soy su marido (2). Dando á entender que así como ella no le había guardado fe y obediencia de buena mujer, así él no tendría para con ella el amor y providencia de verdadero marido. Ves, pues, cuán abiertamente nos enseña aquí este Señor cómo mide á cada uno con su misma medida, siendo tal para con el hombre como el hombre es para con Él.

Pues desta manera viven los malos como olvidados de Dios; y así están en este mundo como hacienda sin dueño, como escuela sin maestro, como navío sin gobernalle, y finalmente, como ganado descarriado sin pastor, que nunca escapa de lobos. Y así les dice Dios por el profeta Zacarías (3): No quiero ya tener más cargo de apascentaros: lo que muriere, muérase, y lo que mataren, mátenlo; y los demás que se coman á bocados los unos á los otros. Y lo mismo significó en el Cántico de Moisén, diciendo: Apartaré mis ojos dellos, y estarme he mirando las

(1) Oseæ, I. (2) Oseæ, II. (3) Zach. XI.

miserias y calamidades en que finalmente han de parar, sin proveerles de remedio.

Pero aun más copiosamente declara Él esta manera de providencia por Isaías (1), hablando de su pueblo en nombre de viña: contra la cual (porque después de labrada y cultivada con muchos beneficios, no había acudido con el fructo que era razón) pronuncia Él esta sentencia, diciendo: Quiero declararos lo que yo haré con esta mi viña. Quitarle he el vallado, y será robada; derribarle he la cerca, y será hollada; y haré que quede como una tierra desierta. No será podada ni cavada, cubrirse ha de zarzas y espinas, y á las nubes mandaré que no lluevan sobre ella. Esto es: Quitarle he todos los socorros y ayudas eficaces de que la había proveído: de donde se seguirá su total caída y destrucción. ¿Parécete, pues, que es mucho para recelar tal manera de providencia?

Pues dime agora: ¿qué mayor peligro y qué mayor miseria que vivir fuera desta tutela y providencia paternal de Dios, y quedar expuesto á todos los encuentros del mundo y á todas las calamidades y injurias desta vida? Porque como este mundo sea por una parte un mar tempestuoso, un desierto lleno de tantos salteadores y bestias fieras, y sean tantos los desastres y acaescimientos de la vida humana, tantos y tan fuertes los enemigos que nos combaten; tantos y tan ciegos los lazos que nos arman, y tantos los abrojos que nos tienen por todas partes sembrados; y por otra parte el hombre sea una criatura tan flaca, tan desnuda, tan ciega, tan desarmada y tan pobre de esfuerzo y de consejo: si le falta esta sombra y este arrimo y favor de Dios, ¿qué hará el flaco entre tantos fuertes, el enano entre tantos gigantes, el ciego entre tantos lazos, y el solo y desarmado entre tantos y tan poderosos enemigos?

Pues aun no pára el negocio en esto; porque no se contenta esta providencia con desviar sus ojos de los malos (de donde se sigue que cayan en tantas maneras de penas y trabajos) mas antes ella misma se los acarrea y procura. De tal manera, que los ojos que antes velaban para su provecho, agora velen para su castigo: como claramente lo testificó Él por Amós, diciendo (2): Pondré mis ojos sobre ellos; mas esto será para su

(1) Isai. V. (2) Amos, IX.

mal, y no para su bien. Como si más claramente dijera: Trocarse ha de tal manera la providencia que tenía dellos, que yo que antes los miraba para defenderlos, agora los miraré para cartigarlos y darles el pago que sus maldades merecen. Así lo declaró aun más expresamente por el profeta Oseas, diciendo (1): Yo seré como polilla de Efraim y como carcoma de Israel: para los ir gastando y destruyendo, como se destruye la ropa con la polilla. Y porque esta manera de persecución parecía prolija y blanda, añade luego otra más acelerada y furiosa, diciendo: Yo seré como leona á Efraim y como cachorro de león á Judá. Yo iré, y los prenderé, y los tomaré, y no habrá quien los libre de mis manos. Pues ¿qué mayor miseria quieres que ésta?

Y no es menos claro testimonio deste linaje de providencia el que leemos en el profeta Amós (2): en el cual después de haber dicho Dios que había de meter á espada todos los malos por los pecados de su avaricia, añade luego y dice así: Y no piensen escapar de mis manos los que huyeren. Porque si descendieren hasta el infierno, de allí los sacará mi mano; y si subieren hasta el cielo, de allí los derribaré; y si subieren á lo más alto del monte Carmelo, ahí los buscaré y los tomaré; y si se escondieren de mis ojos en el profundo de la mar, ahí mandaré á la serpiente, y morderlos ha; y si fueren captivos á tierra de sus enemigos, ahí mandaré al cuchillo, y matarlos ha; y pondré mis ojos sobre ellos para su mal, y no para su bien. Hasta aquí son palabras del profeta. Pues dime agora: ¿qué hombre hay que leyendo estas palabras, y acordándose que son de Dios, y viendo cuál sea esta manera de providencia que Él tiene de los malos, no se estremezca todo de ver cuán poderoso enemigo tiene contra sí, el cual con tan grande estudio y diligencia le busque, y le cerque, y le tome todos los caminos, y vele para su destruición? ¿Cómo tendrá reposo? ¿Cómo comerá bocado que bien le sepa, teniendo tales ojos, tal furor, tal perseguidor y tal brazo contra sí? Porque si tan grande mal es carescer del favor y providencia del Señor, ¿cuánto mayor lo será haber convertido contra sí las armas desta misma providencia, y que el espada que estaba desenvainada contra tus enemigos, se vuelva contra ti; y los ojos que velaban para defenderte, velen agora

(1) Oseæ, V. (2) Amos, IX.

para destruirte; y el brazo que era para sostenerte, sea agora para derribarte; y el corazón que pensaba sobre ti pensamientos de paz y de amor, piense agora pensamientos de aflicción y dolor; y el que había de ser tu escudo, tu sombra y tu amparo, venga á ser agora polilla para comerte, y león para despedazarte? ¿Cómo puede dormir seguro el que sabe que cuando él duerme, está Dios como aquella vara de Hieremías (1), velando para su castigo y aflicción? ¿Qué consejo habrá contra este consejo, qué brazo contra este brazo y qué providencia contra esta providencia? ¿Quién jamás, como se escribe en Job (2), se puso en armas contra Dios, y le resistió, que tuviese paz?

Finalmente, tal es y tan grande este mal, que uno de los mayores castigos con que Dios suele castigar ó amenazar á los malos en esta vida, es levantar dellos la mano de su paternal providencia: como Él mismo lo testifica en muchos lugares de la sancta Escriptura. Porque en una parte dice: No quiso mi pueblo oir mi voz, ni tener cuenta comigo; pues Yo tampoco la quise tener con él de la manera que antes la tenía. Y así permití que fuesen llevados de los deseos de su corazón: de donde se seguirá que vayan cada día de mal en peor. Y por el profeta Oseas dice (3): Olvidástete de la ley de tu Dios, olvidarme he yo también de tus hijos. De suerte que así como uno de los mayores males que le pueden venir á una mujer, es darle su buen marido libelo de repudio, y abrir mano della; y á una viña desampararla su señor, y dejar de labrarla (porque luego de viña se hace monte) así uno de los mayoses males que pueden venir á un ánima, es levantar Dios la mano della. Porque ¿qué podrá ser un ánima sin Dios, sino una viña sin viñadero, una huerta sin hortelano, un navío sin piloto, un ejército sin capitán, y una república sin cabeza, ó por mejor decir, un cuerpo sin ánima?

Cata aquí pues, hermano mío, cómo por todas partes te cerca Dios, y te cerca esta razón: porque si no basta para mover tu corazón el amor y deseo de aquella paternal providencia, muévate siquiera el temor deste desamparo: porque á los que no suele mover el deseo de los bienes, mueve muchas veces el temor de grandes males.

(1) Jerem. I. (2) Job. IX. (3) Oseæ, IV.

DEL SEGUNDO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD, QUE ES LA GRACIA DEL ESPÍRITU SANCTO QUE SE DA Á LOS VIRTUOSOS.

CAPÍTULO XIII.

ESTA paternal Providencia es (como dijimos) la fuente de todos los otros privilegios y beneficios que Dios hace á los suyos. Porque á esta Providencia pertenesce proveerles de todos los medios necesarios para conseguir su fin (que es su última perfección y felicidad) así ayudándoles y dándoles la mano en todas sus necesidades, como criando en sus ánimas todas aquellas habilidades y virtudes y todos los hábitos infusos que para esto se requieren. Entre los cuales el primero es la gracia del Espíritu Sancto, que después desta divina Providencia es el principio de todos los otros privilegios y dones celestiales. Y así ésta es aquella primera vestidura que se dió al hijo pródigo cuando fué recebido en la casa de su padre (1). Y si me preguntares qué cosa sea esta gracia, dígote que gracia (como declaran los teólogos) es una participación de la naturaleza divina: esto es, de la sanctidad, de la bondad, de la pureza y nobleza de Dios, mediante la cual despide el hombre de sí la bajeza y villanía que le viene por parte de Adam, y se hace participante de la sanctidad y nobleza divina, despojándose de sí, y vistiéndose de Cristo. Esto declaran los sanctos con un común ejemplo del hierro echado en el fuego: el cual sin dejar de ser hierro, sale de ahí todo abrasado y resplandesciente como el mismo fuego: de manera que permanesciendo la misma substancia y nombre de hierro, el resplandor, y el calor, y otros tales accidentes son de fuego. Pues desta manera la gracia (que es una cualidad celestial, la cual infunde Dios en el ánima) tiene esta maravillosa virtud de transformar el hombre en Dios de tal manera, que sin dejar de ser hombre, participe en su manera las

(1) Luc. XV.

virtudes y pureza de Dios, como las había participado aquél que decía: Vivo yo, ya no yo: mas vive en mi Cristo.

Gracia es otrosí una forma sobrenatural y divina: la cual hace al hombre vivir tal vida, cual es el principio y forma de do procede, que es también sobrenatural y divina. En lo cual resplandesce maravillosamente la providencia de Dios, que así como quiso que el hombre viviese dos vidas, una natural y otra sobrenatural, así para esto le proveyó de dos formas (que son como dos ánimas destas vidas) una para vivir la una, y otra para la otra.

De donde así como del ánima (que es forma natural) proceden todas las potencias y sentidos con que se vive la vida natural, así de la gracia (que es forma sobrenatural) proceden todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, con que se vive la otra vida sobrenatural: que es como quien proveyese á un hombre que tuviese dos oficios, de dos maneras de instrumentos para entender en ellos.

Gracia otrosí es un atavío y ornamento espiritual del ánima hecho por mano del Espíritu Sancto: el cual la hace tan graciosa y hermosa en los ojos de Dios, que la recibe por hija y por esposa suya. En el cual atavío se gloriaba el Profeta cuando decía (1): Gozando me gozaré en el Señor, y mi ánima se alegrará en mi Dios: porque Él me ha vestido con vestidura de salud, y cercado de ropas de justicia, y así como á esposo me ha puesto una corona en la cabeza, y como á esposa me ha ataviado con todas sus joyas y atavíos, que son todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, con que el ánima del justo está adornada y ataviada por mano de Dios. Ésta es aquella vestidura de muchas colores, de que está vestida la hija del Rey, asentada á la diestra de su esposo (2), porque de la gracia proceden los colores de todas las virtudes y hábitos celestiales, en que está su hermosura.

De lo dicho se puede luego entender cuáles sean los efectos que esta gracia obra en el ánima donde mora. Porque un efecto suyo, y el más principal, es hacer el ánima tan graciosa y hermosa en los ojos de Dios, que la tome (como dijimos) por hija, por esposa, por templo y morada suya, donde tenga sus deleites con los hijos de los hombres. Otro efecto es, no sólo hermosearla,

(1) Isai. LXI. (2) Psalm. XLIV.

sino también fortalecerla mediante las virtudes que della proceden, que son como otros cabellos de Sansón, en los cuales consiste no sólo la hermosura, sino también la fortaleza del ánima. Y de lo uno y de lo otro es alabada en el libro de los Cantares cuando maravillándose los ángeles de su hermosura, dicen (1): ¿Quién es ésta que sube á lo alto como la mañana cuando se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como los haces de los reales bien ordenados? Por do parece que la gracia es como un arnés tranzado que arma el hombre de pies á cabeza, y le hace fuerte y hermoso; y tan fuerte, que como dice Sancto Tomás, el menor grado de gracia basta para vencer todos los demonios y todos los pecados del mundo.

Otro efecto suyo es hacer al hombre tan grato y de tanta dignidad en los ojos de Dios, que todas cuantas obras deliberadas hace, que no sean pecados, le son gratas y merecedoras de vida eterna. De suerte que no sólo los actos de las virtudes, mas las obras naturales, como son el comer, el beber y el dormir, &c. son gratas á Dios, y merescedoras deste tan grande bien, porque por serle tan agradable el subjecto, es agradable y meritorio todo cuanto hace, no siendo malo.

Otro efecto es hacer al hombre hijo de Dios por adopción y heredero de su reino, y escribirle en el libro de vida donde están escriptos todos los justos: y así tener derecho á aquella riquísima heredad del cielo. Éste es aquel privilegio que encarecía el Salvador á sus discípulos, cuando viniendo ellos muy ufanos por ver que hasta los demonios les obedescían en su nombre, les respondió diciendo (2): No tenéis de qué alegraros por tener señorío sobre los demonios; mas alegraos porque vuestros nombres están escriptos en el reino de los cielos: pues está claro que éste es el mayor bien que el corazón humano en esta vida puede desear.

Finalmente, por abreviar, la gracia es la que habilita el hombre para todo bien; la que allana el camino del cielo; la que hace el yugo de Dios suave; la que hace correr al hombre por el camino de las virtudes; la que restituye y sana la naturaleza enferma, y así hace que le sea ligero lo que antes (cuando estaba enferma) le era pesado: y la que por una manera inefable refor-

(1) Cant. VI. (2) Luc. X.

ma y arma, mediante las virtudes que de ella proceden, todas las potencias de nuestra ánima, alumbrando el entendimiento, encendiendo la voluntad, recogiendo la memoria, esforzando el libre albedrío, templando la parte concupiscible para que no se desperezca por lo malo, y esforzando la irascible para que no se acobarde para lo bueno. Y demás desto, porque todas las pasiones naturales que están en estas dos fuerzas inferiores de nuestro apetito, son unos como padrastros de la virtud, y unos postigos y entraderos por donde los demonios suelen entrar en nuestras ánimas: para remedio desto pone una guarda, y uno como alcaide en cada uno destos lugares para guardar aquel paso, que es una virtud infusa venida del cielo, y que allí asiste para asegurarnos del peligro que por parte de aquella pasión nos podía venir. Y así para defendernos del apetito de la gula, pone la virtud de la templanza; para el de la carne, la de la castidad; para el de la honra, la de la humildad: y así en todos los demás.

Y sobre todo esto la gracia aposenta á Dios en el ánima: para que morando en ella la gobierne, defienda y encamine al cielo: y así está ella como rey en su reino, como capitán en su ejército, como padre de familia en su casa, como maestro en su escuela, y como pastor en su ganado, para que allí ejercite y use espiritualmente todos estos oficios y providencias. Pues si esta perla tan preciosa (de que tantos bienes proceden) es perpetua compañera de la virtud, ¿quién habrá que no huelgue de buena gana de imitar la prudencia de aquel sabio mercader del Evangelio (1), que dió todo cuanto tenía por alcanzarla?

(1) Matth. XIII.

DEL TERCERO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD, QUE ES LA LUMBRE Y CONOSCIMIENTO SOBRENATURAL QUE DA NUESTRO SEÑOR Á LOS VIRTUOSOS.

CAPÍTULO XIV.

El tercero privilegio que se concede á la virtud, es una especial lumbre y sabiduría que nuestro Señor comunica á los justos: la cual procede de la misma gracia que dijimos, así como todos los otros. La razón desto es, porque como á la gracia pertenesce sanar la naturaleza, así como cura el apetito y la voluntad enferma por el pecado: así también cura el entendimiento, que no menos quedó escurescido por el mismo pecado: para que así con lo uno entienda el hombre lo que debe hacer, y con lo otro lo pueda hacer. Conforme á lo cual dice S. Gregorio en los Morales: Pena es que fué dada por el pecado, no poder cumplir el hombre lo que entendía: y también fué pena no enterderlo. Por lo cual dijo el Profeta (1): El Señor es mi lumbre contra la ignorancia, y Él es mi salud contra la impotencia. En lo uno le enseña lo que debe desear, y en lo otro le da fuerzas para que lo pueda alcanzar; y así lo uno como lo otro pertenesce á la misma gracia. Para lo cual, demás del hábito de la fe y de la prudencia infusa que alumbran nuestro entendimiento para saber lo que ha de creer y lo qua ha de obrar, se añaden los dones del Espíritu Sancto: entre los cuales los cuatro pertenescen al entendimiento, que son el don de la sabiduría, para darnos conocimiento de las cosas más altas; el de la sciencia, para las más bajas; el del entendimiento, para penetrar los misterios divinos, y la conveniencia y hermosura dellos; y el del consejo, para sabernos haber en las perplejidades que muchas veces se ofrecen en esta vida. Todos estos rayos y resplandores proceden de la gracia: la cual por eso se llama en las Escripturas divinas unción, que como dice Sant Juan (2), nos enseña todas las cosas. Porque así como el olio

(1) Psalm. XXVI. (2) I Joan. II.

entre los otros licuores señaladamente sirve para sustentar la lumbre y para curar las llagas; así esta divina unción hace lo uno y lo otro, curando las llagas de nuestra voluntad, y alumbrando las tinieblas de nuestro entendimiento. Y éste es aquel olio preciosísimo sobre todos los bálsamos, de que el sancto rey David se preciaba cuando decía (1): Ungiste, Señor, mi cabeza con abundancia de olio: porque está claro que no hablaba él aquí ni de la cabeza material, ni tampoco del olio material, sino de la cabeza espiritual, que es la más alta parte de nuestra ánima (donde está el entendimiento, como Dídimo declara sobre este paso) y del olio espiritual, que es la lumbre del Espíritu Sancto con que esta lámpara se sustenta. Pues de la lumbre deste olio tenía grande abundancia este sancto rey: lo cual él confiesa en otro psalmo, donde dice (2) que le había Dios manifestado las cosas inciertas y ocultas de su sabiduría.

Hay también otra razón para esto. Porque como el oficio de la gracia sea hacer á un hombre virtuoso, y esto no pueda ser sino induciéndole á tener dolor y arrepentimiento de la vida pasada, amor de Dios, aborrescimiento del pecado, deseo de los bienes del cielo, y desprecio del mundo: claro está que nunca podrá la voluntad tener estos y otros tales afectos, si no tuviere en el entendimiento lumbre y conoscimiento proporcionado que los despierte; pues la voluntad es potencia ciega, que no puede dar paso sin que el entendimiento vaya delante alumbrándola, y declarándole el mal ó bien de todas las cosas: para que conforme á esto se aficione ó desaficione á ellas. Por lo cual dice Sancto Tomás que así como cresce en el ánima del justo el amor de Dios, así también cresce el conoscimiento de la bondad, amabilidad y hermosura de Dios en la misma proporción: de tal modo que si cien grados cresce lo uno, otros tantos cresce lo otro; porque quien mucho ama, muchas razones de amor conosce en la cosa que ama: y quien poco, pocas. Y lo que se entiende claro del amor de Dios, también se entiende del temor, y de la esperanza, y del aborrescimiento del pecado: el cual nadie aborrescerá sobre todas las cosas, si no entendiere que es él un tan grande mal, que merece ser aborrescido sobre todas ellas. Pues así como el Espíritu Sancto quiere que haya es-

(1) Psalm. XXII. (2) Psalm, L.

tos afectos en el ánima del justo, así también ha de querer que haya causas que los produzgan: así como queriendo que hubiese diversidad de efectos en la tierra, quiso también que la hubiese en las causas y influencias del cielo.

Y demás desto, si es verdad que la gracia aposenta á Dios en el ánima del justo (según arriba declaramos) y Dios (como tantas veces dice Sant Juan) es lumbre que alumbra todo hombre que viene á este mundo; claro está que mientra más pura y limpia la hallare, más resplandescerán en ella los rayos de su divina luz, como lo hacen los del sol en un espejo muy acicalado y limpio. Por lo cual llama S. Augustín á Dios sabiduría del ánima purificada: porque esta tal esclaresce Él con los rayos de su luz, enseñándole lo que le conviene para su salvación.

Mas ¿qué maravilla es hacer Él esto con los hombres, pues lo mismo hace en su manera con todas las otras criaturas, las cuales por instincto del autor de la naturaleza saben todo aquello que conviene para su conservación? ¿Quién enseña á la oveja entre tantas especies de yerbas como hay en el campo, la que le ha de dañar, y la que le ha de aprovechar: y así pascer la una y dejar la otra; y conoscer otrosí el animal que es su amigo y el que es su enemigo, y así huir del lobo, y seguir al mastín, sino este mismo Señor? Pues si este conoscimiento da Dios á los brutos para que se conserven en la vida natural, ¿cuánto más proveerá á los justos de otro mayor conoscimiento para que se conserven en la espiritual, pues no tiene menor necesidad el hombre dél para las cosas que son sobre su naturaleza, que el bruto para las que son conformes á la suya? Porque si tan solícita fué la divina Providencia en la provisión de las obras de naturaleza, ¿cuánto más lo será en las de gracia, que son tanto más excelentes, y que tan levantadas están sobre toda la facultad del hombre?

Y aun este ejemplo no sólo prueba que haya este conoscimiento, sino declara también de la manera que es; porque no es tanto conoscimiento especulativo, cuanto práctico; porque no se da para saber, sino para obrar: no para hacer sabios disputadores, sino virtuosos obradores. Por lo cual no se queda en solo el entendimiento (como el que se alcanza en las escuelas) sino comunica su virtud á la voluntad, inclinándola á todo aquello que la despierta y llama el tal conoscimiento. Porque esto

es proprio de los instinctos del Espíritu Sancto: el cual como perfectísimo maestro enseña muchas veces con esta perfección á los suyos lo que les conviene saber. Conforme á lo cual dice la Esposa en los Cantares (1): Mi ánima se derritió después que habló mi amado. En lo cual se muestra claro la diferencia que hay desta doctrina á las otras, pues las otras no hacen más que alumbrar el entendimiento; mas ésta regala también y mueve la voluntad, y penetra con su virtud todos los rincones y senos de nuestra ánima: obrando en cada uno aquello que conviene para su reformación: según que lo declara el Apóstol diciendo (2): Viva es la palabra de Dios, y eficaz: la cual penetra más que un cuchillo de dos filos agudo; pues llega á hacer división entre la parte animal y espiritual del hombre, apartando lo uno del otro, y deshaciendo la mala liga que suele haber entre carne y espíritu, cuando el espíritu juntándose con la mala mujer de su carne se hace una cosa con ella. La cual liga deshace la virtud y eficacia de la palabra divina, haciendo que el hombre viva por sí vida espiritual y no carnal.

§. I.

Éste es, pues, uno de los principales efectos de la gracia, y uno de los señalados privilegios que tienen los virtuosos en esta vida. Y porque esto (aunque probado por tan claras razones) por ventura parecerá á los hombres carnales escuro de entender, ó dificultoso de creer, probarlo hemos agora evidentísimamente por muchos testimonios, así del Viejo como del Nuevo Testamento. En el Nuevo dice el Señor por sant Juan así (3): El Espíritu Sancto consolador, que enviará el Padre en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y repitirá las leciones que Yo os he leído, y os las traerá á la memoria. Y en otro lugar (4): Escripto está (dice Él) en los profetas que ha de venir tiempo en que los hombres sean enseñados de Dios. Pues todo aquél que ha dado oídos á este maestro (que es mi Padre) y aprendido dél, viene á Mí. Conforme á lo cual dice el mismo Señor por Hieremías (5): Yo haré que mis leyes se escriban en los corazo-

(1) Cant. V. (2) Hebr. IV. (3) Joan. XIV. (4) Ibid. VI. (5) Jerem XXXI.

nes de los hombres, y Yo mismo (que un tiempo las escribí en tablas de piedra) las escribiré en sus entrañas: y así vendrán todos á ser enseñados de Dios. Y por el profeta Isaías, declarando el Señor la prosperidad de su Iglesia, dice así (1): Pobrecita, derribada con la fuerza de las tempestades que te han cercado, yo te volveré á reedificar, y asentaré por orden las piedras de tu edificio, y te fundaré sobre piedras preciosas, y haré tus baluartes de jaspe, y serán todos tus hijos enseñados por el Señor Y más abajo por el mismo Profeta repite lo mismo diciendo: Yo soy tu Señor Dios que te enseño lo que te conviene saber, y el que te gobierno por este camino que andas. En las cuales palabras entendemos que hay dos maneras de sciencias, una de sanctos, y otra de sabios: una de justos, y otra de letrados: y la de los sanctos es aquella que dice Salomón (2): La sciencia de los sanctos es prudencia. Porque la sciencia es para saber, mas la prudencia para obrar: y tal es la sciencia que á los sanctos se da.

Pues en los psalmos de David ¡cuántas veces hallamos prometida esta misma sabiduría! En un psalmo dice (3): La boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará juicio. En otro promete el mismo Señor al varón justo, diciendo (4): Yo te daré entendimiento, y te enseñaré lo que has de hacer en este camino por donde andas, y pondré mis ojos sobre ti. Y luego más abajo, como cosa de grande precio y admiración, pregunta el mismo Profeta diciendo: ¿Quién es este varón que teme á Dios, á quien Él hará tan grande merced, que Él será su maestro, y le enseñará la ley en que ha de vivir, y el camino que ha de llevar? Y en el mismo psalmo, donde nosotros leemos: Firmeza es el Señor de los que le temen, traslada Sant Hierónimo: El secreto del Señor se descubre á los que le temen, y su testamento (que son sus leyes sanctísimas) son á ellos manifestadas y declaradas: cuya declaración es grande luz del entendimiento, dulce pasto de la voluntad, y recreación para todo el hombre de grande suavidad. El cual conoscimiento unas veces llama el mismo Profeta pasto de su ánima en que Dios le había puesto: otras, agua de refección con que le había recreado, y otras, mesa de fortaleza con cuyos manjares se esforzaba contra toda la furia de sus enemigos.

(1) Isai. LIV. (2) Prov. IX. (3) Psalm. XXXVI. (4) Psalm. XXXI.

Por la cual causa el mismo Profeta en aquel divino psalmo que comienza (1): *Beati immaculati in via,* pide tantas veces esta lumbre y enseñanza interior, y así una vez dice: Siervo tuyo soy yo, Señor, dame entendimiento para que sepa tus mandamientos. Otra dice: Esclaresce, Señor, mis ojos para que vea las maravillas de tu ley. En otra dice: Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y guardarla he con todo mi corazón. Finalmente, ésta es la petición que más veces aquí repite: la cual nunca él pidiera con tanta instancia, si no entendiera muy bien la eficacia desta doctrina y la costumbre que el Señor tiene de comunicarla.

Pues siendo esto así, ¿qué mayor gloria que tener tal maestro, y cursar en tal escuela, donde el Señor lee de cátedra, y enseña la sabiduría del cielo á sus escogidos? Si iban los hombres (como dice Sant Hierónimo) dende los últimos términos de España y Francia hasta Roma por ver á Tito Livio, que tan afamado era de elocuente: y si aquel gran sabio Apolonio, según algunos lo estiman, rodeó el monte Cáucaso y mucha parte del mundo por ver á Hiarcas asentado en un trono de oro entre unos pocos de discípulos disputando del movimiento de los cielos y de las estrellas, ¿qué debían hacer los hombres por oir á Dios asentado en el trono de su corazón enseñándoles, no de la manera que se mueven los cielos, sino de cómo se ganan los cielos?

Y porque no pienses que esta doctrina es así como quiera, oye lo que de la excelencia della dice el profeta David (2), aunque esta luz no sea tan general y común para todos: Más supe que todos cuantos me enseñaban, porque me ocupaba en pensar tus mandamientos, y más que todos los viejos y ancianos, porque me empleaba en guardarlos. Pero aun mucho más promete el Señor por Isaías á los suyos, diciendo (3): Darte ha el Señor descanso por todas partes, y hinchirá tu ánima de resplandores, y serás como un vergel de regadío y como una fuente que siempre corre y nunca le falta agua. Pues ¿qué resplandores son éstos de que hinche Dios las ánimas de los suyos, sino el conoscimiento que les da de las cosas de su salud? Porque allí les enseña cuán grande sea la hermosura de la virtud,

(1) Psalm. CXVIII. (2) Psalm. CXVIII. (3) Isai. LVIII.

la fealdad del vicio, la vanidad del mundo, la dignidad de la gracia, la grandeza de la gloria, la suavidad de las consolaciones del Espíritu Sancto, la bondad de Dios, la malicia del demonio, la brevedad desta vida y el engaño común cuasi de todos los que viven en ella. Y con este conoscimiento, como dice el mismo Profeta (1), los levanta muchas veces sobre las alturas de los montes, y dende allí contemplan al Rey en su hermosura, y sus ojos ven la tierra de lejos. De donde nasce que los bienes del cielo les parezcan lo que son, porque los miran como de cerca, y los de la tierra muy pequeños, porque demás de serlo, los miran de lejos. Lo contrario de lo cual acaesce á los malos, como quien tan de lejos miran las cosas del cielo y tan de cerca las de la tierra.

Y ésta es la causa por donde los que participan este don celestial, ni se envanecen con las cosas prósperas, ni desmayan con las adversas; porque con esta luz ven cuán poco es todo cuanto el mundo puede dar y quitar en comparación de lo que Dios da. Y así dice Salomón (2) que el justo permanece de una misma manera en su sabiduría como el sol; mas el loco á cada hora se muda como la luna. Sobre las cuales palabras dice S. Ambrosio en una epístola: El sabio no se quebranta con el temor, no se muda con el poder, no se levanta con las cosas prósperas, no se ahoga con las adversas. Porque donde está la sabiduría, ahí está la virtud, ahí la constancia, ahí la fortaleza. De manera que siempre se es el mismo en su ánimo, y ni se hace mayor ni menor con las mudanzas de las cosas, ni se deja llevar de todos los vientos de doctrinas, sino persevera perfecto en Cristo, fundado en caridad y arraigado en la fe.

Y no se debe nadie maravillar que esta sabiduría sea de tan grande virtud: porque no es ella (como ya dijimos) sabiduría de la tierra, sino del cielo; no la que envanece, sino la que edifica; no la que solamente alumbra con su especulación el entendimiento, sino la que mueve con su calor la voluntad: de la manera que movía la de Sant Augustín, de quien se escribe que lloraba cuando oía los psalmos y voces de la Iglesia, que dulcemente resonaban: las cuales voces entraban por sus oídos á lo íntimo de su corazón, y allí con el ca-

(1) Ibid. XXXIII. (2) Eccli. XXVII.

lor de la devoción se derretía la verdad en sus entrañas, y corrían lágrimas por sus ojos, con las cuales dice que le iba muy bien. ¡Oh bienaventuradas lágrimas, y bienaventurada escuela, y bienaventurada sabiduría, que tales fructos da! ¿Qué se puede comparar con esta sabiduría? No se dará, dice Job (1), por ella el oro precioso, ni se trocará por toda la plata del mundo. No igualarán con ella los paños de Indias labrados de diversos colores, ni las piedras preciosas de gran valor. No tienen que ver con ella los vasos de oro y vidro ricamente labrados, ni otra cosa alguna por grande y eminente que sea. Después de las cuales alabanzas concluye el sancto varón, diciendo: Mirad que el temor de Dios es esta sabiduría, y apartarse del pecado es la verdadera inteligencia.

Éste es pues, hermano, uno de los grandes premios con que te convidamos á la virtud, pues ella es la que tiene las llaves deste tesoro. Y así por este medio nos convida á ella Salomón en sus Proverbios (2), diciendo que si guardare el hombre sus palabras, y escondiere sus mandamientos en su corazón, entonces entenderá el temor del Señor, y hallará la sciencia de Dios. Porque el Señor es el que da la sabiduría, y de su boca procede la prudencia y la sciencia. La cual sabiduría no permanesce en un mismo ser; porque cada día cresce con nuevos resplandores y conoscimientos, como el mismo sabio lo significó diciendo (3): La senda de los justos resplandesce como luz, y así va procediendo y cresciendo hasta el perfecto día: que es el de aquella bienaventurada eternidad, donde ya no diremos con los amigos de Job que recibimos como á hurto las secretas inspiraciones de Dios, sino que claramente veremos y oiremos al mismo Dios.

Ésta es, pues, la sabiduría de que gozan los hijos de la luz: mas los malos, por el contrario, viven en aquellas tan horribles tinieblas de Egipto que se podían palpar con las manos (4). En figura de lo cual leemos que en la tierra de Jesé (donde moraban los hijos de Israel) había siempre luz, mas en la de Egipto día y noche había estas tinieblas: las cuales nos representan la horrible ceguedad y noche escura en que viven los malos, como ellos mismos lo confiesan por Isaías, diciendo (5): Espera-

(1) Job XXVIII. (2) Prov II. (3) Ibid. IV. (4) Exod. X. (5) Isai. LIX.

mos la luz, y vinieron tinieblas: y anduvimos como ciegos palpando las paredes: y como si no tuviéramos ojos, así atentábamos con las manos. Caímos en medio del día como si fuera de noche, y en los lugares escuros, como cuerpos de muertos. Si no, dime: ¿qué mayores ceguedades y desatinos que en los que cada paso caen los malos? ¿qué mayor ceguedad que vender el reino del cielo por las golosinas del mundo, que no temer el infierno, no buscar el paraíso, no temer el pecado, no hacer caso del juicio divino, no estimar las promesas ni las amenazas de Dios, no recelar la muerte que á cada hora nos aguarda, no aparejarse para la cuenta, y no ver que es momentáneo lo que deleita, y eterno lo que atormenta? No supieron, dice el Profeta (1) ni entendieron: en tinieblas andan perpetuamente; y así por unas tinieblas caminan á otras tinieblas, esto es, por las interiores á las exteriores, y por las desta vida á las de la otra.

Á cabo de toda esta materia me pareció avisar que aunque todo lo que está dicho desta celestial sabiduría y lumbre del Espíritu Sancto, sea grande verdad, mas no por eso ha de dejar nadie (por muy justificado que sea) de subjectarse húmilmente al parecer y juicio de los mayores, y señaladamente de los que están puestos por maestros y doctores de la Iglesia, como en otra parte más á la larga dijimos. Porque ¿quién más lleno de luz que el apóstol Sant Pablo, ni que Moisén, que hablaba con Dios cara á cara? Y con todo eso el uno vino á Hierusalem á comunicar con los Apóstoles el Evangelio (2) que había aprendido en el tercero cielo, y el otro no despreció el consejo de Jetro (3), su suegro, aunque gentil. La razón desto es, porque las ayudas y socorros interiores de la gracia no excluyen las exteriores de la Iglesia ; pues de una y de otra manera quiso la divina Providencia proveer á nuestra flaqueza, que de todo tenía necesidad. Por donde así como el calor natural de los cuerpos se ayuda con el calor exterior de los cielos: y la naturaleza, que procura cuanto puede la salud de su individuo, es también ayudada con las medicinas exteriores, que para esto fueron criadas: así también las lumbres y favores interiores de la gracia son grandemente ayudados con la luz y doctrina de la Iglesia, y no será merecedor de los unos el que no se quisiere húmilmente subjectar á los otros.

(1) Psalm. LXXXI. (2) Galat. II. (3) Exod. XVIII.

DEL CUARTO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD, QUE SON LAS CONSOLACIONES DEL ESPÍRITU SANCTO QUE SE DAN Á LOS BUENOS.

CAPÍTULO XV

BIEN pudiera yo poner aquí agora por cuarto privilegio de la virtud (después de la lumbre interior del Espíritu Sancto, con que se esclarecen las tinieblas de nuestro entendimiento) la caridad y amor de Dios, con que se enciende nuestra voluntad: mayormente pues á ella pone el Apóstol por el primero de los fructos del Espíritu Sancto. Mas porque aquí más tratamos de los favores y privilegios que se dan á la virtud, que de la misma virtud; y la caridad es virtud, y la más excelente de las virtudes; por eso no trataremos aquí della, puesto caso que la pudiéramos muy bien poner en esta lista, no en cuanto virtud, sino en cuanto un maravilloso don que da Dios á los virtuosos: el cual por una manera inefable interiormente inflama su voluntad, y la inclina á amar á Dios sobre todo cuanto se puede amar; el cual amor cuanto es más perfecto, tanto es más dulce y más deleitable: y por esta parte bien pudiera entrar en este número como fructo y premio de las otras virtudes y de sí misma. Mas por no parescer ambicioso alabador de la virtud (donde tantas otras cosas hay que decir en su favor) pondré en el cuarto lugar el alegría y gozo del Espíritu Sancto, que es propriedad natural desa misma caridad, y uno de los principales fructos del mismo Espíritu, como lo refiere S. Pablo.

Este privilegio se deriva del pasado, porque (como ya dijimos) aquella luz y conoscimiento que da nuestro Señor á los suyos, no pára en solo el entendimiento, sino desciende á la voluntad, donde echa sus rayos y resplandores, con los cuales la regala y alegra por una manera maravillosa en Dios. De suerte que así como la luz material produce de sí este calor que experimentamos, así esta luz espiritual produce en el ánima esta ale-

gría espiritual de que hablamos, según aquello del Profeta, que dice (1): Amaneció la luz al justo, y á los derechos de corazón el alegría. Y aunque desta materia tratamos en otro lugar, pero ella es tan rica y tan copiosa, que hay para hacer muchos tratados della, sin encontrarse uno con otro.

Conviénenos, pues, agora para el intento deste libro declarar qué tan grande sea esta alegría; porque el conoscimiento desta verdad hará mucho al caso para aficionar los hombres á la virtud. Porque sabida cosa es que así como todas las maneras de males que hay se hallan en el vicio, así también todas las maneras de bienes, así de honestidad como de utilidad, se hallan perfectísimamente en la virtud, si no es deleite y suavidad, de que los malos dicen que carece. Por lo cual (como el corazón humano sea tan goloso y amigo de deleites) dicen los tales (á lo menos por la obra) que más quieren lo que les deleita con todas esas quiebras, que lo que carece de deleite con todas sus ventajas. Esto dice Lactancio Firmiano por estas palabras: Porque las virtudes están mezcladas con amargura, y los vicios acompañados con deleite, ofendidos los hombres con lo uno y cebados con lo otro, se van de boca en pos de los vicios, y desamparan la virtud. Ésta es, pues, la causa deste tan grande mal; por lo cual no haría pequeño beneficio á los hombres quien los sacase deste engaño, y evidentemente les probase ser muy más deleitable el camino de la virtud que el de los vicios. Pues esto es lo que agora entiendo probar por evidentes razones, y señaladamente por autoridades y testimonios de la Escriptura divina: porque éstas son las más firmes y ciertas probanzas que hay en todas estas materias; pues antes faltará el cielo y la tierra que faltar estas verdades.

Pues dime ahora, hombre ciego y engañado: si el camino de Dios es tan triste y tan desabrido como tú lo pintas, ¿qué quiso significar el profeta David cuando dijo (2): ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, la cual tienes escondida para los que te temen? En las cuales palabras no sólo declara cuán grande sea esta dulzura que se da á los buenos, sino también la causa de no conoscerla los malos, que es tenerla Dios escondida de sus ojos. Item: ¿qué quiso significar el mismo Profeta cuando

(1) Psalm. XCVI. (2) Psalm. XXX.

dijo (1): Mi ánima se alegrará en el Señor, y se gozará en Dios, autor de su salud; y todos mis huesos (esto es, todas las fuerzas y potencias de mi ánima) dirán: Señor, ¿quién es como Tú? Pues ¿qué es esto, sino dar á entender que el alegría del justo es tan grande, que aunque ella derechamente se reciba en el espíritu, viene á redundar en la carne de tal manera, que la carne que no sabe deleitarse sino en cosas carnales, viene por la comunicación del espíritu á deleitarse en las espirituales y alegrarse en Dios vivo; y esto con tan grande alegría, que todos los huesos del cuerpo, recreados con esta maravillosa suavidad, dan al hombre motivo para dar voces y decir: Señor, ¿quién es como Vos? ¿Qué deleites hay como los vuestros? ¿Qué alegría, qué amor, qué paz, qué contentamientos puede dar ninguna criatura como el que dais Vos?

¿Qué quiso otrosí significar el mismo Profeta cuando dijo (2): Voz de salud y alegría suena en las moradas de los justos, sino dar á entender que la verdadera salud y verdadera alegría no se halla en las casas de los pecadores, sino en las ánimas de los justos? ¿Qué quiso tambien significar cuando dijo: Alégrense los justos, y sean recreados y banqueteados en presencia de Dios, y gócense con alegría: sino dar á entender las fiestas y los banquetes espirituales con que Dios muchas veces maravillosamente recrea las ánimas de sus escogidos con el gusto de las cosas celestiales? En los cuales banquetes se da á beber aquel vino suavísimo que el mismo Profeta alaba diciendo (3): Serán, Señor, vuestros siervos embriagados con el abundancia de los bienes de vuestra casa, y darles heis á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleites. ¿Con qué palabras, pues, pudiera mejor significar la grandeza destos deleites que llamándolos embriaguez y arroyo arrebatado: para declarar la fuerza que tienen para arrebatar el corazón del hombre y trasportarlo en Dios? Y esto mismo significa la embriaguez: porque así como el hombre que ha bebido mucho vino, pierde el uso de los sentidos y está por entonces como muerto con la fuerza del vino, así el hombre que está tomado deste vino celestial, viene á morir al mundo y á todos los gustos y sentidos desordenados de las cosas dél.

Item: ¿qué quiso significar el mismo Profeta cuando dijo (4):

(1) Psalm. 34. (2) Psalm. 117. (3) Psalm. 35. (4) Psalm. 88.

Bienaventurado el pueblo que sabe qué cosa es jubilación? Otros por ventura dijeran: Bienaventurado el pueblo que es abastado y proveído de todas las cosas, y cercado de buenos muros y baluartes, y guardado con muy buena gente de guarnición. Mas el sancto Rey (que de todo esto sabía mucho) no dice sino que aquél es bienaventurado, que sabe por experiencia qué cosa sea alegrarse y gozarse en Dios, no con cualquier manera de gozo sino con aquel que merece nombre de jubilación: el cual, como dice S. Gregorio, es un gozo del espíritu tan grande, que ni se puede explicar con palabras ni se deja de manifestar con muestras y obras exteriores. Pues bienaventurado el pueblo que así ha crescido y aprovechado en el gusto y amor de Dios, que sabe por experiencia qué cosa sea esta jubilación, la cual no alcanzó á saber ni el sabio Platón, ni Demóstenes el elocuente, sino el corazón puro y humilde donde mora Dios. Pues si el mismo Dios es el autor deste gozo y jubilación, ¿qué tal será el gozo causado por Dios? Porque cierto es que así como (generalmente hablando) el castigo de Dios es conforme al mismo Dios, así también el consuelo de Dios suele ser conforme á Él. Pues si tan grandes son los castigos cuando castiga, ¿qué tan grandes serán los consuelos cuando consuela? Si tan pesada tiene la mano cuando la carga para azotar, ¿qué tan blanda la tendrá cuando la extiende para regalar, mayormente manifestándose este Señor muy más admirable en las obras de misericordia que en las de justicia?

Sobre todo esto dime: ¿qué bodega es aquella de vinos preciosos, donde la esposa se gloría que la había llevado su esposo y ordenado en ella la caridad? Y ¿qué linaje otrosí de convite es aquel á que nos convida el mismo esposo, diciendo: Bebed, amigos, y embriagaos los muy amados? Pues ¿qué embriaguez es ésta, sino la grandeza deste divino dulzor, el cual de tal manera transporta y enajena los corazones de los hombres, que los hace andar como fuera de sí? Porque entonces solemos decir que está un hombre embriagado, cuando es más el vino que ha bebido del que puede digerir su calor natural: por donde viene el vino á subirse á la cabeza y enseñorearse de tal manera dél, que ya no se rige por sí, sino por el vino que está en él. Pues si esto es así, dime: ¿qué tal estará un ánima cuando esté tan tomada deste vino celestial, cuando esté tan llena de Dios y de su amor, que no pueda ella con tan grande carga de deleites ni baste toda su

capacidad y virtud para sufrir tan grande felicidad? Así se escribe del sancto Efrén que muchas veces era tan poderosamente arrebatado deste vino de la suavidad celestial, que no pudiendo ya la flaqueza del subjecto sufrir la grandeza destos deleites, era compelido á clamar á Dios, diciendo: Señor, apartaos un poco de mí, porque no puede la flaqueza de mi cuerpo sufrir la grandeza de vuestros deleites. ¡Oh maravillosa bondad! ¡Oh inmensa suavidad deste soberano Señor, que con tan larga mano se comunica á sus criaturas, que no baste la fortaleza de su corazón para sufrir la abundancia de tan grandes alegrías!

Pues con esta celestial embriaguez se adormescen los sentidos del ánima; con ésta goza de un sueño de paz y de vida; con ésta se levanta sobre sí misma, y conoce, y ama, y gusta sobre todo lo que alcanza el ser natural. De donde así como el agua que está sobre el fuego, cuando está muy caliente, cuasi olvidada de su propria naturaleza (que es pesada y tira para bajo) da saltos hacia arriba imitando la ligereza y naturaleza del fuego de que está tomada, así la tal ánima, inflamada desta llama celestial, se levanta sobre sí misma, y esforzándose por subir con el espíritu de la tierra al cielo (de donde le viene esta llama) hierve con deseo encendidísimo de Dios: y así corre con arrebatados ímpetos por abrazarse con Él, y tiende los brazos en alto por ver si podrá alcanzar Aquél que tanto ama: y como ni puede alcanzarlo ni dejar de desearlo, desfallece con la grandeza del deseo no cumplido, y no le queda otro consuelo sino enviar sospiros y deseos entrañables al cielo, diciendo con la Esposa de los Cantares (1): Haced saber á mi amado que estoy enferma de amor: la cual manera de enfermedad dicen los sanctos que procede de impedírsele y dilatarse el cumplimiento deste tan grande y tan poderoso deseo. Pero no desmayes por eso (dice un doctor) oh amoroso espíritu, porque esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Mas ¿qué lengua podrá declarar la grandeza de los deleites que pasan entre estos amados en aquel florido lecho de Salomón (2), labrado de madera de Líbano, con sus columnas de plata, y reclinatorio de oro? Éste es el lugar de los desposorios espirituales, el cual por eso se llama lecho, por-

(1) Cant. V. (2) Cant. III.

que es lugar de descanso, y de amor, y de cumplido reposo, y de sueño de vida, y de celestiales deleites. Los cuales qué tan grandes sean, no lo puede saber nadie sino aquél que los ha probado, como S. Juan dice en su Apocalipsi. Mas todavía no faltan gravísimas conjecturas por donde nosotros también podamos barruntar algo de lo que esto es. Porque quien considerare la inmensidad de la bondad y caridad del Hijo de Dios para con los hombres, la cual llegó á padescer tan extrañas maneras de tormentos y deshonras por ellos, ¿cómo extrañará lo que aquí encarecemos, pues todo es como nada en comparación de aquello? ¿Qué no hará por amor de los justos quien hasta aquí llegó por justos y injustos? ¿Qué regalos no hará á los amigos quien todos aquellos dolores padesció por amigos y enemigos? Algún indicio tenemos desto en el libro de los Cantares, donde son tantos los favores y regalos que se escriben del Esposo celestial para con su Esposa (que es la Iglesia, y cada una de las ánimas que están en gracia) y tan dulces y amorosas palabras las que se dicen de parte á parte, que ninguna elocuencia ni amor del mundo las podrá fingir mayores.

Otra conjectura también hay de parte de los hombres, digo de los justos y amigos verdaderos de Dios. Porque si miras al corazón destos, hallarás que el mayor deseo que tienen, y en lo que andan ocupados perpetuamente, es pensando cómo servirán á Dios, y cómo harán de sí mil manjares para agradar en algo á quien tanto aman, y á quien tanto hizo y hace cada día por ellos, y con tanta blandura los trata y los consuela. Pues dime agora: si el hombre, siendo por sí una criatura tan desleal, y tan poco de sí para todo lo bueno, llega á tener esta fe y lealtad con Dios, ¿qué hará para con él Aquél cuya bondad, cuya caridad, cuya lealtad es infinitamente mayor? Si, como dice el Profeta (1), es proprio de Dios ser sancto con el sancto, y bueno para con el bueno, y la bondad del hombre llega hasta aquí, ¿adónde llegará la de Dios? Si Dios se pone á competir con los buenos en bondad, ¿qué ventaja les hará en esta competencia tan gloriosa? Pues si (como dijimos) tantos potajes desea hacer de sí el varón justo que arde en amor de Dios para agradar al mismo Dios, ¿qué hará el mismo Dios para regalar y consolar al justo?

(1) Psalm. XVII.

Esto ni se puede explicar, ni se puede entender; porque por esto dijo el profeta Isaías (1) que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazón humano pudo caber lo que Dios tiene aparejado para los que esperaban en Él. Lo cual no sólo se entiende de los bienes de gloria, sino también de los de gracia, como declara Sant Pablo (2).

¿Parécete, pues, hermano, que está este camino de la virtud bastantemente proveído de deleites? ¿Parécete que podrán todos los deleites de los hombres mundanos compararse con éstos? ¿Qué comparación puede haber entre la luz y las tinieblas, y entre Cristo y Belial? ¿Qué comparación puede haber entre deleites de tierra y deleites de cielo, deleites de carne y deleites de espíritu, deleites de criatura y deleites de Criador? Porque claro está que cuanto las cosas son más nobles y más excelentes, tanto son más poderosas para causar mayores deleites. Si no, dime: ¿qué otra cosa quiso significar el Profeta cuando dijo (3): Más vale el poquito del justo, que las muchas riquezas de los pecadores? Y en otro lugar (4): Más vale, Señor, un día en vuestra casa, que mil días de fiesta fuera della. Por lo cual quise yo más estar abatido en la casa de mi Dios, que morar en las casas soberbias de los pecadores. Finalmente, ¿qué otra cosa quiso significar la Esposa en los Cantares cuando dijo (5): Más valen, Señor, tus pechos que el vino? Y luego más abajo repite lo mismo diciendo: Gozarnos hemos, Señor, y alegrarnos hemos en ti, acordándonos de tus pechos, los cuales son más dulces que el vino. Esto es: acordándonos de la leche suavísima de las consolaciones y regalos con que recreas y crías á tus pechos tus espirituales hijos, los cuales son más suaves que el vino: por el cual claro está que no entiende este vino material (como ni la leche de los pechos divinos tampoco lo es) sino por él entiende todos los deleites del mundo: los cuales da á beber aquella mala mujer del Apocalipsi (6), que está asentada sobre las muchas aguas con una copa de oro, con que embarracha y trastorna el seso de todos los moradores de Babilonia, para que no sientan su perdición.

---

(1) Isai 64. (2) I Cor. 2. (3) Ps. 36 (4) Ps. 83. (5) Cant. I. (6) Apoc. 17.

De cómo en la oración señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones divinas.

§. I.

Y si prosiguiendo más adelante esta materia, me preguntares dónde señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones que habemos dicho, á esto responde el Señor por el profeta Isaías (1): Á los hijos de los extranjeros que se llegan al Señor para servirle y amarle, y guardar las leyes de su amistad, yo los llevaré á mi sancto monte, y alegrarlos he en la casa de mi oración. De manera que en este santo ejercicio señaladamente alegra el Señor á sus escogidos. Porque (como dice Sant Lorenzo Justiniano) en la oración se enciende el corazón de los justos en el amor de su Criador; y allí á veces se levantan sobre sí mismos, y paréceles que están ya entre los coros de los ángeles; y allí en presencia del Criador cantan y aman, gimen y alaban, lloran y gózanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse en Vos, á quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo y gozan con la caridad. Entonces conoscen por experiencia ser verdad lo que dijistes (2): Mi gozo será cumplido en ellos: el cual como un río de paz se extiende por las potencias del ánima, esclaresciendo el entendimiento, alegrando la voluntad, y recogiendo la memoria y todos sus pensamientos en Dios: y aquí con unos brazos de amor abrazan, y tienen una cosa dentro de sí, y no saben qué es; mas desean con todas sus fuerzas tenerla que no se les vaya. Y así como el patriarca Jacob luchaba con aquel ángel (3), y no le quería soltar de las manos, así acá lucha en su manera el corazón con aquel divino dulzor porque no se le vaya, como cosa en que halló todo lo que deseaba. Y así dice con Sant Pedro en el monte (4): Señor, bueno es que nos estemos aquí, y no nos vamos deste lugar. Aquí luego entiende el ánima todo aquel lenguaje de amor que se habla en los Cantares, y canta ella

(1) Isai. LVI. (2) Joan. XVII. (3) Genes. XXXII. (4) Matth. XVII.

también en su manera todas aquellas suavísimas canciones, diciendo (1): Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor. Y luego más abajo dice: Su mano siniestra tiene debajo de mi cabeza, y con la diestra me abrazará. Entonces el ánima encendida con esta divina llama desea con gran deseo salir desta cárcel, y sus lágrimas le son pan de día y de noche, mientra se dilata esta partida. La muerte tiene en deseo, y la vida en paciencia, diciendo á la continua aquellas palabras de la misma Esposa (2): ¡Quién te me diese, hermano mío, que te mantienes de los pechos de mi madre, que te hallase yo allá fuera y te diese besos de paz! Entonces maravillándose de sí misma cómo tales tesoros le estaban escondidos en los tiempos pasados, y viendo que todos los hombres son capaces de tan grande bien, desea salir por todas las plazas y calles, y dar voces á los hombres, y decir: ¡Oh locos! ¡Oh desvariados! ¿En qué andáis? ¿qué buscáis? ¿cómo no os dais priesa por gozar de tan grande bien? Gustad y ved cuán suave es el Señor (3). Bienaventurado el varón que espera en Él. Aquí gustada ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es desabrida. La compañía le es cárcel, la soledad tiene por paraíso y sus deleites son estar con el Señor que ama. La honra le es carga pesada, y la gobernacion de la casa y hacienda tiene por un linaje de cruz. No querría que el cielo ni la tierra le estorbasen sus deleites, y por esto trabaja que no se le trabe el corazón de cosa alguna. No tiene más de un amor y un deseo; todas las cosas ama en uno, y uno es el amado en todas las cosas. Sabe muy bien decir con el Profeta (4); ¿Qué tengo yo que querer en el cielo, ni qué bienes te pido yo, Señor, en la tierra? Desfallecido ha mi carne y mi corazón, Dios de mi corazón, y mi única y sola parte, Dios para siempre.

No le parece que tiene ya tan escuro conoscimiento de las cosas sagradas, sino que las ve con otros ojos: porque tales movimientos y mudanzas siente en su corazón que le son grandísimos argumentos y testimonios de las verdades de la fe. El día le es enojoso cuando amanesce con sus cuidados, y desea la noche quieta para gastarla con Dios. Ninguna noche tiene por larga, antes la más larga le parece la mejor. Y si la noche

(1) Cant. II. (2) Cant. VIII. (3) Psalm. XXXIII. (4) Psalm. LXXII.

fuere serena, alza los ojos á mirar la hermosura de los cielos y el resplandor de la luna y de las estrellas, y mira todas estas cosas con otros diferentes ojos y con otros muy diferentes gozos. Míralas como á unas muestras de la hermosura de su Criador, como á unos espejos de su gloria, como á unos intérpretes y mensajeros que le traen nuevas dél, como á unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como á unos presentes y dones que el esposo envía á su esposa para enamoralla y entretenerla hasta el día en que se hayan de tomar las manos y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le paresce que habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado le envía, y un largo proceso y testimonio de su amor. Éstas son, hermano mío, las noches de los amadores de Dios, y éste es el sueño que duermen. Pues con el dulce y blando ruido de la noche sosegada, con la dulce música y harmonía de las criaturas arrúllase dentro de sí el ánima, y comienza á dormir aquel sueño velador de quien se dice (1): Yo duermo, y vela mi corazón. Y como el esposo dulcísimo la ve en sus brazos adormecida, guárdale aquel sueño de vida, y manda que nadie sea osado á la despertar, diciendo (2): Conjúroos, hijas de Hierusalem, por los gamos y por los ciervos de los campos que no despertéis á mi amada hasta que ella quiera despertar.

Pues ¿qué tales te parescen estas noches, hermano? ¿Cuáles son mejores, éstas, ó las de los hijos deste siglo, que andan á estas horas acechando á la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargados de hierro, de temores y de sospechas, trayendo las vidas y las ánimas en peligro y atesorando ira para el día de su perdición?

De las consolaciones de los que comienzan á servir á Dios.

§. II.

Posible sería que á todo esto me respondieses con una sola cosa, diciendo que estos favores tan grandes de que habemos hablado, no se conceden á todos, sino solamente

(1) Cant. V. (2) Ibid, II

á los perfectos, y que hay mucho camino que andar hasta serlo. Verdad es que para los tales son tales bienes; mas también previene nuestro Señor con bendiciones de dulcedumbre á los que comienzan, y les da primero leche dulce como á niños, y después les enseña á comer pan con corteza. ¿No miras las fiestas que se hicieron en la venida del hijo pródigo (1), los convites, los convidados, la música que sonaba por todas partes? Pues ¿qué es esto sino figura del alegría espiritual que pasa dentro del ánima cuando se ve salida de Egipto, y libre del captiverio de Faraón, y de la servidumbre del demonio? Porque ¿cómo el que así se ve libre, no hará fiesta por tan grande beneficio? ¿Cómo no convidará á todas las criaturas para que le ayuden á dar gracias á su libertador por él diciendo: Cantemos al Señor que tan gloriosamente ha triunfado; pues al caballo y al caballero arrojó en la mar?

Y si esto no fuese así, ¿dónde estaría la providencia de Dios, que á cada criatura provee perfectísimamente según su naturaleza, su flaqueza, su edad y su capacidad? Pues cierto es que no podrían los hombres, aun carnales y mundanos, andar por este nuevo camino, y poner debajo de los pies al mundo, si el Señor no los proveyese de semejantes favores. Y por esto á su divina Providencia pertenesce (ya que se determina sacarlos del mundo) hacerles este camino tan llano, que puedan fácilmente caminar por él, sin que las dificultades dél los hagan volver atrás. Desto es evidentísima figura aquel camino por donde Dios llevó á los hijos de Israel á la tierra de promisión, del cual escribe Moisén estas palabras (2): Cuando sacó el Señor á los hijos de Israel de la tierra de Egipto, no los quiso llevar por la tierra de los filisteos (por donde era más corta la jornada) porque no se arrepintiesen á medio camino y se volviesen á Egipto, viendo las guerras que por aquella parte se les levantaban. Pues este mismo Señor que entonces usó desta providencia para llevar á á su pueblo á la tierra de promisión cuando los sacó de Egipto, ese mismo usa agora de otra semejante á ésta para llevar al cielo á los que Él quiere llevar cuando los saca del mundo.

Antes quiero que sepas que aunque los favores y consolaciones de los perfectos sean muy altas, pero es tan grande la

(1) Luc. XV. (2) Exod. XIII.

piedad de nuestro Señor para con los pequeñuelos, que mirando su pobreza, Él mismo les ayuda á poner casa de nuevo; y viendo que se están todavía entre las ocasiones de pecar, y que tienen aun sus pasiones por mortificar, para alcanzar victoria dellas, y para descarnarlos de su carne, y destetarlos de la leche del mundo, y apretarlos consigo con tan fuertes vínculos de amor que no se le vayan de casa, por todas estas causas los provee de una tan poderosa consolación y alegría, que aunque ellos sean principiantes, tiene semejanza en su proporción con el alegría de los perfectos. Si no, dime: ¿qué otra cosa quiso Dios significar en aquellas sus fiestas del Testamento viejo, cuando decía (1) que el primer día y el postrero fuesen de igual veneración y solemnidad? Los otros seis días de en medio eran como dentre semana; mas estos dos extremos eran señalados y aventajados entre todos los otros. Pues ¿qué es esto, sino imagen y figura de lo que hablamos? En el primer día quiere Dios que se haga fiesta como en el postrero; para dar á entender que en el principio de la conversión y en el fin de la perfección hace nuestro Señor grande fiesta á todos sus siervos, considerando en los unos el merescimiento, y en los otros la necesidad: y usando con los unos de justicia, y con los otros de su gracia: dando á unos lo que merescen por su virtud, y á otros más de lo que merescen por su necesidad.

Cuando los árboles florescen y cuando madura la fruta, están más hermosos de mirar. El día del desposorio, y también del casamiento, son días de fiesta señalados. En los principios se desposa nuestro Señor con el ánima, y como la toma en camisa, Él hace la fiesta á su costa; y así la fiesta es, no conforme á los merescimientos de la esposa, sino conforme á la riqueza del esposo, que lo pone todo de su casa; y así dice Él (2): Nuestra hermana es pequeña y no tiene pechos, y según esto con leche ajena ha de criar su criatura. Por esto dice la misma esposa hablando con su esposo (3): Las doncellicas te amaron mucho. No dice las doncellas, que son las ánimas ya más fundadas en la virtud, sino las de más tierna edad, que son las que comienzan á abrir los ojos á aquella nueva luz: ésas (dice ella) te amaron mucho. Porque las tales suelen tener en su comienzo grandes

(1) Levit. XXIII; Num. XXVIII. (2) Cant. VIII. (3) Ibid. I.

movimientos de amor, como Sancto Tomás lo declara en un opúsculo. Y la causa desto entre otras dice él que es la novedad del estado, del amor, de la luz y conoscimiento de las cosas divinas que de presente conocen, que hasta allí no conoscían. Porque la novedad deste conoscimiento causa en ellos una grande admiración, acompañada con una grande suavidad y agradescimiento de quien tanto bien les hizo, y que de tales tinieblas los sacó. Vemos que cuando un hombre entra de nuevo en una grande y famosa ciudad, ó en un palacio real, los primeros días anda como abobado y suspenso con la novedad y hermosura de las cosas que ve: mas después que ya las ha visto muchas veces, descrece aquella admiración y gusto con que al principio las miraba. Pues lo mismo acaesce en su manera á los que entran en esta nueva región de la gracia, por la novedad de las cosas que se les descubren en ella. Por lo cual no es maravilla que algunas veces los nuevos devotos sientan mayores fervores en sus ánimas que los más antiguos; porque la novedad de la luz y sentimiento de las cosas divinas causa en ellos mayor alteración. Y de aquí viene lo que muy bien notó S. Bernardo, que no mintió el hermano mayor del hijo pródigo cuando se querelló de su buen padre diciendo que habiéndole él servido tantos años sin traspasar sus mandamientos, no había recebido tan grandes favores como los que el hijo desperdiciado recibió cuando se tornó á su casa. Hierve también el amor nuevo como el vino nuevo, en los principios, y la olla da por cima luego como siente la llama y comienza á experimentar el extraño y nuevo calor del fuego. Adelante es el calor más fuerte y más sosegado: pero á los principios más fervoroso.

Muy buen recibimiento hace el Señor á los que de nuevo entran en su casa. Los primeros días comen de balde, y todo se les hace ligero. Hase con ellos el Señor como el mercader, que la primera muestra de la hacienda que quiere vender, da de balde, como quiera que lo demás venda por su justo valor. El amor que se tiene á los hijos chiquitos, aunque no es mayor que el de los que están ya criados, pero es más tierno y más regalado. A éstos llevan en brazos, los otros andan por su pie: á los otros ponen en trabajos, á estos de propósito se los quitan, y sin buscar ellos la comida, muchas veces les ruegan con ella, y aun se la ponen en la boca.

Pues deste buen tratamiento del Señor y destos favores tan conocidos nasce en los que comienzan, aquella alegría espiritual que el Profeta significó cuando dijo (1): Con las gotas del agua lluvia que de lo alto caen, se alegrará la nueva planta que comienza á florescer. Pues ¿qué planta es ésta, y qué gotas de agua éstas, sino el roscío de la divina gracia, con que se riegan las espirituales plantas que de nuevo son transplantadas del mundo en la huerta del Señor? Pues déstas dice el Profeta que se alegrarán con las gotas desta agua que caen de lo alto: para significar la grande alegría que los tales reciben con las primicias desta nueva visitación y beneficio celestial. Y no pienses que estos favores, porque se llaman gotas, es tan pequeña su virtud como su nombre; porque (como dice S. Augustín) el que bebiere del río del paraíso, del cual sola una gota es mayor que todo el mar Océano, cierto es que sola ésta bastará para apagar en él toda la sed del mundo.

Ni es argumento contra esto decir que tú no sientes estas consolaciones y alegrías aunque pienses en Dios. Porque si cuando el paladar está corrompido con malos humores, no juzga bien de los sabores (porque lo amargo le parece dulce, y lo dulce amargo) ¿qué maravilla es que teniendo tú el ánima corrompida con tantos malos humores de vicios y aficiones desordenadas, y tan hecho á las ollas podridas de Egipto, tengas hastío del maná del cielo y del pan de los ángeles? Purga tú ese paladar con las lágrimas de la penitencia, y así purgado y limpio podrá gustar y ver cuán suave es el Señor.

Pues siendo esto así, dime agora, hermano: ¿qué bienes hay en el mundo que no sean basura comparados con éstos? Dos bienaventuranzas ponen los sanctos: una comenzada, y otra acabada; de la acabada gozan los bienaventurados en la gloria, y de la comenzada los justos en esta vida. Pues ¿qué más quieres tú que comenzar dende agora á ser bienaventurado y recebir dende acá las arras de aquel divino casamiento que allá se celebra por palabras de presente y aquí se comienza por palabras de futuro? Oh hombre (dice Ricardo) pues en este paraíso puedes vivir y gozar deste tesoro, ve y vende todo lo que tienes y compra esta tan preciosa posesión, que no te será cara: por-

(1) Psalm LXIV.

que el mercader es Cristo, que la da casi de balde. No lo dilates para adelante, porque un punto que agora pierdes, vale más que todos los tesoros del mundo. Y aunque adelante se te diese, sey (1) cierto que has de vivir con grande dolor de lo que pierdes, y llorar siempre con S. Augustín, diciendo: Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Este Sancto lloraba siempre la tardanza de la vuelta, aunque no fué despojado de la corona: mira tú no vengas á llorarlo todo, si por un cabo pierdes los bienes de gloria de que gozan los sanctos en la vida venidera, y por otro los de gracia, de la que los justos gozan en la presente.

(1) *Sey*, forma ant. equivalente á *sé*, imperativo del verbo *ser*.

DEL QUINTO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD, QUE ES EL ALEGRÍA DE LA BUENA CONSCIENCIA DE QUE GOZAN LOS BUENOS, Y DEL TORMENTO Y REMORDIMIENTO INTERIOR QUE PADESCEN LOS MALOS.

CAPÍTULO XVI.

CON el alegría de las consolaciones del Espíritu Sancto se junta otra manera de alegría que tienen los justos con el testimonio de la buena consciencia. Para entender la dignidad y condición deste privilegio es de saber que la divina Providencia (la cual á todas las criaturas proveyó de lo necesario para su conservación y perfección) queriendo que la criatura racional fuese perfecta, proveyóle suficientemente de todo lo que para esto era necesario. Y porque la perfección desta criatura consiste en la perfección de su entendimiento y voluntad (que son las dos principales potencias de nuestra ánima, la una de las cuales se perfecciona con la sciencia y la otra con la virtud) por esto en el entendimiento crió los principios universales de todas las sciencias (de donde proceden las conclusiones dellas) y en la voluntad crió la simiente de todas las virtudes: porque en ella puso una natural inclinación á todo lo bueno, y un aborrescimiento á todo lo malo: la cual así como naturalmente se huelga con lo uno, así también se entristece y murmura contra lo otro, como contra cosa que naturalmente aborresce. La cual inclinación es tan natural y tan poderosa, que puesto caso que con la costumbre larga del mal vivir se puede enflaquecer y debilitar, mas nunca del todo se puede extinguir y acabar: así como acaesce también á nuestro libre albedrío, el cual aunque con el uso de pecar se debilita y enflaquece, mas nunca del todo muere. Y en figura desto leemos que entre todas las calamidades y pérdidas del sancto Job (1), nunca faltó un criado que escapase de aquella rota, el cual le

(1) Job. I.

viniese á dar cuenta della. Y desta manera nunca falta al que peca este criado (que los doctores llaman sindéresis de la consciencia) que entre todas las otras pérdidas queda salvo, y entre todas las otras muertes vivo; el cual no deja de representar al malo los bienes que perdió cuando pecó, y el estado miserable en que cayó.

En lo cual maravillosamente resplandesce el cuidado de la Providencia divina, y el amor que tiene á la virtud, pues así nos proveyó de un perpetuo despertador que nunca durmiese, y de un perpetuo predicador que nunca se enmudeciese, y de un maestro y ayo que siempre nos encaminase al bien. Esto entendió maravillosamente Epicteto, filósofo estoico, el cual dice que así como los padres suelen encomendar sus hijos, cuando son pequeños, á algún ayo que tenga cuidado de apartarlos de todo vicio, y encaminarlos á toda virtud, así Dios, como padre nuestro, después de ya criados nos entregó á esta natural virtud que llamamos consciencia, como á otro ayo, para que ella nos estuviese siempre enseñando y encaminando á todo bien, y acusando y remordiendo en el mal.

Pues así como esta consciencia es ayo y maestro de los buenos, así por el contrario es verdugo y azote de los malos que interiormente los azota y acusa por los males que hacen, y echa acíbar en todos sus placeres, de tal manera, que apenas han dado el bocado en la cebolla de Egipto, cuando luego les salta la lágrima viva en el ojo. Y ésta es una de las penas con que Dios amenaza á los malos por Isaías diciendo que entregará á Babilonia en poder del erizo. Porque por justo juicio de Dios es entregado el corazón del malo (que es aquí entendido por Babilonia) á los erizos, que son los demonios, y son también las espinas de los aguijones y remordimientos de la consciencia, que consigo traen los pecados, los cuales como espinas muy agudas atormentan y punzan su corazón. Y si quieres saber qué espinas sean éstas, digo que una espina es la misma fealdad y enormidad del pecado: la cual de sí es tan abominable, que decía un filósofo: Si supiese que los dioses me habían de perdonar, y los hombres no lo habían de barruntar, todavía no osaría cometer un pecado por sola la fealdad que hay en él. Otra espina es, cuando el pecado trae consigo perjuicio de partes; porque entonces se representa él como aquel derramamiento de sangre de Abel,

que estaba clamando á Dios y pidiendo venganza. Y así se escribe en el primer libro de los Macabeos que se le representaban al rey Antioco los grandes males y agravios que había hecho en Hierusalem: los cuales tanto le apretaron, que le causaron tristeza y mal de muerte. Y así estando él para morir, dijo: Acuérdome de los males que hice en Hierusalem, de donde tomé tantos tesoros de oro y plata, y destruí los moradores de la ciudad sin causa. Por donde conosco que me vinieron todos estos males que padezco, y así muero ahora con tristeza grande en tierra ajena. Otra espina es la infamia que se sigue del mismo pecado, la cual el malo ni puede dejar de barruntar, ni puede dejar de sentir; pues naturalmente desean los hombres ser bienquistos, y sienten mucho ser malquistos, pues como dijo un sabio, no hay en el mundo mayor tormento que el público odio. Otra espina es el temor necesario de la muerte, y la incertidumbre de la vida, el recelo de la cuenta, y el horror de la pena eterna; porque cada cosa destas es una espina que hiere y punza muy agudamente el corazón del malo, tanto que todas cuantas veces se le ofrece la memoria desta muerte, por un cabo tan cierta, y por otro tan incierta, no puede dejar de entristecerse, como el Eclesiástico dice (1), porque ve que aquel día ha de vengar sus maldades, y poner fin á todos sus vicios y deleites. La cual memoria nadie puede desechar de sí, pues no hay cosa más natural al mortal que morir. Y de aquí nasce que con cualquiera mala disposición que tenga, luego está lleno de temores y sobresaltos, si morirá, si no morirá, porque la vehemencia del amor proprio y la pasión del temor le hacen haber miedo de las sombras, y temer donde no hay que temer. Pues ya si hay en la tierra comunes enfermedades, si muertes, temblores de tierra, ó truenos, ó relámpagos, luego se turba y altera con el miedo de su mala consciencia, figurándosele que todo aquello puede venir por su causa.

Pues todas estas espinas juntas atormentan y punzan el corazon de los malos, como muy á la larga lo describe uno de aquellos amigos del sancto Job (2), cuyas palabras en sentencia referiré aquí para mayor luz desta doctrina. Todos los días de su vida (dice él) persevera el malo en su soberbia, siendo tan incierto

(1) Eccli. XII. (2) Job. XV.

el número de los años de su tiranía. Siempre suenan en sus oídos voces de temor y de espanto, que son los clamores de la mala consciencia, que le está siempre remordiendo y acusando. En medio de la paz teme celadas de enemigos, porque por muy pacífico y contento que viva, nunca faltan temores y sobresaltos á la mala consciencia. No puede acabar de creer que le sea posible venir de las tinieblas á la luz. Esto es, no cree que sea posible salir de las tinieblas de aquel miserable estado en que vive, y alcanzar la serenidad y tranquilidad de la buena consciencia: la cual como una luz hermosísima alegra y esclarece todos los senos y rincones del ánima: porque siempre le parece que por todas partes ve la espada delante de sí desnuda, de tal manera, que aun cuando se asienta á comer á la mesa (donde generalmente se suelen los hombres alegrar) allí no le faltan temores, y sobresaltos, y desconfianzas, pareciéndole que le está aguardando el día de las tinieblas, que es el día de la muerte y del juicio y de la sentencia final. De manera que las tribulaciones y angustias le espantan y cercan por todas partes, así como va cercado un rey de su gente cuando entra en la batalla. Desta manera, pues, describe este amigo de Job la cruel carnicería que pasa en el corazón destos miserables, porque como dijo muy bien un filósofo, por ley eterna de Dios siempre persigue el temor á los malos. Lo cual concuerda muy bien con aquella sentencia de Salomón, que dice (1): Huye el malo sin que nadie lo persiga: mas el justo está confiado y esforzado como un león.

Todo esto comprehende en pocas palabras S. Augustín diciendo: Mandásteslo, Señor, y verdaderamente ello es así, que el ánimo desordenado sea tormento de sí mismo. Lo cual generalmente se halla en todas las cosas. Porque ¿qué cosa hay en el mundo, que estando desordenada no esté naturalmente inquieta y descontenta? El hueso que está fuera de su juntura y lugar natural ¡qué dolores causa! El elemento que está fuera de su centro ¡qué violencia padesce! Los humores del cuerpo humano cuando están fuera de aquella proporción y templanza natural que habían de tener ¡qué enfermedades causan! Pues como sea cosa tan propria y tan debida á la criatura racional vivir por

(1) Prov. XXVIII.

orden y por razón, siendo la vida desordenada y fuera de razón, ¿cómo no ha de padescer y reclamar la naturaleza desta criatura? Muy bien dijo el sancto Job (1): ¿Quién jamás resistió á Dios, y vivió en paz? Sobre las cuales palabras dice S. Gregorio que así como Dios crió las cosas maravillosamente, así las dispuso muy ordenadamente; para que así se conservasen y permaneciesen en su ser. De donde se infiere que quien resiste á la disposición y orden del Criador, deshace el concierto de la paz que della se seguía; porque no pueden estar quietas las cosas que salen del compás de la divina disposición. Y así las que permanesciendo en la subjección de Dios, vivían en orden y en paz, salidas desta subjección, juntamente con la orden pierden la paz. Como se ve claro en el primer hombre y en el ángel que cayeron, los cuales porque haciendo su voluntad salieron de la orden y subjección de Dios, juntamente con la orden perdieron la felicidad y paz en que vivían; y el hombre, que estando subjecto era señor de sí, cuando perdió esta subjección, luego halló la guerra y la rebelión dentro de sí.

Éste es, pues, el tormento en que por justo juicio de Dios viven los malos, que es una de las grandes miserias que en esta vida padescen. Así lo predican generalmente todos los sanctos. S. Ambrosio en el libro de sus Oficios dice: ¿Qué pena hay más grave que la llaga interior de la consciencia? Por ventura ¿no es este mal más para huir que la muerte, que las pérdidas de la hacienda, que el destierro, que la enfermedad y el dolor? S. Isidro dice: De todas las cosas puede huir el hombre, sino de sí mismo. Porque doquiera que fuere, no le ha de desamparar el tormento de la mala consciencia. Y en otro lugar dice el mismo: Ninguna pena hay mayor que la de la mala consciencia; por tanto si quieres nunca estar triste, vive bien. Lo cual es en tanta manera verdad, que hasta los mismos filósofos gentiles (sin conoscer ni creer las penas con que nuestra fe castiga á los malos) confiesan esta misma verdad. Y así dice Séneca: ¿Qué aprovecha esconderse y huir de los ojos y oídos de los hombres? La buena consciencia llama por testigos á todo el mundo, pero la mala aunque esté en la soledad, está solícita y congojosa. Si es bueno lo que haces, sépanlo todos; y si es malo, ¿qué hace al caso que

(1) Job. IX.

no lo sepan los otros, si lo sabes tú? ¡Oh miserable de ti, si menosprecias este testigo, pues es cierto que la propria consciencia vale (como dicen) por mil testigos! Y el mismo en otra parte dice que la mayor pena que se puede dar á una culpa, es haberla cometido. Y en otra repite lo mismo, diciendo: Á ningún testigo de tus pecados debes temer más que á tí mismo, porque de todos los otros puedes huir, mas de ti no, como sea cierto que la maldad sea pena de sí misma. Tulio en una oración dice: Grande es la fuerza de la consciencia en cualquiera de las partes, y así nunca temen los que no hicieron por qué, como quiera que siempre vivan en temor los que algo hicieron.

Éste es, pues, uno de los tormentos que perpetuamente padescen los malos, el cual se comienza en esta vida y se continuará en la otra, porque éste es aquel gusano inmortal, según lo llama Isaías, que eternalmente roerá y atormentará la consciencia de los malos. Y esto dice S. Isidoro que es llamar un abismo á otro abismo, cuando los malos pasen del juicio de su consciencia al juicio de la condemnación eterna.

Del alegría de la buena consciencia de que gozan los buenos.

§. I.

PUES deste azote y carnicería tan cruel están libres los buenos, pues carecen de todos estos aguijones y estímulos de la consciencia y gozan de las flores y fructos suavísimos de la virtud que el Espíritu Sancto planta en sus ánimas como en un paraíso terrenal y verjel cerrado en que Él se deleita. Así lo llama Sant Augustín escribiendo sobre el Génesi, donde dice: El alegría de la buena consciencia que hay en el bueno, paraíso es. Por donde la Iglesia en aquellos que viven con justicia, piedad y templanza, convenientemente se llama paraíso adornado con abundancia de gracias y de castos deleites. Y en el libro que trata de cómo se han de enseñar los ignorantes, dice así: Tú que buscas el verdadero descanso, el cual se promete á los cristianos después de la muerte, ten por cierto que también lo hallarás entre las molestias amarguísimas desta vida, si amares los mandamientos de Aquél que lo prometió; porque en muy poco

espacio verás por experiencia cómo son más dulces los fructos de la justicia que los de la maldad: y más verdadera y dulcemente te alegrarás de la buena consciencia en medio de las tribulaciones, que de la mala entre los deleites. Hasta aquí son palabras S. Augustín. Por las cuales entenderás ser tanta el alegría de la buena consciencia, que así como la miel no solamente es dulce, mas hace también dulces las cosas desabridas con que se junta; así la buena consciencia es tan alegre, que hace alegres todas las molestias de la vida. Y así como dijimos que la misma fealdad y enormidad del pecado atormentaba los malos; así por el contrario la misma hermosura y dignidad de la virtud alegra y consuela los buenos, como claramente lo significó el profeta David cuando dijo (1): Los juicios del Señor (que son sus sanctos mandamientos) son verdaderos y justificados en sí mismos, y son más preciosos que el oro y piedras preciosas, y más dulces que el panar y la miel. Y así como en tales se deleitaba él mismo en la guarda dellos como él lo testifica en otro psalmo diciendo: En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité así como en todas las riquezas del mundo. La cual sentencia confirma su hijo Salomón en sus Proverbios diciendo (2): Alegría es al justo hacer justicia, que es lo mismo que hacer virtud y cumplir con las obligaciones que el hombre tiene sobre sí. La cual alegría aunque proceda de otras muchas causas, pero señaladamente procede de la misma dignidad y hermosura de la virtud, la cual (como dijo Platón) es de inestimable hermosura. Finalmente, es tan grande el fructo y gusto de la buena consciencia, que en ella pone S. Ambrosio en el libro de sus Oficios la felicidad de los justos en esta vida; y así dice él: Tan grande es el resplandor de la virtud, que basta para hacer nuestra vida bienaventurada la tranquilidad de la consciencia y la seguridad de la inocencia.

Y así como los filósofos sin lumbre de fe conoscieron el tormento de la mala consciencia, así conoscieron el alegría de la buena, como lo muestra Tulio en el libro de las Cuestiones Tusculanas, donde dice así: La vida que se ha empleado en honestos y nobles ejercicios, trae consigo tanta consolación, que los que desta manera vivieron, ó no sienten trabajo, ó lo tienen por muy liviano. El mismo dice en otro lugar que ningún teatro hay

(1) Psalm. CXVIII. (2) Prov. XXI.

más público ni más honroso para la virtud, que el testimonio de la buena consciencia. Sócrates, preguntado quién podría vivir sin pasión, respondió que el que viviese bien. Y Bías, otrosí filósofo insigne, preguntado quién había en la vida que careciese de miedo, respondió que la buena consciencia. Y Séneca en una carta dice así: El sabio nunca vive sin alegría, y esta alegría le viene de la buena consciencia. En lo cual verás cuánto concuerda esta sentencia con aquello de Salomón que dice (1): Todos los días del pobre son malos (conviene saber, trabajosos y penosos) mas el ánima segura es como un banquete perpetuo. No se podía más decir en tan pocas palabras; en las cuales se nos da á entender que así como el que está en un convite, se alegra con la variedad de los manjares y con la presencia de los amigos con quien los come, así el justo se alegra con el testimonio de la buena consciencia y con el olor de la presencia divina, de la cual tiene grandes prendas y conjecturas en su ánima: sino la diferencia es ésta, que aquella alegría del convite es bestial y terrena; mas ésta es perpetua; aquella se comienza con hambre y se acaba en hastío; ésta se comienza con la buena vida, y se continúa con la perseverancia, y se acaba con la gloria. Pues si los filósofos en tanto estimaban esta alegría, sin esperar nada en la otra vida por ella, el cristiano que sabe cuántos bienes tiene Dios aparejados para galardonarla en la vida advenidera, y cuántos en la presente, ¿cuánto más se alegrará? Y aunque este testimonio no deba carecer de un sancto y religioso temor, pero este tal temor no sólo no desmaya, mas antes por una maravillosa manera esfuerza al que lo tiene; porque tácitamente nos da á entender que es más legítima y sana nuestra confianza, pues está acompañada y rectificada con este sancto temor: del cual si careciese, no sería confianza, sino falsa seguridad y presumpción.

Cata aquí pues, hermano, otro nuevo privilegio de que gozan los buenos, del cual dice el Apóstol (2): Nuestra gloria es el testimonio de nuestra consciencia, que es haber vivido con simplicidad de corazón, y con pureza y sinceridad, y no con sabiduría carnal.

Esto es lo que con palabras se puede significar deste privilegio. Mas ni éstas, ni otras muchas son más parte para declarar

(1) Prov. XV. (2) II Cor. I.

la excelencia dél á quien no tiene experiencia della, que quien quisiese con palabras dar á entender el sabor de un manjar exquisito á quien nunca lo probó. Porque sin dubda esta alegría es tan grande, que muchas veces cuando el bueno se halla triste y atribulado, y volviendo los ojos á todas partes no ve cosa que le consuele, volviendo los ojos hacia dentro, y mirando la paz de su consciencia, y el testimonio della, se consuela y esfuerza: porque entiende bien que todo lo demás, como quiera que suceda, ni hace ni deshace á su caso, sino solo esto. Y aunque (como dije) no pueda tener evidencia desto, mas así como el sol por la mañana antes que se descubra, esclarece el mundo con la vecindad de su resplandor, así la buena consciencia, aunque no se conozca por evidencia, todavía alegra con el resplandor de su testimonio el ánima. Lo cual es en tanto grado verdad, que dice S. Crisóstomo estas palabras: Toda abundancia de tristeza, cayendo en una buena consciencia, así se apaga como una centella de fuego, cayendo en un lago muy profundo de agua.

DEL SEXTO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD, QUE ES LA CONFIANZA Y ESPERANZA EN LA DIVINA MISERICORDIA DE QUE GOZAN LOS BUENOS, Y DE LA VANA Y MISERABLE CONFIANZA EN QUE VIVEN LOS MALOS.

CAPÍTULO XVII.

CON el alegría de la buena consciencia se junta la de la confianza y esperanza en que viven los buenos, de la cual dice el Apóstol: *Spe gaudentes, in tribulatione patientes*. Aconsejándonos que nos alegremos con la esperanza y con ella tengamos en las tribulaciones paciencia, pues tan grande ayudador y galardonador de nuestros trabajos nos dice ella que tenemos en Dios. Éste es uno de los grandes tesoros de la vida cristiana, éstas las Indias y patrimonios de los hijos de Dios y éste el común puerto y remedio de todas las miserias desta vida.

Mas aquí es de notar (porque no nos engañemos) que así como hay dos maneras de fe, una muerta, que no hace obras de vida (cual es la de los malos cristianos) y otra viva y formada con caridad (cual es la que tienen los justos, con que hacen obras de vida) así también hay dos maneras de esperanza: una muerta, que ni da vida al ánima, ni la aviva y esfuerza en sus obras, ni la anima y consuela en sus trabajos (cual es la que tienen los malos) y otra viva, como la llama S. Pedro (1), la cual como cosa que tiene vida, tiene también efectos de vida, que son animarnos, consolarnos, alegrarnos y esforzarnos en el camino del cielo y darnos aliento y confianza en medio de los trabajos del mundo, como la tenía aquella bienaventurada Susana, de quien se dice que estando ya sentenciada á muerte y llevándola por las calles públicas á apedrear, con todo esto su corazón estaba esforzado y confiado en Dios. Y tal era también la confianza que tenía David cuando decía (2); Acuérdate, Señor, de la pa-

(1) I Petr. I. (2) Psalm CXVIII.

labra que tienes dada á tu siervo, con la cual me diste esperanza, porque ésta me esforzó y consoló en la aflicción de mis trabajos.

Pues esta esperanza viva obra muchos y muy admirables efectos en el ánima donde mora, y tanto más cuánto más participa de la caridad y amor de Dios, que es el que le da la vida. Entre los cuales efectos el primero es esforzar al hombre en el camino de la virtud con la esperanza del galardón; porque cuánto más firmes prendas tiene desto, tanto más alegremente pasa por los trabajos del mundo, como todos los Sanctos á una voz testifican. S. Gregorio dice: La virtud de la esperanza de tal manera levanta nuestro corazón á los bienes de la eternidad, que nos hace no sentir los males desta mortalidad. Orígenes dice: La esperanza de la gloria advenidera da descanso á los que por ella trabajan en esta vida, así como mitiga el dolor de las heridas que el soldado recibe en la guerra, la esperanza de la corona. S. Ambrosio dice: La esperanza firme del galardón esconde los trabajos y hurta el cuerpo á los peligros. Sant Hierónimo dice: Toda obra se hace liviana cuando se estima el precio della, y así la esperanza del premio diminuye la fuerza del trabajo. Esto mismo explica Crisóstomo aun más copiosamente por estas palabras: Si las temerosas ondas de la mar no desmayan á los marineros, ni la lluvia de las tempestades y inviernos á los labradores, ni las heridas y muertes á los soldados, ni los golpes y caídas á los luchadores, cuando ponen los ojos en las esperanzas engañosas de lo que por esto pretenden, mucho menos habían de sentir los trabajos los que esperan el reino de Dios. No mires pues, oh cristiano, que el camino de las virtudes es áspero, sino dónde va á parar: ni que el de los vicios es dulce, sino el paradero que tiene. Dice por cierto muy bien este Sancto. Porque ¿quién irá de buena gana por un camino de rosas y flores, si va á parar en la muerte? y ¿quién rehusará un camino áspero y dificultoso, si va á parar á la vida?

Mas no sólo sirve la esperanza para alcanzar este tan deseado fin, sino también para todos los medios que para él se requieren, y generalmente para todas las necesidades y miserias desta vida. Porque por ellas es el hombre socorrido en sus tribulaciones, defendido en sus peligros, consolado en sus dolores, ayudado en sus enfermedades, proveído en sus necesidades, pues

por ella se alcanza el favor y misericordia de Dios, que para todas las cosas nos ayuda. Desto tenemos evidentísimas prendas y testimonios en todas las Escripturas divinas, mayormente en los psalmos de David, porque apenas se hallará psalmo que no engrandezca esta virtud, y predique los fructos della: lo cual sin dubda es una de las mayores riquezas y consolaciones que los buenos tienen en esta vida. Por lo cual no se me debe tener por prolijidad referir aquí algunas dellas, pues es cierto que muchas más son las que callo, que las que podré referir. En el libro de los Reyes dijo un Profeta al rey Asá (1): Los ojos del Señor contemplan toda la tierra y dan fortaleza á todos los que esperan en Él. Hieremías dice (2): Bueno es el Señor á los que esperan en Él, y al ánima del que le busca. Y en otro lugar: Bueno es el Señor, el cual esfuerza á los suyos en el tiempo de la tribulación, y conosce á todos los que esperan en Él: esto es, tiene cuenta con ellos para socorrerlos y ayudarlos. Isaías dice (3): Si os volviéredes á mí, y estuviéredes en mí quietos, seréis salvos. En silencio y esperanza estará vuestra fortaleza. Y entiende aquí por silencio la quietud y reposo interior del ánima en medio de los trabajos, que es efecto desta esperanza, la cual destierra della toda solicitud y congoja desordenada, con el favor que espera de la misericordia divina. El Eclesiástico dice (4): Los que teméis al Señor, fiaos dél, y no perderéis vuestro galardón. Los que teméis al Señor, esperad en Él, y su misericordia será para vuestra consolación y alegría. Mirad, hijos, á todas las naciones de los hombres y sabed cierto que nadie esperó en el Señor, que le saliese en vano su esperanza. Salomón en sus Proverbios dice: Descubre tu corazón al Señor y espera en Él, porque Él te guiará y enderezará en tus caminos. El profeta David en un psalmo dice (5): Esperen, Señor, en Ti los que conoscen tu nombre, porque nunca desamparaste á los que te buscan. En otro dice (6): Yo, Señor, esperé en Ti, y así me alegraré y gozaré en tu misericordia. En otro dice (7): Á los que esperan en el Señor cercará la misericordia. Y dice muy bien cercará, para dar á entender que por todas partes los guardará, así como el rey que está cercado de su gente, para que

(1) III Reg. XV; II Paral. XVI. (2) Jerem. III. (3) Isai. XXX. (4) Eccli. II (5) Psalm. IX. (6) Psalm. XXX. (7) Psalm. XXXI.

vaya más seguro. Y en otro psalmo prosigue más á la larga esta materia, diciendo (1): Esperando esperé en el Señor, y Él miró por mí, y sacóme del lago de la miseria, y del lodo en que estaba atollado, y asentó mis pies sobre una firme piedra, y enderezó todos mis pasos y puso en mi boca un cantar nuevo, y un himno en alabanza de nuestro Dios. Verán esto los justos, y alabarán á Dios, y esperarán en Él: bienaventurado el varón que puso su esperanza en el Señor, y no puso sus ojos en las vanidades y locuras engañosas del mundo. En las cuales palabras hallarás aun otro efecto maravilloso desta virtud, que es abrir la boca y los ojos del hombre para conoscer por experiencia la bondad y providencia paternal de Dios, y cantarle un cantar nuevo, con nuevo gusto y nueva alegría, por el nuevo beneficio recebido con el socorro esperado. No acabaríamos á este paso de traer versos, y aun psalmos enteros deste profeta. Porque todo el psalmo: *Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion*, desto habla. Y asimismo todo el psalmo: *Qui habitat in adjutorio Altissimi,* se gasta en contar los grandes fructos y provechos de los que esperan en Dios, y viven debajo de su protección. Donde sobre una palabra deste psalmo, que dice: Tú eres, Señor, mi esperanza, escribe Sant Bernardo así: Para cualquier cosa que deba yo hacer, ó no hacer, sufrir, ó desear, Tú eres, Señor, mi esperanza. Ésta es la causa del cumplimiento de todas tus promesas: ésta es la principal razón y fundamento de mi esperanza. Alegue otro sus virtudes, gloríese que ha sufrido todo el peso del día y del calor, diga con el fariseo que ayuna dos días cada semana y que no es él como los otros hombres; mas yo, Señor, diré con el Profeta: Bueno es á mí llegarme á Dios, y poner en Él mi esperanza. Si me prometen premios, por Vos esperaré que los alcanzaré; si se levantaren contra mí batallas, por Vos espero que las venceré; si se embravesciere contra mí el mundo, si bramare el demonio, si la misma carne se levantare contra el espíritu, en Vos esperaré. Pues siendo esto así, ¿por qué no desechamos luego de nosotros todas estas vanas y engañosas esperanzas, y no nos apegamos con todo fervor y devoción á esta esperanza tan segura? Y más abajo añade el mismo Sancto, diciendo. La fe dice: Grandes y inestimables bienes

(1) Psalm. XXXIX.

tiene Dios aparejados para sus fieles. Mas la esperanza dice: Para mí los tiene guardados. Y no contento con esto hace á la caridad que diga: Pues yo me daré priesa por gozarlos.

Cata aquí pues, hermano, cuán grande sea el fructo desta virtud, y para cuántas cosas nos aprovecha. Ella es como un puerto seguro adonde se acogen los justos en el tiempo de la tormenta. Es como un escudo muy fuerte con que se defienden de los mares y ondas deste siglo. Es como un depósito de pan en tiempo de hambre, adonde acuden todos los pobres y necesitados á pedir socorro. Es aquel tabernáculo y sombra que promete Dios por Isaías á sus escogidos (1), para que en él se escondan y defiendan de los calores del verano y de las lluvias y torbellinos del invierno, esto es, de las prosperidades y adversidades deste mundo. Es, finalmente, una medicina y común remedio de todos nuestros males, pues es verdad que todo lo que justa, fiel y sabiamente esperáremos de Dios, alcanzaremos, siendo cosa saludable. Por donde dice Cipriano que la misericordia de Dios es la fuente de los remedios, y que la esperanza es el vaso que los coge, y que según la cuantidad deste vaso, así será la del remedio; porque por parte de la fuente no puede el agua de la misericordia faltar. De suerte que así como dijo Dios á los hijos de Israel que toda la tierra sobre que pusiesen sus pies, sería suya (2), así toda la misericordia sobre que el hombre llegare á poner los pies de su esperanza, será suya. Y según esto el que movido de Dios esperare todas las cosas, todas las alcanzará. En lo cual parece que esta esperanza es una imitación de la virtud y poder de Dios, la cual redunda en gloria del mismo Dios. Porque (como dice muy bien Sant Bernardo) no hay cosa que tanto declare la omnipotencia de Dios, como ver que no sólo Él es todopoderoso, mas también hace en su manera todopoderosos á los que esperan en Él. Si no, dime: ¿no participaba desta omnipotencia el que dende la tierra mandaba al sol que se parase en el cielo, y el que daba á escoger al rey Ezequías, si quería que mandase al mismo sol volver atrás (3), ó pasar adelante? Esto es lo que señaladamente engrandesce la gloria de Dios, hacer los suyos tan poderosos. Porque si se gloriaba aquel soberbio rey de los asirios diciendo que los príncipes que

(1) Isai. IV. (2) Josue, I. (3) IV Reg. XX; Isai. XXXVIII.

le servían eran también reyes como él, ¿cuánto más se puede gloriar nuestro Señor Dios, diciendo que también son dioses en su manera los que sirven á Él, pues tanto participan de su poder?

De la esperanza vana de los malos.

§. I.

ESTE es, pues, el tesoro de la esperanza de que gozan los buenos: del cual carecen los malos, porque aunque tienen esperanza, no la tienen viva, sino muerta; porque el pecado les quitó la vida, y así no obra en ellos estos efectos que habemos dicho. Porque así como ninguna cosa hay que más avive la esperanza que la buena consciencia, así una de las cosas que más la derriba y desmaya es la mala; pues ésta (como dijimos) ordinariamente anda á sombra de tejados; y así teme y desconfía, por entender que no tiene merecido, sino desmerecido el favor de la gracia divina. De donde así como la sombra sigue al cuerpo do quiera que va, así el temor y la desconfianza acompañan á la mala consciencia por do quiera que anda. En lo cual parece que cual es su felicidad, tal es su confianza; porque así como tiene su felicidad en los bienes del mundo, así en ellos tiene su confianza, pues en ellos se gloría y á ellos se socorre en el tiempo de la tribulación. De la cual esperanza hallamos escripto en el libro de la Sabiduría (1): La esperanza del malo es como el pelito de lana que se lleva el viento, y como la espuma delgada que deshace la ola, y como el vapor del humo que esparce el aire. ¿Ves, pues, cuán vana sea esta confianza?

Pues aun más mal tiene que éste, porque no sólo es vana, sino también perjudicial y engañosa, como lo significó el Señor por el profeta Isaías diciendo (2): ¡Ay de vosotros, hijos desamparadores de vuestro padre, que tomastes consejo, y no comigo: y urdistes una tela, y no con mi espíritu, para añadir pecados á pecados: y enviastes á Egipto á pedir socorro, y no tomastes consejo comigo, esperando ayuda en la fortaleza de Faraón, y

(1) Sap. V. (2) Isai. XXX.

poniendo vuestra confianza en la sombra de Egipto! Y volvérseos ha la fortaleza de Faraón en confusión y la confianza en la sombra de Egipto en ignominia. Todos quedaron confundidos esperando en el pueblo que no les socorrió, ni les aprovechó en nada: antes les fué materia de mayor vergüenza y confusión. Hasta aquí son palabras de Isaías, el cual (no contento con lo dicho) torna en el capítulo siguiente á repetir esta misma reprehensión, diciendo: ¡Ay de aquéllos que van á Egipto á pedir socorro, esperando en sus caballos y teniendo confianza en sus carros porque son muchos, y en sus caballeros porque son muy esforzados, y no pusieron su confianza en el Sancto de Israel, ni buscaron al Señor! Porque Egipto es hombre y no Dios, y sus caballos son carne y no espíritu, y el Señor extenderá su mano, y caerá el ayudador y también el que es ayudado, y unos y otros serán juntamente confundidos y burlados.

Cata aquí, pues, la diferencia que hay entre la esperanza de los buenos y de los malos, porque la de los unos es carne y la de los otros es espíritu: y (si esto es poco) la de los unos es hombre, y la de los otros es Dios: por do parece que lo que va de Dios á hombre, eso va de esperanza á esperanza. Por lo cual con mucha razón nos aparta el Profeta de la una esperanza y nos convida á la otra, diciendo (1): No queráis confiar en los príncipes de la tierra, ni en los hijos de los hombres, que no son parte para dar salud. Acabarse ha la vida dellos, y volverse han en la misma tierra de que fueron formados, y en este día perecerán todos los pensamientos de los que confiaban en ellos. Bienaventurado el varón que tiene á Dios por su ayudador, y en Él tiene puesta su esperanza: el cual hizo el cielo, la tierra, la mar y todo lo que en ellos es. ¿Ves, pues, aquí claro la diferencia que va de la una esperanza á la otra? Y en otro psalmo declara el mismo Profeta esta misma diferencia de esperanzas, diciendo (2): Estos confían en sus carros y caballos, y nosotros en el nombre del Señor. Ellos se enlazaron y cayeron: mas nosotros nos levantamos y estamos en pie. Mira, pues, cuán bien responde aquí el fructo de la confianza á los estribos y fundamentos della; pues de la una se sigue la caída, y de la otra levantamiento y victoria.

(1) Psalm. CXLV. (2) Psalm. XIX.

Por lo cual con mucha razón se comparan los unos con aquel hombre del Evangelio (1) que edificó su casa sobre arena: la cual á la primera tempestad que se levantó, dió consigo en tierra: y los otros con el que la edificó sobre peña viva, y por eso estuvo firme y segura contra todos las aguas y torbellinos desta vida. Y no menos elegantemente declara el profeta Hieremías por otra muy hermosa comparación esta misma diferencia por estas palabras (2): Maldito sea el hombre que confía en otro hombre, y el que apartado su corazón del Señor, pone la carne flaca por brazo y amparo de su vida. Porque este tal será como el arbolillo silvestre que nace en el desierto, que no verá el bien cuando viniere, sino antes estará desmedrado en perpetua sequedad, y en tierra salobre y inhabitable. Mas por el contrario, del varón justo dice luego así: Bendito sea el varón que tiene su esperanza en el Señor, porque Él será su ayudador. Este tal será como un árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que con la virtud del humor vecino extenderá sus raíces, y en el año de la sequedad estará seguro de la fuerza del estío, y sus hojas estarán siempre verdes, y nunca dejará de dar su fructo. Hasta aquí son palabras del Profeta. Pues dime, ruégote: ¿qué más era menester (si tuviesen los hombres seso) para ver la diferencia que hay sólo por parte de la esperanza entre la suerte de los buenos y de los malos, y entre la prosperidad de los unos y de los otros? ¿Qué mayor bien puede tener un árbol que está plantado de la manera que aquí nos lo pinta este Profeta? Pues tal es en su manera el estado del justo, á quien todas las cosas suceden prósperamente, por estar plantado par de las corrientes del agua de la divina gracia. Mas por el contrario, ninguna peor suerte puede caber á un árbol que ser infructuoso y silvestre, y estar en tan mala tierra, y fuera de la vista y culto de los hombres: para que por aquí vean los malos que no pueden tener en esta vida otro más miserable estado que tener desviados sus ojos y corazón de Dios (que es fuente de aguas vivas) y tenerlos puestos en los arrimos de las criaturas frágiles y engañosas; que es la tierra desierta, seca y inhabitable. Por donde verás muy bien cuán digno de ser llorado es el mundo, que en tan mala tierra está plantado: pues en

(1) Matth. VII. (2) Jer. XVII.

tan flacos estribos tiene puesta su esperanza, que no es esperanza, sino engaño y confusión, como arriba se declaró.

Pues dime, ruégote: ¿qué mayor miseria puede ser que ésta? ¿Qué mayor pobreza que vivir sin esta manera de esperanza? Porque si el hombre quedó por el pecado tan pobre y desnudo como arriba tratamos, y para su remedio era tan necesaria la esperanza de la divina misericordia, ¿qué será dél quebrada esta áncora en la cual se sostenía? Vemos que todos los otros animales nascen en su manera perfectos y proveídos de todo lo necesario para su vida. Mas el hombre por el pecado quedó medio deshecho: de tal manera, que cuasi ninguna de las cosas que ha menester tiene dentro de sí, sino que todo le ha de venir de acarreo y de limosna por mano de la divina misericordia. Pues quitada ésta de por medio, ¿qué tal podrá ser su vida, sino coja, y manca, y llena de mil defectos? ¿Qué cosa es vivir sin esperanza, sino vivir sin Dios? Pues ¿qué le quedó al hombre de su antiguo patrimonio para vivir sin este arrimo? ¿Qué nación hay en el mundo tan bárbara, que no tenga alguna noticia de Dios, y que no le honre con alguna manera de honra, y que no espere algún beneficio de su providencia? Un poco de tiempo que se ausentó Moisén de los hijos de Israel, pensaron que estaban sin Dios, y como rudos y groseros dieron luego voces á Aarón, diciendo que les hiciese algún dios, porque no se atrevían á caminar sin él (1). En lo cual parece que la misma naturaleza humana, aunque no siempre conozca al verdadero Dios, conosce que tiene necesidad de Dios; y aunque no conozca la causa de su flaqueza, conosce su flaqueza: y por eso naturalmente busca á Dios para remedio della. De suerte que así como la hiedra busca el arrimo del árbol para subir á lo alto, porque por sí no puede, y así como la mujer naturalmente busca el arrimo y sombra del varón, porque como animal imperfecto entiende la necesidad que tiene deste arrimo, así la misma naturaleza humana, como pobre y necesitada, busca la sombra y amparo de Dios. Pues siendo esto así, ¿cuál será la vida de los hombres que viven en tan triste viudez y desamparo de Dios?

Querría saber: los que desta manera viven, ¿con quién se

(1) Exod. XXXII.

consuelan en sus trabajos? ¿á quién se acogen en sus peligros? ¿con quién se curan en sus enfermedades? ¿á quién dan parte de sus penas? ¿con quién se aconsejan en sus negocios? ¿á quién piden socorro en sus necesidades? ¿con quién tratan? ¿con quién conversan? ¿con quién platican? ¿con quién se acuestan, y con quién se levantan? y finalmente, ¿cómo pasan por todos los trances desta vida los que no tienen este recurso? Si un cuerpo no puede vivir sin ánima, ¿cómo un ánima puede vivir sin Dios, pues no es menos necesario Dios para la una vida, que el ánima para la otra? Y si (como arriba dijimos) la esperanza viva es el áncora de nuestra vida, ¿cómo osa nadie entrar en el golfo deste siglo tan tempestuoso sin el socorro desta áncora? Y si la esperanza decíamos que era el escudo con que nos defendemos del enemigo, ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana después de aquella general dolencia, ¿qué será del hombre flaco sin el arrimo deste báculo?

Queda, pues, aquí bastantemente declarado lo que va de la esperanza de los buenos á la de los malos, y por consiguiente, lo que va de la suerte de los unos á la de los otros: pues los unos tienen á Dios por defensor y valedor, y los otros el báculo de Egipto, que si os quisiéredes afirmar sobre él, quebrarse ha, y entrarse ha por la mano del que estriba sobre él (1). Porque basta la culpa que el hombre comete en poner aquí toda su confianza, para que Dios la cure con el desengaño de su caída: como Él lo significó por Hieremías, el cual profetizando la destrucción del reino de Moab, y la causa della, dice así (2): Porque tuviste confianza en tus muros y en tus tesoros, tú también serás presa y destruída, y Camos (que es el dios en que confías) será llevado captivo, y sus sacerdotes y príncipes también con él. Mira, pues, agora tú cuál sea este linaje de socorro, pues el mismo confiar en él y procurarlo es perderlo.

Esto baste cuanto á este privilegio de la esperanza. El cual aunque paresce ser el mismo que el de la providencia especial de Dios para con los suyos (de que arriba tratamos) pero no lo es, antes se diferencia dél como efecto de su causa. Porque

(1) Isai. XXXVI. (2) Hierem. XLVIII.

como sean muchos los fundamentos y causas desta esperanza (cuales son la bondad y la verdad de Dios, y los méritos de Cristo, &c.) uno de los principales es esta paternal providencia, de la cual procede esta confianza. Porque saber que tiene Dios este cuidado dellos, causa esta confianza en ellos.

DEL SÉPTIMO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD, QUE ES LA VERDADERA LIBERTAD DE QUE GOZAN LOS BUENOS, Y DE LA MISERABLE Y NO CONOSCIDA SERVIDUMBRE EN QUE VIVEN LOS MALOS.

CAPÍTULO XVIII.

De todos estos privilegios susodichos, y señaladamente del segundo y del cuarto (que es de la gracia del Espíritu Sancto, y de las consolaciones divinas) se sigue otro maravilloso de que gozan los buenos, que es la verdadera libertad del ánima, la cual el Hijo de Dios trajo al mundo, y por la cual tiene apellido de Redemptor del género humano, por haberlo rescatado de la verdadera y miserable servidumbre en que vivía, y puesto en verdadera libertad. Éste es uno de los principales bienes que este Señor trajo al mundo, y uno de los más señalados beneficios del Evangelio, y uno de los principales efectos del Espíritu Sancto, porque donde este Espíritu mora, ahí está la verdadera libertad, como dice el Apóstol (1). Finalmente, éste es uno de los grandes premios que en esta vida se promete á los siervos de Dios, como el mismo Señor lo prometió á unos que le querían comenzar á servir, diciendo (2): Si vosotros permanesciéredes en mis palabras, seréis de verdad mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os librará: esto es, la verdad os dará verdadera libertad. Y respondiendo ellos: Hijos somos de Abraham, y nunca servimos á nadie: ¿cómo dices tú agora que seremos libres? Respondió el Señor: En verdad os digo que quienquiera que comete pecado es siervo del pecado, y el siervo no permanesce en la casa para siempre, mas el hijo permanesce siempre, y por tanto, si el hijo os libertare, seréis de verdad libres.

En las cuales palabras manifiestamente da el Señor á entender que hay dos maneras de libertad: una falsa (que paresce libertad y no lo es) y otra verdadera, que lo es. Falsa es la de

(1) II. Cor. III. (2) Joan. VIII.

aquéllos que teniendo el cuerpo libre, tienen el ánimo captivo y subjecto á la tiranía de sus pasiones y pecados: como era la de Alejandro Magno, que siendo señor del mundo, era esclavo de sus vicios. Mas verdadera es la de aquellos que tienen el ánima libre de todos estos tiranos: como quiera que esté el cuerpo, ora suelto, ora captivo: cual era la del apóstol S. Pablo, que estando preso en una cadena, con el espíritu volaba por el cielo, y con sus cartas y doctrina libertaba el mundo.

La razón de llamar ésta á boca llena libertad y la otra no, es porque como entre las dos partes principales del hombre el ánima sea sin comparación más noble y cuasi el todo del hombre, y el cuerpo no sea más que la materia y el subjecto ó la caja en que el ánima está encerrada, de aquí nasce que aquél se deba decir de verdad libre, que tiene esta tan principal parte libre; y aquél falsamente libre, que teniendo ésta captiva, el cuerpo trae por do quiere, suelto y libre.

De la servidumbre en que viven los malos.

§. I.

Y si preguntares de quién es captivo el que desta manera lo es, digo que lo es del más feo, torpe y abominable tirano de cuantos se pueden imaginar, que es el pecado. Porque la más abominable cosa que hay en el mundo, es el tormento del infierno: y peor y más abominable es el pecado, que es causa de ese tormento. Y déste son siervos y esclavos los malos: como claramente lo viste en las palabras del Señor arriba dichas: Quienquiera que comete pecado, esclavo es y siervo del pecado. Pues ¿qué servidumbre puede ser más miserable que ésta? Y no sólo es siervo del pecado, mas también de los principales atizadores y movedores del pecado, que son el demonio, el mundo y nuestra propria carne corrompida por el mismo pecado, con todos los apetitos desordenados que della proceden. Porque quien es esclavo de un hijo, también lo es de los padres que lo engendraron; y cónstanos que estos tres son los padres del pecado, por lo cual se llaman enemigos del ánima; porque le hacen tan grande

mal como es captivarla y entregarla en poder deste tan abominable tirano.

Y aunque todos tres de consuno concuerden en esto, pero con alguna diferencia. Porque los dos primeros se sirven del tercero, que es la carne, como de otra Eva para engañar á Adán; ó como de un muy proprio instrumento y despertador con que nos mueven á todo mal. Por la cual causa el Apóstol más claramente la llama pecado, poniendo el nombre del efecto á la causa: porque ella es la que nos atiza y mueve á todo género de pecados. Y por la misma razón la llaman los teólogos *Fomes peccati*, que quiere decir, cebo y nutrimento del pecado; porque es el aceite y la leña con que se sustenta el fuego del pecado. Mas nosotros comúnmente la llamamos sensualidad, carne, ó concupiscencia: que por términos más claros es nuestro apetito sensitivo (de quien nascen todas las pasiones) en cuanto corrompido y estragado por el pecado: porque éste es el atizador, y despertador, y como un manantial de todos los pecados; y por esto señaladamente se sirven dél y de todos sus apetitos los otros dos enemigos, para hacernos guerra por él. Por lo cual divinamente dijo S. Basilio que las principales armas con que nos hacía guerra el demonio, eran nuestros deseos. Porque la demasiada afición de las cosas que deseamos, nos hace procurarlas á tuerto ó á derecho, y romper por todo lo que se nos pone delante, aunque sea prohibido por la ley de Dios: de donde nascen todos los pecados.

Pues este tal apetito es uno de los más principales tiranos á quien están los malos subjectos, y como dice el Apóstol (1), vendidos por esclavos. Y llámalos aquí vendidos como esclavos, no porque por el pecado perdiesen ellos el libre albedrío con que fueron criados (porque ni se perdió ni perderá jamás cuanto á su esencia, por más pecados que se hagan) sino porque por el pecado quedó por una parte este libre albedrío tan flaco, y por otra el apetito tan fuerte, que por la mayor parte prevalece lo fuerte contra lo flaco, y quiebra la soga por lo más delgado.

Pues ¿qué cosa más para sentir, que ver cómo teniendo el hombre un ánima criada á imagen de Dios, esclarescida con lumbre del cielo, y un entendimiento que sube con su delicadeza

(1) Rom. VII.

sobre todo lo criado, hasta hallar á Dios, que menospreciadas todas estas grandezas, venga á subjectarse y regirse por el ímpetu furioso de su apetito bestial, y éste corrompido por el pecado, y sobre todo movido y atizado por el demonio? ¿Qué se puede esperar deste regimiento y desta guía, sino despeñaderos, y desastres, y caídas, y males incomparables?

Y porque más claramente veas la fealdad desta servidumbre, quiero traerte para esto un ejemplo muy palpable. Imaginemos agora que estuviese un hombre casado con una mujer, en quien cupiese toda la nobleza, hermosura y discreción que en una mujer puede caber; y que estando él así muy bien casado, una mulata criada suya, y grande hechicera, teniendo envidia desto le diese algunos bebedizos, con los cuales de tal manera le trastornase el seso, que despreciada la mujer, y puesta á un rincón de casa, se entregase todo á la mulata, y la hiciese asentar en el estrado de su mujer, y con ella comiese, y durmiese, y se aconsejase, y tratase todos los negocios de su casa, y por su mandamiento gastase y disipase toda la hacienda en comidas, y fiestas, y juegos, y cosas semejantes: y no contento con esto, llegase su desatino á tales términos, que obligase á su propria mujer á servir como esclava á esta mala mujer en todo lo que ella le mandase. ¿Quién podría imaginar que hasta aquí llegase el embaucamiento de un hombre? Y si hasta aquí llegase, ¿cómo extrañarían esto los que lo supiesen? ¿Qué indignación tendrían contra aquella mala hembra, y qué compasión de la noble mujer, y qué quejas del desatinado marido? Indignísima cosa paresce ésta: pero mucho mayor es sin comparación la que al presente tratamos. Porque has de saber que dentro de nuestra misma ánima hay estas dos tan diferentes mujeres, que son espíritu y carne: las cuales por otros nombres los teólogos llaman porción superior, y inferior. Porción superior es aquella parte de nuestra ánima en que está la voluntad y la razón, que es la lumbre natural con que Dios nos crió: cuya hermosura y nobleza es tan grande, que por ella es el hombre imagen de Dios, capaz de Dios y hermano de los ángeles. Y ésta es la noble mujer con que casó Dios al hombre, para que hiciese vida con ella, guiando todas sus cosas por su consejo, que es por esta lumbre celestial. Mas en la porción inferior está el apetito sensitivo de que habemos tratado, que nos fué dado para apetecer las cosas necesarias á la vida y á la

conservación de la especie humana: mas esto por la tasa y orden que por la razón le fuese puesta: así como el despensero que compra de comer por la orden que le manda su señor. Pues este apetito es la esclava de que hablamos; que por carescer de lumbre de razón, no se hizo para guiar ni mandar, sino para ser guiada y mandada. Y siendo esto así, el malaventurado del hombre de tal manera viene á aficionarse y entregarse á los gustos y deseos desta mala mujer, que desamparando el consejo de la razón, por quien debiera guiarse, viene á regirse por ella, haciendo cuanto le dice: que es poniendo por obra todos sus malos deseos y apetitos. Porque hombres vemos tan sensuales, tan desenfrenados y tan entregados á los deseos de su corazón, que cuasi en todas las cosas como unas bestias le obedecen y siguen, sin tener cuenta con ley de justicia ni de razón. Pues ¿qué es esto sino entregar todo el gobierno de su vida á la sucia y torpe esclava de la carne, empleándose en todos los juegos, y pasatiempos, y deleites que ella pide: desamparando el consejo de la nobilísima y legítima mujer, que es la razón?

Y lo que peor y más intolerable es, que no contentos con esto, hacen á esta misma señora que sirva á esta tan mala esclava, y que se desvele noche y día inventando y procurando todo lo que conviene para el gusto y contentamiento della. Porque cuando un hombre emplea toda su razón y entendimiento en trazar tantas invenciones y maneras de atavíos, de edificios tan curiosos, de potajes y guisados tan exquisitos, de aderezos de casa, y de tratos y negocios para granjear todo lo que para esto se requiere, ¿qué es esto sino desquiciar el ánima de los ejercicios espirituales de su propria nobleza, y hacer que sea esclava, cocinera y despensera de quien le fué dada por captiva? Y cuando un hombre carnal aficionado á una mujer para vencer su castidad emplea toda su razón y entendimiento en escribir cartas, en componer sonetos llenos de agudezas y sentencias, y en buscar todas las minas y contraminas que para estos tratos se requieren, ¿qué hace en esto si piensas, sino servir á la esclava la que era señora, ocupándose aquella lumbre celestial y divina en buscar medios para las vilezas y apetitos de su carne? Y cuando el rey David (1) usó de tantas maneras de medios para en-

(1) II Reg. XI.

cubrir el hurto de Bersabé, mandando venir al marido de la guerra, y convidándolo á cenar, y emborrachándolo en la cena, y después dándole cartas con avisos y industrias para que el inocente muriese: estas trazas ¿quién las hacía sino el entendimiento y la razón? ¿Y quién instigaba á hacerlas sino la carne perversa, para encubrir ó gozar más á su salvo de sus deleites? Cosas son todas éstas de que Séneca, con ser filósofo gentil, se afrentaba y avergonzaba, y así decía: Mayor soy, y para mayores cosas nascido, que para ser esclavo de mi carne. Pues si nos espantaba el embaucamiento de aquel hombre enhechizado y perdido, ¿cuánto más nos debe espantar esto, por lo cual tanto mayores bienes se desperdician, y tanto mayores males se ganan?

Y con ser ésta una cosa por una parte tan monstruosa y tan lastimera, y por otra tan usada, pasamos por ella ligeramente sin que nadie pasme de tan gran desorden, por estar el mundo tan desordenado. Porque (como dice muy bien S. Bernardo) no se siente el hedor abominable de los viciosos por ser tantos los que lo son. Porque así como en la tierra donde todos nascen prietos, no se tiene por injuria la negrura, y donde todos generalmente son beodos, no se tiene por deshonra la embriaguez (siendo cosa tan vil) así, como en todo el mundo generalmente haya esta monstruosidad, apenas hay quien la conosca por tal. Todo esto, pues, bastantemente nos declara cuán miserable sea esta servidumbre: y juntamente con esto, á cuán espantable pena fué el hombre condenado por el pecado, pues por él fué entregada una criatura tan noble á un tan torpe tirano. Y por tal lo tenía el Eclesiástico (1) cuando hacía oración á Dios, pidiéndole que lo librase de los deseos desordenados del vientre, y de la deshonestidad, y que no le entregase en poder de un ánima desvergonzada y desenfrenada. Como quien pide no ser entregado á algún gran verdugo, ó tirano: porque por tal tenía él este apetito.

Pues ya si quieres saber qué tan grande sea la potencia deste tirano, puédeslo claramente colegir considerando lo que ha hecho en el mundo, y hace cada día. Y no quiero para esto ponerte ante los ojos las fábulas que los poetas fingieron, representándonos aquel tan famoso Hércules: el cual después de vencidos y domados todos los monstruos del mundo, dicen que

(1) Eccli. XXIII.

vencido del amor torpe de una mujer, dejada la maza, se asentaba entre sus criadas á hilar con una rueca en la cinta: porque ella se lo mandaba, y amenazábale si no lo hiciese. Lo cual sabiamente fingieron los poetas para significar por aquí la tiranía y potencia deste apetito. Ni tampoco quiero traer aquí las verdades antiguas de las Escripturas divinas: donde se nos propone un Salomón, por una parte lleno de tan grande sanctidad y sabiduria, y por otra adorando los ídolos y edificándoles templos, por complacer á sus mujeres (que no menos declara la tiranía desta pasión) sino los ejemplos cuotidianos que nos pasan por las manos cada día. Mira, pues, á lo que se pone una mujer adúltera por obedescer á un apetito desordenado: porque en esta pasión quiero agora poner ejemplo, para que por ésta se vea la fuerza de las otras. Sabe ésta muy bien que si el marido la tomare con el hurto en las manos, la matará: y que en un mismo punto perderá la vida, la honra, la hacienda y el alma con todo lo demás que en este mundo y en el otro se puede perder (que es la mayor y más universal pérdida de cuantas hay) y que juntamente con esto dejará á sus hijos, y padres, y hermanos, y todo su linaje deshonrado, y con perpetua materia de dolor: y con todo esto es tan grande la fuerza deste apetito ó (por mejor decir) la potencia deste tirano, que le hace pasar por todo esto, y beber todos estos tragos tan horribles con grandísima facilidad, por hacer lo que él le manda: Pues ¿qué tirano obligó jamás á un captivo que tuviese, á obedescer con tan grande riesgo á lo que él le mandase? ¿Qué más duro y miserable captiverio quieres que éste?

Pues en este estado generalmente viven los malos, como claramente lo significó el Profeta cuando dijo: Asentados están en tinieblas y sombra de muerte, padesciendo hambre, y estando presos con cadenas de hierro. Pues ¿qué tinieblas son éstas, sino la ceguedad en que viven los malos (de que arriba tratamos) pues ni conoscen á sí ni á Dios como conviene, ni para qué viven, ni para qué fin fueron criados, ni la vanidad de las cosas que aman, ni el mismo captiverio y servidumbre en que viven? Y ¿qué cadenas son éstas con que están presos, sino las fuerzas de las aficiones con que están sus corazones aferrados con las cosas que desordenadamente aman? Y ¿qué hambre es ésta que padescen, sino el apetito insacia-

ble que tienen de infinitas cosas que no alcanzan? Pues ¿qué mayor captiverio quieres que éste?

Veamos esto mismo por otros ejemplos. Pon los ojos en Amón, hijo primogénito de David, el cual después que puso los suyos en su hermana Tamar, de tal manera se cegó con estas tinieblas, y se prendió con estas cadenas, y se afligió con esta hambre, que vino á perder el comer, el beber, el sueño, la salud, y caer en cama enfermo con la fuerza desta pasión (1). Pues dime: ¿qué tales eran las cadenas de la afición y aprehensión con que estaba su corazón captivo, pues tal impresión hicieron en la carne y en los mismos humores del cuerpo, que bastaron para causarle tan grande enfermedad? Y porque no pienses que la cura desta dolencia es alcanzarse lo que se desea, mira bien cómo quedó más enfermo y más perdido después que alcanzó lo que deseaba, de lo que estaba antes. Porque muy mayor dice la Escriptura que fué el odio con que aborresció después á la hermana, que el amor que antes le había tenido. De manera que no quedó con el vicio libre de pasión, sino trocóla por otra mayor. Pues ¿hay tirano en el mundo que así vuelva y revuelva sus prisioneros, y así les haga tejer y destejer, andar y desandar los mismos caminos?

Tales, pues, son todos los que están tiranizados deste vicio, los cuales apenas son señores de sí mismos, pues ni comen, ni beben, ni piensan, ni hablan, ni sueñan, sino en él: sin que ni el temor de Dios, ni el ánima, ni la consciencia, ni paraíso, ni infierno, ni muerte, ni juicio, ni aun á veces la misma vida y honra (que ellos tanto aman) sea parte para revocarlos deste camino, ni romper esta cadena. Pues ¿qué diré de los celos déstos, de los temores, de las sospechas y de los sobresaltos y peligros en que andan noche y día aventurando las almas y las vidas por estas golosinas? ¿Hay, pues, tirano en el mundo que así se apodere del cuerpo de su esclavo, como éste vicio del corazón? Porque nunca un esclavo está tan atado al servicio de su señor, que no le queden muchos ratos de día y de noche en que huelgue, y entienda en lo que le cumple. Mas tal es este vicio y otros semejantes, que después que se apoderan del corazón, de tal manera lo prenden y se lo beben todo, que ape-

(1) II, Reg. XIII.

nas le queda al hombre valor, ni habilidad, ni tiempo, ni entendimiento para otra cosa. Por lo cual no en balde dijo el Eclesiástico (1) que las mujeres y el vino robaban el corazón de los sabios: porque cuasi tan alienado queda un hombre con este vicio, por sabio que sea, y tan inhábil para todas las cosas que son proprias de hombre, como si hubiese bebido una cuba de vino. Y para significar esto el ingenioso poeta, finge de aquella famosa reina Dido que en el punto que se cegó con la afición de Eneas, luego desistió de todos los públicos ejercicios y reparos de la cibdad. De manera que ni los muros comenzados iban adelante, ni la juventud ejercitaba las armas, ni los oficiales públicos entendían en fortalescer los puertos, ni en los otros pertrechos necesarios para defensión de la patria. Porque este tirano de tal manera dice que prendió todos los sentidos desta mujer, que para todo quedó inhábil, sino sólo para aquel cuidado: el cual cuanto más se apoderó del corazón, tanto menos le dejó de valor para todo lo demás. ¡Oh vicio pestilencial, destruidor de las repúblicas, cuchillo de los buenos ejercicios, muerte de las virtudes, niebla de los buenos ingenios, enajenamiento del hombre, embriaguez de los sabios, locura de los viejos, furor y fuego de los mozos, y común pestilencia del género humano!

Y no sólo en este vicio, mas en todos los otros hay esta misma tiranía. Si no, pon los ojos en el ambicioso y vanaglorioso que anda perdido por el humo de la honra: y mira cuán subjecto vive á este deseo, cuán apetitoso de gloria, cuán diligente en procurarla: pues toda la vida y todas las cosas ordena para este fin: el servicio, el acompañamiento, el vestido, el calzado, la mesa, la cama, el aparato de casa, los criados, los gestos, los meneos, la manera del andar y del hablar y del mirar, y finalmente, todo cuanto hace, para este fin lo hace, pues de tal manera lo hace como más convenga para parecer mejor, y ser loado, y alcanzar este soplo de viento. De manera que si bien lo miras, todo lo que ordinariamente dice y hace, es armar lazos y redes para cazar este aplauso y aire popular. Y si nos maravillamos del otro emperador que gastaba todas las siestas en andar á caza de moscas con un punzón en la mano, ¿cuán-

(1) Eccli. XIX.

to es más de maravillar la locura deste miserable, que no sólo las siestas, sino toda la vida gasta en cazar este humo y airecico del mundo? Por lo cual el triste ni hace lo que quiere, ni viste como quiere, ni va donde quiere: pues deja muchas veces de ir á las iglesias, y tratar con los buenos, por miedo de lo que el mundo (á quien él vive subjecto) dirá. Y (lo que más es) por esto gasta mucho más de lo que quiere, y de lo que tiene, y se pone en mil necesidades, con que infierna su ánima, y también la de sus descendientes, á los cuales deja por herederos de sus deudas y imitadores de sus locuras. Pues ¿qué pena merescen éstos, sino la que escriben haber dado un rey á un hombre muy ambicioso: al cual mandó que diesen humo á narices hasta que muriese, diciendo que justamente era castigado con muerte de humo, pues toda la vida había gastado en procurar humo de vanidad? Pues ¿qué mayor miseria que ésta?

¿Qué diré también del avariento cobdicioso, que no sólo es esclavo, sino también idólatra de su dinero, á quien sirve, á quien adora, á quien obedece en todo cuanto le manda, por quien ayuna y se quita el pan de la boca, y á quien finalmente ama más que á Dios, pues por él mil veces ofende á Dios? En él tiene su descanso, en él su gloria, en él su esperanza, en él todo su corazón y pensamiento: con él se acuesta, con él se levanta, y toda la vida y todos los sentidos emplea en tratar dél, olvidado de sí y de todo lo al. ¿Deste tal diremos que es señor del dinero para hacer dél lo que quisiere, ó esclavo y captivo dél, pues no ordena el dinero para sí, sino á sí para el dinero, quitándolo de la boca y aun del ánima para ponerlo en él?

Pues ¿qué mayor captiverio puede ser que éste? Porque si llamáis captivo al que está encerrado en una mazmorra, ó al que tiene los pies en un cepo, ¿cómo no estará preso el que tiene el ánima presa con la afición desordenada de lo que ama? Porque cuando esto hay, ninguna potencia queda al hombre perfectamente libre, ni es señor de sí mismo, sino esclavo de aquello que desordenadamente ama: porque donde está su amor, allí está preso su corazón, aunque no se pierda por eso su libre albedrío. Y no hace al caso con qué género de ataduras estés preso, si la mejor y mayor parte de ti lo está. Ni diminuye la servidumbre desta prisión, que estés voluntariamente preso: porque si ella es verdadera prisión, tanto será más peligrosa, cuanto fuere

más voluntaria; pues vemos que no diminuye la malicia del veneno ser muy dulce, si él es de verdad veneno. Y no puede ser mayor prisión que la de que tal manera tira por ti y te tiene preso, que te hace cerrar los ojos á Dios, á la verdad, á la honestidad, y á las leyes de justicia: y de tal manera te tiene tiranizado, que así como el beodo no es señor de sí mismo, sino el vino, así el que desta manera está preso, no es del todo señor de sí mismo, sino de su pasión, aunque no por esto pierda su libre albedrío. Y si el captiverio es tormento, ¿que mayor tormento que el que uno destos miserables padece, pues infinitas veces ni puede alcanzar lo que desea, ni quiere dejar de desearlo, ni sabe qué se haga, ni qué camino se tome? Y con esta perplejidad viene á decir lo que el otro poeta dijo á una mujer mal acondicionada: aborrézcote, y ámote juntamente: y si me preguntas la causa, la causa es, porque ni puedo vivir contigo, ni puedo pasar sin ti. Pues ya si alguna vez acomete á romper estas cadenas, y vencer estas aficiones, halla luego tan grande resistencia, que muchas veces desespera de la victoria: y así se torna el miserable otra vez á meter de pies en la misma cadena. ¿Parécete, pues, que se pueda llamar tormento y captiverio éste?

Y si fuese ésta una sola cadena, menos mal sería, porque estando el hombre preso con una sola prisión, y peleando con un solo enemigo, menos desconfiaría de vencerlo. Mas ¿qué diremos de otras prisiones de aficiones con que este miserable está preso? Porque como la vida humana esté subjecta á tantas maneras de necesidades, todas éstas son cadenas y motivos de cobdicias, porque son grandes lazos con que se prende nuestro corazón, aunque esto sea más en unos que en otros. Porque hay algunos hombres naturalmente tan aprehensivos, que apenas pueden desasirse de lo que una vez aprehenden. Otros hay melancólicos, á quien también hace aprehensivos y vehementes en sus deseos este humor. Otros hay pusilánimes, á quien todas las cosas parescen grandes y dignas de ser muy estimadas y deseadas, por pequeñas que sean: porque al corazón pequeño todo le paresce grande, por poco que sea, como Séneca dijo. Otros hay naturalmente vehementes en todas las cosas, que desean (como son ordinariamente las mujeres) las cuales dice un filósofo que aman, ó aborrescen: porque no saben

tener medio en sus aficiones. Todos éstos, pues, padescen muy duro y áspero captiverio con la fuerza de las pasiones que los captivan. Pues si tan grande miseria es estar preso con una sola cadena, y ser esclavo de un solo señor, ¿qué será estar preso con tantas cadenas, y ser esclavo de tantos señores, como lo es el malo, el cual tantos señores tiene cuantas son las pasiones á que obedesce y los vicios á que sirve?

Pues ¿qué mayor miseria que ésta? Si toda la dignidad del hombre, en cuánto hombre, consiste en dos cosas, que son razón y libre albedrío, ¿qué cosa más contraria á lo uno y á lo otro que la pasión, que ciega la razón, y lleva tras sí el libre albedrío? Por donde verás cuán perjudicial y dañosa sea cualquiera desordenada pasión, pues así derriba al hombre de la silla de su dignidad, escureciéndole la razón y pervertiéndole el libre albedrío: sin las cuales dos cosas el hombre no es hombre sino bestia. Ésta es pues, hermano, la miserable servidumbre en que viven todos los malos: como gente que no se rige por Dios, ni por razón, sino por apetito y por pasión.

De la libertad en que viven los buenos.

§. II.

PUES desta tan miserable servidumbre nos vino á librar el Hijo de Dios: y ésta es la libertad y victoria que celebra el profeta Isaías, cuando dice: Alegrarse han, Señor, en Ti tus redemidos como los labradores cuando cogen el fructo de sus labranzas, y como se alegran los vencedores después de tomada la presa, cuando reparten los despojos. Porque Tú, Señor, quitaste de encima dellos el yugo pesado que los apremiaba, y la vara que los hería, y el sceptro del tirano que con tributos desaforados los oprimía. Todos estos nombres de yugo, de vara, de sceptro convienen á la tiranía y fuerza de nuestro apetito: porque dél como de muy proprio instrumento se aprovecha el demonio (que es el príncipe deste mundo) para tiranizar los hombres y subjectarlos al pecado. Pues de toda esta fuerza y potencia nos libró el Hijo de Dios con la abundancia de la gracia que con el sacrificio de su muerte nos ganó. Por

lo cual dice el Apóstol (1) que nuestro viejo hombre fué juntamente crucificado con Él. Y llama aquí viejo hombre este apetito que se desordenó por aquel primer pecado. Porque por aquel grande sacrificio y mérito de su pasión nos alcanzó gracia para sojuzgar este tirano, y ponerlo debajo los pies, y hacerlo pasar por la pena del talión, crucificando á quien antes nos crucificaba, y captivando á quien antes nos tenía captivos. Y así viene á cumplirse lo que el mismo Isaías en otra parte profetizó diciendo: Prenderán á los que antes los prendían, y subjectarán á sus opresores. Porque antes de la gracia, nuestro apetito sensual traía subjecto y tiranizado á nuestro espíritu, haciéndolo servir á sus malos deseos (como arriba se declaró) mas recebida la gracia, de tal manera es ayudado por ella, que prevalece contra este tirano, y le subjecta y hace obedescer á lo que es razón.

Esto fué maravillosamente figurado en la muerte de Adonibezech, rey de Hierusalem (2), á quien mataron los hijos de Israel, cortándole primero los pies y las manos. El cual, como así se viese y se acordase de las crueldades y tiranías que hasta allí había usado, dijo estas palabras: Setenta reyes cortados los pies y las manos comían debajo de mi mesa las migajas que della caían: y agora veo que de la manera que yo lo hice, así lo ha hecho Dios comigo. Y añade la Escriptura que lo llevaron así como estaba á Hierusalem, y que ahí murió. Este tan cruel tirano figura es del príncipe deste mundo: el cual antes de la venida del Hijo de Dios generalmente mancaba los hombres de pies y de manos, destroncándolos, y inhabilitándolos para servir á Dios, cortándoles las manos para no hacer bien, y los pies para no desearlo: y demás desto haciéndolos andar comiendo las migajuelas pobres que de su mesa caían, que son los deleites mundanales y sensuales con que este mal príncipe apascienta sus servidores. Los cuales con mucha razón se llaman migajas, y no pedazos de pan, por la escaseza grande con que este tirano reparte á los suyos estos relieves, pues nunca se los da en la hartura y abundancia que ellos desean. Mas después que el Salvador vino al mundo, hizo pasar á este tirano por la pena que él daba á los otros, cortándole los pies y las manos: esto es, des-

(1) Rom. VI. (2) Judic. I.

haciendo y quebrantando todas sus fuerzas. Cuya muerte señaladamente se dice que fué en Hierusalem: porque ahí fué donde el Salvador del mundo muriendo mató al príncipe deste mundo: y donde siendo Él crucificado, le crucificó y ató de pies y manos y le quitó su poder. Y así luego después de su sacratísima pasión comenzaron los hombres á triunfar deste tirano, enseñoreándose tan poderosamente del mundo, del demonio y de todos sus vicios y apetitos, que todos los tormentos y halagos del mundo no fueron bastantes para derribarlos en un pecado mortal.

De las causas de do procede esta libertad.

§. III.

PREGUNTARÁS por ventura: ¿de dónde procede esta tan maravillosa victoria y libertad? Á esto digo que después de Dios procede primeramente (como ya dijimos) de la divina gracia: la cual mediante las virtudes que della proceden, de tal manera adormece y templa el furor de nuestras pasiones, que no las deja prevalescer contra la razón. Por donde así como los encantadores suelen con algunas palabras encantar las serpientes para que no hagan mal á nadie (de manera que estando vivas no son ponzoñosas, y teniendo veneno no dañan con él) así también esta divina gracia de tal modo encanta estas ponzoñosas serpientes de nuestras pasiones, que estándose ellas vivas y enteras en el ser de naturaleza, no lo están en la malicia de la ponzoña: pues no bastan (como antes hacían) para emponzoñar nuestra vida. Lo cual divinamente significó el profeta Isaías cuando dijo (1): Alegrarse ha el niño de teta sobre los agujeros de la serpiente: y el que estuviere ya destetado, meterá seguramente la mano en la cueva del basilisco. No harán mal, ni matarán en todo mi sancto monte, porque la tierra estará tan llena del conoscimiento de Dios como de las aguas de la mar que la cubre. Pues claro está que no habla aquí el Profeta de las serpientes materiales, sino de las espirituales,

(1) Isai. XI.

que son nuestras pasiones y malas inclinaciones, que cuando se desmandan, bastan para emponzoñar el mundo. Ni tampoco habla de niños corporales, sino espirituales: entre los cuales se llama niño de teta el que comienza á servir á Dios, que aun ha menester leche para criarse; y destetado, el que está ya más aprovechado, que puede andar por su pie y comer pan con corteza. Pues tratando de los unos y de los otros, dice de los primeros que se alegrarán de ver cómo estando en compañía destas espirituales serpientes, por virtud de la divina gracia no recibirán dellas daño mortal consintiendo en el pecado: mas de los postreros, que están ya destetados y adelantados en el camino de Dios, dice que meterán la mano en la cueva del basilisco: esto es, que los guardará Dios aun entre mayores peligros, porque en ellos se cumplirá aquella promesa del Psalmo (1) que dice: Sobre la serpiente y basilisco andarás, y pondrás los pies sobre el león y el dragón. Pues éstos son los que metiendo las manos en la cueva del basilisco, no recibirán daño: porque la abundancia de la gracia que se derramará sobre la tierra, de tal manera encantará estas serpientes, que no sean parte para hacer daño á los hijos de Dios.

Esto mismo aun más claramente y sin metáforas explicó el Apóstol, cuando después de haber tratado muy copiosamente de la tiranía de nuestros apetitos y de nuestra carne, al cabo exclamó diciendo (2): Miserable de mí, ¿quién me librará del cuerpo desta muerte? Responde él mismo en una palabra diciendo: La gracia de Dios, que se nos da por Cristo. En el cual lugar no entiende él por el cuerpo de muerte este cuerpo subjecto á la muerte natural que todos esperamos, sino el que en otro lugar llama él cuerpo de pecado; que es nuestro apetito mal inclinado, del cual (como de un cuerpo) proceden los miembros de todas las pasiones y deseos desordenados que nos llevan á pecar. Y deste tal cuerpo (como de un cruel tirano) dice el Apóstol que nos libra la gracia que se da por Cristo, como está dicho.

Después de la cual la segunda y muy principal causa es la grandeza del alegría y de las consolaciones espirituales de que los justos gozan, según que arriba declaramos. La cual de tal

(1) Psalm. CX. (2) Rom. VII.

manera apaga la sed de todos sus deseos, que con esto fácilmente vencen y despiden de sí todos los apetitos y deseos: y hallada esta fuente de todos los bienes, luego pierden el apetito congojoso de todos los otros bienes, como el Señor lo declaró á la mujer Samaritana diciendo (1): Quien bebiere del agua que Yo le daré (que es la divina gracia) nunca padescerá sed. Lo cual dice Sant Gregorio en una homilía por estas palabras: El que perfectamente ha conoscido la dulcedumbre de la vida celestial, luego desampara todas las cosas que sensualmente amaba: deja lo que poseía, derrama lo que allegaba, enciéndesele el corazón con deseos del cielo, desagrádale todo lo que hay en la tierra, y paresce feo todo lo que antes le era hermoso: porque solo el resplandor desta preciosa margarita reluce en su ánima. Pues desta manera lleno el vaso de nuestro corazón deste licuor celestial, y apagada con él la sed de nuestra ánima, no tiene por qué andar hambreando y procurando los bienes perecederos desta vida: y así queda libre de las cadenas de las aficiones dellos: porque donde no hay deseo ni amor, no hay cadena ni prisión. Y desta manera el corazón que vino á hallar al Señor de todo, se halla él también en su manera señor de todo, pues tiene resumidos los otros bienes en este bien.

Con estos dos favores de Dios (que para esta libertad nos ayudan) se junta también la diligencia y cuidado que los buenos tienen de subjectar la carne al espíritu, y las pasiones á la razón, con la cual vienen ellas poco á poco á mortificarse, y habituarse á lo bueno, y á perder muy gran parte del furor y brío que antes tenían. Porque (como dice S. Crisóstomo) si las bestias fieras acostumbradas á tratar con los hombres, vienen por tiempo á perder su natural fiereza, y envestirse de la blandura y mansedumbre de los hombres (por donde dijo el Poeta que el tiempo y la costumbre hacía á los leones obedescer á los hombres) ¿qué mucho es que nuestras pasiones naturales, acostumbradas á obedecer á la razón, vengan poco á poco á razonarse y domesticarse: esto es, á participar en algo la condición del espíritu y de la razón, y holgar con las obras della? Y si para esto basta el uso y la buena costumbre, ¿cuánto más bastará la gracia ayudada con la misma costumbre?

(1) Joan. IV.

Pues de aquí nasce que muchas veces los siervos de Dios sensualmente (si decir se puede) huelgan más con el recogimiento, y con el silencio, y con la lición, y oración, y meditación, y con otros tales ejercicios, que nunca holgaran con el juego, y con la caza, y con todas las conversaciones y recreaciones del mundo: las cuales ellos tienen por tormento de tal manera, que aun la misma carne viene á aborrescer lo que antes amaba, y tomar gusto y contentamiento en lo que antes aborrescía. Lo cual es en tanta manera verdad, que muchas veces (como dice S. Buenaventura en el prólogo del Estímulo de amor de Dios) se deleita tanto la parte inferior de nuestra ánima en los ejercicios de la oración y comunicación con Dios, que recibe tormento cuando por algún justo impedimento la apartan de allí. Y esto es lo que quiso significar el Profeta cuando dijo (1): Alabaré yo al Señor, porque me dió entendimiento, y también porque de noche mis renes me reprehenden, ó (como trasladó otro intérprete) me enseñan. Ésta es cierto una señalada obra de la divina gracia. Porque por los renes entienden aquí los exponedores los afectos y movimientos interiores del hombre, que suelen ser (como ya dijimos) estímulos y despertadores de pecar. Los cuales por virtud de la gracia muchas veces no sólo no incitan al mal de la manera que solían, mas antes á veces ayudan al bien: y no sólo no sirven al demonio (en cuyos reales servían) mas antes, pasándose á los de Cristo, vuelven las armas contra el enemigo. Lo cual aunque en muchos ejercicios de vida espiritual se pueda ver, pero señaladamente en el afecto de la contrición y dolor de los pecados: en el cual tiene también su parte la porción inferior de nuestra ánima afligiéndose y derramando lágrimas por ellos. Y por esto dice el sancto Profeta que de noche (cuando suelen los justos al cabo del día examinar su consciencia y llorar sus culpas: cuando este Profeta dice en otra parte que barría su espíritu con este ejercicio) entonces le reprehendían sus renes: porque con el desabrimiento que en esta parte de su ánima sentía por haber ofendido á Dios, quedaba castigado y escarmentado para no volver á cometer lo que tanto le había dolido. Por lo cual con mucha razón da gracias al Señor: porque no sólo la parte superior de su ánima (donde está la razón) le convidaba al bien, mas también la parte inferior de-

(1) Psalm. XV.

lla, que comúnmente suele ser incentivo y despertador de mal. Mas aunque esto en su manera sea verdad (y sea ésta una grande gloria de la Redempción de Cristo, que como perfectísimo Redemptor perfectísimamente nos redimió y libertó) mas no por eso debe nadie descuidarse ni fiarse de su carne (por muy mortificada que esté) mientra vive en esta vida mortal.

Éstas, pues, son las causas principales desta maravillosa libertad: de la cual (entre otros efectos) se sigue un nuevo conoscimiento de Dios y una confirmación de la fe y religión que profesamos, como claramente lo testifica el mismo Señor por Ezequiel diciendo (1): Conocerán los hombres que Yo soy Dios, cuando quebrare las cadenas del yugo dellos y los librare de las manos de los que los tenían tiranizados. Este yugo ya dijimos que era la sensualidad, ó apetito desordenado de pecar, que dentro de nuestra carne mora, y nos oprime, y subjecta al pecado. Las cadenas deste yugo son las malas inclinaciones con que el demonio nos prende y lleva tras sí: las cuales son tanto más fuertes cuanto más confirmadas están con la mala costumbre, como S. Augustín lo confiesa de sí mismo diciendo: Preso estaba yo no con hierro, sino con mi propria voluntad que era más dura que hierro. Mi querer tenía en sus manos mi enemigo, y de mí había hecho cadena contra mí, con la cual me tenía preso. Porque de mi perversa voluntad nasció mi mal deseo, y del mal deseo el vicio, y de la continuación del vicio la costumbre: y ésta era la cadena con que el demonio tenía preso mi corazón. Pues cuando un hombre se vió algún tiempo desta manera preso (como se vió este mismo sancto) y probando muchas veces á salir deste captiverio, halló tan dificultosa la salida (como él mismo la halló) cuando después de vuelto á Dios ve quebradas estas cadenas y mortificadas estas pasiones, y se halla libre y señor de sus apetitos, y ve puesto debajo de sus pies el yugo que tenía sobre sus hombros, ¿qué ha de hacer sino conjecturar por aquí que es Dios el que quebró tales cadenas y quitó aquel yugo tan pesado de su cerviz? ¿Qué ha de hacer sino alabar á Dios con el Profeta diciendo (2): Quebraste, Señor, mis ataduras: á Ti sacrificaré sacrificio de alabanza, y invocaré tu sancto nombre.

(1) Ezech. XXXIV. (2) Psalm. CXV.

DEL OCTAVO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD, QUE ES LA BIENAVENTURADA PAZ Y QUIETUD INTERIOR DE QUE GOZAN LOS BUENOS: Y DE LA MISERABLE GUERRA Y DESASOSIEGO QUE DENTRO DE SÍ PADESCEN LOS MALOS.

CAPÍTULO XIX.

De este privilegio susodicho (que es la libertad de los hijos de Dios) se sigue otro no menor, que es la paz y sosiego interior en que viven los tales. Para cuyo entendimiento es de saber que hay tres maneras de paz. Una con los prójimos, otra contra Dios, y otra consigo mismo. La paz con los prójimos es estar en gracia y amistad con ellos, sin querer mal á nadie: la cual tenía David cuando decía (1): Con los que aborrescían la paz era yo pacífico, y cuando les hablaba con mansedumbre me hacían guerra sin causa. Esta paz nos encomienda el apóstol S. Pablo, amonestándonos que trabajemos todo lo posible, á lo menos cuanto es de nuestra parte, por tener paz con todos los hombres. La segunda paz, que es con Dios, consiste también en la gracia y amistad de Dios, que se alcanza por medio de la justificación: la cual reconcilia el hombre con Dios, y hace que Dios ame el hombre, y el hombre á Dios, sin que haya guerra ni contradicción de parte á parte. De la cual dijo el Apóstol (2): Pues estamos ya justificados mediante la fe y amor por Cristo nuestro Salvador, por el cual alcanzamos esta gracia, tengamos paz con Dios. La tercera paz es la que el hombre tiene consigo mismo: de lo cual nadie se debe maravillar, pues nos consta que en un mismo hombre hay dos hombres tan contrarios entre sí como son el interior y el exterior, que son espíritu y carne, pasiones y razón. Las cuales no sólo hacen guerra cruel y contradicción al espíritu, mas también inquietan con sus apetitos y deseos encendidos y con su hambre canina á todo el hombre: con lo cual perturban la paz interior, que es el sosiego y reposo de nuestro espíritu.

(1) Psalm. CXIX. (2) Rom. V.

De la guerra y desasosiego interior de los malos.

§. I.

Esta es, pues, la guerra y desasosiego continuo en que generalmente viven todos los hombres carnales. Porque como ellos por una parte carezcan de gracia, que es el freno con que se mortifican las pasiones, y por otra tengan tan desenfrenado y suelto su apetito, que apenas saben qué cosa sea resistirle en nada, de aquí nasce que viven con infinitas maneras de deseos de cosas diversas: unos de honras, otros de oficios, otros de privanzas, otros de dignidades, otros de hacienda, otros de tales y tales casamientos, y otros de diversas maneras de pasatiempos y deleites: porque este apetito es como un fuego insaciable que nunca dice basta, ó como una bestia tragadora que jamás se harta, ó como aquella sanguijuela chupadora de sangre, de quien dice Salomón (1) que tiene dos hijas, las cuales siempre dicen: daca, daca. Esta sanguijuela es el apetito insaciable de nuestro corazón; y estas dos hijas suyas son, por una parte la necesidad, y por otra la cobdicia: de las cuales la una es como sed verdadera, la otra como falsa: y no menos aflije la una que la otra, puesto caso que la una sea necesidad verdadera, y la otra falsa. De donde nasce que ni los pobres ni los ricos (si son malos) tienen sosiego: porque en los unos la necesidad, y en los otros la cobdicia, siempre está solicitando el corazón, y diciendo: daca, daca. Pues ¿qué descanso, qué reposo, qué paz puede tener el hombre estando siempre estos dos solicitadores perpetuos llamando á la puerta, y pidiéndole infinitas cosas que no está en su mano dárselas? ¿Qué reposo podría tener el corazón de una madre, si viese diez ó doce hijos al derredor de sí dando voces y pidiéndole pan, sin tenerlo? Pues ésta es una de las principales miserias de los malos. Los cuales, como dice el Psalmista (2), están pereciendo de hambre y de sed, y desfalleciendo su ánima en ellos. Porque como esté tan apoderado dellos el amor proprio (cuyos son estos deseos) y tengan puesta toda su felicidad en

(1) Prov. XXX. (2) Psalm. CVI.

estos bienes visibles, de aquí nasce esta sed y hambre canina que tienen de aquellas cosas en que piensan que consiste esta felicidad; y como no todas veces pueden alcanzar lo que desean (porque se lo defienden otros más golosos, ó más poderosos) de aquí vienen á perturbarse y congojarse, de la manera que hace el niño goloso y regalado, que cuando le niegan lo que pide, llora y patea, y está para reventar. Porque así como es árbol de vida el cumplimiento del deseo, según dice el Sabio (1), así no hay otro mayor desabrimiento que desear, y no alcanzar lo deseado: porque esto es como perecer de hambre, y no tener que comer. Y es lo bueno, que mientra más se les defiende lo que desean, más les crece con esta prohibición el deseo, y con el deseo no cumplido, el tormento: y ansí andan siempre en una rueda viva sin reposo.

Éste es aquel estado miserable que significó muy altamente el Salvador en aquella parábola del hijo pródigo: de quien dice (2) que salido de la casa de su padre se fué á una región muy lejos, donde hubo una grande hambre, de la cual alcanzó á él tanta parte, que la necesidad le hizo venir á guardar puercos, siendo hijo de tan noble padre. Y lo que más es, que deseaba hinchir el vientre de aquel manjar vil que comían los puercos, y no había quien se lo diese. ¿Con qué otros colores se pudiera pintar más al propio todo el discurso y miserias de la vida de los malos? ¿Quién es este hijo pródigo que sale de la casa de su padre, sino el miserable pecador que se aparta de Dios, y se derrama por los vicios, y usa mal de todos los beneficios divinos? ¿Qué región es ésta de tanta hambre, sino este mundo miserable: donde es tan insaciable el apetito de los mundanos, que jamás se ven hartos, ni contentos con las cosas que poseen, sino que siempre andan como lobos hambrientos, deseando y sospirando por más? Y ¿cuál es, si piensas, el oficio en que éstos entienden toda la vida, sino en apascentar puercos: que es en buscar hartura y contentamiento para sus apetitos sucios y deshonestos? Si no, párate á mirar los pasos que da un hombre muy verde y muy metido en el mundo, dende la mañana hasta la noche, y aun dende la noche hasta la mañana, y hallarás que todo se le va en buscar cómo apascentar y deleitar alguno destos sentidos bestiales, ó la vista, ó el gusto, ó

(1) Prov. XIII. (2) Luc. XV.

el oído, ó el tacto, ó los demás: como unos puros discípulos de Epicuro, y no de Cristo, como si no tuviesen más que solos cuerpos de bestias, como si no creyesen que hay otro fin, sino para deleites sensuales: así en ninguna otra cosa entienden, sino hoy aquí, mañana allí, andar á caza de gustos y pasatiempos con que apascentar alguno destos sentidos. ¿Qué otra cosa son sus galas, sus fiestas, sus banquetes, sus regalos, sus camas, sus músicas, sus conversaciones, sus vistas y sus salidas, sino andar buscando pasto para este linaje de puercos? Ponle tú á eso el nombre que quisieres; llámalo gentileza, ó grandeza, ó si quisieres, cortesanía: que en el vocabulario de Dios no se llama eso sino apascentar puercos. Porque así como los puercos son un linaje de animales que se huelgan con el cieno hediondo y se apascientan de manjares viles y sucios, así los corazones de los tales no se deleitan sino con el cieno sucio y hediondo de los deleites carnales.

Y lo que excede á toda miseria es que el hijo de tan noble padre, criado para mantenerse en la mesa de Dios con manjares de ángeles, aun no puede hartarse destos manjares tan viles, según es grande la carestía dellos. Porque como son tantos los merchantes desta mercaduría, los unos se impiden á los otros, y así se quedan todos ayunos. Quiero decir que como son tantos los que andan á la rebatina, no puede dejar de haber entre ellos mucha contienda: ni es posible que los puercos debajo del encina no gruñan y se den de navajadas unos á otros sobre quién tendrá más parte en la bellota.

Éste es aquel estado miserable y aquella hambre que describe también el Profeta cuando dice (1): Anduvieron por lugares yermos y solitarios, y por grandes páramos y sequedales, peresciendo de sed y de hambre hasta venir á desfallecer. Pues ¿qué hambre es ésta y qué sed, sino el apetito encendido que los malos tienen de las cosas del mundo, el cual mientra más se cumple, más se enciende, y mientra más bebe, más sed padesce, y mientra más leña le echan, más arde? Oh gente miserable, ¿y de dónde os nasce esta sed tan encendida, sino de que habéis desamparado la fuente de las aguas vivas, y os vais á beber á los aljibes rotos que no pueden retener las aguas? Faltóos el río de la verdadera felicidad, y por eso andáis perdidos por los desiertos y por los char-

(1) Psalm. CVI.

quillos y lagunas turbias de los bienes perescederos á matar la sed. Artificio fué éste de aquel cruel Holofernes, que cuando cercó la ciudad de Betulia (1), mandó cortar los caños por do entraba el agua á la cibdad; y así no les quedaron á los pobres cercados sino unas fuentezuelas junto á los muros, donde á hurto bebían algunas gotillas de agua, más para untar los labios, que para matar la sed. Pues ¿qué otra cosa hacéis los amadores de deleites, los cazadores de honras, los amigos de regalos, después que perdistes la vena de las aguas vivas, sino andar bebiendo á hurto destas pobres fuentezuelas de las criaturas que halláis á mano, que más son para untar los labios y atizar la sed, que para matarla? Oh miserable criatura, ¿en qué andas, como dice el Profeta (2), por el camino de los asirios á beber agua turbia y cenagosa? ¿Qué agua puede ser más cenagosa que el deleite sensual, pues no se puede beber sin mal olor y mal sabor? Porque, ¿qué peor olor que la infamia del pecado, y qué peor sabor que el remordimiento de consciencia, que dél proceden, que (como dice muy bien un filósofo) son dos perpetuos compañeros del deleite carnal?

Y acaesce aun más, que como este apetito sea ciego, y no haga diferencia de lo que se puede ó no puede alcanzar, y muchas veces la fuerza del deseo haga parescer fácil lo que es muy difícil, de aquí nasce desear muchas cosas que no puede alcanzar, porque no hay cosa mucho para desear, que no tenga otros muchos deseosos que anden en pos della, y muchos amadores y contendores que la defiendan; y como el apetito quiere, y no puede; cobdicia, y no alcanza; tiene hambre, y no hay quien le dé de comer; y muchas veces tiende los brazos en balde, y madruga de mañana, y nada le sucede; y á veces subiendo ya por la escala le derriban de los muros abajo, y le quitan de las manos lo que parece que ya tenía: de aquí procede el morir, y el reventar, y el congojarse y despedazarse dentro de sí mismo, por verse tan alejado de lo que desea. Porque como estas dos tan principales fuerzas del ánima (que son irascible y concupiscible) están entre sí de tal manera ordenadas, que la una sirve á la otra, claro está que mientra la parte concupiscible no alcanzare lo que desea, luego la irascible ha de salir por ella, congojándose y embraveciéndose, y poniéndose á todos los encuentros y peligros que pudiere, por dar

(1) Judith, VII. (2) Hierem. II.

contentamiento á su hermana, cuando la ve triste y descontenta. Pues desta confusión de deseos nasce este desasosiego interior de que tratamos, el cual llama guerra el apóstol Santiago cuando dice (1): ¿De dónde proceden las guerras y las contiendas que hay entre vosotros, sino de las cobdicias y apetitos que militan y pelean en vuestras almas cuando cobdiciáis las cosas, y no podéis alcanzarlas? Y llámala guerra con mucha razón, por la lucha y contradicción natural que hay entre el espíritu y la carne, y los deseos de la una parte y de la otra.

Y aun acaesce en este género de cosas otra más para sentir, y es, que muchas veces vienen los hombres á alcanzar todo lo que paresce que bastaba para tener el contentamiento que ellos habían deseado: y estando en tal estado que podrían si quisiesen vivir á su placer, con todo esto viene á metérseles en la cabeza que les conviene pretender tal otra manera de honra, ó de título, ó de lugar, ó de precedencia, ó cosa semejante: la cual si procuran y no alcanzan, vienen á entristecerse, y congojarse, y recebir mayor tormento con aquella nonada que les falta, que contentamiento con todo cuanto les queda: y así viven con esta espina, ó por mejor decir, con este perpetuo azote toda la vida, que les agua y vierte toda su prosperidad, y se la convierte en humo. Esto llamo yo enclavar el artillería, que es cosa que suelen hacer los enemigos en la guerra: lo cual basta para que un tiro muy grueso y muy poderoso no sea de provecho, quedándose tan entero y tan grande como de ántes: porque solo esto bastó para deshacer toda su fuerza. Y deste mismo artificio usa Dios con los malos, para que clarísimamente entiendan (si ellos quisiesen abrir los ojos) que la felicidad y contentamiento del corazón humano es dádiva de Dios, y que Él la da cuando quiere y á quien quiere sin ninguno destos aparatos: y la quita cuando quiere con sólo enclavar (como dijimos) el artillería, que es permitiendo alguno destos desaguaderos y vertederos de su prosperidad. Por donde quedándose tan ricos y tan prósperos en lo que parece por defuera, por sola esta falta secreta viven tan tristes y descontentos como si nada tuvieran. Y esto es lo que divinamente significó el mismo Señor por Isaías, hablando contra la soberbia y potencia del rey de los asirios, diciendo que Él pondría flaqueza en medio de su

(1) Jacobi, IV.

grosura, y fuego debajo de su gloria, con el cual ardiese. Para que por aquí se vea cómo sabe Dios dar un barreno al navío que prósperamente navegaba, y poner flaqueza en medio de la fortaleza, y miseria en medio de la prosperidad. Lo mismo también nos es significado en el libro de Job, donde se dice que los gigantes gimen debajo de las aguas (1): para que se vea que también para éstos tiene Dios sus honduras y sus trabajos, como para los pequeñuelos que parecen estar más subjectos á las injurias del mundo. Pero muy más claramente significó esto Salomón, cuando entre las grandes miserias del mundo contó ésta por una de las mayores, diciendo (2): Hay aun otro mal que vi debajo del sol, y muy común en el mundo. Veréis un hombre á quien Dios dió riquezas, y hacienda, y honra, y ningún bien falta á su ánima de todos los que desea: y con todo esto no le dió poder para comer de lo que tiene, sino que otro extraño se lo tragará. Pues ¿qué es no tener el hombre poder para comer de lo que tiene, sino no lograr las cosas que posee, ni tener con ellas aquel contentamiento que ellas le pudieran dar? Porque con un desaguadero déstos que dijimos, ordena Dios que se vierta toda su felicidad: para que por aquí se entienda que así como la verdadera sabiduría no la dan las letras muertas, sino Dios, así la verdadera paz y contentamiento tampoco lo dan las riquezas y bienes del mundo, sino Dios.

Pues tornando al propósito, si aun los que tienen todas las cosas que desean, no teniendo á Dios, viven tan descontentos y desabridos, ¿qué será de aquéllos á quien todas las cosas faltan, pues cada una destas faltas es una hambre y una sed que los fatiga, y una espina que traen hincada en su corazón? Pues ¿qué paz, qué sosiego puede haber en el ánima donde hay tanta importunidad, tanta guerra y tanto desasosiego de apetitos y pensamientos? Muy bien dijo el Profeta de los tales (3): El corazón del malo es como la mar cuando anda en tormenta, que no puede reposar. Porque ¿qué mar ni qué olas y vientos pueden ser más furiosos que las pasiones y apetitos de los malos, las cuales suelen á veces revolver mares y mundos? Y aun acontece muchas veces levantarse en este mar vientos contrarios, que es otro linaje de tormenta mayor. Ca muchas veces los mismos apetitos pelean en-

(1) Job. XXVI. (2) Eccles. VI. (3) Isai. LVII.

tre sí unos contra otros, como vientos contrarios: porque lo que quiere la carne, no quiere la honra: y lo que quiere la honra, no quiere la hacienda: y lo que quiere la hacienda, no quiere la fama: y lo que quiere la fama, no quiere la pereza y el amor del regalo: y así acaesce que deseándolo todo, no saben qué desearse, y aun ellos mismos no se entienden, ni saben qué tomar ni qué dejar, por encontrarse los apetitos unos con otros, como hacen los malos humores en las enfermedades complicadas, donde apenas halla la medicina lo que deba hacer: porque lo que es saludable contra un humor, es contrario para otro. Ésta es aquella confusión de las lenguas de Babilonia, y aquella contradicción, contra la cual el Profeta hace oración á Dios, diciendo (1): Destruye, Señor, y divide sus lenguas, porque vi maldad y contradicción en la ciudad. Pues ¿qué división de lenguas y qué maldad y contradicción es ésta, sino la que pasa en el corazón de los hombres mundanos, entre la diversidad de sus apetitos, cuando se encuentran unos con otros, deseando cosas contrarias y aborresciendo uno lo que quiere el otro?

De la paz y sosiego interior en que viven los buenos.

§. II.

ESTA es, pues, la suerte de los malos: mas los buenos por el contrario, como tienen tan bien gobernados todos sus apetitos y deseos: como tienen tan domadas y mortificadas sus pasiones: como tienen puesta su felicidad no en estos falsos y perecederos bienes, sino en solo Dios (que es el centro de su felicidad) y en aquellos eternos y verdaderos bienes que nadie les puede quitar: como tienen por enemigo perpetuo el amor proprio, y su carne propria con toda la cuadrilla de sus apetitos y deseos: y como tienen finalmente su voluntad tan resignada y puesta en las manos de Dios, de aquí nasce que ninguna de sus molestias los inquietan y perturban de tal manera que les hagan perder su paz.

Pues éste es uno de los principales galardones entre otros muchos que promete Dios á los amadores de la virtud. Lo cual nos

(1) Psalm. LIV.

testifican á cada paso todas las Escripturas divinas. El Profeta Real dice (1): Mucha paz tienen, Señor, los que guardan vuestra ley, y no hay cosa que los escandalice. Y por Isaías dice el mismo Señor: Ojalá hubieras tenido cuenta con mis mandamientos, porque fuera tu paz como un río caudaloso, y tu justicia como las aguas de la mar. Y llama aquí esta paz río por la gran virtud que ella tiene para apagar las llamas de nuestros apetitos, y templar el ardor de nuestras cobdicias, y regar las venas estériles y secas de nuestro corazón, y dar á nuestras ánimas refrigerio. Lo mismo también significó divinamente (aunque con grande brevedad) Salomón diciendo (2): Cuando hubieren agradado á Dios los caminos del hombre, Él hará que sus enemigos tengan paz con él. Pues ¿qué enemigos son éstos que hacen guerra al hombre, sino sus proprias pasiones y malas inclinaciones de su carne, que pelea siempre contra el espíritu? Pues éstas dice el Señor que hará venir á tener paz con él, cuando por virtud de la gracia y de la buena costumbre vienen á habituarse á las obras del espíritu, y así tienen paz con él, porque no le hacen tan cruel guerra como antes solían. Porque aunque la virtud en sus principios sienta grande contradicción en las pasiones, después que llega á su perfección, obra con gran suavidad y facilidad, y con mucho menor contradicción. Finalmente, ésta es aquella paz que por otro nombre llama el profeta David anchura de corazón, cuando dice (3): Ensanchaste, Señor, mis pasos debajo de mí, y no se enflaquecieron ni debilitaron mis pies. Por las cuales palabras quiso el Profeta declarar la diferencia que hay del camino de los buenos al de los malos. Porque los unos andan con los corazones apretados y congojosos por los temores y cuidados con que viven, como el caminante que va por una senda muy estrecha entre grandes barrancos y despeñaderos, temiendo caer á cada paso: mas el otro camina holgado y seguro, como el que va por un camino llano y espacioso, que no tiene por qué temer. Esto entienden mucho mejor los justos por la práctica que por la teórica: porque todos ellos reconocen la diferencia que hay de su corazón en el tiempo que sirvieron al mundo, y en el que se ofrecieron al servicio de Dios. Porque entonces á cada ocasión de trabajos todo eran congojas, y sobresaltos, y temores, y apreta-

(1) Psalm CXVIII. (2) Prov. XVI. (3) Psalm. XVII.

mientos de corazón: mas después que dejado el camino del mundo, trasladaron su corazón al amor de los bienes eternos, y pusieron toda su felicidad y confianza en Dios, pasan ordinariamente por todas estas cosas con un corazón tan ancho, tan quieto, y tan rendido á la voluntad de Dios, que muchas veces ellos mismos se espantan tanto desta mudanza, que les parece no ser ellos los que antes eran, ó que les han trocado los corazones: tan mudados se hallan. Y á la verdad son ellos, y no son ellos: porque aunque sean ellos cuanto á la naturaleza, no son ellos mismos cuanto á la gracia: pues della procede esta mudanza, aunque nadie pueda tener evidencia della.

Esto es lo que promete el mismo Señor por Isaías diciendo (1): Cuando pasares por las aguas, estaré contigo, y los ríos no te cubrirán, y en medio del fuego no te quemarás. Pues ¿qué aguas son éstas, sino los arroyos de las tribulaciones desta vida, y el diluvio de las miserias innumerables que cada día se ofrecen en ella? Y ¿qué fuego es éste, sino el ardor de nuestra carne, que es aquel horno de Babilonia que atizan los ministros de Nabucodonosor, que son los demonios, de donde se levantan las llamas de nuestros desordenados apetitos y deseos? Pues el que en medio destas aguas y destas llamas en que todo el mundo generalmente peligra, persevera sin quemarse, ¿cómo no barruntará por aquí la presencia del Espíritu Sancto, y la virtud del favor divino? Ésta es aquella paz que como dice el Apóstol (2), sobrepuja todo sentido: porque ella es un tan alto y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender cómo sea posible que un corazón de carne esté quieto, y pacífico, y consolado en medio de los torbellinos y tempestades del mundo. Mas el que esto siente, alaba y reconosce al Hacedor destas maravillas diciendo con el Profeta (3): Venid, y ved las obras del Señor, y las maravillas que ha obrado en la tierra. Ca Él hizo pedazos el arco, y quebró las armas, y los escudos quemó en el fuego, diciendo: Dejad las armas, y vivid en paz y reposo, para que veáis cómo Yo soy Dios ensalzado en el cielo y en la tierra. Pues siendo esto así, ¿qué cosa más rica, más dulce y más para ser deseada, que esta quietud, este reposo, esta anchura y grandeza de corazón, y esta bienaventurada paz?

(1) Isai. XLIII. (2) Philip IV. (3) Psalm. XLV.

Y si pasares más adelante, y quisieres saber cuáles son las causas de do procede este don celestial, á esto respondo que procede de todos estotros privilegios de la virtud, que habemos dicho: porque así como en la cadena de los vicios unos están trabados con otros que son causa dellos; así en la escala de las virtudes, unas también tienen esta misma dependencia de las otras: de tal modo que la más alta, así como produce de sí más fructos, así tiene más raíces de donde nasce. Y así esta bienaventurada paz, que es uno de los once fructos del Espíritu Sancto, nasce destotros fructos y privilegios que dijimos, y señaladamente procede de la misma virtud, cuya compañera indivisible ella es: porque así como á la virtud naturalmente se debe reverencia y honra exterior, así también se le debe la paz interior, la cual juntamente es fructo y premio della. Porque como la guerra interior proceda de la soberbia y desasosiego de las pasiones (como ya dijimos) estando éstas domadas y enfrenadas con las mismas virtudes que este oficio tienen, cesa la causa de todos estos bullicios y desasosiegos. Y ésta es una de las tres cosas en que consiste la felicidad del reino del cielo en la tierra; del cual dice el Apóstol (1): El reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Sancto. Donde por la justicia (según la costumbre de la lengua hebrea) se entiende la misma virtud y sanctidad de que aquí tratamos: en la cual juntamente con estos dos fructos admirables, que son paz y alegría en el Espíritu Sancto, consiste la felicidad y bienaventuranza comenzada de que los justos gozan en esta vida. Y que esta paz sea efecto de la virtud, dícelo el mismo Señor claramente por Isaías así (2): La paz será obra de la justicia, y el fructo desa misma justicia será el silencio y seguridad perpetua: y asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz, y en las moradas de la confianza, y en un descanso harto y abundoso. Y llama aquí silencio á la misma paz interior, que es el reposo y quietud de las pasiones que perturban con sus clamores y deseos congojosos el reposo y silencio del ánima.

Lo segundo, nasce esta paz de la libertad y señorío de las pasiones de que arriba tratamos. Porque así como después de conquistada y señoreada una tierra y subjectados los moradores della, luego hay en ella paz y tranquilidad, y cada uno se asienta

(1) Rom. XIV. (2) Isaiæ. XXXII.

debajo de su higuera y de su parra sin temor ni recelo de enemigos; así, después de conquistadas y señoreadas las pasiones de nuestra ánima, que son (como dijimos) la causa de todos sus desasosiegos, luego se sigue en ella un silencio interior y una paz admirable, con que vive quieta y libre de la guerra y contradicción importuna destas perturbaciones. De manera que así como ellas cuando eran señoras y estaban apoderadas del hombre, lo revolvían y alteraban todo, así agora, cuando el hombre está libre de la tiranía dellas y las tiene captivas, no tiene quien desta manera le revuelva la casa y le perturbe la paz.

Lo tercero, nasce también esta paz de la grandeza de las consolaciones espirituales de que arriba tratamos: con las cuales de tal manera se satisfacen y adormescen hasta los deseos y afectos de nuestro apetito, que por entonces están quietos y satisfechos con la parte que les cabe de estos relieves de la porción superior del ánima. Porque allí la parte concupiscible se da por contenta con aquel soberano gusto que recibe en Dios: y la irascible se quieta viendo á su hermana satisfecha y contenta. Y así queda todo el hombre quieto y sosegado con esta participación y gusto del sumo bien.

Lo cuarto, nasce también esta paz del testimonio y alegría interior de la buena consciencia (de que arriba tratamos) que da grande quietud y descanso al ánima del justo: aunque no la asegure perfectamente, porque no se descuide y pierda el estímulo sancto del temor.

Últimamente nasce esta paz de la confianza que los buenos tienen en Dios (de que también tratamos) porque ésta señaladamente les hace estar quietos y consolados, aun en medio de las tormentas desta vida, por estar aferrados con las áncoras de la esperanza: que es, por confiar que tienen á Dios por padre, por valedor, por defensor y por escudo: debajo de cuyo amparo con mucha razón viven quietos, cantando con el Profeta (1): En paz juntamente dormiré y descansaré: porque Tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia. Ca désta nasce la paz de los justos, y el remedio de todos sus males: porque ¿qué razón tiene para congojarse quien tiene tal valedor?

(1) Psalm. IV.

DEL NONO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD, QUE ES DE CÓMO OYE DIOS LAS ORACIONES DE LOS BUENOS Y DESECHA LAS DE LOS MALOS.

CAPÍTULO XX.

TIENEN también otro grande privilegio los seguidores de la virtud, que es ser oídos de Dios en sus oraciones: lo cual es un gran remedio para todas las necesidades y miserias desta vida. Y para esto es de saber que dos diluvios universales ha habido en el mundo: uno material y otro espiritual, y ambos por una misma causa, que es por pecados.

El material, que fué en tiempo de Noé (1), no dejó en el mundo cosa viva más de lo que pudo caber en una arca: porque todo se lo tragaron las aguas, de tal manera que la mar sorbió á la tierra con todos los trabajos y riquezas de los hombres. Mas el otro primer diluvio fué mucho mayor que éste: porque no sólo dañó á los hombres que en aquel tiempo eran, sino á todos los siglos presentes, pasados y venideros: y no sólo hizo daño á los cuerpos, sino mucho más á las ánimas, pues tan robadas y desnudas quedaron de las riquezas y gracias que el mundo en aquel primer hombre había recebido: como se ve claro en un niño recién nacido, el cual nasce tan desnudo de todos estos bienes, cuan desnudas trae las carnes.

Pues deste primer diluvio nascieron todas las pobrezas y miserias á que la vida humana está subjecta: las cuales son tantas y tan grandes, que dieron materia á un grande doctor y sumo pontífice para hacer un libro de solas ellas (2). Y muchos grandes filósofos, considerando por una parte la dignidad del hombre sobre todos los otros animales, y por otra á cuántas miserias y vicios está subjecto, no acaban de maravillarse viendo esta desorden en el mundo: porque no alcanzaron la causa della, que fué

(1) Genes. VII. (2) Innocentius: de Vilitate conditionis humanæ.

el pecado. Porque veían que solo éste entre todos los animales usa de mil diferencias de carnalidades y deleites: á solo éste fatiga la avaricia, la ambición, y un insaciable deseo de vivir, y el cuidado de la sepultura y de lo que después della ha de ser. Ninguno otro tiene la vida más frágil, ni la cobdicia más encendida, ni el miedo más sin propósito, ni más rabiosa la ira. Veían también á los otros animales pasar la mayor parte de la vida sin enfermedades y sin los tormentos de los médicos y de las medicinas: veíanlos proveídos de todo lo necesario sin trabajo y sin cuidado. Mas al hombre miserable veían subjecto á mil cuentos de enfermedades, de accidentes, de desastres, de necesidades, de dolores así de cuerpo como de ánima, y así suyos proprios como de todos los que ama. Lo pasado le da pena, lo presente le aflige y lo que está por venir le congoja: y para sustentar con pan y agua una sola boca, muchas veces le es forzado trabajar toda la vida.

No acabaríamos á este paso de contar las miserias de la vida humana: la cual el sancto Job dice que es una perpetua batalla, y que los días della son como los de un jornalero que de sol á sol trabaja. Lo cual sintieron en tanta manera algunos sabios antiguos, que unos dijeron que no sabían si la naturaleza nos había sido madre ó madrastra, pues á tantas miserias nos subjectó. Otros dijeron que lo mejor de todo era no nascer, ó á lo menos morir luego acabando de nascer. Y no faltó quien dijo que muchos no tomaran la vida, si se la dieran después de experimentada: esto es, si fuera posible probarla antes de recibirla.

Pues habiendo quedado tal la vida por el pecado, y habiéndose perdido en aquel primer diluvio todo el caudal que habíamos recibido, ¿qué remedio nos dejó el que desta manera nos castigó? Dime tú, ¿qué remedio tiene un hombre enfermo y lisiado que navegando por la mar, en una tempestad perdió toda su hacienda, sino que pues ni tiene patrimonio ni salud para ganarlo, ande toda la vida mendigando? Pues si el hombre en aquel universal diluvio perdió cuanto tenía, y quedó tan pobre y desnudo, ¿qué remedio le queda sino llamar á las puertas de Dios como un pobre mendigo? Esto nos enseñó muy á la clara aquel sancto rey Josafat, cuando dijo: Como quiera que no sepamos, Señor, lo que nos convenga hacer, solo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos á Vos. Y no menos significó esto

mismo el sancto rey Ezequías, cuando dijo (1). De la mañana á la tarde daréis, Señor, fin á mi vida: mas yo así como el hijo de la golondrina llamaré, y gemiré como paloma. Como si dijera: Soy tan pobre y estoy tan colgado, Señor, de vuestra misericordia y providencia, que no tengo un solo día de vida seguro y por esto todo mi ejercicio ha de ser estar siempre dando gemidos ante Vos como paloma, y llamaros como hace á sus padres el hijo de la golondrina. Esto decía este sancto varón con ser rey, y grande rey: pero mucho mayor lo era su padre David, y con todo eso usaba deste mismo remedio en todas sus necesidades, y así con este mismo espíritu y conoscimiento decía: Con mi voz clamé al Señor, con mi voz hice oración á Él. Derramo en presencia dél mi oración, y doile cuenta de mi tribulación, cuando mi espíritu fatigado comienza á desfallecer. Esto es, cuando mirando á todas partes veo cerrados los caminos y puertos de la esperanza: cuando me faltan los remedios de la tierra, busco los del cielo por medio de la oración, la cual Dios me dejó para socorro de todos mis males.

Preguntarás por ventura si es éste seguro y universal remedio para todas las necesidades de la vida. A esto (pues es cosa que pende de la divina voluntad) no pueden responder sino los que Dios escogió para secretarios della, que son los Apóstoles y Profetas: entre los cuales dice uno así (2): No hay nación en el mundo tan grande, que tenga sus dioses tan cerca de sí como nuestro Señor Dios asiste á todas nuestras oraciones. Éstas son palabras de Dios salidas per boca de un hombre: las cuales nos certifican sobre todo lo que se puede certificar, que cuando oramos, aunque no veamos á nadie ni nos responda nadie, no hablamos á las paredes, ni azotamos el aire, sino que allí está Dios dándonos audiencia, y asistiendo á nuestras oraciones, y compadesciéndose de nuestras necesidades, y aparejándonos el remedio, si es remedio que nos conviene. Pues ¿qué mayor consuelo para el que ora, que tener esta prenda tan cierta de la asistencia divina? Y si esto solo basta para esforzarnos y consolarnos, ¿cuánto más lo harán aquellas palabras y prendas que tenemos de la boca del mismo Señor en su Evangelio, donde dice (3): Pedid, y recibiréis: buscad, y hallaréis: llamad, y abriros

(1) Isai. XXXVIII. (2) Deut. IV. (3) Matth. VII; Luc. XI.

han? Pues ¿qué prenda más rica que ésta? ¿Quién dubdará destas palabras? ?Quién no se consolará con esta cédula real en todas sus oraciones?

Pues éste es uno de los mayores privilegios que tienen los amadores de la virtud en esta vida, conoscer que estas tan ricas y seguras promesas principalmente dicen á ellos. Porque una de las señaladas mercedes que nuestro Señor les hace en pago de su fidelidad y obediencia es que Él les acudirá y oirá siempre en todas sus oraciones. Así lo testifica el sancto rey David cuando dice (1): Los ojos del Señor están puestos sobre los justos, y sus oídos en las oraciones de ellos. Y por Isaías promete el mismo Señor diciendo: Entonces (conviene saber, cuando hubieres guardado mis mandamientos) invocarás, y el Señor te oirá; llamarás, y decirte ha: Cátame aquí presente para todo lo que quisieres. Y no sólo cuando llaman, sino aun antes que llamen promete por este mismo Profeta que los oirá. Mas á todas estas promesas hace ventaja aquella que el Señor promete por S. Juan diciendo (2): Si permanesciéredes en Mí, y guardáredes mis palabras, todo cuanto quisiéredes pidiréis, y hacerse ha. Y porque la grandeza desta promesa parescía sobrepujar toda la fe y credulidad de los hombres, vuélvela á repetir otra vez con mayor afirmación diciendo: En verdad, en verdad os digo que cualquiera cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre, os será concedida. Pues ¿qué mayor gracia, qué mayor riqueza, qué mayor señorío que éste? Todo cuanto quisiéredes (dice) pediréis, y hacerse ha. ¡Oh palabra digna de tal prometedor! ¿Quién pudiera prometer esto, sino Dios? ¿Cúyo poder se extendiera á tan grandes cosas, sino el de Dios? Y ¿qué bondad se obligara á tan grandes mercedes, sino la de Dios? Esto es hacer al hombre en su manera señor de todo: esto es entregarle las llaves de los tesoros divinos. Todas las otras dádivas y mercedes de Dios (por grandes que sean) tienen sus términos en que se rematan: mas ésta entre todas (como dádiva real de Señor infinito) tiene consigo esta manera de infinidad, porque no determina esto ni aquello, sino todo lo que vosotros quisiéredes, siendo cosa conveniente para vuestra salud. Y si los hombres fuesen justos apreciadores de las cosas, ¿en cuánto habían de estimar esta promesa? ¿En cuánto estimaría un hombre tener tan-

(1) Psalm. XXXIII. (2) Joan. XV.

ta gracia y cabida con un rey, que hiciese dél todo lo que quisiese? Pues si en tanto se preciaría esto con un rey de la tierra, ¿cuánto más con el Rey del cielo?

Y porque no pienses que esto es decir y no hacer, pon los ojos en las vidas de los sanctos, y mira cuántas y cuán grandes cosas acabaron con la oración. ¿Qué hizo Moisén en Egipto, y en todo aquel camino del desierto con oración? ¿Qué no acabaron Elías y Eliseo su discípulo con oración? ¿Qué milagros no hicieron los Apóstoles con oración? Con esta arma pelearon los sanctos, con ésta vencieron á los demonios, con ésta triunfaron del mundo, con ésta se enseñorearon de la naturaleza, con ésta volvieron en roscío templado las llamas del fuego, con ésta aplacaron y amansaron la saña de Dios, y alcanzaron dél todo lo que quisieron. De nuestro Padre Sancto Domingo se escribe haber descubierto á un grande amigo suyo que ninguna cosa jamás había pedido á nuestro Señor que no la hubiese alcanzado. Y como el amigo le respondiese que pidiese á Dios para religioso de su Orden el maestro Reginaldo, que era un famoso hombre en aquellos tiempos, el sancto varón hizo aquella noche oración por él, y otro día por la mañana, comenzando el himno de Prima, *Jam lucis orto sidere,* entró aquel nuevo lucero por el coro, y echado á los pies del sancto varón le pidió húmilmente el hábito de su Orden. Éste es, pues, el galardón prometido á la obediencia de los justos, que pues ellos son tan fieles y obedientes á las voces de Dios, así también Dios lo sea en su manera á las voces dellos: y pues ellos responden á Dios cuando los llama, les pague Él (como dicen) á torna peón en la misma moneda, respondiendo á su llamado. Y por esto dice Salomón que el varón obediente hablará victorias (1): porque justo es que haga Dios la voluntad del hombre, cuando el hombre hace la de Dios.

Mas, por el contrario, de las oraciones de los malos dice Dios por Isaías (2): Cuando extendiéredes vuestras manos apartaré mis ojos de vosotros, y cuando multiplicáredes vuestras oraciones no las oiré. Y por Hieremías los amenaza el mismo Señor diciendo (3): En el tiempo de la tribulación dirán: Levántate, Señor, y líbranos; y responderles ha: ¿Dónde están los dioses que adoraste? Pues levántense ésos, y líbrente en el tiempo de la necesidad.

(1) Prov. XXI. (2) Isai. I. (3) Jerem. II.

Y en el libro del sancto Job se escribe: ¿Qué esperanza tendrá el malo habiendo robado lo ajeno? ¿Por ventura oirá Dios su clamor cuando venga sobre él la angustia? Y sant Juan en su Canónica dice (1): Hermanos muy amados, si nuestra consciencia no nos reprehendiere, confianza tenemos en Dios que alcanzaremos todo lo que pidiéremos; porque guardamos sus mandamientos, y hacemos lo que es agradable á sus ojos. Conforme á lo cual dice David: Si cometí maldad en mi corazón, no me oirá Dios: mas porque no la cometí, oyó Él mi oración.

Destos lugares hallaremos otros infinitos en las Escripturas sagradas; para que por todo esto veas la diferencia que hay de las oraciones de los buenos á las de los malos, y por consiguiente, la ventaja que hay del partido de los unos al de los otros; pues los unos son oídos y tratados como hijos, y los otros despedidos comúnmente como enemigos. Porque como no acompañan su oración con buenas obras, ni con aquella devoción ni fervor de espíritu, ni con aquella caridad y humildad, no es maravilla que no sea oída; porque (como dice muy bien Cipriano) no es eficaz la petición cuando es estéril la oración. Verdad es que aunque esto generalmente sea así, pero es tan grande la bondad y largueza de Dios, que algunas veces se extiende á oir las oraciones de los malos; las cuales aunque no sean meritorias, no dejan de ser impetratorias; porque como dice Sancto Tomás, el merecer nasce de la caridad; mas el impetrar, de la infinita bondad y misericordia de Dios, la cual algunas veces oye las oraciones de los tales.

(1) I Joan. III.

DÉCIMO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD, QUE ES EL AYUDA Y FAVOR DE DIOS QUE LOS BUENOS RECIBEN EN SUS TRIBULACIONES, Y POR EL CONTRARIO, LA IMPACIENCIA Y TORMENTO CON QUE LOS MALOS PADECEN LAS SUYAS.

CAPÍTULO XXI.

TIENE también otro maravilloso privilegio la virtud, que es alcanzarse por ella fuerzas para pasar alegremente por las tribulaciones y miserias que en esta vida no pueden faltar. Porque sabemos ya que no hay mar en el mundo tan tempestuoso y tan instable como esta vida es; pues no hay en ella felicidad tan segura, que no esté subjecta á infinitas maneras de accidentes y desastres nunca pensados, que á cada hora nos saltean. Pues es cosa mucho para notar, ver cuán diferentemente pasan por estas mudanzas los buenos y los malos. Porque los buenos considerando que tienen á Dios por padre, y que Él es el que les envía aquel cáliz (como una purga ordenada por mano de un médico sapientísimo para su remedio) y que la tribulación es como una lima de hierro, que cuanto es más áspera, tanto más alimpia el ánima del orín de los vicios, y que ella es la que hace al hombre más humilde en sus pensamientos, más devoto en su oración, y más puro y limpio en la consciencia; con estas y otras consideraciones abajan la cabeza, y humíllanse blandamente en el tiempo de la tribulación, y aguan el cáliz de la pasión; ó (por hablar más propriamente) águaselo el mismo Dios: el cual, como dice el Profeta (1), les da á beber las lágrimas por medida. Porque no hay médico que con tanto cuidado mida las onzas de acíbar que da á un doliente (conforme á la disposición que tiene) cuanto aquel físico celestial mide el acíbar de la tribulación que da á los justos, conforme á las fuerzas que tienen para pasarla. Y si alguna vez acrescienta Él el trabajo, acrescienta

(1) Psalm. LXXIX.

también el favor y ayuda para llevarlo; para que así quede el hombre con la tribulación tanto más enriquescido cuanto más atribulado; y de ahí adelante no huya della como de cosa dañosa, sino antes la desee, como mercaduría de mucha ganancia. Pues con todas estas cosas llevan los buenos muchas veces los trabajos, no sólo con paciencia, sino también con alegría. Porque no miran al trabajo, sino al premio; no á la pena, sino á la corona; no á la amargura de la medicina, sino á la salud que por ella se alcanza; no al dolor del azote, sino al amor del que lo envía: el cual tiene ya dicho que á los que ama, castiga.

Júntase con estas consideraciones el favor de la divina gracia (como ya dijimos) la cual no falta al justo en el tiempo de la tribulación. Porque como Dios sea tan verdadero y fiel amigo de los suyos, en ninguna parte está más presente que en sus tribulaciones, aunque menos lo parezca. Si no, discurre por toda la Escriptura sagrada, y verás cómo apenas hay cosa más veces repetida y prometida que ésta. ¿No se dice dél que es ayudador en las necesidades y en la tribulación? ¿No se convida Él á que lo llamen para este tiempo, diciendo (1): Llámame en el tiempo de la tribulación, y librarte he, y honrarme has? ¿No probó esto por experiencia el mismo Profeta cuando dijo (2): Cuando llamé, oyó mi oración el Señor Dios de mi justicia, y ensanchó mi corazón en el día de la tribulación? ¿No es este Señor en quien confiaba el mismo Profeta, cuando decía (3): Esperaba yo á Aquél que me libró de la pusilanimidad del espíritu y de la tempestad? La cual tempestad no es cierto la de la mar, sino la que pasa en el corazón del pusilánime y del flaco, cuando es atribulado; que es tanto mayor, cuanto es más pequeño su corazón. La cual sentencia confirma él con palabras muchas veces repetidas y multiplicadas para mayor confirmación desta verdad y mayor esfuerzo de nuestra pusilanimidad diciendo (4): La salud de los justos viene del Señor, y Él es su defensor en el tiempo de la tribulación; y ayudarlos ha el Señor, y librarlos ha, y defenderlos ha de los pecadores, y salvarlos ha, porque en Él pusieron su esperanza.

Y en otra parte muy más claramente dice el mismo Profeta (5): ¡Cuán grandes son, Señor, los bienes que habéis hecho á

(1) Psalm. 49. (2) Psalm. 4. (3) Psalm. 54. (4) Psalm. 36. (5) Psalm. 30.

todos los que esperan en Vos en presencia de los hijos de los hombres! Esconderlos heis en lo escondido y secreto de vuestro rostro, de las tribulaciones y persecuciones de los hombres; y defenderlos heis en vuestro tabernáculo de la contradicción de las lenguas. Por lo cual sea bendito el Señor que tan maravillosamente usó comigo de su misericordia, defendiéndome y asegurándome como si estuviera en una ciudad de guarnición, estando yo tan derribado y caído en medio de la tribulación, que me parecía estar ya desamparado y desechado de la presencia de vuestros ojos. Mira, pues, cuán á la clara nos enseña aquí el Profeta el favor y amparo que los justos tienen de Dios en lo más recio de su tribulación. Y es mucho de notar aquella palabra que dice: esconderlos heis en lo escondido y secreto de vuestro rostro. Dando á entender (como dice un intérprete) que así como cuando los reyes de la tierra quieren guardar á un hombre muy seguro, lo encierran dentro de su palacio, para que no solamente las paredes reales, mas también los ojos del rey lo defiendan de sus enemigos (que no puede ser mejor guarda) así aquel Rey soberano defiende los suyos con este mismo recaudo y providencia. De donde vemos y leemos que muchas veces los sanctos varones, cercados de grandísimos peligros y tentaciones, estaban con un ánimo quieto y esforzado, y con un rostro y semblante sereno, porque sabían que tenían sobre sí esta guarda tan fiel que nunca los desamparaba, antes entonces se hallaba más presente, cuando los veía en mayor peligro. Así lo hizo Él con aquellos tres sanctos mozos que mandó echar Nabucodonosor en el horno de Babilonia (1), entre los cuales andaba el ángel del Señor convertiendo las llamas de fuego en aire templado. De lo cual espantado el mismo tirano, comenzó á decir: ¿Qué es esto? ¿No eran tres hombres los que echamos en el fuego atados? Pues ¿quién es aquel cuarto que yo veo tan hermoso, que parece hijo de Dios? ?Ves, pues, cuán cierta es la compañía de nuestro Señor en el tiempo de la tribulación? Y no es menor argumento desta verdad lo que hizo este mismo Señor con el sancto mozo Josef, después de vendido por sus hermanos (2); pues (como se escribe en el libro de la Sabiduría) descendió con él á la cárcel, y estando en medio de las prisiones, nunca le desamparó, hasta que le entregó

(1) Dan. III. (2) Genes. XLI.

el sceptro y señorío de Egipto, y le dió poder contra los que le habían afligido, y mostró que habían sido mentirosos los que le habían infamado y puesto mácula en su gloria. Los cuales ejemplos manifiestamente nos declaran la verdad de aquella promesa del Señor, que por el Psalmista dice (1): Con él estoy en la tribulación; librarlo he, y glorificarlo he. Dichosa por cierto la tribulación, pues merece tal compañía. Si así es, demos todos voces con Sant Bernardo diciendo: Dame, Señor, siempre tribulaciones, porque siempre estés comigo.

Júntase también con esto el socorro y favor de todas las virtudes, las cuales concurren en este tiempo á dar esfuerzo al corazón afligido, cada una con su lanza. Porque así como cuando el corazón está en algún aprieto, toda la sangre acude á socorrerle, porque no desfallezca, así también cuando el ánima está apretada y puesta en peligro con alguna tribulación, luego todas las virtudes acuden á socorrerla, cada una de su manera. Y así primeramente acude la fe con el conoscimieuto firme de los bienes y males de la otra vida, en cuya comparación es nada todo lo que se padece en ésta. Ayúdalos también la esperanza, la cual hace al hombre paciente en los trabajos con la esperanza del galardón. Ayúdalos el amor de Dios, por el cual desean afectuosamente padecer aflicciones y dolores en este siglo. Ayúdalos la obediencia y conformidad que tienen con la divina voluntad, de cuya mano toman alegremente y sin murmuración todo lo que les viene. Ayúdalos la paciencia, á la cual pertenece tener hombros para poder llevar estas cargas. Ayúdalos la humildad, la cual les hace inclinar los corazones, como árboles delgados, al furioso viento de la tribulación, y humillarse debajo de la mano poderosa de Dios, reconosciendo siempre que es menos lo que padescen, de lo que sus culpas merecen. Ayúdalos otrosí la consideración de los trabajos de Cristo crucificado, y de todos los otros sanctos, en cuya comparación son nada todos los nuestros.

Desta manera, pues, ayudan aquí las virtudes con sus oficios: y no sólo con sus oficios, sino también (si se sufre decir) con sus dichos. Porque la fe primeramente dice que no son dignas las pasiones deste tiempo para la gloria advenidera que será revelada en nosotros. La caridad también acude diciendo que algo es ra-

(1) Psalm. XC.

zón que se padezca por Aquél que tanto nos amó. El agradescimiento dice también con el sancto Job que si hemos recibido bienes de la mano del Señor, justo es que también recibamos las penas dél. La penitencia dice: Razón es que padezca algo contra su voluntad, quien tantas veces la hizo contra la de Dios. La fidelidad dice: Justo es que nos halle fieles una vez en la vida, quien tantas mercedes nos ha hecho en toda ella. La paciencia dice que la tribulación es materia de paciencia, y la paciencia de probación, y la probación de esperanza, y la esperanza no saldrá en vano, ni dejará al hombre confundido. La obediencia dice que no hay mayor sanctidad, ni mayor sacrificio, que conformarse el hombre en todos los trabajos con el beneplácito de la divina voluntad.

Mas entre todas estas virtudes la esperanza viva es la que señaladamente los ayuda en este tiempo, y la que maravillosamente tiene firme y constante nuestro corazón en medio de la tribulación. Y esto nos declaró el Apóstol, el cual acabando de decir (1): Gozándoos con la esperanza, añadió luego: Teniendo en los trabajos paciencia: entendiendo muy bien que de lo uno se seguía lo otro: conviene saber, de la alegría de la esperanza el esfuerzo de la paciencia. Por la cual causa elegantemente la llamó el Apóstol áncora (2); porque así como el áncora aferrada en la tierra tiene seguro el navío que está en el agua, y le hace que desprecie las ondas y la tormenta, así la virtud de la espeza viva, aferrada fuertemente en las promesas del cielo, tiene firme el ánima del justo en medio de las ondas y tormentas deste siglo, y le hace despreciar toda la furia de los vientos y tempestades dél. Así dicen que lo hacía un sancto varón, el cual viéndose cercado de trabajos decía: Tan grande es el bien que espero, que toda pena me deleita.

Desta manera, pues, concurren todas las virtudes á conhortar el corazón del justo, cuando lo ven atribulado. Y si aun con todo esto desmaya, tornan á volver sobre él con más calor diciendo: Pues si al tiempo de la prueba, cuando Dios te quiere examinar, desfalleces, ¿dónde está la fe viva que para con Él has de tener? ¿Dónde la caridad, y la fortaleza, y la obediencia, y la paciencia, y la lealtad, y el esfuerzo de la esperanza? ¿Esto es para lo que

(1) Rom. XII. (2) Hebr. VI.

tantas veces te aparejabas y determinabas? ¿Esto es lo que tú tantas veces deseabas, y aun pidías á Dios? Mira que no es ser buen cristiano solamente rezar, y ayunar, y oir misa: sino que te halle Dios fiel (como á otro Job y otro Abraham) en el tiempo de la tribulación. Pues desta manera el justo, ayudándose de sus buenas consideraciones y de las virtudes que tiene, y del favor de la divina gracia que no le desampara, viene á llevar estas cargas no sólo con paciencia, mas muchas veces con hacimiento de gracias y alegría. Y para prueba desto bástenos por agora el ejemplo del sancto Tobías: de quien se escribe que habiendo nuestro Señor permitido que después de otros muchos trabajos pasados perdiese también la vista, para que se diese á los hombres ejemplo de su paciencia, no por eso se desconsoló, ni perdió punto de la fidelidad y obediencia que antes tenía. Y añade luego la Escriptura la causa desto diciendo: Porque como siempre dende su niñez hubiese vivido en temor de Dios, no se entristeció contra el Señor por este azote, sino permaneciendo sin moverse en su temor, le daba gracias todos los días de su vida. Mira, pues, aquí cuán abiertamente atribuye el Espíritu Sancto la paciencia en la tribulación á la virtud y temor de Dios que este sancto varón tenía, conforme á lo que aquí está declarado. Y aun de nuestros tiempos podía yo referir muy ilustres ejemplos de grandes enfermedades y trabajos llevados por siervos y siervas de Dios con grande alegría: los cuales en la hiel hallaron miel, y en la tempestad bonanza, y en el medio de las llamas de Babilonia refrigerio saudable.

De la impaciencia y furor de los malos en sus trabajos.

§. I.

Mas por el contrario, ¡qué cosa es ver los malos en la tribulación! Como no tienen caridad, ni paciencia, ni fortaleza, ni esperanza viva, ni otras virtudes semejantes; y como los toman los trabajos tan desarmados y desapercebidos; como no tienen luz para ver aquello que los justos ven con la fe formada, ni lo abrazan con la esperanza viva, ni han probado por experiencia aquella bondad y providencia paternal de Dios para con los su-

yos; es cosa de lástima ver de la manera que se ahogan en este golfo, sin hallar dónde hacer pie, ni de qué echar mano. Porque como carecen de todas estas ayudas, como navegan sin este gobernalle, como pelean sin estas armas, ¿qué se puede esperar dellos, sino que perezcan en la tormenta y mueran en la batalla? ¿Qué se puede esperar, sino que con la furia de los vientos y con las ondas de los trabajos vengan á dar en las rocas de la ira, y de la braveza, y de la pusilanimidad, y de la impaciencia, y de la blasfemia, y de la desesperación? Y algunos hay que junto con esto han venido á perder el seso, ó la salud, ó la vida, ó á lo menos la vista con el continuo llorar. De manera que los unos como plata fina perseveran sanos y enteros en el fuego de la tribulación: los otros como vil y bajo estaño luego se derriten y deshacen con la fuerza del calor. Y así donde los unos lloran, los otros cantan; donde los unos se ahogan, los otros pasan á pie enjuto; donde los unos como vil y flaco vaso de barro estallan en el fuego, los otros como oro puro se paran más hermosos. Desta manera, pues, suena siempre voz de salud y alegría en los tabernáculos de los justos (1); mas en las casas de los malos siempre se oyen voces de tristeza y confusión.

Y si quieres entender lo que digo, mira los extremos que han hecho y hacen cada día muchas mujeres principales cuando vienen á perder sus hijos ó maridos; y hallarás que unas se encierran en lugares escuros donde nunca más vean sol ni luna; otras hay aun que se han encerrado en jaulas como bestias fieras; otras que se han arrojado en medio del fuego; otras vienen á dar con la cabeza por las paredes con rabia y aborrescimiento de la vida; y aun otras vemos que la acaban después muy presto con la impaciencia y furia del dolor: y así queda asolada y destruída una casa y familia en un momento. Y lo que más es, que no sólo son crueles y desatinadas para consigo, sino también atrevidas y blasfemas para con Dios, acusando su providencia, condenando su justicia, blasfemando de su misericordia y poniendo en el cielo contra Dios su boca sacrílega. Lo cual todo en fin les viene á llover en casa, con otras calamidades aun mayores que les envía Dios por estas blasfemias; porque éste es el galardón que merece quien escupe hacia el cielo, y echa coces contra el aguijón. Y

(1) Psalm. CXVII.

ésta suele ser á veces una cura muy justa de la mano de Dios, que así divierte sus corazones de unos trabajos grandes con otros mayores.

Desta manera los miserables, como les falta el gobernalle de la virtud, vienen á dar al través al tiempo de la tormenta, blasfemando por lo que habían de bendecir, ensoberbeciéndose con lo que se habían de humillar, enduresciéndose en el castigo, y empeorando con la medicina: lo cual paresce que es un infierno comenzado, y principio de otro que se les apareja. Porque si no es otra cosa infierno sino lugar de penas y culpas, ¿qué falta aquí para que no tengamos éste por una manera de infierno, donde hay tanto de uno y de otro?

Y qué lástima es ver sobre todo esto, que así como así se han de padecer los trabajos, y que tomándolos con paciencia se hacían más ligeros de llevar, y más meritorios para el ánima: y que con todo esto quiera el malaventurado hombre perder el fructo inestimable de la paciencia, y hacer la carga mayor con el trabajo de la impaciencia, la cual sola pesa más que la misma carga. Gran desconsuelo es trabajar, y no ganar nada con el trabajo, ni tener á quien hacer cargo dél. Pero mayor es sin comparación perder aun lo ganado, y después de haber habido mala noche, hallar desandada la jornada.

Todo esto, pues, nos declara cuán diferentemente pasan por las tribulaciones los buenos y los malos: cuánta paz, alegría y esfuerzo tienen los unos donde tanta aflicción y desasosiego padecen los otros. Lo cual fué maravillosamente figurado en los grandes clamores y llantos que hubo en toda la tierra de Egipto cuando les mató Dios en una noche todos los primogénitos (1): porque no había casa donde no hubiese su llanto, como quiera que en toda la tierra de Jesé (donde moraban los hijos de Israel) no se oyese un solo perro que ladrase.

Pues ¿qué diré (demás desta paz) del provecho que de sus tribulaciones sacan las justos, de donde los malos sacan tanto daño? Porque (según dice Crisóstomo) así como en el mismo fuego se purifica el oro, y el madero se quema, así en el fuego de la tribulación el justo se hace más hermoso, como el oro, y el malo como el leño seco y infructuoso se hace ceniza. Conforme á

(1) Exod. XII.

lo cual dice también Cipriano que así como el aire al tiempo del trillar avienta y esparce las pajuelas livianas, mas con esto purifica el trigo y lo deja más limpio, así el viento de la tribulación desbarata y derrama los malos como paja liviana: mas por el contrario, recoge y purifica los buenos como trigo escogido. Lo mismo también nos representan en figura las aguas y ondas del mar Bermejo: las cuales no solamente no ahogaron á los hijos de Israel al tiempo que por él pasaron, mas antes les eran muro á la diestra y á la siniestra. Y por el contrario, esas mismas aguas envolvieron y anegaron los carros de los egipcios con todo el pueblo de Faraón (1). Pues desta manera las aguas de las tribulaciones son para mayor guarda y defensión de los buenos, y para conservación y ejercicio de su humildad y de su paciencia: mas para los malos son como olas y tormenta que los anega y sume en el abismo de la impaciencia, de la blasfemia y de la desesperación.

Ésta es, pues, otra maravillosa ventaja que la virtud hace al vicio: por la cual los filósofos alabaron y preciaron mucho la filosofía, creyendo que á ella sola pertenescía hacer al hombre constante en cualquier trabajo. Mas vivían en esto muy engañados, como en otras cosas. Porque así la verdadera virtud como la verdadera constancia no se hallan entre los filósófos, sino en la escuela de aquel Señor que puesto en la cruz nos consuela con su ejemplo, y reinando en el cielo nos fortalece con su espíritu, y prometiéndonos la gloria nos anima con la esperanza della: de lo cual todo carece la filosofía humana.

(1) Exod. XIV.

UNDÉCIMO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD, QUE ES, CÓMO NUESTRO SEÑOR PROVEE Á LOS VIRTUOSOS DE LO TEMPORAL.

CAPÍTULO XXII.

TODO esto que hasta aquí habemos dicho, son riquezas y bienes espirituales que se dan á los amadores de la virtud en esta vida, demás de la gloria perdurable que les está guardada en la otra: los cuales todos se prometieron al mundo en la venida de Cristo (según que todas las escripturas proféticas testifican) por lo cual se llama con razón Salvador del mundo: porque por Él se nos da la verdadera salud, que es la gracia, y la sabiduría, y la paz, y la victoria y señorío de nuestras pasiones, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y las riquezas de la esperanza: y finalmente todos los otros bienes que se requieren para alcanzar aquella salud, de la cual dijo el Profeta: Israel fué hecho salvo en el Señor con salud eterna.

Mas si alguno hubiere tan de carne que tenga más puestos los ojos en los bienes de carne, que en los de espíritu (como hacían los judíos) no quiero que por esto nos desavengamos: porque aquí le daremos mucho mejor despacho de lo que él pueda desear. Si no, dime: ¿qué quiso significar el Sabio, cuando (hablando de la verdadera sabiduría en que está la perfección de la virtud) dijo: La longura de días está en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria? De manera que ella tiene en sus manos estos dos linajes de bienes con que convida á los hombres: en la una bienes eternos, y en la otra temporales. No pienses que mata Dios á los suyos de hambre, ni que sea tan desproveído, que dando de comer á las hormigas y gusanos de la tierra, deje ayunos á los que día y noche le sirven en su casa. Y si no quieres creer á mí, lee todo el capítulo VI de S. Mateo, y verás las prendas y la seguridad que allí se te da sobre esto. Mirad, dice el Salvador aquí, las aves del cielo que no siembran, ni cogen, ni encierran, ni hacen provisión para adelante, y vuestro Padre que está en los cielos tiene cuidado de proveerlas. ¿Pues no

sois vosotros de más precio que ellas? Finalmente, después destas palabras concluye el Salvador diciendo: No queráis, pues, estar solícitos sobre qué comeremos ó qué beberemos, porque estas cosas buscan las gentes que no conoscen á Dios. Mas vosotros buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará como por añadedura. Pues por esta causa entre otras nos convida el Psalmista á servir á Dios (viendo que por sola ésta se obligan unos hombres á servir á otros hombres) diciendo (1): Temed al Señor todos sus sanctos, porque ninguna cosa falta á los que le temen. Los ricos deste mundo padecerán necesidad y hambre: mas á los que buscan al Señor, nunca fallecerá todo bien. Y es esto una cosa tan cierta, que el mismo Profeta añade en otro psalmo diciendo (2): Mozo fuí, y agora soy viejo, y nunca hasta hoy vi al justo desamparado, ni á sus hijos buscar pan.

Y si quieres más por extenso ver el recaudo que los buenos tienen en esta parte, oye lo que Dios promete en el Deuteronomio á los guardadores de su ley, diciendo: Si oyeres la voz de tu Señor Dios y guardares sus mandamientos, hacerte ha Él más alto que todas las gentes que moran sobre la haz de la tierra, y vendrán sobre ti todas estas bendiciones: Bendito serás en la cibdad, y bendito en el campo. Bendito será el fructo de tu vientre, y el fructo de tu tierra, y el fructo de tus bestias y ganados, y las majadas de tus ovejas. Benditos serán tus graneros, y las migajas de tu casa. Bendito serás en tus entradas y salidas, y en todo lo que pusieres mano serás prosperado. Derribará Dios ante tus pies todos los enemigos que se levantaren contra ti: por un camino vendrán, y por siete huirán. Enviará Dios su bendición sobre tus cilleros, y en todo serás bendito. Hacerte ha Dios un pueblo sancto para gloria suya: así como te lo tiene jurado, si guardares sus mandamientos y anduvieres en sus caminos: y serán tan grandes tus prosperidades, que por ellas conoscerán todos los pueblos de la tierra que el nombre del Señor es invocado sobre ti, y temerte han. Hacerte ha Dios abundar en todos los bienes, en el fructo de tu vientre, y en el fructo de tus ganados, y en los fructos de la tierra que te prometió de dar. Abrirá Dios sobre ti aquel riquísimo tesoro suyo del cielo, y lloverá

(1) Psalm. XXXIII. (2) Psalm . XXXVI.

sobre tus tierras á sus tiempos, y echará su bendición á todas las obras de tus manos. Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta. Pues dime agora: ¿qué Indias, qué tesoros se pueden comparar con estas bendiciones?

Y puesto caso que estas promesas más se dieron al pueblo de los judíos que al de los cristianos (porque á este segundo promete Dios por Ezequiel que enriquescerá con otros mayores bienes, que son bienes de gracia y gloria) pero todavía así como en aquella ley carnal no dejaba Dios de dar bienes espirituales á los buenos judíos, así en esta espiritual no deja de dar también sus prosperidades temporales á los buenos cristianos: sino que las prosperidades dáselas con dos grandes ventajas que no conoscen los malos. La una, que como médico prudentísimo se las da en aquella medida que pide su necesidad; para que de tal manera los sustenten, que no los envanescan. Lo cual no saben los malos, pues abarcan todo cuanto pueden, sin mirar que no es menor el daño que la demasía de los bienes temporales hace en las ánimas, que la del mantenimiento en los cuerpos. Porque aunque el comer sea necesario para sustentar la vida, pero el demasiado comer hace daño á la misma vida. Y así también, aunque en la sangre esté la vida del hombre, pero con todo esto muchas veces el pujamiento de sangre mata al hombre. La otra ventaja es, que con menor estruendo y aparato de cosas les da mayor descanso y contentamiento, que es el fin para que buscan los hombres todo lo temporal. Porque todo lo que Él puede hacer por medio de las causas segundas, puede hacer por sí solo aun más perfectamente que por ellas. Y así lo hizo con todos los sanctos, en nombre de los cuales decía el Apóstol: Nada tenemos, y todo lo poseemos; porque tan grande contentamiento tenemos con lo poco, como si fuésemos señores de todo el mundo. Los caminantes procuran llevar en oro su dinero, porque así van más ricos y con menos carga; y desta manera procura el Señor de proveer y aliviar los suyos, dándoles pequeña carga, y grande contentamiento con ella. Desta manera, pues, caminan los justos, desnudos, y contentos, pobres, y ricos; mas por el contrario, los malos, llenos de bienes, y muriendo de hambre, y (como dicen de Tántalo) el agua á la boca, y muriendo de sed.

Pues por estas y otras semejantes causas encomendaba tanto aquel gran Profeta la guarda de la divina ley, queriendo que solo

éste fuese nuestro cuidado, porque sabía él muy bien que con ésta todo lo demás estaba cumplido. Y así dice él (1): Poned estas mis palabras en vuestros corazones, y traeldas atadas por señal en vuestras manos, y colgadas delante de vuestros ojos, y enseñadlas á vuestros hijos para que piensen en ellas. Cuando estuvieres asentado en tu casa y anduvieres por el camino, cuando te acostares y levantares, pensarás en ellas: y escribirlas has en los umbrales y puertas de tu casa, de manera que siempre las traigas ante los ojos; para que así se multipliquen los días de tu vida y de tus hijos en la tierra que Dios te dará. Oh sancto Profeta, ¿qué veías, qué hallabas en la guarda destos mandamientos divinos, porque así la encomendabas? Verdaderamente, como grande profeta y secretario de los consejos divinos, entendías la grandeza inestimable de este bien, y cómo en él estaban todos los bienes presentes y venideros, temporales y eternos, espirituales y corporales; y cumplido con esta obligación, todo lo demás estaba cumplido. Entendías muy bien que cuando el hombre se ocupaba en hacer la voluntad de Dios, no por eso perdía jornada; sino que entonces labraba su viña, y regaba su huerta, y granjeaba su hacienda, y entendía en sus negocios muy mejor que haciéndolos él por su mano; pues con aquello echaba á Dios cargo para que Él los hiciese por la suya. Porque ésta es la ley de aquel pacto y concierto que tiene Dios hecho con los hombres, que entendiendo ellos en la guarda de su testamento, Él entendería en la guarda de sus cosas; y está cierto que no ha de cojear por la parte de Dios este contrato, sino que si el hombre le fuere buen siervo, Él le será mejor señor. Ésta es aquella sola una cosa que el Salvador dijo ser necesaria (2), que es conoscer y amar á Dios: porque quien á Dios tiene contento, todo lo demás tiene seguro. La piedad, dice Sant Pablo (3), para todas las cosas aprovecha; porque para ella son todas las promesas de la vida presente y advenidera. ¿Ves, pues, aquí cuán abiertamente promete aquí el Apóstol á la piedad (que es el culto y veneración de Dios) no sólo los bienes de la otra vida, sino también los désta, en cuanto nos sirven y ayudan para alcanzar aquélla? Aunque no se excusa por esto que el hombre trabaje y haga lo que es de su parte, conforme á la cualidad y condición de su estado.

(1) Deut. VI. (2) Luc. X. (3) I Tim. IV.

De las necesidades y pobreza de los malos.

§. I.

Mas por el contrario, quien quisiere saber qué tan grandes sean las adversidades, y las calamidades, y pobreza que están guardadas para los malos, lea el capítulo veinte y ocho del Deuteronomio, y verá cosas que le pongan espanto y admiración: porque entre otras muchas palabras dice así: Si no quisieres oir la voz de tu Señor Dios, y guardar sus mandamientos, vendrán sobre ti estas maldiciones, y comprehenderte han. Maldito serás en la ciudad, y maldito en el campo; máldito tu cillero, y malditas las sobras de tu mesa; maldito el fructo de tu vientre, y el fructo de tu tierra, y los hatos de tus bueyes, y las manadas de tus ovejas; maldito serás en todas tus entradasy salidas; esto es en todo lo que pusieres las manos. Enviará el Señor sobre ti esterilidad, y hambre, y confusión en todas las obras de tus manos hasta destruirte. Enviarte ha pestilencia hasta que te consuma y eche de la tierra que vas agora á poseer. Castíguete el Señor con pobreza, fiebres, y fríos, y ardores, y aire corrupto, y mangla hasta que perezcas. Sea el cielo que está sobre ti de metal, y la tierra que hollares de hierro, y el Señor envíe sobre ella polvo en lugar de agua, y del cielo descienda sobre ti ceniza, hasta que seas destruído. Entréguete el Señor en manos de tus enemigos, Por una puerta salgas contra ellos, y por siete huyas dellos, y seas derramado por todos los reinos de la tierra, y tu cuerpo muerto sea manjar de todas las aves del aire, y de las bestias de la tierra, y no haya quien las ojee. Castíguete el Señor con locura, y ceguedad, y furor de entendimiento, de tal manera que andes palpando las paredes en el medio día, así como anda el ciego en las tinieblas, sin saber enderezar tus caminos. En todo tiempo padezcas calumnias, y andes oprimido con violencia, y no haya quien te libre. La mujer que tuvieres, otro la deshonre; y la casa que edificares, no mores en ella; y la viña que plantares, no la vendimies; y tu buey sea muerto delante ti, y no comas dél; tu bestia sea llevada delante tus ojos, y no se te vuelva; tus hijos y hijas sean entregados á otro pueblo, viendo tus ojos, y desfalleciendo á la vista dellos todo el día, y no haya fortaleza en ti: y andarás

perdido, y serás proverbio y fábula en todos los pueblos donde serás llevado. Y finalmente, después de otras muchas y muy terribles maldiciones añade y dice: Vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y comprehenderte han, hasta que perezcas. Y porque no quisiste servir á tu Señor Dios con gozo y alegría de corazón por la abundancia de todas las cosas, servirás al enemigo que Él te enviará, con hambre, sed, desnudez y pobreza, el cual porná un yugo de hierro sobre tu cerviz, hasta destruirte. Traerá el Señor contra ti una gente de los últimos fines de la tierra con tanta ligereza como el águila que vuela, cuya lengua no puedas entender; una gente desvergonzadísima, que no cate cortesía al viejo, ni tenga compasión del niño, la cual se trague el fructo de tus ganados y el fructo de tu tierra, de tal manera, que no te deje trigo, ni vino, ni aceite, ni bueyes, ni vacas, ni ovejas, hasta que te consuma en todas tus ciudades, y sean destruídos tus muros altos y firmes en que tenías tu confianza. Serás cercado dentro de tus puertas, y puesto en tanto aprieto, que comerás el fructo de tu vientre, y las carnes de tus hijos y de tus hijas: tan grande será el aprieto en que tus enemigos te pondrán. Todas éstas son palabras de la Escriptura divina, con otras muchas más que dejo aquí de referir. Las cuales quienquiera que leyere con atención, quedará como atónito y fuera de sí leyendo cosas tan horribles: y entonces por ventura abrirá los ojos; y comenzará á entender algo del rigor espantable de la justicia divina, y de la malicia horrible del pecado, y del odio tan extraño que Dios tiene contra él; pues con tan extrañas penas lo castiga en esta vida: por donde verá lo que se puede esperar en la otra. Y juntamente con esto compadecerse ha de la insensibilidad y miseria de los malos, que tan ciegos viven para no ver lo que les está guardado.

Y no pienses que estas amenazas sean de solas palabras: porque todo esto no fué tanto amenaza, cuanto profecía de las calamidades que á aquel pueblo sucedieron. Porque en tiempo de Acab, rey de Israel, estando él cercado en Samaria por el ejército del rey de Siria (1), se lee que comían los hombres estiércol de palomas, y aun que este manjar se vendía por gran suma de dineros: y llegó el negocio á términos que hasta las madres mataban á sus hijos para comer: y lo mismo escribe Josefo haber

(1) IV. Reg. VI.

acaescido en el cerco de Hierusalem. Pues ya los captiverios deste pueblo muy notorios son, con toda la destrucción de su república y reino. Porque los once tribus fueron llevados en perpetuo captiverio, que nunca fué revocado por el rey de los asirios: y uno solo que quedaba, fué después de mucho tiempo asolado y destruído por el ejército de los romanos: donde fué muy grande el número de los captivos, y mucho mayor sin comparación el de los muertos, como el mismo historiador escribe.

Ni menos se engañe nadie creyendo que estas calamidades pertenescían á solo aquel pueblo: porque generales son á todos los pueblos que teniendo ley de Dios la menosprecian y quebrantan, como Él mismo lo testifica por Amós diciendo (1): ¿Por ventura no hice yo subir á los hijos de Israel de Egipto, y á los palestinos de Capadocia, y á los siros de Sirene? Porque los ojos del Señor están puestos sobre el reino que peca, para destruirlo y echarlo de sobre la haz de la tierra. Dando á entender que todas estas mudanzas de reinos, destruyendo unos, y plantando otros, se hacen por pecados. Y quien quisiere ver si esto nos toca, revuelva las historias pasadas, y verá cómo por un mismo rasero lleva Dios á todos los malos, especialmente á los que teniendo verdadera ley, no la guardan. Porque ahí verá cuánta parte de Europa, de África y de Asia, que estaba llena de iglesias y pueblos cristianos, está agora poseída de bárbaros y paganos: y verá cuántas destrucciones ha padecido la Iglesia por los godos, por los hunos y por los wándalos, que en tiempo de Sant Augustín destruyeron toda la provincia de África, sin perdonar á hombre, ni mujer, ni viejo, ni niño, ni doncella. Y en este mismo tiempo de tal manera fué asolado por los mismos bárbaros el reino de Dalmacia con las provincias comarcanas, que (como dice S. Hierónimo, natural desta provincia) quien por ella pasaba, no veía mas que cielo y tierra: tan asolada había quedado. Lo cual todo nos declara cómo la virtud y verdadera religión no sólo ayuda para alcanzar los bienes eternos, sino también para no perder los temporales: porque la consideración desto con todas las demás sirva para aficionar nuestros corazones á esa misma virtud que de tantos males nos libra, y de tantos bienes está acompañada.

(1) Amos, IX.

DUODÉCIMO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD, QUE ES, CUÁN ALEGRE Y QUIETA SEA LA MUERTE DE LOS BUENOS, Y POR EL CONTRARIO, CUÁN MISERABLE Y CONGOJOSA LA DE LOS MALOS.

CAPÍTULO XXIII.

A TODOS estos privilegios se añade el postrero, que es el fin y muerte gloriosa de los buenos, al cual todos los otros se ordenan. Porque si (como dicen) al fin se canta la gloria, dime: ¿qué cosa más gloriosa que el fin de los buenos, ni más miserable que el de los malos? Preciosa es, dice el Psalmo (1), la muerte de los sanctos en el acatamiento del Señor: mas la muerte de los pecadores dice que es pésima, que quiere, decir muy mala en superlativo grado, porque así para el cuerpo como para el ánima, es el último de todos los males. Y así dice S. Bernardo sobre estas palabras: La muerte de los pecadores es pésima. Porque ella es primeramente mala por razón del apartamiento del mundo, y peor por el apartamiento del cuerpo, y pésima por los dos eternos tormentos del fuego y del gusano inmortal, que se siguen después della. Porque mucho duele dejar el mundo, y mucho más salir de la carne: pero mucho más el tormento del infierno. Pues todas estas cosas juntas, con otras anejas á ellas, atormentan al malo en aquel tiempo. Porque allí primeramente le fatigan los accidentes de la enfermedad, los dolores del cuerpo, los temores del ánima, las congojas de lo que queda, los cuidados de lo que será, la memoria de los pecados pasados, el recelo de la cuenta venidera, el temor de la sentencia, el horror de la sepultura, el apartamiento de todo lo que desordenadamente ama: esto es, de la hacienda, de los amigos, de la mujer, de los hijos, y desta luz y aire común, y de la misma vida. Cada cosa déstas por su parte tanto más le lastima, cuanto era más amada. Porque como dice muy bien Sant Augustín, no se pierden sin dolor las cosas que se poseen con amor

(1) Psalm. CXV.

Por donde dijo un filósofo que aquél temía menos la muerte, que menos deleites tenía en la vida.

Pero sobre todo esto fatiga en aquella hora el tormento de la mala consciencia, y la consideración y temor de lo que le está guardado. Porque entonces, despertando el hombre con la presencia de la muerte, abre los ojos y mira lo que nunca había mirado en la vida. La razón de lo cual señala muy bien Eusebio Emiseno en una homilía, diciendo que porque en aquel tiempo cesan todos los cuidados de allegar y de buscar lo necesario para la vida, y cesa también la ambición de la honra y de la hacienda, y ninguna ocupación hay entonces ni de trabajar, ni de militar, ni de hacer otra cosa alguna: de aquí es que sola la consideración de la cuenta ocupa el ánima vacía de todos los otros cuidados: y solo el peso del divino juicio toma todos los sentidos. Estando, pues, así el hombre miserable con la vida puesta á las espaldas y la muerte ante los ojos, olvídase de todo lo presente que deja, y comienza á pensar en lo venidero que le aguarda. Allí ve cómo ya se acabaron los deleites, y solos los pecados que se hicieron cometiéndolos, quedan para el divino juicio. Y prosiguiendo el mismo Doctor esta materia en otra homilía, dice así: Pensemos qué llanto será aquel del ánima negligente cuando salga desta vida, qué angustias, qué escuridad, qué tinieblas: cuando vea que entre los adversarios que la han de cercar, le salga primero al encuentro su misma consciencia acompañada de diversos pecados. Porque ella sola sin más probanza se ha de ofrescer á nuestros ojos, para que nos convenza su testimonio y nos confunda su conoscimiento. No será posible encubrirse aquí nada ni negarse; pues no de lejos, ni de otra parte, sino de dentro de nos mismos ha de salir el acusador y el testigo. Hasta aquí son palabras de Eusebio.

Pero más á la larga y más divinamente prosigue Pedro Damiano, cardenal, esta materia, diciendo así: Pensemos con mucha atención cuando el ánima de un pecador comienza á salir de la prisión desta carne, con cuán recio temor es combatida, y con cuántos estímulos de la consciencia acusadora pungida. Acuérdase de las culpas que cometió: ve los mandamientos divinos que menospreció: duélese por haber vanamente gastado el tiempo de la penitencia, y afligese viendo que está presente el artículo inevitable de la cuenta y de la divina venganza. Querría quedar-

se, y es compelida á partirse: querría recobrar lo perdido, y no se le da espacio para ello. Volviendo los ojos atrás, mira todo el curso de la vida pasada, y parécele un brevísimo punto. Échalos adelante, ve un espacio de infinita perpetuidad que lo está esperando. Llora viendo que perdió el alegría de todos los siglos (la cual en este brevísimo espacio pudiera ganar) y aflígese porque perdió aquella inefable dulzura de perpetua suavidad por un breve deleite de la carne sensual: y avergüénzase considerando que por aquella substancia que había de ser comida de gusanos, despreció aquella que había de ser colocada entre los coros de los ángeles. Y contemplando la gloria de aquellas riquezas inmortales, confúndese de ver cómo las perdió por la pobreza de estos bienes temporales. Mas cuando abaja los ojos de lo alto á mirar el valle tenebroso deste mundo, y ve sobre sí la claridad de aquella luz eterna, conosce claramente que era noche y tinieblas todo lo que en este mundo amaba. ¡Oh, si pudiese entonces merecer espacio de penitencia, cuán áspera vida abrazaría, cuán grandes cosas prometería, y á cuántos votos y oraciones se obligaría!

Mas entretanto que estas cosas revuelve en su corazón, comienzan á venir los mensajeros y precursores de la muerte, que son escurecerse y hundirse los ojos, levantarse el pecho, enronquecerse la voz, helarse los miembros, pararse los dientes negros, hinchirse la boca de sarro y mudarse la color del rostro. Pues mientra estas cosas pasan como oficios que sirven á la muerte vecina, represéntanse á la miserable ánima todas las obras, y palabras, y pensamientos de la mala vida pasada, dando triste testimonio contra su autor: y aunque él las quiera dejar de mirar, es forzado que las vea.

Con esto se junta por una parte la horrible compañía de los demonios, y por otra la virtud y compañía de los ángeles. Y luego se comienza á barruntar á cuál de las dos partes ha de pertenecer aquella presa. Porque si en él hay obras de piedad y virtud, luego es consolado con el regalo y convite de los ángeles. Mas si la fealdad de sus deméritos y mala vida piden otra cosa, luego se estremece con intolerable temor y desconfianza: y así es despeñado, y acometido, y arrancado de su miserable carne, y llevado á los tormentos eternos. Todo lo susodicho es de Pedro Damiano. Dime, pues, agora: si esto es verdad, y si esto así ha de pasar,

¿qué más era menester, si los hombres tuviesen seso, para ver cuán miserable sea y cuánto para huir la suerte de los malos, pues les está guardado un tan triste y tan desastrado fin?

Y si para aquel tiempo pudiesen ayudar en algo las cosas desta vida, como ayudan para todo lo al, menos mal sería. Pero ¿qué diremos, que allí ninguna déstas ayuda, pues es cierto que allí ni aprovechan las honras, ni defienden las riquezas, ni valen los amigos, ni acompañan los criados, ni ayuda el linaje, ni socorre la hacienda, ni sirve otra cosa sino sola la virtud y inocencia de la vida? Porque como dice el Sabio (1), no aprovecharán las riquezas en el día de la venganza; mas la justicia sola (que es la virtud) librará de la muerte. Pues como el malo se halle tan pobre y tan desnudo deste socorro, ¿cómo podrá dejar de temblar y congojarse viéndose tan solo y desfavorecido en el juicio divino?

De la muerte de los justos.

§. I.

Mas por el contrario, la muerte de los justos ¡cuán agena está de todos estos males! Porque así como el malo recibe aquí el castigo de sus maldades, así el bueno el galardón de sus merecimientos, según aquello del Eclesiástico que dice (2): Al que teme á Dios irá bien en sus postrimerías, y en la hora de la muerte será bendito; esto es, será enriquecido y galardonado por sus trabajos. Y esto es lo que más claramente significó el evangelista Sant Juan en el Apocalipsi (3). El cual dice que oyó una voz del cielo que le dijo que escribiese, y las palabras que le mandó escribir eran éstas: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Porque luego les dice el Espíritu Sancto que descansen ya de sus trabajos; porque sus buenas obras van en seguimiento dellos. Pues el justo que esta palabra tiene de Dios, ¿cómo desmayará en esta hora viendo que va á recibir lo que procuró toda la vida? Pues por esto se escribe en el libro de Job, hablando del justo, que á la hora de la tarde le saldrá el resplan-

(1) Prov. XI. (2) Eccli. I. (3) Apoc. XIV.

dor del medio día, y cuando le pareciere que estaba consumido, resplandecerá como lucero. Sobre las cuales palabras dice Sant Gregorio que por esto amanece este resplandor al justo en la hora de la tarde, porque á la hora de su muerte reconosce la claridad y gloria que le está aparejada; y así en el tiempo que los otros se entristecen y desmayan, está él en Dios consolado y confiado. Así lo testifica Salomón en sus Proverbios diciendo: Por su malicia será desechado el malo; mas el justo á la hora de su muerte estará confiado.

Si no, dime: ¿qué mayor confianza que la que el bienaventurado S. Martín tenía á la hora de su muerte, el cual viendo ante sí al demonio, dijo estas palabras: ¿Qué haces aquí, bestia sangrienta? No hallarás en mí cosa muerta en que te puedas cebar; y por esto el seno de Abraham me recibirá en paz. ¿Qué mayor confianza otrosí que la que en este mismo paso tenía nuestro Padre Sancto Domingo, el cual viendo á sus frailes llorar por su partida y por la falta que les hacía, los consoló y esforzó diciendo: No os desconsoléis, hijos míos, porque en el lugar donde voy, os seré más provechoso? Pues ¿cómo podía en aquel trance desconsolarse, ni temer la muerte, quien tenía la gloria por tan suya, que no sólo esperaba alcanzarla para sí, sino también para sus hijos?

Pues por esta causa los justos no tienen por qué temer la muerte, antes mueren alabando y dando gracias á Dios por su acabamiento, pues en él acaban sus trabajos, y comienza su felicidad. Y así dice S. Augustín sobre la Epístola de S. Juan: El que desea ser desatado y verse con Cristo, no se ha de decir dél que muere con paciencia, sino que vive con paciencia y muere con alegría. Así que el justo no tiene por qué entristecerse ni temer la muerte; antes con mucha razón se dice dél que muere cantando como cisne, dando gloria á Dios por su llamamiento. No teme la muerte, porque temió á Dios: y quien á este Señor teme, no tiene más que temer. No teme la muerte, porque temió la vida: porque los temores de la muerte, efectos son de mala vida. No teme la muerte, porque toda la vida gastó en aprender á morir y en aparejarse para morir: y el hombre bien apercebido no tiene por qué temer á su enemigo. No teme la muerte, porque ninguna otra cosa hizo en la vida, sino buscar ayudadores y valedores para esta hora, que son las virtudes y buenas obras. No teme la muerte, porque tiene

al juez granjeado y propicio para este tiempo, con muchos servicios que le ha hecho. Finalmente, no teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño; no muerte, sino mudanza; no muerte, sino último día de trabajos; no muerte, sino camino para la vida y escalón para la inmortalidad: porque entiende que después que la muerte pasó por el veneno de la vida, perdió los resabios que tenía de muerte, y cobró dulzura de vida.

Ni tampoco desmaya por todos los otros accidentes y compañeros deste paso, porque sabe que éstos son dolores de parto con que nace para la eternidad, por cuyo amor tuvo siempre la muerte en deseo, y la vida en paciencia. No desmaya con la memoria de los pecados, porque tiene á Cristo por Redemptor, á quien siempre agradó: no por el rigor del juicio divino, porque le tiene por abogado: no por la presencia de los demonios, porque le tiene por capitán: no por el horror de la sepultura, porque sabe que allí siembra el cuerpo animal para que después nasca espiritual. Pues si al fin se canta la gloria, y el postrer día (como dice muy bien Séneca) juzga de todos los otros días y da sentencia sobre toda la vida pasada (porque él es el que justifica ó condena todos los pasos della) y tan pacífico y quieto es el fin de los buenos, y tan congojoso y peligroso el de los malos, ¿qué más era menester que esta sola diferencia para escupir la mala vida y abrazar la buena? ¿Qué montan todos los placeres, toda la prosperidad, todas las riquezas y todos los regalos y señoríos del mundo, si en el fin vengo á ser despeñado en el infierno? Y ¿qué me pueden dañar todas las miserias desta vida, acabándola en paz y tranquilidad, y llevando prendas de la gloria advenidera? Sea el malo cuan sabio quisiere en saber vivir, ¿para qué presta ese saber, sino para saber adquirir cosas con que te hagas más soberbio, más vano, más regalado, más poderoso para el mal, más inhábil para el bien: y para que te sea tanto más amarga la muerte, cuanto era más dulce la vida? Si seso hay en la tierrra, no hay otro mayor que saber bien ordenar la vida para este fin: pues el principal oficio del sabio es saber ordenar convenientemente los medios para su fin. Por donde si es sabio médico el que sabe ordenar la medicina para la salud, que es el fin de esa medicina, aquél será perfecta y absolutamente sabio que supiere ordenar su vida para la muerte: esto es, para la cuenta que se ha de dar en ella, á la cual se debe ordenar toda la vida,

Prueba lo dicho por ejemplos.

§. II.

Mas para mayor declaración y confirmación de lo dicho, y para espiritual recreación del lector, me paresció añadir aquí algunos ejemplos dignos de memoria, de las muertes gloriosas de algunos sanctos, tomados del cuarto libro de los Diálogos de S. Gregorio Papa, en los cuales claramente se verá cuán alegre y dichosa sea la muerte de los justos. Y si en esto me extendiere algo, no se perderá en ello tiempo, porque este sancto Doctor de tal manera cuenta estas historias, que de camino va dando mucha doctrina y avisos saludables en ellas.

Escribe él, pues, que en tiempo de los godos había en la ciudad de Roma una nobilísima doncella por nombre Gala, hija de un cónsul llamado Símaco. La cual, siendo de poca edad, dentro de un año fué juntamente casada y viuda. Y como el mundo, y la edad, y las riquezas la convidasen otra vez al mismo estado, quiso ella antes desposarse con Cristo en aquellos desposorios que comienzan con llanto y acaban con alegría, que en estos del mundo, que comenzando con alegría acaban con tristeza, por la muerte necesaria que ha de ver el uno del otro. Mas como ella fuese de complexión muy caliente, certificáronle los médicos que si no casaba le habían de nascer barbas como á hombre: y así le acaesció. Pero la sancta mujer, que había amado la hermosura interior de su esposo, no temió la fealdad exterior de su cuerpo, ni hizo caso de aquella fealdad que no desagradaba al esposo celestial. Dejado, pues, el hábito secular, entregóse toda al servicio de Dios, entrando en un monesterio que estaba junto á la iglesia del apóstol S. Pedro: donde perseveró muchos años con gran simplicidad de corazón y grande ejercicio de oración, haciendo muy largas limosnas á pobres. Y determinando el Señor todopoderoso de dar perpetuo galardón á los trabajos de su sierva, vino á adolecer de un cancro que le nasció en el pecho. Y estando ella acostada en su cama, tenía siempre dos lámparas encendidas, porque como amiga de la luz, no sólo aborrecía las tinieblas espirituales, mas también las corporales. Estando, pues, una noche fatigada con su enfer-

medad, vió entre las dos lámparas al bienaventurado apóstol S. Pedro, y no temió nada de verle: antes tomando con el amor osadía, se alegró y le preguntó diciendo: ¿Qué es esto, Señor mío? ¿Por ventura son ya perdonados mis pecados? Respondió el Apóstol glorioso con un rostro benignísimo, y abajando la cabeza le dijo: Ya son perdonados: ven. Mas porque esta sierva de Dios tenía muy especial amistad con otra religiosa de aquel monesterio, que se llamaba Benedicta, replicó luego diciendo: Ruégote que venga comigo la hermana Benedicta. Respondió él: No ha de venir ésa, sino fulana (nombrando otra religiosa por su nombre) y ésa que pides, de aquí á treinta días te seguirá. Pasado esto, cesó la visión: y la doliente, llamando á la madre del monesterio, dióle cuenta de todo lo que había pasado: y de ahí á tres días fallesció ella, y juntamente la otra que le era señalada: y cumplidos los treinta, pasó desta vida la otra que ella había pedido. La memoria deste hecho permanece hasta ahora en aquel monesterio, y las religiosas más nuevas que supieron esto de sus madres, lo cuentan agora con tanto fervor y devoción, como si ellas mismas se hallaran presentes á esta maravilla. Hasta aquí son palabras de S. Gregorio. Considere, pues, aquí el cristiano lector cuán glorioso fin haya sido éste.

Tras deste ejemplo escribe el mismo Sancto otro no menos memorable. Había, dice él, en Roma un hombre llamado Sérvulo, muy pobre de hacienda, y muy rico de merecimientos. El cual estaba en un portal que era paso para la iglesia de Sant Clemente, pidiendo limosna á los que por allí pasaban: y estaba tan tullido de perlesía en un lecho, que ni se podía levantar, ni asentar en la cama, ni llegar la mano á la boca, ni mudarse de un lado á otro. Tenía él una madre y un hermano que le acompañaban y servían, y todo lo que él podía haber de sus limosnas, mandábalo dar á otros pobres por mano de la madre y del hermano. No sabía él leer, mas había comprado algunos libros sagrados, y cuando recibía en casa algunos religiosos, hacía que le leyesen en ellos: de donde vino á ser que en su manera supiese mucho de las Escrituras sagradas, aunque del todo no sabía leer. Y juntamente con esto procuraba dar siempre gracias á nuestro Señor en medio de sus dolores, y ocuparse día y noche en himnos y alabanzas divinas. Mas llegándose ya el tiem-

po en que el Señor quería remunerar esta tan gran paciencia, llegó á lo postrero. Y como él se viese vecino á la muerte, llamó á los peregrinos y huéspedes que en su casa había, y amonestóles que se levantasen y cantasen juntamente con él psalmos, por la esperanza de su acabamiento. Y estando él con ellos muriendo y cantando, súbitamente los atajó, y puso silencio con un grande clamor y terror, diciendo: Callá. ¿Por ventura no oís las voces de alabanza que suenan en el cielo? Y estando él atento con el oído de su corazón á las voces qne dentro de sí oía, luego aquella sancta ánima fué desatada de la carne: y así como acabó de expirar, sintióse allí un tan maravilloso olor, que todos cuantos presentes estaban fueron llenos de inestimable suavidad: por las cuales cosas evidentemente conoscieron que eran verdaderas las voces de alabanza con que aquella ánima había sido recibida en el cielo. Á la cual maravilla se halló presente un monje nuestro, que hasta hoy es vivo: el cual con grandes lágrimas suele testificar que aquel olor maravilloso no se quitó de las narices de los que allí asistían, hasta que el cuerpo fué entregado á la sepultura.

Tras déste añadiré aquí otro ejemplo memorable del mismo S. Gregorio, del cual da él fiel testimonio, como de cosa que mucho le tocaba. Tres hermanas, dice él, tuvo mi padre, las cuales todas fueron vírgines dedicadas á Dios. La una se llamaba Tarsila, y la otra Gordiana, y la otra Emiliana. Y todas tres con un mismo fervor y devoción se ofrecieron á Dios, y en un mismo tiempo se consagraron á Él: y así vivían en su propria casa debajo de una estrecha regla y observancia. Y perseverando mucho tiempo en esta vida, comenzaron Tarsila y Emiliana á crecer cada día más en el amor de su Criador, de tal manera que estando en la tierra con solo el cuerpo, cada día con el ánimo subían á la eternidad. Mas por el contrario, el ánimo de Gordiana comenzó á entibiarse cada día más en el amor íntimo de Dios, y encenderse poco á poco más en el amor deste siglo. En el cual tiempo decía muchas veces Tarsila con un gran gemido á su hermana Emiliana: Veo que mi hermana Gordiana no pertenece á nuestro estado. Veo que se derrama de fuera, y que no guarda su corazón conforme al propósito de su religión. Y procuraban cada día las hermanas con blandas palabras amonestarla, para que dejada la liviandad de sus costumbres, tuviese la grave-

dad que le pedía su hábito. Y ella mostrando un rostro grave cuando oía estas palabras, pasada la hora del castigo perdía luego aquella fingida gravedad: y así gastaba el tiempo en hablar palabras livianas, y holgábase con la campañía de las doncellas legas, y érale muy pesada la conversación de cualquier persona que no era dada á este mundo. Pues una noche mi bisabuelo Feliz (pontífice que fué desta iglesia de Roma) apareció á Tarsila (la cual se había aventajado sobre sus hermanas en la virtud de la continua oración, y de la aflicción corporal, y de singular abstinencia y gravedad de vida, y en toda sanctidad) y mostrándole una morada de perpetua claridad, le dijo: Ven, porque en esta morada de luz te tengo de recibir. Y ella, cayendo otro día enferma de una calentura, llegó á lo postrero. Y como es costumbre juntarse mucha gente cuando las personas nobles están en paso de muerte, para consolar los deudos del que muere, así en aquella hora se hallaron allí muchas personas señaladas. Entre las cuales estaba también allí mi madre. Entonces la doliente, levantando los ojos á lo alto, vió venir á Jesús, y con grande admiración comenzó á dar voces y decir: Apartaos, que viene Jesús. Y puestos los ojos en aquel Señor que veía, luego aquella sancta ánima se despidió de la carne. Y súbitamente fué sentido allí por todos un olor de tan grande suavidad, que daba bien á entender que el autor de toda la suavidad había allí venido. Y como después la desnudasen para lavar su cuerpo, como se suele hacer á los muertos, hallaron que en las rodillas y en los cobdos tenía hechos callos como de camello, del continuo uso de estar postrada en oración: de manera que la carne muerta daba testimonio de lo que el espíritu hacía siempre en la vida. Todo esto pasó antes de la fiesta del Nascimiento de nuestro Salvador. Después de lo cual apareció luego Tarsila á su hermana Emiliana de noche en una visión diciéndole: Ven, hermana, para que celebre contigo la fiesta de la Epifanía: pues sin ti celebré la del sancto Nascimiento. Mas Emiliana congojada por el peligro y desamparo de su hermana Gordiana, respondió: Si yo voy contigo, ¿á quién dejaré encomendada nuestra hermana Gordiana? A lo cual ella con un triste semblante respondió: Ven tú, porque Gordiana nuestra hermana está en la cuenta de las legas. Después de la cual visión luego cayó Emiliana enferma, y creciendo la enfermedad, vino á morir antes del día de la

fiesta que le era señalada. Mas Gordiana, como se vió sola, luego creció más en su maldad: porque olvidada del temor de Dios, y olvidada de la vergüenza, y de la reverencia, y olvidada de su voto y consagración, vino á casar con un hombre á quien tenía arrendada su hacienda. Hasta aquí son palabras de S. Gregorio que con historia de su misma casa y familia nos da bien á entender el dichoso y próspero fin de la virtud, y el triste y feo paradero de la liviandad. Mas á esta materia daré cabo con otra maravillosa historia que el mismo Sancto refiere de su proprio tiempo, por estas palabras.

En el tiempo que yo fuí á entrar en el monesterio, había en Roma una mujer anciana que se llamaba Redempta, la cual en hábito de religiosa moraba junto á la iglesia de la bienaventurada siempre Virgen María. Ésta había sido discípula de una virgen llamada Hirundina, de quien se decía que resplandeciendo con grandes virtudes, había hecho vida eremítica sobre los montes Prenestinos. Habíanse juntado con esta Redempta dos discípulas: una que se llamaba Rómula, y la otra, que es agora viva, conóscola de rostro, mas no le sé el nombre. Morando, pues, estas tres en una misma casa, vivían una vida muy pobre de riquezas, mas muy rica de virtudes. Pero esta Rómula sobrepujaba á la otra su condiscípula con grandes méritos de vida, porque era mujer de maravillosa paciencia y de suma obediencia, y grande guardadora de silencio, y muy ejercitada en el uso de la continua oración. Mas porque muchas veces los que parecen perfectos en los ojos de los hombres, no carecen de alguna imperfección en los de Dios (como vemos que muchas veces los hombres ignorantes alaban una imagen esculpida, que no está del todo acabada, como si ya lo estuviese; mas el artífice entiende que hay más que hacer en ella, y aunque la oya alabar, todavía procura de la limar más y perfeccionar) así se hubo el Señor con esta Rómula: la cual quiso afinar y purificar más con una recia enfermedad de perlesía, de la cual estuvo muchos años en cama, cuasi sin poder servirse de sus miembros. Mas estos azotes nunca movieron su ánima á impaciencia; antes la falta de los miembros se le hizo acrescentamiento de virtudes, y tanto más se ejercitaba en el oficio de la oración, cuanto menos tenía otra cosa que poder hacer. Pues una noche llamó á la madre Redempta, la cual criaba estas dos discípulas como hijas diciéndole: Madre, ven; madre, ven. La cual

se levantó luego con la otra condiscípula, como después ambas lo contaron á muchos, y la cosa fué muy notoria á todos, y yo también en aquel mismo tiempo lo supe. Pues estando ellas á la media noche junto á la cama de la enferma, súbitamente resplandesció allí una luz del cielo, que hinchió todo el espacio de aquella celdilla. Y el resplandor desta claridad era tan grande, que hacía estremecer á los que presentes estaban, de tal manera, que (como después ellas contaban) todo el cuerpo tenían como helado y yerto por la grandeza del pavor. Porque comenzaron á oir un sonido como de mucha gente que por la puerta de su celda entraba, y la misma puerta crujía, como apretada de los que por ella entraban. Y así sentían entrar muchedumbre de gente; mas la grandeza del temor y de la claridad hacía que no pudiesen ver nada. Porque el temor derribaba su corazón, y la grandeza de la claridad les escurecía y reverberaba la vista. Después de la cual luz sintieron un olor de tan maravillosa suavidad, que el temor que había causado la luz, templaba la suavidad deste olor. Mas como no pudiesen sufrir la fuerza de tan grande luz, la enferma comenzó con una voz blanda á consolar á su maestra que allí estaba tremiendo, con estas palabras: No temas, madre mía, que no muero agora. Y diciendo esto muchas veces, fué poco á poco remitiéndose la luz hasta que del todo cesó: mas no cesó la suavidad del olor, antes perseveró de la misma manera hasta el segundo y el tercero día. Y pasado el tercero día, en la noche que después se siguió, llamó á su maestra, y pidió el Viático, que es el Sanctísimo Sacramento, y recibiólo; y apenas se habían apartado la madre y la otra condiscípula de su cama, cuando súbitamente se comenzaron á oir en la plaza antes de la puerta de aquella celda dos coros de cantores, los cuales, según que por las voces se podía juzgar, parecían de hombres y mujeres, cantando los hombres los psalmos, y respondiendo las mujeres. Y estándose desta manera celebrando aquellos oficios y exequias celestiales, aquella sancta ánima, salida de las carnes, comenzó á subir al cielo, y juntamente con ella iba aquel canto y olor celestial; y cuánto más subía á lo alto, menos se sentía acá bajo, hasta que del todo lo uno y lo otro cesó.

Hasta aquí son palabras de S. Gregorio.

Muchos otros ejemplos se pudieran traer á este propósito; pero éstos bastarán para que se vea cuán quieta, cuán pacífica y

alegre comúnmente sea la muerte de los buenos. Porque aunque no á todos se concedan estas señales tan sensibles, pero como todos sean hijcs de Dios, y á la hora de la muerte se acabe el plazo de los trabajos, y comience el de la remuneración, siempre son allí esforzados y consolados con el socorro de la divina gracia y con el testimonio de su buena consciencia. Y así se consolaba el bienaventurado Sancto Ambrosio en este paso diciendo: No he vivido de tal manera que me pese por haber vivido; ni temo la muerte, porque tenemos buen Señor. Y á quien estos tan grandes favores paresciereen increíbles, ponga los ojos en la inmensidad incomprehensible de la bondad de Dios (á la cual pertenece amar, honrar y favorecer los buenos) y parecerle ha poco todo lo que aquí se ha contado. Porque si esta bondad llegó á tomar carne humana y morir en una cruz por los hombres, ¿qué mucho es consolar y honrar á la hora de la muerte á los buenos que por tan caro precio redimió? Y si acabando de expirar los ha de llevar á su casa, y hacerles participantes de su gloria, y mostrarles la esencia divina, ¿qué mucho es hacerles estos favores al tiempo de la partida?

Conclusión desta segunda parte.

§. III.

Estos son pues, hermano mío, los doce privilegios qne se conceden á la virtud en esta vida; que son como los doce fructos de aquel hermosísimo árbol que vió S. Juan en el Apocalipsi (1), plantado á la ribera de un río, que daba doce fructos en el año, según el número de los meses dél. Porque ¿qué otro árbol puede ser éste, después del Hijo de Dios, sino la misma virtud, que es árbol que da fructos de sanctidad y de vida? ¿y qué otros fructos más preciosos que éstos que aquí se han declarado? Porque ¿qué más hermoso fructo que la providencia paternal que Dios tiene de los suyos, y la gracia divina, y la lumbre de la sabiduría, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y la alegría de la buena consciencia, y el socorro de la esperanza, y la verdadera libertad del ánima, y la paz interior del corazón, y el

(1) Apoc. XXII.

ser oído en las oraciones, y socorrido en las tribulaciones, y proveído en las necesidades temporales, y finalmente ayudado y consolado con alegre muerte al fin de la vida? Verdaderamente cada uno destos privilegios es en sí tan grande, que si bien se conosciese, solo él bastaría para hacer á un hombre abrazar la virtud, y mudar la vida, y para que entendiese con cuánta verdad dijo el Salvador (1) que el que por Él dejase el mundo, recibiría aquí ciento tanto más de lo que dejó, y después la vida eterna, como arriba se declaró.

Cata aquí pues, hermano, cuál sea este bien á que te convidamos: mira si te puedes llamar á engaño, aunque dejases por él todas las cosas del mundo. Un solo inconveniente tiene (si así se puede llamar) por donde no es de los malos tan preciado, que es, no ser dellos conoscido. Por lo cual dijo el Salvador (2) que el reino de los cielos era semejante al tesoro escondido. Porque verdaderamente él es tesoro; mas es tesoro escondido á los otros, no á su poseedor. Porque muy bien conocía el valor deste tesoro el Profeta cuando decía: Mi secreto para mí, mi secreto para mí. Poco se le daba (por lo que á él tocaba) que supiesen los otros parte deste su bien; porque no es éste como los otros bienes, que no son bienes si no son conoscidos; porque como no son bienes por sí, sino por la opinión del mundo, es menester que sean conoscidos del mundo para que se llamen bienes. Mas este bien hace bueno y bienaventurado al que lo posee, y no menos calienta el corazón de su poseedor sabiéndolo él solo, que si lo supiese todo el mundo.

Mas la llave deste secreto no es mi lengua, ni todo lo que aquí habemos dicho; porque todo lo que se puede declarar con lengua mortal, queda bajo para lo que él es. La llave es la luz divina, y la experiencia y uso de la virtud. Ésta pide tú al Señor, y luego hallarás este tesoro; y hallarás al mismo Dios, en quien todas las cosas hallarás, y verás con cuánta razón dijo el Profeta (3): Bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios, porque ¿qué puede faltar á quien este bien posee? Escríbese en el libro de los Reyes (4) que dijo Helcana, padre de Samuel, á su mujer Ana, viéndola llorar porque no tenía hijos: Ana, ¿porqué lloras, porqué se aflige tu corazón? ¿Por ventura no te valgo yo más que

(1) Matth. XIX. (2) Matth. XIII. (3) Psalm. CXLIII. (4) I Reg. I.

diez hijos? Pues si un buen marido (que hoy es, y mañana no) vale más á la mujer que diez hijos, ¿cuánto te parece que valdrá más Dios al ánima que de verdad le posee? ¿Qué hacéis, hombres? ¿en qué andáis? ¿qué buscáis? ¿porqué dejáis la fuente del paraíso por los charquillos turbios del mundo? ¿Porqué no tomáis aquel tan sano consejo que os da el Profeta diciendo: Probad y ved cuán suave es el Señor? ¿Porqué no tentaréis alguna vez este vado? ¿Porqué no probaréis este manjar? Fiaos de la palabra deste Señor, y comenzad, que después el mismo camino y el negocio os desengañarán. Espantosa parecía aquella serpiente hecha de la vara de Moisén, cuando se miraba de lejos; mas tomada en la mano se hizo vara inocente como lo era de antes. No sin causa dijo Salomón (1): Caro es, caro es, dice el comprador: mas después que tiene la mercaduría en la mano, vase gloriando. Pues así acaesce cada día á los hombres en este trato: que como al principio no conoscen la cualidad desta mercaduría, porque no son espirituales, y sienten lo que les piden por ella, porque son carnales; háceseles muy caro lo que les piden, por lo que les dan. Mas después que comienzan á gustar cuán suave es el Señor, luego se glorían en su mercaduría, y conoscen que por ningún precio es caro tan grande bien. ¡Cuán alegremente vendió aquel hombre del Evangelio todo lo que tenía por comprar aquella heredad en que había hallado el tesoro! Pues ¿porqué el cristiano, oído este nombre, no querrá saber lo que esto es? Cosa es por cierto maravillosa que si un burlador te certificase que dentro de tu casa en tal parte había un gran tesoro, no dejarías de cavar y probar si esto era verdad; y certificándote aquí la palabra de Dios que dentro de tí puedes hallar un incomparable tesoro, ¡que no se te levante el corazón para quererlo buscar! ¡Oh, si supieses cuánto son más ciertas estas nuevas, y cuánto mayor este tesoro! ¡Oh, si supieses á cuán pocas azadadas encontrarías con él! ¡Oh, si entendieses cuán cerca está el Señor de los que le llaman, si le llaman de verdad!

¿Cuántos hombres habrá habido en el mundo, que arrepintiéndose de sus pecados, y perserverando en pedir perdón dellos, en menos que una semana de camino descubrieron tierra, ó por mejor decir, hallaron cielo nuevo y tierra nueva, y comenza-

(1) Prov. XX.

ron á barruntar dentro de sí el reino de Dios? ¿Qué mucho es hacer esto aquel Señor que dijo: En cualquier hora que el pecador gimiere su pecado, no tendré más memoria dél? ¿Qué mucho es hacer esto aquél que apenas dejó acabar al hijo pródigo aquella breve oración que traía pensada, cuando le echó los brazos encima y le recibió con tanta fiesta? Vuélvete pues agora, hermano, á este piadoso Padre, y madruga un poco por la mañana, y persevera algunos días en llamar á las puertas de su misericordia; y ten por cierto que si húmilmente perseverares, en cabo te responderá y descubrirá el tesoro secreto de su amor; y cuando lo hayas probado, dirás luego con la Esposa en los Cantares: Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, como nada la despreciará.

COMIENZA
LA TERCERA PARTE DESTE LIBRO
EN LA CUAL SE RESPONDE Á LAS EXCUSAS QUE LOS HOMBRES SUELEN ALEGAR PARA NO SEGUIR EL CAMINO DE LA VIRTUD.

CONTRA LA PRIMERA EXCUSA DE LOS QUE DILATAN LA MUDANZA DE LA VIDA Y EL ESTUDIO DE LA VIRTUD PARA ADELANTE.

CAPÍTULO XXIV.

NINGUNA dubda hay sino que lo que hasta aquí habemos dicho, bastaba y sobraba para el principal propósito que aquí pretendemos, que es inclinar los corazones de los hombres (supuesta la divina gracia) al amor y seguimiento de la virtud. Mas con ser todo esto verdad, no faltan á la malicia humana excusas y aparentes razones con que defenderse ó consolarse en sus males, como lo afirma el Eclesiástico diciendo (1): El hombre pecador huirá de la corrección, y nunca le faltará para su mal propósito alguna aparente razón. Y Salomón otrosí dice que anda buscando achaques y ocasiones el que se quiere apartar de su amigo: y así los buscan los malos para apartarse de Dios, alegando para esto cada uno su manera de excusa. Porque unos dilatan este negocio para adelante: otros lo reservan para la hora de la muerte: otros dicen que recelan esta jornada por parecerles trabajosa: y otros que se consuelan con la esperanza de la divina misericordia, pareciéndoles que con sola fe y esperanza, sin caridad, podrán salvarse: y otros finalmente, presos con el amor del mundo, no quieren dejar la felicidad que en él poseen, por la que les promete la palabra de Dios. Éstos son los más comunes embaimientos y engaños con que el enemigo del linaje humano de tal manera trastorna los entendimientos de los

(1) Eccli. XXXII.

hombres, que los tiene cuasi toda la vida captivos en sus pecados: para que en este miserable estado los saltee la muerte, tomándolos con el hurto en las manos. Pues á estos engaños responderemos agora en la postrera parte deste libro, y primero contra los que dilatan este negocio para adelante, que es el más general de todos éstos.

Dicen, pues, algunos que todo lo dicho hasta aquí es verdad, y que no hay otro partido más seguro que el de la virtud, y que no quieren dejar de seguirle: mas que al presente no pueden, que adelante habrá tiempo en que más fácilmente y mejor lo puedan hacer. Desta manera escribe Sant Augustín que respondía á Dios antes de su conversión, diciendo: Espera, Señor, un poco, aguarda otro poco, agora dejaré el mundo, agora saldré de pecado. Así, pues, andan los malos en traspasos con Dios, quebrantando de cada día unos plazos, y señalando otros, sin acabar de llegar esta hora de su conversión.

Pues que éste sea manifiesto engaño de aquella antigua serpiente (á quien no es nueva cosa mentir y engañar los hombres) no sería dificultoso de probar: y sería todo este pleito acabado, si solo este quedase concluído. Porque ya nos consta que la cosa que todo hombre cristiano más debe desear, es su salvación, y que para ésta le es necesaria la conversión y emienda de la vida: porque de otra manera no hay salud. Resta, pues, que veamos cuándo ésta se haya de hacer. De manera que no nos queda aquí por averiguar sino solo el tiempo: porque en todo lo demás no hay debate. Tu dices que adelante: yo digo que luego: tu dices que adelante te será esto más fácil de hacer: yo digo que luego lo será: veamos quién tiene razón.

Mas antes que tratemos de la facilidad, ruégote me digas: ¿quién te dió seguridad que llegarías adelante? ¿Cuántos te paresce que se habrán burlado con esta esperanza? Sant Gregorio dice: Dios, que prometió perdón al pecador si hiciese penitencia, nunca le prometió el día de mañana. Conforme á lo cual dice Cesario: Dirá alguno por ventura: Cuando llegare á la vejez me acogeré á la medicina de la penitencia. ¿Cómo tiene atrevimiento para presumir esto de sí la fragilidad humana, pues no tiene seguro solo un día? Creo verdaderamente que son innumerables las ánimas que por este camino se han perdido. A lo menos así se perdió aquel rico del Evangelio, de quien escribe

Sant Lucas (1) que como le hobiese sucedido muy bien la cosecha de un año, púsose á hacer consigo esta cuenta. ¿Qué haré de tanta haci enda? Quiero derribar mis graneros y hacerlos mayores para guardar estos fructos: y hecho esto hablaré con mi ánima, y decirle he: aquí tienes, mi ánima, muchos bienes para muchos años. Pues que así es, come, bebe, y huelga, y date buena vida. Y estando el miserable haciendo esta cuenta, oyó una voz que le dijo: Loco, esta noche te pedirán tu ánima: eso que tienes guardado ¿para quién será? Pues ¿qué mayor locura que disponer un hombre por su autoridad lo que ha de ser adelante, como si tuviese en su mano la presidencia de los tiempos y momentos que el Padre Eterno tiene puestos en su poder? Y si del Hijo solo dice Sant Juan (2) que tiene las llaves de la vida y de la muerte, para cerrar y abrir á quien y cuando Él quisiere, ¿cómo el vil gusanillo quiere adjudicar á sí y usurpar este tan gran poder? Solo este atrevimiento meresce ser castigado con este castigo (para que el loco por la pena sea cuerdo) que no halle adelante tiempo de penitencia el que no quiso aprovecharse del que Dios le daba.

Y pues son tantos los que desta manera son castigados, muy mejor acuerdo será escarmentar en cabeza agena, y sacar de los peligros de los otros seguridad; tomando aquel tan sano consejo que nos da el Eclesiástico diciendo (3): Hijo, no tardes de convertirte al Señor, y no lo dilates de día en día, porque súbitamente suele venir su ira, y destruirte ha en el tiempo de la venganza.

§. I.

Mas ya que te concediésemos esa vida tan larga como tu imaginas, ¿cuál será más fácil, comenzar dende luego á emedarla, ó dejarse esto para adelante? Y para que esto se vea más claro, señalaremos aquí sumariamente las principales causas de donde esta dificultad procede. Nasce pues esta dificultad, no de los impedimentos y embarazos que los hombres imaginan, sino del mal hábito y costumbre de la mala vida pasada; que mudarla (como dicen) es á par de muerte. Por lo cual dijo Sant Hierónimo que el

(1) Luc. XII. (2) Apoc. I. (3) Eccli. V.

camino de la virtud nos había hecho áspero y desabrido la costumbre larga de pecar. Porque la costumbre es otra segunda naturaleza: y así prevalecer contra ella es vencer la misma naturaleza, que es la mayor de todas las victorias. Y así dice Sant Bernardo que después que un vicio se ha confirmado con la costumbre de muchos años, es menester especialísimo y cuasi miraculoso socorro de la divina gracia para vencerlo. Por donde el cristiano debe temer mucho la costumbre de cualquier vicio; porque así como hay prescripción en las haciendas, así también en su manera la hay en los vicios, Y después que un vicio ha prescripto, es muy malo de vencer por pleito, si no hay (como dice aquí Sant Bernardo) especialísimo favor divino.

Nasce también esta dificultad de la potencia del demonio, que tiene especial señorío sobre el ánima que está en pecado: el cual es aquel fuerte armado del Evangelio, que guarda con grandísimo recaudo todo lo que tiene á su cargo. Nasce también de estar Dios apartado del ánima que está en pecado: que es aquella guarda que vela siempre sobre los muros de Hierusalem: el cual está tanto más alejado del pecador, cuanto él está más lleno de pecados. Y deste alejamiento nascen grandes miserias en el ánima, como el Señor lo significó cuando por un Profeta dijo (1): ¡Ay dellos, porque se apartaron de Mí! Y por otro dice (2): ¡Ay dellos cuando Yo me apartare dellos! Que es el segundo ay de que S. Juan hace mención en su Apocalipsi (3).

Últimamente nasce esta dificultad de la corrupción de las potencias de nuestra ánima, las cuales en gran manera se estragan y corrompen por el pecado, aunque esto no sea en sí mismas, sino en sus operaciones y efectos. Porque así como el vino se corrompe con el vinagre, la fruta con el gusano, y finalmente cualquier contrario con su contrario (como arriba dijimos) así también todas las virtudes y potencias de nuestra ánima se estragan con el pecado, que es el mayor de todos sus enemigos y contrarios. Porque con el pecado se escurece el entendimiento, y se enflaquece la voluntad, y se desordena el apetito, y se debilita más el libre albedrío, y se hace menos señor de sí y de sus obras, aunque nunca del todo pierda ni su ser, ni su libertad. Y siendo estas potencias los instrumentos con que nuestra ánima ha de obrar

(1) Oseæ, VII. (2) Amos, IX. (3) Apoc. XI.

el bien, siendo éstas como las ruedas deste reloj (que es la vida bien ordenada) estando estas ruedas y instrumentos tan maltratados y desordenados, ¿qué se puede esperar de aquí, sino desorden y dificultad? Éstas, pues, son las principales causas deste trabajo, las cuales todas originalmente nascen del pecado, y crescen más y más con el uso dél.

Pues siendo esto así, ¿en qué seso cabe creer que adelante te será la conversión y mudanza de vida más fácil, cuando habrás multiplicado más pecados, con los cuales juntamente habrán crescido todas las causas desta dificultad? Claro está que adelante estarás tanto más mal habituado, cuanto más hubieres pecado. Y adelante estará también el demonio más apoderado de ti, y Dios mucho más alejado. Y adelante estará mucho más estragada el anima con todas aquellas fuerzas y potencias que dijimos. Pues si éstas son las causas desta dificultad, ¿en qué juicio cabe creer que será este negocio más fácil cresciendo por todas partes las causas de la dificultad? Porque continuando cada día los pecados, claro está que adelante habrás añadido otros ñudos ciegos á los que ya tenías dados; adelante habrás añadido otras cadenas nuevas á las que ya te tenían preso: adelante habrás hecho mayor la carga de los pecados que te tenían oprimido; adelante estará tu entendimiento con el uso del pecar más escurecido, tu voluntad más flaca para el bien, y tu apetito más esforzado para el mal, y tu libre albedrío (como ya declaramos) más enfermo y debilitado para defenderse dél. Pues siendo esto así, ¿cómo puedes tú creer que adelante te será este negocio más fácil? Si dices que no puedes agora pasar este vado, aun antes que el río haya crecido mucho, ¿cómo lo pasarás mejor cuando vaya de mar á mar? Si tan trabajoso se te hace arrancar agora las plantas de los vicios que están en tu ánima recien plantadas, ¿cuánto más lo será adelante, cuando hayan echado más hondas raíces? Quiero decir: si agora que están los vicios más flacos, dices que no puedes prevalecer contra ellos, ¿cómo podrás adelante cuando estén más arraigados y fortificados? Agora peleas por ventura con cien pecados, adelante pelearás con mil; agora con un año ó dos de mala costumbre, adelante quizá con diez. Pues ¿quién te dijo que adelante podrás más fácilmente con la carga que agora no puedes, haciéndose ella por todas partes más pesada? ¿Cómo no ves que éstas son trapazas de mal pagador, que porque no quiere pagar, dilata la paga de

día en día? ¿Cómo no ves que éstas son mentiras de aquella antigua serpiente, que con mentiras engañó á nuestros primeros padres, y con ellas trata de engañar á sus hijos?

Pues siendo esto así, ¿cómo es posible que cresciendo las dificultades por todas partes, te será más fácil lo que agora te parece imposible? ¿En qué seso cabe creer que multiplicándose las culpas será más ligero el perdón, y cresciendo la dolencia será más fácil la medicina? ¿No has leído lo que el Eclesiástico dice (1), que la enfermedad antigua y de muchos años pone en trabajo al médico, y que la de pocos días es la que más presto se cura? Esta manera de engaño declaró muy al proprio un ángel á uno de aquellos sanctos Padres del yermo, según leemos en sus vidas. Porque tomándole por la mano, sacóle al campo, y mostróle un hombre que estaba haciendo leña: el cual después de hecho un grande hace, como probase á llevarlo á cuestas, y no pudiese, volvió á cortar más leña y juntarla con la otra: y como menos pudiese con ésta por ser mayor, todavía porfiaba á hacer aun mayor la carga, creyendo que así la podría mejor llevar. Pues como el sancto monje se maravillase desto, díjole el ángel que tal era la locura de los hombres, que no pudiendo levantarse de los pecados por el peso grande que tenían sobre sí, añadían cada día pecados á pecados y cargas á cargas, creyendo que adelante podrían con lo más, no pudiendo agora con lo menos.

Pues ¿qué diré entre todas estas cosas del poder solo de la mala costumbre, y de la fuerza que tiene para detenernos en el mal? Porque cierto es que así como los que hincan un clavo, con cada golpe que le dan, lo hincan más, y con otro golpe más: y así mientra más golpes le dan, más fijo queda, y más dificultoso de arrancar: así con cada obra mala que hacemos, como con una martillada se hinca más y más el vicio en nuestras ánimas: y así queda tan aferrado que apenas hay manera para poderlo después arrancar. Por donde vemos que la vejez de aquellos que gastaron la mocedad en vicios, suele ser muchas veces amancillada con las disoluciones de aquella edad pasada, aunque la presente las rehuse, y la misma naturaleza las sacuda de sí. Y estando ya la naturaleza cansada del vicio, sola la cos-

(1) Eccli. X.

tumbre que queda en pie, corre el campo y les hace buscar deleites imposibles: tanto puede la tiranía y fuerza de la mala costumbre. Por lo cual se escribe en el libro de Job (1) que los huesos del malo serán llenos de los vicios de su mocedad, y con él dormirán en la sepultura. De manera que los tales vicios no tienen otro término, sino el común término de todas las cosas, que es la muerte, en la cual vienen á acabar: aunque en la verdad ni aun aquí acaban, sino continúanse en perpetua eternidad: por lo cual se dice que duermen con él en la sepultura. Y la causa desto es, porque por razón de la vieja costumbre (que está ya convertida en naturaleza) tienen los apetitos de los vicios tan íntimamente arraigados en los huesos y medulas de su ánima, como una calentura lenta de tísicos, que está allá metida en las entrañas del hombre, que no espera cura ni medicina.

Esto mismo nos mostró también el Salvador en la resurrección de Lázaro de cuatro días muerto (2), al cual resuscitó con tan grandes clamores y sentimientos, como quiera que los otros muertos resuscitase con tanta muestra de facilidad: para dar á entender cuán gran maravilla sea resuscitar Dios al que está ya de cuatro días muerto y hediondo: esto es, de muchos días y de mucho tiempo acostumbrado á pecar. Porque (como declara Sant Angustín) entre estos cuatro días el primero es el deleite del pecado, el segundo el consentimiento, el tercero la obra, el cuarto la costumbre de pecar: y el que á este punto llega, ya es Lázaro de cuatro días muerto, que no resuscita sino á fuerza de bramidos y lágrimas del Salvador.

Todo esto evidentísimamente nos declara la dificultad grande que se añade á este negocio con la dilación del tiempo, y cómo mientra más se dilata, más se dificulta: y por consiguiente, cuán manifiesta sea la mentira de los que adelante dicen que será más fácil la emienda de su vida.

§. II.

Mas pongamos ya que todo te sucediese de la manera que tú lo sueñas, y que esas esperanzas tan vanas no te saliesen en blanco: ¿qué me dirás del tiempo que en el entretanto pierdes,

(1) Job. XX. (2) Joan. XI.

en el cual podrías merecer tan grandes y tan preciosos tesoros? ¿Qué locura sería (juzgando agora según el mundo) si al tiempo que entrada una riquísima ciudad por armas, y estando los soldados saqueándola á gran priesa, cargándose de joyas y de tesoros, dejase uno de hacer otro tanto por estarse muy despacio jugando al tejo con los mochachos en la plaza? Pues ¿cuánto mayor locura es, que al tiempo que los justos están dándose priesa en hacer buenas obras para ganar con ellas los tesoros del cielo, que estés tú, que podrías hacer lo mismo, perdiendo este tiempo, y ocupándote en los juguetes y niñerías del mundo?

¿Qué me dirás también, no sólo de los bienes que pierdes, sino de los males que en el entretanto haces? ¿No está claro que un pecado venial no se debría hacer (como dice S. Augustín) por todo el mundo? Pues ¿cómo te pones tú á hacer tantos mortales en ese medio tiempo, de los cuales ni uno solo debías de hacer por la salud de mil mundos? ¿Cómo quieres en el entretanto ofender y provocar á ira á Aquél por cuyas puertas después te has de meter, á cuyos piés te has de derribar, de cuyas manos ha de estar colgada la suerte de tu eternidad, y cuya misericordia finalmente pretendes pedir con lágrimas y gemidos? ¿Cómo quieres agora porfiadamente enojar á quien después has de haber menester, y á quien tanto menos hallarás propicio, cuanto más le tuvieres enojado? Muy bien arguye Sant Bernardo contra los tales diciendo así: Tú que haces estas malas cuentas, perseverando en la mala vida, dime si piensas que el Señor te ha de perdonar, ó no. Si crees que no te perdonará, ¿qué mayor locura que pecar sin esperanza de perdón? Y si piensas dél que es tan bueno y misericordioso, que aunque tantas veces le hayas ofendido, te perdonará, dime: ¿qué mayor maldad que tomar ocasión para más ofenderle de donde la habías de tomar para más amarle? ¿Qué se puede responder á esta razón?

¿Qué me dirás también de las lágrimas que adelante has de derramar por los pecados que agora haces? Porque si Dios adelante te llama y visita (y cuitado de ti si no lo hace) ten por cierto que te ha de amargar más que la hiel cada uno desos bocados que agora comes, y que has de llorar siempre lo que una vez heciste, y que quisieras antes haber padescido mil muertes, que haber ofendido á tal Señor. Brevísimo fué el espacio que David

pasó en sus placeres, y tan largo el que vivió con dolor, que él mismo dice de sí (1): Lavaré cada una de las noches mi cama con lágrimas, y con ellas regaré mi estrado. Y era tanta la abundancia destas lágrimas, que la translación de S. Hierónimo en lugar de: Lavaré mi cama, dice: Haré nadar mi cama en lágrimas: para significar aquellas tan grandes lluvias y corrientes de aguas que salían de sus ojos porque no guardaron la ley de Dios. Pues ¿para qué quieres gastar tiempo en tal sementera, de la cual no tengas otro fructo que coger sino lágrimas?

Allende desto, debrías aun mirar que no siembras sólo lágrimas para adelante, sino también dificultades para la buena vida, por el largo uso de la mala. Porque así como el que ha tenido una larga ó recia enfermedad pocas veces sale della sin reliquias para adelante, así lo hace también el largo uso de los pecados y la grandeza dellos. Siempre queda el hombre más flaco y lisiado en aquella parte por do pecó, y por allí le da el enemigo mayores alcances. Los hijos de Israel adoraron un becerro, y en castigo desta culpa dióles Moisén á beber los polvos del becerro (2). Porque ésta suele ser la pena con que castiga Dios algunos pecados, permitiendo por su justo juicio que se nos queden como embebidos en los huesos, y así sean nuestros verdugos los que antes habían sido nuestros ídolos.

Sobre todo esto, ¿no mirarías cuán mal repartimiento es diputar el tiempo de la vejez para hacer penitencia, y dejar pasar en flor los años de la mocedad? ¿Qué locura sería si un hombre tuviese muchas bestias, y muchas cargas que llevar en ellas, que las echase todas sobre la bestia más flaca, y dejase las otras irse holgando vacías! Tal es por cierto la locura de los que guardan para la vejez toda la carga de la penitencia, y dejan los mejores tercios de la mocedad y de los buenos años, que eran cierto mejores para llevar esta carga que la vejez, la cual apenas puede sostener á sí misma. Muy bien dijo aquel gran filósofo Séneca que quien espera por la vejez para ser bueno, claro muestra que no quiere dar á la virtud sino el tiempo que no le sirve para otra cosa. Pues ¿que será si con esto consideras la grandeza de la satisfacción que aquella majestad infinita pide para perfecto descargo de sus ofensas? La cual es tan grande, que como dice Sant Juan Clímaco,

(1) Psalm. VI. (2) Exod. XXXII.

apenas puede el hombre satisfacer hoy por las culpas de hoy, apenas puede el mismo día descargar á sí mismo. Pues ¿cómo quieres tú amontonar deudas en toda la vida, y reservar la paga para la vejez, que apenas podrá pagar las suyas proprias? Es tan grande esta maldad, que la tiene Sant Gregorio por una grande deslealtad, como él lo significa por estas palabras: Harto lejos está de la fidelidad que debe á Dios, el que espera el tiempo de la vejez para hacer penitencia. Debría este tal temer no venga á caer en las manos de la justicia, esperando indiscretamente en la misericordia.

§. III.

Mas pongamos agora que todo lo susodicho no hobiese lugar, ni entreviniesen aquí todas estas cosas: dime, ¿no bastaría, si hay ley, si razón, si justicia en el mundo, la grandeza de los beneficios recibidos, y de la gloria prometida, para hacer que no fueses tan escaso en el tiempo del servicio con quien tan largo te ha sido en el hacer de las mercedes? ¡Oh, con cuánta razón dijo el Eclesiástico: Nunca ceses de hacer bien en todo tiempo; porque el galardón de Dios permanece para siempre! Pues si el galardón ha de durar tanto, ¿porqué quieres tú que dure tan poco el servicio? Si el galardón ha de durar mientra Dios reinare en el cielo, ¿porqué no quieres tú que el servicio dure siquiera mientra tú vivieres en la tierra (que todo ello es un punto) sino que dese punto quieres quitar los dos tercios, y dejar un soplo para Dios?

Demás desto, si tú esperas que te has de salvar, también has de presuponer que te tiene Dios ab eterno predestinado para esta salud. Pues dime agora: si madrugó este Señor dende su eternidad á amarte, y hacerte cristiano, y adoptarte por hijo, y hacerte heredero de su reino, ¿cómo aguardas tú en el fin de tus días á amar Aquél que dende el principio de su eternidad (que es sin principio) te amó? ¿Cómo puedes acabar contigo de hacer servicios tan cortos á quien determinó hacerte beneficios tan largos? Porque á buena razón, ya que el galardón es eterno, también lo había de ser el servicio, si esto fuera posible. Mas ya que no lo es, sino tan breve cuanto es la vida del hombre, ¿cómo dese espacio tan corto quieres quitar un pedazo tan largo al servicio de tal Señor, y dejarle tan poco, y aun eso de lo peor? Porque

(como dice muy bien Séneca) en lo bajo del vaso no sólo queda lo poco, sino también lo malo. Pues ¿qué ración es ésa que dejas para Dios? Maldito sea, dice Él por Malaquías (1), el engañador que teniendo en su manada animal sano y sin defecto ofrece al Señor el más flaco de su ganado; porque Rey grande soy Yo (dice el Señor de los ejércitos) y mi nombre es terrible entre las gentes. Como si más claramente dijera: Á tan grande Señor como yo grandes servicios pertenecen: y injuria es de tan grande Majestad ofrecerle el desecho de las cosas. Pues ¿cómo guardas tú lo mejor y más hermoso de la vida para servicio del demonio, y quieres ofrecer á Dios lo que ya el mundo desecha de sí? Dice Dios (2): No ternás en tu casa medida mayor ni menor, sino medida justa y verdadera. ¿Y quieres tú contra esta ley tener dos medidas tan desiguales, una tan grande para el demonio (como medida de amigo) y otra tan pequeña para Dios, como si fuera enemigo?

Sobre todo esto te ruego que si ya de todos estos beneficios no haces caso, te acuerdes á lo menos de aquel inestimable beneficio que el Padre Eterno te hizo en darte á su unigénito Hijo: que fué dar en precio de tu ánima aquella vida que valía más que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Por donde aunque tuvieras tú en ti todas estas vidas y otras infinitas, las debías al dador de aquella vida: y aun todo esto era poco para pagarla. Pues ¿con qué razón, con qué cara, con qué título niegas esa sola vida que tienes tan pobre, al que tal vida puso por ti? ¿Y aun désa quieres quitar lo mejor y más bien parado, y dejar las heces para Él?

Sea, pues, la conclusión deste capítulo la que dió Salomón á su Eclesiastés (3), donde finalmente vino á resolverse en aconsejar al hombre se acordase de su Criador en el tiempo de su mocedad, y no dejase este negocio para la vejez, que para todos los trabajos corporales es inhábil: cuyas pesadumbres y inhabilidades describe él allí por ocultas y admirables semejanzas, las cuales en sentencia dicen así: Acuérdate de tu Criador en el tiempo de tu mocedad, antes que vengan aquellos días trabajosos, y aquellos años en que ya la misma vida suele ser á los hombres enojosa. Antes que se menoscabe la vista: y te parezca ya que el sol

(1) Malach. I. (2) Deut. XXV. (3) Eccle. XII.

está escuro, y la luna y las estrellas: cuando ya tiemblan las guardas de la casa (que son las manos) y se estremecen los varones fuertes (que son las piernas que sustentan toda la carga deste edificio) y cesa ya el uso de la dentadura que antes molía y desmenuzaba el manjar menudamente: y asimismo comienza á desfallecer la potencia visiva del ánima, que veía por las ventanas y agujeros de los ojos: y se cierran las puertas de la plaza (porque también desfallecen los órganos de los otros sentidos) y despierta el hombre á la voz del gallo (por la flaqueza que suele haber de sueño en aquella edad) y se ensordecen las hijas de la música (porque se cierran y estrechan las arterias donde se forma la voz) donde no hay fuerza para subir á lo alto, y andar por camino fragoso, antes aun en lo llano estropieza el hombre: donde ya está florido el almendro (porque la cabeza viene cubrirse de canas) donde ya no hay hombros para poder llevar carga (por pequeña que sea) donde está ya el hombre desganado de todas las cosas (por ir cada día más desfalleciendo las fuerzas de nuestro corazón, donde está el asiento de nuestros apetitos) porque se va el hombre á más andar acercando á la casa de su eternidad (que es la sepultura) donde le irán por la plaza llorando los suyos: cuando finalmente el polvo se tornará en su polvo, y el espíritu volverá al Señor que lo crió. Hasta aquí son cuasi todas estas palabras de Salomón.

Acuérdate pues, hermano, conforme á esta descripción, de tu Criador en el tiempo de la mocedad, y no dilates la penitencia para estos años tan cargados, donde ya desfallece la misma naturaleza, y el vigor de todos los sentidos: donde el hombre más está para suplir con regalos y industria lo que falta de virtud á la naturaleza, que para abrazar los trabajos de la penitencia: cuando ya la virtud más parece necesidad que voluntad: cuando ya los vicios ganan honra con nosotros, porque ellos nos dejan primero que los dejemos: aunque lo más común es ser tal la vejez, cual fué la mocedad, según aquello del Eclesiástico que dice (1): Lo que no allegaste en la mocedad, ¿cómo lo hallarás en la vejez?

Éste es, pues, el consejo tan saludable que te da Salomón, y este mismo te da el Eclesiástico diciendo (2): Confesarte has, y

(1) Eccli. XXV. (2) Eccli. XVII.

alabarás á Dios estando vivo: vivo y sano te confesarás: y si así lo hicieres, serás glorificado y enriquecido con sus misericordias. Gran misterio es que entre los enfermos que estaban al derredor de la piscina, aquél libraba mejor, que llegaba primero, cuando se meneaba el agua: para que por aquí entiendas como toda nuestra salud está en acudir luego sin dilación al movimiento interior de Dios. Corre pues, hermano mío, y date priesa: y si como dice el Profeta, hoy en este día oyeres la voz de Dios, no dilates la respuesta para mañana: antes comienza luego á poner por obra lo que te será tanto más fácil de obrar, cuanto más presto comenzares.

CONTRA LOS QUE DILATAN LA PENITENCIA HASTA LA HORA DE LA MUERTE.

CAPÍTULO XXV.

RAZÓN seria que bastase lo dicho para confusión de otros que dejan (como ya declaramos) la penitencia para la hora de la muerte. Porque si tan gran peligro es dilatarla para adelante, ¿qué será para este punto? Mas porque este engaño está muy extendido por el mundo, y son muchas las ánimas que por aquí perecen, necesario es que dél particularmente tratemos. Y aunque sea algún peligro hablar desta materia, porque podría ser ocasión de desconfianza para algunos flacos: pero muy mayor peligro es no saber los hombres el peligro á que se ponen, cuando para este tiempo se guardan. De manera que pesados ambos peligros, sin comparación es mayor éste que el otro: pues vemos cuántas más son las ánimas que se pierden por indiscreta confianza, que por demasiado temor. Y por tanto á nosotros que estamos puestos en el atalaya de Ezequiel (1), conviene avisar destos peligros: porque los que por nosotros deben ser avisados, no se llamen á engaño: y si ellos se perdieren, no cargue su sangre sobre nosotros. Y pues no tenemos otra lumbre, ni otra verdad en esta vida, sino la de la Escriptura divina, y de los sanctos Padres y Doctores que la declaran, veamos qué es lo que ellos dicen acerca desto: porque bien creo que nadie será tan atrevido que ose anteponer su parecer á éste. Y procediendo por esta vía, traigamos primero lo que los sanctos antiguos, y en cabo lo que la sancta Escriptura acerca desto nos enseñan.

Autoridades de los Sanctos antiguos de la penitencia final.

§. I.

MAS antes que entremos en esta disputa, presupongamos primero lo que Sant Augustín y todos los Doctores generalmente dicen: conviene saber, que así como es obra de Dios

(1) Ezech. XXXIII.

la verdadera penitencia, así la puede Él inspirar cuando quisiere: y así en cualquier tiempo que la penitencia fuere verdadera (aunque sea en el punto de la muerte) es poderosa para dar salud. Mas esto cuán pocas veces acaesca, ni quiero que yo ni tú seamos creídos en esta parte: sino que lo sean los Sanctos, por cuya boca habló el Espíritu Santo, y por sus dichos y testimonios será razón que todos estemos. Oye, pues, primeramente lo que sobre este caso dice Sant Augustín en el libro de la verdadera y falsa Penitencia: Ninguno espere á hacer penitencia cuando ya no puede pecar, porque libertad nos pide para esto Dios, y no necesidad. Y por tanto aquél á quien primero dejan los pecados que él deje á ellos, no parece que los deja por voluntad, sino por necesidad. Por donde los que no quisieron convertirse á Dios en el tiempo que podían, y después vienen á confesarse cuando ya no pueden pecar, no así fácilmente alcanzarán lo que desean. Y un poco más abajo, declarando cuál haya de ser esta conversión, dice así: Aquél se convierte á Dios, que todo y del todo se vuelve á Él: el cual no sólo teme las penas, sino trabaja por alcanzar la gracia y los bienes del Señor. Y si desta manera acaesciere convertirse alguno al fin de la vida, no habemos de desesperar de su perdón. Mas porque apenas ó muy pocas veces se halla en aquel tiempo esta tan perfecta conversión, hay razón para temer del que tan tarde se convierte. Porque el que se ve apretado con los dolores de la enfermedad, y espantado con el temor de la pena, con dificultad llegará á hacer verdadera satisfacción: mayormente viendo delante de sí los hijos que desordenadamente amó, y á la mujer, y al mundo que están tirando por él. Y porque hay muchas cosas que en este tiempo impiden el hacer penitencia, peligrosísima cosa es, y muy vecina de la perdición, dilatar hasta la muerte el remedio della. Y con todo esto digo que si este tal alcanzare perdón de sus culpas, no por eso quedará libre de todas las penas. Porque primero ha de ser purgado con el fuego del purgatorio por haber dejado el fructo de la satisfación para el otro siglo. Y este fuego, aunque no sea eterno (como es el del infierno) mas es extrañamente grande: porque sobrepuja todas las maneras de penas que se han padescido en este mundo. Ni jamás en carne mortal se sintieron tales tormentos: aunque los de los mártires hayan sido tan grandes, y los que han padescido algunos mal-

hechores. Y por tanto procure cada uno de corregir así sus males, que no le sea necesario después de la muerte padecer tan terribles tormentos. Hasta aquí son palabras de Sant Augustín, donde habrás visto la grandeza del peligro en que se pone el que de propósito guarda la penitencia para este tiempo.

Sancto Ambrosio también en el libro de la Penitencia (aunque otros atribuyen este dicho al mismo Sant Augustín) trata copiosamente esta materia, donde entre otras muchas cosas dice así: El que puesto ya en el postrer término de la vida, pide el sacramento de la penitencia, y le recibe, y así sale desta vida, yo os confieso que no le negamos lo que pide, mas no osamos afirmar que salga de aquí bien encaminado. Torno á repetir que no oso decir esto, que no os lo prometo, que no lo digo, que no os quiero engañar. ¿Pues quieres, hermano, salir desta dubda, y escaparte de cosa tan incierta? Haz penitencia en el tiempo que estás sano. Si así lo haces, dígote que vas bien encaminado, porque heciste penitencia en tiempo que pudieras pecar. Pero si aguardás á hacer penitencia en tiempo que ya no podías pecar, los pecados dejaron á ti, y no tú á ellos.

Lo mismo dice Sant Isidoro por estas palabras: El que quiere á la hora de la muerte estar cierto del perdón, haga penitencia cuando está sano, y entonces llore sus maldades. Mas el que habiendo vivido mal, hace penitencia á la hora del morir, este corre mucho peligro, porque así como su condenáción es incierta, así su salvación es dubdosa.

Todas estas palabras son mucho para temer: mas mucho más son las que escribe Eusebio, discípulo de Sant Hierónimo, que este su sancto maestro dijo estando para morir, echado en tierra, vestido de saco: y porque no osaré referirlas con el rigor que están escriptas, por no dar motivo á los flacos para desmayar, el que quisiere las podrá leer en el cuarto tomo de las obras de Sant Hierónimo en una epístola que Eusebio escribe á Dámaso, obispo, sobre la gloriosa muerte de Sant Hierónimo. Pero entre otras cosas dice así: Podrá decir el que todos los días de su vida perseveró en su pecado: Á la hora de la muerte haré penitencia y me convertiré. ¡Oh, cuán triste es esta consolación! Porque el que ha vivido mal toda la vida, sin acordarse (sino por ventura por entre sueños) qué cosa era penitencia, muy dubdoso remedio tendrá en esta hora. Porque estando él en este tiempo en-

lazado con los negocios del mundo, y fatigado con los dolores de la enfermedad, y congojado con la memoria de los hijos que deja, y con el amor de los bienes temporales de que ya no espera gozar: estando así cercado de todas estas angustias, ¿qué disposición tiene para levantar el corazón á Dios, y hacer verdadera penitencia, la cual en toda la vida nunca hizo, cuando esperaba vivir, y agora no haría si esperase sanar? Pues ¿qué manera de penitencia es la que se hace cuando la misma vida se despide? Conozco algunos de los ricos deste siglo, que después de graves enfermedades recobraron la salud del cuerpo, y empeoraron en la del ánima. Esto tengo, esto pienso, esto he aprendido por larga experiencia, que por maravilla tendrá buen fin aquél cuya vida fué siempre mala: el cual nunca temió pecar, y siempre sirvió á la vanidad. Hasta aquí son palabras del dicho Eusebio: en las cuales ves el temor que este sancto Doctor tiene de la penitencia que hace en esta hora aquél que nunca la hizo en toda la vida.

Y no es menor el que Sant Gregorio en esta parte tiene: el cual sobre aquellas palabras de Job que dicen: ¿Qué esperanza tendrá el hipócrita, si roba lo ajeno? ¿Por ventura oirá Dios su clamor en el día de su angustia? dice así: No oye Dios en el tiempo de la angustia las voces de aquél que en tiempo de paz no quiso oir las voces de su Señor. Porque escripto está (1): El que cierra las orejas para no oir la ley, no será recibida su oración. Mirando, pues, el sancto Job cómo todos los que agora dejan de obrar bien, al fin de la vida se vuelven á pedir mercedes á Dios, dice: ¿Por ventura oirá Dios el clamor de los tales? En las cuales palabras se conforma con la sentencia del Redemptor que dice (2): A la postre vinieron las vírgines locas diciendo: Señor, Señor, abridnos; y fuéles respondido: En verdad os digo que no os conozco. Porque en aquel tiempo usa Dios de tanto mayor severidad cuanto agora usa de mayor misericordia: y entonces castigará á los que pecaron con mayor rigor de justicia, el que agora benignamente les ofrece su misericordia. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio.

También Hugo de sant Víctor en el segundo libro de los Sacramentos, conformándose con los pareceres destos sanctos, dice

(1) Prov. XXVIII. (2) Matth. XXV.

así: Dificultosa cosa es que sea verdadera la penitencia cuando viene tardía, y muy sospechosa debe ser aquella penitencia que paresce forzada. Porque fácil cosa es creer de sí el hombre que no quiere lo que no puede. Por donde la posibilidad declara muy bien la voluntad. Y por esto, si no haces penitencia cuando puedes, argumento es que no quieres. El Maestro de las Sentencias va también por este mismo camino, y así dice: Como la penitencia verdadera sea obra de Dios, puédela Él inspirar cuando quisiere, y galardonar por misericordia á los que podría condenar por justicia. Mas porque en aquel paso hay muchas cosas que retraen al hombre deste negocio, cosa es peligrosa y vecina á la muerte dilatar hasta allí el remedio de la penitencia. Pero gran cosa es inspirarla Dios en aquella hora, si alguno hay á quien la inspire. ¡Mira qué palabras éstas tan para temer! Pues ¿cuál es el desatinado que osa poner el mayor de los tesoros en el mayor de los peligros? ¿Hay cosa mayor en el mundo que tu salvación? Pues ¿en qué seso cabe poner una cosa tan preciosa en tan grande peligro?

Éste es, pues, el parescer de todos estos tan grandes Doctores. Por donde verás cuán grande locura sea tener tú por segura la navegación de un golfo de quien tan sabios pilotos hablan con tan gran temor. Oficio es el bien morir que conviene aprenderse toda la vida: porque á la hora de la muerte hay tanto que hacer en morir, que apenas hay espacio para aprender á bien morir.

Autoridades de Doctores escolásticos acerca de lo mismo.

§. II.

RESTA agora, para mayor confirmación desta verdad, ver también lo que acerca desto sienten los Doctores escolásticos. Entre los cuales Escoto trata muy de propósito esta cuestión en el cuarto de las Sentencias: donde pone una conclusión que dice así: La penitencia que se hace á la hora de la muerte, apenas es verdadera penitencia, por la dificultad grande que entonces hay para hacerla. Prueba él esta conclusión por cuatro razones.

La primera es por el grande estorbo que hacen allí los dolores de la enfermedad y la presencia de la muerte, para levantar el corazon á Dios y ocuparlo en ejercicios de verdadera penitencia. Para cuyo entendimiento es de saber que todas las pasiones de nuestro corazón tienen grande fuerza para llevar en pos de sí el sentido y el libre albedrío del hombre. Y según reglas de filosofía, muy más poderosas son para esto las pasiones que dan tristeza que las que causan alegría. De donde nasce que las pasiones y afectos del que está para morir, son las más fuertes que hay: porque (como dice Aristóteles) el último trance, y la más terrible cosa de las terribles, es la muerte: donde hay tantos dolores en el cuerpo, tantas angustias en el ánima, y tanta congoja por los hijos, y mujer, y mundo que se dejan. Pues entre tan recios vientos de pasiones, ¿donde ha de estar el sentido y el pensamiento, sino donde tan fuertes dolores y pasiones lo llevaren?

Vemos por experiencia, cuando uno está con un dolor de ijada, ó con algún otro dolor agudo, que aunque sea hombre virtuoso, apenas puede por entonces tener el pensamiento fijo en Dios: sino que allí está todo el sentido, donde lo llama el dolor. Pues si esto acaesce al justo, ¿qué hará el que nunca supo qué cosa era pensar en Dios, y que tanto cuanto está más habituado á amar su cuerpo que su ánima, tanto más ligeramente acude al peligro del mayor amigo que del menor? Entre cuatro impedimentos que Sant Bernardo pone de la contemplación, uno dellos dice que es la mala disposición del cuerpo. Porque entonces el ánima está tan ocupada en sentir los dolores de su carne, que apenas puede admitir otro pensamiento que aquel que de presente la fatiga. Pues si esto es verdad, ¿qué locura es aguardar á la mayor de las indisposiciones del cuerpo para tratar del mayor de los negocios del ánima?

Supe de una persona que estando en paso de muerte, y diciéndole que se aparejase para lo postrero, recibió tan grande angustia de ver tan cerca de sí la muerte, que como si la pudiera detener con las manos, todo su negocio era pedir á muy gran priesa remedios y confortativos para evitar aquel trago, si le fuera posible. Y como un sacerdote lo viese tan olvidado de lo que convenía para aquella hora, y le amonestase que se dejase ya de aquellos cuidados, y comenzase á llamar á Dios,

importunado del buen consejo, respondió palabras muy ajenas de lo que aquel tiempo requería: con las cuales expiró. Y el que así habló, había sido persona virtuosa: para que por aquí veas cómo turbará la presencia de la muerte á los que aman la vida, cuando asi turbó á quien otro tiempo la despreciaba.

Asimismo supe de otra persona que estando en una recia enfermedad, y pensando que se llegaba ya su hora, deseaba con gran deseo, primero que partiese, hablar un rato muy de propósito con Dios, y prevenir á su juez con alguna devota suplicación: y parecíale qne nunca los dolores y accidentes continuos de la enfermedad le daban un rato de alivio para hacerlo. Pues si para esto solo hay allí tan mal aparejo, ¿cuál es el loco que para tal tiempo guarda el remedio de toda la vida?

La segunda razón deste doctor es, porque la verdadera penitencia ha de ser voluntaria, esto es, hecha con promptitud de voluntad, y no por sola necesidad. Por lo cual dice Sant Augustín: Menester es, no sólo temer al juez, sino también amarle, y hacer lo que se hiciere por voluntad, y no por necesidad. Pues el que en toda la vida nunca hizo penitencia verdadera, y aguarda entonces á hacerla, no paresce que la hace por voluntad, sino por pura necesidad. Y si por sola esta causa la hace, no es su penitencia puramente voluntaria.

Tal fué la penitencia que hizo Semeí por la ofensa que había hecho á David cuando iba huyendo de Absalón su hijo (1): el cual después que lo vió volver de la huída victorioso, y entendió el mal que por allí le podía venir, adelantóse con mucha gente á recebir al Rey, y pedirle con mucha humildad perdón de la culpa pasada. Lo cual como viese un pariente de David llamado Abisaí, dijo: ¿Cómo? ¿y por estas palabras fingidas se ha de escapar de la muerte Semeí, habiendo hecho tan grande injuria al rey David? Mas el sancto Rey, que tan bien entendía de cuán poco mérito era aquella satisfacción, aunque por entonces prudentemente disimuló, no por eso le dejó sin castigo, antes á la hora de la muerte, con celo de justicia no de venganza, dejó mandado como en testamento á su hijo Salomón que le diese su merescido: y así lo hizo (2). Tal, pues, paresce la penitencia de muchos malos cristianos, los cuales habiendo perse-

(1) II Reg. XVI & XIX. (2) III Reg. II.

verado en ofender á Dios toda la vida, cuando llega la hora de la cuenta, como ven la muerte al ojo, y la sepultura abierta, y el juez presente, y entienden que no hay fuerza ni poder contra aquel sumo poder, y que en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser, vuélvense al juez con grandes suplicaciones y protestaciones: las cuales si son verdaderas, no dejan de ser provechosas: mas el común suceso dellas declara lo que son. Porque por experiencia habemos visto muchos déstos que si escapan de aquel peligro, luego se descuidan de todo lo que prometieron, y vuelven á ser los que eran: y aun tornan á revocar los descargos que dejaban ordenados, como hombres que no hicieron lo que hicieron por virtud y por amor de Dios, sino solamente por aquella priesa en que se vieron: la cual como cesó, cesó también el efecto que della se siguía.

En lo cual paresce ser esta manera de penitencia muy semejante á la que suelen hacer los mareantes en tiempo de alguna grande tormenta: donde proponen y prometen grandes virtudes y mudanzas de vida. Mas acabada la tormenta, y escapados del presente peligro, luego se vuelven á jugar y blasfemar como lo hacían antes, sin hacer más caso de todo lo pasado, que si fuera un propósito soñado.

La tercera razón es, porque el mal hábito y costumbre de pecar que el malo ha tenido toda la vida, comúnmente le suele acompañar (como la sombra al cuerpo) hasta la muerte: porque la costumbre es como otra naturaleza, que con gran dificultad se vence. Y así vemos por experiencia muchos en aquella hora tan olvidados de su ánima, tan avarientos para ella, aun en la muerte, tan encarnizados en el amor de la vida, si la pudiesen redimir por algún precio, tan captivos del amor deste mundo y de todas las cosas que en él amaron, como si no estuviesen en el paso que están. ¿No has visto algunos viejos en aquella hora tan guardosos y cobdiciosos, y tan atentos á mirar por sus trapillos y pajuelas, y tan cerradas las manos para todo bien, y tan vivo el apetito, aun de aquello que no pueden consigo llevar? Éste es un linaje de pena con que muchas veces castiga Dios la culpa, permitiendo que acompañe á su autor hasta la sepultura, según que lo dice sant Gregorio por estas palabras: Con este linaje de castigo castiga Dios al pecador, permitiendo que se olvide de sí en la muerte el que no se acordó de Dios en la vida. Desta ma-

nera se castiga un olvido con otro olvido: el olvido que fué culpa con el que juntamente es pena y culpa. Lo cual se ve cada día por experiencia: pues tantas veces habemos oído de muchos que se dejaron morir entre los brazos de las malas mujeres, que mal amaron, sin quererlas despedir de su compañía, ni aun en aquella hora, por estar por justo juicio de Dios olvidados de sí mismos y de sus ánimas.

La cuarta razón se funda en la cualidad del valor que ordinariamente suelen tener las obras que en aquel tiempo se hacen. Porque parece claro (á quien tiene algún conoscimiento de Dios) cuánto menos le agrade este linaje de servicios, que los que en otros tiempos se hacen. Porque ¿qué mucho es (como decía la sancta virgen Lucía) ser muy largo de lo que aunque te pese, has acá de dejar? ¿Qué mucho es perdonar allí la deshonra, cuando sería mayor deshonra no perdonarla? ¿Qué mucho es dejar la manceba, cuando aunque quisieses, no la podrías ya más tener en casa?

Por estas razones, pues, concluye este Doctor que en aquella hora con dificultad se hace penitencia verdadera: y añade aun más, diciendo que el cristiano que con deliberación determina guardar la penitencia para aquella hora, peca mortalmente, por la gran ofensa que hace á su ánima, y por el grandísimo peligro en que pone su salvación. Pues ¿qué cosa más para temer que ésta?

Autoridades de la sagrada Escriptura para el mismo propósito.

§. III.

Mas porque todo el peso desta disputa principalmente pende de la palabra de Dios (porque para contra ésta no hay apelación ni respuesta) oye agora lo que ella acerca desto nos enseña. En el primer capítulo de los Proverbios, después de haber escripto Solomón las palabras con que la Sabiduría eterna llama á los hombres á penitencia, dice luego las que dirá á los rebeldes á este llamamiento, en esta forma: Porque os llamé, y no quisistes acudir á mi llamamiento: extendí mis manos, y no hubo quien las mirase, y despreciastes todas mis reprehensiones y consejos, yo también me reiré en vuestra muerte y haré burla de vosotros cuando os vinieren los males que temíades. Cuando vi-

niere de improviso la muerte, como tempestad que á deshora se levanta, entonces me llamarán, y no los oiré; y de mañana madrugarán á ponérseme delante, y no me hallarán, porque aborrescieron el castigo y la doctrina, y no tuvieron temor de Dios, ni quisieron obedecer mis consejos. Hasta aquí son palabras de Salomón, ó por mejor decir, del mismo Dios. Las cuales S. Gregorio en el susodicho libro de los Morales entiende y declara al propósito que aquí hablamos. Pues ¿qué tienes que responder á esto? ¿Porqué no bastarán estas amenazas, pues son de Dios, para hacerte temer un tan gran peligro, y aparejarte para esta hora con tiempo?

Pues oye aun otro testimonio no menos claro. Hablando el Salvador en el Evangelio (1) de su venida á juicio, aconseja á sus discípulos con grande instancia que estén aparejados para esta hora: trayéndoles para esto muchas comparaciones, por las cuales entendiesen cuánto esto les importaba. Y así dice (2): Bienaventurado es el siervo á quien el Señor hallare en aquella hora velando. Mas si el mal siervo dijere en su corazón: Mi Señor se tarda mucho, tiempo me queda para aparejarme: y él entretanto se diere á comer, y beber, y hacer mal á sus compañeros, vendrá su Señor en el día que él no piensa, y en la hora que no sabe, y partirlo ha por medio, y darle ha el castigo que se da á los hipócritas. Aquí paresce claro que el Señor sabía bien los consejos de los malos, y las veredas que buscan para sus vicios; y por esto les sale al camino, y les dice cómo les ha de ir por él, y en qué han de parar sus confianzas. Pues ¿qué otro pleito es el que agora tratamos, sino éste? ¿Qué digo yo aquí, sino lo que el mismo Señor te dice? Tú eres ese siervo malo que haces en tu corazón la misma cuenta, y así te quieres aprovechar de la dilación del tiempo para comer, y beber, y perseverar en los mismos delictos. Pues ¿cómo no temerás esta amenaza que te hace quien es tan poderoso para cumplirla como para hacerla? Contigo habla, contigo lo ha, á ti lo dice: despierta, miserable, y repárate con tiempo, porque no seas despedazado cuando llegue la hora deste juicio.

Paréceme que gasto mucho tiempo en cosa tan clara. Mas ¿qué haré, que aun con todo esto veo muy gran parte del mundo cubrirse con este manto? Pues para que aun más claro veas la gran-

(1) Matth XIII. (2) Ibid. XXIV.

deza deste peligro, oye otro testimonio del mismo Salvador. Acabadas estas palabras, añade luego lo que se sigue, diciendo (1): Entonces será semejante el reino de los cielos á diez vírgines, cinco locas y cinco sabias. Entonces dice. ¿Cuándo entonces? Cuando venga el juez, cuando se llegue la hora de su juicio, así el universal de todos como el particular de cada uno, según declara Sant Augustín: porque no se altera en el universal lo que en el particular se determina. Pues en este paso (dice el Señor) acaesceros ha como acaesció á diez vírgines, cinco locas y cinco sabias, las cuales aguardaban por la venida del esposo. Las sabias proveyéronse con tiempo de lámparas y de olio para salirle á recebir: mas las locas, como tales, no curaron desto. Y á la media noche, al tiempo del mayor sueño (que es cuando los hombres están más descuidados y menos piensan en este paso) diéronles rebato diciendo que venía el esposo, que le saliesen á recibir. Entonces levantáronse todas aquellas vírgines y aderezaron sus lámparas; y las que estaban ya aparejadas entraron con él á las bodas, y cerróse la puerta: mas las que no estaban aparejadas, comenzaron entonces á querer proveerse, y aparejarse, y á dar voces al esposo diciendo: Señor, Señor, abridnos. A las cuales él respondió: En verdad os digo que no os conosco. Y así concluye el sancto Evangelio la parábola y la declaración della diciendo: Por tanto velad y estad aparejados, pues no sabéis el día ni la hora. Como si dijera: ¿Habéis visto cuán bien libraron en este trance las vírgines que estaban aparejadas, y cuán mal las que no lo estaban? Por tanto, pues no sabéis el día ni la hora desta venida, y el negocio de vuestra salvación pende tanto deste aparejo, velad y estad aparejados en todo tiempo, porque no os tome aquel día desapercebidos, como á estas vírgines, y así perezcáis como ellas perecieron. Éste es el sentido literal desta parábola, como declara el Cardenal Cayetano en este lugar, donde dice: Esto solo sacamos de aquí, que la penitencia que se dilata hasta la hora de la muerte (cuando se oye esta palabra: Cata que viene el esposo) no es segura: antes en esta parábola se describe como no verdadera: porque por la mayor parte no lo es. Y al cabo pone este Doctor la resolución de toda la parábola diciendo: La conclusión desta doctrina es dar á entender que por tanto las cinco vírgines locas

(1) Matth. XXV.

fueron desechadas, porque al tiempo que el esposo vino, no estaban aparejadas; y por esto las otras cinco fueron admitidas, porque estaban apercebidas. Por donde conviene que siempre lo estemos, pues no sabemos la hora desta venida. Pues ¿qué cosa se podía pintar más clara que ésta? Por lo cual me maravillo mucho cómo después de la testificación tan clara desta verdad se osan los hombres entretener y consolar con esta tan flaca esperanza. Porque antes desta luz tan clara no me maravillara yo tanto que se persuadieran lo contrario, ó se quisieran engañar: mas después que aquel Maestro del cielo resolvió esta materia, después que el mismo juez nos declaró con tantos ejemplos las leyes de su juicio, y el norte por donde nos había de juzgar, ¿en qué seso cabe creer que de otra manera pasará el negocio que lo predicó el que lo ha de sentenciar?

Responde á algunas objecciones

§. IV.

MAS por ventura contra todo esto me dirás: ¿pues el ladrón no se salvó con una sola palabra á la hora de la muerte? A esto responde Sant Augustín en el libro alegado que aquella confesión del buen ladrón fué la hora de su conversión, y de su baptismo, y de su muerte juntamente. Por donde así como el que muere acabándose de baptizar (como á muchos otros ha acontescido) va derecho al cielo, así acaesció á este dichoso ladrón: porque aquella hora fué para él hora de su baptismo.

Respóndese también que así esta obra tan maravillosa como todos los milagros y obras semejantes estaban profetizadas y guardadas para la venida del Hijo de Dios al mundo, y para testimonio de su gloria: y así convenía que para la hora en que aquel Señor padescía, se escureciesen los cielos, y temblase la tierra, y se abriesen los sepulcros, y resuscitasen los muertos: porque todas estas maravillas estaban guardadas para testimonio de la gloria de aquella persona: y en la cuenta déstas entra la salud de aquel sancto ladrón. En la cual obra no es menos admirable su confesión que su salvación, pues confesó en la cruz el reino, y predicó la fe cuando los Apóstoles la perdieron, y honró al Señor

cuando todo el mundo le blasfemaba. Pues como esta maravilla junto con las otras pertenescan á la dignidad de aquel Señor y de aquel tiempo, grande engaño es querer que generalmente se haga en todos los tiempos lo que estaba reservado para aquél.

Cónstanos también que en todas las repúblicas del mundo hay cosas que ordinariamente se hacen, y cosas también extraordinarias; y las ordinarias son comunes para todos, mas las extraordinarias son para algunos particulares. Lo mismo también pasa en la república de Dios, que es su Iglesia. Porque cosa regular y ordinaria es aquella que dice el Apóstol, que el fin de los malos será conforme á sus obras: dando á entender que generalmente hablando, á la buena vida se sigue buena muerte, y á la mala vida mala muerte. Cosa también es ordinaria que los que hicieren buenas obras, irán á la vida eterna, y los que malas al fuego eterno. Ésta es una sentencia que á cada paso repiten todas las Escrituras divinas. Esto cantan los Psalmos, esto dicen los Profetas, esto anuncian los Apóstoles, esto predican los Evangelistas. Lo cual en pocas palabras resumió el Profeta David cuando dijo (1): Una vez habló Dios, y dos cosas le oí decir: que Él tenía poder y misericordia, y que así daría á cada uno según sus obras. Ésta es la suma de toda la filosofía cristiana. Pues según esta cuenta decimos que cosa es ordinaria que así el justo como el malo reciban su merecido al fin de la vida según sus obras. Pero fuera desta ley universal puede Dios usar de especial gracia con algunos para gloria suya, y dar muerte de justos á los que tuvieron vida de pecadores: como también podría acaescer que el que hobiese vivido como justo, por algún secreto juicio de Dios viniese á morir como pecador: que es como el que ha navegado prósperamente toda la carrera, y á boca del puerto viniese á padecer tormenta. Por lo cual dijo Salomón (2): ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adam sube á lo alto, y el espíritu de las bestias desciende á lo bajo? Porque aunque universalmente acaesce que las ánimas de los que viven como bestias desciendan á los infiernos, y las de los que viven como hombres de razón suban al cielo; mas todavía por algún especial juicio de Dios puede suceder esto de otra manera: pero la doctrina segura y general es: quien viviere bien, tendrá buena muerte. Pues por esta causa nadie debe

(1) Psalm. LXI. (2) Eccles. III.

asegurarse con ejemplos de gracias particulares, pues éstos no hacen regla general, ni pertenecen á todos, sino á pocos, y ésos no conoscidos: por donde no puedes tú saber si serás del número dellos.

Otros alegan otra manera de remedio, diciendo que los Sacramentos de la ley de gracia hacen al hombre de atrito contrito, y que entonces á lo menos tendrán esta manera de disposición, la cual junto con la virtud de los Sacramentos será bastante para darles salud. La respuesta desto es que no cualquier dolor basta para tener aquella manera de atrición que junta con el Sacramento da gracia al que lo recibe. Porque cierto es que hay muchas maneras de atrición y de dolor, y que no por cualquier atrición déstas se hace el hombre de atrito contrito, sino por sola aquella que en particular sabe el dador de la gracia, y otro fuera dél no puede saber.

No ignoraban esta teología los sanctos Doctores, y con todo esto hablan con tanto temor en esta manera de penitencia, como arriba declaramos; y expresamente S. Augustín en la primera autoridad que dél alegamos, habla del que recibe penitencia, y es reconciliado por los Sacramentos de la Iglesia: al cual, dice, damos penitencia, mas no seguridad.

Y si me alegares para esto la penitencia de los ninivitas, que procedía del temor que tuvieron de ser destruídos dentro de cuarenta días, mira tú no sólo la penitencia tan áspera que hicieron, sino también la mudanza de su vida; y múdala tú de esa manera, y no te faltará esa misma misericordia. Pero veo que apenas has escapado de la enfermedad, cuando luego tornas á la misma maldad, y revocas cuanto tenías ordenado. ¿Qué quieres, pues, que juzgue desta penitencia?

Conclusión de todo lo dicho.

§. V.

Todo esto se ha dicho, no para cerrar á nadie la puerta de la salud ni de la esperanza (porque ésta ni los Sanctos la cierran, ni nadie la debe cerrar) sino para desencastillar á los malos deste lugar de refugio, adonde se acogen para perse-

verar en sus males. Pues dime agora, hermano, por amor de Dios: si todas las voces de los Doctores, y de los Sanctos, y de la razón, y de la misma Escriptura, tan peligrosas nuevas te dan desta penitencia, ¿cómo osas fiar tu salvación de tan grande peligro? ¿En qué confías para en aquella hora? ¿En tus aparejos y mandas de testamentos y oraciones? Ya ves la priesa que se dieron aquellas vírgines locas á proveerse, y las voces que dieron al Esposo pidiéndole la puerta, y cuán poco les valieron: porque no procedían de verdadera penitencia. ¿Confías en las lágrimas que allí derramarás? Mucho valen cierto las lágrimas en todo tiempo, y dichoso el que las derramare de corazón: mas acuérdate cuántas lágrimas derramó aquél que por una golosina vendió su mayorazgo, y cómo según dice el Apóstol (1) no halló lugar de penitencia, aunque con tantas lágrimas la buscó: porque no lloraba por Dios, sino por el interese que perdía. ¿Confías en los buenos propósitos que allí propondrás? Mucho valen también éstos cuando son verdaderos: mas acuérdate de los propósitos que propuso el rey Antioco (2), el cual estando en este paso prometió á Dios tan grandes cosas, que ponen admiración á quien las lee: y con todo esto dice la Escriptura: Hacía aquel malvado oración á Dios, del cual no había de alcanzar misericordia. Y la causa era, porque todo aquello que proponía, no lo proponía con espíritu de amor, sino de puro temor servil: el cual aunque sea bueno, pero solo él no basta para alcanzar el reino del cielo. Porque temer las penas del infierno es cosa que puede proceder del amor natural que el hombre tiene á sí mismo: y amar el hombre á sí no es cosa por la cual se dé á nadie este reino. De suerte que así como con ropa de sayal no entraba nadie en el palacio del rey Asuero (3), así tampoco entrará en el de Dios con ropa de siervo, que es con solo este temor, si no va vestido con ropa de bodas, que es amor.

Oh pues, hermano mío, ruégote agora pienses atentamente que sin dubda te has de ver en esta hora, y no será de aquí á muchos días, pues ya ves la priesa que se dan los cielos á correr. Presto se acabará de hilar con tantas vueltas este copo de lana, que es nuestra vida mortal. Cerca está (dice el Profeta) el día de la perdición, y los tiempos se dan priesa por llegar. Pues

(1) Hebr. XII. (2) II Machab. IX. (3) Esther. IV.

acabado este tan ligero plazo, verná el cumplimiento destas profecías: y allí verás cuán verdadero profeta te he sido en lo que te he anunciado. Allí te verás cercado de dolores, fatigado con cuidados, agonizado con la presencia de la muerte, esperando la suerte que de ahí á poco te ha de caber. ¡Oh suerte dubdosa! ¡Oh trance riguroso! ¡Oh pleito donde se espera sentencia de vida para siempre, ó muerte para siempre! ¡Quién pudiese entonces trocar aquellas suertes! ¡Quién tuviese mano en aquella sentencia! Ahora la tienes, no la desprecies. Ahora tienes tiempo para granjear al Juez. Ahora puedes ganarle la voluntad. Toma, pues, el consejo del Profeta que dice (1): Buscad al Señor en el tiempo que se puede hallar, y llamadlo cuando está cerca para os oir. Ahora está cerca para nos oir, aunque no lo podemos ver. Mas en la hora del juicio verse ha, pero no nos oirá, si dende agora no lo tuviéremos merecido.

(1) Isai. LV.

CONTRA LOS QUE PERSEVERAN EN SUS PECADOS CON ESPERANZA DE LA DIVINA MISERICORDIA.

CAPÍTULO XXVI.

OTROS hay que perseverando en su mala vida se aseguran con la esperanza de la divina misericordia y de la pasión de Cristo, á los cuales también será razón que demos su desengaño como á todos los demás. Dices que es grande la misericordia de Dios, pues por los pecadores se puso en la cruz. Yo te confieso que es muy grande, pues te consiente tan grande blasfemia como es hacer tú su bondad fautora de tu maldad: y que la cruz que Él tomó por medio para destruir el reino del pecado, tomes tú por medio para fortalecerlo: y donde le habías de ofrecer mil vidas que tuvieras por haber puesto la suya por ti, tomes de ahí ocasión para negarle esa sola que Él te dió. Más le dolió esto al Salvador que la misma muerte que padecía: pues no quejándose della, se quejó deste agravio por su Profeta diciendo (1): Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores, y extendieron su maldad. Dime, ruégote: ¿quién te enseñó á hacer esa consecuencia, que porque Dios es bueno, tomes tú licencia para ser malo y salir con ello? Á lo menos el Espíritu Sancto no enseña á argüir desa manera, sino désta: Porque Dios es bueno, merece ser servido, y obedecido, y amado sobre todas las cosas. Porque Dios es bueno, es razón que yo lo sea, y espere en Él que me perdonará por gran pecador que haya sido, si de todo corazón me volviere á Él. Porque Dios es bueno, y tan bueno, por eso es mayor maldad ofender á tal bondad: y así, cuanto más engrandeces la bondad en que confías, tanto más encareces la culpa que contra ella cometes. Y esa tan grande culpa no es justo que quede sin castigo, y ese cargo pertenece á la divina justicia, que es, no como tú piensas,

(1) Psalm. CXXVIII.

contraria, sino hermana y defensora de la divina bondad: la cual no consiente que tal ofensa quede sin debido castigo.

No es nueva esta manera de excusa, sino muy vieja y muy usada en el mundo. Porque ésta era la contienda que tenían los profetas verdaderos con los falsos: ca los unos amenazaban de parte de Dios castigos de justicia, y los otros prometían de su propria cabeza falsa paz y misericordia: y después que el azote de Dios declaraba la verdad de los unos y la mentira de los otros, decían los verdaderos profetas (1): ¿Dónde están vuestros profetas que os aseguraban y decían: No vendrá Nabucodonosor sobre nosotros?

Dices que es grande la misericordia de Dios. Tú que eso dices, créeme qne no te ha Dios abierto los ojos para que veas la grandeza de su justicia. Porque si esto fuera, tú dijeras con el Profeta (2): ¿Quién hay, Señor, que alcance á conoscer el poder de vuestra saña, y que pueda contar la grandeza de vuestra ira?

Pues para que salgas de ese engaño tan peligroso, ruégote que nos pongamos agora en razón. Ni tú ni yo habemos visto la justicia divina en sí misma, para que por esta vía podamos conoscer su medida. Ni tampoco podemos en este mundo conocer á Dios sino por sus obras. Pues entremos ahora en ese mundo espiritual de la sagrada Escriptura, y después salgamos á este corporal en que vivimos, y notemos en el uno y en el otro las obras de la divina justicia, para que por ellas la conozcamos.

Sernos ha esta jornada muy provechosa: porque demás del fin que pretendemos, sacaremos otro fructo muy grande, que será avivar y criar en nuestros corazones el temor de Dios, el cual dicen los sanctos que es el tesoro, la guarda y el peso de nuestras ánimas. Por donde así como el navío que va sin lastre y sin peso, no va seguro, porque cualquier viento recio basta para trastornarlo: así tampoco lo va el ánima que camina sin el peso deste temor. El temor la sostiene, para que los vientos de los favores humanos y divinos no la levanten y trastumben. Por muy rica que vaya, si carece deste peso, va á peligro. Y por tanto no sólo los principiantes, sino también los criados viejos en la casa del Señor han de vivir con temor: y no solamente los culpados que tienen por qué temer, sino también los justos

(1) Jerem. XXXVII. (2) Psalm. LXXXIX.

que no han hecho tanto por qué. Los unos teman porque cayeron, y los otros porque no caigan: á los unos los males pasados, y á los otros los peligros venideros deben poner temor.

Y si quieres saber cómo se engendrará en ti este sancto temor, dígote que después de infundido con la gracia, se conserva y cresce con esta consideración de las obras de la divina justicia, de que agora comenzamos á tratar. Piénsalas y rúmialas muchas veces, y poco á poco verás criado en ti este sancto temor.

De las obras de la divina Justicia que se cuentan en la sagrada Escriptura.

§. I.

La primera obra de la divina Justicia (de que se hace mención en la Escriptura divina) fué la condenación de los ángeles. El principio de los caminos de Dios fué aquella terrible y sangrienta bestia, que es el principe de los demonios, como se escribe en el libro de Job. Porque como todos los caminos de Dios sean misericordia y justicia, hasta aquella primera culpa no se había descubierto la justicia. Encerrada estaba en el seno de Dios, como espada en su vaina: á la cual la enviaba el profeta Ezequiel, si se cumpliera su deseo. Esta primera culpa hizo que se desvainase el espada; y mira tú aquel primer golpe qué tal fué. Alza los ojos, y verás una gran lástima: verás una de las más ricas joyas de la casa de Dios, una de las principales hermosuras del cielo, una imagen en quien tan altamente resplandecía la hermosura divina, caer del cielo como un rayo, por un solo pensamiento soberbio. De príncipe entre los ángeles se hizo príncipe de los demonios; de hermosísimo, el más feo; de gloriosísimo, el más atormentado; de graciosísimo, el mayor enemigo de todos cuantos Dios tiene y tendrá jamás. ¡Qué cosa de tan grande admiración debe ser ésta para aquellos espíritus celestiales, los cuales tan bien conoscen de dónde y adónde cayó una tan excelente criatura! !Con qué espanto dirán todos aquellas palabras de Isaías: ¿Cómo caíste del cielo, lucero que salías á la mañana!

Desciende luego más abajo al Paraíso terrenal, y verás otra caída no menos espantosa, si no fuera reparada. Porque si los

ángeles cayeron, cada uno hizo su pecado actual por do cayese. Mas ¿qué pecado actual hace el niño que nasce, por do nazca hijo de ira? No es menester que haya actualmente pecado: basta que sea de linaje de un hombre que pecó (y pecando corrompió la común raíz de toda la naturaleza humana que en él estaba) para que éste nazca con su proprio pecado. Es tan grande la gloria y la majestad de Dios, que haberle una criatura ofendido merece este tan espantoso castigo. Porque si aquel gran privado del rey Asuero, (1) que se decía Amán, no se tenía por satisfecho con tomar venganza de solo Mardoqueo, de quien se tenía por injuriado, sino parecíale que convenía á su grandeza que todo el linaje de los judíos pagase con universal muerte el desacato de uno, ¿qué mucho es que la gloria y grandeza infinita de Dios pida este castigo? Cata aquí, pues, el primer hombre desterrado del Paraíso por un bocado: el cual todo el universo mundo hasta el día de hoy está ayunando. Y al cabo de tantos siglos el hijo que nasce saca la lanzada del padre; y no sólo antes que sepa pecar, sino antes que nazca, nasce hijo de ira: y esto á cabo de tantos siglos. En tan largo espacio no está aun olvidada aquella injuria por tantos hombres repartida, y con tantos azotes castigada; antes todas cuantas penas hasta hoy se han padescido, y todas cuantas muertes ha habido, y todas cuantas ánimas arden y arderán para siempre en el Infierno, todas son centellas que originalmente descienden de aquella primera culpa, y argumentos y testimonios de la divina Justicia. Y todo esto pasa aun después de la redempción del género humano por la sangre de Cristo; porque á no estar ésta de por medio, ¿qué diferencia hobiera del hombre al demonio, pues tan poco remedio tenía el uno y el otro para se salvar? ¿Parécete, pues, que es ésta razonable muestra de la Justicia divina?

Y como si no bastara este yugo tan pesado sobre los hijos de Adam, añadiéronse de ahí adelante otros y otros nuevos castigos por otros nuevos pecados, que (como dijimos) se derivaron de aquel pecado. Todo el universo mundo pereció con las aguas del diluvio (2). Sobre aquellas cinco deshonestas ciudades llovió Dios fuego y piedra azufre del cielo (3). Á Datán y Abirón por una competencia que tuvieron con Moisén, tragó la tierra vivos (4). Dos hijos de Aarón, Nadab y Abiú, porque dejaron de guardar una

(1) Esther. III. (2) Genes. VII. (3) Ibid. IX. (4) Num. XVI.

cerimonia en un sacrificio, fueron súbitamente abrasados con el fuego del Sanctuario (1), sin que les valiese la dignidad del sacerdocio, ni la sanctidad del padre, ni la privanza que tenía con Dios Moisén su tío. Ananías y Safira, en el Nuevo Testamento, por una mentira que dijeron, al parecer liviana, en un punto los arrebató la muerte juntos (2).

Pues ¿qué diré de los juicios espantosos de Dios? Salomón, el más sabio de los hijos de los hombres y tan amado de Dios, que le mandó Él poner por nombre: El amado del Señor, vino por sus altos juicios á dar en el extremo de todos los males (3) que fué arrodillarse ante las estatuas de los ídolos. ¿Qué cosa más para temer? Y si supieses los juicios que desta manera acaescen cada día en la Iglesia, no menos por ventura te espantaría que todo lo dicho: porque verías muchas estrellas del cielo caídas en tierra: verías muchos que asentados á la mesa de Dios comían pan de ángeles, venir á desear hinchir sus vientres de manjares de puercos: verías muchas castidades más finas y más hermosas que el marfil antiguo, tiznadas y convertidas en carbones de fuego: de lo cual todo fueron causa las culpas y pecados de los que cayeron: porque la ordenación y los juicios de Dios no ponen necesidad á las obras de los hombres, ni les quitan su libre albedrío.

Mas sobre todo esto, ¿qué mayor muestra de justicia que no contentarse Dios con otra menor satisfacción que la muerte de su unigénito Hijo para haber de perdonar al mundo? ¡Qué palabras tan para sentir aquellas que el Salvador dijo á las mujeres que le iban llorando (4): Hijas de Hierusalem, no lloréis sobre Mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos: porque días vendrán en que diréis: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entonces dirán á los montes: Caed sobre nosotros, y á los collados: Cubridnos. Porque si esto se hace en el madero verde, en el seco ¿qué se hará? Como si más claramente dijera: Si este árbol de vida y de inocencia (en el cual nunca hubo gusano, ni carcoma de pecado) así arde con las llamas de la justicia divina por los ajenos pecados, ¿cómo arderá el árbol estéril y seco, á quien no la caridad, sino la maldad tiene tan cargado de los suyos proprios? Pues si en ésta que fué obra de tanta misericor-

(1) Levit. X. (2) Act. IV. (3) III Reg. III. (4) Luc. XXIII.

dia, ves tan grande rigor de justicia, ¿qué será en las otras obras donde no resplandesce tanto esa misericordia?

Mas si por ventura eres tan rudo que no penetras la fuerza desta razón, párate á considerar aquella eternidad de las penas del infierno, y mira cuán espantable sea aquella justicia, que el pecado que se puede hacer en un punto, castiga con eterno tormento. Con esa tan grande misericordia que alabas, se compadesce esta tan espantable justicia que ves. ¡Qué cosa tan espantosa como ver de la manera que estará aquel sumo Dios mirando dende el trono de su gloria un ánima que habrá estado penando millones de años en tan terribles tormentos, y que no por eso se inclinará jamás á compasión della, sino antes holgará que pene, y que esta pena sea sin cabo, y sin término, y sin esperanza de remedio! ¡Oh alteza de la justicia divina! ¡Oh cosa de grande admiración! ¡Oh secreto y abismo de altísima profundidad! ¿Qué hombre hay tan fuera de juicio, que considerando esto no se estremezca y admire de tan grande castigo?

De las obras de la divina Justicia que en este mundo se ven.

§. II.

MAS dejemos agora la Escriptura sagrada, y salgamos á este mundo visible, y en él hallaremos otras obras de grandísima y espantosa justicia. Dígote de verdad que los que tienen un poquito de lumbre y conoscimiento de Dios, viven en este mundo con tan gran temor y espanto destas obras, que hallando salida para todas las otras obras divinas, no la hallan para ésta, sino en sola la humilde y sencilla confesión de la fe. ¿Á quién no pone en admiración ver cuasi toda la haz de la tierra cubierta de infidelidad, ver qué tan grande sementera tienen aquí los demonios para poblar los infiernos, ver qué tan grande parte del mundo, aun después de la redempción del género humano, se está como de antes en las tinieblas de sus errores? ¿Qué es toda la tierra de cristianos comparada con la que hay de infieles, y con la que cada día se va descubriendo, sino un estrecho rincón? Y todo lo demás tiene tiranizado el reino de las tinieblas: donde no resplandesce el Sol de justicia: donde no ha

amanescido la lumbre de la verdad: donde como en los montes de Gelboé no cae agua ni rocío del cielo (1): donde cada día dende el principio del mundo se llevan los demonios tantas presas de ánimas á los fuegos eternos: pues está claro que así como fuera del arca de Noé no escapó ninguno en tiempo del diluvio, ni fuera de la casa de Raab se guaresció ninguno de los moradores de Hiericó (2), así ninguno se salva fuera de la casa de Dios, que es su Iglesia.

Pues ese pedazo que hay de cristiandad, mira de la manera que está en nuestros tiempos, y hallarás por cierto que en todo este cuerpo místico, dende la planta del pie hasta la cabeza, apenas hay cosa del todo sana. Saca afuera algunas ciudades principales (donde hay algún rastro de doctrina) y discurre por todo esotro carnaje de villas y lugares (donde no hay memoria della) y hallarás muchos pueblos de quien se puede verificar aquello que dijo Dios en un tiempo por Hierusalem (3): Rodead todas las calles y barrios de Hierusalem, y buscad un hombre que sea verdaderamente justo, y yo usaré de misericordia con él. Corre, no ya por todos los mesones y plazas, que éstos son lugares dedicados á mentiras y trampas, sino por todas las casas de vecinos, y (como dice Hieremías) pon la oreja á escuchar lo que hablan, y hallarás que apenas se oye palabra que buena sea, sino que aquí oirás murmuraciones, allí torpezas, aquí juramentos, allí blasfemias, y rencillas, y cobdicias, y amenazas, y finalmente en toda parte el corazón y lengua tratan de la tierra y de sus ganancias, y en muy pocas de Dios y de sus cosas, sino es para jurar y perjurar su nombre, que es aquella memoria de que se queja Él mismo por su Profeta diciendo: Acuérdanse de Mí, mas no como debrían, jurando por mi nombre mentiras. De manera que á lo menos por las insignias que se ven de fuera, apenas podrás juzgar si aquel pueblo es de cristianos ó de gentiles, si no es por ventura por las torres de las campanas que asoman de lejos, ó por los juramentos ó perjurios que se oyen de cerca: y por todo lo demás apenas lo conocerás. Pues ¿cómo pueden entrar éstos en la cuenta de aquéllos de quien dice Isaías: Todos cuantos los vieren, luego los conoscerán, porque éstas son las plantas á quien bendijo el Señor? Pues si tal ha de ser la vi-

(1) II. Reg. I. (2) Josue, VI. (3) Jerem. V.

da del cristiano, que todos cuantos le vieren le juzguen por hijo de Dios, ¿en qué cuenta pondremos á éstos, que más parecen burladores y despreciadores de Cristo que cristianos?

Pues si tantos son los pecados y males del mundo, ¿cómo no ves aquí claro los indicios y efectos de la justicia del cielo? Porque no se puede negar que así como uno de los mayores beneficios de Dios es preservar al hombre de pecados, así uno de los mayores castigos y señales de ira es dejarlo caer en ellos. Y así leemos en el libro de los Reyes (1) que el furor de Dios se airó contra Israel: por donde permitió á David caer en aquel pecado de soberbia, cuando mandó contar el pueblo. Y así también leemos en el Eclesiástico que á los varones misericordiosos apartará Dios de todo mal, y no permitirá que se vean envueltos en pecados. Porque así como una parte del premio de la virtud es acrescentamiento desa misma virtud, así muchas veces el castigo del pecado es permitir Dios otros pecados. Y así vemos que el mayor castigo que se dió por el mayor de los pecados del mundo (que fué la muerte del Hijo de Dios) fué aquel que denuncia el Profeta contra los obradores desta maldad, diciendo (2): Añade, Señor, maldad á las maldades dellos, y no entren en tu justicia: que es en la obediencia y guarda de tus mandamientos. ¿Y qué se sigue de ahí? Luego lo declara el mismo Profeta diciendo: Sean borrados del libro de la vida, y no sean escriptos con los justos.

Pues si tan grande castigo y tan grande muestra de ira es castigar Dios pecados con pecados, ¿cómo entre tanta muchedumbre de pecados como hierven en el mundo, no ves las señales de la justicia divina? Á do quiera que volvieres los ojos (como el que está engolfado en la mar, que no ve sino cielo y agua) apenas verás otra cosa que pecados. Y viendo pecados ¿no ves justicia? En medio de la mar ¿no ves agua? Y si todo este mundo es un mar de pecados, ¿qué será sino un mar de justicia? No he menester yo descendir al infierno para ver cómo resplandesce allí la justicia divina: bástame estar en este mundo para verla.

Y si á todo lo que está fuera de ti, estás ciego, mira siquiera á ti mismo: que si estás en pecado, estás debajo de la lanza desta justicia, y mientra más seguro y más confiado, más caído debajo

(1) II. Reg. XXIV. (2) Psalm. LXVIII.

della. Así estuvo un tiempo Sant Augustín, como él mismo lo confiesa diciendo: Estaba yo ahogado en el golfo de los pecados y había prevalescido contra mí tu ira, y yo no la conoscía. Habíame hecho sordo con el ruido de las cadenas de mi mortalidad: y esta ignorancia de tu ira y de mi culpa era pena de mi soberbia. Pues si Dios te ha castigado desta manera, permitiéndote estar tanto tiempo ahogado y ciego en tus maldades, ¿cómo cuentas de la feria tan al revés de como te va en ella? El favorescido cuente de las misericordias de Dios; mas el justiciado de sus justicias. Con la misericordia de Dios se compadesce dejarte tanto tiempo en pecado, ¿y no se compadescerá enviarte al infierno? ¡Oh, si supieses cuán poco camino hay de la culpa á la pena, y de la gracia á la gloria! Puesto un hombre en gracia, ¿qué mucho es darle la gloria? y caído en una culpa, ¿qué mucho es darle la pena? La gracia es principio y merescimiento de la gloria, y el pecado es infierno merescido y comenzado.

Demás desto, ¿qué cosa puede ser más espantable que siendo las penas del infierno tan horribles como arriba dijimos, consienta Dios que sea tan grande el número de los que se condenan, y tan pequeño el de los que se salvan? Qué tan pequeño sea este número (porque no pienses que esto es adevinar) dícelo Aquél que cuenta las estrellas del cielo, y á cada una llama por su nombre. ¿Á quién no espantan aquellas palabras tan bien sabidas, y tan mal sentidas, que el Señor respondió á los discípulos cuando le preguntaban si eran pocos los que se salvaban, diciendo (3): Entrad por estrecha puerta, porque ancha es la puerta y muy seguido el camino que va á la perdición, y muchos son los que van por él? ¡Cuán estrecha es la puerta, y cuán angosto el camino que va á la vida, y pocos son los que atinan con él! ¡Quién sintiera lo que el Salvador sentía, cuando no simplemente, sino con aquella exclamación y encarescimiento dijo: ¡Cuán estrecha es la puerta, y cuán angosto el camino! Todo el mundo peresció con las aguas del diluvio; y solas ocho ánimas se escaparon en el arca de Noé: lo cual, como dice S. Pedro en su Canónica (2), es figura de cuán poquitos son los que se salvan en comparación de los que se condenan.

Seiscientos mil hombres sacó Dios de Egipto para llevar á la

(1) Matth. VII; Luc. XIII. (2) II Petr. II.

tierra de promisión, sin mujeres y niños que no se cuentan, y para esto fueron ayudados con mil favores del cielo: y con todo esto la tierra que les había Dios ofrescido por su gracia, perdieron ellos por su culpa: pues de tanto número de hombres solos dos entraron en ella. Donde todos los Doctores comúnmente dicen ser esto figura de los muchos que se condenan y de los pocos que se salvan: que es, de ser muchos los llamados y pocos los escogidos. Por donde no sin causa se llaman los justos muchas veces en la Escriptura divina piedras preciosas: para dar á entender que son tan raros en el mundo como ellas, y que la ventaja que hace el número de las otras piedras toscas á éstas, ésa hace el número de los malos al de los buenos: como lo testificó Salomón cuando dijo que era infinito el número de los locos. Pues dime agora: si tan pocos y tan contados son los escogidos, como te dice la figura y la verdad (pues ves cuántos fueron por justo juicio de Dios privados de aquello para que fueron llamados) ¿cómo no temerás tú en este tan común peligro y diluvio universal? Si fueran las partes iguales, aun había grandísima razón para temer. Mas ¿qué digo partes iguales? Dígote de verdad que es tan grande mal, infierno para siempre, que aunque no hubiera de ser más que un hombre solo en todo el linaje humano el que hubiese de ir á él, solo éste había de hacer temblar á todos los otros. Cuando el Salvador cenando con sus discípulos dijo (1) que uno de ellos le había de vender, todos comenzaron á temer, aunque su consciencia los aseguraba: porque cuando el mal es grande, aunque sea de pocos, cada uno teme por la parte que le puede caber. Si estuviese un grande ejército de hombres en un campo, y supiesen todos por revelación de Dios que había de caer un rayo y matar á uno, sin saber á quién, no hay dubda sino que cada uno temería su proprio peligro. Pues ¿qué sería si la mitad dellos, ó la mayor parte hubiese de peligrar? ¿Cuánto mayor sería este temor? Pues dime, hombre sabio para todas las cosas del mundo, y del todo bruto para tu salvación: revélate aquí Dios que han de ser tantos los que aquel rayo de la divina justicia ha de herir, y tan pocos los que han de escapar, y no sabes tú á cuál parte déstas pertenesces, ¿y con todo eso no temes? ¿Es por ventura menos mal el infierno que el rayo? ¿Hate Dios á ti asegurado? ¿Tienes

(1) Joan. XIII.

cédula de tu salvación? Hasta agora ninguna cosa te asegura, y tus obras te condenan, y según la presente justicia (si no vuelves la hoja) estás reprobado: ¿y con todo esto no temes?

Dices que te esfuerza la misericordia divina. Ésa no deshace lo dicho: antes si con ella se compadesce tanto número de perdidos, ¿no se compadescerá que seas tú también uno dellos, si vivieres como ellos? ¿No ves, miserable de ti, que te engaña el amor proprio, pues te hace presumir de ti otra cosa que de todo el mundo? Porque ¿qué privilegio tienes tú más que todos los hijos de Adam, para que no vayas tú donde van aquéllos cuyas obras imitas?

Y si por sus obras habemos de conoscer á Dios (como arriba se dijo) una cosa te sé decir, que aunque sean muchas las comparaciones que se pueden hacer de la misericordia á la justicia (donde siempre son aventajadas las obras de la misericordia) pero en cabo venimos á hallar que en el linaje de Adam (de quien tú desciendes) más son los vasos de ira, que los de misericordia: pues son tantos los que se condenan y tan pocos los que se salvan. Lo cual no es porque falte á nadie el favor y ayuda de Dios: el cual como dice el Apóstol (1), quiere que todos se salven y vengan al conoscimiento de la verdad, sino por falta de los malos, que no se quieren aprovechar de los favores de Dios.

He dicho todo esto para que entiendas que si con esta tan grande misericordia de Dios que tú alegas, se compadesce que haya en el mundo tantos infieles, y en la Iglesia tantos malos cristianos: y que si de los infieles se pierden todos, y de los cristianos tantos, también se compadescerá que te pierdas tú también con ellos, si fueres tal como ellos ¿Por ventura riéronse á ti los cielos cuando nascías, ó mudáronse entonces los derechos de Dios y las leyes de su Evangelio, porque para ti haya de ser un mundo, y para los otros otro? Pues si con esta tan gran misericordia se compadesce que el infierno haya dilatado su seno, y que desciendan cada día millares de ánimas á él, ¿no se compadescerá que descienda también la tuya, si vivieres esa misma vida? Y porque no digas que entonces era Dios riguroso y agora manso, mira que con esa mansedumbre se compadesce ago-

(1) I Tim. II.

ra todo esto que has oído, para que no dejes tú también de tener tu castigo, aunque seas cristiano, si eres malo.

¿Perderá por ventura Dios su gloria, si tú solo dejares de entrar en ella? ¿Tienes tú algunas grandes habilidades de que Dios tenga particular necesidad, porque te haya de sufrir con todas tus tachas buenas y malas? ¿ Ó tienes algún especial privilegio más que los otros, porque no te hayas de perder con ellos, si fueras malo como ellos? Pues á los hijos de David, que fueron privilegiados por los méritos de su padre, no dejó Dios de dar su merescido cuando fueron malos: y así muchos dellos acabaron desastradamente: ¿y estás tú vanamente confiado, creyendo que con todo eso estás seguro? Yerras, hermano mío, yerras, si crees que eso sea esperar en Dios. No es ésa esperanza, sino presumpción: porque esperanza es confiar que arrepintiéndote y apartándote del pecado te perdonará Dios, por malo que hayas sido: mas presumpción es creer que perseverando siempre en mala vida, todavía tienes tu salvación segura. Y no pienses que es éste cualquier pecado: porque él es uno de los pecados que se cuentan contra el Espíritu Sancto (porque esto es injuriar y usar mal de la bondad de Dios, que especialmente se atribuye al Espíritu Sancto) de los cuales pecados dice el Salvador (1) que no se perdonan en este siglo ni en el otro: dando á entender que son dificultosísimos de perdonar: porque cuanto es de su parte cierran la puerta de la gracia, y ofenden al mismo médico que nos ha de dar la vida.

Conclusión de todo lo dicho.

§. III.

CONCLUYAMOS, pues, esta materia con aquel desengaño que el Espíritu Sancto nos da por el Eclesiástico diciendo (2): Del pecado perdonado no dejes de tener temor, y no digas: misericordioso es el Señor, no se acordará de la muchedumbre de mis pecados. Porque su misericordia y su ira están muy cerca, y su ira tiene los ojos puestos sobre los pecadores.

(1) Matth. XII. (2) Eccli. V.

Dime, ruégote: si de los pecados ya perdonados nos mandan tener temor, ¿cómo tú no temes añadiendo cada día pecados á pecados? Y nota bien aquella palabra que dice que la ira divina mira á los pecadores: porque de ésa pende el entendimiento desta materia. Para lo cual has de saber que aunque la misericordia de Dios se extiende á justos y pecadores, y á todos alcanza su parte, conservando á los unos, y llamando y esperando á los otros: pero con todo eso, aquellos grandes favores que promete Dios en sus Escripturas, señaladamente pertenescen á los justos, los cuales así como guardan fielmente las leyes de Dios, así les guarda Él fielmente su palabra, y les es verdadero padre, como ellos le son obedientes hijos. Y por el contrario, cuanto lees de amenazas, y maldiciones, y rigores de justicia, todo eso habla contigo y con los tales como tú. Pues ¿qué ceguedad es la tuya, que no tengas miedo de las amenazas que hablan contigo, y tomes grande contentamiento con las palabras que no dicen á ti? Toma la parte que te cabe, y deja al justo su hacienda. Para ti es la ira: teme. Para el justo el amor y la bienquerencia: alégrese. ¿Quiéreslo ver? Mira qué dice David (1): Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos sobre las oraciones dellos. Mas su rostro airado está sobre los malos para destruir de la tierra la memoria dellos. Y en el libro de Esdras hallarás escriptas estas palabras (2): La mano del Señor (que es su providencia paternal) está puesta sobre aquellos que de verdad lo buscan: mas su imperio, y su fortaleza, y su furor, contra todos los que lo desamparan.

Pues si esto es así, tú miserable, que perseveras en pecado, ¿cómo andas engañado? ¿cómo cruzas los brazos? ¿cómo truecas las cartas? No dice á ti ese sobrescripto. No habla contigo en ese estado de ira y de enemistad la dulzura del amor y de la bienquerencia divina. Esa parte es de Jacob, no pertenece á Esaú. Esa suerte es de los buenos: tú que eres malo, ¿qué tienes que ver con ella? Deja de serlo, y será tuya. Deja de serlo, y hablará contigo la benevolencia y la providencia paternal de Dios. Entretanto tirano eres, y usurpador de lo ajeno, y en lo vedado quieres entrar. Espera en el Señor, dice David (3), y haz buenas obras. Y en otro lugar (4): Sacrificad (dice él) sa-

(1) Psalm. XXXIII. (2) I Esdr. VIII. (3) Psalm. XXXVI. (4) Psalm. IV.

crificio de justicia, y esperad en el Señor. Ésta es buena manera de esperar: y no, haciéndote truhán de la divina misericordia, perseverar en pecado y pensar de ir á paraíso. El buen esperar es, apartándote de las malas obras y llamando á Dios: mas si obstinadamente perseveras en ellas, no es esperar sino presumir: no es esperar, y esperando merecer misericordia, sino ofendiendo á la misericordia hacerse indigno della. Porque así como la Iglesia no vale al que confiando en ella, sale della á hacer mal, así es justo que no valga la misericordia de Dios al que se favorece della para el mal.

Esto habían de considerar los dispensadores de la palabra de Dios: los cuales muchas veces no mirando con quién hablan dan ocasión á los malos para perseverar en sus males. Debrían mirar que así como á los cuerpos enfermos el que más los da de comer, más los daña: así á las ánimas obstinadas en pecados, el que más las sustenta con esta manera de confianza, más motivo les da para continuar su mala vida.

Finalmente acabo esta materia con aquella prudente sentencia de S. Augustín, el cual dice que esperando y desesperando van los hombres al infierno: esperando mal en la vida, y desesperando peor en la muerte. Así que, hermano mío, déjate de esas presumptuosas confianzas, y acuérdate que hay en Dios misericordia y justicia: por donde así como pones los ojos en la misericordia para esperar, así también los debes poner en la justicia para temer. Porque (como dice muy bien S. Bernardo) dos pies tiene Dios, uno de misericordia otro de justicia: y nadie debe abrazar el uno sin el otro, porque la justicia sola sin misericordia no nos haga temer tanto que desesperemos: ni la misericordia sola sin la justicia nos haga presumir y esperar tanto que perseveremos en el mal vivir.

CONTRA LOS QUE SE EXCUSAN DICIENDO QUE ES ÁSPERO Y DIFICULTOSO EL CAMINO DE LA VIRTUD.

CAPÍTULO XXVII.

Otra excusa suelen alegar en su favor los hombres del mundo para desamparar la virtud, diciendo que es áspera y dificultosa: aunque esta aspereza bien conocen que no nasce della (pues como amiga de la razón es muy conforme á la naturaleza de la criatura racional) sino de la mala inclinación de nuestra carne y apetito: la cual nos vino por el pecado. Por lo cual dijo el Apóstol (1) que la carne cobdiciaba contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, y que estas dos cosas eran entre sí contrarias. Y en otro lugar: Huélgome, dice él (2), con la ley de Dios según el hombre interior; mas siento otra ley en mis miembros que contradice á la de mi ánima y me captiva y subjecta al pecado. En las cuales palabras da á entender él que la virtud y la ley de Dios es conforme y agradable á la porción superior de nuestra ánima, que es toda espiritual (donde está el entendimiento y la voluntad) mas la guarda della se impide por la ley de los miembros, que es por la mala inclinación y corrupción de nuestro apetito con todas sus pasiones: el cual rebeló contra la porción superior desta ánima, cuando ella rebeló contra Dios: la cual rebelión es causa de toda esta dificultad. Pues por esta razón son tantos los que dan de mano á la virtud, aunque la estimen en mucho: como hacen algunas veces los enfermos, que aunque desean la salud, aborrecen la medicina, porque la tienen por desabrida. Por do parece que si sacásemos á los hombres deste engaño, habríamos hecho una gran jornada: pues esto es lo que principalmente los aparta de la virtud: porque por lo demás no hay en ella cosa que no sea de grandísimo precio y dignidad.

(1) Galat. V. (2) Rom. VII.

De cómo la gracia que se nos da por Cristo hace fácil el camino de la virtud.

§. I.

Has pues agora de saber que la causa principal deste engaño es poner los hombres los ojos en sola esta dificultad que hay en la virtud, y no en las ayudas que de parte de Dios se nos ofrecen para alcanzarla; que es aquella manera de engaño que padescía el discípulo del profeta Eliseo (1) según arriba declaramos, el cual como veía el ejército de Siria que tenía cercada la casa de su señor, y no veía el que de parte de Dios estaba en su defensa, desmayaba y teníase por perdido, hasta que por oración del sancto profeta le abrió Dios los ojos, y vió cuánto mayor poder había de su parte que de la de los contrarios. Pues tal es el engaño déstos que hablamos: porque como ellos experimentan en sí la dificultad de la virtud, y no han experimentado los favores y socorros que se dan para alcanzarla, tienen por dificultosísima esta empresa, y así se despiden della.

Pues dime agora, ruegote: si el camino de la virtud es tan dificultoso, ¿qué quiso significar el Profeta cuando dijo (2): En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité así como en todas las riquezas del mundo? Y en otro lugar: Tus mandamientos, Señor, son más dignos de ser deseados que el oro y las piedras preciosas, y más dulces que el panal y la miel. De manera, que no sólo concede lo que todos concedemos á la virtud, que es su maravillosa excelencia y preciosidad, sino también lo que el mundo le quita, que es dulzura y suavidad. Por donde puedes tener por cierto que los que hacen esta carga pesada (aunque sean cristianos, y vivan en la ley de gracia) no han aun desayunádose deste misterio. Pobre de ti, tú que dices que eres cristiano, dime: ¿para qué vino Cristo al mundo? ¿para qué derramó su sangre? ¿para qué instituyó los sacramentos? ¿para qué envió el Espíritu Sancto? ¿Qué quiere decir Evangelio? ¿qué quiere decir gracia? ¿qué Jesús? ¿Qué significa ese nombre tan celebrado de ese mis-

(1) IV Reg. VI. (2) Psalm. CXVIII.

mo Señor que adoras? Y si no lo sabes, pregúntalo al Evangelista, que dice (1): Ponerle has por nombre Jesús, porque Él hará salvo á su pueblo de sus pecados. Pues ¿qué es ser Salvador y librador de pecados, sino merecernos el perdón de los pecados pasados, y alcanzarnos gracia para excusar los venideros? ¿Para qué, pues, vino este Salvador al mundo, sino para ayudarte á salvar? ¿Para qué murió en la cruz, sino para matar al pecado? ¿Para qué resuscitó después de muerto, sino para hacerte resuscitar en esta nueva manera de vida? ¿Para qué derramó su sangre, sino para hacer della una medicina con que sanase tus llagas? ¿Para que ordenó los Sacramentos, sino para remedio y socorro de los pecados? ¿Cuál es uno de los más principales fructos de su pasión y de su venida, sino habernos allanado el camino del cielo, que antes era áspero y dificultoso? Así lo significó Isaías cuando dijo (2) que en la venida del Mesías los caminos torcidos se enderezarían, y los ásperos se allanarían. Finalmente ¿para qué sobre todo esto envió el Espíritu Sancto, sino para que de carne te hiciese espíritu? ¿Y para que lo envió en forma de fuego, sino para que como fuego te encendiese, y alumbrase, y avivase, y transformase en sí mismo, y te levantase á lo alto, de donde Él bajó? ¿Para qué es la gracia con las virtudes infusas que della proceden, sino para hacer suave el yugo de Cristo, para hacer ligero el ejercicio de las virtudes, para cantar en las tribulaciones, para esperar en los peligros y vencer en las tentaciones? Éste es el principio, y el medio, y el fin del Evangelio: conviene saber, que así como un hombre terrenal y pecador (que fué Adam) nos hizo pecadores y terrenos, así otro hombre celestial y justo (que fué Cristo) nos hiciese celestiales y justos. ¿Qué otra cosa escriben los Evangelistas? ¿Qué otras promesas anunciaron los Profetas? ¿Qué otra predicaron los Apóstoles? Ésta es la suma de toda la teología cristiana. Ésta es la palabra abreviada que Dios hizo sobre la tierra. Ésta es la consumación y abreviación que el profeta Isaías dice que oyó á Dios (3): de la cual se siguieron luego en el mundo tantas riquezas de virtudes y de justicia.

Declaremos esto más en particular. Pregúntote: ¿de dónde procede la dificultad que hay en la virtud? Decirme has que de las malas inclinaciones de nuestro corazón y de nuestra carne con-

(1) Matth. I. (2) Isai. XL. (3) Isai. X.

cebida en pecado: porque la carne contradice al espíritu, y el espíritu á la carne, como cosas entre sí contrarias. Pues pongamos agora por caso que te dijese Dios: Ven acá, hombre, Yo te quitaré ese mal corazón que tienes, y te daré otro corazón nuevo, y te daré fuerzas para mortificar tus malas inclinaciones y apetitos: Si esto te prometiese Dios ¿serte hía entonces dificultoso el camino de la virtud? Claro está que no. Pues dime: ¿qué otra cosa es la que tiene este Señor tantas veces prometida y firmada en todas sus Escripturas? Oye lo que dice por el profeta Ezequiel, hablando señaladamente con los que viven en la ley de gracia (1). Yo (dice Él) os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros, y quitaros he el corazón que tenéis de piedra, y daros he corazón de carne: y pondré mi espíritu en medio de vosotros, y mediante él haré que andéis por el camino de mis mandamientos, y guardéis mis justicias, y las pongáis por obra: y moraréis en la tierra que yo di á vuestros padres, y seréis vosotros mi pueblo, y Yo seré vuestro Dios. Hasta aquí son palabras de Ezequiel. ¿De qué dudas tú ahora aquí? ¿De que no guardará Dios contigo esta palabra? ¿Ó si podrás con el cumplimiento della guardar su ley? Si dices lo primero, haces á Dios falso prometedor, que es una de las mayores blasfemias que pueden ser. Si dices que con este socorro no podrás cumplir su ley, háceslo defectuoso proveedor: pues queriendo remediar el hombre, no dió para ello bastante remedio. Pues ¿qué te queda aquí en qué dubdar?

Allende desto, también te dará virtud para mortificar estas malas inclinaciones que pelean contra ti, y te hacen dificultoso este camino. Éste es uno de los principales efectos de aquel árbol de vida, que el Salvador con su sangre sanctificó. Así lo confiesa el Apóstol cuando dice (2): Nuestro viejo hombre fué juntamente crucificado con Cristo, para que así fuese destruído el cuerpo del pecado, para que ya no sirviésemos más al pecado. Y llama aquí el Apóstol viejo hombre y cuerpo de pecado á nuestro apetito sensitivo, con todas las malas inclinaciones que dél proceden: el cual dice que fué crucificado en la cruz con Cristo: porque por aquel nobilísimo sacrificio nos alcanzó gracia y fortaleza para poder vencer este tirano, y quedar libres de la fuer-

(1) Ezech. XI. (2) Rom. VI.

za de sus malas inclinaciones y de la servidumbre del pecado, como arriba se declaró. Ésta es aquella victoria y aquel tan gran favor que el mismo Señor promete por Isaías, diciendo así (1): No temas, porque Yo estoy contigo: no te apartes de Mí, porque Yo soy tu Dios. Yo te esforzaré y te ayudaré, y la mano diestra de mi Justo (que es el mismo Hijo de Dios) te sosterná. Buscarás á los que peleaban contra ti, y no los hallarás: serán como si no fuesen, y quedarán como un hombre rendido y gastado ante los pies de su vencedor. Porque Yo soy tu Señor Dios, que te tomaré por la mano y te diré: No temas, que yo te ayudaré. Hasta aquí son palabras de Dios por Isaías. Pues ¿quién desmayará con tal esfuerzo? ¿Quién desmayará con el temor de sus malas inclinaciones, pues así las vence la gracia?

Responde á algunas objecciones.

§. II.

Y si me dices que todavía quedan á los justos sus rinconcillos secretos, que son aquellas rugas que como se escribe en Job (2) los acusan y dan testimonio contra ellos, á eso te responde el mismo Profeta con una palabra, diciendo: Serán como si no fuesen. Porque si quedan, quedan para nuestro ejercicio, no para nuestro escándalo: quedan para despertarnos, y no para enseñorearnos: quedan para darnos ocasiones de coronas, y no para ser lazos de pecados: quedan para nuestro triunfo, no para nuestro caimiento: finalmente quedan de tal manera como convenía que quedasen para nuestra probación, y para nuestra humildad, y para el conoscimiento de nuestra flaqueza, y para gloria de Dios y de su gracia: de manera que el haber así quedado redunda en provecho nuestro. Porque así como las bestias fieras(que de suyo son prejudiciales al hombre) cuando son amansadas y domesticadas, sirven al provecho del hombre: así también las pasiones moderadas y templadas ayudan en muchas cosas á los ejercicios de la virtud.

Pues dime agora: si Dios es el que así te esfuerza, ¿quién te derribará? Si Dios es por ti, ¿quién contra ti? El Señor, dice Da-

(1) Isai. XLI. (2) Job. XV.

vid (1), es mi lumbre y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré yo temor? Si se asentaren reales de enemigos contra mí, no temerá mi corazón; y si se levantare batalla contra mí, en Él tendré yo mi esperanza. Por cierto, hermano mío, si con tales promesas como éstas no osas determinarte á servir á Dios, que debes de ser muy cobarde: y si de tales palabras no te fías, sin dubda eres muy desleal. Dios es el que te dice que te dará otro nuevo ser: que te mudará el corazón de piedra, y te lo dará de carne: que mortificará tus pasiones: que vendrás á tal estado, que no te conocerás: que mirarás por tus malas inclinaciones, y no las hallarás, porque él las debilitará y enflaquecerá. Pues ¿qué tienes aquí más que pedir? ¿qué tienes más que desear? ¿qué te falta, sino fe viva y esperanza viva, para que te quieras fiar de Dios, y arrojarte en sus brazos?

Paréceme que no puedes responder á esto, sino diciendo que son grandes tus pecados, y que por ellos te será por ventura negada esta gracia. Á esto te respondo que una de las mayores injurias que puedes hacer á Dios, es ésa: pues das á entender que hay alguna cosa que Él ó no pueda, ó no quiera remediar, convirtiéndose á Él su criatura y pidiéndole remedio. No quiero que en esta parte creas á mí: cree á aquel sancto Profeta, el cual parece que se acordaba de ti, y te salía al camino, cuando escribió aquellas palabras que en sentencia dicen así (2): Si por tus pecados te hobieren comprehendido estas maldiciones susodichas, y después movido á penitencia te volvieres á tu Señor Dios con todo tu corazón y ánima, Él se apiadará de ti, y te librará del captiverio en que estuvieres, y te traerá á la tierra que te tiene jurada, aunque te hayan llevado hasta el cabo del mundo. Y añade más: Y circuncidará el Señor Dios tu corazón, y el corazón de tus hijos, para que así le puedas amar con toda tu ánima y con todo tu corazón. ¡Oh, si te circuncidase ahora este Señor también los ojos, y te quitase las tinieblas dellos, para que vieses claramente la manera desta circuncisión! No serás tan grosero que entiendas esta circuncisión corporalmente: porque deso no es capaz el corazón. Pues ¿qué circuncisión es ésta que el Señor aquí promete? Sin dubda es la demasía de nuestras pasiones y malas inclinaciones, que nace del corazón: las cuales son un muy grande

(1) Psalm. XXVI. (2) Deut. XXX.

impedimento de su amor. Pues todas estas ramas estériles y dañosas promete Él que circuncidará con el cuchillo de su gracia, para que estando el corazón (si decirse puede) desta manera podado y circuncidado, emplee toda su virtud por sola esta rama del amor de Dios. Entonces serás verdadero israelita, entonces te habrás circuncidado al Señor, cuando Él hubiere cercenado de tu ánima el amor del mundo, y no quedare en ella más que solo su amor.

Y querría que notases atentamente cómo esto que el Señor aquí promete que hará si te volvieres á Él, eso mismo te manda Él en otra parte que hagas, diciendo: Circuncidaos al Señor, y cercenad las demasías de vuestros corazones. Pues ¿cómo, Señor, lo que Vos aquí prometéis de hacer, me mandáis á mí que haga? Si vos habéis de hacer esto, ¿para que me lo mandáis? Y si yo lo tengo de hacer, ¿para qué me lo prometéis? Esta dificultad se suelta con aquellas palabras de Sant Augustín que dicen: Señor, dadme gracia para hacer lo que Vos me mandáis, y mandadme lo que quisiéredes. De manera que Él es el que me manda lo que tengo de hacer, y el que me da la gracia para hacerlo: por donde en una misma cosa se hallan juntamente mandamiento y promesa, y una misma cosa hace Él y hace el hombre: Él como causa principal, y el hombre como menos principal. De suerte que se ha Dios en esta parte con el hombre como el pintor que rigiese el pincel en las manos de un discípulo suyo, y así viniese á hacer una imagen perfecta: la cual está claro que hacen ambos: mas no es igual ni la honra ni la eficacia de ambos. Pues así lo hace Dios aquí (guardada la libertad de nuestro albedrío) con nosotros, porque después de acabada la obra no tenga el hombre por qué gloriarse, sino por qué glorificar al Señor con el Profeta diciendo: Todas nuestras obras obraste, Señor, en nosotros.

Pues acuérdate desta palabra, y por ella glosarás todos los mandamientos de Dios: porque todo cuanto Él te manda que hagas, Él promete ser contigo para hacerlo. Y así como cuando te manda circuncidar el corazón, Él dice que lo circuncidará, así cuando te manda que le ames sobre todas las cosas, Él te dará gracia para que así lo ames. De aquí nasce llamarse el yugo de Dios suave, porque lo tiran dos: conviene saber, Dios y el hombre: y así lo que la naturaleza sola hacía dificultoso, la

divina gracia hace ligero. Y por esto, acabadas estas palabras, dice luego el Profeta más abajo: Este mandamiento que yo te mando hoy, ni está sobre ti, ni muy lejos de ti, ni está levantado en el cielo, para que hayas de decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo para traerlo de allí? Ni tampoco está puesto dese cabo de la mar, para que tengas ocasión de decir: ¿Quién podrá pasar la mar, y traerlo de tan lejos? No está pues así alejado, sino muy cerca de ti lo hallarás, en tu boca y en tu corazón, para haberlo de cumplir. En las cuales palabras quiso el sancto Profeta quitar todos los nublados y dificultades que los hombres sensuales ponen en la ley de Dios: porque como miran á la ley sin el Evangelio, esto es, lo que les mandan hacer, sin la gracia que les darán para poderlo hacer, ponen este achaque en la ley de Dios, llamándola pesada y dificultosa: y no miran que expresamente contradicen en esto á las palabras del evangelista S. Juan que dice (1): La verdadera caridad consiste en que guardemos los mandamientos de Dios. Los cuales mandamientos no son pesados: porque todo aquello que nace de Dios, vence el mundo. Quiere decir, que los que recibieron en sus ánimas el espíritu de Dios, mediante el cual fueron reengendrados y hechos hijos de Aquél cuyo espíritu recibieron, éstos, como tienen dentro de sí á Dios que en ellos mora por gracia, pueden más que todo lo que no es Dios: y así, ni el mundo, ni el demonio, ni todo el poder del infierno es poderoso contra ellos. De donde se sigue que aunque la carga de los mandamientos divinos fuera muy pesada, las nuevas fuerzas que por la gracia se comunican, la hacen liviana.

De cómo el amor de Dios hace también fácil y suave este camino del cielo.

§. III.

PUES ¿qué será si con todo lo susodicho juntamos también el socorro que nos viene por parte de la caridad? Ca cierto es que una de las principales condiciones de la caridad es hacer suavísimo el yugo de la ley de Dios. Porque como dice

(1) I Joan. V

S. Augustín, no son penosos los trabajos de los que aman, sino antes ellos mismos deleitan, como los de los que pescan, montean y cazan. ¿Quién hace á la madre no sentir los trabajos continuos de la crianza del niño, sino el amor? ¿Quién hace á la buena mujer curar noche y día sin cesar al marido enfermo, sino el amor? ¿Quién hace hasta las bestias y las aves andar tan solícitas en la crianza de sus hijos, y ayunar lo que ellos comen, y trabajar porque ellos descansen, y atreverse á defenderlos con tan gran coraje, sino el amor? ¿Quién hizo al apóstol S. Pablo decir aquellas tan animosas palabras que él escribe en la Epístola á los Romanos (1): ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Habrá tribulación, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo que esto pueda? Cierto estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni fuerza, ni alteza, ni profundidad, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios. ¿Quién otrosí hizo á nuestro Padre Sancto Domingo tener tan grande sed del martirio como el ciervo de las fuentes de las aguas, sino la fuerza deste amor? ¿De dónde le vino á Sant Lorenzo estar con tanta alegría asándose en las parrillas, que viniese á decir que aquellas brasas le daban refrigerio, sino de la sed grande que tenía del martirio, la cual había encendido la llama deste amor? Porque el verdadero amor de Dios (como dice Crisólogo) ninguna cosa tiene por dura, ninguna por amarga, ninguna por pesada. ¿Qué hierro, qué heridas, qué penas, qué muertes pueden vencer al amor perfecto? El amor es una cota de malla que no se puede falsar: despide las saetas, sacude los dardos, escarnesce los peligros, burla de la muerte: finalmente, si es amor, todas las cosas vence.

Mas no se contenta el perfecto amor con vencer los trabajos que se le ofrescen, sino desea también que se le ofrezcan por lo que ama. De aquí nasce una gran sed que los varones perfectos tienen de martirios, que es derramar sangre por Aquél que primero derramó la suya por ellos. Y como no se les cumple este deseo, encruelécense contra sí mismos, y hacen de sí verdugos contra sí. Por esto martirizan sus cuerpos y afligenlos con hambre, sed, frío, calor, y con otros muchos trabajos: y desta ma-

(1) Rom. VIII.

nera descansan algún tanto, porque se les cumple en algo su deseo.

Este lenguaje no entienden los amadores del mundo, ni alcanzan cómo se puede amar lo que ellos tanto aborrescen, y aborrescer lo que tanto aman: mas verdaderamente es ello así. En la Escriptura leemos (1) que los egipcios tenían por dioses los animales brutos, y como á tales los adoraban. Mas por el contrario, los hijos de Israel llamaban abominaciones á los que ellos llamaban dioses, y sacrificaban y mataban para gloria del verdadero Dios á los que ellos adoraban por dioses. Pues desta manera los justos (como verdaderos israelitas) llaman abominaciones á los dioses del mundo, que son las honras, los deleites y las riquezas, á quien él adora: y sacrifican, escupen y matan estos falsos dioses (como unas abominaciones) para gloria del verdadero Dios. Y así el que quisiere ofrescer á Dios sacrificio agradable, mire lo que el mundo adora, y eso le sacrifique: y por el contrario, abrace por su amor lo que viere que aborresce. ¿Por ventura no lo hacían así aquéllos que después de haber recebido las primicias del Espíritu Sancto (2) iban alegres delante del concilio por haber padescido injurias por el nombre de Cristo? Pues ¿cómo lo que bastó para hacer dulces las cárceles, y los azotes, y las parrillas, y las llamas, no bastará para hacerte dulce la guarda de los mandamientos divinos? Y lo que basta cada día para hacer llevar á los justos no solamente la carga de la ley, sino también la sobrecarga de sus ayunos, vigilias, disciplinas, cilicios, desnudez y pobreza, ¿no bastará para hacer á ti llevar la simple carga de la ley de Dios y de su Iglesia? ¡Oh, cómo vives engañado! ¡Oh, cómo no conosces la virtud y las fuerzas de la caridad y de la gracia divina!

De otras cosas que nos hacen suave el camino de la virtud.

§. IV.

Lo dicho bastaba suficientemente para deshacer del todo este común impedimiento que muchos alegan. Mas ya que nada desto fuese así, ya que en este camino hubiese traba-

(1) Exod. VIII. (2) Act. V.

jos, dime, ruégote: ¿qué mucho era por la salvación de tu ánima hacer algo de lo que haces por la salud de tu cuerpo? ¿Qué mucho sería hacer algo por escapar de tormentos eternos? ¿Qué te paresce que haría aquel rico avariento que está en el infierno, si le diesen licencia para tornar á este mundo á emendar los yerros pasados? Pues no menos es razón que hagas tú agora de lo que él hiciera: pues si fueres malo, te está guardado el mismo tormento: y así has de tener el mismo deseo.

Y demás desto, si atentamente considerares lo mucho que Dios por ti ha hecho, y lo mucho más que te promete, y los muchos pecados que tienes contra Él cometidos, y los muchos trabajos que padescieron los sanctos, y mucho más los que padesció el Sancto de los sanctos, sin dubda te avergonzarías de no padescer algo por Dios: y aun de cualquier bocado que bien te supiese, vendrías á tener miedo y descontentamiento. Por lo cual dijo Sant Bernardo que no igualaban las pasiones y tribulaciones deste siglo, ni con la gloria que esperamos, ni con la pena que tememos, ni con los pecados que habemos cometido, ni con los beneficios que habemos recebido de Dios. Cualquiera destas consideraciones bastaba para acometer esta vida, por trabajosa que fuera.

Mas para decirte la verdad, aunque en todas partes y en todas las maneras de vidas haya trabajos, sin comparación es mayor el trabajo que hay en el camino de los malos que en el de los buenos. Porque aunque sea trabajo caminar de cualquier manera que caminares (porque al fin el camino cansa) pero muy mayor trabajo pasa el ciego que camina y mil veces tropieza, que el que tiene ojos y mira por donde va. Pues como esta vida sea camino, no se pueden en ella excusar trabajos, hasta que vamos al lugar de los descansos. Mas el malo, como no se rige por razón sino por pasión, claro está que camina á ciegas: pues no hay en el mundo cosa más ciega que la pasión. Pero los buenos, como se guían por razón, ven estos despeñaderos y barrancos, y desvíanse dellos: y así caminan con menos trabajo y mayor seguridad. Así lo entendió y confesó aquel gran sabio Salomón, cuando dijo (1): La senda de los justos resplandesce como la luz, y va siempre creciendo hasta llegar al mediodía. Mas

(1) Prov. IV.

el camino de los malos es escuro y tenebroso, y así no ven los despeñaderos en que caen. Y no sólo es escuro (como aquí dice Salomón) sino también deleznable y resbaladizo (como dice David) para que por aquí veas cuántas caídas dará quien camina por tal camino, y esto á escuras y sin ojos: y así entiendas por estas semejanzas la diferencia que va de camino á camino y de trabajo á trabajo.

Y aun para ese poco de trabajo que á los buenos queda, hay mil maneras de ayudas que lo alivian y diminuyen, como ya dijimos. Porque primeramente ayúdalos la asistencia y providencia paternal de Dios que los rige, y la gracia del Espíritu Sancto que los anima, y la virtud de los sacramentos que los sanctifica, y las consolaciones divinas que los alegran, y los ejemplos de los buenos que los esfuerzan, y las escripturas de los sanctos que los enseñan, y el alegría de la buena consciencia que los consuela, y la esperanza de la gloria que los alienta, con otros mil favores y socorros de Dios: con los cuales se les hace tan dulce este camino, que vienen con el Profeta á decir (1): ¡Cuán dulces son, Señor, las palabras de tus mandamientos á mi garganta! Más que la miel á mi boca.

Pues quienquiera que todo esto considerare, verá luego claramente la concordia de muchas autoridades de la Escriptura divina: de las cuales unas hacen este camino áspero, y otras suave. Porque en un lugar dice el Profeta (2): Por amor de las palabras de tus labios yo anduve por caminos duros. Y en otro dice (3): En el camino de tus mandamientos me deleité así como en todas las riquezas. Porque este camino tiene ambas estas cosas: conviene saber, dificultad y suavidad; la una por parte de la naturaleza, y la otra por virtud de la gracia: y así, lo que era dificultoso por una razón, se hace ligero por otra. Lo uno y lo otro significó el Señor cuando dijo (4) que su yugo era suave y su carga liviana. Porque en decir yugo, significó el peso que aquí había, y en decir suave, la facilidad que por parte de la gracia se le daba.

Y si por ventura preguntares cómo es posible que sea yugo y sea suave, pues la condición del yugo es ser pesado, á esto se responde que la causa es porque Dios lo alivia, como Él lo pro-

(1) Psalm. CXVIII. (2) Psalm. XVI. (3) Psalm. CXVIII. (4) Matth. XI.

metió por el profeta Oseas diciendo (1): Yo les seré como quien levanta el yugo y lo quita de encima de sus mejillas. Pues luego, ¿qué maravilla es que sea liviano el yugo que Dios alivia y el que Él mismo ayuda á levantar? Si la zarza ardía y no se quemaba, porque Dios estaba en ella (2), ¿qué mucho es que ésta sea carga, y sea liviana, pues el mismo Dios está en ella ayudándola á llevar? ¿Quieres ver lo uno y lo otro en una misma persona? Oye lo que dice Sant Pablo (3): En todas las cosas padescemos tribulaciones, y no nos angustiamos; vivimos en extrema pobreza, y no nos falta nada; sufrimos persecuciones, y no somos desamparados; humíllannos, y no somos confundidos; abátennos hasta la tierra, y no somos por eso perdidos. Cata aquí, pues, por un cabo la carga de los trabajos, y por otro el alivio y suavidad que Dios suele poner en ellos.

Pues aun más claro significó esto el profeta Isaías cuando dijo (4): Los que esperan en el Señor, mudarán la fortaleza, tomarán alas como águilas, correrán y no trabajarán, andarán y no desfallecerán. ¿Ves, pues, aquí el yugo deshecho por virtud de la gracia? ¿Y ves trocada la fortaleza de carne en fortaleza de espíritu, ó por mejor decir, la fortaleza de hombre en fortaleza de Dios? Ves cómo el sancto Profeta ni calló el trabajo, ni calló el descanso, ni la ventaja que había de lo uno á lo otro cuando dijo: Correrán, y no trabajarán; andarán, y no desfallescerán. Así que, hermano mío, no tienes por qué desechar este camino por áspero y dificultoso, pues tantas cosas hay en él que lo hacen llano.

Prueba por ejemplos ser verdad todo lo dicho.

§. V.

Y si todas estas razones no te acaban de convencer, y tu incredulidad es como la de Sancto Tomás, que no quería creer sino lo que viese con los ojos, también descenderé contigo á este partido, porque no temo ninguna prueba defendiendo tan buena causa. Pues para esto tomemos agora un hombre que lo haya corrido todo: que algún tiempo fué vicioso y mundano, y

(1) Oseæ, XI. (2) Exod. III. (3) II Cor. IV. (4) Isai. XL.

después por la misericordia de Dios está ya trocado y hecho otro. Éste es bueno para juez desta causa, pues no solamente ha oído sino también visto y probado por experiencia ambas cosas, y bebido de ambos cálices. Pues á éste podrías tú muy bien conjurar y pedirle te dijese cuál dellos halló más suave. Desto podrían dar muy buen testimonio muchos de los que están diputados en la Iglesia para examinadores de las consciencias ajenas: porque éstos son los que descienden á la mar en navíos, y ven las obras de Dios en las muchas aguas, que son las obras de su gracia, y las grandes mudanzas que cada día se hacen por ella: las cuales sin dubda son de grande admiración. Porque verdaderamente no hay en el mundo cosa de mayor espanto, ni que cada día se haga más nueva á quien bien la considera, que ver lo que en el ánima de un justo obra esta divina gracia. ¡Cómo la transforma! ¡cómo la levanta! ¡cómo la esfuerza! ¡cómo la consuela! ¡cómo la compone toda dentro y fuera! ¡cómo le hace mudar las costumbres del hombre viejo! ¡cómo le trueca todas sus aficiones y deleites! ¡cómo le hace amar lo que antes aborrescía, y aborrescer lo que antes amaba, y tomar gusto en lo que antes le era desabrido, y desgusto en lo que antes le era sabroso! ¡Qué fuerzas le da para pelear! ¡qué alegría! ¡qué paz! ¡qué lumbre para conoscer la voluntad de Dios, la vanidad del mundo y el valor de las cosas espirituales que antes despreciaba! Y sobre todo esto lo que mayor espanto pone, es ver en cuán poco tiempo se obran todas estas cosas: porque no es menester cursar muchos años en las escuelas de los filósofos y aguardar al tiempo de las canas, para que la edad nos ayude á cobrar seso y mortificar sus pasiones: sino que en medio del fervor de la mocedad y en espacio de muy pocos días se muda un hombre tan mudado, que apenas paresce el mismo. Por lo cual dice muy bien Cipriano que este negocio primero se siente que se aprenda: y que no se alcanza por estudio de muchos años, sino por el atajo de la gracia, que muy en breve lo da todo. La cual gracia podemos decir que es como unos espirituales hechizos con que Dios por una manera maravillosa muda los corazones de los hombres de tal modo, que les hace amar con grandísimo amor lo que antes aborrescían (que era el ejercicio de las virtudes) y aborrescer con grandísimo aborrescimiento lo que antes amaban, que eran los gustos y deleites de los vicios.

Éste es uno de los grandes provechos que sacan del oficio del confesar los que esto hacen con aquella devoción y espíritu que deben; porque allí ven cada día muchas destas maravillas, con las cuales parece que les paga nuestro Salvador el trabajo de su servicio, tan bien pagado, que muchos habemos visto mudados con la vista destas mudanzas, y muy aprovechados en el camino de la virtud con estos cuotidianos ejemplos. Éstos, pues, callando oyen como otro Jacob (1) las palabras y misterios de Josef: y estiman con su justo precio lo que no sabe estimar el niño simple que lo relata.

Mas para mayor claridad y confirmación de lo dicho, añadiré aquí el ejemplo y autoridad de dos grandes sanctos, los cuales en un tiempo vivieron en este mismo engaño, y después vieron el desengaño: y lo uno y lo otro quiso Dios que dejasen escripto para nuestro ejemplo y aviso. Pues el bienaventurado mártir Cipriano, escribiendo á un amigo suyo llamado Donato el principio y manera de su conversión, dice así:

En el tiempo que andaba yo perdido y engolfado en el mundo, sin saber de mi vida, sin tener lumbre y conoscimiento de la verdad, tenía por imposible lo que para mi salud y remedio la divina gracia me prometía: conviene saber, que el hombre podía volver á nascer de nuevo y recebir otro espíritu y otra manera de vida, con la cual dejase de ser lo que antes era y comenzase á tener otro nuevo ser y otra condición de vida: de tal modo que aunque la substancia y figura del cuerpo fuese la misma, el hombre interior del todo se mudaría. Antes decía yo que era imposible la tal mudanza; porque no podía tan presto deshacerse lo que tan asentado estaba en nosotros, así por parte de la naturaleza corrupta, como de la costumbre depravada. Porque ¿cómo será posible que sea abstinente el que está acostumbrado á mesas largas y delicadas? ¿Cómo se querrá abajar á traer una capa raída el que huelga de resplandecer con oro y púrpura? Y el que se deleita con los magistrados y cargos de república ¿cómo le sufriría el corazón verse sin oficio y sin honra? Y el que se precia de andar muy acompañado de servidores, y de hinchir la calle por do va de criados, ¿cómo no terná por tormento verse solo y desacompañado? No puede ser sino que los vicios y costumbres

(1) Genes. XXXVII.

pasadas han de acudir á pedir cada una su derecho, y convidar y solicitar el corazón con sus halagos y blanduras. No puede ser sino que muchas veces ha de solicitar la gula, y envanecer la soberbia, y deleitar la honra, é inflamar la ira, é indignar la crueldad, y despeñar la lujuria. Esto era lo que yo comigo muchas veces trataba. Porque como estaba enlazado en tantas maneras de males (de los cuales no creía poder librarme) con la desconfianza de la emienda favorecía á los mismos vicios á quien servía como á criados familiares nascidos en mi casa. Mas después que alimpiadas las culpas de la vida pasada entró la luz de lo alto en el corazón purificado ya y limpio con el agua del sancto baptismo: después que recibido el espíritu del cielo el segundo nascimiento me hizo otro nuevo hombre, luego por una manera maravillosa comenzaron á asentárseme las cosas antes dubdosas, y aclarárseme las escuras, y abrírseme las cerradas, y á parecérseme fáciles las que antes parecían difíciles, y posibles las que se me hacían imposibles: de tal manera que se parecía bien claro ser proprio del hombre lo que había nascido de carne, y así vivía según carne: mas de Dios, y no del hombre, lo que el espíritu había animado. Bien sabes tú por cierto, amigo Donato, bien sabes lo que este espíritu del cielo me quitó, y lo que me dió: el cual es muerte de los vicios y vida de las virtudes. Bien sabes tú todo esto, porque no predico yo aquí mis alabanzas, sino la gloria de Dios. Excusada es en este caso la jactancia: aunque no se puede llamar jactancia sino agradescimiento lo que no se atribuye á la virtud del hombre, sino á la gracia de Dios: pues está claro que el haber dejado de pecar procedió de su gracia; así como el haber antes pecado fué de la naturaleza corrupta.

Hasta aquí son palabras de Cipriano: en las cuales abiertamente ves el engaño tuyo y de muchos otros: los cuales midiendo la dificultad de la virtud con sus proprias fuerzas, tienen por dificultoso y aun por imposible alcanzarla: y no miran que en arrojándose en los brazos de Dios, y determinando de salir de pecado, los recibe en su gracia: la cual hace tan llano este camino, cuanto aquí has visto por este ejemplo: pues es cierto que ni aquí se te dice mentira, ni tampoco faltará á ti la gracia que á este sancto no faltó, si te volvieres á Dios como él lo hizo.

Oye otro ejemplo no menos admirable que éste. Escribe

S. Augustín en el octavo libro de sus Confesiones que como él comenzase á tratar en su corazón de dejar el mundo, que se le ofrescían grandes dificultades en esta mudanza, y que le parecía que por una parte todos sus deleites pasados se le atravesaban delante y le decían: ¿Cómo? ¿y para siempre nos quieres dejar? ¿y dende agora nunca más eternalmente nos has de ver? Por otra parte dice que se le representaba la virtud con un rostro alegre y sereno, acompañada de muchos buenos ejemplos, así de doncellas como de viudas, y de otras personas que en todo género de estados y edades castamente vivían, diciéndole: ¿Cómo? ¿no podrás tú lo que éstos y éstas pueden? ¿Por ventura éstos y éstas pueden lo que pueden, por su virtud, ó por la de Dios? Mira que porque estribas en ti, caes. Arrójate en Dios, y no temas: porque no se desviará ni te desamparará. Arrójate en Él seguramente, que Él te recibirá y te salvará.

En medio desta batalla tan reñida dice este Sancto que comenzó á llorar fuertemente, y que se apartó á solas, y se dejó caer debajo de una higuera: y que soltando las riendas á las lágrimas comenzó á dar voces de lo íntimo de su corazón diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo te airarás contra mí? ¿hasta cuándo no se dará fin á mis torpezas? ¿hasta cuándo ha de durar este mañana, mañana? ¿Porqué no será luego? ¿porqué no se da en esta hora fin á mis maldades?

Acabadas estas y otras cosas que este Sancto allí refiere, dice luego que le mudó nuestro Señor súbitamente el corazón: de tal manera, que nunca más tuvo apetito de vicios carnales, ni de otra cosa del mundo: sino que del todo sintió su corazón libre de todos los apetitos pasados. Y así, como suelto ya destas cadenas, comienza ya en el libro siguiente á dar gracias á su libertador, diciendo: ¡Oh Señor, yo soy tu siervo, yo tu siervo y hijo de tu sierva! Rompiste, Señor, mis ataduras: á Ti sacrificaré sacrificio de alabanza (1). Alábente mi corazón y mi lengua, y todos mis huesos digan: Señor, ¿quién es como Tú? ¿Dónde estaba Cristo Jesú ayudador mío? ¿Dónde estaba tantos años había mi libre albedrío, pues no se convertía á Ti? ¡De cuán profundo piélago lo sacaste en un momento, para que subjectase yo mi cuello á tu dulce yugo y á la carga liviana de tu sancta ley! ¡Cuán

(1) Psalm. CXV.

deleitable se me hizo luego carecer de los deleites del mundo, y cuán dulce dejar lo que antes recelaba perder! Echabas Tú fuera de mi ánima, verdadero y sumo deleite, todos los otros vanos deleites: echábaslos fuera, y entrabas Tú en lugar dellos, más dulce que todo otro deleite, y más hermoso que toda otra hermosura.

Hasta aquí son palabras de S. Augustín. Pues dime agora: si esto así pasa, si tan grande es la virtud y eficacia de la divina gracia, ¿qué es lo que te tiene captivo para que no hagas otro tanto? Si tú crees que es esto verdad, y que esta gracia es poderosa para hacer esta mudanza, y que ésta no se negará á quien de todo su corazón la buscare (pues es agora el mismo Dios que entonces era, sin acepción de personas) ¿qué te detiene para que no salgas desa miserable servidumbre, y abraces el sumo bien que se te ofrece de balde? ¿Porqué quieres más con un infierno ganar otro infierno, que con un paraíso otro paraíso? No seas cobarde ni desconfiado. Prueba una vez este negocio, y confía en Dios, que no lo habrás comenzado cuando te salga Él á recebir, como al hijo pródigo, los brazos abiertos. Cosa maravillosa es que si un burlador te prometiese enseñar un arte de alquimia con que pudieses hacer del cobre oro, no dejarías (aunque te costase mucho) de probarla: y date aquí la palabra de Dios manera cómo puedas tú de tierra hacerte cielo, y de carne espíritu, y de hombre ángel, ¿y no lo quieres probar?

Y pues en cabo tarde ó temprano has de conocer esta verdad en esta vida ó en la otra, ruégote pienses atentamente cuán burlado te hallarás el día de la cuenta, viéndote condenado porque dejaste el camino de la virtud por áspero y dificultoso: conosciendo allí claramente que era mucho más deleitable que el de los vicios, y el que solo llevaba á los deleites eternos.

CONTRA LOS QUE RECELAN SEGUIR EL CAMINO DE LA VIRTUD, POR EL AMOR DEL MUNDO.

CAPÍTULO XXVIII.

SI tomásemos el pulso á todos los que recelan el camino de la virtud, por ventura hallaríamos que una de las principales cosas que más los acobarda, es el amor engañoso deste siglo. Y llámolo engañoso, porque la causa dél es una falsa imagen y aparencia de bien que tienen las cosas del mundo, la cual hace á los ignorantes que las estimen en mucho. Porque así como las bestias espantadizas huyen de algunas cosas, por imaginar que son peligrosas, no lo siendo: asi éstos por el contrario aman y siguen las del mundo, creyendo ser deleitables, no lo siendo. Y por esto, así como los que quieren hacer perder á las tales bestias este siniestro, procuran llevarlas por aquel mismo paso que rehusan, porque vean que no era más que sombra lo que temían: así conviene que llevemos agora éstos por la sombra de estas cosas mundanas que tan desordenadamente aman, y se las hagamos mirar con otros ojos: para que claramente vean cómo es vanidad y sombra todo lo que aman, y que así como aquellos peligros no merecen ser temidos, así ni estos bienes amados.

Mirando, pues, agora atentamente al mundo con toda su felicidad, hallo en él estas seis maneras de males que nadie me podrá negar: conviene saber, brevedad, miseria, peligros, ceguedades, pecados y engaños, con los cuales anda acompañada esta su felicidad: por donde claramente se verá lo que ella es. Pues de cada cosa déstas trataremos agora aquí brevemente por su orden.

De cuán breve sea la felicidad del mundo.

§. I.

COMENZANDO pues agora por la brevedad, no me podrás negar que toda la felicidad y suavidad del mundo (cualquiera que ella sea) á lo menos es breve. Porque la felicidad del

hombre no puede ser más larga que la vida del hombre. Y qué tan larga sea esta vida, ya en otra parte lo declaramos: pues la más larga vida de los hombres apenas llega á cien años. Mas ¿cuántos son los que llegan hasta aquí? Visto he yo obispos de dos meses, y sumos pontífices de uno, y recién casados de una sola semana: y destos ejemplos leemos muchos en los tiempos pasados, y vemos cada día muchos en los presentes. Mas concedámoste agora que sea muy larga tu vida. Demos (dice S. Crisóstomo) cient años á los pasatiempos del mundo, y añade á éstos otros ciento, y aun otras dos veces ciento: ¿qué tiene que ver todo esto con la eternidad? Si muchos años, dice Salomón (1), viviere el hombre, y en todos ellos le sucedieren las cosas á su voluntad, debría acordarse del tiempo tenebroso y de los días de la eternidad: los cuales cuando vinieren, verse ha claro cómo todo lo pasado fué vanidad. Porque en presencia de una eternidad, toda felicidad (por grandísima que haya sido) vanidad parece, y así lo es. Esto confiesan aun los mismos malos en el libro de la Sabiduría, diciendo que acabando de nascer luego dejaron de ser. Mira, pues, cuán breve parecerá entonces á los malos todo el tiempo de esta vida: pues realmente allí se les figurará que apenas vivieron un día, sino que luego fueron trasladados del vientre á la sepultura. De do se sigue que todos los placeres y contentamientos deste mundo les parecerán allí unos placeres soñados, que parecían placeres y no lo eran. Lo cual maravillosamente significó el profeta Isaías por estas palabras (2): Así como el que tiene hambre y sueña que come, después que despierta se halla burlado y hambriento; y así como el que tiene sed y sueña que bebe, cuando despierta se tiene todavía la misma sed, y conosce que fué vano su contentamiento cuando pensaba que bebía; así acaescerá á todas las gentes que pelearon contra el monte de Sión, cuya prosperidad será tan breve, que después pue abrieren los ojos y se pasare aquel poquito de tiempo, verán cómo todos sus gozos no fueron más que soñados. Si no, dime agora: ¿qué más que esto fué la gloria de todos cuantos príncipes y emperadores ha habido en el mundo? ¿Dónde están, dice el Profeta (3), los príncipes de las gentes que tuvieron señorío sobre las bestias de la tierra, que buscaron sus pasatiempos y recreaciones en cazas

(1) Eccles. XI. (2) Isai. XXIX. (3) Baruch. III.

y cetrerías, lidiando con las aves del aire; los que atesoraron montones de plata y oro (en que confían los hombres) sin dar fin á sus tesoros; los que labraron tantas y tan ricas vajillas de oro y plata, que no hay quien acabe de contar las invenciones de sus obras? ¿Qué se hicieron todos éstos? ¿en qué pararon? Ya están fuera de sus palacios, y á los infiernos descendieron, y otros sucedieron en su lugar. ¿Qué es del sabio? ¿qué es del letrado? ¿dónde está el escudriñador de los secretos de naturaleza? ¿Qué se hizo la gloria de Salomón? ¿Dónde está el poderoso Alejandro y el glorioso Asuero? ¿Dónde están los famosos Césares de los romanos? ¿Dónde los otros príncipes y reyes de la tierra? ¿Qué les aprovechó su vanagloria, el poder del mundo, los muchos servidores, las falsas riquezas, las huestes de sus ejércitos, la muchedumbre de sus truanes, y las compañías de mentirosos y lisonjeros que les andaban al derredor? Todo esto fué sombra, todo sueño, todo felicidad que pasó en un momento. Cata aquí pues, hermano, cuán breve sea esta felicidad del mundo.

De las miserias grandes con que está mezclada la felicidad del mundo.

§. II.

Tiene aun otro mal esta felicidad (demás de ser tan breve) que es andar acompañada con mil maneras de miserias que no se pueden excusar en esta vida, ó por mejor decir, en este valle de lágrimas, en este lugar de destierro y en este mar de tantos movimientos. Porque verdaderamente más son las miserias del hombre que los días y aun que las horas de la vida del hombre: porque cada día amanesce con su cuidado, y á cada hora está amenazando su miseria. Mas ¿qué lengua bastará para explicar todas estas miserias? ¿Quién podrá contar todas las enfermedades de nuestros cuerpos, y todas las pasiones de nuestras ánimas, y todos los agravios de nuestros prójimos, y todos los desastres de nuestras vidas? Uno os pone pleito en la hacienda, otro os persigue en la vida, otro os pone mácula en la honra: unos con odios, otros con envidias, otros con engaños, otros con deseos de venganzas, otros con falsos testimonios, otros con ar-

mas, y otros con sus lenguas, peores que las mismas armas, os hacen guerra mortal. Y sobre todas esas miserias hay otras infinitas que no tienen nombre: porque son acaescimientos no esperados. Á uno le quebraron un ojo, á otro un brazo, otro cayó de una ventana, otro del caballo, otro se ahogó en un río, otro se perdió en unas rentas, y otro en una fianza. Y si quieres saber aun más males, pide cuenta á los hombres del mundo de los ratos de placeres y pesares que han llevado en él; porque si los unos y los otros se pesaren en dos balanzas, verás claramente cuánto es mayor la una carga que la otra, y cómo para un solo rato de placer hay cien horas de pesar. Pues si la vida toda en sí es tan corta (como está ya declarado) y tanta parte della ocupan tantas miserias, ruégote me digas: ¿qué tanto es lo que queda de verdadera y pura felicidad?

Mas estas miserias que aquí he contado, son comunes á buenos y malos: los cuales, así como navegan en un mismo mar, así están subjectos á unas mismas tormentas. Otras miserias hay mucho más para sentir, que son proprias de los malos (porque son hijas de sus maldades) cuyo conoscimiento hace más á nuestro caso: porque hace más aborrescible la vida de los tales, pues á tales miserias está subjecta. Mas cuántas y cuán grandes sean éstas, los mismos malos lo confiesan en el libro de la Sabiduría diciendo (1): Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y y perdición, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano nunca supimos atinarlo. De suerte que así como los buenos tienen en esta vida un paraíso y esperan otro, y de un sábado van á otro sábado (que es de una holganza á otra holganza) así los malos tienen en esta vida un infierno y esperan otro, porque del infierno de la mala consciencia van al infierno de la pena eterna.

Estos trabajos vienen á los malos por muchas maneras: porque unos les vienen por parte de Dios, que como justo juez no consiente que pase el mal de la culpa sin el castigo de la pena: el cual aunque generalmente se guarde para la otra vida, pero muchas veces se comienza en ésta. Porque cierto es que así como tiene Dios universal providencia del mundo, así también la tiene particular de cada uno: y pues vemos que cuando en el

(1) Sap. V.

mundo hay mayores pecados, hay también mayores castigos de hambres, de guerras, de pestilencias y de herejías, y de otras semejantes calamidades, así también muchas veces conforme á los pecados del hombre se envían los castigos al hombre. Por lo cual dijo Dios á Caín: Si hicieres bien, recibirás el galardón: y si mal, luego á la puerta hallarás tu pecado: que es la pena y castigo dél. Y en el Deuteronomio dijo Moisén al pueblo de Israel (1): Has de saber que tu Señor Dios es fuerte y fiel, y que mantiene su palabra, y usa de misericordia con los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta la milésima generación: y castiga luego á los que le aborrescen, de tal manera, que luego los destruye, sin dilatar más el castigo, dándoles luego lo que merescen. Mira cuántas veces repite aquí esta palabra luego. Por donde se entiende que demás del castigo que á los malos se debe en la otra vida, también son muchas veces castigados en ésta, pues tantas veces repite aquí la Escriptura que luego sin más dilación serán castigados en ella. Pues de aquí proceden muchas maneras de calamidades y azotes que padecen. Los cuales andan en una rueda viva de cuidados, fatigas, necesidades y trabajos: puesto caso que aunque los sientan no conoscen de donde les vienen, yasí más los tienen por condiciones de naturaleza que por castigo de su culpa. Porque así como los bienes de naturaleza no reconoscen por beneficios de Dios, ni le dan gracias por ellos, así los azotes de su ira no conoscen por castigos, ni se emiendan por ellos.

Otros trabajos les vienen por parte de los vicarios de Dios, que son los ministros de su justicia: que muchas veces encuentran con los malhechores, y así los persiguen y aprietan con cárceres, con destierros, con gastos, con persecuciones, con infamias y perdimiento de bienes, y con otras mil maneras de penas: con las cuales hacen que les amargue la golosina de su culpa, y la paguen con las setenas aun en esta vida.

Otros trabajos y miserias les vienen por parte de los apetitos y pasiones desordenadas de su corazón: porque ¿qué se puede esperar de la afición demasiada, y del vano temor, y de la esperanza dubdosa, y del deseo desordenado, y de la tristeza congojosa, sino enjambre de sobresaltos y cuidados, los cuales

(1) Deut. VII.

roban la paz y libertad del corazón (de que arriba tratamos) inquietan la vida, solicitan el pecado, impiden la oración, quitan el sueño de la noche, y hacen tristes y miserables los días de la vida? Todas estas maneras de miserias nascen en el hombre de sí mismo: esto es, de la desorden de sus pasiones: para que veas qué puede esperar de otra parte quien esto tiene de su cosecha, y con quién podrá tener paz quien consigo tiene tanta guerra.

De los grandes lazos y peligros del mundo.

§. III.

Y si no hubiese en el mundo más que solas penas y trabajos de cuerpo, no sería tanto para temer: mas no sólo hay en él trabajos de cuerpo, sino también peligros de ánima, que son mucho más para sentir, porque tocan más en lo vivo. Y éstos son tantos, que dijo el Profeta (1): Lloverá Dios lazos sobre los pecadores. Pues ¿qué tantos lazos te parece que veía en el mundo quien los comparaba con las gotas de agua que caen del cielo? Y dice señaladamente sobre los pecadores: porque como éstos tienen tan poca guarda en el corazon y en los sentidos, y tan poco cuidado de huir las ocasiones de los pecados, y tan poco estudio en proveerse de espirituales remedios, y sobre todo esto andan en medio de los fuegos del mundo, ¿cómo pueden dejar de andar entre infinitos peligros? Pues por esta muchedumbre de peligros dice que lloverá sobre los pecadores lazos. Lazos en la mocedad, y lazos en la vejez: lazos en las riquezas, y lazos en la pobreza: lazos en la honra, y lazos en la deshonra: lazos en la compañía, y lazos en la soledad: lazos en las adversidades, y lazos en las prosperidades: y finalmente lazos para todos los sentidos del hombre: para los ojos, para los oídos, para la lengua y para todo lo demás. Finalmente, tantos son los lazos, que da voces el Profeta diciendo: Lazo sobre ti, morador de la tierra. Y si nos abriese Dios un poco los ojos (como los abrió á S. Antonio) veríamos á todo el mundo lleno de lazos tra-

(1) Psalm. X.

bados unos con otros, y exclamaríamos con él diciendo: ¡Oh! ¿quién escapará de tanto lazo? Y de aquí nasce perecer tantas ánimas como cada día perecen: pues (como llora S. Bernardo) en el mar de Marsella de diez naos apenas se pierde una: mas en el mar deste mundo, de diez ánimas apenas se salva una. ¿Quién pues no temerá un mundo tan peligroso? ¿Quién no procurará huir de tanto lazo? ¿Quién no temblará de andar descalzo entre tantas serpientes, desarmado entre tantos enemigos, desproveído entre tantas ocasiones de pecados y sin medicina entre tantas ocasiones de enfermedades mortales? ¿Quién no trabajará por salir deste Egipto? ¿Quién no huirá desta Babilonia? ¿Quién no procurará escaparse de las llamas de Sodoma y Gomorra, y salvarse en el monte de la buena vida? Pues estando el mundo lleno de tantos lazos y despeñaderos, y ardiendo en tantas de vicios, ¿quién se tendrá por seguro? ¿Andará, dice el Sabio (1), alguno sobre las brasas sin que se le quemen las plantas, y esconderá fuego en su seno sin que ardan sus vestiduras? Cierto está (dice el Sabio) que el que toca la pez, se ha de ensuciar en ella: y así el que trata con soberbios, corre peligro hacerse uno dellos.

De la ceguedad y tinieblas del mundo.

§. IV.

A esta muchedumbre de lazos y peligros se añade otra miseria que los hace mayores, que es la ceguedad y tinieblas de los mundanos: la cual convenientísimamente es figurada por aquellas tinieblas de Egipto (2), las cuales eran tan espesas que se podían palpar con los manos, y que en aquellos tres días que duraron, ninguno se movió del lugar donde estaba, ni vió al prójimo que par de sí tenía. Tales son por cierto y mucho más palpables las tinieblas que el mundo padece. Si no (discurriendo agora por las cegueras y desatinos dél) dime: ¿qué mayor ceguedad que creer los hombres lo que creen, y vivir de la manera que viven? ¿Qué mayor ceguedad que hacer tanto caso de los hom-

(1) Prov. VI. (2) Exod. X.

bres, y tan poco de Dios; tener tanta cuenta con las leyes del mundo, y tan poca con las de Dios; trabajar tanto por este cuerpo (que es una bestia bruta) y tan poco por el ánima, que es imagen de la Majestad divina; atesorar tanto para esta vida, que mañana se ha de acabar, y no allegar nada para la otra, que para siempre ha de durar; hacerse pedazos por los intereses de la tierra, y no dar un paso por los bienes del cielo? ¿Qué mayor ceguedad que sabiendo tan cierto que habemos de morir, y que en aquella hora se ha de determinar lo que para siempre ha de ser de nuestra vida, vivamos tan descuidados como si siempre hubiéramos de vivir? Porque ¿qué menos hacen los malos habiendo de morir mañana, que si hubieran de vivir para siempre? ¿Qué mayor ceguedad que por la golosina de un apetito perder el mayorazgo del cielo; tener tanta cuenta con la hacienda, y tan poca con la consciencia; querer que todas tus cosas sean buenas, y no querer que tu propria vida lo sea? Destas ceguedades hallarás tantas en el mundo, que te parecerá estar los hombres como encantados y enhechizados: de tal manera, que teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no oyen, y teniendo la vista más aguda que de linces para ver las cosas de la tierra, tiénenla más que de topos para ver las cosas del cielo: como en figura acaesció á S. Pablo cuando iba á perseguir la Iglesia, el cual después que fué derribado en tierra, abiertos los ojos ninguna cosa veía. Pues así acaesce á estos miserables, que teniendo los ojos tan abiertos para las cosas del mundo, los tengan tan cerrados para las cosas de Dios.

De la muchedumbre de pecados que hay en el mundo.

§. V.

PUES habiendo en el mundo tantas tinieblas y lazos (como habemos dicho) ¿qué se puede esperar de aquí sino caídas y pecados? Éste es el sumo mal de los males del mundo, y el que más nos había de mover á aborrescerlo. Y así con sola esta consideración pretende S. Cipriano inducir á un amigo suyo al menosprecio del mundo. Para lo cual finge que lo sube consigo á un monte muy alto, de donde se vea todo el mundo: y dende allí le va mostrando como con el dedo todos los mares y tierras, y todas las plazas y tribunales, llenos de mil maneras de pecados

y injusticias que en cada parte hay, para que vistos cuasi con los ojos tantos y tan grandes males como hay en el mundo, entienda cuánto debe ser aborrescido, y cuánto debe á Dios, porque dél lo sacó. Pues conforme á esta consideración sube tú agora, hermano, á este mismo monte, y extiende un poco los ojos por las plazas, por los palacios, por las audiencias y oficinas del mundo y verás ahí tantas maneras de pecados, tantas mentiras, tantas calumnias, tantos engaños, tantos perjurios, tantos robos, tantas envidias, tantas lisonjas, tanta vanidad y sobre todo tanto olvido de Dios y tanto menosprecio de la propria salud, que no podrás dejar de marvillarte y quedar atónito de ver tanto mal. Verás la mayor parte de los hombres vivir como bestias brutas siguiendo el ímpetu de sus pasiones: sin tener cuenta con ley de justicia ni de razón más que la tendrían unos gentiles, que ningún conoscimiento tienen de Dios, ni piensan que hay más que nascer y morir. Verás maltratados los inocentes, perdonados los culpados, menospreciados los buenos, honrados y sublimados los malos: verás los pobres y humildes abatidos, y poder más en todos los negocios el favor que la virtud. Verás vendidas las leyes, despreciada la verdad, perdida la vergüenza, estragadas las artes, adulterados los oficios, y corrompidos en muy gran parte los estados. Verás á muchos perversos y merecedores de grandes castigos, los cuales con hurtos, con engaños y con otras malas maneras vinieron á tener grandes riquezas y á ser alabados y temidos de todos. Y verás así á éstos como á otros que apenas tienen más que la figura de hombres, puestos en grandes oficios y dignidades. Y finalmente verás en el mundo amado y adorado el dinero más que Dios, y muy gran parte de las leyes divinas y humanas corrompidas por él: y en muchos lugares no queda ya de la justicia mas que solo el nombre della. Y vistas todas estas cosas entenderás luego con cuánta razón dijo el Profeta (1): el Señor se puso á mirar dende el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si había quién conosciese á Dios ó le buscase; mas todos habían prevaricado, y héchose inútiles, y no había quien hiciese bien, ni solo uno. Y no menos se queja por el profesa Oseas, diciendo (2) que ni había misericordia, ni verdad, ni conoscimiento de Dios en la tierra: sino que las malicias, y las mentiras, y los hurtos, y

(1) Psalm. XIII. (2) Oseæ, VI.

los homicidios, y los adulterios se habían extendido por toda ella, y que una sangre caía sobre otra sangre y una maldad sobre otra maldad.

Finalmente, para que más claro veas qué tal está el mundo, pon los ojos en la cabeza que lo gobierna, y por ahí entenderás cuál estará lo gobernado. Porque si es verdad que el príncipe deste mundo (esto es, de los malos) es el demonio (como dice Cristo) ¿qué se puede esperar del cuerpo donde tal es la cabeza, y de la república donde tal es el gobernador? Solo esto basta para darte á entender qué tal está el mundo, y cuáles los amadores dél. Pues ¿qué será luego este mundo, sino una cueva de ladrones, un ejército de salteadores, un revolcadero de puercos, una galera de forzados, un lago de serpientes y basiliscos? Pue si tal es el mundo como esto, ¿porqué no desampararé yo (dice un filósofo) un lugar tan feo, tan sucio, tan lleno de traiciones, de engaños y maldades: donde apenas hay lealtad, ni piedad, ni justicia: donde todos los vicios reinan, donde el hermano arma celada á su hermano, donde el hijo desea la muerte de su padre, el marido de la mujer, y la mujer del marido: donde tan pocos son los que no roben ó engañen, pues muchos, así de los grandes como de los pequeños, debajo de honestos nombres hurtan y roban; y donde finalmente tantos fuegos arden de cobdicia, de lujuria, de ira, de ambición y de otros infinitos males? Pues ¿quién no deseará huir de tal mundo? Deseábalo cierto aquel profeta que decía (1): ¡Quién me llevase á un desierto, ó á algún lugar apartado de caminantes, para verme libre de la compañía deste pueblo: porque todos son adúlteros y cuadrillas de prevaricadores! Esto que hasta aquí se ha dicho, generalmente pertenesce á los malos: aunque no se puede negar haber en todos los estados muchos buenos en el mundo, por los cuales lo sustenta Dios.

Consideradas pues estas cosas, mira cuánta razón tienes de aborrescer una cosa tan mala, donde (si te abriese Dios los ojos) verías más demonios y más pecados que los átomos que se parescen en los rayos del sol. Y con esto cresca en ti el deseo de verte fuera dél (á lo menos con el espíritu) sospirando con el Profeta y diciendo: ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré?

(1) Jerem. IX.

De cuán engañosa sea la felicidad del mundo.

§. VI.

Estos y otros muchos tales son los tributos y contrapesos con que esta miserable felicidad del mundo está acompañada: para que veas cuánto más hiel que miel y cuánto más acíbar que azúcar trae consigo. Dejo aquí de contar otros muchos males que tiene. Porque demás de ser esta felicidad y suavidad tan breve y tan miserable, es también sucia, porque hace á los hombres carnales y sucios: es bestial, porque los hace bestiales: es loca, porque los hace locos, y los saca muchas veces de juicio: es instable, porque nunca permanesce en un mismo ser: es finalmente infiel y desleal, porque al mejor tiempo nos falta y deja en el aire. Mas un solo mal no dejaré de contar, que por ventura es el peor de todos, que es ser falsa y engañosa: porque paresce lo que no es, y promete lo que no da, y con esto trae en pos de sí perdida la mayor parte de la gente. Porque así como hay oro verdadero y oro falso, y piedras preciosas verdaderas, y falsas que parecen preciosas, y no lo son; así tambien hay bienes verdaderos y falsos, felicidad verdadera y falsa, que paresce felicidad y no lo es: y tal es la deste mundo: y por esto nos engaña con esta muestra contrahecha. Porque así como dice Aristóteles que muchas veces acaesce haber algunas mentiras, que (con ser mentiras) tienen más aparencia de verdad que las mismas verdades; así realmente (lo que es mucho para notar) hay algunos males que con ser verdaderos males, tienen más aparencia de bienes que los mismos bienes y tal es sin dubda la felicidad del mundo: y por esto se engañan con ella los ignorantes, como se engañan los pesces y las aves con el cebo que les ponen delante.

Porque ésta es la condición de las cosas corporales, que luego se nos ofrescen con un alegre semblante y con un rostro lisonjero y halagüeño, que nos promete alegría y contentamiento: mas después que la experiencia de las cosas nos desengaña, luego sentimos el anzuelo debajo del cebo, y vemos claramente que no era oro todo lo que relucía. Así hallarás por experiencia que pasa en todas las cosas del mundo. Si no, mira los placeres de los recién

casados, y hallarás cómo después de pasados los primeros días del casamiento, luego comienza á cerrárseles aquel día de su felicidad y caer la noche escura de los cuidados, necesidades y fatigas que después desto sobrevienen. Porque luego cargan trabajos de hijos, de enfermedades, de absencias, de celos, de pleitos, de partos revesados, de desastres, de dolores y finalmente de la muerte necesaria del uno de los dos, que á veces los previene muy temprano y convierte las alegrías de los desposorios no acabados, en lágrimas de perpetua viudez y soledad. Pues ¿qué mayor engaño y qué mayor hipocrisía que ésta? ¡Qué contenta va la doncella al tálamo el día de su desposorio, porque no tiene ojos para ver más de lo que de fuera paresce: mas si le diesen ojos para ver la sementera de trabajos que aquel día se siembra, cuánto mayor causa tendría para llorar que para reir! Deseaba Rebeca tener hijos, y después que se vió preñada, y sintió que los hijos en el vientre peleaban, dijo (1): Si así había ello de ser, ¿qué necesidad había de concibir? ¡Oh, á cuántos acaesce esta manera de desengaño después que alcanzaron lo que deseaban: por hallar otra cosa en el proceso, de lo que al principio se prometía!

Pues ¿qué diré de los oficios, de las honras, de las sillas y dignidades? ¡Cuán alegres se representan luego cuando de nuevo se ofrescen! Mas ¡cuántos enjambres de pasiones, de cuidados, de invidias y trabajos se descubren después de aquel primero y engañoso resplandor! Pues ¿qué diremos de los que andan metidos en amores deshonestos? ¡Cuán blandas hallan al principio las entradas deste ciego labirinto! Mas después de entrados en él, ¡cuántos trabajos han de pasar! ¡cuántas malas noches han de llevar! ¡á cuántos peligros se han de poner! Porque aquel fructo del árbol vedado guarda la furia del dragón venenoso (que es la espada cruel del pariente, ó del marido celoso) con la cual muchas veces se pierde la vida, la honra, la hacienda y el ánima en un momento. Así puedes discurrir por la vida de los avarientos, de los mundanos y de los que buscan la gloria del mundo con las armas, ó con las privanzas; y en todos ellos hallarás grandes tragedias de dulces principios y desastrados fines: porque ésta es la condición de aquel cáliz de Babilonia, por defuera dorado, y de dentro lleno de veneno.

(1) Genes. XXV.

Pues según esto, ¿qué es toda la gloria del mundo, sino un canto de Serenas que adormece, una ponzoña azucarada que mata, una víbora por defuera pintada y de dentro llena de ponzoña? Si halaga, es para engañar: si levanta, es para derribar: si alegra, es para entristescer. Todos sus bienes da con incomparables usuras. Si os nasce un hijo, y después se os muere, con las setenas es mayor el dolor de su muerte que el alegría de su nascimiento. Más duele la pérdida que alegra la ganancia, más aflige la enfermedad que alegra la salud, más quema la injuria que deleita la honra: porque no sé qué genero de desigualdad fué ésta, que más poderosos quiso naturaleza que fuesen los males para dar pena, que los placeres para dar alegría. Lo cual todo bien considerado manifiestamente nos declara cuán falsa y engañosa sea esta felicidad.

Conclusión de lo susodicho.

§. VII.

CATA aquí pues, hermano mío, la figura verdadera del mundo (aunque sea otra la que él por defuera muestra) y cata aquí cuál sea su felicidad, breve, miserable, peligrosa, ciega y llena de pecados y de engaños. Pues según esto, ¿qué otra cosa es este mundo sino (como dijo un filósofo) una arca de trabajos, una escuela de vanidades, una plaza de engaños, un labirinto de errores, una cárcel de tinieblas, un camino de salteadores, una laguna cenagosa, un mar de continuos movimientos? ¿Qué es este mundo sino tierra estéril, campo pedregoso, bosque lleno de espinas, prado verde y lleno de serpientes, jardín florido y sin fructo, río de lágrimas, fuente de cuidados, dulce ponzoña, fábula compuesta y frenesí deleitable? ¿Qué bienes hay en él que no sean falsos, y qué males que no sean verdaderos? Su sosiego es congojoso, su seguridad sin fundamento, su miedo sin causa, sus trabajos sin fructo, sus lágrimas sin propósito, sus propósitos sin suceso, su esperanza vana, su alegría fingida y su dolor verdadero.

En lo cual verás cuánta semejanza tiene este mundo con el infierno: porque si ninguna otra cosa es infierno sino lugar de

penas y culpas, ¿qué otra cosa abunda más en este mundo que ésta? Á lo menos así lo testifica el Profeta cuando dice que de día y de noche estaba por todas partes cercado de pecados, y que lo que había en él era trabajos y sinjusticia. Ésta es la fructa del mundo, ésta la mercaduría que en él se vende, éste el trato que en todos sus rincones se halla: trabajo y sinjusticia, que son males de pena y males de culpa. Pues si ninguna otra cosa es el infierno sino lugar de penas y culpas, ¿cómo no se llamará también en su manera este mundo infierno, pues en él hay tanto de lo uno y de lo otro? Á lo menos por tal lo tenía S. Bernardo cuando decía que si no fuera por la simiente de esperanza que tenemos en esta vida de la otra, poco menos malo le parescía este mundo que el infierno.

De cómo la verdadera felicidad y descanso se halla en solo Dios y cómo es imposible hallarse en el mundo.

§ VIII.

MAS ya que hasta aquí habemos tan claramente visto cuán miserable y engañosa sea la felicidad del mundo, resta que veamos agora cómo la verdadera felicidad y descanso, que no se halla en el mundo, está en Dios. Lo cual si entendiesen bien los hombres mundanos, no tendrían por qué seguir al mundo como lo siguen. Y por esto determino probar aquí brevemente esta tan importante verdad, no tanto por autoridad y testimonio de la fe, cuanto por clara razón.

Para lo cual es de saber que ninguna criatura puede tener perfecto contentamiento hasta llegar á su último fin, que es á la última perfección que según su naturaleza le conviene. Porque mientra no llegare aquí, necesariamente ha de estar inquieta y descontenta, como quien se siente necesitada de lo que le falta. Pregunto pues agora: ¿cuál es el último fin del hombre, en cuya posesión está su felicidad, que es lo que los teólogos llaman su bienaventuranza objectiva? No se puede negar sino que ésta es Dios: el cual así como es su primer principio, así es su último fin: y así como es imposible haber dos primeros principios, así lo es haber dos últimos fines: porque eso sería haber dos dioses,

Pues si solo Dios es el último fin del hombre y su última bienaventuranza: y dos últimos fines y bienaventuranzas es imposible que haya: luego fuera de Dios imposible es hallar bienaventuranza. Porque sin dubda, así como el guante se hizo para la mano y la vaina para el espada (por lo cual para ningunos otros usos vienen bien estas cosas, sino para éstos) así el corazón humano criado para Dios, en ninguna cosa puede hallar descanso sino en Dios. Con Él solo estará contento, y fuera dél pobre y necesitado. La razón desto es, porque como el principal subjecto de la bienaventuranza sean el entendimiento y la voluntad del hombre (que son las dos más nobles potencias que hay en él) mientras éstas estuvieren inquietas, no puede él estar sosegado y quieto. Pues cierto es que estas dos potencias en ninguna manera pueden estar quietas sino con solo Dios. Porque (como dice Sancto Tomás) no puede nuestro entendimiento entender ni saber tantas cosas, que no le quede habilidad y deseo natural para saber más, si hubiere más que saber. Y asimismo no puede nuestra voluntad amar ni gozar de tantos bienes, que no le quede virtud y capacidad para más, si más le dieren. Y por tanto nunca reposarán estas dos potencias hasta hallar un objecto universal, en quien estén todas las cosas: el cual una vez conocido y amado, ni le quedan más verdades que saber, ni más bienes de que gozar. De aquí nasce que ninguna cosa criada (aunque sea la posesión de todo el mundo) basta para dar hartura á nuestro corazón: sino solo Aquél para quien fué criado, que es Dios. Y así escribe Plutarco de un soldado que llegó de grado en grado á ser emperador: y como se viese en este estado tan deseado, y no hallase el contentamiento que deseaba, dijo: En todos los estados he vivido y en ninguno he hallado contentamiento. Porque claro está que lo que fué criado para solo Dios, no había de hallar reposo fuera de Dios.

Y para que aun más claro entiendas esto, ponte á mirar á una aguja de un relojico de sol: porque allí verás representada esta filosofía tan necesaria. La naturaleza desta aguja, después de tocada con la piedra imán, es mirar al norte: porque Dios que crió esta piedra, le dió esta natural inclinación, que siempre mire á este lugar. Y verás por experiencia qué desasosiego tiene consigo, y qué de veces se vuelve y revuelve hasta que endereza la punta á él; y esto hecho, luego para y queda fija como

si la hincaras con clavos. Pues así has de entender que crió Dios al hombre con esta natural inclinación y respecto á Él, como á su norte, y á su centro, y á su último fin: y por tanto, mientras fuera dél estuviere, siempre estará como aquella aguja inquieto y desasosegado, aunque posea todos los tesoros del mundo: mas volviéndose á Él, luego reposará, como ella reposa: porque ahí tiene todo su descanso. De lo cual se infiere que aquél solo será bienaventurado, que poseyere á Dios: y aquél estará más cerca de ser bienaventurado, que más cerca estuviere de Dios. Y porque los justos en esta vida están más cerca dél, ellos son los más bienaventurados: aunque su bienaventuranza no la conosce el mundo.

La causa es, porque no consiste en deleites sensibles y corporales, como la pusieron los filósofos epicúreos, y después déstos los moros, y después déstos los discípulos de ambas escuelas, que son los malos cristianos: los cuales con la boca reniegan de la ley de Mahoma, y con la vida no guardan otra, ni buscan en esta vida otro paraíso que el suyo. Si no, dime: ¿qué otra cosa hacen muchos de los ricos y poderosos deste siglo, mayormente en la mocedad, sino andar buscando y probando todos cuantos géneros de pasatiempos se pueden hallar? ¿Pues qué es esto sino tener por último fin el deleite con Epicuro, y buscar el paraíso de Mahoma en el mundo? Miserable de ti, discípulo de tales maestros: ¿porqué no aborreces la vida de aquéllos cuyos nombres escupes y abominas? Si acá quieres tener el paraíso de Epicuro, ten por cierto que perderás el de Cristo. No está, pues, la bienaventuranza del hombre, ni en el cuerpo, ni en bienes de cuerpo (como la ponen los moros) sino en el espíritu y en bienes espirituales y invisibles, como la pusieron los grandes filósofos y la ponen los cristianos, aunque en diferente manera. Así lo significó el Profeta cuando dijo (1): Toda la gloria y hermosura de la hija del Rey dentro está escondida, donde está guarnecida de oro y vestida de mil colores, y donde tiene tanta paz y alegría, cuanta nunca tuvieron ni tendrán todos los reyes del mundo. Si no queremos decir que tuvieron mayor contentamiento los príncipes de la tierra que los amigos de Dios: lo cual negarán muchos dellos, que muy alegremente

(1) Psalm. XLIV.

dejaron grandes estados y riquezas después que gustaron de Dios: y negará también con ellos Sant Gregorio papa, que probó lo uno y lo otro, y á fuerza de brazos fué llevado á la silla del pontificado; y estando en ella, siempre lloraba y sospiraba por aquella pobre celda que había dejado en el monesterio: como el captivo que está en tierra de moros, sospira por su patria y libertad.

Prueba lo dicho por ejemplos.

§. IX.

MAS porque este engaño es tan grande y tan universal, añadiré aun otra razón no menos eficaz que la pasada: por la cual vean los amadores del mundo cuán imposible sea hallar en él la felicidad que desean. Para lo cual has de presuponer (lo que es muy notorio) que muchas más cosas se requieren para que una cosa sea perfecta, que para ser imperfecta: porque para ser perfecta requiérese que tenga todas sus perfecciones juntas: mas para ser imperfecta basta que tenga una sola imperfección. Pues desta manera has de presuponer que para que uno tenga perfecta felicidad, requiérese que tenga todas las cosas á su gusto: y si una sola tiene á su desgusto, ésa es más parte para hacerlo miserable que todas las otras bienaventurado. Visto he yo muchas personas en grandes estados y con muchos cuentos de renta. Las cuales con todo esto vivían la más triste vida del mundo: porque muy mayor tormento les daba una cosa muy deseada que no alcanzaban, que contentamiento todo cuanto poseían. Porque sin dubda todo cuanto se posee no consuela tanto, cuanto un solo apetito déstos (como una espina hincada por el corazón) atormenta: ca no hace al hombre bienaventurado la posesión de los bienes, sino el cumplimiento de sus deseos. Lo cual divinamente explicó S. Augustín en el libro *De Moribus Ecclesiæ* por estas palabras: Según yo pienso no se puede llamar bienaventurado el que no alcanzó lo que ama, de cualquier condición que sea lo amado. Ni tampoco es bienaventurado el que no ama lo que posee, aunque sea muy bueno lo poseído: porque el que desea lo que no puede alcan-

zar, padece tormento: y el que alcanza lo que no merescía ser deseado, padece engaño: y el que no desea lo que merece ser deseado, está enfermo. De donde se infiere que en sola la posesión y amor del sumo bien está nuestra bienaventuranza: y fuera deso no puede estar. De suerte que estas tres cosas juntas, posesión, amor y sumo bien, hacen al hombre bienaventurado: fuera de las cuales nadie lo puede ser por mucho que posea.

Y aunque para confirmación desto te pudiera traer muchos ejemplos, pero baste por todos el de aquel tan famoso privado del rey Asuero, llamado Amán (1): el cual teniéndose por agraviado porque Mardoqueo, que aguardaba á las puertas del palacio, no le hacía la cortesía que él quería, juntando en uno sus amigos y su mujer, díjoles estas palabras: Vosotros sabéis cuán grandes sean mis prosperidades y privanzas, y cuán lleno estoy de riquezas, y de hijos, y de todo lo que el corazón humano puede desear: mas con todo esto os hago saber que teniendo todas estas cosas, no me paresce que tengo nada, mientra Mardoqueo que está á las puertas del Rey, no me hace la cortesía que yo quiero. Mira pues, ruégote, cuánto más parte era solo este trabajo para hacer aquel corazón miserable, que todas cuantas prosperidades tenía, para hacerlo bienaventurado. Y mira también cuán lejos está el hombre en esta vida de serlo, y cuán cerca de ser miserable, pues para lo uno son menester tantos bienes, y para lo otro basta un solo defecto. Pues según esto, ¿quién habrá en este mundo que pueda escapar de ser miserable? ¿Qué rey, qué emperador habrá tan poderoso, que todas las cosas tenga á á su voluntad, y que no haya cosa que le dé desgusto? Porque ya que por parte de los hombres faltase toda contradicción, ¿quién podrá escapar de todos los golpes de naturaleza, de todas las enfermedades del cuerpo y de todos los temores y fantasías del ánima, la cual muchas veces teme sin temor y se congoja sin causa? Pues ¿cómo piensas tú, hombrecillo miserable, alcanzar contentamiento por el camino del mundo, por el cual nunca los sumos príncipes y monarcas lo alcanzaron? Si para alcanzar ese bien son menester todos los bienes juntos, ¿cuándo serás tú tan dichoso, estando fuera de Dios, que ninguna cosa te falte? Eso

(1) Esther. V.

pertenesce á solo Dios: y si alguno en esta vida en alguna manera los posee, es el que ama y posee á Dios: pues según las leyes del amistad, entre los amigos todas las cosas son comunes.

Y si todas estas razones tan evidentes no te convencen, y quieres más experiencia que razón, vete á aquel gran sabio Salomón, y dile que pues él navegó por este mar con mayor prosperidad que nadie, probando y descubriendo todos los géneros de grandezas y recreaciones del mundo, que te dé nuevas de la tierra que descubrió, si por ventura halló en todo eso cosa que le hartase: y responderte ha en cabo diciendo (1): *Vanitas vanitatum, dixit Eclesiastes, vanitas vanitatum et omnia vanitas.* Cree, pues, á un hombre tan experimentado, que no te habla por especulación, sino por vista de ojos. No pienses que serás tú ni nadie parte para descubrir otra cosa más de lo que este descubrió. Porque ¿qué príncipe ha habido en el mundo ni más sabio, ni más rico, ni más bien servido, ni más glorioso, ni más afamado que éste fué? ¿Quién jamás probó más linajes de pasatiempos, de cazas, de músicas, de mujeres, de atavíos, de monterías, de caballerías, que éste probó? Y probadas todas estas cosas, no sacó otro fructo de todas ellas, sino éste que has oído. ¿Adónde, pues, vas á probar lo ya probado? No pienses tú hallar lo que éste no halló, pues ni tienes otro mundo que buscar, ni otros mayores aparejos para buscar, que éste tuvo; y pues éste no mató la sed que tenía con tan grande vendimia, no pienses tú que la podrás matar con la rebusca. Ya éste gastó aquí su tiempo, y por ventura por esta causa cayó (como dice Sant Hierónimo escribiendo á Eustoquio) pues ¿para qué te quieres tú ir también tras él? Mas porque los hombres creen más á la experiencia que á la razón, por ventura dejó Dios á este hombre experimentar todos los bienes y pasatiempos del mundo, para que después de probados diese dellos estas nuevas que has oído: porque con el trabajo de uno se excusasen los trabajos de todos, y con el desengaño de uno se desengañasen todos, y escarmentasen en cabeza ajena.

Pues si esto es así, con mucha razón podré agora exclamar con el Profeta diciendo (2): Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de tan pesado corazón? ¿Porqué amáis la vanidad y buscáis la mentira? Muy bien dice vanidad y mentira. Porque si no

(1) Eccle. XII. (2) Psalm. IV.

hubiera en las cosas del mundo más de vanidad (que es ser nada) pequeño mal fuera éste: pero hay otro mayor, que es la mentira y la falsa aparencia con que nos hacen creer que son algo, siendo nada. Por lo cual dijo el mismo Salomón (1): Engañosa es la gentileza, y vana la hermosura. Pequeño mal fuera ser solamente vana, si no fuera también engañosa. Porque la vanidad conocida poco mal puede hacer. Mas la que lo es, y no lo paresce, ésa es la que principalmente daña. En lo cual se ve cuán grande hipócrita sea el mundo. Porque así como los hipócritas trabajan por encubrir las culpas que hacen, así los ricos del mundo por disimular las miserias que padescen. Los unos se nos venden por sanctos, siendo pecadores: y los otros por bienaventurados, siendo miserables. Si no, llégate más de cerca á tomar el pulso, y meter la mano en el lado désos que por defuera parescen bienaventurados, y verás cuánto desdice eso que por defuera paresce, de lo que dentro pasa. Algunas yerbas nascen en los campos, que mirándolas dende lejos, parescen muy hermosas, y llegándoos á ellas y tocando con las manos, dan de sí tan mal olor, que las sacude luego el hombre de sí, y corrige el engaño de los ojos con el tocamiento de las manos. Pues tales son por cierto los más de los ricos y poderosos del mundo; porque si miras á la grandeza de sus estados y al resplandor de sus casas y criados, parescen ser ellos solos bienaventurados: mas si te llegas más cerca á oler los rincones de sus casas y de sus ánimas, hallarás que tienen muy diferente el ser, del parescer. Por donde muchos de los que al principio desearon sus estados cuando los vieron de lejos, después los sacudieron de sí cuando los miraron de cerca: como lo leemos en muchas historias, aun de gentiles. Y en las vidas de los emperadores hallamos que no faltó quien siendo electo emperador por todo el ejército, por ninguna vía lo quiso aceptar, siendo gentil: sólo por conoscer las espinas que debajo de aquella flor (al parescer tan hermosa) estaban escondidas.

Pues, oh hijos de los hombres, criados á imagen de Dios, redemidos por su sangre, diputados para ser compañeros de los ángeles, ¿porqué amáis la vanidad y buscáis la mentira, creyendo que hallaréis descanso en esos falsos bienes que nunca lo dieron, ni darán jamás? ¿Porqué habéis dejado la mesa de los án-

(1) Prov. XXXI.

geles por los manjares de las bestias? ¿Porqué habéis dejado los deleites y olores del paraíso por los hedores y amarguras del mundo? ¿Cómo no bastan tantas calamidades y miserias que cada día experimentáis en él, para apartaros dese tan cruel tirano? Tales paresce que somos en esta parte, como algunas malas mujeres que se andan perdidas tras un rufián, que les come y juega cuanto tienen, y sobre esto las arrastra y da de coces cada día: y ellas todavía con una miserable subjección y captiverio se andan perdidas tras él.

Resumiendo pues aquí todo lo dicho, si por tantas razones, ejemplos y experiencias nos consta que no se halla la felicidad y descanso que todos buscamos en el mundo, sino en Dios, ¿porqué no la buscamos en Dios? Esto es lo que en breves palabras nos amonesta Sant Augustín diciendo: Cerca la mar y la tierra, y anda por do quisieres, que á doquiera que fueres, serás miserable, si no vas á Dios.

CONCLUSIÓN DE TODO LO CONTENIDO EN ESTE PRIMER LIBRO.

CAPÍTULO XXIX.

De todo lo susodicho se colige claro cómo todas las maneras de bienes que el corazón humano puede en esta vida alcanzar, se encierran en la virtud: por do paresce que ella es un bien tan universal y tan grande, que ni en el cielo, ni en la tierra hay cosa con que mejor la podamos en su manera comparar, que con el mismo Dios. Porque así como Dios es un bien tan universal, que en Él solo se hallan las perfecciones de todos los bienes, así también en su manera se hallan en la virtud. Porque vemos que entre las cosas criadas, unas hay honestas, otras hermosas, otras honrosas, otras provechosas, otras agradables, y otras con otras perfecciones: entre las cuales tanto suele ser una más perfecta y más digna de ser amada, cuanto más destas perfecciones participa. Pue según esto, ¿cuánto merece ser amada la virtud, en quien todas estas perfecciones se hallan? Porque si por honestidad va, ¿qué cosa más honesta que la virtud, que es la misma raíz y fuente de toda honestidad? Si por honra va, ¿á quien se debe la honra y el acatamiento sino á la virtud? Si por hermosura va, ¿qué cosa más hermosa que la imagen de la virtud? Sí con ojos mortales se pudiese ver su hermosura, á todo el mundo llevaría en pos de sí, como dice Platón. Si por utilidad va ¿qué cosa hay de mayores utilidades y esperanzas que la virtud, pues por ella se alcanza el sumo bien? La longura de los días, con los bienes de la eternidad, están en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria. Pues si por deleites va, ¿qué mayores deleites que los de la buena consciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios, y de las consolaciones del Espíritu Sancto, lo cual todo anda en compañía de la virtud? Pues si se desea fama y memoria, en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se pudrirá, y así como humo desaparescerá. Si se desea sabiduría, no la hay otra

mayor que conoscer á Dios, y saber encaminar la vida por debidos medios á su último fin. Si es dulce cosa ser bienquisto de los hombres, no hay cosa más amable, ni más conveniente para esto que la virtud. Porque (como dice Tulio) así como de la conveniencia y proporción de los miembros y humores del cuerpo nasce la hermosura corporal que lleva los ojos en pos de sí, así de la conveniencia y orden de la vida nasce una tan grande hermosura en la persona, que no sólo enamora los ojos de Dios y de sus ángeles, sino aun á los malos y enemigos es amable.

Éste es aquel bien que por todas partes es bien, y ninguna cosa tiene de mal. Por donde con grandísima razón envió Dios al justo aquella tan breve y tan magnífica embajada que al principio deste libro propusimos: con lo cual agora lo acabamos, diciendo: *Dicite justo quoniam bene* (1): Decidle al justo que bien. Decidle que en hora buena él nasció, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida, y su muerte, y lo que después della sucederá. Decidle que en todo le sucederá bien: en los placeres, y en los pesares; en los trabajos, y en los descansos; en las honras, y en las deshonras: porque á los que aman á Dios, todas las cosas sirven para su bien. Decidle que aunque á todo el mundo vaya mal, y aunque se trastornen los elementos, y se cayan los cielos á pedazos, él no tiene por qué temer, sino por qué levantar cabeza: porque entonces se llega el día de su redempción. Decidle que bien: pues para él está aparejado el mayor bien de los bienes, que es Dios: y está libre del mayor mal de los males, que es la compañía de Satanás. Decidle que bien: pues su nombre está escripto en el libro de la vida, y Dios Padre lo ha tomado por Hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu Sancto por su templo vivo. Decidle que bien: pues el camino que ha tomado, y el partido que ha seguido, por todas partes le viene bien; bien para el ánima, y bien para el cuerpo; bien para con Dios, y bien para con los hombres; bien para esta vida, y bien para la otra: pues á los que buscan el reino de Dios, todo lo demás será concedido. Y si para alguna cosa temporal no viniere bien, ésa llevada con paciencia es mayor bien: porque á los que tienen paciencia, las pérdidas se les convierten en ganancias, y los trabajos en merescimientos, y las batallas en coronas. Todas cuantas

(1) Isai. III.

veces mudó Labán la soldada á Jacob, pretendiendo aprovechar á sí y dañar al yerno, tantas se le volvió el sueño al revés, y aprovechó al yerno, y dañó á sí (1).

Pues, oh hermano mío, ¿porqué serás tan cruel para contigo, y tan enemigo de ti mismo, que dejes de abrazar una cosa que por todas partes te arma tan bíen? ¿Qué mejor consejo, qué mejor partido puedes tú seguir que éste? ¡Oh, mil veces bienaventurados los limpios en el camino, los que andan en la ley de Dios! ¡Bienaventurados otra vez los que escudriñan sus mandamientos, y le buscan con todo su corazón! (2)

Pues si como dicen los filósofos, el bien es objecto de nuestra voluntad, y por consiguiente, cuanto una cosa es más buena, tanto meresce ser más amada y deseada, ¿quién estragó de tal manera tu voluntad, que ni guste, ni abrace este tan universal y tan grande bien? ¡Oh, cuánto mejor lo hacía aquel sancto Rey que decía: Tu ley, Señor, tengo en medio de mi corazón! No al rincón, no á trasmano, sino en medio, que es en el primero y mejor lugar de todos. Como si dijera: éste es el mayor de mis tesoros, y el mayor de mis negocios, y el mayor de mis cuidados. ¡Cuán al revés lo hacen los hombres del mundo, pues las leyes de la vanidad tienen puestas en la primera silla de su corazón, y las de Dios en el más bajo lugar! Mas este sancto varón, aunque era rey y tenía mucho que preciar y que perder, todo esto tenía debajo los pies, y la ley sola de Dios en el medio de su corazón: porque sabía él muy bien que guardada ésta fielmente, todo lo demás tenía seguro.

¿Qué falta pues agora, para que no quieras tú también seguir este mismo ejemplo y abrazar este tan grande bien? Porque si por obligación va, ¿qué mayor obligación que la que tenemos á Dios Nuestro Señor por sólo ser Él quien es, pues todas las otras obligaciones del mundo no se llaman obligaciones comparadas con ésta, como al principio declaramos? Si por beneficios va, ¿qué mayores beneficios que los que habemos recibido dél, pues demás de habernos criado y redemido con su sangre, todo cuanto hay dentro y fuera de nosotros, el cuerpo, el ánima, la vida, la salud, la hacienda, la gracia (si la tenemos) y todos los pasos y momentos de nuestra vida, y todos los buenos propósi-

(1) Genes. XXXI. (2) Psalm. CXVIII.

tos y deseos de nuestra ánima, y finalmente todo lo que tiene nombre de ser, ó de bien, originalmente procede de Aquél que es fuente del ser y del bien? Pues si por interese va, digan todos los ángeles y hombres, ¿qué mayor interese que darnos gloria para siempre y librarnos de pena para siempre, pues éste es el premio de la virtud? Y si pretendemos bienes de presente, ¿qué mayores bienes que aquellos doce privilegios de que gozan todos los buenos en esta vida (de que arriba tratamos) el menor de los cuales es más parte para darnos alegría y contentamiento que todos los estados y tesoros del mundo? Pues ¿qué más se puede cargar en esta balanza para pender á esta parte, de lo que aquí se promete? Pues ya las excusas que contra esto suelen alegar los hombres del mundo, de tal manera quedan deshechas, que no veo portillo abierto por do se puedan descabullir, si no quieren á sabiendas atapar los oídos y cerrar los ojos á tan clara y manifiesta verdad.

Pues según esto, ¿qué resta sino que vista la perfección y hermosura de la virtud, digas tú también aquellas palabras que el Sabio dijo hablando de la sabiduria, hermana y compañera desa misma virtud (1): ésta es la que yo amé y busqué dende mi mocedad, y trabajé por tomarla por esposa, y híceme amador de su hermosura? La nobleza della se parece en que el mismo Dios trata con ella, y el que es Señor de todas las cosas, es su enamorado. Porque ella es la que tiene á cargo enseñar su doctrina, y eligir, y administrar sus obras. Y si la posesión de las riquezas es para ser deseada, ¿qué cosa más rica que la sabiduría, la cual obra todas las cosas? Y si la sabiduría es la fabricadera de todas las cosas, ¿qué cosa hay en el mundo más artificiosa que ella? Y si se desea la virtud y la justicia, ¿en qué otra cosa se emplean los trabajos de la sabiduría? Ésta es la que enseña la templanza, y la prudencia, y la justicia, y la fortale, za: que son las cosas que más aprovechan á los hombres. Ésta pues, determiné tomar por compañera de mi vida: sabiendo cierto que ella partiría comigo de sus bienes, y seria descanso de mis cuidados, y alivio de todos mis hastíos y trabajos. Hasta aquí son palabras del Sabio. ¿Qué resta, pues, sino concluir esta materia con la conclusión que el bienaventurado mártir Cipriano

(1) Sap. VIII.

acaba una elegantísima epístola que escribió á un amigo suyo del menosprecio del mundo, diciendo así:

Una es, pues, la quieta y segura tranquilidad, una la firme y perpetua seguridad: si librado el hombre de la tempestad y torbellinos deste siglo tempestuoso, y colocado en la fiel estancia y puerto de la salud, levanta los ojos de la tierra al cielo, y admitido ya á la compañía y gracia del Señor se alegra de ver cómo todo lo que está en la opinión del mundo levantado, dentro de su corazón está caído. No puede este tal desear alguna cosa del mundo, porque es ya mayor que el mundo. Y más abajo añade diciendo: Y no no son menester muchas riquezas, ni negocios ambiciosos para alcanzar esta felicidad: porque dádiva es ésta de Dios, que en el ánima religiosa se recibe: el cual es tan liberal y tan comunicable, que así como el sol calienta, y el día alumbra, y la fuente corre, y el agua cae de lo alto, así aquel espíritu divino liberalmente se comunica á todos. Por donde, tú hermano mío, que estás ya asentado en la nómina deste ejército celestial, trabaja con todas tus fuerzas por guardar fielmente la disciplina desta milicia con religiosas costumbres. Ten por compañera perpetua la oración y la lición: unas veces habla con Dios, y otras hable Dios contigo. Él te enseñe sus mandamientos, y Él disponga y ordene todos los negocios de tu vida. Á quien Él hiciere rico, nadie tenga por pobre. Ya no podrá padescer hambre ni pobreza el pecho que estuviere lleno de la bendición y abundancia celestial. Entonces te parescerán estiércol las casas vestidas de preciosos mármoles, y los maderamientos guarnescidos de oro, cuando entiendas que tú eres el que principalmente conviene ser adornado, y que ésa es mucho mejor casa, en la cual (como en un templo vivo) reposa Dios, y donde el Espíritu Sancto tiene hecha su morada. Pintemos pues esta casa, y pintémosla con inocencia, y esclarezcámosla con lumbre y resplandor de justicia. Ésta nunca amenazará caída por antigüedad ni vejez, ni perderá su lustre cuando el oro y el color de les paredes se desfloraren. Caducas son todas las cosas afeitadas y compuestas, y no dan estable firmeza á sus poseedores: porque no son verdadera posesión. Mas ésta permanece con el color siempre vivo, y con honra entera y caridad perdurable: ni puede caer, ni desflorarse, aunque puede con la resurrección de los cuerpos reformarse.

Hasta aquí son palabras de Cipriano.

Pues el que movido por todas las razones y persuasiones que en este libro habemos tratado (entreviniendo en ello el favor y tocamiento de Dios, sin el cual nada se puede bien hacer) desea abrazar este bien tan alabado de la virtud, cómo se haya de hacer, en el libro siguiente se declara.

FIN DEL LIBRO PRIMERO DE LA GUÍA DE PECADORES

LIBRO SEGUNDO

DE LA

GUIA DE PECADORES

EN EL CUAL SE TRATA

DE LA DOCTRINA DE LAS VIRTUDES

DONDE SE PONEN DIVERSOS AVISOS Y DOCUMENTOS

PARA HACER UN HOMBRE VIRTUOSO.

PRÓLOGO

PORQUE no basta persuadir á un hombre que quiera ser virtuoso, si no le enseñamos cómo lo haya de ser: por tanto, ya que en el libro pasado alegamos tantas y tan graves razones para mover nuestro corazón al amor de la virtud, será razón que agora descendamos á la práctica y uso della, dando diversos avisos y documentos que sirvan para hacer á un hombre verdaderamente virtuoso. Y porque (como dice un sabio) la primera virtud es carescer de vicios (después de lo cual puede el hombre insistir en el ejercicio de las virtudes) por tanto repartiremos esta doctrina en dos partes: en la primera de las cuales trataremos de los más comunes vicios que hay, y de sus remedios; y en la segunda de las virtudes. Mas antes que entre en esta materia, pondré primero dos preámbulos que son dos presupuestos muy necesarios para quienquiera que se determine á andar este camino.

DE LA PRIMERA COSA QUE HA DE PRESUPONER EL QUE QUIERE SERVIR Á DIOS.

CAPÍTULO I.

PRIMERAMENTE el que de nuevo se determina de ofrecer al servicio de nuestro Señor y mudar la vida, la primera cosa que le conviene hacer es que sienta bien desta empresa que toma, y la estime en lo que ella meresce. Quiero decir, que entienda que este negocio es el mayor negocio, el mayor tesoro, la mayor empresa y la mayor sabiduría de cuantas hay en el mundo: antes crea que ni hay otro tesoro, ni otra sabiduría, ni otro negocio, sino éste: como lo significó el Profeta, cuando dijo: Aprende, oh Israel, dónde está la prudencia, dónde la fortaleza, dónde el seso y la discreción, para que juntamente veas dónde está la longura de días, y la provisión de todas las cosas, y la lumbre de los ojos, y la paz. Por lo cual con mucha razón dijo el Señor por Hieremías (1): No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el rico en sus riquezas, ni el fuerte en su fortaleza, sino en esto se gloríe el que se quisiere gloriar, que es, saberme á Mí, y conoscerme á Mí: porque aquí está la suma de todos los bienes. Y si alguno fuere consumado entre los hijos de los hombres, y no tuviere este conoscimiento acompañado con la virtud, no tiene de qué se gloriar.

Á esto nos convidan señaladamente todas las Escripturas divinas, que por tantas vías y maneras nos encomiendan y encarescen este negocio; á esto todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra; á esto todas las voces y clamores de la Iglesia; á esto todas las leyes divinas y humanas; á esto los ejemplos de innumerables sanctos que llenos desta lumbre del cielo despreciaron el mundo y abrazaron tan de corazón el propósito de la virtud, que muchos dellos se dejaron arrastrar, y asar en parrillas, y padescer otras mil maneras de tormentos antes que hacer una sola ofensa contra Dios y estar por un solo momento en su des-

(1) Jerem. IX,

gracia. Finalmente, á esto nos llaman y obligan todas las cosas que en el libro precedente habemos tratado, porque todas ellas apellidan virtud y declaran la grandeza de su valor. Cada cosa déstas profundamente considerada basta para declarar la importancia deste negocio, y mucho más todas ellas juntas: para que por aquí entienda el que se determina seguir este partido, cuán grande y cuán gloriosa sea la empresa que ha tomado, y á cuanto es razón que se ponga por ella, como luego se dirá. Éste sea, pues, el primer preámbulo y presupuesto deste negocio.

DE LA SEGUNDA COSA QUE HA DE PRESUPONER EL QUE QUIERE SERVIR Á NUESTRO SEÑOR.

CAPÍTULO II.

EL segundo sea, que (pues el negocio es de tanta dignidad y merescimiento) te ofrezcas á él con un corazón esforzado y aparejado para sufrir todos los encuentros y combates que se te ofrescieren por él, teniéndolo todo en poco por salir con una empresa tan gloriosa: presuponiendo que ninguna cosa grande quiso la naturaleza que hubiese en este mundo que no tuviese un pedazo de dificultad. Porque en el punto que esto determinares, luego la potencia del infierno ha de armar toda su flota contra ti; luego la carne amadora de deleites y mal inclinada dende su nascimiento (después que fué toxicada con el veneno mortífero de aquella ponzoñosa serpiente) te ha de solicitar importunamente y convidar á todos sus acostumbrados pasatiempos y regalos. Luego también la costumbre depravada, no menos poderosa que la misma naturaleza, rehusará esta mudanza, y te la pintará muy dificultosa: porque así como es cosa de gran trabajo sacar un río caudaloso de la madre por do ha corrido muchos años, así lo es también en su manera sacar un hombre del curso por donde la mala costumbre hasta agora le ha llevado, y hacerle tomar otro camino. Luego también el mundo, poderosísima y cruelísima bestia (armada con la autoridad de tantos malos ejemplos como hay en él) acudirá unas veces convidándonos con sus pompas y vanidades; otras, solicitándonos con malos ejemplos y pecados; otras también, desmayándonos con las persecuciones y murmuraciones de los malos: y como si todo esto fuese poco, sobrevendrá también el demonio, astutísimo, poderosísimo y antiquísimo engañador, y hará también lo que suele, que es perseguir más crudamente á los que de nuevo se le declaran por enemigos y rebelan contra él.

Por todas estas partes se te han de mover dificultades y contradicciones, y todo esto has de tener ya tragado y presupuesto:

porque no se te haga nuevo cuando viniere, acordándote de aquel prudente consejo del Sabio que dice (1): Hijo, cuando te llegares á servir á Dios, vive con temor, y apareja tu ánima para la tentación. Y así has de presuponer que no eres aquí llamado á fiestas, á juegos, á pasatiempos: sino á embrazar el escudo, y vestir el arnés, y tomar la lanza para pelear. Porque aunque sea verdad que tengamos muchas y grandes ayudas para este camino (como arriba declaramos) mas con todo esto no se puede negar sino que todavía no falta aquí á los principios un pedazo de dificultad. Lo cual todo debe tener el siervo de Dios ya presupuesto y tragado (porque no se le haga nuevo) teniendo entendido que la joya por que milita es de tan grande precio, que merece esto, y mucho más. Y para que el temor de todos estos enemigos susodichos no te haga desmayar, acuérdate (como arriba dijimos) que muchos más son los que son por ti, que los que son contra ti. Porque aunque de parte del pecado estén todos esos opositores, de parte de la virtud están otros más poderosos que ellos. Porque contra la naturaleza corrompida está (como dijimos) la gracia divina; y contra el demonio, Dios; y contra la mala costumbre, la buena; y contra la muchedumbre de los espíritus malos, la de los buenos; y contra los malos ejemplos y persecuciones de los hombres, los buenos ejemplos y exhortaciones de los sanctos; y contra los deleites y gustos del mundo, los deleites y consolaciones del Espíritu Sancto. Y manifiesta cosa es que más poderoso es cada uno destos opositores, que su contrario. Porque más poderosa es la gracia que la naturaleza, y más poderoso Dios que el demonio, y más poderosos los buenos ángeles que los malos, y finalmente mayores y más eficaces los deleites espirituales que los sensuales, sin comparación.

(1) Eccli. II.

PRIMERA PARTE

DE ESTE SEGUNDO LIBRO

QUE TRATA DE LOS VICIOS Y DE SUS REMEDIOS

DEL FIRME PROPÓSITO QUE EL BUEN CRISTIANO DEBE TENER DE NUNCA HACER COSA QUE SEA PECADO MORTAL.

CAPÍTULO III.

PRESUPUESTOS estos dos preámbulos como fundamentos principales de todo este edificio, la primera y más principal cosa que debe hacer el que de veras se determina ofrescer al servicio de nuestro Señor y al estudio de la virtud, es, plantar en su ánima un firmísimo propósito de nunca hacer cosa que sea pecado mortal: por el cual solo se pierde la amistad y gracia de nuestro Señor, con todos los otros bienes que en el segundo tratado de la penitencia dijimos que por él se perdían. Éste es el fundamento principal de la vida virtuosa: esto es con lo que se conserva la amistad y gracia de Dios y el derecho del reino del cielo: en esto consiste la caridad y la vida espiritual del ánima: esto es lo que hace á los hombres hijos de Dios, templos del Espíritu Sancto y miembros vivos de Cristo, y como tales, participantes de todos los bienes de la Iglesia. Mientras este propósito conservare el ánima, estará en caridad y en estado de salvación; y en faltando esto, luego es raída del libro de la vida, y escripta en el libro de la perdición, y trasladada al reino de las tinieblas.

De suerte que bien mirado este negocio, parece que así como en todas las cosas (así naturales como artificiales) hay substancia y accidentes: entre las cuales cosas hay esta diferencia, que mudados los accidentes, todavía queda la substancia, como gastadas las labores y pinturas de una casa, todavía queda en pie la casa, aunque imperfecta: pero caída la casa (que es como la substancia) no queda en pie cosa alguna: así mientra este sancto propósito estuviere fijo en el ánima, está en

pie la substancia de la virtud: pero faltando éste, ninguna cosa hay que no quede por tierra. La razón desto es porque todo el ser de la vida virtuosa consiste en la caridad, que es amar á Dios sobre todas las cosas: y aquél le ama sobre todas las cosas, que aborresce el pecado mortal sobre todas ellas: porque por solo éste se pierde la caridad y amistad de Dios. Por donde así como la cosa que más contradice al casamiento, es el adulterio: así la cosa que más repugna á la vida virtuosa, es el pecado mortal: porque éste solo mata la caridad en que esta vida consiste.

Ésta es la causa por donde todos los sanctos mártires se dejaron padescer tan horribles tormentos: por esto se permitieron asar, y desollar, y arrastrar, y atenazar, y despedazar, por no cometer un pecado mortal con que estuviesen un punto fuera de la amistad y gracia de Dios: porque bien sabían ellos que acabando de pecar se podían arrepentir de su pecado y alcanzar perdón dél (como lo hizo Sant Pedro acabando de negar) mas con todo esto escogieron antes pasar por todos los tormentos del mundo, que estar por espacio de un credo en desgracia deste Señor.

Entre los cuales ejemplos son muy señalados los de tres mujeres: una del Testamento viejo, madre de siete hijos, y dos del nuevo, llamadas Felícitas y Sinforosa, madres también cada cual de otros siete: las cuales todas se hallaron presentes á los tormentos y martirios dellos: y viéndolos despedazar ante sus ojos, no sólo no desmayaron con este tan doloroso espectáculo, mas antes ellas los estuvieron esforzando y animando á morir constantísimamente por la fe y odediencia de Dios: y así ellas juntamente con ellos murieron con grande ánimo por esta causa.

Mas no sé si anteponga á estos tan ilustres ejemplos uno que escribe S. Hierónimo en la vida de S. Pablo, primer ermitaño, de un sancto mancebo, al cual después de intentados otros muchos medios, quisieron los tiranos cuasi por fuerza hacer ofender á Dios. Y para esto le hicieron acostar de espaldas y desnudo en una cama blanda, á la sombra de los árboles de un jardín muy fresco, atándole con unas muy blandas ataduras pies y manos para que ni pudiese huir ni defenderse. Y esto hecho enviaron una mala mujer muy bien ataviada para que usase de todos los medios posibles con que venciese la virtud y constancia del sancto mancebo. Pues ¿qué haría aquí el caballero de Cris-

to? ¿Qué medio tomaría para evitar tan grande deshonra, donde el cuerpo estaba desnudo, y atados los pies y las manos? Mas con todo esto no faltó aquí la virtud del cielo y la presencia del Espíritu Sancto: el cual le inspiró que para defenderse del presente peligro, hiciese una cosa la más nueva y extraña de todas cuantas hasta hoy están escriptas en historias de griegos y de latinos. Porque el sancto mancebo con la grandeza del temor de Dios y aborrescimiento del pecado se cortó la lengua con sus proprios dientes (que solos libres tenía) y la escupió en la cara de la deshonesta mujer: y así espantó y despidió de sí á ella con tan extraño hecho, y templó el natural encendimiento de su carne con la fuerza deste dolor. Esto basta para que por aquí en breve se vea el grado en que todos los sanctos aborrescieron un pecado mortal. Donde también pudiera contar otros que desnudos se revolcaron entre las zarzas y espinas, y otros en medio del invierno entre las pellas de nieve, para resfriar los fuegos de la carne atizados por el enemigo.

Pues el que quisiere caminar por este camino, procure de fijar en su ánima este firme propósito, estimando en más (como justo apreciador de las cosas) la amistad de Dios, que todos los tesoros del mundo: dejando perder lo menos por lo más cuando se ofreciere ocasión para ello. En esto funde su vida, á esto ordene todos sus ejercicios, esto pida al Señor en todas sus oraciones, para esto frecuente los Sacramentos, esto saque de los sermones y de los buenos libros que leyere, esto aprenda de la fábrica y hermosura de todas las criaturas deste mundo, este fructo señaladamente coja de la pasión de Cristo y de todos los otros beneficios divinos (que es no ofender á quien tanto debe) y conforme á la firmeza deste sancto temor y propósito mida la cuantidad de su aprovechamiento, estimándose por más ó menos aprovechado cuanto más ó menos tuviere de la firmeza deste propósito.

Y así como el que quiere hincar un clavo muy fuertemente, no se contenta con darle una, ni dos, ó tres martilladas, sino añade otra y otras muchas más, hasta cansar: así él no se contente con este propósito así como quiera, sino cada día trabaje por tomar ocasión de cuantas cosas viere, oyere, leyere, ó meditare: para criar más y más amor de Dios, y más aborrescimiento del pecado, porque cuanto más cresciere en este aborrescimiento,

tanto más aprovechará en aquel amor divino, y por consiguiente en toda virtud.

Y para estar más firme en esto persuádase y crea firmemente que si todos cuantos desastres y males de pena ha habido en el mundo, dende que Dios lo crió hasta hoy, y cuantas penas en el infierno padescen cuantos condenados hay en él, se pusiesen juntas en una balanza, y un pecado mortal en la otra, sin comparación es mayor mal solo este pecado, y más digno de ser huído que todas aquéllas: puesto caso que la ceguedad y tinieblas horribles deste Egipto no lo platican así, sino de otra muy diferente manera. Mas no es mucho que ni los ciegos vean este tan grande mal, ni los muertos sientan esta tan grande lanzada: pues no es dado á los ciegos ver cosa alguna, por grande que sea, ni á los muertos sentir herida alguna, aunque sea mortal.

§. I.

Pues como en este segundo libro se trate de la doctrina de la virtud (cuyo contrario es el pecado) la primera parte dél se empleará en tratar del aborrescimiento del pecado, y señaladamente de sus remedios: porque arrancadas del alma estas malas raíces, fácil cosa será plantar en su lugar las plantas de las virtudes, de las cuales se trata en la segunda parte dél. Y no sólo se tratará aquí de los pecados mortales, sino también de los veniales: no porque éstos quiten la vida al ánima, sino porque la relajan y enflaquecen, y así disponen para la muerte della. Y por esta misma causa se trata aquí también de aquellos siete vicios que comúnmente se llaman capitales ó mortales (que son cabezas y raíces de todos los otros) no porque siempre sean mortales, sino porque muchas veces lo pueden ser: cuando por ellos se viene á quebrantar alguno de los mandamientos de Dios ó de la Iglesia, ó se hace algo contra la caridad.

Servirá esta doctrina para que el que se viere muy tentado y acosado de algún vicio, acuda á ella como á una espiritual botica, y entre diversas medicinas y remedios que aquí se señalan, escoja el que más hiciere á su propósito. Verdad es que entre estos remedios unos hay generales contra todo género de vicios (de los cuales tratamos en el Memorial de la Vida Cristiana, donde se pusieron quince ó dieciseis maneras de remedios contra el pecado)

otros hay particulares, contra particulares vicios, como contra la soberbia, avaricia, ira &c. Y destos trataremos en este lugar, aplicando á cada manera de vicio su remedio, y proveyendo de armas espirituales contra él.

Mas aquí es mucho de notar que para esta batalla no tenemos tanta necesidad, ni de brazos para pelear, ni de pies para huir, cuanta de ojos para considerar: porque éstos son los principales instrumentos y armas desta milicia, que no es contra carne y sangre, sino contra los perversos demonios, que son criaturas espirituales. La razón desto es, porque la primera raíz de todo pecado es el error y engaño del entendimiento, que es el consejero de la voluntad. Por lo cual procuran siempre nuestros adversarios de pervertir el entendimiento: porque pervertido éste, luego es pervertida la voluntad, que se rige por él. Por esto trabajan de vestir el mal con color de bien, y vender el vicio debajo de imagen de virtud, y encubrir de tal manera la tentación, que no parezca tentación, sino razón. Porque si nos quieren tentar de ambición, de avaricia, ó de ira y deseos de venganza, procuran de hacernos entender que está en razón desear lo que deseamos, y que sería contra razón hacer otra cosa: encubriendo el lazo de la tentación con la capa de la razón, para que así puedan mejor engañar aun á aquellos que se rigen por razón. Pues para esto es necesario que el hombre tenga ojos con que vea el anzuelo debajo del cebo, y no se engañe con la imagen y aparencia sola del bien.

También son necesarios ojos para ver la malicia, la fealdad, el peligro y los daños y inconvenientes que consigo trae el vicio de que somos tentados, para que con esto se refrene nuestro apetito y tema de gustar lo que gustado le ha de causar la muerte. Por donde aquellos misteriosos animales de Ezequiel (1), que son figura de los sanctos varones, con tener los otros miembros sencillos, estaban por todas partes llenos de ojos: para dar á entender cuánta necesidad tienen los siervos de Dios destos espirituales ojos para defenderse de los vicios. Deste remedio, pues, principalmente usaremos en esta materia, con el cual también juntaremos todos los otros que parescieren necesarios, como en el proceso se verá.

(1) Ezech. IX.

REMEDIOS CONTRA LA SOBERBIA.

CAPÍTULO IV.

HABIENDO pues de tratar en esta primera parte de los vicios y de sus remedios, comenzaremos por aquellos siete que se llaman capitales, porque son cabezas y fuentes de todos los otros. Porque así como cortada la raíz de un árbol se secan luego todas las ramas que recibían vida de la raíz, así cortadas estas siete universales raíces de todos los vicios, luego cesarán todos los otros vicios que destas raíces procedían. Por esta causa Casiano escribió con tanta diligencia ocho libros contra estos vicios (lo cual también han hecho con mucho estudio otros muy graves autores) por tener muy bien entendido que vencidos estos enemigos, no podrían levantar cabeza todos los otros.

La razón desto es, porque todos los pecados (como dice Sancto Tomás) originalmente nascen del amor proprio: porque todos ellos se cometen por cobdicia de algún bien particular que este amor proprio nos hace desear. Deste amor nascen aquellas tres ramas que dice S. Juan en su Canónica (1), que son: cobdicia de la carne, cobdicia de los ojos y soberbia de la vida, que por términos más claros son: amor de deleites, amor de hacienda y amor de honra; porque estos tres amores proceden de aquel primer amor. Pues del amor de los deleites nascen tres vicios capitales, que son: lujuria, gula y pereza. Del amor de la honra nasce la soberbia, y del amor de la hacienda el avaricia. Mas los otros dos vicios, que son ira y envidia, sirven á cualquiera destos malos amores, porque la ira nasce de impedirnos cualquiera destas cosas que deseamos; y la envidia de quienquiera que nos gana por la mano y alcanza aquello que el amor proprio quisiera antes para sí que para sus vecinos. Pues como éstas sean las tres uni-

(1) I Joan. II.

versales raíces de todos los males, de las cuales proceden estos siete vicios; de aquí es que, vencidos estos siete, queda luego el escuadrón de todos los otros vencido. Por lo cual todo nuestro estudio se ha de emplear agora en pelear contra estos tan poderosos gigantes, si queremos quedar señores de todos los otros enemigos que nos tienen ocupada la tierra de promisión.

Entre los cuales el primero y más principal es la soberbia, que es apetito desordenado de la propria excelencia. Ésta dicen los sanctos que es la madre y reina de todos los vicios: y por tanto, con mucha razón aquel sancto Tobías, entre otros avisos que daba á su hijo, le daba éste, diciendo (1): Nunca permitas que la soberbia tenga señorío sobre tu pensamiento, ni sobre tus palabras: porque della tomó principio toda nuestra perdición. Pues cuando este pestilencial vicio tentare tu corazón, puedes ayudarte contra él de las armas siguientes:

Primeramente considera aquel espantoso castigo con que fueron castigados aquellos malos ángeles que se ensoberbecieron; pues en un punto fueron derribados del cielo y echados en los abismos. Mira, pues, cómo este vicio escureció al que resplandecía más que las estrellas del cielo: y al que era no solamente ángel, mas muy principal entre los ángeles, hizo no solamente demonio, mas el peor de todos los demonios. Pues si esto se hizo con los ángeles, ¿qué se hará contigo, polvo y ceniza? Porque Dios no es contrario á sí mismo, ni aceptador de personas, mas así en el ángel como en el hombre le descontenta la soberbia, y le agrada la humildad. Por lo cual dice Sant Augustín: La humildad hace de los hombres ángeles, y la soberbia de los ángeles demonios. Y Sant Bernardo dice: La soberbia derriba de lo más alto hasta lo más bajo, y la humildad levanta de lo más bajo hasta lo más alto. El ángel ensoberbeciéndose en el cielo, cayó en los abismos; y el hombre, humillándose en la tierra, es levantado sobre las estrellas del cielo.

Juntamente con este castigo de la soberbia considera el ejemplo de aquella inestimable humildad del Hijo de Dios, que por ti tomó tan baja naturaleza, y por ti obedeció al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz. Pues aprende, hombre, á obedecer; aprende, tierra, á estar debajo de los pies; aprende, polvo, á te-

(1) Tob. IV.

nerte en nada; aprende, oh cristiano, de tu Señor y tu Dios, que fué manso y humilde de corazón. Si te desprecias de imitar el ejemplo de los otros hombres, no te desprecies de imitar el de Dios, el cual se hizo hombre, no solamente para redimirnos, mas también para humillarnos.

Pon tambien los ojos en ti mismo: porque dentro de ti hallarás cosas que te prediquen humildad. Considera pues lo que fuiste antes de tu nascimiento, y lo que eres agora después de nascido, y lo que serás después de muerto. Antes que nacieses, eras una materia sucia, indigna de ser nombrada: agora eres un muladar cubierto de nieve, y después serás manjar de gusanos. Pues ¿de qué te ensoberbeces, hombre, cuyo nascimiento es culpa, cuya vida es miseria, y cuyo fin es podre y corrupción? Si te ensoberbeces por el resplandor de los bienes temporales que posees, espera un poco, vendrá la muerte, la cual nos hará iguales á todos. Porque como todos nascimos iguales (cuanto á la condición natural) así todos moriremos iguales por la común necesidad: salvo que después de la muerte tendrán más de que dar cuenta los que tuvieron más. Conforme á lo cual dice S. Crisóstomo: Mira con atención las sepulturas de los muertos, y busca en ellos algún rastro de la magnificencia con que vivieron, ó de las riquezas y deleites que gozaron. Dime: ¿dónde están allí los atavíos y vestiduras preciosas? ¿dónde los pasatiempos y recreaciones? ¿dónde la compañía y muchedumbre de los criados? Acabáronse los gastos de los banquetes, las risas, los juegos y el alegría mundana. Llégate más de cerca al sepulcro de cada uno dellos, y no hallarás más que polvo y ceniza, gusanos y huesos hediondos. Éste, pues, es el fin de los cuerpos, dado que en muchos placeres y regalos se hayan criado. Y pluguiese á Dios que todo el mal parase en solo esto. Pero mucho más es para temer lo que después desto se sigue, que es el temeroso tribunal del juicio divino, la sentencia que allí se dará, el llanto y crugir de dientes, y las tinieblas sin remedio, y los gusanos roedores de la consciencia que nunca mueren, y el fuego que nunca se apagará.

Considera también el peligro de la vanagloria, hija de la soberbia, de la cual dice S. Bernardo que livianamente vuela y livianamente penetra, mas no hace liviana herida. Por lo cual si alguna vez los hombres te alabaren y honraren, debes luego mi-

rar si caben en ti esas cosas de que eres alabado, ó no. Porque si nada deso cabe en ti, ninguna cosa tienes de que te gloriar. Mas si por ventura cabe en ti, di luego con el Apóstol: Por la gracia de Dios soy lo que soy. Así que no te debes por eso ensoberbecer, sino humillar y dar la gloria á Dios, á quien debes todo lo que tienes, porque no te hagas indigno dello: pues es cierto que así la honra que te hacen como la causa por que la hacen, es de Dios. Por donde todo el favor que á ti aproprias, á Él lo hurtas. Pues ¿qué siervo puede ser más desleal que el que hurta la gloria á su Señor? Mira también cuán gran desvarío sea pesar tu valía con el parecer de los hombres, en cuya mano está inclinar la balanza á la parte que quisieren, y quitarte de aquí á poco lo que agora te dan, y deshonrarte los que agora te honran. Si pones tu estima en sus lenguas, unas veces serás grande, otras pequeño, otras nada, como quisieren las lenguas de los hombres mudables. Por lo cual nunca jamás debes medirte por loores ajenos, sino por lo que tú sabes de ti: y aunque los otros te levanten hasta el cielo, mira lo que de ti te dice tu consciencia, y cree más á ti que te conosces mejor, que á los otros que te miran de lejos y juzgan como por oídas. Déjate, pues, de los juicios de los hombres, y deposita tu gloria en las manos de Dios, el cual es sabio para guardarla y fiel para restituirla.

Piensa también, hombre ambicioso, á cuánto peligro te pones deseando mandar á otros. Porque ¿cómo podrás mandar á otros, no habiendo primero obedecido á ti? ¿Cómo darás cuenta de muchos, pues apenas la puedes dar de ti solo? Mira el peligro grande á que te pones, añadiendo los pecados de tus súbditos á los tuyos, que se asientan á tu cuenta. Por lo cual dice la Escriptura (1) que se hará durísimo juicio contra los que tienen cargos de justicia, y que los poderosos poderosamente serán atormentados. Mas ¿quién podrá declarar los trabajos grandes en que viven los que tienen cargo de muchos? Esto declaró muy bien un rey que habiendo de ser coronado, primero que le pusiesen la corona en la cabeza, la tomó en las manos, y la tuvo así por un poco de espacio diciendo: ¡Oh corona, corona, más preciosa que dichosa: lo cual si alguno bien conociese, aunque te hallase en el suelo, no te levantaría!

(1) Sap. VI.

Considera también, oh soberbio, que á nadie contentas con tu soberbia: no á Dios, á quien tienes por contrario, porque Él resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia (1): no á los humildes, porque éstos claro está que aborrecen toda altivez y soberbia: ni tampoco á los otros soberbios tus semejantes, porque por las mismas razones que tú te levantas, ellos te aborrecen, porque no quieren ver otro mayor que á sí. Ni aun á ti mismo contentarás en este mundo, si tornando en ti conocieres tu vanidad y locura: y mucho menos en el otro, cuando por tu soberbia perpetuamente padecerás. Por lo cual dice Dios por S. Bernardo: Oh hombre, si bien te conocieses, de ti te descontentarías, y á Mí agradarías: mas porque no conoces á ti, estás ufano en ti, y descontentas á Mí. Vendrá tiempo cuando ni á Mí ni á ti contentarás: á Mí no, porque pecaste: y á ti tampoco, porque arderás para siempre. Á solo el diablo parece bien tu soberbia: el cual por ella de graciosísimo ángel se hizo abominable demonio: y por esto naturalmente huelga con su semejante.

Ayudará también para humillarte considerar cuán pocos servicios y méritos tienes delante de Dios, que sean puros y verdaderos servicios: porque muchos vicios hay que tienen imagen de virtudes: y muchas veces la vanagloria destruye la obra que de suyo es buena: y muchas veces á los ojos de Dios es escuro lo que á los de los hombres parece claro. Otros son los pareceres de aquel rectísimo juez, que los nuestros: al cual desagrada menos el pecador humilde, que el justo soberbio: aunque éste no se pueda llamar justo si es soberbio. Y si por ventura tienes hechas algunas buenas obras, acuérdate que por ventura serán más las malas que las buenas. Y esas buenas que heciste, por ventura fueron hechas con tantos defectos y friezas, que quizá tienes más razón de pedir por ellas perdón que galardón. Por lo cual dijo Sant Gregorio: ¡Ay de la vida virtuosa si la juzgare Dios poniendo aparte su piedad! Porque por las mismas cosas con que piensa que agrada, puede ser que por ésas sea confundida: porque nuestros males son puramente males: mas nuestros bienes no siempre son puramente bienes, porque muchas veces van acompañados con muchas imperfecciones. Por lo cual más razón tienes para temer tus buenas obras, que para preciarte de-

(1) I Petr. IV.

llas, como lo hacía aquel sancto Job (1) que decía: Temía yo todas mis obras, sabiendo que no perdonas al delincuente.

De otros más particulares remedios contra la soberbia.

§. I.

Mas porque así como el principal fundamento de la humildad es el conoscimiento de sí mismo, así el de la soberbia es la ignorancia de sí mismo: por tanto el que desea de verdad humillarse, trabaje por conocerse, y así se humillará. Porque ¿cómo no humillará sus pensamientos el que mirándose sin lisonja á la luz de la verdad, se halla lleno de pecados, sucio con las heces de los deleites carnales, envuelto en mil errores, espantado con mil vanos temores, cercado de muchas perplejidades, cargado con el peso del cuerpo mortal, tan fácil para todo lo malo y tan pesado para todo lo bueno? Por tanto, si diligentemente y con atención te mirares, verás claramente cómo no tienes por qué ensoberbecerte.

Mas algunos hay que aunque mirando á sí se humillan, mirando á los otros se ensoberbecen, haciendo comparación de sí á ellos, y hallándose mejores que ellos. Los que por esta vía se levantan y presumen de sí, debrían considerar que dado caso que en alguna cosa sean mayores que los otros: pero todavía, si bien se conoscieren, en muchas cosas se hallarán menores. Pues ¿porqué presumes de ti y desprecias á tu prójimo, por ser más abstinente ó mayor trabajador que él, pues él por ventura (aunque no tenga eso) será más humilde, ó más prudente, ó más paciente, ó más caritativo que tú? Por tanto mayor cuidado debes tener de mirar lo que te falta, que lo que tienes: y las virtudes que el otro tiene, que las que tienes tú: porque este pensamiento te conservará en humildad, y despertará en ti el deseo de la perfección. Mas si por el contrario pones los ojos en lo que tú tienes y en lo que á los otros falta, tenerte has en más que ellos, y hacerte has negligente en el estudio de la virtud. Porque pareciéndote por comparación de los otros que eres algo, vendrás á

(1) Job. IX.

estar contento de ti mismo y á perder el deseo de pasar adelante.

Si por alguna buena obra sintieres que tu pensamiento se levanta, entonces has de mirar más por ti: porque el contentamiento de ti mismo no destruya la buena obra que heciste, y la vanagloria (pestilencia de las buenas obras) no la corrompa. Mas sin atribuir cosa alguna á tus merecimientos, agradécelo todo á la divina clemencia, y reprime tu soberbia con las palabras del Apóstol, que dice (1): ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿porqué te glorías como si nada recibieras? Las buenas obras que sin obligación y para más perfección haces (si no eres prelado) trabaja por esconderlas de tal manera que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha (2): porque la vanagloria muy fácilmente acomete las obras que se hacen en descubierto. Cuando vieres que tu corazón se comienza á levantar, luego debes aplicar el remedio: y éste será traer á la memoria tus pecados, y especialmente el mayor ó los mayores dellos, y desta manera con una ponzoña curarás otra, como hacen los médicos. De suerte que mirando como el pavón la más fea cosa que en ti tienes, luego desharás la rueda de tu vanidad.

Cuanto mayor fueres, tanto te debes tratar más húmilmente: porque si en la verdad eres bajo, no es mucho que seas humilde: pero si eres grande y honrado, y con todo eso te humillas, alcanzarás una muy rara y muy grande virtud: porque la humildad en la honra es honra de la misma honra, y dignidad de la dignidad: y si ésta falta, piérdese esa misma dignidad.

Si deseas alcanzar la virtud de la humildad, sigue el camino de la humillación: porque si no quieres ser humillado, nunca llegarás á ser humilde. Y puesto que muchos se humillan, que en la verdad no son humildes, todavía no hay dubda sino que (como dice muy bien Sant Bernardo) la humillación es camino para la humildad, así como la paciencia para la paz y el estudio para la sabiduría. Obedece, pues, húmilmente á Dios, y (como dice Sant Pedro) á toda humana criatura por amor de Dios.

Tres temores quiere S. Bernardo que moren siempre en nuestro corazón: uno cuando tienes gracia, y otro cuando la perdiste, y otro cuando la tornas á cobrar. Teme cuando estás en

(1) I Cor. IV. (2) Matth. VI.

gracia, porque no hagas alguna cosa indigna della. Teme cuando la pierdes, porque faltando ella, quedas tú desamparado de la guarda que te defendía. Y teme si después de perdida la cobrares, porque no la tornes á perder. Y temiendo desta manera, no presumirás de ti, estando lleno de temor de Dios.

Ten paciencia en todas tus persecuciones: porque en el sufrimiento de las injurias se conoce el verdadero humilde. No desprecies los pobres y necesitados: porque á la miseria del prójimo más se debe compasión que menosprecio. Procura que tus vestidos no sean curiosos: porque quien ama mucho el vestido precioso, no siempre tiene el corazón humilde, y respecto tiene el que esto hace á los ojos de los hombres, pues no los viste sino cuando puede ser visto. Pero juntamente mira no sea el vestido más vil de lo que te conviene: porque huyendo de la gloria no la procures: como hacen muchos que quieren agradar á los hombres, mostrando que no hacen caso de les agradar: y así, huyendo las alabanzas, astutamente las procuran. Tampoco has de despreciar los oficios bajos: porque el verdadero humilde no huye de los servicios humildes como indignos de su persona: mas antes de su propria voluntad se ofrece á ellos, como quien en sus ojos se tiene por bajo.

CAPÍTULO V.

Avaricia es desordenado deseo de hacienda. Por lo cual con razón es tenido por avariento no sólo el que roba, sino también el que desordenamente cobdicia las cosas ajenas, ó desordenadamente guarda las suyas. Este vicio condena el Apóstol cuando dice (1): Los que desean ser ricos, caen en tentaciones y lazos del demonio y en muchos deseos inútiles y dañosos que llevan los hombres á la perdición. Porque la raíz de todos los males es cobdicia. No se podía más encarecer la malicia deste vicio que con esta palabra: pues por ella se da á entender que quien á este vicio está subjecto, de todos los otros es esclavo.

Pues cuando este vicio tentare tu corazón, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes. Primeramente considera, oh avariento, que tu Señor y tu Dios cuando descendió del cielo á este mundo, no quiso poseer estas riquezas que tú deseas: antes de tal manera amó la pobreza, que quiso tomar carne de una virgen pobre y humilde, y no de una reina muy alta y muy poderosa. Y cuando nasció no quiso ser aposentado en grandes palacios, ni echado en cama blanda, ni en cunas delicadas, sino en un vil y duro pesebre sobre unas pajas. Después desto, en cuanto en esta vida vivió, siempre amó la pobreza y despreció las riquezas: pues para sus embajadores y apóstoles escogió, no príncipes ni grandes señores, sino unos pobres pescadores. Pues ¿qué mayor abusión que querer ser rico el gusano, siendo por él tan pobre el Señor de todo lo criado?

Considera también cuánta sea la vileza de tu corazón: pues siendo tu ánima criada á imagen de Dios, y redemida por su sangre (en cuya comparación es nada todo el mundo) la quieres per-

(1) I Tim. VI.

der por un poco de interese. No diera Dios su vida por todo el mundo, y dióla por el ánima del hombre: luego de mayor valor es un ánima que todo el mundo. Las verdaderas riquezas no son oro, ni plata, ni piedras preciosas: sino las virtudes que consigo trae la buena consciencia. Pon aparte la falsa opinión de los hombres, y verás que no es otra cosa oro y plata, sino tierra blanca y amarilla, que el engaño de los hombres hizo preciosas. Lo que todos los filósofos del mundo despreciaron, ¿tú, discípulo de Cristo, llamado para mayores bienes, tienes por cosa tan grande, que te hagas esclavo della? Porque (como dice S Hierónimo) aquél es siervo de las riquezas que las guarda como siervo: mas quien de sí sacudió este yugo, repártelas como señor.

Mira también que (como el Salvador dice) nadie puede servir á dos señores: que son, Dios y las riquezas: y que no puede el ánimo del hombre libremente contemplar á Dios, si anda la boca abierta tras las riquezas del mundo. Los deleites espirituales huyen del corazón ocupado en los temporales, y no se podrán juntar en uno las cosas vanas con las verdaderas, las altas con las bajas, las eternas con las temporales, y las espirituales con las carnales, para que puedas juntamente gozar de las unas y de las otras. Considera otrosí que cuanto más prósperamente te suceden las cosas terrenas, tanto por ventura eres más miserable: por el motivo que aquí se te da de fiarte de esa falsa felicidad que se te ofrece. ¡Oh, si supieses cuánta desventura trae consigo esa pequeña prosperidad! El amor de las riquezas más atormenta con su deseo, que deleita con su uso; porque enlaza el ánima con diversas tentaciones, enrédala con muchos cuidados, convídala con vanos deleites, provócala á pecar, é impide su quietud y reposo. Y sobre todo esto nunca las riquezas se adquieren sin trabajo, ni se poseen sin cuidado, ni se pierden sin dolor: mas lo peor es que pocas veces se alcanzan sin ofensas de Dios, porque (como dice el proverbio) el rico, ó es malo, ó heredero de malo.

Considera otrosí cuán gran desatino sea desear continuamente aquellas cosas que aunque todas se junten en uno, es cierto que no pueden hartar tu apetito, mas antes lo atizan y acrecientan, así como el beber al hidrópico la sed: porque por mucho que tengas, siempre cobdicias lo que te falta, y siempre estás sospirando por más. De suerte que discurriendo el triste corazón por las cosas del mundo, cánsase, y no se harta; bebe, y no apaga la

sed, porque no hace caso de lo que tiene, sino de lo que podría más haber; y no menos molestia tiene por lo que no alcanza, que contentamiento por lo que posee: ni se harta más de oro que su corazón de aire. De lo cual con mucha razón se maravilla Sant Augustín diciendo: ¿Qué cobdicia es ésta tan insaciable de los hombres, pues aun los brutos animales tienen medida en sus deseos? Porque entonces cazan, cuando padecen hambre: mas cuando están hartos, luego dejan de cazar. Sola la avaricia de los ricos no pone tasa en sus deseos: ca siempre roba, y nunca se harta.

Considera también que donde hay muchas riquezas, también hay muchos que las consuman, muchos que las gasten, muchos que las desperdicien y hurten. ¿Qué tiene el más rico del mundo de sus riquezas que lo necesario para la vida? Pues desto te podrías descuidar, si pusieses tu esperanza en Dios y te encomendases á su providencia: porque nunca desamparó á los que esperan en Él: porque quien hizo al hombre con necesidad de comer, no consentirá que perezca de hambre. ¿Cómo puede ser que manteniendo Dios á los pajaricos y vestiendo los lirios, desampare al hombre, mayormente siendo tan poco lo que basta para remedio de la necesidad? La vida es breve, y la muerte se apresura á más andar: ¿que necesidad tienes de tanta provisión para tan corto camino? ¿Para qué quieres tantas riquezas, pues cuantas menos tuvieres, tanto más libre y desembarazado caminarás? Y cuando llegares al fin de la jornada, no te irá menos bien, si llegares pobre, que á los ricos que llegarán más cargados; sino que acabado el camino, te quedará menos que sentir lo que dejas, y menos de que dar cuenta á Dios: como quiera que los muy ricos al fin de la jornada, no sin grande angustia dejarán los montones de oro que mucho amaron, y no sin mucho peligro darán cuenta de lo mucho que poseyeron.

Considera otrosí, oh avariento, para quién amontonas tantas riquezas; pues es cierto que, así como veniste á este mundo desnudo, así también has de salir dél. Pobre naciste en esta vida, pobre la dejarás. Esto debrías pensar muchas veces; porque como dice Sant Hierónimo, fácilmente desprecia todas las cosas quien se acuerda que ha de morir. En el artículo de la muerte dejarás todos los bienes temporales, y llevarás contigo solamente las obras que heciste, buenas ó malas: donde perderás todos los bienes celestiales, si teniéndolos en poco en cuanto viviste, todo tu

trabajo empleaste en los temporales. Porque tus cosas serán entonces divididas en tres partes: el cuerpo se entregará á los gusanos, el ánima á los demonios, y los bienes temporales á los herederos, que por ventura serán desagradecidos, ó pródigos, ó malos. Pues luego mejor será, según el consejo del Salvador, distribuirlos á pobres, que te los lleven delante (como hacen los grandes señores cuando caminan, que envían delante sus tesoros) porque ¿qué mayor desatino que dejar tus bienes adonde nunca tornarás, y no enviarlos adonde para siempre vivirás?

Considera también que aquel soberano gobernador del mundo (como un prudente padre de familia) repartió los cargos y los bienes de tal manera, que á unos ordenó para que rigiesen, y otros para que fuesen regidos: unos para que distribuyesen lo necesario, y otros para que lo recibiesen. Y pues tú eres uno de los que están puestos para despensero de la hacienda que á ti sobra, ¿parécete que te será lícito guardar para ti solo lo que recibiste para muchos? Porque, como dice Sant Basilio, de los pobres es el pan que tú encierras, y de los desnudos el vestido que tú escondes, y de los miserables el dinero que tú entierras. Pues sabe cierto que á tantos hurtaste sus bienes, á cuantos pudieras aprovechar con lo que á ti sobraba, y no aprovechaste. Por tanto, mira que los bienes que de Dios recibiste, son remedios de la miseria humana y no instrumentos de mala vida. Mira, pues, que sucediéndote todas las cosas prósperamente no te olvides de quien te las da: ni de los remedios de la miseria agena hagas materia de vanagloria. No quieras, oh hermano, amar el destierro más que la patria: ni de los aparejos y provisiones para caminar hagas estorbos del camino: ni amando mucho la claridad de la luna, desprecies la luz del mediodía: ni conviertas los socorros de la vida presente en materia de muerte perpetua. Vive contento con la suerte que tienes, acordándote que dice el Apóstol (1): Teniendo suficiente mantenimiento y ropa con que nos cubramos, con esto estemos contentos. Porque (como dice Sant Crisóstomo) el siervo de Dios no se ha de vestir ni para parecer bien, ni para regalo de su carne, sino para cumplir con su necesidad. Busca primero el reino de Dios y su justicia, y todas las otras cosas te serán concedidas: porque Dios, que te quie-

(1) I Tim. VI.

re dar las cosas grandes, no te negará las pequeñas. Acuérdate que no es la pobreza virtud, sino el amor de la pobreza. Los pobres que voluntariamente son pobres, son semejantes á Cristo, que siendo rico por nosotros se hizo pobre. Mas los que viven en pobreza necesaria, y la sufren con paciencia, y desprecian las riquezas que no tienen, desa pobreza necesaria hacen virtud. Y así como los pobres con su pobreza se conforman con Cristo, así los ricos con sus limosnas se reforman para Cristo: porque no solamente los pobres pastores hallaron á Cristo, mas también los sabios y poderosos, cuando le ofrecieron sus tesoros. Pues tú que tienes bastante hacienda, da limosna á los pobres: porque dándola á ellos, la recibe Cristo. Y ten por cierto que en el cielo (donde ha de ser tu perpetua morada) te está guardado lo que agora les dieres: mas si en esta tierra escondieres tus tesoros, no esperes hallar nada donde nada pusiste. Pues ¿cómo se llamarán bienes del hombre los que no puede llevar consigo, antes los pierde contra su voluntad? Mas por el contrario, los bienes espirituales son verdaderamente bienes, pues no desamparan á su dueño, aun en su muerte, ni nadie se los puede quitar, si él no quisiere.

Que no debe nadie retener lo ajeno.

§. I.

ACERCA deste pecado conviene avisar del peligro que hay en retener lo ajeno. Para lo cual es de saber que no sólo es pecado tomar lo ajeno, sino tambien retenerlo contra la voluntad de cuyo es. Y no basta que tenga el hombre propósito de restituir adelante, si luego puede: porque no sólo tiene obligación á restituir, sino también á luego restituir: verdad es que si no pudiese luego, ó del todo no pudiese, por haber venido á gran pobreza, en tal caso no sería obligado á uno ni á otro, porque Dios no obliga á lo imposible.

Para persuadir esto, no me parece hay necesidad de más palabras que de aquellas que S. Gregorio escribe á un caballero, diciendo: Acuérdate, señor, que las riquezas mal habidas se han de quedar acá, y el pecado que hicieres en haberlas así, ha

de ir contigo allá. Pues ¿qué mayor locura que quedarse acá el provecho, y llevar contigo el daño, y dejar á otro el gusto, y tomar para ti el tormento, y obligarte á penar en la otra vida por lo que otros hayan de lograr en ésta?

Y demás desto, ¿qué mayor desatino que tener en más tus cosas que á ti mismo, y padescer detrimento en el ánima por no padecerlo en la hacienda, y poner el cuerpo al golpe del espada por no recibirlo en la capa? Y allende desto, ¡qué tan cerca está de parescer á Judas el que por un poco de dinero vende la justicia, la gracia y su misma ánima! Y finalmente, si es cierto (como lo es) que á la hora de la muerte has de restituir, si te has de salvar, ¿qué mayor locura que habiendo en cabo de pagar lo que debes, querer estar de aquí allá en pecado, y acostarte en pecado, y levantarte en pecado, y confesar y comulgar en pecado, y perder todo lo que pierde el que está en pecado, que vale más que todo el interese del mundo? No paresce que tiene juicio de hombre el que pasa por tan grandes males.

Trabaja pues, hermano, por pagar muy bien lo que debes, y por no hacer agravio á nadie. Procura también que no duerma en tu casa el trabajo y sudor de tu jornalero. No le hagas ir y venir muchas veces y echar tantos caminos por cobrar su hacienda, que trabaje más en cobrarla que en ganarla, como muchas veces acaesce con la dilación de los malos pagadores. Si tienes testamentos que cumplir, mira no defraudes las ánimas de los defunctos de su debido socorro, porque no paguen la culpa de tu negligencia con la dilación de su pena, y después cargue todo sobre tu ánima. Si tienes criados á quien debas, trabaja por tener muy asentadas y claras sus cuentas, y desembarázate (ó á lo menos declárate muy bien con ellos) en la vida, para no dejar después marañas en la muerte. Lo que tú pudieres cumplir de tu testamento, no lo dejes á otros ejecutores: porque si tú eres descuidado en tus cosas proprias, ¿cómo crees que serán los otros diligentes en las ajenas?

Préciate de no deber nada á nadie, y así tendrás el sueño quieto, la consciencia reposada, la vida pacífica y la muerte descansada. Y para que puedas salir con esto, el medio es que pongas freno á tus apetitos y deseos, y ni hagas todo lo que deseas, ni gastes más de lo que tienes: y desta manera midiendo el gas-

to, no con la voluntad sino con la posibilidad, nunca tendrás por qué deber. Todas nuestras deudas nascen de nuestros apetitos, y la moderación déstos vale más que muchos cuentos de renta. Ten por sumas y verdaderas riquezas aquéllas que dice el Apóstol (1): Piedad y contentamiento con la suerte que Dios te dió. Si los hombres no quisiesen ser más de lo que Dios quiere que sean, siempre vivirían en paz: mas cuando quieren pasar esta raya, siempre han de perder mucho de su descanso: porque nunca tiene buen suceso lo que se hace contra la divina voluntad.

(1) I Tim. VI.

CAPÍTULO VI.

LUJURIA es apetito desordenado de sucios y deshonestos deleites. Éste es uno de los vicios más generales, más cosarios y más furiosos en acometer que hay. Porque (como dice Sant Bernardo) entre todas las batallas de los cristianos, las más duras son las de la castidad: donde es muy cuotidiana la pelea, y muy rara lo victoria.

Pues cuando este feo y abominable vicio tentare tu corazón, puedes salirle al camino con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que este vicio no sólo ensucia el ánima (que el Hijo de Dios alimpió con su sangre) sino también el cuerpo, en quien como en un sagrado relicario es depositado el sacratísimo cuerpo de Cristo. Pues si tan grande culpa es profanar y ensuciar el templo material de Dios, ¿qué será profanar este templo en que mora Dios? Por esto dice el Apóstol (1): Huid, hermanos, del pecado de la fornificación: porque todo otro pecado que hiciere el hombre, fuera de su cuerpo es: mas el que cae en fornificación, peca contra su mismo cuerpo, profanándolo y ensuciándolo con el pecado carnal. Considera también que este pecado no se puede poner por obra sin escándalo y perjuicio de otros muchos que comúnmente intervienen en él: que es la cosa que á la hora de la muerte más agudamente suele herir la consciencia. Porque si la ley de Dios manda que se dé vida por vida, ojo por ojo y diente por diente, ¿qué podrá dar á Dios el que tantas ánimas destruyó? ¿Y con qué pagará lo que Él con su misma sangre redimió?

Considera también que este halagüeño vicio tiene muy dulces principios, y muy amargos fines: muy fáciles las entradas, y muy dificultosas las salidas. Por donde dijo el Sabio (2) que la mala mujer era como una cava muy honda y un pozo boquian-

(1) I Cor. VI. (2) Prov. XXIII.

gosto, donde siendo tan fácil la entrada, es dificultosísima la salida. Porque verdaderamente no hay cosa en que más fácilmente se enreden los hombres que en este dulce vicio, según que á los principios se demuestra; mas después de enlazados en él, y trabadas las amistades, y roto el velo de la vergüenza, ¿quién los sacará de ahí? Por lo cual con mucha razón se compara con las nasas de los pescadores, que teniendo las entradas muy anchas, tienen las salidas muy angostas: por donde el pesce que una vez entra, por maravilla sale de ahí. Y por aquí entenderás cuánta muchedumbre de pecados pare este tan prolijo pecado: pues en todo este tiempo tan largo está claro que así por pensamiento, como por obra, como por deseo, ha de ser Dios cuasi infinitas veces ofendido.

Considera también sobre todo esto (como dice un doctor) cuánta muchedumbre de otros males trae consigo esta halagüeña pestilencia. Primeramente roba la fama (que entre las cosas humanas es la más hermosa posesión que puedes tener) ca ningún rumor de vicio huele más mal, ni trae consigo mayor infamia que éste. Y allende desto debilita las fuerzas, amortigua la hermosura, quita la buena disposición, hace daño á la salud, pare enfermedades sin cuento, y éstas muy feas y sucias, desflora antes de tiempo la frescura de la juventud, y hace venir más temprano una torpe vejez: quita la fuerza del ingenio, embota la agudeza del entendimiento y cuasi le torna brutal. Aparta el hombre de todos honestos estudios y ejercicios; y así le zabulle todo en el cieno deste deleite, que ya no huelga de pensar, ni hablar, ni tratar cosa que no sea vileza y suciedad. Hace loca la juventud y infame, y la vejez aborrescible y miserable. Mas no se contenta este vicio con todo este estrago que hace en la persona del hombre, sino también lo hace en sus cosas. Porque ninguna hacienda hay tan gruesa, ningún tan gran tesoro á quien la lujuria no gaste y consuma en poco tiempo. Porque el estómago y los miembros vergonzosos son vecinos y compañeros, y los unos á los otros se ayudan y conforman en los vicios. De donde los hombres dados á vicios carnales comúnmente son comedores y bebedores, y así en banquetes y vestidos gastan todo cuanto tienen. Y demás desto las mujeres deshonestas nunca se hartan de joyas, de anillos, de vestidos, de holandas, de perfumes y olores y cosas tales; y más aman á estos presentes, que á los mismos amadores

que se los dan. Para cuya confirmación basta el ejemplo de aquel hijo pródigo, que en esto gastó toda la legítima de su padre.

Mira también que cuanto más entregares tus pensamientos y tu cuerpo á deleites, tanto menos hartura hallarás: ca este deleite no causa hartura sino hambre; porque el amor del hombre á la mujer, ó de la mujer al hombre, nunca se pierde, antes apagado una vez, se torna á encender. Y mira otrosí cómo este deleite es breve, y la pena que por él se da, perpetua; y por consiguiente, que es un muy desigual trueque, por una brevísima y torpísima hora de placer, perder en esta vida el gozo de la buena consciencia, y después la gloria que para siempre dura, y padescer la pena que nunca se acaba. Por lo cual dice Sant Gregorio: Un momento dura lo que deleita, y eternalmente lo que atormenta.

Considera también por otra parte la dignidad y precio de la pureza virginal que este vicio destruye: porque los vírgines en esta vida comienzan á vivir vida de ángeles, y singularmente por su limpieza son semejantes á los espíritus celestiales; porque vivir en carne sin obras de carne, más es virtud angélica que humana. Sola la virginidad es la que (como dice Sant Hierónimo) en este lugar y tiempo de mortalidad representa el estado de la gloria inmortal. Sola ella guarda la costumbre de aquella ciudad soberana donde no hay bodas ni desposorios, y así da á los hombres terrenos experiencia de aquella celestial conversación. Por la cual en el cielo se da cierto y singular premio á los vírgines, de los cuales escribe Sant Juan en el Apocalipsi (1) diciendo: Éstos son los que no amancillaron su carne con mujeres, mas permanescieron vírgines; y éstos siguen al Cordero por dondequiera que va. Y porque en este mundo se aventajaron sobre los otros hombres en parescerse con Cristo en la pureza virginal, por esto en el otro se llegarán á Él más familiarmente, y singularmente se deleitarán de la limpieza de sus cuerpos.

Y no sólo hace esta virtud á los que la tienen semejantes á Cristo, mas hácelos también templos vivos del Espíritu Sancto; porque aquel divino Espíritu, amador de la limpieza, así como uno de los vicios que más huye es la deshonestidad, así en ninguna parte más alegremente reposa que en las ánimas puras y limpias.

(1) Apoc. XIV.

Por lo cual el Hijo de Dios, concebido por el Espíritu Sancto, tanto amó y honró la virginidad, que por ella hizo un tan gran milagro como fué nascer de madre virgen. Mas tú, que ya perdiste la virginidad, á lo menos después del naufragio teme los peligros que ya experimentaste. Y ya que no quisiste guardar entero el bien de naturaleza, siquiera después de quebrado le repara, y tornándote á Dios después del pecado, tanto más diligentemente te ocupa en buenas obras cuanto por las malas que has hecho, te conosces por más merescedor de castigo. Porque muchas veces acontesce (como dice S. Gregorio) que después de la culpa se hace más ferviente el ánima, la cual en el estado de la inocencia estaba más floja y descuidada. Y pues Dios te guardó, habiendo cometido tantos males, no hagas agora por donde pagues lo presente y lo pasado, y sea el postrer yerro peor que el primero.

Pues con estas y otras semejantes consideraciones debe el hombre estar apercebido y armado contra este vicio: y ésta sea la primera manera de remedios que damos contra él.

De otra manera de remedios más particulares contra la lujuria.

§. I.

DEMÁS destos comunes remedios que se dan contra este vicio, hay otros más especiales y eficaces, de que también será razón tratar. Entre los cuales el primero es resistir á los principios, como ya en otra parte dijimos, porque si al principio no se rechaza el enemigo, luego cresce y se fortalesce; porque como dice Sant Gregorio, después que la golosina del deleite se apodera del corazón, no le deja pensar otra cosa que aquello que le deleita. Por esto se debe resistir al principio, echando fuera los pensamientos carnales; porque así como la leña sustenta el fuego, así los pensamientos mantienen á los deseos: los cuales si fueren buenos, enciéndese el fuego de la caridad, y si malos, el de la lujuria.

Demás desto conviene guardar con diligencia todos los sentidos, mayormente los ojos, de ver cosas que te pueden causar peligro. Porque muchas veces mira el hombre sencillamente, y por

sola la vista queda el ánima herida. Y porque el mirar inconsideradamente las mujeres, ó inclina ó ablanda la constancia del que las mira, nos aconseja el Eclesiástico diciendo (1): No quieras traer los ojos por los rincones de la ciudad, ni por sus calles ó plazas: aparta los ojos de la mujer ataviada y no veas su hermosura. Para lo cual nos debría bastar el ejemplo del sancto Job (2), que (con ser varón de tanta sanctidad) guardaba muy bien sus ojos (como él mismo lo confiesa) no fiándose de sí ni de tan largo uso de virtud como tenía. Y si éste no basta, á lo menos debría bastar el de David, que siendo varón sanctísimo y tan hecho á la voluntad de Dios, bastó la vista de una mujer para traerle á tres tan grandes males como fueron, homicidio, escándalo y adulterio.

Y no menos también debes guardar los oídos de oir cosas deshonestas: y cuando las oyeres, recíbelas con rostro triste: porque fácilmente se hace lo que de buena gana se oye. Guarda también tu lengua de cualquier palabra torpe: porque las buenas costumbres se corrompen con las pláticas malas. La lengua descubre las aficiones del hombre, porque cual se muestra la plática, tal se descubre el corazón: ca de lo que el corazón está lleno, habla la lengua.

Trabaja por traer ocupado tu corazón en sanctos pensamientos, y tu cuerpo en buenos ejercicios: porque (como dice Sant Bernardo) los demonios envían al ánima ociosa malos pensamientos en que se ocupe, porque aunque cese de mal obrar, no cese de pensar mal.

En toda tentación, mayormente en ésta, pon ante los ojos de tu corazón el ángel de tu guarda y el demonio tu acusador: los cuales en la verdad siempre están mirando todo lo que haces, y lo representan al mismo juez que todo lo ve; porque siendo esto así, ¿cómo te atreverás á hacer obra tan fea, que delante de otro hombrecillo como tú no osarías hacer, teniendo delante tu guardador, tu acusador y tu juez? Pon también ante los ojos el espanto del juicio divino y la llama de los tormentos eternos, porque cualquier pena se vence con temor de otra más grave, como un clavo se saca con otro: y así muchas veces el fuego de la lujuria se mata con la memoria del fuego del infierno. Demás

(1) Eccli. IX. (2). Job. XXXI.

desto excúsate cuanto fuere posible de hablar solo con mujeres de sospechosa edad, porque (como dice Crisóstomo) entonces acomete más atrevidamente nuestro adversario á los hombres y mujeres cuando los ve solos; porque donde no se teme reprehensor, más osado llega el tentador. Por tanto, nunca te pongas á tratar con mujer sin testigos: porque estar solo incita y convida á todos los males. Ni confíes en la virtud pasada, aunque sea muy antigua, pues sabes que aquellos viejos se encendieron en el amor de Susana, porque la vieron muchas veces en su jardín sola. Huye, pues, toda sospechosa compañía de mujeres: porque verlas daña los corazones, oirlas los atrae, hablarlas los inflama, tocarlas los estimula; y finalmente todo lo de ellas es lazo para los que tratan con ellas. Por esto dice Sant Gregorio: Los que dedicaron sus cuerpos á continencia, no se atrevan á morar con mujeres: porque en cuanto el calor vive en el cuerpo, nadie presuma que de todo tiene apagado el fuego del corazón.

Huye también los presentillos, visitaciones y cartas de mujeres: porque todo esto es liga para prender los corazones, y soplos para encender el fuego del mal deseo cuando la llama se va acabando. Y si amas alguna mujer honesta y sancta, ámala en tu ánima, sin curar de visitarla á menudo, ni tratar con ella familiarmente. Y porque la llave de todo este negocio principalmente consiste en huir destas ocasiones, añadiré aquí dos ejemplos que Sant Gregorio escribe en sus Diálogos, los cuales servirán grandemente para este propósito. Cuenta él allí que en la provincia de Misia había un sacerdote, el cual regía con gran temor de Dios una iglesia que le era encomendada. Y estando allí una mujer virtuosa que tenía cargo de la ropa y de las cosas de la iglesia, él la amaba como á hermana, mas guardábase della como de enemiga, y así por ninguna vía permitía que se llegase á él: con lo cual había quitado toda ocasión de familiaridad y comunicación. Ca proprio es de los sanctos varones, por estar más lejos de las cosas ilícitas, apartarse aun de las que son lícitas: y por esta causa no consentía que ella le sirviese en ninguna necesidad. Pues este venerable sacerdote siendo de mucha edad, y pasados ya cuarenta años de su sacerdocio, vino á tener una recia enfermedad, que llegó á lo postrero: y estando en este estado, llegó aquella buena mujer á poner los oídos cerca de sus narices para ver si respiraba ó si era ya defuncto. Lo cual como

él sintiese, indignándose mucho dello, con toda la fuerza que pudo dió voces á la mujer, diciendo: Apártate, apártate de aquí, mujer, porque todavía el fogozuelo está vivo, quita la paja. Y apartándose ella, y esforzándose él más, comenzó á decir con una grande alegría: En hora buena vengan mis señores, en hora buena vengan. ¿Cómo tuvistes por bien venir á este tan pequeñuelo siervo vuestro? Ya voy, ya voy. Muchas gracias, muchas gracias. Y repitiendo él estas palabras muchas veces, preguntáronle los que allí estaban con quién hablaba. A los cuales él maravillado respondió: ¿Por ventura no veis aquí los bienaventurados apóstoles Sant Pedro y Sant Pablo? Y volviéndose á ellos tornó á decir: Ya voy, ya voy. Y entre estas palabras dió el ánima á Dios. Este ejemplo de varón tan recatado escribe Sant Gregorio en el cuarto libro de los Diálogos, con este fin tan glorioso: porque tal convenía que fuese la muerte de quien con tanto temor había vivido. Mas otro ejemplo escribe en el tercero de los mismos Diálogos, de un religioso obispo, aunque no tan recatado: el cual también referiré aquí para castigo y escarmiento de los que no lo son. Del cual ejemplo dicen que fueron tantos los testigos, cuasi cuantos eran los moradores de la ciudad donde el caso acontesció.

Dice él, pues, que en una ciudad de Italia había un obispo llamado Andreas: el cual, habiendo siempre vivido una vida muy religiosa y llena de virtudes, tenía en su casa y compañía una mujer también religiosa, por estar muy cierto y satisfecho de su virtud y castidad. De la cual ocasión aprovechándose el enemigo, halló entrada para tentar su corazón. Y así comenzó á imprimir la figura della en los ojos de su ánimo, y incitarle á tener feos pensamientos. Acaesció, pues, que en este tiempo un judío, caminando de Campania para Roma y tomándole la noche cerca de la ciudad deste obispo, y no teniendo lugar donde se acoger, vino á parar á un templo antiguo que estaba allí de un ídolo, donde se acostó á dormir. Y temiendo la mala vecindad de la casa del ídolo, aunque él no creía en la cruz, todavía por la costumbre que tenía de ver persignar á los cristianos en el tiempo de los peligros, hizo él también sobre sí la señal de la cruz. Mas como él no pudiese dormir de miedo de aquel lugar, vió á la media noche una gran cuadrilla de demonios entrar en él, y entre ellos uno más principal, el cual asentado en

una silla en medio del templo, comenzó á preguntar á aquellos maldados espíritus cuánto mal había hecho cada uno en el mundo. Y como cada uno respondiese lo que había hecho, salió uno dellos en medio y dijo que había solicitado el ánimo del obispo Andreas con la figura de una mujer religiosa que tenía en su casa. Y como aquel malvado presidente oyese esto con grande atención, y lo tuviese por tanto mayor ganancia, cuanto más religiosa era la persona, el espíritu malo que había dado cuenta desto, añadió que el día pasado á hora de vísperas había tentado tan fuertemente su corazón, que llegándose á la religiosa con semblante alegre, le había dado una palmadica en las espaldas. Entonces aquel antiguo enemigo del género humano comenzó á exhortar á este tentador á que diese cabo á lo que había comenzado, para que con esto alcanzase una corona singular entre todos sus compañeros. Pues estando el judío viendo todas estas cosas, y temblando con gran pavor de lo que veía, aquel malvado espíritu que allí presidía, mandó á los otros que fuesen á mirar quién era aquél que había osado dormir en aquel lugar. Y mirándolo ellos con grande atención, dieron voces diciendo: ¡Ay, ay! vaso vacío, mas bien sellado. Y respondiendo ellos esto, desapareció luego toda aquella compañía de espíritus malignos. Y hecho esto, el judío se levantó luego, y viniendo con gran priesa á la ciudad, y hallando al obispo en la iglesia, tomóle aparte y preguntóle si era molestado de alguna tentación. Y como el obispo de vergüenza no le confesase nada, él replicó que en tal día había puesto los ojos con mal amor en una sierva de Dios. Y como él todavía negase esto, el judío añadió diciendo: ¿Porqué niegas lo que te pregunto, pues ayer á hora de vísperas llegaste á darle una palmada en las espaldas? De lo cual maravillado el obispo y viéndose comprehendido en aquella culpa, confesó lo que antes había negado. Entonces el judío le declaró la manera en que esto había sabido. Lo cual entendido, el obispo se postró en tierra haciendo oración á Dios, y luego despidió de su casa, no sólo aquella buena mujer, mas cualquiera otra que estuviese en su servicio. Y en aquel mismo templo de Apolo hizo un oratorio en nombre de Sancto Andrés, y quedó libre de toda aquella tentación. Y juntamente con esto trajo á conoscimiento de Dios al judío por cuya visión y amonestación había sido curado: y instituyéndole en los misterios de la fe y

lavándole con agua del sancto Baptismo, le puso en el gremio de la sancta Iglesia. Y así sucedió que el judío, procurando la salud ajena, alcanzase la suya propria. Y nuestro Señor Dios por el medio que encaminó la buena vida de uno, conservó en la buena vida al otro. Otros muchos ejemplos de semejantes historias, así pasadas como presentes, pudiera referir en este lugar: pero éstos basten por agora.

CAPITULO VII.

Envidia es tristeza del bien ajeno y pesar de la felicidad de los otros: conviene saber, de los mayores, por ver el envidioso que no se puede igualar con ellos: y de los menores, porque se igualan con él: y de los iguales, porque compiten con él. Desta manera tuvieron envidia Saúl á David (1) y los fariseos á Cristo, por la cual le procuraron la muerte: porque tal es esta bestia fiera, que á tales personas no perdona. Este pecado de su género es mortal, porque milita derechamente contra la caridad, así como el odio. Pero muchas veces no lo será cuando no fuere la envidia consumada, como acaesce en todas las otras materias de pecados. Porque así como hay odio, y también rancor, que no es odio formado, aunque camina para él, así hay una envidia perfecta, y otra imperfecta que camina para ella.

Éste es uno de los pecados más poderosos y más perjudiciales que hay, y que más extendido tiene su imperio por el mundo, especialmente por las cortes, y palacios, y casas de señores y príncipes: aunque ni deja universidades, ni cabildos, ni religiones por do no corra. Pues ¿quién se podrá defender deste monstruo? ¿Quién será tan dichoso que se escape, ó de tener envidia, ó de padecerla? Porque cuando el hombre considera la envidia que hubo, no digo ya entre los primeros dos hermanos que fundaron á Roma, sino entre los dos primeros hermanos que poblaron el mundo, la cual fué tan grande, que bastó para matar el uno al otro: y la que hubo entre sus hermanos y José (2), la cual les hizo venderle por esclavo: y la que hubo entre los mismos discípulos de Cristo antes que sobre ellos viniese el Espíritu Sancto: y sobre todo esto la que tuvieron Aarón y María,

(1) I Reg. XVIII. (2) Genes. XXXVII.

hermanos y escogidos de Dios, á su hermano Moisén (1): cuando el hombre todo esto lee, ¿qué podrá imaginar de los otros hombres del mundo, donde ni hay esta sanctidad, ni este vínculo de parentesco? Verdaderamente éste es un vicio de los que de callada tienen grandísimo señorío sobre la tierra, y el que la tiene destruída. Porque su proprio efecto es perseguir á los buenos y á los que por sus virtudes y habilidades son preciados: porque aquí señaladamente tira ella sus saetas. Por lo cual dijo Salomón (2) que todos los trabajos y industrias de los hombres estaban subjectas á la envidia de sus prójimos. Pues por esto con todo estudio y diligencia te conviene armar contra este enemigo, pidiendo siempre á Dios ayuda contra él y sacudiéndole de ti con todo cuidado. Y si todavía él perseverare solicitando tu corazón, persevera tú siempre peleando contra él: porque no consintiendo con la voluntad no hace al caso que la carne maliciosa sienta en sí el pellizco deste feo y desabrido movimiento. Y cuando vieres á tu vecino ó amigo más próspero y aventajado que á ti, da gracias al Señor por ello, y piensa que tú, ó no mereciste otro tanto, ó á lo menos que no te convino tenerlo: acordándote siempre que no socorres á tu pobreza teniendo envidia de la felicidad agena, sino antes la acrecientas.

Y si quieres saber con qué género de armas podrás pelear con este vicio, dígote que con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que todos los envidiosos son semejantes á los demonios, que en gran manera tienen pesar de las buenas obras que hacemos, y de los bienes eternos que alcanzamos: no porque ellos los puedan haber, aunque los hombres los perdiesen (porque ya ellos los perdieron irrevocablemente) sino porque los hombres levantados del polvo de la tierra no gocen de lo que ellos perdieron. Por lo cual dice S. Augustín en el libro de la Disciplina Cristiana: Aparte Dios este vicio, no sólo de los corazones de todos los cristianos, mas también de todos los hombres, pues éste es vicio diabólico, de que señaladamente se hace cargo al demonio, y por el cual sin remedio para siempre padecerá. Porque no es reprehendido el demonio porque cayó en adulterio, ó porque hizo algún hurto, ó porque robó la hacienda del prójimo: sino porque estando caído tuvo

(1) Núm. XII. (2) Eccles. IV.

envidia del hombre que estaba en pie. Pues desta manera los envidiosos á manera de demonios suelen haber envidia de los hombres, no tanto porque pretenden alcanzar la prosperidad de ellos, cuanto porque querrían que todos fuesen miserables como ellos. Mira pues, oh envidioso, que dado caso que el otro no tuviera los bienes de que tú tienes envidia, tú tampoco los tuvieras: y pues él los tiene sin tu daño, no hay por qué á ti te pese por ello. Y si por ventura tienes envidia de la virtud ajena, mira que en eso eres enemigo de ti mismo: porque de todas las buenas obras de tu prójimo tú eres participante, si estuvieres en gracia con Dios: y cuanto más él aprovecha y merece, tanto más aprovechas tú á ti mismo. Por donde sin razón tienes envidia á su virtud: antes debías holgar con ella por su provecho y por el tuyo, pues participas de sus bienes. Mira, pues, cuánta miseria sea que donde tu prójimo se mejora, tú te hagas peor: comoquier que si amases en el prójimo los bienes que tú no puedes haber, los mismos bienes serían tuyos por razón de la caridad, y así gozarías de los trabajos ajenos sin trabajo tuyo.

Considera también que la envidia abrasa el corazón, seca las carnes, fatiga el entendimiento, roba la paz de la consciencia, hace tristes los días de la vida y destierra del ánima todo contentamiento y alegría. Porque ella es como el gusano que nasce en el madero, que lo primero que roe es el mismo madero donde nasce; y así la envidia (que nasce del corazón) lo primero que atormenta es el mismo corazón. Y después de éste corrompido, corrompe también el color del rostro: porque la amarillez que parece por defuera, declara bien cuán gravemente aflige de dentro. Ca ningún juez hay más riguroso que la misma envidia contra sí misma: la cual continuamente aflige y castiga á su proprio autor. Por lo cual no sin causa llaman algunos Doctores á este vicio justo, no porque él lo sea (pues es gravísimo pecado) sino porque él mismo castiga con su proprio tormento al que lo tiene, y hace justicia dél.

Mira otrosí cuán contraria cosa sea á la caridad (que es Dios) y al bien común (que Él tanto procura) tener envidia de los bienes ajenos y aborrescer aquéllos á quien Dios crió y redimió, y á quien está siempre haciendo bien, porque esto es estar condenando y deshaciendo lo que Dios hace, á lo menos con la voluntad.

Y si quieres una muy cierta medicina contra este veneno, ama la humildad y aborresce la soberbia, que ésta es la madre desta pestilencia. Porque como el soberbio ni puede sufrir superior, ni tener igual, fácilmente tiene envidia de aquéllos que en alguna cosa le hacen ventaja, por parecerle que queda él más bajo si ve á otros en más alto lugar. Lo cual entendió muy bien el Apóstol cuando dijo: No seamos cobdiciosos de la gloria mundana, compitiendo unos con otros, y habiendo envidia unos á otros. En las cuales palabras, pretendiendo cortar las ramas de la envidia, cortó primero la mala raíz de la ambición, de donde ella procedía. Y por la misma razón debes apartar tu corazón del amor desordenado de los bienes del mundo, y solamente ama la heredad celestial y los bienes espirituales: los cuales no se hacen menores por ser muchos los poseedores, antes tanto más se dilatan cuanto más cresce el número de los que los poseen. Mas por el contrario, los bienes temporales tanto más se diminuyen, cuanto entre más poseedores se reparten. Y por esto la envidia atormenta al ánima de quien los desea: porque recibiendo otro lo que él cobdicia, ó del todo se lo quita, ó á lo menos se lo diminuye. Porque con dificultad puede este tal dejar de tener pena, si otro tiene lo que él desea.

Y no te debes contentar con no tener pesar de los bienes del prójimo; sino trabaja por hacerle todo el bien que pudieres, y pide á nuestro Señor le haga lo que tú no pudieres. Á ningún hombre del mundo aborrezcas: tus amigos ama en Dios, y tus enemigos por amor de Dios, el cual, siendo tú primero su enemigo, te amó tanto, que por rescatarte del poder de tus enemigos puso su vida por ti. Y aunque el prójimo sea malo, no por eso debe ser aborrescido: antes en este caso debes imitar al médico,el cual aborresce la enfermedad y ama la persona: que es amar lo que Dios hizo, y aborrescer lo que el hombre hizo. Nunca digas en tu corazón: ¿Qué tengo yo que ver con éste, ó en qué le soy obligado? no le conozco, ni es mi pariente, nunca me aprovechó, y alguna vez me dañó. Mas acuérdate solamente que sin ningún merecimiento tuyo te hizo Dios grandes mercedes: por lo cual te pide que en pago desto uses de liberalidad, no con Él, pues no tiene necesidad de tus bienes, sino con el prójimo que Él te encomendó.

REMEDIOS CONTRA LA GULA.

CAPÍTULO VIII.

GULA es apetito desordenado de comer y beber. De este vicio nos aparta Cristo diciendo: Mirad no se hagan pesados vuestros corazones con demasiado comer y beber, y con los cuidados de este mundo.

Pues cuando este feo vicio tentare tu corazón, podrás resistirle con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que por un pecado de gula vino la muerte á todo el género humano. Y de aquí viene á ser ésta la primera batalla que te conviene vencer; porque cuanto menos la vencieres, tanto serán más terribles las otras, y tú más flaco para ellas. Por esto comienza por la gula, si quieres alcanzar victoria: ca si ésta no vences primero, de balde trabajarás en las otras. Porque entonces podrás sojuzgar los enemigos que vienen de fuera, cuando tuvieres muertos los que nascen de dentro. Y con poco fructo hace guerra á los extraños quien dentro de su casa tiene los enemigos. Por esto el diablo tentó á nuestro Salvador primero de gula (1), queriendo luego apoderarse de la puerta de todos los otros vicios.

Pon también los ojos en aquella singular abstinencia de Cristo nuestro Salvador: el cual no sólo después del ayuno del desierto, mas también otras muchas veces trató muy ásperamente su carne sanctísima, y padesció hambre, no sólo para nuestro remedio, sino también para nuestro ejemplo. Pues si aquél que con su vista mantiene los ángeles y da de comer á las aves del aire, padesció hambre por ti, ¿cuánta razón será que tú también por ti la padezcas? ¿Con qué título te precias de siervo de Cristo, si sufriendo Él hambre, tú gastas la vida en comer y beber, y padesciendo Él trabajos por tu salvación, tú no los quieres padescer por la tuya? Y si te es pesada la cruz de la abstinencia,

(1) Matth. IV.

pon los ojos en la hiel y vinagre que el Señor probó en la cruz: porque (como dice S. Bernardo) no hay manjar tan desabrido, que no se haga sabroso, si fuere templado con la hiel y vinagre de Cristo.

Considera también la abstinencia de todos aquellos sanctos Padres del yermo, los cuales apartándose á los desiertos, crucificaron con Cristo su carne con todos sus apetitos y pudieron con el favor deste Señor sustentarse muchos años con raíces de yerbas, y hacer tan grandes abstinencias que parecen á los hombres increíbles. Pues si éstos así imitaron á Cristo, y por este camino fueron al cielo, ¿cómo quieres tú ir adonde ellos fueron, caminando por deleites y regalos.

Mira también cuántos pobres hay en el mundo que tendrían por gran felicidad hartarse de pan y agua; y por aquí entenderás cuán liberal fué contigo el Señor, que por ventura te proveyó más largamente que á ellos: por lo cual no es razón que la liberalidad de su gracia conviertas en instrumento de tu gula. Considera también cuántas veces con tu boca has recibido aquella hostia consagrada, y no consientas que por la misma puerta por donde entra la vida, entre la muerte y el nutrimento y cebo de los otros pecados. Mira otrosí que el deleite de la gula apenas se extiende por dos dedos de espacio y por dos puntos de tiempo, y que es muy fuera de razón que á tan pequeña parte del hombre y á tan breve deleite no basten la tierra, la mar y el aire. Por esta causa muchas veces se roban los pobres, por esto se hacen los insultos; para que la hambre de los pequeños se convierta en deleite de los poderosos. Miserable cosa es por cierto que el deleite de una tan pequeña parte del hombre eche todo el hombre en el infierno, y que todos los miembros y sentidos del cuerpo padezcan perpetuamente por la golosina de uno. ¿No miras cuán ciegamente yerras, pues al cuerpo que de aquí á muy poco han de comer los gusanos, crías con manjares delicados, y dejas de curar el ánima, que será luego presentada ante el tribunal de Dios, y si se hallare hambrienta de virtudes (con cuanto el vientre esté lleno de preciosos manjares) será condenada á los tormentos eternos? Y siendo ella castigada, no quedará el cuerpo sin castigo: porque así como para ella fué criado, así juntamente con ella será castigado. Así que despreciando lo que en ti es más principal, y regalando lo que es de menos es-

tima, pierdes lo uno y lo otro, y con tu misma espada te degüellas; porque la carne que te fué dada por ayudadora, haces que sea lazo de tu vida; la cual te acompañará en los tormentos, como aquí te siguió en los vicios.

Acuérdate de la hambre y pobreza de Lázaro (1), el cual deseaba comer de las migajuelas que caían de la mesa del rico, y no había quien se las diese; y con todo esto, muriendo fué llevado al seno de Abraham por mano de los ángeles; mas por el contrario, el rico glotón, vestido de púrpura y holanda, fué sepultado en los infiernos. Porque no pueden tener una misma despedida la hambre y la hartura, el deleite y la continencia: mas en la muerte sucede la miseria á los deleites, y los deleites á la miseria. Abundantemente comiste y bebiste los años pasados: ¿qué es agora lo que ganaste con tantos regalos? Por cierto nada, sino remordimiento de consciencia, que por ventura perpetuamente te atormentará. De manera que todo cuanto desordenadamente comiste, perdiste: y lo que no quesiste para ti, antes lo partiste con los pobres, eso es lo que tienes guardado y depositado en la ciudad celestial.

Mas para que no te enredes en este vicio, debes primeramente considerar que muchas veces cuando la necesidad busca la satisfacción de sí misma, el deleite que debajo de este manto está escondido, pretende cumplir su deseo, y tanto más fácilmente engaña, cuanto con olor de más honesta necesidad encubre su apetito. Por esto es necesaria grande cautela y prudencia para refrenar el apetito del deleite y poner la sensualidad debajo del imperio de la razón. Pues si quieres que tu carne sirva y se subjecte al ánima, haz que tu ánima se subjecte á Dios, porque necesario es que el ánima sea regida por Dios para que pueda regir su carne; y por esta orden somos maravillosamente reformados: conviene saber, que Dios enseñoree la razón, y la razón al ánima, y el ánima al cuerpo: porque así queda todo el hombre reformado. Pero el cuerpo resiste al imperio del ánima, si ella no se somete al imperio de la razón, y si la razón no se conforma con la voluntad de Dios.

Cuando fueres tentado de la gula, imagina que ya gozaste dese breve deleite, y que pasó ya aquella hora; pues el deleite

(1) Luc. XVI.

del gusto es como el sueño de la noche pasada: sino que este deleite, acabado, deja triste la consciencia: mas vencido, déjala contenta y alegre. Conforme á esto con mucha razón es celebrada aquella noble sentencia de un sabio que dice: Si hicieres alguna obra virtuosa con trabajo, el trabajo pasa, y la virtud persevera: mas si hicieres alguna cosa torpe con deleite, el deleite pasa, y la torpeza permanesce.

REMEDIOS CONTRA LA IRA
Y CONTRA LOS ODIOS Y ENEMISTADES QUE NASCEN DELLA.

CAPÍTULO IX.

IRA es apetito desordenado de venganza contra quien pensamos que nos ofendió. Contra esta pestilencia nos provee de medicina el Apóstol diciendo (1): Toda amargura del corazón, toda ira, y indignación, y clamor, y blasfemia sea quitada de vosotros, con toda malicia. Y sed entre vosotros benignos y misericordiosos, perdonándoos unos á otros, como Dios nos perdonó por Cristo. Deste vicio dice el Señor por S. Mateo: El que se airare contra su hermano, quedará obligado á dar cuenta en el juicio, y quien le dijere necio, ó alguna palabra injuriosa, será condenado á las penas del infierno.

Pues cuando este furioso vicio tentare tu corazón, acuérdate de salirle al encuentro con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que aun los animales brutos por la mayor parte viven en paz con los de su misma especie. Los elefantes andan juntos con los elefantes; las vacas y las ovejas viven juntas en sus rebaños; los pájaros vuelan en bandos; las grullas se revezan para velar de noche, y andan en compañía; lo mismo hacen las cigüeñas, los ciervos, los delfines y otros muchos animales. Pues la unidad y concierto de las hormigas y de las abejas á todos es manifiesta. Y entre las mismas fieras, por crudelísimas que sean, hay común paz. La fiereza de los leones cesa con los de su género; el puerco montés no acomete á otro puerco; un lince no pelea con otro lince; un dragón no se ensaña contra otro dragón; finalmente, los mismos espíritus malignos, que son los primeros auctores de toda nuestra discordia, entre sí tienen su liga, y de común consentimiento conservan su tiranía. Solamente los hombres (á quien más convenía la humanidad y la paz, y á quien fuera más necesaria) tienen entre sí entrañables odios y discor-

(1) Ephes. IV.

dias, que es mucho para sentir. Y no es menos para notar que la misma naturaleza dió á todos los animales armas para pelear: al caballo pies, al toro cuernos, al jabalín dientes, á las abejas aguijón, á las aves picos y uñas: tanto que hasta á las pulgas y mosquitos dió habilidad para morder y sacar sangre; pero á ti, hombre, porque te crió para paz y concordia, crió desarmado y desnudo, porque no tuvieses con qué hacer mal. Mira, pues, cuán contra tu naturaleza es vengarte de otro, y hacer mal á quien mal te hace, mayormente con armas buscadas fuera de ti, las cuales naturaleza te negó.

Considera también que la ira y apetito de venganza es vicio proprio de bestias fieras (de cuyas iras dice el Sabio que le había dado Dios conoscimiento) y por consiguiente, que bastardeas y tuerces mucho de la generosidad y nobleza de tu condición, imitando la de los leones y serpientes, y de los otros fieros animales. De un león escribe Eliano que habiendo rescibido una lanzada en cierta montería, á cabo de un año pasando el que le hirió por aquel mismo lugar en compañía del rey Juba y de otra mucha gente que le seguía, el león le reconosció, y rompiendo por toda la gente sin poder ser resistido, no paró hasta llegar al que le había herido, y hacerlo pedazos. Lo mismo vemos también cada día que hacen los toros con los que los traen muy acosados, por tomar venganza de ellos. Y déstos son imitadores los hombres feroces y airados, los cuales, pudiendo amansar la ira con la razón y discreción de hombres, quieren antes seguir el ímpeto y furor de bestias, preciándose y usando más de la parte más vil, que tienen común con ellas, que de la más divina, que es propria de ángeles. Y si dices que es cosa muy dura amansar el corazón embravescido, ¿cómo no miras cuánto más duro fué lo que el Hijo de Dios padesció por ti? ¿Quién eras tú cuando Él por ti derramó su sangre? ¿Por ventura no eras su enemigo? ¿No consideras también con cuánta mansedumbre te sufre Él, pecando tú á cada hora, y cuán misericordiosamente te recibe cuando á Él te vuelves? Dirás que no meresce tu enemigo perdón. ¿Por ventura meresces tú que Dios te perdone? Quieres que Dios use contigo de misericordia. ¿Y tú quieres usar con tu prójimo de justicia? Mira que si tu enemigo es indigno de perdón, tú eres digno para haber de perdonar, y Cristo dignísimo por quien le perdones.

Considera también que todo el tiempo que estás en odio, no puedes ofrecer á Dios sacrificio que le sea agradable. Por lo cual dice el Salvador (1): Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí se te acordare que tu prójimo está ofendido de ti, ve primero y recancíliate con él, y entonces vuelve á ofrecer tu don. Donde puedes claramente conocer cuán grande sea la culpa de la discordia entre los hermanos, pues en cuanto ella dura, estás en discordia con Dios, y no le agrada cosa que hagas. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio: Ninguna cosa valen los bienes que hacemos, si no sufrimos mansamente los males que padescemos.

Considera otrosí quién sea ése que tienes por enemigo: porque forzadamente ha de ser justo ó injusto: si es justo, por cierto cosa es mucho para sentir, que quieras mal á un justo, y que seas enemigo de quien Dios se tiene por amigo. Mas si es injusto, no menos es cosa miserable que quieras vengar la maldad ajena con tu maldad propria, y que queriendo tú ser juez en tu causa, castigues la injusticia agena con la tuya. Mayormente que si tú quieres vengar tus injurias y el otro las suyas, ¿qué fin habrán las discordias? Muy más gloriosa manera de vencer es aquella que el Apóstol nos enseña, diciendo (2) que venzamos los males con los bienes: esto es, los vicios ajenos con las virtudes proprias. Porque muchas veces, tratando de tornar mal por mal y no queriendo ser en nada vencido, eres más feamente vencido: pues eres acoceado de la ira y vencido de la pasión, la cual si vencieses, serías más fuerte que el que por armas tomase una ciudad: porque menor victoria es sojuzgar las ciudades que están fuera de ti, que las pasiones que están dentro de ti, y ponerte á ti mismo leyes, y refrenar y domar la bravísima fiera de la ira que dentro de ti está encerrada. La cual si no quisieres reprimir, levantarse ha contra ti, y incitarte á hacer cosas que después te arrepientas. Y lo que peor es, que apenas podrás entender el mal que haces: porque al airado cualquier venganza paresce justa, y las más veces se engaña, creyendo que el estímulo de la ira es celo de justicia: y desta manera se encubre el vicio con color de virtud.

(1) Matth. V. (2) Rom XII.

§. I.

Pues para mejor vencer este vicio, uno de los mayores remedios es trabajar por arrancar de tu ánima la mala raíz del amor desordenado de ti mismo y de todas tus cosas: porque de otra manera fácilmente te encenderás en ira, siendo tú ó los tuyos tocados con cualquier liviana palabra. Y demás desto, cuanto te sintieres naturalmente más inclinado á ira, tanto debes estar más aparejado á paciencia, previniendo antes todas las maneras de agravios que te puedan suceder en cualquier negocio: porque las saetas que de lejos se ven, menos hieren. Para lo cual debes tener en tu corazón muy determinado que cuando en tu pecho hirviere la ira, ninguna cosa digas ó hagas, ni creas á ti mismo: mas ten por sospechoso todo lo que en este tiempo te dijere tu corazón, puesto que parezca muy conforme á razón. Dilata la ejecución hasta que se abaje la cólera, ó reza devotamente una vez ó más la oración del Paternóster, ó otra semejante. Plutarco refiere que un hombre muy sabio y experimentado, despidiéndose de un emperador, grande amigo suyo, no le dió otro consejo sino que cuando estuviese airado, no mandase hacer cosa alguna hasta que pasase primero entre sí todas las letras del a b c, para darle á entender cuán desatinados son los consejos de la ira al tiempo que hierve en el corazón.

Y es mucho para notar que no habiendo en el mundo peor tiempo para deliberar lo que se debe de hacer, que éste, ninguno hay en que el hombre tenga mayor deseo de lo hacer. Por lo cual conviene resistir con grande discreción y ánimo á esta tentación. Porque sin dubda así como el que está tomado del vino, no puede asentar cosa que sea conforme á razón y de que después no se deba arrepintir (como se escribe de Alejandro Magno) así el que está tomado del vino de la ira y ciego con los humos desta pasión, ningún asiento ni consejo puede tomar, que por muy acertado que le parezca, otro día por la mañana no lo condene. Porque cierto es que la ira, el vino y el apetito carnal son los peores consejeros que hay. Por donde dijo Salomón (1) que el vino y la mujer hacían salir de seso á los sa-

(1) Eccli. XIX.

bios. Y por vino entiende él aquí, no sólo este material (que suele cegar la razón) sino cualquier pasión vehemente, que también en su manera la ciega: aunque no deja de ser culpa lo que desta manera se hace.

También es muy buen consejo, cuando estuvieres airado, ocuparte en otros negocios, divirtiendo el pensamiento de la indignación, porque quitando la leña del fuego, luego cesará la llama dél. Procura otrosí amar á quien de necesidad has de sufrir; porque si el sufrimiento no es acompañado con amor, la paciencia que se muestra por defuera, muchas veces se vuelve en rancor. Por lo cual diciendo S. Pablo (1): La caridad es paciente, luego añadió: y benigna: porque la verdadera caridad no cesa de amar benignamente á los que sufre pacientemente. También es muy loable consejo dar lugar á la ira del hermano: porque si te apartares del airado, darle has lugar para que pierda la ira: ó á lo menos respóndele blandamente; porque como dice Salomón, la respuesta blanda quebranta la ira.

(1) I Cor. XIII.

REMEDIOS CONTRA LA PEREZA.

CAPÍTULO X.

Accidia es una flojedad y caimiento del corazón para bien obrar: y particularmente es una tristeza y hastío de las cosas espirituales. El peligro deste pecado se conosce por aquellas palabras que el Salvador dice: Todo árbol que no diere buen fructo, será cortado y echado en el fuego. Y en otra parte, exhortándonos á vivir con cuidado y diligencia (que es contraria á este vicio) dice: Abrid los ojos, velad y orad, porque no sabéis cuándo seréis llamados.

Pues cuando este torpe vicio tentare tu corazón, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes. Primeramente considera cuántos trabajos pasó Cristo por ti dende el principio hasta el fin de su vida; cómo pasaba las noches sin sueño, haciendo oración por ti; cómo discurría de una provincia á otra, enseñando y sanando los hombres; cómo se ocupaba siempre en las cosas que pertenecían á nuestra salud, y sobre todo esto, cómo en el tiempo de su pasión llevó sobre sus sacratísimos hombros, cansados de los muchos trabajos pasados, aquel grande y pesado madero de la cruz. Pues si el Señor de la majestad tanto trabajó por tu salud, ¿cuánto será razón trabajes tú por la tuya? Por librarte de tus pecados padesció aquel tan tierno Cordero tantos y tan grandes trabajos, ¿y tú no quieres sufrir aun los pequeños por ellos? Mira también cuántos trabajos sufrieron los Apóstoles cuando fueron por todo el mundo predicando; cuántos padescieron los mártires, cuántos los confesores, cuántos las vírgines, cuántos todos aquellos Padres que vivían apartados en los desiertos, y cuántos finalmente todos los sanctos que agora reinan con Dios, por cuya doctrina y sudores la fe católica y la Iglesia se dilató hasta el día de hoy.

Considera junto con esto cómo ninguna de todas las cosas criadas está ociosa: porque los ejércitos del cielo sin cesar cantan

loores á Dios: el sol, y la luna, y las estrellas, y todos los cuerpos celestiales cada día dan una vuelta al mundo para nuestro servicio. Las yerbas, los árboles, de una pequeña planta van creciendo hasta su justa grandeza. Las hormigas juntan granos en sus cilleros en el verano, con que se sustentan en el invierno. Las abejas hacen sus panales de miel, y con grande diligencia matan los zánganos negligentes y perezosos: y lo mismo hallarás en todos los otros géneros de animales. Pues ¿cómo no habrás tú vergüenza, hombre capaz de razón, de tener pereza, la cual aborrescen todas las criaturas irracionales por instinctu de naturaleza?

Item si los negociadores deste mundo pasan tantos trabajos para juntar sus riquezas perescederas (las cuales después de ganadas con muchos trabajos, han de guardar con muchos peligros) ¿qué será razón hagas tú, negociador del cielo, para adquirir tesoros eternos que para siempre durarán?

Mira también que si no quieres trabajar agora cuando tienes fuerzas y tiempo, que por ventura después te faltará lo uno y lo otro: como cada día vemos acaescer á muchos. El tiempo de la vida es breve, y lleno de mil estorbos: por tanto, cuando tuvieres oportunidad para bien obrar, no lo dejes por pereza, porque vendrá la noche, cuando nadie podrá obrar.

Mira también que tus muchos y grandes pecados piden grande penitencia y grande fervor de devoción para satisfacer por ellos. Tres veces negó S. Pedro (1), y todos los días de su vida lloró aquel pecado, puesto que ya estaba perdonado. María Magdalena hasta el postrer punto de su vida lloró los pecados que había cometido, puesto que había oído aquella tan dulce palabra de Cristo: Tus pecados te son perdonados. Y por abreviar dejo de referir aquí otros que acabaron la penitencia con la vida, de los cuales muchos tenían más livianos pecados que tú. Pues tú que cada día acrescientas pecados á pecados, ¿cómo tienes por grave el trabajo necesario para satisfacer por ellos? Por tanto en el tiempo de la gracia y de la misericordia trabaja por hacer fructos dignos de penitencia, para que con los trabajos desta vida redimas los de la otra. Y dado que nuestros trabajos y obras parezcan pequeñas, pero todavía, en cuanto proceden de la gracia, son de grande merescimiento: por donde en el trabajo son temporales, y

(1) Matth. XXVI.

en el premio eternas: breves en el espacio de la carrera, y perpetuas en la corona. Por lo cual no consintamos que este espacio de merecer se nos pase sin fructo, poniendo ante nuestros ojos el ejemplo de un devoto varón que todas las veces que oía el reloj, decía: ¡Oh Señor Dios mío, ya es pasada otra hora de las que Vos tenéis contadas de mi vida, y de que tengo que daros cuenta!

Si alguna vez nos viéremos cercados de trabajos, acordémonos que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios (1), y que no será coronado sino aquél que varonilmente peleare. Y si te paresce que asaz tienes peleado y trabajado, acuérdate que está escripto: El que perseverare hasta la fin, será salvo. Porque sin perseverancia, ni la obra es finalmente fructuosa, ni el trabajo tiene premio, ni el que corre alcanza victoria, ni el que sirve, la gracia final del Señor. Por lo cual no quiso el Salvador bajar de la cruz (2) cuando se lo pedían los judíos, por no dejar imperfecta la obra de nuestra redempción. Por tanto, si queremos seguir á nuestra cabeza, trabajemos con toda diligencia hasta la muerte, pues el premio del Señor dura para siempre. No cesemos de hacer penitencia,no cesemos de llevar nuestra cruz en pos de Cristo: porque de otra manera, ¿qué nos aprovechará haber navegado una muy larga y próspera navegación, si al cabo nos perdemos en el puerto?

Y no nos debe espantar la dificultad de los trabajos y peleas; porque Dios que te amonesta que pelees, te ayuda para que venzas, y ve tus combates, y te socorre cuando desfalleces, y te corona cuando vences. Y cuando te fatigaren los trabajos, toma este remedio: no compares el trabajo de la virtud con el deleite del vicio contrario, sino la tristeza que agora sientes en la virtud, con la que sentirías después de haber pecado, y el alegría que puedes tener en la hora de la culpa, con la que tendrás después en la gloria: y luego verás cuánto es mejor el partido de la virtud que el de los vicios. Vencida una batalla, no te descuides; porque muchas veces (como dice un sabio) nascen descuidos del buen suceso; antes debes estar apercebido, como si luego hobiesen de tocar la trompeta para otra: porque ni la mar puede estar sin ondas, ni esta vida sin tentaciones. Y demás desto, el que comienza la buena vida, suele ser más fuertemente tentado del enemigo; el

(1) Act. XIV. (2) Marc. XV.

cual no se precia de tentar los que posee con pacífico señorío, sino los que están fuera de su jurisdición. Así que en todo tiempo has de velar y siempre estar alerta y armado en cuanto estuvieres en esta frontera. Y si alguna vez sintieres tu ánima herida, guárdate de cruzar luego las manos y arrojar las armas y el escudo y entregarte al enemigo; antes debes imitar á los caballeros esforzados, á los cuales muchas veces la vergüenza de ser vencidos, y el dolor de las heridas, no solamente no hace huir, mas antes los incita á pelear. Desta manera cobrando nuevo esfuerzo con la caída, verás luego huir aquéllos de quien tú huías, y perseguirás á los que te perseguían. Y si por ventura (como acontece en las batallas) otra vez fueres herido, ni aun entonces has de desmayar, acordándote que ésta es la condición de los que pelean varonilmente, no que nunca sean heridos, mas que nunca se rindan á sus contrarios. Porque no se llama vencido el que fué muchas veces herido, sino el que siendo herido, perdió las armas y el corazón. Y siendo herido, luego procura de curar tu llaga: porque más facilmente curarás una llaga que muchas, y más ligeramente curarás la fresca que la que está ya afistolada.

Cuando alguna vez fueres tentado, no te contentes con no obedecer á la tentación, mas antes procura sacar de la misma tentación motivos para la virtud: y con esta diligencia, y con la divina gracia, no serás peor por la tentación, sino mejor: y así todo te servirá por tu bien. Si fueres tentado de lujuria ó de gula, quita un poco de los regalos acostumbrados, aunque sean lícitos, y acrecienta más á los sanctos ayunos y ejercicios. Si eres combatido de avaricia, acrecienta más las limosnas y buenas obras que haces. Si eres estimulado de vanagloria, tanto más te humilla en todas las cosas. Desta manera por ventura temerá el demonio tentarte, por no darte ocasión de mejorarte y de hacer obras buenas: el cual siempre desea que las hagas malas. Huye cuanto pudieres la ociosidad, y nunca estés tan ocioso, que en la ociosidad no entiendas en alguna cosa de provecho, ni tan ocupado que no procures en la misma ocupación levantar tu corazón á Dios y negociar con Él.

DE OTRA MANERA DE PECADOS QUE DEBE TRABAJAR POR HUIR EL BUEN CRISTIANO.

CAPÍTULO XI.

Demás destos siete pecados que se llaman capitales, hay otros también que se derivan dellos: los cuales no menos debe trabajar de evitar todo fiel cristiano, que los pasados.

Entre éstos uno de los más principales es jurar el nombre de Dios en vano: porque este pecado es derechamente contra Dios, y así de su condición es más grave que cualquier otro pecado que se haga contra el prójimo, por muy grave que sea. Y no sólo tiene esto verdad cuando se jura por el mismo nombre de Dios, sino también cuando se jura por la cruz, y por los sanctos, y por la vida propria: porque cualquiera destos juramentos (si cae sobre mentira) es pecado mortal, y pecado muy reprehendido en las Escripturas sagradas, como injurioso á la divina Majestad. Verdad es que cuando el hombre descuidadamente jura mentira, excusarse ha de pecado mortal: porque donde no hay juicio de razón ni determinación de voluntad, no hay esta manera de pecado. Mas esto no se entiende en los que tienen costumbre de jurar á cada paso, sin hacer caso ni mirar cómo juran, y no les pesa de tenerla, ni procuran hacer lo que es de su parte por quitarla: porque éstos no se excusan de pecado cuando por razón desta mala costumbre juran mentira sin mirar en ello, pudiendo y debiendo mirarlo. Ni pueden alegar que no miraron en ello, ni era su voluntad jurar mentira: porque supuesto que ellos quieren tener esta mala costumbre, también quieren lo que se sigue della, que es éste y otros semejantes inconvenientes: y por esto no dejan de imputárseles por pecados y llamarse voluntarios.

Por esto debe trabajar el cristiano todo lo posible por desarraigar de sí esta mala costumbre, para que así no se le impu-

ten estos descuidos por culpa mortal. Y para esto no hay otro mejor medio que tomar aquel tan saludable consejo que nos dió primero el Salvador, y después su apóstol Sanctiago (1), diciendo: Ante todas las cosas, hermanos míos, no queráis jurar ni por el cielo, ni por la tierra, ni otro cualquier juramento: sino sea vuestra manera de hablar sí por sí y no por no, porque no vengáis á caer en juicio de condenación. Quiere decir, porque no os lleve la costumbre á jurar alguna mentira, por donde seáis juzgados y sentenciados á muerte perpetua. Y no sólo de su propria persona, sino también de sus hijos y familia y casa trabaje por desterrar este tan peligroso vicio, reprehendiendo y avisando á todos sus familiares cuando les viere jurar cualquier juramento que sea. Y cuando él mismo en esto se descuidare, tenga por estilo dar alguna limosna, ó rezar siquiera un Paternóster y un Ave María, para que esto le sea no tanto penitencia de la culpa, cuanto memorial y despertador para no caer más en ella.

Del murmurar, escarnecer y juzgar temerariamente.

§. I.

OTRO pecado que se debe también mucho evitar, es el de la murmuración: el cual no menos reina hoy en el mundo que el pasado, sin que haya casa fuerte, ni congregación religiosa, ni lugar sagrado contra él. Y aunque este vicio sea familiar á todo género de personas (porque el mismo mundo con los desatinos que cada día hace, como da materia de llorar á los buenos, así la da de murmurar á los flacos) pero todavía hay algunas personas por natural pasión más inclinadas á él que otras. Porque así como hay gustos que no arrostran á cosa dulce ni la pueden tragar, sino á cosas amargas y acetosas, así hay personas tan podridas en sí y tan llenas de humor triste y melancólico, que en ninguna materia de virtud ni alabanza ajena toman gusto, sino en solo mofar, y maldecir, y tratar de males ajenos. De suerte que á todas las otras pláticas y

(1) Jacob. V.

materias están dormidos y mudos, y en tocándose esta tecla, luego parece que resuscitan y cobran nuevos espíritus para tratar desta materia.

Pues para criar en tu corazón odio de un vicio tan prejudicial y aborrecible como éste, considera tres grandes males que trae consigo. El primero es que está muy cerca de pecado mortal: porque de la murmuración á la detracción hay muy poco camino que andar: y como estos dos vicios sean tan vecinos, fácil cosa es pasar del uno al otro: así como los filósofos dicen que entre los elementos que concuerdan en alguna cualidad, es muy fácil el pasaje de uno á otro. Y así vemos acaescer muchas veces que cuando los hombres comienzan á murmurar, fácilmente pasan de los defectos comunes á los particulares, y de los públicos á los secretos, y de los pequeños á los grandes: con que dejan las famas de sus prójimos tiznadas y desdoradas. Porque después que la lengua se comienza á calentar, y cresce el ardor y deseo de encarecer las cosas, tan mal se enfrena el apetito del corazón como el ímpetu de la llama cuando la sopla el viento, ó el caballo de mala boca cuando corre á toda furia. Y ya entonces el murmurador no guarda la cara á nadie, ni cesa de ir adelante hasta llegar al más secreto rincón de la posada. Y por esta causa deseaba tanto el Eclesiástico la guarda deste portillo, cuando decía (1): ¿Quien dará guarda á mi boca, y pondrá un sello en mis labios, para que no venga á caer por ellos, y mi propria lengua me condene? Quien esto decía, muy bien conocía la importancia y dificultad deste negocio: pues de solo Dios deseaba y esperaba el remedio (que es el verdadero médico deste mal) como lo testifica Salomón, diciendo (2): Al hombre pertenece aparejar el ánima, mas á Dios gobernar la lengua: tan grande es este negocio.

El segundo mal que tiene este vicio, es ser muy perjudicial y dañoso, porque á lo menos no se pueden excusar en él tres males: uno del que dice, otro de los que oyen y consienten, y el tercero de los ausentes, de quien el mal se dice: porque como las paredes tienen oídos, y las palabras alas, y los hombres son amigos de ganar amigos y congraciarse con otros llevando y trayendo estas consejas (so color de que tienen mucha

(1) Eccli. XXII. (2) Prov. XVI.

cuenta con la honra de las personas) de aquí nasce que cuando éstas llegan á oídos del infamado, se escandalice, y embravesca, y tome pasión contra quien dijo mal dél: de donde suelen recrecerse enemistades eternas, y aun á veces desafío y sangre. Por donde dijo el Sabio (1): El escarnecedor y maldiciente será maldito: porque revolvió á muchos que vivían en paz. Y todo esto (como ves) nasció de una palabra desmandada: porque como dice el Sabio, de una centella se levanta á veces una grande llama.

Por razón destos daños es comparado este vicio en la Escriptura unas veces con las navajas que cortan los cabellos sin que lo sintáis: otras veces con arcos y saetas que tiran de lejos, y hieren á los ausentes: otras veces con las serpientes que muerden de callada y dejan la ponzoña en la herida: por las cuales comparaciones el Espíritu Sancto nos quiso dar á entender la malicia y daños deste vicio: el cual es tan grande, que dijo el Sabio: La herida del azote deja una señal en el cuerpo: mas la de la mala lengua deja molidos los huesos.

El tercero mal que este vicio tiene, es ser muy aborrescible y infame entre los hombres: porque todos naturalmente huyen de las personas de mala lengua como de serpientes ponzoñosas. Por donde dijo el Sabio (2) que era terrible en su ciudad el hombre deslenguado. Pues ¿qué mayores inconvenientes quieres tú para aborrescer un vicio que por una parte es tan dañoso, y por otra tan sin fructo? ¿Porqué querrás ser de balde y sin causa infame y aborrecible á Dios y á los hombres, especialmente en un vicio tan cuotidiano y tan usado, donde cuasi tantas veces has de peligrar, cuantas hablares y platicares con otros?

Haz, pues, agora cuenta que la vida del prójimo es para ti como un árbol vedado en que no has de tocar. Con igual cuidado has de procurar nunca decir bien de ti, ni mal de otro; porque lo uno es de vanos, y lo otro de maldicientes. Sean todos de tu boca virtuosos y honrados, y tenga todo el mundo creído que nadie es malo por tu dicho. De esta manera excusarás infinitos pecados y otros tantos escrúpulos y remordimientos de consciencia, y serás amable á Dios y á los hombres, y de la manera que honrares á todos, así de todos serás honrado. Haz un freno

(1) Eccli. XXVIII. (2) Eccli. IX.

á tu boca, y está siempre atento á engullir y tragar las palabras que se te revuelven en el estómago, cuando vieres que llevan sangre. Cree que ésta es una de las grandes prudencias y discreciones que hay, y uno de los grandes imperios que puedes tener, si lo tuvieres sobre tu lengua.

Y no pienses que te excusas de este vicio cuando murmuras artificiosamente, alabando primero al que quieres condenar: porque algunos murmuradores hay que son como los barberos, que cuando quieren sangrar, untan primero blandamente la vena con aceite, y después hieren con la lanceta y sacan sangre. Déstos dice el Profeta (1) que hablan palabras más blandas que el olio, mas que ellas de verdad son saetas.

Y como quiera que sea gran virtud abstenerse de toda especie de murmuración, mucho más lo es para aquéllos de quien habemos sido ofendidos: porque cuanto es más fuerte el apetito de hablar mal déstos, tanto es de más generoso corazón ser templado en esta parte y vencer esta pasión. Y por esto aquí conviene tener mayor recaudo, donde se conoce mayor peligro.

Y no sólo de maldecir y murmurar, sino también de oir lenguas de murmuradores te debes abstener, guardando aquel consejo del Eclesiástico que dice: Atapa tus oídos con espinas, y no oyas la lengua del maldiciente. Donde no se contenta con que tapes los oídos con algodón ó con otra materia blanda, sino quiere que sea con espinas: para que no sólo no te entren las tales palabras en el corazón holgando de oirlas, sino también punces el corazón del que murmura, haciendo mala cara á las palabras, como más claramente lo significó Salomón cuando dijo (2): El viento cierzo esparce las nubes, y el rostro triste la cara del que murmura. Porque (como dice Sant Hierónimo) la saeta que sale del arco, no se hinca en la piedra dura, sino antes de allí resurte y hiere á veces al que la tiró.

Y por tanto si el que murmura es tu súbdito, ó tal persona que sin escándalo le puedes mandar que calle, débeslo hacer: y si esto no puedes, á lo menos entremete otras pláticas discretamente para cortar el hilo de aquéllas, ó muéstrale tan mala cara, que él mismo se avergüence de lo que habla, y así quede cortésmente avisado y se vuelva del camino. Porque de otra manera, si le

(1) Psalm. LIV. (2) Prov. XXV.

oyes con alegre rostro, dasle ocasión que pase adelante, y así no menos pecas oyendo tú que hablando él: pues así como es gran mal pegar fuego á una casa, así también lo es estarse calentando á la llama que otro enciende, estando obligado á acudir con agua.

Mas entre todas estas murmuraciones la peor es murmurar de los buenos: porque esto es acobardar á los flacos y pusilánimes y cerrar la puerta á otros más flacos, para que no osen entrar con este recelo. Porque aunque esto no sea escándalo para los fuertes, no se puede negar sino que lo es para los pequeñuelos. Y porque no tengas en poco esta manera de escándalo, acuérdate que dice el Señor (1): Quien escandalizare á uno destos pequeñuelos que en Mí creen, más valdría que le atasen una piedra de atahona al cuello y le arrojasen en el profundo de la mar. Por eso tú, hermano mío, ten por un linaje de sacrilegio poner boca en los que sirven á Dios: porque aunque fuesen lo que los malos dicen, sólo por el sobre escripto que traen, merecen honra. Mayormente, pues está Dios diciendo dellos (2): Quien á vosotros tocare, toca á Mí en la lumbre de los ojos.

Todo esto que se ha dicho contra los murmuradores y maldicientes, cabe también en los escarnecedores y mofadores, y mucho más. Porque este vicio tiene todo lo que el pasado, y sobre esto tiene otra tizne aun más de soberbia, y presumpción, y menosprecio de los otros, por donde es muy más para huir que el otro, como lo mandó Dios en la Ley cuando dijo: No serás maldiciente ni escarnecedor en los pueblos. Y por esto no será necesario gastar más palabras en afear este vicio, pues para esto debe bastar lo dicho.

De los juicios temerarios y de los mandamientos de la Iglesia.

§. II.

CON estos dos pecados (como muy vecino dellos) se junta el juzgar temerariamente: porque los murmuradores y escarnecedores no sólo hablan mal de las cosas que realmente pasan, sino de todo aquello que ellos juzgan ó sospechan. Ca porque no les falte materia de murmurar, ellos mismos la levan-

(1) Matth. XVIII. (2) Zach. II.

tan cuando falta, con los juicios y sospechas de su corazón, echando á mala parte lo que se podía echar á buena, contra aquello que el Salvador nos manda, diciendo (1): No juzguéis, y no seréis juzgados: no condenéis, y no seréis condenados. Esto también muchas veces puede ser pecado mortal, cuando lo que se juzga es cosa grave y se juzga livianamente y con poco fundamento. Mas cuando el juicio fuese más sospecha que juicio, entonces no sería pecado mortal, por la imperfección de la obra.

Con estos pecados que son contra Dios, se juntan los que se hacen contra aquellos cinco mandamientos de la sancta madre Iglesia, los cuales obligan de precepto: como son oir misa entera domingos y fiestas, confesar una vez en el año, comulgar por Pascua y ayunar los días que ella manda y pagar fielmente los diezmos. El mandamiento del ayuno obliga de veintiún años arriba (más ó menos, conforme al parecer del discreto confesor ó cura) á los que no son enfermos, ó muy flacos, ó viejos, ó trabajadores, ó mujeres que crían ó están preñadas, y á los que no tienen para comer bastantemente una vez al día. Y así puede haber otros impedimentos semejantes.

En lo que toca al oir de las misas los días de obligación, trabaje el hombre por asistir á ellas, no sólo con el cuerpo sino también con el espíritu, recogidos los sentidos y la lengua callada: mas el corazón esté atento á Dios y á los misterios de la misa, ó de algún otro sancto pensamiento, ó á lo menos rezando alguna cosa devota.

Y los que tienen esclavos, criados, hijos y familia, deben procurar con todo estudio y diligencia que éstos oyan misa los días de fiesta: y si no pudieren acudir á la mayor (por haber de quedar en casa á aderezar la comida ó á otras cosas necesarias) á lo menos procuren que ese día por la mañana oyan una misa rezada, para que así cumplan con esta obligación. En lo cual hay muchos señores de familia muy culpados y negligentes, los cuales darán á Dios cuenta estrecha desta negligencia. Verdad es que cuando se ofreciese urgente y racionable causa por donde no se pudiese oir la misa (como es estar curando de un enfermo, ó cosas semejantes) entonces no sería pecado dejar la misa: porque la necesidad no está subjecta á esta ley.

(1) Matth. VII.

Éstos son los pecados más cuotidianos en que más veces suelen caer los hombres: de los cuales todos debemos siempre huir con suma diligencia: de unos porque son mortales, y de otros porque están muy cerca de serlo, demás de ser de suyo más graves que los otros comunes veniales. Desta manera conservaremos la inocencia y aquellas vestiduras blancas que nos pide Salomón, cuando dice (1): En todo tiempo estén blancas tus vestiduras, y nunca jamás falte olio de tu cabeza, que es la unción de la divina gracia: la cual nos da lumbre y fortaleza para todas las cosas, y así nos enseña y esfuerza para todo bien, que son los principales efectos deste olio celestial.

(1) Eccles. IX.

CAPITULO XII.



AUNQUE éstos sean los principales pecados de que te debes guardar, no por eso pienses ya que tienes licencia para aflojar la rienda á todos los otros pecados veniales. Antes instantísimamente te ruego no seas de aquéllos que en sabiendo que una cosa no es pecado mortal, luego sin más escrúpulo se arrojan á ella con grandísima facilidad. Acuérdate que dice el Sabio que el que menosprecia las cosas menores, presto caerá en las mayores. Acuérdate del proverbio que dice que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Las casas que vienen á caer por tiempo, primero comienzan por unas pequeñas goteras, y así vinieron á arruinarse y dar consigo en tierra. Acuérdate que aunque sea verdad que no bastan siete ni siete mil pecados veniales para hacer un mortal, pero que todavía es verdad lo que dice Sant Augustín por estas palabras: No queráis menospreciar los pecados veniales porque son pequeños, sino temedlos porque son muchos. Porque muchas veces acaesce que las bestias pequeñas, cuando son muchas, matan los hombres. ¿Por ventura no son menudos los granos del arena? Pues si cargáis un navío de mucha arena, presto se irá á fondo. ¡Cuán menudas son las gotas del agua! ¿Por ventura no hinchen los caudalosos ríos y derriban las casas soberbias? Esto pues dice Sant Augustín: no porque muchos pecados veniales hagan un mortal (como ya digimos) sino porque disponen para él, y muchas veces vienen á dar en él. Y no sólo esto es verdad, sino también lo que dice S. Gregorio, que en parte es mayor peligro caer en las culpas pequeñas, que en las grandes: porque la culpa grande, cuanto más claro se conosce, tanto más presto se emienda: mas la pequeña, como se tiene en nada, tanto más peligrosamente se repite cuanto más seguramente se comete.

Finalmente, los pecados veniales, por pequeños que sean, hacen mucho daño en el ánima: porque quitan la devoción, turban la paz de la consciencia, apagan el fervor de la caridad, enflaquecen los corazones, amortiguan el vigor del ánimo, aflojan el rigor de la vida espiritual, y finalmente resisten en su manera al Espíritu Sancto y impiden su operación en nosotros: por donde con todo estudio se deben evitar, pues nos consta cierto que no hay enemigo tan pequeño, que despreciado no sea muy poderoso para dañar.

Y si quieres saber en qué generos de cosas se cometen estos pecados, dígote que en un poco de ira, ó de gula, ó de vanagloria: en palabras y pensamientos ociosos, en risas, en burlas desordenadas, en tiempo perdido, en dormir demasiado, en mentiras y lisonjerías de cosas livianas, y así en otras cosas semejantes.

Tenemos, pues, aquí señaladas tres diferencias de pecados: unos que comúnmente son mortales: otros que comúnmente son veniales: otros como medios entre estos dos extremos, que á veces son mortales y á veces veniales. De todos conviene que nos guardemos: pero mucho más déstos que están como en medio, y mucho más de los mortales, pues por ellos solos se rompe la paz y amistad con Dios, y se pierden todos los bienes de gracia y todas las virtudes infusas, puesto caso que la fe y esperanza no se pierdan sino por sus actos contrarios.

DE OTROS MÁS BREVES REMEDIOS CONTRA TODO GÉNERO DE PECADOS, MAYORMENTE CONTRA AQUELLOS SIETE QUE LLAMAN CAPITALES.

CAPÍTULO XIII.

LAS consideraciones que hasta aquí habemos escripto, servirán para tener el hombre su ánimo bien dispuesto y armado contra todo género de pecados: mas para el tiempo de pelear, que es cuando alguno destos vicios tienta nuestro corazón, puedes usar destas breves sentencias que nos dejó escriptas un religioso varón: el cual contra cada uno destos vicios se armaba desta manera.

Contra la soberbia decía: Cuando considero á cuán grande extremo de humildad se abajó aquél altísimo Hijo de Dios por mí, nunca tanto me pudo abatir alguna criatura, que no me tuviese por digno de mayor abatimiento.

Contra la avaricia decía: Como entendí que con ninguna cosa podía mi ánima tener hartura sino con solo Dios, parecióme que era gran locura buscar otra cosa fuera dél.

Contra la lujuria decía: Después que entendí la grandísima dignidad que se da á mi cuerpo cuando recibe el sacratísimo cuerpo de Cristo, parecióme que era grande sacrilegio profanar el templo que Él para sí consagró, con la torpeza de los pecados carnales.

Contra la ira decía: Ninguna injuria de hombres bastará para turbarme, si me acordare de las injurias que yo tengo hechas contra Dios.

Contra el odio y invidia decía: Después que entendí cómo Dios había recebido un tan gran pecador como yo, no pude querer á nadie mal, ni negarle perdón.

Contra la gula decía: Quien considerare aquella amarguísima hiel y vinagre que en medio de sus tormentos se dió por último refrigerio al Hijo de Dios, que por ajenos pecados padecía, habrá vergüenza de buscar manjares regalados y exquisitos,

teniendo tanta obligación á padecer algo por sus pecados propios.

Contra la pereza decía: Como entendí qne después de tan brevísimo trabajo se alcanzaba gloria perdurable, parecióme que era pequeña cualquier fatiga que por esta causa se padeciese:

§. I.

Otra manera de remedios así breves pone Sant Augustín contra todos los vicios (aunque algunos atribuyen esto á Sant León Papa) donde por una parte representa de la manera que el vicio tienta y lo que propone, y por otra las consideraciones y palabras con que le habemos de salir al encuentro. Las cuales por parecerme muy provechosas, quise también añadir aquí.

Comienza pues primeramente á hablar la soberbia, y dice así: Ciertamente tú haces ventaja á otros muchos en saber, en hablar, en riquezas y en otras muchas habilidades: por tanto, á todos es razón que tengas en poco, pues á todos eres superior. La humildad responde: Acuérdate que eres polvo y ceniza, podre y gusanos, y puesto que seas grande, si cuanto mayor eres, más no te humillares, dejarás de ser lo que eres. Porque ¿por ventura eres tú mayor que el ángel que cayó? ¿Por ventura resplandeces tú más en la tierra que Lucifer en el cielo? Pues si aquél, por su soberbia, de tan alta cumbre cayó en tanta miseria, ¿cómo quieres tú de tanta miseria subir á tan alta gloria, permanesciendo en la misma soberbia?

La gloria vana dice: Haz todos los bienes que pudieres, y publícalos á todos, para que todos te tengan por bueno y de todos seas reverenciado, y ninguno te desprecie ni tenga en poco. El temor de Dios responde: Gran locura es dar por honra temporal aquello con que se gana gloria perdurable. Por tanto, trabaja por encubrir á lo menos con la voluntad las buenas obras que haces: porque si en tu voluntad las escondes, no será vanidad mostrarlas, porque no se podrá llamar público lo que en tu voluntad está secreto.

La hipocrisía dice: Pues ningún bien en la verdad tienes, finge á lo menos defuera lo que no tienes: porque no seas de todos aborrescido, si por tal fueres de todos conoscido. La verdadera religión responde: Mucho más trabaja por ser que por pa-

recer lo que no eres: ca proprio oficio es del verdadero cristiano procurar más de ser bueno que de parecerlo. Porque en engañar á los hombres con esa disimulación ¿qué otra cosa ganas sino tu propria condenación?

El menosprecio y desobediencia dice: ¿Quién eres tú para que sirvas á otros que son tus inferiores? A ti convenía mandar, y á ellos obedecer, pues no igualan contigo ni en ingenio, ni en discreción, ni en virtud. Basta que guardes los mandamientos de Dios, y no cures de lo que te mandan los hombres. La subjección y obediencia responde: Si es necesario subjectarte á los mandamientos de Dios, por la misma razón te debes subjectar á la ordenación de los hombres, porque el mismo Dios dice: quien á vosotros oye, á Mí oye, y quien á vosotros desprecia, á Mí desprecia. Y si dices que esto es razón cuando el que manda es bueno, y no cuando no lo es, oye lo que el Apóstol en contrario dice: Todo el poder de los hombres, de Dios se deriva: y las cosas que de Dios son, ordenadas son. Así que no pertenesce á ti saber cuáles son los que mandan, sino qué es lo que te mandan, para haberlo de cumplir.

La envidia dice: ¿En que cosa eres tú menor que aquél ó aquélla? Pues ¿porqué no serás tenido en tanto ó en más que aquéllos? ¿Cuántas cosas puedes tú hacer que ellos no pueden? Pues contra justicia es igualarse ellos contigo, ó hacerse tus superiores. La concordia responde: Si en virtud sobrepujas á otros, más seguro estarás en el lugar bajo que en el alto. Porque la caída de lo alto siempre es de mayor peligro. Y dado que muchos te sean iguales ó superiores en la fortuna, ¿qué perjuicio recibes tú por eso? Debrías mirar que teniendo envidia al que está en lugar más alto, te haces semejante á aquél de quien se escribe: Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo: y á él imitan todos los que son de su parte.

El odio dice: Nunca Dios quiera que tú ames á quien en todas las cosas se encuentra contigo, quien siempre de ti murmura, quien de todas tus cosas escarnesce, quien te da en rostro con el pecado que heciste, y finalmente, quien en todas sus palabras y obras siempre se te pone delante. Porque cierto es que si él no te tuviese odio, no te pondría debajo los pies. El amor verdadero responde: ¿Por ventura, dado que esas cosas sean aborrescibles en el hombre, por eso se ha de aborrescer la ima-

gen de Dios en el hombre? ¿Por ventura Cristo estando en la cruz no amó á sus enemigos? Y partiendo desta vida ¿no nos amonestó que hiciésemos lo mismo? Pues echa fuera de tu pecho toda amargura de odio, y bebe la dulzura del amor, porque (demás de los respectos y razones eternas que á esto te obligan) ninguna cosa hay en esta vida más dulce ni más suave que el amor: y ninguna más amarga ni desabrida que el odio, el cual es como un zaratán, que está siempre royendo las entrañas donde mora.

La murmuración dice: ¿Quién se puede ya sufrir, quién puede callar cuántos males aquél ó aquélla han cometido, sino quien por ventura es en su consentimiento? La corrección caritativa responde: Ni se han de publicar los males del prójimo, ni se han de consentir: mas el mismo delincuente con caridad debe ser amonestado y con paciencia sufrido. Pero algunas veces conviene que los yerros de los pecadores á tiempos se callen para que en otro tiempo más convenible se reprehendan.

La ira dice: ¿Cómo se puede sufrir con paciencia lo que contigo se hace? Antes sufrir tales cosas es pecado: y si no las resistes con grande saña, cada día se harán contra ti otras peores. La paciencia responde: Si la pasión del Redemptor se trae á la memoria, no habrá cosa que con igual ánimo no se sufra. Porque como dice Sant Pedro (1), Cristo padesció por nosotros, dejándonos ejemplo que sigamos sus pisadas: el cual, cuando padescía, no se airaba, ni amenazaba á quien le maltrataba. Mayormente, siendo tan poco lo que padescemos, en comparación de lo que Él padesció. Porque Él sufrió injurias, escarnios, bofetadas, azotes, espinas y cruz: y á nosotros, miserables, una palabra nos fatiga, una descortesía nos mata.

La dureza de corazón dice: ¿Por ventura has de hablar dulcemente y con palabras blandas á unos hombres brutos, nescios y insensibles, que á veces con esto se ensoberbecen y alzan á mayores? La mansedumbre responde: No se ha de oir en esto tu consejo, sino el del Apóstol que dice: No conviene al siervo del Señor litigar, sino ser manso en todas las cosas. Verdad es que este vicio de reñir más dañoso es en los súbditos, que en los perlados. Porque muchas veces acaesce que los súbditos des-

(1) I Pet. II.

precian las palabras humildes y dulces de sus perlados, y tiran contra ellas saetas de menosprecio.

La presumpción y temeridad dice: Testigo tienes á Dios en el cielo: no hagas caso de lo que los hombres sospechan en la tierra. La satisfacción debida responde: No es razón dar ocasión á otros de murmurar, ni de publicar lo que sospechan. Mas si con verdad eres reprehendido, confiesa tu culpa: y si no es así, niégala con humilde respuesta.

La pereza y flojedad dicen: Si continuamente te das al estudio de la lición y oración y lágrimas, perderás la vista: si extiendes mucho las vigilias de la noche, perderás el seso, y si te fatigas con trabajo demasiado, quedarás inhábil para todo espiritual ejercicio. La diligencia y trabajo responde: ¿Porqué te prometes luengos años en que hayas de padecer estos trabajos? ¿Quién te asegura el día de mañana, ó la hora presente? ¿Por ventura has olvidado lo que el Salvador dice (2): Velad, porque no sabéis el día ni la hora? Por tanto, sacude de ti toda negligencia y pereza, porque no ganan el reino del cielo los tibios y perezosos, sino los esforzados y diligentes.

La escaseza dice: Si los bienes que posees das á los extraños, ¿con qué podrás mantener á los tuyos? La misericordia responde: Acuérdate de lo que acaesció al rico que se vestía de púrpura y holanda, el cual no fué condenado porque robase lo ajeno, sino porque no daba lo proprio. Por lo cual estando en el infierno llegó á tanta miseria, que pidió una gota de agua, y no la alcanzó: porque pidiéndole el pobre una sola migaja de pan, no se la dió.

La gula dice: Todas las cosas crió Dios para comer: pues el que no quiere comer, ¿qué otra cosa hace sino despreciar los beneficios de Dios? La templanza responde: La una de esas cosas que dices, es verdadera: porque todas esas crió Dios porque el hombre no muriese de hambre: mas porque no excediese la justa medida, mandóle que tuviese abstinencia: y no tenerla se cuenta por uno de los principales pecados que hubo en Sodoma, por donde esta miserable ciudad llegó al extremo de la perdición. Por tanto conviene que el sano reciba el manjar así como el enfermo la medicina: conviene saber, no para deleitarse en él, sino

(2) Matth. XXV.

para socorrer á su necesidad. Y aquél del todo vence este vicio, que no solamente en la cuantidad del manjar pone la medida que debe, sino también desprecia los delicados y sabrosos manjares, si no es cuando la enfermedad ó la caridad lo pide.

La vana alegría dice: ¿Porqué escondes dentro de ti el gozo de tu corazón? Publica á todos tu alegría, y di en presencia de tus compañeros alguna cosa con que huelguen y rían. La templada tristeza responde: ¿De dónde, ó de qué tienes tanta alegría? ¿Por ventura tienes ya vencido al diablo, ó has acabado ya el tiempo de tu destierro y llegado á la patria? ¿Por ventura no te acuerdas de lo que dice el Señor (1): El mundo se alegrará, y vosotros os entristeceréis: mas vuestra tristeza se volverá en alegría? Por tanto, refrena ese vano regocijo, porque aun no has escapado de todos los males de este tan peligroso golfo.

La parlería dice: No es pecado hablar mucho, si se habla bien: así como no deja de serlo hablar mal, aunque se hable poco. El discreto callar responde: Verdad es lo que dices: pero muchas más veces, queriendo el hombre hablar muchas cosas buenas, acaesce que la plática que comenzó bien, acaba mal. Por lo cual dijo el Sabio que en el mucho hablar no podía faltar pecado. Y si por ventura en la larga plática huyes de palabras dañosas, no podrás quizá huir de las ociosas, de que has de dar cuenta en el día del juicio. Conviene, pues, tener medida en el hablar, aunque las palabras sean buenas: porque no vengan á parar en malas.

La lujuria dice: ¿Porqué agora no gozas de tus deleites y placeres, pues no sabes lo que te está guardado? No es razón que pierdas este buen tiempo, porque no sabes cuán presto se pasará. Porque si Dios no quisiera que holgaran los hombres con estos deleites, no criara al principio hombres y mujeres. La castidad responde: No quiero que disimules ó finjas que no sabes lo que te está guardado después de esta vida. Porque si limpia y castamente vivieres, tendrás placeres y alegría sin fin; y si deshonestamente, serás llevado á los tormentos eternos. Y cuanto más sientes que pasa ligeramente el tiempo, tanto más te conviene vivir castamente: porque muy miserable es la hora del deleite, en la cual se pierde vida que dura para siempre.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, sirve para proveernos de

(1) Joan. XVI.

armas espirituales, que para esta pelea son necesarias: con las cuales podremos alcanzar la primera parte de la virtud, que es carecer de vicios, y defender esta estancia en que Dios nos puso (en la cual Él mora) para que no sea ocupada del enemigo. Porque guardada fielmente la posada, sin dubda tendremos aquel celestial huésped en ella: pues como dice Sant Juan, Dios es caridad, y quien está en caridad, en Dios está, y Dios en él: y aquél está en caridad, que ninguna cosa hace contra ella: y no hay cosa que sea contra ella sino solo el pecado mortal: contra el cual sirve todo lo que hasta aquí habemos dicho.

SEGUNDA PARTE

DESTE SEGUNDO LIBRO

EN LA CUAL SE TRATA

DEL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

DE TRES MANERAS DE VIRTUDES
EN LAS CUALES SE COMPREHENDE LA SUMA DE TODA JUSTICIA.

CAPÍTULO XIV.

DICHO ya en la primera parte deste libro de los vicios con que se afean y escurecen las ánimas, digamos agora de las virtudes que las adornan y hermosean con el ornamento espiritual de la justicia. Y porque á esta justicia pertenece dar á cada uno lo que se le debe, así á Dios, como al prójimo, como á sí mismo: así hay tres maneras de virtudes de que se compone: unas que principalmente sirven para cumplir con lo que el hombre debe á Dios, y otras con lo que debe á su prójimo, y otras con lo que debe á sí mismo. Y esto hecho, no resta más para cumplir toda virtud y justicia: que es, para ser un hombre verdaderamente justo y virtuoso: que es lo que aquí pretendemos hacer.

Y si quisieres saber en muy pocas palabras y por unas muy breves comparaciones cómo esto se pueda hacer, digo que con estas tres obligaciones cumplirá el hombre perfectísimamente, si tuviere estas tres cosas: conviene saber, para con Dios corazón de hijo, y para con el prójimo corazón de madre, y para consigo espíritu y corazón de juez. Éstas son aquellas tres partes de justicia en que el Profeta puso la suma de todo nuestro bien, cuando

dijo (1): Enseñarte he, oh hombre, en qué está todo el bien, y qué es lo que el Señor quiere de ti. Quiere que hagas juicio, y que ames la misericordia, y que andes solícito y cuidadoso con Dios. Entre las cuales partes el hacer juicio declara lo que el hombre debe hacer para consigo; y el amar la misericordia, lo que debe para con el prójimo; y el andar solícito con Dios, lo que debe hacer para con Él. Y pues en estas tres cosas está todo nuestro bien, de ellas trataremos agora más copiosamente: porque en el Memorial de Vida Cristiana no hecimos más que pasar por ellas brevemente, reservando su declaración para este lugar.

(1) Mich. VI.

DE LO QUE DEBE EL HOMBRE HACER PARA CONSIGO MISMO.

CAPÍTULO XV.

PORQUE la caridad bien ordenada comienza de sí mismo, comencemos por donde el Profeta comenzó, que es por el hacer juicio, que pertenesce al espíritu y corazón de juez, el cual debe el hombre tener para consigo. Pues al oficio del buen juez pertenesce tener bien ordenada y reformada su república. Y porque en esta pequeña república del hombre hay dos partes principales que reformar (que son el cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y el ánima con todos sus afectos y potencias) todas estas cosas conviene que sean reformadas y enderezadas virtuosamente en la forma que aquí declaremos: y desta manera habrá el hombre cumplido con lo que debe á sí mismo.

De la reformación del cuerpo.

§. I.

PUES para reformación del cuerpo sirve primeramente la composición y disciplina del hombre exterior, guardando aquello que dice S. Augustín en su regla, que en el andar, y en el estar, y en el vestido, ninguna cosa se haga que escandalice y ofenda los ojos de nadie, sino lo que convenga á la sanctidad de nuestra profesión. Y por esto procure el siervo de Dios tratar con los hombres con tanta gravedad, humildad, suavidad y mansedumbre, que todos cuantos con él trataren, queden siempre edificados y aprovechados con su ejemplo. El Apóstol quiere que seamos como una especie aromática (1), la cual comunica luego su olor á quienquiera que la toca, y así le quedan oliendo las manos

(1) II Cor. II.

como á ella: porque tales han de ser las palabras, las obras, la composición y conversación de los siervos de Dios, que todos cuantos trataren con ellos, queden edificados y como sanctificados con su ejemplo y conversación. Y éste es uno de los principales fructos que se siguen desta modestia y composición, que es una manera de predicar callada, donde no con estruendo de palabras, sino con ejemplo de virtudes convidamos á los hombres á glorificar á Dios y amar la virtud, según que nos lo encomienda el Salvador, cuando dice (1): Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. Conforme á lo cual dice Isaías que el siervo de Dios ha de ser como un árbol, ó una planta hermosísima que Dios plantó, para que quienquiera que la viere, glorifique á Dios por ella. Mas no se entiende que por esto debe hacer el hombre sus buenas obras para que sean vistas: antes (como dice Sant Gregorio) de tal manera se ha de hacer la buena obra en público, que la intención esté en secreto: para que con la buena obra demos á los prójimos ejemplo, y con la intención de agradar á solo Dios siempre deseemos el secreto.

El segundo fructo que se sigue desta composición del hombre exterior, es la guarda del interior y la conservación de la devoción. Porque es tan grande la unión y liga que hay entre estos dos hombres, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro, y al revés: por donde si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mismo cuerpo: y por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego no sé cómo el espíritu también se descompone y inquieta. De suerte que cualquier de los dos es como un espejo del otro: porque así como todo lo que vos hacéis, hace el espejo que tenéis delante, así todo lo que pasa en cualquiera destos dos hombres, luego se representa en el otro. Por donde la composición y modestia de fuera ayuda mucho á la de dentro: y gran maravilla sería hallarse espíritu recogido en cuerpo inquieto y desasosegado. Y por esto dijo el Eclesiástico que el que tenía los pies ligeros, cairía: dando á entender que los que carescen de aquella gravedad y reposo que pide la disciplina cristiana, muchas veces han de tropezar y caer en muchos defectos: como

(1) Matth. V.

suelen caer los que traen los pies muy ligeros cuando andan.

La tercera cosa para que sirve esta virtud, es para conservar el hombre con ella la autoridad y gravedad que pertenece á su persona y oficio, si es persona constituída en dignidad: como la conservaba el sancto Job (1), el cual en una parte dice que la luz y resplandor de su rostro nunca por diversas ocasiones y acontecimientos caía en tierra: y en otra dice (2) que era tanta su aut oridad, que cuando le veían los mozos, se escondían, y los viejos se levantaban á él, y los príncipes dejaban de hablar y ponían el dedo en su boca, por el acatamiento grande que le tenían. La cual autoridad (porque estuviese muy lejos de toda repunta de soberbia) acompañaba el sancto varón con tanta suavidad y mansedumbre, que dice él mismo de sí que estando asentado en su silla como un rey acompañado de su ejército, por otra parte era abrigo y consuelo común de todos los miserables. Donde notarás que la falta desta mesura y composición no es tanto reprehendida de los sabios por grande culpa, cuanto por nota de liviandad: porque la desenvoltura demasiada del hombre exterior es argumento del poco lastre y asiento del interior, como ya dijimos. Por lo cual dice el Eclesiástico que la vestidura del hombre y la manera del reir y del andar dan testimonio dél. Lo cual confirma Salomón en sus Proverbios diciendo (3): Así como en el agua clara se paresce el rostro del que la mira, así los sabios conoscen los corazones de los hombres por la muestra de las obras exteriores que ven en ellos.

Éstos son los provechos que trae consigo esta composición susodicha: que son muy grandes. Por lo cual no me paresce bien la demasiada desenvoltura de algunos que con achaque de que no digan que son hipócritas, ríen, y parlan, y se sueltan á muchas cosas, con las cuales pierden todos estos provechos. Porque así como dice muy bien S. Juan Clímaco que no ha de dejar el monje la abstinencia por temor de la vanagloria, así tampoco es razón carescer del fructo desta virtud por respectos del mundo: porque así como no conviene vencer un vicio con otro, así tampoco desistir de una virtud por ningún respecto del mundo.

Esto es lo que generalmente pertenesce á la composición

(1) Job. XXIX. (2) Ibid. (3) Prov. XXVII.

del hombre exterior en todo lugar y tiempo. Mas porque esto se requiere muy más particularmente en los convites y en la mesa, cómo ésta se haya de guardar, declararemos en el § siguiente.

De la virtud de la abstinencia.

§. II.

PROSIGUIENDO lo que pertenece á la reformación del cuerpo, lo que principalmente para esto sirve, es, tratarlo con rigor y aspereza, no con regalos ni blandura: porque así como la carne muerta se conserva con la mirra, que es amarguísima (sin la cual luego se daña y hinche de gusanos) así también esta nuestra carne con regalos y blanduras se corrompe y se hinche de vicios, y con el rigor y aspereza se conserva en toda virtud. Pues para esto nos conviene aquí tratar de la abstinencia: porque ésta es una de las principales virtudes que se presuponen para alcanzar las otras virtudes: y ella es en sí muy dificultosa de alcanzar, por la contradicción y repugnancia que tiene en nuestra naturaleza corrupta. Y aunque lo arriba dicho contra la gula bastaba para entender la condición y valor de la abstinencia (pues conocido un contrario, se conoce el otro) pero todavía para mayor luz desta doctrina será bien tratar della por sí, declarando así el uso y plática della como los medios por do se alcanza.

Comenzando, pues, por la disciplina y modestia que se debe guardar en la mesa, ésta nos enseña muy particularmente el Espíritu Sancto en el Eclesiástico por estas palabras: Usa como hombre templado de las cosas que te ponen delante, porque no seas aborrescido de los hombres, si te vieren comer desordenadamente. Y acaba primero que los otros, porque así lo pide la orden y disciplina de la templanza. Y si estás asentado en medio de otros muchos, no seas tú el primero que pongas mano en el plato, ni pidas de beber primero. Por cierto muy convenientes reglas son éstas para la vida moral, y dignas de aquel Señor que todas las cosas hizo con suma orden y concierto: y así quiere también que nosotros las hagamos.

Ésta misma disciplina nos enseña Sant Bernardo por estas palabras: En el comer habemos de tener cuenta con el modo, con el tiempo y con la cuantidad y cualidad de los manjares. El modo ha de ser, que no derrame el hombre todos sus sentidos sobre la comida. El tiempo, que no anticipe la hora ordinaria del comer. Y la cualidad, que contentándose con lo que los otros comen, no quiera otras particularidades ni delicadezas, si no fuere por evidente necesidad. Ésta es la regla que da en pocas palabras este sancto.

Y no es muy diferente la que nos da S. Gregorio en sus Morales diciendo: Abstinencia es la que no anticipa la hora del comer (como hizo Jonatás, cuando comió el panar de miel) ni tampoco desea manjares apetitosos, como lo hicieron los hijos de Israel en el desierto, cobdiciando los manjares de Egipto: ni quiere guisados curiosamente aparejados, como los querían los hijos de Helí: ni come hasta más no poder, como hacían los de Sodoma: ni con demasiado gusto y apetito, de la manera que comió Esaú la escudilla de lentejas, por la cual vendió su mayorazgo. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio, en las cuales brevemente comprehende muchas cosas, y las acompaña con muy convenientes ejemplos.

Pero más copiosamente trata esta materia Hugo de S. Víctor, el cual en el Libro de la Disciplina de los Monjes enseña la que debemos tener en el comer, por estas palabras: En dos cosas (dice él) se ha de guardar la disciplina y modestia en el tiempo del comer: conviene saber, en la comida y en el que la come. Porque el que come ha de procurar de tener modestia en el callar, y en el mirar, y en la compostura del cuerpo, para que enfrene su lengua de toda parlería, y abstenga sus ojos de mirar á todas partes, y tenga todos los otros miembros y sentidos compuestos y quietos. Porque algunos hay que cuando se asientan á la mesa, descubren el apetito de la gula y la destemplanza de su ánimo; y con una desasosegada inquietud de los miembros, menean la cabeza, arremangan los brazos, levantan las manos en alto, y (como si hubiesen ellos solos de tragarse toda la mesa) así verás en ellos unos acometimientos y meneos, que (no sin gran fealdad) están descubriendo la agonía y hambre del comer. Y estando asentados en un mismo lugar, con los ojos y con las manos lo andan todo: y así en un mismo tiempo piden el vino, parten el pan

y revuelven los platos; y como el capitán que quiere combatir una fortaleza, así ellos están como dubdando por qué parte acometerán este combate: porque por todas partes querrían entrar. Todas estas fealdades ha de evitar el que come, en su propria persona. Mas en la comida conviene mirar lo que come, y la manera del comer, como ya está declarado.

Y aunque en todo tiempo sea necesario llegarse á la mesa con toda esta preparación, pero mucho más cuando hay hambre, y aun mucho más cuando la delicadeza y precio de los manjares despierta el apetito del comer: porque en este caso son mayores los incentivos de la gula, por la buena disposición del órgano del gusto y por la excelencia del objecto. Mire, pues, el hombre con atención en este tiempo no le haga creer la gula que tiene hambre para comer mesa y manteles: porque por esta causa dijo muy bien S. Juan Clímaco que la gula era hipocrisía del vientre: porque al principio de la comida finge que tiene más hambre de la que en hecho de verdad tiene, y así le parece que todo lo ha de tragar: lo cual de ahí á poco se ve que era engaño: pues con mucho menos queda el hombre satisfecho.

Para remedio desto piense, cuando se sienta á la mesa, que (como dice muy bien un filósofo) tiene ahí dos huéspedes á que ha de proveer: conviene saber, el cuerpo y el espíritu. Al cuerpo ha de proveer de su mantenimiento, dándole lo necesario: y al espíritu del suyo, dándoselo con aquella composición y modestia que piden las leyes de la templanza: porque esto es hacer virtud, la cual es pasto y mantenimiento del ánima.

Es otrosí muy conveniente remedio contra este apetito poner en una balanza los fructos de la virtud de la abstinencia, y en otra la brevedad del deleite de la gula: para que por aquí vea el hombre cómo no es razón perder tan grandes fructos por tan bestial y breve deleite.

Para cuyo entendimiento es mucho de notar que entre todos los sentidos de nuestro cuerpo los más bajos son el sentido del tocar y del gustar. Porque ningún animal hay en el mundo tan imperfecto, que no tenga estos dos sentidos: como quiera que haya muchos á quien faltan los otros tres, que son ver, oir y oler. Y así como estos dos sentidos son los más viles y materiales de todos, así los deleites que dellos proceden, son los más viles y más bestiales: pues no hay animal en el mundo tan imperfecto

que no los tenga. Y demás de ser vilísimos, son también brevísimos: porque no dura más el deleite dellos, de cuanto el objecto está materialmente ayuntado con su sentido: como vemos que no dura más el deleite del gusto, de cuanto el manjar está sobre el paladar, y en el punto que deja de estar sobre él, cesa el deleite dél. Pues si este deleite por una parte es tan vil y tan bestial, y por otra tan breve y tan momentáneo, ¿cuál es el hombre tan bruto, que despide de sí la virtud de la abstinencia (de quien tantos y tan grandes fructos se predican) por un tan vil y bajo deleite? Esto solo debía bastar para vencer este apetito, cuanto más si se juntaren aquí tantas otras cosas que á esto mismo nos obligan. Ponga pues (como dijimos) el siervo de Dios en una balanza la brevedad y vileza deste deleite, y en otra la hermosura de la abstinencia, los fructos que se siguen della, los ejemplos de los sanctos y los trabajos de los mártires (que por fuego y por agua pasaron al cielo) la memoria de sus pecados, las penas del infierno, y también las del purgatorio, y cada cosa déstas le dirá que es necesario abrazar la cruz, afligir la carne, y enfrenar la gula, y satisfacer á Dios con el dolor de la penitencia por el deleite de la culpa. Y si con este aparejo se asentare á la mesa, verá cuán fácil cosa le será renunciar y despedir de sí toda esta manera de regalos y deleites.

Y si toda esta providencia se requiere en el comer, mucho mayor es necesaria para el beber, cuando se bebe vino. Porque entre cuantas cosas hay contrarias á la castidad, una de las más contrarias es el vino, del cual tiembla esta virtud como de un capital enemigo: porque el Apóstol la tiene ya avisada, diciendo (1) que en el vino está la lujuria. El cual es tanto más peligroso, cuanto más hierve la sangre en los años de la juventud. Por lo cual dice Sant Hierónimo: El vino y la mocedad son dos incentivos de la lujuria. ¿Para qué echamos aceite en la llama? ¿para qué ponemos leña en el fuego que arde? Porque como el vino es tan caliente, inflama todos los humores y miembros del cuerpo, y especialmente el corazón (adonde él derechamente camina, y donde está la silla y asiento de todas nuestras pasiones) y así á todas ellas inflama y fortifica: de manera que en este tiempo el alegría es mayor, y la ira, y el furor, y el amor, y la osadía, y el

(1) Ephes. V.

deleite, y así las otras pasiones. Por do parece que siendo uno de los principales oficios de las virtudes morales domar y mitigar estas pasiones, el vino es de tal cualidad, que hace el oficio contrario, pues con la vehemencia de su calor enciende lo que estas virtudes apagan: para que por aquí vea el hombre cuánto se debe guardar dél.

De aquí, pues, suelen proceder parlerías, risas demasiadas, porfías, peleas, clamores desentonados, descubrimientos de secretos, y otras semejantes desórdenes: así por estar entonces más vehementes las pasiones, como por estar la razón más escurecida con los humos del vino. Con lo cual se junta la ocasión que el hombre tiene para desmandarse, viendo desmandarse los otros con quien come: y todas estas causas juntas vienen á parir y producir estas desórdenes. Por donde dijo elegantemente un filósofo que tres racimos procedían de la vid: el primero era de necesidad, el segundo de deleite, el tercero de furor. Dando á entender que beber un poco de vino servía á la necesidad natural: pero exceder esto algún tanto, servía ya más al deleite que á la necesidad. Pero pasar desordenadamente esta regla, servía al furor y á la locura. Por donde todos los pareceres que el hombre diere ó tuviere en este tiempo, debe tener por sospechosos: porque sin dubda (regularmente hablando) tiene parte en ellos no sólo la razón sino también el vino, que es el peor de los consejeros. Y no menos se debe guardar de hablar mucho, ó porfiar en la mesa ó sobremesa, si quiere estar libre de todos estos peligros, porque muchas veces se comienza la porfía en paz, y se acaba en guerra: y muchas veces descubre el hombre con el calor del vino lo que después quisiera mucho haber callado: pues como dice Salomón, ningún secreto hay donde reina el vino.

Y aunque toda demasía en hablar sea reprehensible en este tiempo, mucho más lo es cuando la habla es sobre cosas de comer, alabando el vino, ó la fruta, ó el pescado que se come, ó quejándose dello, ó tratando de diversidad de manjares, de tales y de tales tierras, ó de pesces de tales ríos: porque todas estas pláticas son señales de ánimo destemplado, y de hombre que todo él entero quiere estar comiendo, no sólo con la boca, sino también con el corazón, con el entendimiento, con la memoria y con las palabras.

Pero mucho más se debe guardar, cuando come, de estar comiendo las vidas ajenas, porque esto es cosa que entra más en hondo: pues (como dice S. Crisóstomo) esto es ya no comer carne de animales, sino de hombres: que es contra toda humanidad. Por lo cual se escribe de Sant Augustín, que recelando este vicio (que tan familiar suele ser en algunas mesas) tenía él escriptos en el lugar donde comía, dos versos que decían: Quien huelga de roer con sus palabras la vida de los ausentes, sepa que esta mesa no se puso para él.

Aquí es también de notar que como dice Sant Hierónimo, mucho mejor es comer cada día poco, que pasados muchos días de ayuno, comer después demasiado. Aquella agua (dice él) es muy provechosa á la tierra, que á sus tiempos cae mansamente: mas los torbellinos grandes y tempestuosos roban las tierras. Cuando comes, acuérdate que no vives para servir al vientre: mas que luego has de estudiar, ó leer, ó hacer otra buena obra, para lo cual quedarás inhábil si cargares el estómago demasiadamente. Y desta manera en cada manjar y en cada vez que bebieres, medirás no lo que el deleite pide, sino lo que la necesidad y la virtud requiere. Ca no te persuadimos que te mates de hambre, sino que no sirvas al deleite más de lo que al uso de la vida conviene. Porque tu cuerpo (así como cualquier otro animal) tiene necesidad de mantenimiento porque no desfallezca, y también de carga para que no respingue. Por lo cual dice Sant Bernardo: Á la carne conviene apretarla, no consumirla: apremiarla, no despedazarla: procurar que se humille, y no se ensoberbezca: y que sirva, y no sea señora.

Esto baste para entender lo que toca á esta virtud. Quien demás desto quisiere saber los fructos grandes que se siguen della, y cómo aprovecha para todas las cosas, no sólo para el ánima, sino también para el cuerpo, esto es, para la salud, para la vida, para la honra y para la hacienda, lea un tratado que sobre esta materia escribimos al fin del Libro de la Oración y Meditación.

De la guarda de los sentidos.

§. III.

Castigado y concertado el cuerpo en la forma susodicha, resta luego reformar también los sentidos del cuerpo: en los cuales debe el siervo de Dios poner gran recaudo, y señaladamente en los ojos, que son como unas puertas donde se desembarcan todas las vanidades que entran en nuestra ánima, y muchas veces suelen ser ventanas de perdición por donde nos entra la muerte. Y especialmente las personas dadas á la oración tienen particular necesidad de poner mayor recaudo en este sentido, no sólo por la guarda de la castidad, sino también por el recogimiento del corazón: porque de otra manera las imágines de las cosas que por estas puertas se nos entran, dejan el ánima pintada de tantas figuras, que cuando se pone á orar ó meditar, la molestan y inquietan, y hacen que no pueda pensar sino en aquello que tiene delante. Por donde las personas espirituales procuran traer la vista tan recogida, que no solamente no quieren poner los ojos en las cosas que les pueden empecer, mas aun se guardan de mirar la hermosura de los edificios, y las imágines de las ricas tapicerías, y cosas semejantes, para tener más desnuda y limpia la imaginación al tiempo que han de tratar con Dios: porque tal es y tan delicado este ejercicio, que no sólo se impide con los pecados, sino también con las representaciones de las imágines y figuras de las cosas, puesto caso que no sean malas.

En los oídos también conviene poner el mismo cobro que en los ojos: porque por estas puertas entran muchas cosas en nuestra ánima que la inquietan, distraen y ensucian. Y no sólo nos debemos guardar de oir palabras prejudiciales (como ya dijimos) sino también nuevas de cosas que pasan por el mundo, que no nos tocan: porque los que destas cosas no se guardan, después lo vienen á pagar al tiempo del recogimiento, donde se les ponen delante las imágines de las cosas que oyeron, las cuales de tal manera ocupan sus corazones, que no les dejan puramente pensar en Dios.

Del sentido del oler no hay que decir, porque traer olores ó ser amigo dellos (demás de ser una cosa muy lasciva y sensual) es cosa infame, y no de hombres sino de mujeres, y aun no de buenas mujeres.

Del gusto había más que decir; pero desto ya se trató en el § precedente, donde hablamos de la virtud de la abstinencia.

De la guarda de la lengua.

§ IV.

De la lengua hay mucho que decir, pues dijo el Sabio: La muerte y la vida están en manos de la lengua: en las cuales palabras dió á entender que todo el bien y mal del hombre consistía en la buena ó mala guarda deste órgano. Y no menos encaresció este negocio el apóstol Sanctiago, cuando dijo (1) que así como los navíos grandes se rigen con un pequeño gobernalle, y los caballos poderosos con un pequeño freno, así quienquiera que trajere muy bien gobernada su lengua, será poderoso para enfrenar y poner en orden todo lo demás de la vida. Pues para el buen gobierno desta parte conviene que todas las veces que habláremos, tengamos atención á cuatro cosas: conviene saber, á lo que se dice, y á la manera en que se dice, al tiempo en que se dice, y al fin con que se dice.

Y primeramente en lo que se dice (que es la materia de que hablamos) conviene guardar aquello que el Apóstol aconseja, diciendo (2): Toda palabra mala no salga por vuestra boca, sino la que fuere buena y provechosa para edificar los oyentes. Y en otro lugar, especificando más las palabras malas, dice (3): Palabras torpes y locas, y chocarrerías, ó truhanerías, que no convienen para la gravedad de nuestro instituto, no se nombren entre vosotros. Por donde, así como dicen que los sabios marineros tienen marcados en la carta de marear todos los bajos en que las naos podrían peligrar, para guardarse dellos, así el siervo de Dios debe también tener señaladas todas estas especies de palabras malas, de que siempre se debe guardar, para no peligrar en ellas. Y no menos debes ser fiel en el secreto que te

(1) Jacob. III. (2) Ephes. IV. (3) Ephes. V.

encomendaron, y tener por otra roca no menos peligrosa que las pasadas descubrir el negocio que de ti se confió.

En el modo del hablar conviene mirar que no hablemos ni con demasiada blandura, ni con demasiada desenvoltura, ni apresuradamente, ni curiosa y polidamente: sino con gravedad, con reposo, con mansedumbre, con llaneza y simplicidad. Á este modo pertenece también no ser el hombre porfiado, y cabezudo, y amigo de salir con la suya: porque muchas veces por aquí se pierde la paz de la consciencia, y aún la caridad, y la paciencia, y los amigos. De largos y generosos corazones es dejarse vencer en semejantes contiendas, y de prudentes y discretos varones cumplir aquello que nos aconseja el Sabio, diciendo: En muchas cosas conviene que te hayas como hombre que no sabe, y oye callando, y preguntando á los que saben.

Lo tercero conviene mirar, demás del modo, que digamos también las cosas en su tiempo; porque como dice el Sabio, de la boca del loco no es bien recebida la palabra sentenciosa: porque no la dice en su tiempo. Lo último, después de todo esto, conviene mirar el fin y la intención que tenemos cuando hablamos, porque unos hablan cosas buenas por parecer discretos, otros por venderse por agudos y bien hablados: de lo cual lo uno es hipocrisía y fingimiento, y lo otro vanidad y locura. Y por esto conviene mirar que no sólo sean las palabras buenas, sino también el fin sea bueno: pretendiendo siempre con purísima intención la gloria de solo Dios y el provecho de nuestros prójimos.

También conviene, después de todo esto, mirar quién habla: porque hablar mozos donde están viejos, y simples donde están sabios, y seglares en presencia de sacerdotes y religiosos, y finalmente donde quiera que no se recibirá bien lo que se dice, ó parescerá presumpción decirse, es muy loable y necesaria cosa callar.

Todos estos puntos y acentos ha de mirar el que habla, para que no yerre. Y porque no es de todos mirar estas circunstancias, por eso es gran remedio acogerse al puerto del silencio, donde con solo cuidado y atención de callar cumple el hombre con todas estas observancias y obligaciones. Por lo cual dijo el Sabio (1) que aun el loco, si callase, sería tenido por sabio: y si cerrase sus labios, á muchos parescería discreto.

(1) Prov. XVII.

De la mortificación de las pasiones.

§ V.

CONCERTADO desta manera el cuerpo con todos sus sentidos, quédanos agora la mayor parte deste negocio, que es el concierto del ánima con todas sus potencias. Donde primeramente se nos ofrece el apetito sensitivo, que comprehende todos los afectos y movimientos naturales, como son amor, odio, alegría, tristeza, deseo, temor, esperanza, ira, y otros semejantes afectos.

Este apetito es la más baja parte de nuestra ánima, y por consiguiente, la que más nos hace semejantes á bestias, las cuales en todo y por todo se rigen por estos apetitos y afectos. Ésta es la que más nos acevila y abate á la tierra, y más nos aparta de las cosas del cielo. Ésta es la fuente y el venero de todos cuantos males hay en el mundo, y la que es causa de nuestra perdición: porque como dice Sant Bernardo, cese la propria voluntad (que son los deseos deste apetito) y no habrá para quién sea el infierno. Aquí principalmente está todo el almacen y toda la munición del pecado: porque de aquí toma fuerzas y armas, y aquí toma todos sus filos y aceros para herirnos más agudamente. Esta es otra nuestra Eva (que es la parte más flaca y más mal inclinada de nuestra ánima) por la cual aquella antigua serpiente acomete á nuestro Adán, que es la parte superior de ella, donde está el entendimiento y la voluntad, para que quiera poner los ojos en el árbol vedado. Ésta es donde más se descubren y señalan las fuerzas del pecado original, y donde más poderosamente empleó toda la fuerza de su ponzoña. Aquí son las batallas, aquí las caídas, aquí las victorias, aquí las coronas: quiero decir que aquí son las caídas de los flacos, aquí las victorias de los esforzados y aquí las coronas de los vencedores, y aquí finalmente toda la milicia y ejercicio de la virtud; porque en domar estas fieras y enfrenar estas bestias bravas consiste una muy gran parte del ejercicio de las virtudes morales.

Ésta es la viña que habemos siempre de cavar, ésta la huerta que habemos de escardar, éstas las malas plantas que habemos de arrancar, para plantar en su lugar las de las virtudes.

Pues según esto, el principal ejercicio del siervo de Dios es andar siempre por esta huerta con escardillo en la mano, entresacando las malas yerbas de las buenas: ó por otra comparación, estar siempre como el gobernador de un carro sobre estas pasiones para reprimirlas, y regirlas, y enderezarlas, unas veces aflojando las riendas, otras recogiéndolas, para que no vayan al paso que ellas quisieren, sino al que quiere la ley de la razón.

Éste es el ejercicio principal de los hijos de Dios, los cuales no se rigen ya por afectos de carne ni sangre, sino por espíritu de Dios. En esto se diferencian los hombres carnales de los espirituales: que los unos, á manera de bestias brutas, se mueven por estos afectos, y los otros por espíritu de Dios y por razón. Ésta es aquella mortificación y aquella mirra tan alabada en las Escripturas sagradas. Ésta es la muerte y la sepultura á que tantas veces nos convida el Apóstol. Ésta es la cruz y el negamiento de sí mismo que nos predica el Evangelio. Esto el hacer juicio y justicia que tantas veces nos repiten los psalmos y profetas. Y por esto aquí principalmente conviene emplear todos nuestros trabajos, nuestras fuerzas, nuestras oraciones y ejercicios.

Y particularmente conviene que cada uno tenga muy bien entendida su natural condición y sus inclinaciones, y allí tenga siempre mayor recaudo donde sintiere mayor peligro. Y aunque hayamos de tener siempre guerra con todos nuestros apetitos, pero especialmente la conviene tener con los deseos de honra, de deleites y de bienes temporales, porque éstas son las tres principales fuentes y raíces de todos los males. Miremos también no seamos apetitosos: esto es, muy amigos de que se haga siempre nuestra voluntad y se cumplan todos nuestros apetitos; que es un vicio muy aparejado para grandes desasosiegos y caídas, muy familiar á grandes señores y á todas las personas criadas y habituadas en hacer su voluntad. Para lo cual muchas veces aprovechará ejercitarnos en cosas contrarias á nuestros apetitos y negar nuestra propria voluntad, aun en las cosas lícitas, para que así estemos más diestros y fáciles para negarla en las ilícitas. Porque no menos se requieren estos ensayos y ejercicios para ser diestros en las armas espirituales, que en las carnales: sino tanto más, cuanto es mayor victoria vencer á sí y vencer demonios, que vencer todo lo demás. Debemos también ejercitarnos en oficios humildes y bajos, sin tener cuenta con el decir de las gen-

tes: pues tan poco es lo que el mundo puede dar ni quitar al que tiene á Dios por su tesoro y heredad.

De la reformación de la voluntad.

§. VI.

PARA alcanzar esta mortificación susodicha ayuda en gran manera la reformación y ornamento de la voluntad superior (que es el apetito racional) la cual habemos de adornar con estos tres sanctos afectos (entre otros muchos) que para esto sirven: que son, humildad de corazón, pobreza de espíritu y odio sancto de sí mismo. Porque estas tres cosas hacen más fácil el negocio de la mortificación. La humildad es, como la define Sant Bernardo, desprecio de sí mismo, que nasce del profundo y verdadero conoscimiento de sí mismo. Á la cual virtud pertenesce desterrar del ánima todos los ramos y hijos de la soberbia con todos los apetitos y deseos de honra y ponerse en el más bajo lugar de las criaturas, creyendo que cualquiera otra criatura á quien nuestro Señor diese los aparejos para bien vivir que ha dado á él, los agradecería mejor y se aprovecharía más de ellos que él. Y no basta que tenga el hombre dentro de sí este reconoscimiento y desprecio, sino procure tratarse en lo de fuera lo más llana y húmilmente que le sea posible (según la cualidad de su estado) haciendo poco caso de los juicios y voces del mundo que á esto contradijeren. Para lo cual conviene que todas nuestras cosas den olor de pobreza, bajeza y humildad, subjectándonos por amor de Dios, no sólo á los mayores y iguales, sino también á los menores.

La segunda cosa que para esto se requiere, es pobreza de espíritu: que es un menosprecio voluntario de las cosas del mundo y un contentamiento con la suerte que Dios nos dió (por muy pobre que sea) la cual corta de un golpe la raíz de todos los males, que es la cobdicia, y pone al hombre en tanta paz y sosiego de corazón, que osó decir della Séneca estas palabras: El que tiene cerrada la puerta á los deseos de su cobdicia, bien puede competir con Júpiter en la felicidad y bienaventuranza. Dando á entender que pues la felicidad del hombre es hartura de los deseos de su corazón, quien ha llegado á tener asosega-

dos estos deseos, ya ha llegado á la cumbre de la felicidad, ó á lo menos tiene alcanzado gran parte de ella.

El tercer afecto es el odio sancto de sí mismo, de que dice el Salvador (1): El que ama su vida, ése la destruye, y el que la aborresce, ése la guarda para la vida eterna: lo cual no se entiende del mal odio (como el que se tienen los hombres aborridos y desesperados) sino del que tuvieron los sanctos á su propria carne como á quien les fue causa de muchos males y les es siempre estorbo de muchos bienes: no tratándola conforme á su gusto y apetito, sino conforme á lo que pide la ley de la razón: la cual muchas veces quiere qne la trayamos arrastrada, y mal tratada, y hecha un estropajo del espíritu, para que á costa della se haga lo que conviene á él. Porque de otra manera vendrá á ser lo que dice el Sabio (2): El que cría regaladamente á su criado dende su niñez, después le hallará rebelde y contumaz cuando se quiera servir dél.

Por donde se nos amonesta en otro lugar que como á bestia mal domada le demos de palos y sofrenadas, y la tengamos presa con unas sueltas, y hagamos trabajar, porque no esté ociosa, y así se haga soberbia y maliciosa. Pues este sancto odio señaladamente aprovecha para el negocio de la mortificación (que es para mortificar y cortar todos nuestros malos deseos, aunque duela) porque de otra manera, ¿cómo será posible herir de agudo, y sacar sangre, y dar grande golpe en cosa que mucho amamos? Porque el brazo y fortaleza de la mortificación toma las fuerzas emprestadas, no solo del amor de Dios, sino también del odio sancto de sí mismo: y con ellas tiene ánimo, no de piadoso, sino de severo zurujano, para cortar por do quiera que lo pide la corrupción de los miembros dañados, sin alguna piedad. Destas tres virtudes susodichas, que son humildad, pobreza de espíritu y odio sancto de sí mismo, y así también de la mortificación de muchas pasiones, que se trató en el capítulo pasado como de cosas más principales en la vida espiritual, había mucho más que decir: pero esto quedará para otros lugares, donde estas materias se tratarán más de propósito que lo que conviene á memorial.

(1) Joan. XII. (2) Prov. XXIX.

De la reformación de la imaginación.

§. VII.

Después de estas dos potencias apetitivas hay otras dos (si se sufre decir) cognoscitivas, que son imaginación y entendimiento: las cuales corresponden á las dos precedentes: para que cada cual de los dos apetitos susodichos tenga su guía y su conoscimiento proporcionado. Pues la imaginación (que es la más baja dellas) es una de las potencias de nuestra ánima que más desmandadas quedaron por el pecado y menos subjectas á la razón. De donde nasce que muchas veces se nos va de casa, como esclavo fugitivo, sin licencia: y primero ha dado una vuelta al mundo, que echemos de ver adonde está. Es también una potencia muy apetitosa y muy cobdiciosa de pensar todo cuanto se le pone delante, á manera de los perros golosos que todo lo andan probando y trastornando, y en todo quieren meter el hocico, y aunque á veces los azoten y echen á palos, siempre se vuelven al regosto. Es también una potencia muy libre y muy cerrera, como una bestia salvaje que se anda de otero en otero, sin querer sufrir sueltas, ni cabestro, ni dueño que la gobierne.

Y demás de tener ella de suyo estas malas mañas, hay algunos que acrescientan su malicia con negligencia, tratándola como á un hijo regalado, al cual dejan discurrir por todas cuantas cosas quiere, sin contradicción: de donde nasce que después, cuando la quieren quietar en la consideración de las cosas divinas, no les obedesce, por el mal hábito que tiene cobrado. Por lo cual conviene que entendidas las malas mañas desta bestia, le acortemos los pasos y la atemos á un pesebre (que es á la consideración sola de las cosas buenas ó necesarias) poniéndole perpetuo silencio en lo demás. De suerte que así como atamos arriba la lengua para que no hablase sino palabras buenas ó necesarias, así también atemos la imaginación á buenos y sanctos pensamientos, cerrando la puerta á todos los otros.

Para lo cual conviene que haya de nuestra parte grande discreción y vigilancia para examinar cuáles pensamientos debemos admitir y cuáles desechar, para que á los unos recibamos

como á amigos y á los otros desechemos como á enemigos. Porque los que en esto son desproveídos, muchas veces dejan entrar en su ánima cosas que le quitan no solamente la devoción y el fervor de la caridad, sino también la misma caridad en que está la vida del ánima. Durmióse la portera del rey Isboset (1), que estaba limpiando el trigo á la puerta de su recámara, y entraron dos ladrones famosos y cortaron la cabeza al rey. Desta manera pues, cuando se duerme la discreción, que tiene por oficio escoger y apartar la paja del grano (que es el buen pensamiento del malo) entran tales pensamientos en el ánima, que muchas veces le quitan la vida.

Y no sólo para conservar esta vida, sino también para el silencio y recogimiento de la oración vale mucho esta diligencia: porque así como la imaginación inquieta y corredora no deja tener oración sosegada, así la recogida y habituada á sanctos pensamientos fácilmente persevera y se quieta en ellos.

De la reformación del entendimiento.

§. VIII.

DESPUÉS de todas estas partes y potencias del hombre resta la más alta y más noble de todas, que es el entendimiento: el cual, entre otras virtudes, ha de ser adornado con aquella altísima y rarísima virtud de la prudencia y discreción. Esta virtud, en la vida espiritual, es lo que los ojos en el cuerpo, lo que el piloto en el navío, lo que el rey en el reino y lo que el gobernador en el carro, que tiene por oficio llevar las riendas en la mano y guiarlo por donde ha de caminar. Sin esta virtud la vida espiritual sería toda ciega, desproveída, desconcertada y llena de confusión. Por donde aquel bienaventurado padre Antonio en un ayuntamiento que tuvo con otros sanctos monjes (donde se trataba de la excelencia de las virtudes) vino á poner ésta en altísimo lugar, como á guía y maestra de todas las otras. Por donde todos los amadores de la virtud deben señaladamente poner sus ojos en ella, para que así puedan aprovechar más en todas las otras.

Esta virtud no tiene un oficio solo, sino muchos y diversos: porque no sólo es virtud particular, sino también general, que en-

(1) II Reg. IV.

treviene en los ejercicios de todas las otras virtudes, dando orden en todo lo que conviene. Y según este oficio general trataremos aquí de algunos actos que á ella pertenescen. Porque primeramente á la prudencia pertenesce (presupuesta la fe y la caridad) enderezar todas nuestras obras á Dios como á nuestro último fin, examinando subtilmente la intención que tenemos en las obras que hacemos, para ver si buscamos puramente á Dios, ó si á nosotros: porque la naturaleza del amor proprio, como dice un doctor, es muy subtil, y en todas las cosas busca á sí mismo, aun en los muy altos ejercicios.

Prudencia es también saber tratar con los prójimos, para que les aprovechemos y no escandalicemos. Para lo cual conviene prudentemente tomar el pulso á la condición y espíritu de cada uno y llevarlo por aquellos medios por donde pueda ser mejor encaminado.

Prudencia es también saber sufrir los defectos de los otros, y dar pasada á las flaquezas ajenas, y no querer descarnar las llagas hasta el hueso; acordándose que todas las cosas humanas están compuestas de acto y potencia, esto es, de perfecto y imperfecto, y que no puede dejar de haber infinitas imperfecciones y defectos en la vida, especialmente después de aquella gran caída de la naturaleza por el pecado. De donde, así como dijo Aristóteles que no era de hombre sabio pedir igual certidumbre y averiguación en todas las materias (porque unas se pueden claramente averiguar, y otras no) así tampoco es de hombre prudente pedir que todas las cosas humanas estén tan sentadas por nivel, que no haya más que desear: porque unas pueden sufrir esto, y otras no. Y el que pusiese pies en pared por hacer violentamente lo contrario, por ventura causaría más daño con los medios que para esto tomase, que provecho con el fin que pretendiese, aunque saliese con él.

Prudencia es también conoscer el hombre á sí mismo y tener muy bien entendido todo lo que hay de sus puertas adentro: conviene saber, todos sus resabios, siniestros, apetitos y malas inclinaciones, y finalmente su poco saber y poca virtud: para que no presuma de sí vanamente, y para que mejor entienda con qué género de enemigos ha de tener guerra continua, hasta acabar de echarlos fuera de la tierra de promisión (que es su ánima) y con cuánta solicitud y atención le conviene velar sobre esto.

Prudencia es también saber gobernar la lengua conforme á las leyes y circunstancias que arriba dijimos, y entender muy bien lo que se debe hablar y lo que se debe callar, y el tiempo de lo uno y de lo otro: porque (como dice Salomón) hay tiempo de hablar y tiempo también de callar: pues nos consta que en la mesa y en los convites, y en otras cosas semejantes, con mayor alabanza calla el sabio, que habla.

Prudencia es no fiarse de todos, ni derramar luego todo su espíritu con el calor de la plática, ni decir luego todo lo que el hombre siente de las cosas: pues como dice el Sabio (1), todo su espiritu derrama el nescio; mas el sabio detiénese y guarda las cosas para adelante. Mas el que se fía de quien no se debía fiar, siempre vivirá en peligro y será perpetuo esclavo de quien se fió.

Prudencia es saber el hombre repararse ante de los peligros, y sangrarse en sanidad, y oler dende lejos la guerra que se puede levantar en tales y tales negocios, y repararse primero con oraciones y consideraciones para lo que podrá suceder. Este aviso es del Eclesiástico que dice (2): Antes que venga la enfermedad, apareja la medicina. Por lo cual cuando fueres á fiestas, á convites, ó á tratar con hombres rijosos y mal acondicionados, ó á lugares donde se puede ofrecer alguna ocasión ó peligro, siempre debes ir proveído y reparado para lo que podrá suceder.

Prudencia es también saber tratar el cuerpo con discreción y templanza, para que ni lo regalemos, ni lo matemos; ni le quitemos lo necesario, ni le demos lo superfluo; trayéndolo castigado, y no casi muerto: para que ni nos falte en el camino por flaqueza, ni derribe al que va encima, con la hartura y abundancia.

Prudencia es también, y muy grande, saber tomar las ocupaciones (por honestas que sean) con templanza; para que no ahoguemos el espíritu con el demasiado trabajo, á quien todas las cosas (como dice Sant Francisco en su Regla) deben servir; y para que de tal manera nos entreguemos á las cosas exteriores, que no perdamos las interiores; y así entendamos en los ejercicios del amor del prójimo, que no perdamos los del amor divino. Porque si los Apóstoles (3) que tanto espíritu y suficiencia tenían para todo, se desembarazaron de algunas cosas menores por no faltar en las mayores, nadie debe presumir tanto de sus fuerzas,

(1) Prov. XXIX. (2) Eccli. XVIII. (3) Act. VI.

que piense bastar para todo: pues es cierto que por la mayor parte aprieta poco quien abarca mucho.

Prudencia es también entender las artes y celadas del enemigo, sus entradas, y sus salidas, y sus reveses; y no creer á todo espíritu, ni dejarse vencer de cualquier figura de bien; pues muchas veces Satanás se transfigura en ángel de luz y trabaja por engañar siempre á los buenos con especie de bien. Y por esto de ningún peligro nos debemos más recatar, que de aquel que viene con máscara de virtud. A lo menos es cierto que á los muy determinados en el bien, comúnmente acomete el demonio por esta vía.

Prudencia es también saber temer, y saber acometer; saber cuándo es ganancia perder, y cuándo es pérdida ganar; y sobre todo, saber despreciar los juicios y pareceres del mundo, y el decir de las gentes, y los ladridos de los gozques que nunca cesan de ladrar sin propósito, acordándose que está escripto (1): Si hiciese caso de agradar á los hombres, no me tendría por siervo de Cristo. Á lo menos esto es cierto, que ninguna mayor locura puede hacer un hombre, que regirse por una bestia de tantas cabezas como es el vulgo, que ningún tiento ni consideración tiene en lo que dice. Bien es no escandalizar á nadie y temer donde hay razón de temer, y bien es no moverse á todos vientos. Pues hallar medio entre estos extremos, oficio es de prudencia singular.

De la prudencia en los negocios.

§. IX.

No menos se requiere prudencia para acertar en los negocios y no caer en yerros que después no se puedan curar sin grandes inconvenientes, con que muchas veces se pierde la paz de la consciencia y se perturba la orden de la vida. Para lo cual podrán algún tanto aprovechar los avisos siguientes.

El primero de los cuales es del Sabio que dice (2): Tus ojos estén siempre atentos á la rectitud, y tus párpados miren primero los pasos que has de dar. Donde nos aconseja que no nos

(1) Galat. I. (2) Prov. IV.

arrojemos inconsideradamente á las cosas que se han de hacer, sino que ante toda obra preceda maduro consejo y deliberación. Para lo cual hallo ser cinco cosas necesarias. La primera encomendar á nuestro Señor los negocios. La segunda pensarlos primero muy bien pensados con toda atención y discreción, mirando no solamente la sustancia de la obra, sino también todas las circunstancias della; porque una sola que falte, basta para condenación de todo lo que se hace. Porque aunque sea muy acabada la obra y muy bien circunstancionada, sólo hacerse sin tiempo basta para poner mácula en ella. La tercera tomar consejo y tratar con otros lo que se ha de hacer: mas éstos sean pocos y muy escogidos, porque aunque es provechoso oir los pareceres de todos para ventilar la causa, pero la determinación ha de ser de pocos, para no errar en la sentencia. La cuarta y muy necesaria es dar tiempo á la deliberación y dejar madurar el consejo por algunos días: porque así como se conocen mejor las personas con la comunicación de muchos días, así también lo hacen los consejos. Muchas veces una persona á las primeras entradas paresce uno, y después descubre otro; y así lo hacen á veces los consejos y determinaciones; que lo que á los principios agradaba, después de bien considerado viene á desagradar. La quinta cosa es guardarse de cuatro madrastras que tiene la virtud de la prudencia, que son precipitación, pasión, obstinación en el proprio parecer, y repunta de vanidad. Porque la precipitación no delibera, la pasión ciega, la obstinación cierra la puerta al buen consejo, y la vanidad (do quiere que entreviene) todo lo tizna.

Á esta misma virtud pertenece huir siempre los extremos, y ponerse en el medio: porque la virtud y la verdad huyen siempre de los extremos, y ponen su silla en este lugar. Por donde ni todo lo condenes, ni todo lo justifiques; ni todo lo niegues, ni todo lo concedas; ni todo lo creas, ni todo lo dejes de creer; ni por la culpa de pocos condenes á muchos, ni por la sanctidad de algunos apruebes á todos: sino en todo mira siempre el fiel de la razón, y no te dejes llevar del ímpetu de la pasión á los extremos.

Regla es también de prudencia no mirar á la antigüedad y novedad de las cosas para aprobarlas ó condenarlas: porque muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas, y otras hay muy nuevas y muy buenas, y ni la vejez es parte para justificar

lo malo, ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno: sino en todo y por todo hinca los ojos en los méritos de las cosas, y no en los años. Porque el vicio ninguna cosa gana por ser antiguo, sino ser más incurable; y la virtud ninguna cosa pierde por ser nueva, sino ser menos conoscida.

Regla es también de prudencia no engañarse con la figura y aparencia de las cosas, para arrojarse luego á dar sentencia sobre ellas; porque ni es oro todo lo que reluce, ni bueno todo lo que parece bien; y muchas veces debajo de la miel hay hiel, y debajo de las flores espinas. Acuérdate que dice Aristóteles que algunas veces tiene la mentira más aparencia de verdad que la misma verdad; y así también podrá acaescer que el mal tenga más aparencia de bien que el mismo bien.

Sobre todo esto debes asentar en tu corazón que así como la gravedad y peso en las cosas es compañera de la prudencia, así la facilidad y liviandad lo es de la locura. Por lo cual debes estar muy avisado no seas fácil en estas seis cosas, conviene saber:

1. en creer,
2. en conceder,
3. en prometer,
4. en determinar,
5. en conversar livianamente con los hombres
6. y mucho menos en la ira.

Porque en todas estas cosas hay conoscido peligro en ser el hombre fácil y ligero para ellas. Porque creer ligeramente es liviandad de corazón; prometer fácilmente es perder la libertad; conceder fácilmente es tener de qué arrepentirse; determinar fácilmente es ponerse á peligro de errar, como hizo David en la causa de Mifiboset (1); facilidad en la conversación es causa de menosprecio, y facilidad en la ira es manifiesto indicio de locura. Porque escripto está (2) que el hombre que sabe sufrir, sabrá gobernar su vida con mucha prudencia; mas el que no sabe sufrir, no podrá dejar de hacer grandes locuras.

(1) II Reg. IX. (2) Prov. XIV.

De algunos medios por donde se alcanza esta virtud.

§. X.

Para alcanzar esta virtud (entre otros medios) aprovecha mucho la experiencia de los yerros pasados, y también de los acertamientos y buenos sucesos así proprios como ajenos; porque de aquí se toman ordinariamente muchos avisos y reglas de prudencia. Y por la misma razón se dice que la memoria de lo pasado es muy familiar ayudadora y maestra de la prudencia, y que el día presente es discípulo del pasado, pues como dice Salomón (1), lo que será es lo que fué, y lo que fué es lo que será. Y por esto, por lo pasado podremos juzgar lo presente, y por lo presente lo pasado.

Mas sobre todo ayuda para alcanzar esta virtud la profunda y verdadera humildad de corazón, así como la que más la impide es la soberbia, porque escripto está que donde está la humildad, ahí está la sabiduría (2). Y demás de esto todas las Escripturas claman que Dios enseña á los humildes, y que es maestro de los pequeñuelos, y que á ellos comunica sus secretos. Mas con todo esto no ha de ser tal la humildad que se rinda á cualesquier pareceres y se deje llevar de todos vientos; porque ésta ya no sería humildad, sino instabilidad y flaqueza de corazón. En lo cual quiso proveer el Sabio cuando dijo (3): No quieras ser humilde en tu sabiduría: dando á entender que en las verdades que tiene el hombre con justos y católicos fundamentos asentadas, ha de ser constante y no se ha de mover á lumbre de pajas (como hacen algunos flacos) ni dejarse llevar de cualesquier pareceres.

Lo último que ayuda á alcanzar esta virtud es la humilde y devota oración, porque como uno de los principales oficios del Espíritu Sancto sea alumbrar el entendimiento con el don de la sciencia, sabiduría, consejo y entendimiento, cuanto el hombre con mayor devoción y humildad se presentare delante dél con corazón de discípulo y de niño, tanto será mas claramente enseñado y lleno destos dones celestiales.

(1) Eccles. I. (2) Prov. XI. (3) Eccli. XIII.

Mucho nos habemos alargado en tratar de esta virtud: porque como ella sea la guía de todas las otras, era necesario procurar que la guía no fuese ciega, porque no quedase á escuras y sin ojos todo el cuerpo de las virtudes. Y porque todo esto sirve para justificar y ordenar el hombre para consigo mismo (que es la primera parte de justicia que arriba pusimos) será bien que digamos ya de la segunda, que nos ordena para con el prójimo.

CAPITULO XVI.

La segunda parte de justicia es hacer el hombre lo que debe para con sus prójimos: que es usar con ellos de aquella caridad y misericordia que Dios nos manda. Qué tan principal sea esta parte, y cuánto nos sea encomendada en las Escripturas divinas (que son los maestros y adalides de nuestra vida) no lo podrá creer sino quien las hobiere leído. Lee los Profetas, lee los Evangelios, lee las Epístolas sagradas, y verás tan encarecido este negocio, que te pondrá admiración. En Isaías pone Dios una muy principal parte de justicia en la caridad y buen tratamiento de los prójimos. Y así cuando los judíos se quejaban (1) diciendo: ¿Porqué, Señor, ayunamos, y no miraste nuestros ayunos; afligimos nuestras ánimas, y no heciste caso dello? respóndeles Dios: Porque en el día del ayuno vivís á vuestra voluntad, y no á la mía; y apretáis y fatigáis á todos vuestros deudores. Ayunáis, mas no de pleitos y contiendas, ni de hacer mal á vuestros prójimos. No es, pues, ése el ayuno que me agrada, sino éste: Rompe las escripturas y contratos usurarios; quita de encima de los pobres las cargas con que los tienes opresos; deja en su libertad á los afligidos y necesitados, y sácalos del yugo que tienes puesto sobre ellos; de un pan que tuvieres, parte el medio con el pobre, y acoge á los necesitados y peregrinos en tu casa. Y cuando esto hicieres, y abrieres tus entrañas al necesitado, y le socorrieres y dieres hartura, entonces te haré tales y tales bienes: los cuales prosigue muy copiosamente hasta el fin deste capítulo. Ves aquí pues, hermano, en qué puso Dios una gran parte de la verdadera justicia, y cuán piadosamente quiso que nos hubiésemos con nuestros prójimos en esta parte.

Pues ¿qué diré del apóstol Sant Pablo? ¿En cuál de sus Epístolas no es ésta la mayor de sus encomiendas? ¡Qué alabanzas

(1) Isai. LVIII.

predica de la caridad! ¡cuánto la engrandece! ¡cuán por menudo cuenta todas sus excelencias! ¡cómo la antepone á todas las otras virtudes, diciendo que ella es el más excelente camino que hay para ir á Dios! Y no contento con esto, en un lugar dice que la caridad es vínculo de perfección; en otro dice (1) que es fin de todos los mandamientos; en otro (2) que el que ama á su prójimo tiene cumplida la ley. Pues ¿qué mayores alabanzas se podían esperar de una virtud que éstas? ¿Cuál es el hombre deseoso de saber con qué género de obras agradará á Dios, que no quede admirado y enamorado desta virtud, y determinado de ordenar y enderezar todas sus obras á ella?

Pues aun queda sobre todo esto la Canónica de aquel tan grande amado y amador de Cristo S. Juan Evangelista, en la cual ninguna cosa más repite, ni más encaresce, ni más encomienda que esta virtud. Y lo que hizo en esta Epístola, eso mismo dice su historia que hacía toda la vida. Y preguntado por qué tantas veces repetía esta sentencia, respondió que porque si ésta debidamente se cumpliese, bastaba para nuestra salud.

De los oficios de la caridad.

§. I.

SEGÚN esto, el que de veras desea acertar á contentar á Dios, entienda que una de las cosas más principales que para esto sirve, es el cumplimiento deste mandamiento de amor, con tanto que este amor no sea desnudo y seco, sino acompañado de todos los efectos y obras que del verdadero amor se suelen seguir: porque de otra manera no merecería nombre de amor, como lo significó el mismo Evangelista cuando dijo: Si alguno tuviere de los bienes deste mundo, y viendo á su prójimo en necesidad no le socorre, ¿cómo está la caridad de Dios en él? Hijuelos, no amemos con solas palabras, sino con obras y con verdad. Según esto, debajo deste nombre de amor (entre otras muchas obras) se encierran señaladamente estas seis, conviene saber: amar, aconsejar, socorrer, sufrir, perdonar y edifi-

(1) I Tim I. (2) Rom. XIII.

car. Las cuales obras tienen tal conexión con la caridad, que el que más tuviere dellas, tendrá más caridad, y el que menos, menos. Porque algunos dicen que aman, y no pasa más adelante este amor. Otros aman, y ayudan con avisos y buenos consejos: mas no echarán mano á la bolsa, ni abrirán el arca para socorreros. Otros aman, y avisan, y socorren con lo que tienen: mas no sufren con paciencia las injurias, ni las flaquezas ajenas, ni cumplen con aquel consejo del Apóstol, que dice: Llevad cada uno la carga del otro, y así cumpliréis la ley de Cristo. Otros, ya que sufren las injurias con paciencia, no las perdonan con misericordia: y aunque dentro del corazón no tienen odio, no quieren mostrar buena cara en lo de fuera. Éstos, aunque aciertan en lo primero, todavía desfallecen en lo segundo, y no llegan á la perfección de esta virtud. Otros hay que tienen todo esto: mas no edifican á sus prójimos con palabras y ejemplos: que es uno de los más altos oficios de la caridad. Pues según esta orden podrá cada uno examinar cuánto tiene y cuánto le falta de la perfección de esta virtud. Porque el que ama, podemos decir que está en el primer grado de caridad: el que ama y aconseja, en el segundo: el que ayuda, en el tercero: el que sufre, en el cuarto: el que perdona y sufre, en el quinto: y el que sobre todo esto edifica con sus palabras y buena vida, que es oficio de varones perfectos y apostólicos, en el postrero.

Éstos son los actos positivos ó afirmativos que encierra en sí la caridad: en que se declara lo que debemos hacer con el prójimo. Hay otros negativos, donde se declara lo que no debemos hacer, que son: No juzgar á nadie: no decir mal de nadie: no tocar en la hacienda, ni en la honra, ni en la mujer de nadie: no escandalizar con palabras injuriosas, ni descorteses, ni desentonadas á nadie, y mucho menos con malos ejemplos y consejos. Quienquiera que esto hiciere, cumplirá enteramente con todo lo que nos pide la perfección deste divino mandamiento.

Y si de todo esto quieres tener particular memoria y comprenherlo en una palabra, trabaja por tener (como ya dijimos) para con el prójimo corazón de madre, y así podrás cumplir enteramente con todo lo susodicho. Mira de la manera que una buena y cuerda madre ama á su hijo: cómo le avisa en sus peligros, cómo le acude en sus necesidades, cómo lleva todas sus faltas, unas veces sufriéndolas con paciencia, otras castigándolas

con justicia, otras disimulándolas y tapándolas con prudencia: porque de todas estas virtudes se sirve la caridad, como reina y madre de las virtudes. Mira cómo se goza de sus bienes: cómo le pesa de sus males: cómo los tiene y los siente por suyos proprios: cuán grande celo tiene de su honra y de su provecho: con qué devoción ruega siempre á Dios por él, y finalmente cuánto más cuidado tiene dél que de sí misma, y cómo es cruel para sí, por ser piadosa para con él. Y si tú pudieres arribar á tener esta manera de corazón para con el prójimo, habrás llegado á la perfección de la caridad: y ya que no puedas llegar aquí, á lo menos esto debes tener por blanco de tu deseo, y á esto debes siempre enderezar tu vida: porque mientras más alto pretendieres subir, menos bajo quedarás.

Y si me preguntas cómo podré yo llegar á tener esa manera de corazón para con un extraño, á esto respondo que no has de mirar tú al prójimo como á extraño, sino como á imagen de Dios, como á obra de sus manos, como á hijo suyo y como á miembro vivo de Cristo: pues tantas veces nos predica S. Pablo que todos somos miembros de Cristo, y que por eso pecar contra el prójimo es pecar contra Cristo, y hacer bien al prójimo es hacer bien á Cristo. De suerte que no has de mirar al prójimo como á hombre, ni como á tal hombre, sino como al mismo Cristo, ó como á miembro vivo de este Señor: y dado que no lo sea cuanto á la materia del cuerpo, ¿qué hace eso al caso, pues lo es cuanto á la participación de su espíritu y cuanto á la grandeza del galardón, pues Él dice que así le pagará este beneficio como si Él lo recibiera?

Considera también todas aquellas encomiendas y encarescimientos que arriba pusimos de la excelencia desta virtud, y de lo mucho que por el mismo Señor nos es encomendada: porque si hay en ti deseo vivo de agradar á Dios, no podrás dejar de procurar con suma diligencia una cosa que tanto le agrada. Mira también el amor que tienen entre sí parientes con parientes sólo por comunicar en un poco de carne y de sangre, y avergüénzate que no pueda más en ti la gracia que la naturaleza, y la unión del espíritu que la de la carne. Si dices que ahí se halla unión y participación en una misma raíz y en una misma sangre, que es común á entrambos: mira cuánto más nobles son las uniones que el Apóstol pone entre los fieles, pues todos tie-

nen un padre, una madre, un señor, un baptismo, una fe, una esperanza, un mantenimiento y un mismo espíritu qne les da vida. Todos tienen un padre, que es Dios: una madre, que es la Iglesia: un señor, que es Cristo; una fe, que es una lumbre sobrenatural en que todos comunicamos y nos diferenciamos de todas las otras gentes: una esperanza, que es una misma heredad de gloria, en la cual seremos todos una ánima y un corazón: un baptismo, donde todos fuimos adoptados por hijos de un mismo padre y hechos hermanos unos con otros: un mismo mantenimiento, que es el Santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo, con que todos somos uñidos y hechos una misma cosa con Él, así como de muchos granos de trigo se hace un pan, y de muchos granos de uvas un solo vino. Y sobre todo esto participamos un mismo espíritu (que es el Espíritu Sancto) el cual mora en todas las ánimas de los fieles, ó por fe, ó por fe y gracia juntamente, y los anima y sustenta en esta vida. Pues si los miembros de un cuerpo (aunque tengan diversos oficios y figuras entre sí) se aman tanto, por ser todos animados con una misma ánima racional, ¿cuánto mayor razón será que se amen los fieles entre sí, pues todos son animados con este Espíritu divino, que cuanto es más noble, tanto es más poderoso para causar mayor unidad en las cosas donde está? Pues si sola la unidad de carne y de sangre basta para causar tan grande amor entre parientes, ¿cuánto más todas estas unidades y comunicaciones tan grandes?

Sobre todo esto pon los ojos en aquel único y singular ejemplo de amor que Cristo nos tuvo: el cual nos amó tan fuertemente, tan dulcemente, tan graciosamente, tan perseverantemente y tan sin interese suyo ni merescimiento nuestro: para que esforzado tú con este tan notable ejemplo y obligado con tan grande beneficio, te dispongas según tu posibilidad á amar al prójimo desta manera, para que así cumplas fielmente aquel mandamiento que este Señor te dejó tan encomendado á la salida deste mundo cuando dijo: Éste es mi mandamiento, que os améis unos á otros, así como Yo os amé. Quien demás de lo dicho quisiere saber qué tan grande sea la virtud de la limosna y misericordia para con el prójimo y cuántas las excelencias dellas, lea un tratado que desta materia hallará escripto al fin de nuestro Libro de la Oración y Meditación.

CAPÍTULO XVII.

DICHO ya de lo que debemos hacer para con nosotros y con nuestros prójimos, digamos agora de lo que debemos hacer para con Dios, que es la principal y la más alta parte de justicia que hay: á la cual sirven aquellas tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que tienen por objecto á Dios, y la virtud que los teólogos llaman religión, que tiene por objecto el culto de Dios.

Pues con todas las obligaciones que debajo de todas estas virtudes se comprehenden, cumplirá el hombre enteramente, si llegare á tener para con Dios el corazón que tiene un buen hijo para con su padre. De suerte que así como cumple consigo quien para consigo tiene corazón de buen juez, y con el prójimo quien para con él tiene corazón de madre (como ya dijimos) así también en su manera cumplirá con Dios quien tuviere corazón de hijo para con Él, pues uno de los principales oficios del espíritu de Cristo es darnos esta manera de corazón para con Dios.

Considera, pues, agora diligentemente el corazón que tiene un buen hijo para con su padre: qué amor le tiene, qué temor y reverencia, qué obediencia, qué celo de su honra, cuán sin interese le sirve, cuán confiadamente acude á él en todas sus necesidades, cuán húmilmente sufre sus reprehensiones y castigos con todo lo demás: y ten tú este mismo corazón para con Dios, y habrás cumplido enteramente con esta parte de justicia.

Pues para tener este corazón, nueve virtudes principalmente me parecen ser necesarias, entre las cuales la primera y la más principal es amor, la segunda temor y reverencia, la tercera confianza, la cuarta celo de honra divina, la quinta pureza de intención en las obras de su servicio, la sexta oración y recurso á Él en todas las necesidades, la séptima agradescimiento á sus

beneficios, la octava obediencia y conformidad entera con su sancta voluntad, y la nona humildad y paciencia en todos los azotes y trabajos que nos enviare.

§. I.

Según esta orden, la primera cosa y más principal que debemos hacer, es amar este Señor así como Él lo manda, que es con todo corazón, con toda nuestra ánima y con todas nuestras fuerzas. De suerte que todo cuanto hay en el hombre (cada cosa en su manera) ame y sirva á este Señor: el entendimiento pensando en Él, la voluntad amándole, los afectos inclinándose á lo que pide su amor, y las fuerzas de todos los miembros y sentidos empleándose en ejecutar todo lo que ordenare este amor. Y porque desta materia hay un tratado entero en la segunda parte de nuestro Memorial de Vida Cristiana, ahí podrá ver lo que quisiere della el estudioso lector.

La segunda cosa que después deste sancto amor se requiere, es temor: el cual procede deste mismo amor. Porque cuanto más amáis una persona, tanto más teméis, no sólo perderla, sino también enojarla, como vemos que lo hace el buen hijo para con su padre, y la buena mujer para con su marido, que cuanto más le quiere, tanto más trabaja porque no haya en su casa cosa que le pueda dar pena. Este temor es guarda de la inocencia, y por esto conviene que esté muy profundamente arraigado en nuestra ánima, según que lo pedía el profeta David cuando decía (1): Traspasa, Señor, mis carnes con tu temor, porque de tus juicios temí. De manera que no se contentaba este sancto rey con tener el temor de Dios arraigado en su ánima, sino quería también tener traspasadas con él su carne y sus entrañas: para que este tan grande sentimiento le fuese como un clavo hincado en el corazón, que le sirviese de perpetuo memorial y despertador para no desmandarse en cosa con que ofendiese los ojos de quien así temía. Por lo cual con mucha razón se dice que el temor del Señor echa fuera el pecado (2): porque cuando se teme mucho la persona, natural cosa es temerse mucho la ofensa della.

(1) Psalm. CXVIII. (2) Eccli. I.

A este mismo temor pertenesce temer, no sólo las malas obras, sino también las buenas, si por ventura no van tan puras y tan bien circunstancionadas como sería razón, por donde lo que de su naturaleza es bueno, por culpa nuestra deje de serlo. Por lo cual dice Sant Gregorio que de buenas ánimas es temer culpa donde culpa no es: como muestra que la tenía el sancto Job cuando decía (1): Temía yo, Señor, todas las obras que hacía, sabiendo que no disimulas el castigo de lo mal hecho. A este mismo temor pertenesce que cuando estuviéremos en los oficios divinos y en las iglesias (mayormente donde está el Sanctísimo Sacramento) estemos allí, no parlando, ni paseando, ni derramando los ojos á diversas partes (como hacen muchos) sino con grande temor y acatamiento de aquella Imperial Majestad ante quien estamos, la cual por una especial manera asiste en aquel lugar. Estas y otras cosas tales pertenescen á este sancto temor. Y si me preguntares cómo este sancto afecto se críe en nuestras ánimas, á esto digo que la principal raíz de do procede, es el amor de Dios (como arriba tocamos) después de la cual también sirve en su manera para esto el temor servil, que es principio del filial, y así lo introduce en el ánima, como la seda al hilo con que se cose el zapato. Y demás desto ayuda mucho á criar y acrescentar este sancto afecto la consideración destas cuatro cosas: conviene saber, la alteza de la divina Majestad, la profundidad de sus juicios, la grandeza de su justicia, la muchedumbre de nuestros pecados, y especialmente la resistencia que hacemos á las inspiraciones divinas. Por lo cual será bien algunas veces ocupar nuestro corazón en la consideración destas cuatro cosas: porque ella es la que sirve para criar y fomentar en nuestras ánimas este sancto afecto: de lo cual tratamos más á la larga en el capítulo XXVIII del libro pasado.

§. II.

La tercera virtud que para esto nos sirve, es la confianza: esto es, que así como un hijo en todas las tribulaciones y necesidades que se le ofrescen (si tiene el padre rico y poderoso) está muy confiado que no le ha de faltar el socorro y providencia de su padre, así el hombre ha de tener en esta parte un corazón tan de

(1) Job. IX.

hijo para con Dios, que considerando cómo tiene por padre á Aquél en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, esté confiado en todas las tribulaciones que se le ofrescieren, que volviéndose á Él y confiando en su misericordia, le sacará de aquel trabajo, ó lo enderezará para mayor bien y provecho suyo. Porque si esta manera de confianza tiene un hijo en su padre, y con ella duerme seguro: ¿cuánto más se debe tener en Aquél que es más padre que todos los padres y más rico que todos los ricos? Y si dijeres que la falta de servicios y merescimientos y la muchedumbre de los pecados de la vida pasada te hace desmayar, el remedio es no mirar por entonces á esto, sino mirar á Dios, y mirar á su Hijo, nuestro único Salvador y medianero, para cobrar esfuerzo en Él. De donde así como los que pasan un río impetuoso (cuando se les desvanesce la cabeza con la fuerza de la corriente) les damos voces y decimos que no miren á las aguas, que desvanescen, sino que alcen los ojos á lo alto y caminarán seguros: así también se debe aconsejar á los flacos en esta parte, avisándoles que no miren por entonces á sí ni á sus pecados pasados. Pues dirás: ¿A qué debo mirar para cobrar esa manera de confianza? A esto te respondo que mires primeramente aquella inmensa bondad y misericordia de Dios, que se extiende al remedio de todos los males del mundo: y mira también la verdad de su palabra, por la cual tiene prometido favor y socorro á todos los que invocaren húmilmente su sancto nombre y se pusieren debajo de su amparo; pues vemos que aun los mismos enemigos que traen bandos unos con otros, no niegan su favor á los que se van á meter por sus puertas y guarescer en sus casas al tiempo del peligro. Y mira otrosí la muchedumbre de los beneficios que hasta agora tienes de su piadosa mano recibidos, y aprende de la misericordia experimentada en las mercedes pasadas á esperar en las venideras. Y sobre todo esto mira á Cristo con todos sus trabajos y merescimientos, los cuales son el principal derecho y título que tenemos para pedir mercedes á Dios: pues nos consta que estos merecimientos por una parte son tan grandes, que no pueden ser mayores, y por otra son tesoros de la Iglesia para el remedio y socorro de todas sus necesidades. Éstos, pues, son los principales estribos de nuestra confianza: y éstos los que hacían á los sanctos estar tan firmes en lo que esperaban, como el monte de Sión.

Mas es mucho de sentir que teniendo tan grandes motivos para confiar, somos muy flacos en esta parte; pues luego como vemos el peligro al ojo, desmayamos y nos vamos á Egipto á buscar amparo en la sombra y carros de Faraón. De manera que hallaréis muchos siervos de Dios muy ayunadores, y rezadores, y limosneros, y llenos de otras virtudes: mas muy pocos que tengan aquella manera de confianza que tenía Sancta Susana, la cual estando sentenciada á muerte, y sacándola ya para la ejecución de la sentencia, dice la Escriptura (1) que estaba su corazón confiado en el Señor. Autoridades para persuadir esta virtud, quien las quisiere traer, puede traer aquí toda la Escriptura sagrada, mayormente psalmos y Profetas: porque apenas hay en ellos cosa más repetida que la esperanza en Dios y la certidumbre del socorro para los que esperan en Él.

§. III.

La cuarta virtud es celo de la honra de Dios, esto es, que el mayor de nuestros cuidados sea ver prosperada y adelantada la honra de Dios, y ver sanctificado y glorificado su nombre, y hecha su voluntad en el cielo y en la tierra: y el mayor de todos nuestros dolores sea ver que esto no se hace así, sino muy al revés. Tal era el corazón y celo que tuvieron los sanctos, en cuyo nombre fueron dichas aquellas palabras (2): El celo, Señor, de la gloria de vuestra casa tiene enflaquecidas mis carnes: porque era tan grande la aflicción que por esta causa sentían, que el dolor del ánima enflaquescía el cuerpo, y corrompía la sangre, y daba muestras de sí en todo el hombre exterior. Y si nosotros tal celo tuviésemos, luego seríamos señalados en las frentes con aquella gloriosa señal de Ezequiel: por la cual estaríamos libres de todos los castigos y azotes de la justicia divina.

La quinta virtud es pureza de intención: á la cual pertenece que en todas las obras que hiciéremos, no busquemos á nosotros, ni pretendamos sólo nuestro interese, sino la gloria y beneplácito de este Señor, teniendo por cierto que así como los que juegan á la ganapierde, perdiendo ganan y ganando pierden, así, mientra más sin interese tratáremos en esta parte con Dios, más ga-

(1) Dan. XIII. (2) Psalm. CXVIII.

naremos con Él, y al revés. Ésta es una de las cosas que nos habemos de mirar y examinar en nuestras obras y de que mayores celos habemos de tener: recelando no se nos vayan por ventura los ojos á mirar en ellas otra cosa que Dios, porque la naturaleza del amor proprio (como ya dijimos) es subtil, y en todas las cosas busca á sí misma. Muchos hay muy ricos de buenas obras que por ventura cuando sean examinadas en el contraste de la justicia divina, se hallarán faltas desta pureza de intención, que es aquel ojo del Evangelio, que si es claro, todo el cuerpo hace claro, y si escuro, todo lo hace escuro (1).

Muchas personas hay constituídas en dignidad, así en la república como en la Iglesia, que viendo cómo siempre la virtud en semejantes oficios es favorescida, trabajan por ser virtuosos y vivir á ley de hombres de bien, lavando sus manos de toda vileza y de toda cosa que pueda amancillar su honra; mas esto hacen por no caer de la reputación en que están, por ser quistos con sus príncipes, por ser favorescidos y acrescentados en sus oficios y llevados á otros mayores. De manera que estas obras no proceden de centella viva de amor y temor de Dios, ni tienen por fin su obediencia y su gloria, sino sólo el interese y gloria propria del hombre. Pues lo que así se hace, aunque á los ojos del mundo parezca algo, en los de Dios es todo humo y sombra de justicia, no verdadera justicia. Porque no son meritorias ante Dios ni las virtudes morales por sí solas, ni los trabajos corporales (aunque sea sacrificar los proprios hijos) sino solo este espíritu de amor enviado del cielo, y lo que nasce desta raíz. No había en el templo cosa que no fuese ó de oro, ó dorada (2) y así no es razón que haya en el templo vivo de nuestra ánima cosa que no sea caridad, ó vaya dorada con ella. Por donde el siervo de Dios no ponga tanto los ojos en lo que hace, cuanto en lo que pretende hacer; porque bajísimas obras con altísima intención son altísimas, y altísimas con bajísima intención son muy bajas. Porque no mira Dios tanto al cuerpo de la obra, cuanto al ánima de la intención, que procede del amor.

Esto es imitar en su manera aquel nobilísimo y graciosísimo amor del Hijo de Dios, el cual nos pide en su Evangelio que le amemos de la manera que Él nos amó: conviene saber, de pura

(1) Luc. XI. (2) III Reg. VI.

gracia y sin ninguna manera de interese. Y como entre las circunstancias desta divina caridad ésta sea la más admirable en la persona de Dios, muy dichoso será aquél que en todas las obras que hiciere, trabajare por imitarla. Y el que esto hiciere, sepa cierto que será muy amado de Dios, como muy semejante á Él en la nobleza de la virtud y en la pureza de la intención: pues la semejanza suele ser causa de amor. Por tanto desvíe el hombre sus ojos en las buenas obras que hace, de todo respecto humano, y póngalos en Dios, y no consienta que la obra que tiene por premio á tal Señor, sirva para solo respecto temporal. Porque así como sería gran lástima ver una doncella nobilísima y hermosísima casada con un carbonero, siendo merescedora de un rey, así lo es y mucho más, ver á la virtud merescedora de Dios, empleada en adquirir por ella bienes del mundo.

Mas porque esta pureza de intención no es fácil de alcanzar, pídala el hombre instantemente en todas sus oraciones á Dios: mayormente en aquella petición de la oración del Señor, cuando dice que se haga su voluntad en la tierra como se hace en el cielo: para que así como todos aquellos ejércitos celestiales cumplen la voluntad de Dios con purísima intención por sólo agradarle, así procure él, morando en la tierra, imitar esta costumbre y policía del cielo en cuanto le sea posible: no porque no sea bueno y sancto, demás del agradar á Dios, pretender su reino: sino porque tanto será la obra más perfecta, cuanto más desnuda fuere de todo interese proprio.

§. IV.

La sexta virtud es oración, mediante la cual como hijos debemos recorrer á nuestro padre en el tiempo de la tribulación (como hacen hasta los niños chiquitos, que con cualquier miedo ó sobresalto que tengan, luego acuden á sus padres) para que mediante ella tengamos continua memoria de nuestro Padre, y andemos siempre en su presencia, y muchas veces platiquemos con Él: pues todo esto está anejo á lo condición y obligación de los buenos hijos para con sus padres. Y porque desta virtud tratamos en otros lugares, al presente no se ofresce qué decir más.

La séptima virtud de ejercicio es hacimiento de gracias: al cual pertenesce que tengamos un corazón muy agradescido á todos los beneficios divinos, y una lengua que la mayor parte de la vida gaste en dar gracias por ellos, diciendo con el Profeta: Bendiciré yo al Señor en todo tiempo, y en mi boca estará siempre su alabanza. Y en otro lugar: Sea, Señor, mi boca llena de tus alabanzas, para que todo el día gaste en cantar tu gloria. Porque si siempre está el Señor dándonos vida, y conservándonos en el ser que nos dió, y lloviendo perpetuamente sobre nosotros beneficios con el movimiento de los cielos y con el continuo servicio de todas las criaturas, ¿qué mucho es estar siempre alabando á quien siempre te está conservando, y preservando, y gobernando, y haciendo mil bienes? Sea, pues, éste el primero de todos nuestros ejercicios y por donde (como aconseja Sant Basilio) comencemos ordinariamente nuestras oraciones, de tal manera que á la mañana, y á la noche, y al medio día y á todos los tiempos, siempre demos al Señor gracias por todos sus beneficios, así generales como particulares: así de naturaleza como de gracia: y mucho más por aquel beneficio de beneficios y gracia de gracias, que fué hacerse hombre y derramar toda cuanta sangre tenía por los hombres, y haber querido quedarse mediante el Sanctísimo Sacramento del altar en nuestra compañía: considerando principalmente en estos beneficios esta circunstancia que acabamos de decir: conviene saber, que era Señor de todo lo criado el que esto hacía, el cual ningún interese podía en todo esto pretender: y así hizo todo cuanto hizo por pura bondad y amor. Desta materia había mucho que decir: pero porque ya della tratamos en otra parte hablando de los beneficios divinos, esto bastará ahora para el presente lugar.

De cuatro grados de obediencia.

§. V.

La octava virtud que para con este celestial Padre nos ordena, es una general obediencia á todo lo que Él manda: en la cual consiste el cumplimiento y suma de toda justicia. Esta virtud tiene tres grados. El primero, obedecer á los manda-

mientos divinos: el segundo, á los consejos: el tercero, á las inspiraciones y llamamientos de Dios. La guarda de los mandamientos de todo punto es necesaria para la salud: la de los consejos ayuda para la de los mandamientos, sin la cual muchas veces suele correr peligro. Porque el no jurar (aunque sea verdad) sirve para no jurar cuando sea mentira: el no pleitear, para no perder la paz y la caridad: el no poseer cosa propria, para estar más seguro de cobdiciar la ajena, y el hacer bien á quien nos hace mal, para estar más lejos de procurarle ó hacerle mal. Desta manera los consejos sirven como de antemuro á los preceptos: y por esto el que desea acertar, no se contente con la guarda de lo uno, sino trabaje (según le fuera posible y según la condición de su estado) por guardar lo otro. Porque así como el que pasa un río impetuoso, no se contenta con atravesar por medio del río, sino antes sube hacía arriba y corta el agua contra la corriente, por estar más seguro de irse tras ella: así el siervo de Dios no sólo ha de poner los ojos en aquello que puntualmente basta para salvarse, sino debe tomar el negocio más de atrás: porque si no saliere con lo que pretende (que es lo mejor) á lo menos llegue á lo que cumple para su salud, que que es lo que basta.

El tercero grado dijimos que era obedecer á las inspiraciones divinas: pues los buenos servidores no sólo obedecen á lo que su señor les manda por palabras, sino también á lo que les significa por señales. Y porque en esto podría haber engaño tomando por inspiración divina la que podría ser humana ó diabólica, por esto nos conviene hacer aquí aquello que dice S. Juan: No queráis creer á todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios. Y para esto (demás del contraste de la Escriptura divina y de la doctrina de los sanctos, en el cual se han de examinar estas cosas) podrás guardar esta regla general, que como haya dos maneras de servicios de Dios, unos voluntarios y otros obligatorios, cuando éstos acaeciere encontrarse, siempre han de preceder los obligatorios á los voluntarios, por muy grandes y muy meritorios que sean. Y así se ha de entender aquella sentencia tan celebrada de Samuel, que dice (1): Más vale la obediencia que el sacrificio: porque primero quiere Dios que el hombre obe-

(1) 1 Reg. XV.

dezca á su palabra, y después le haga todos los servicios que quisiere, sin perjuicio de su obediencia.

Y por servicios necesarios entendemos primeramente la guarda de los mandamientos de Dios, sin la cual no hay salud. Lo segundo, la guarda de los mandamientos de aquéllos que están en su lugar: pues quien á estos resiste, resiste á la ordenación de Dios. Lo tercero, la guarda de todas aquellas cosas que están anejas al estado de cada uno, como son las obligaciones que tiene el perlado en su estado, y el religioso, y el casado en el suyo. Lo cuarto, la de aquellas cosas que aunque no sean absolutamente necesarias, ayudan grandemente á la conservación de las necesarias, porque también éstas participan alguna manera de necesidad por razón de las otras. Pongamos ejemplo. Tienes tú ya experiencia de mucho tiempo que cuando cada día tienes un pedazo de recogimiento para entrar dentro de ti mismo y examinar tu consciencia y tratar con Dios del remedio della, traes la vida más concertada, y eres más señor de ti y de tus pasiones, y estás más hábil y prompto para toda virtud: y por el contrario, que cuando faltas en esto, luego desfalleces, y desvaras en muchas faltas, y te ves en peligro de volver á las costumbres pasadas, porque aún no tienes suficiente caudal de gracia, ni estás aún del todo fundado en la virtud; y por esto, como el pobre que el día que no lo gana, no lo come, así tú el día que no te dan este socorro de devoción, quedas ayuno, y flaco, y fácil para caer en las cosas menores, que disponen para las mayores. Pues en tal caso debes entender que Dios te llama á este ejercicio, pues ves que comúnmente por este medio te ayuda, y sin él sueles desfallecer. Esto digo, no para que entiendas aquí necesidad de precepto, sino necesidad de un muy conveniente medio para mejor responder á tu profesión.

Item, eres regalado, y amigo de ti mismo, y enemigo de cualquier trabajo y aspereza, y ves que por esto se impide mucho tu aprovechamiento: porque por esta causa dejas de entender en muchas obras virtuosas, por ser trabajosas, y desvarías en muchas culpables, por ser deleitables: en este caso entiende que el Señor te llama á la fortaleza, y á la aspereza y maltratamiento de tu cuerpo, y al trabajo de la mortificación de todos tus gustos y apetitos, pues ves por experiencia lo que te importa este negocio. Desta manera puedes discurrir por todas aquellas obras cuyo

ejercicio te hace mayor provecho, y cuya falta te hace mayor falta, y á ésas entiende que te llama nuestro Señor, aunque en esto y en todas las cosas debes siempre seguir el consejo de los mayores.

De lo dicho parece que para acertar á escoger no ha de poner el hombre los ojos en lo que de suyo es mejor, sino en lo que para él es mejor y más necesario: porque muchas obras hay altísimas y de grandísima perfección, que no serán por eso mejores para mí, aunque sean mejores en sí: porque no tengo yo fuerzas para ellas, ni soy llamado para eso. Y por tanto cada uno permanezca en su llamamiento, y se mida consigo mismo, y ponga los ojos en lo que más le arma, y no los extienda á lo que de todo en todo excede sus fuerzas, como lo aconseja el Sabio diciendo (1): No levantes los ojos á las riquezas que no puedes alcanzar, porque tomarán alas como de águila, y volarán al cielo. Y á los que hacen lo contrario reprehende el Profeta diciendo (2): Mirastes á lo más, y convirtióseos en menos: abarcastes mucho, y apretastes poco.

Ésta es la ley que se ha de guardar entre los servicios voluntarios y obligatorios: mas entre los que son voluntarios podrás tener la siguiente. Entre esta manera de servicios unos son públicos y otros secretos: de unos se nos sigue honra, interese y deleite, y de otros no. Pues entre éstos (si quieres no errar) siempre debes tener un poco más de recelo de los públicos que de los secretos, y de los que traen algún interese que de los que no lo traen. Porque (como ya muchas veces dijimos) la naturaleza del amor proprio es muy subtil y siempre busca á sí misma, aun en los más altos ejercicios. Por lo cual decía un religioso varón: ¿Sabéis dónde está Dios? Donde no estáis vos. Dando á entender que aquella era más puramente obra de Dios, donde no se hallaba interese proprio; porque aquí no parece que se busca ni se pretende otra cosa que Dios. Y no digo esto para que de tal manera declinemos á este extremo, que siempre hayamos de acudir á él (porque en el otro puede haber, y hay muchas veces mayor mérito y mayor razón de obligación con todos esos contrapesos) sino para dar aviso de las malicias y resabios del amor proprio, para que no todas veces el hombre se fíe dél, aunque venga con máscara de virtud.

(1) Prov. XXIII. (2) Agg. I.

Estos tres grados abraza en sí la obediencia perfecta, los cuales por ventura significó el Apóstol cuando dijo (1): No queráis, hermanos míos, ser imprudentes, sino discretos y avisados para entender cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta. Donde parece comprehender estos tres grados de obediencia: porque buena es la obediencia de los preceptos, y agradable la de los consejos, y perfecta la de las inspiraciones y llamamientos divinos: porque entonces habrá llegado el hombre á la perfección de la obediencia, cuando hobiere puesto por obra todo lo que Dios le manda, aconseja y inspira.

Á estos tres grados se añade el cuarto, que es una perfectísima conformidad con la divina voluntad en todo lo que ordenare de nosotros, caminando con igual corazón por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama, por salud ó por enfermedad, por muerte ó por vida; abajando húmilmente la cabeza á todo lo que Él ordenare de nos; y tomando con igual corazón los azotes y los regalos, los favores y los disfavores de su mano; no mirando lo que nos da, sino quién lo da y el amor con que lo da, pues no con menor amor azota el padre á su hijo, que le regala cuando ve que le cumple.

El que estos cuatro grados de obediencia tuviere, habrá alcanzado aquella resignación que tanto engrandecen los maestros de la vida espiritual, la cual de tal manera subjecta y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de cera blanda en las manos de un artífice. Y llámase resignación, porque así como un clérigo que resigna un beneficio, totalmente se desposee dél y lo entrega en manos del perlado para que disponga dél á su voluntad, sin contradicción del primer poseedor, así el varón perfecto se entrega de tal manera en las manos de Dios, que no quiere ya ser más suyo, ni vivir para sí, ni comer, ni dormir, ni trabajar para sí, sino para gloria de su Criador: conformándose con su sanctísima voluntad en todo lo que dispusiere dél, y tomando de su mano con igual corazón todos los azotes y trabajos que le vinieren: desposeyéndose de sí y de su propria voluntad para cumplir enteramente la de aquel Señor cuyo esclavo conosce que es por mil títulos que para esto hay. Así muestra David que estaba resignado, cuando decía (2): Así como un jumento soy,

(1) Rom. XII. (2) Psalm. LXXII.

Señor, ante Ti, y yo siempre estoy contigo. Porque así como la bestia no va por donde quiere, ni descansa cuando quiere, ni hace lo que quiere, sino en todo y por todo obedece al que la rige, así también lo ha de hacer el siervo de Dios, subjectándose perfectamente á Él. Esto mismo significó el profeta Esaías cuando dijo (1): El Señor me habló al oído, y yo no le contradigo, ni doy paso atrás, rehusando lo que Él me manda, por muy áspero y dificultoso que sea. Esto mismo nos enseñan por figura aquellos misteriosos animales de Ezequiel (2), de quien se escribe que á doquiera que sentían el ímpetu y movimiento del Espíritu Sancto, luego se movían con gran ligereza, sin tornar atrás: para significar en esto con cuánta promptitud y alegría debe el hombre acudir á todo aquello que entendiere ser la voluntad de Dios. Para lo cual no sólo se requiere promptitud de voluntad, sino también discreción de entendimiento y discreción de espíritu (como dijimos) para que no nos engañemos abrazando nuestra propria voluntad por la suya. Antes (regularmente hablando) todo aquello que fuere muy conforme á nuestro gusto, debemos tener por sospechoso, y lo que fuere contra él, por más seguro.

Éste es el mayor sacrificio que el hombre puede hacer á Dios, porque en los otros sacrificios ofresce sus cosas: mas en éste ofrece á sí mismo: y cuanto va del hombre á las cosas del hombre, tanto va deste sacrificio á los otros sacrificios. Y en este tal se cumple aquello que S. Augustín dice: conviene saber, que aunque Dios sea Señor de todas las cosas, mas no es de todos decir aquellas palabras de David: Tuyo soy yo, Señor sino de solos aquéllos que desposeídos de sí mismos, totalmente se entregaron al servicio deste Señor, y así se hicieron suyos. Es otrosí ésta la mayor disposición que hay para alcanzar la perfección de la vida cristiana: porque como Dios nuestro Señor por su infinita bondad esté siempre aparejado para enriquecer y reformar el hombre, cuando éste por su parte no le resiste ni contradice, antes se entrega todo á su obediencia, fácilmente puede obrar en él todo lo que quiere, y hacerlo (como á otro David) hombre según su corazón.

(1) Esai. L. (2) Ezech. I.

De la paciencia en los trabajos.

§. VI.

PARA alcanzar este último grado de obediencia aprovecha mucho la última virtud que al principio deste capítulo propusimos, que es la paciencia en los trabajos que nuestro piadoso Padre muchas veces nos envía, así para nuestro ejercicio como para materia de merescimiento. Á la cual paciencia nos convida Salomón en sus Proverbios diciendo (1): Hijo mío, no deseches la disciplina y castigo del Señor, ni desmayes cuando eres castigado dél: porque á los que Él ama, castiga, y huelga con ellos como padre con sus hijos. La cual sentencia prosigue y declara muy por extenso el Apóstol en la carta que escribe á los Hebreos, exhortándolos á paciencia por estas palabras (2): Perseverad, hermanos, en la disciplina y castigo paternal de Dios, considerando que Él en esto os trata como á hijos. Porque ¿qué hijo hay que no sea castigado de su padre? Porque si carescéis deste castigo, por el cual han pasado todos los hijos de Dios, síguese que sois hijos de otro padre y no de Dios. Acordaos que nuestros padres carnales nos castigaban y enseñaban: á los cuales teníamos reverencia: pues ¿no será más razón que obedescamos al padre de los espíritus, para que vivamos?

Todas estas palabras nos dan claramente á entender cómo el oficio de padres es castigar y emendar á sus hijos: y así el de los buenos hijos ha de ser abajar húmilmente la cabeza y tener aquel castigo por grandísimo beneficio y por testimonio de amor y corazón paternal. Esto nos enseñó con su ejemplo el unigénito Hijo del Eterno Padre cuando queriendo Sant Pedro librarlo de la muerte, dijo (3): ¿El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que beba? Como si dijera: Si este cáliz viniera por otra mano, tuvieras algún color de contradecirlo: mas viniendo por mano de un tal Padre, que tan bien sabe, y puede, y quiere ayudar á los que tiene por hijos, ¿cómo no se beberá tal cáliz cerrados los ojos, sin querer saber más de que viene por Él?

(1) Prov. III. (2) Hebr. XII. (3) Joan. XVIII.

Mas con todo esto hay algunos que en tiempo de paz están, á su parecer, subjectos á este Padre y conformes en todo con su voluntad: los cuales en el tiempo de la adversidad desmayan y dan bien á entender que era falsa y engañosa aquella conformidad, pues al tiempo dèl menester la perdieron: como hacen los hombres pusilánimes y cobardes, que en tiempo de paz muestran grande ánimo, mas al tiempo de la pelea pierden el corazón y las armas. Y pues los combates y tribulaciones desta vida son tan continuas, será bien armar á los tales con espirituales armas, de las cuales se puedan ayudar en los tales tiempos.

Pues para esto primeramente puedes considerar que no igualan los trabajos desta vida con la grandeza de la gloria que por ellos se alcanza. Porque tanta es el alegría de aquella luz eterna, que puesto que no pudiésemos gozar della más que por una sola hora, debríamos abrazar de buena gana todos los trabajos y despreciar todos los contentamientos del mundo por ella. Porque como dice el Apóstol (1), el trabajo momentáneo y liviano de nuestra tribulación es materia de un inestimable peso de gloria que por él se nos da en el cielo.

Considera también que las cosas prósperas muchas veces estragan el corazón con soberbia, y las adversas, por el contrario, le purifican con el dolor: en aquellas se levanta el corazón, en éstas, aunque esté levantado, se humilla: en aquéllas se olvida el hombre de sí mismo, y en éstas ordinariamente se acuerda de Dios: por aquéllas muchas veces las buenas obras hechas se pierden, por éstas las culpas cometidas en muchos años se limpian, y el ánima se conserva para no caer en otras.

Y si por ventura te aprietan algunas enfermedades, debes presuponer que muchas veces, entendiendo nuestro Señor los males que haríamos teniendo salud, nos corta las alas y inhabilita para ellos con la enfermedad: y mucho más nos importa estar así quebrantados con la dolencia, que perseverar sanos en nuestra malicia· pues más vale (como el mismo Señor dice) entrar en la vida eterna cojo ó manco, que con dos pies y dos manos ser echado en los fuegos eternos. Porque claro está que nuestro misericordioso Señor no se deleita con nuestros tormentos, mas huelga de curar nuestras enfermedades con medicinas contrarias, para

(1) II Cor. IV.

que los que adolecimos con deleites, convalezcamos con dolores, y los que caímos cometiendo cosas ilícitas, nos levantemos careciendo aun de las lícitas. Por donde entenderás cómo aquella soberana bondad se aíra en este mundo, por no airarse en el otro: y por eso agora misericordiosamente usa de rigor, porque después no tome justa venganza. Porque (como dice S. Hierónimo) muy grande ira es no airarse Dios contra los pecadores: y así quien no quisiere aquí ser azotado con los hijos, será en el infierno condenado con los demonios. Por lo cual con mucha razón exclama S. Bernardo diciendo: Señor, aquí quema, aquí me cauteriza, para que en el otro me perdones. En esto, pues, verás con cuánta diligencia mira por ti el Criador de todas las cosas, pues no te deja de la mano, ni te suelta la rienda para cumplir tus malos deseos. Los médicos del cuerpo fácilmente conceden á los desafiuzados todo lo que desean: mas al que tiene remedio, danle dieta y mándanle que se refrene de todo lo que le puede dañar. Los padres otrosí quitan á los hijos traviesos el dinero con que juegan: á los cuales después dejan toda su hacienda. Lo mismo, pues, hace también en su manera con nosotros aquel soberano Médico de nuestras ánimas y aquél que es Padre sobre todos los padres.

Allende desto considera cuántas y cuán grandes afrentas sufrió nuestro Redemptor de aquellos mismos que Él había criado, cuántos escarnios, cuántas bofetadas, cuán pacientemente tuvo descubierto su rostro á aquellas infernales bocas de los que le escupían, cuán mansamente dejó traspasar su cabeza con las espinas que le hincaban, cuán de buena voluntad recibió para remedio de su sed aquel amargo brebaje que le dieron, con qué silencio sufrió ser adorado por escarnio, y finalmente con cuánto fervor y paciencia corrió hasta la muerte por librarnos de la muerte. Pues no te debe parecer áspero que tú, vil hombrecillo, sufras los azotes que Él te quisiere dar por tus pecados, pues Él sufrió tantos por los tuyos y no quiso salir desta vida sin azotes, viniendo á ella sin pecados. Porque así convenía que Cristo padeciese y entrase en su gloria, para enseñar por la obra lo que el Apóstol dice por palabra: No será coronado sino el que legítimamente peleare. Por lo cual mucho mejor es sufrir aquí los males presentes con paciencia, donde aprovechan para perdón de la culpa y acrescentamiento de gloria, que sufrirlos impacientemente con

mayor trabajo y sin esperanza de fructo: pues que quieras ó no quieras, los has de pasar cuando quiere Dios, á cuyo poder nada resiste.

Mas sobre todas estas consideraciones y remedios añadiré el postrero y más eficaz: conviene saber, que para conservar esta paciencia ande el hombre siempre reparado y prevenido para todas las adversidades y desgustos que por cualquier parte le puedan venir. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de un mundo tan malo, y de una carne tan frágil, y de la envidia de los demonios, y de la malicia de los hombres, sino continuos desgustos y sobresaltos no pensados? Pues contra todos estos accidentes ha de andar el varón prudente apercebido y armado, como quien anda en tierra de enemigos: de lo cual sacará dos grandes provechos: el primero, que llevará más ligeramente los trabajos, teniéndolos desta manera prevenidos, porque como dice Séneca, más blanda suele ser la herida del golpe que se ve de lejos. Lo cual nos aconseja el Eclesiástico cuando dice que antes de la enfermedad aparejemos la medicina: que es como quien se sangra en sanidad. El segundo provecho es, que todas las veces que esto hiciere, entienda que hace á Dios un sacrificio muy semejante en su manera al del patriarca Abraham, cuando estuvo aparejado para sacrificar su hijo Isaac. Porque todas las veces que el hombre presupone que ó por parte de Dios ó de los hombres le pueden venir tales ó tales trabajos ó desgustos, y él como siervo de Dios se dispone y apareja para recebirlos con toda humildad y paciencia, y para esto se resigna en las manos de su Señor aceptando y tomando dellas todo lo que por cualquier vía destas le viniere (como hizo David con las injurias de Semeí, las cuales tomó como si Dios se las enviara) entienda cierto que cada vez que esto hace, hace un sacrificio muy agradable á Dios, y que tanto merece con la promptitud de la voluntad sin la obra, como con la misma obra. Para lo cual se debe el hombre acordar que una de las principales partes de la profesión cristiana es ésta. Así lo testifica S. Pedro diciendo que ninguno desmaye en los trabajos, pues todos sabemos que para esto estamos diputados. Piense, pues, el cristiano que vive en este mundo, que es como una roca que está en medio de la mar, la cual es perpetuamente combatida de diversas ondas: pero ella persevera siempre sin moverse en un lugar. Esto se ha dicho tan por extenso, porque como to-

da la profesión de la vida cristiana (según dice S. Bernardo) se divida en dos partes, que es en hacer bienes y padecer males, claro está que la segunda es más dificultosa que la primera, y por esto aquí convenía poner mayor recaudo, donde es mayor el peligro.

Mas aquí es de notar que en esta virtud de la paciencia señalan los sanctos Doctores tres grados excelentes: aunque cada uno más perfecto que el otro. Entre los cuales el primero es llevar los trabajos con paciencia, el segundo desearlos por amor de Cristo, el tercero alegrarse en ellos por la misma causa. Por lo cual no se debe el siervo de Dios contentar con aquel primer grado de paciencia, sino del primero trabaje por subir al segundo, y puesto en éste, no descanse hasta llegar al tercero. El primer grado se ve claramente en la paciencia del sancto Job, el segundo en el deseo que tuvieron algunos mártires del martirio, el tercero en el alegría que recibieron los Apóstoles por haber sido merecedores de padecer injurias por el nombre de Cristo. Y este mismo tuvo el Apóstol cuando en una parte dice (1) que se gloriaba en las tribulaciones: en otra (2), que se alegraba en sus enfermedades, en angustias, en azotes, &c. por Cristo: en otra (3), donde (tratando de su prisión) pide á los filipenses que le sean compañeros en el alegría que tenía por verse preso en aquella cadena por Cristo. Y esta misma gracia escribe él (4) que fue dada en aquellos tiempos á los fieles de las iglesias de Macedonia, los cuales tuvieron abundantísima alegría en medio de una grande tribulación que les sobrevino. Éste es uno de los altos grados de paciencia y de caridad y perfección adonde una criatura puede llegar: al cual grado llegan muy pocos, y por esto no obliga Dios á nadie debajo de precepto á él, así como ni al pasado.

Verdad es que no se entiende por esto que nos hayamos de alegrar en las muertes y calamidades y trabajos de nuestros prójimos, ni menos de nuestros parientes y amigos, y mucho menos de la Iglesia: porque la misma caridad que nos pide alegría en lo uno, nos mueve á tristeza y compasión en lo otro: pues ella es la que sabe gozar con los que gozan, y llorar con los que lloran, como vemos que lo hacían los Profetas, los cuales gastaban toda

(1) Rom. V. (2) II Cor. XI. (3) Philip. II. (4) II. Cor. VIII.

la vida en llorar y sentir las calamidades y azotes de los hombres.

Pues quienquiera que estas nueve condiciones ó virtudes tuviere, tendrá para con Dios corazón de hijo, y habrá cumplido enteramente con esta postrera y suma parte de justicia, que da á Dios lo que se le debe.

DE LAS OBLIGACIONES DE LOS ESTADOS.

CAPITULO XVIII.

DICHO ya en general de lo que conviene á todo género de personas, convenía descendir en particular á tratar de lo que á cada una conviene en su estado: mas porque éste sería largo negocio, por agora bastará avisar brevemente que demás de lo susodicho debe tener cada uno respecto á las leyes y obligaciones de su estado, las cuales son muchas y diversas, según la diversidad de los estados que hay en la Iglesia. Porque unos son perlados, otros súbditos, otros casados, otros religiosos, otros padres de familia, &c. Y para cada uno de éstos hay una ley por sí.

El perlado dice el Apóstol que ejercite su oficio con toda solicitud y vigilancia. Y lo mismo le aconseja Salomón cuando dice: Fijo mío, si te obligaste y saliste por fiador de algún amigo tuyo, mira que has tomado sobre ti una grande carga, y por esto discurre, date priesa, despierta á tu amigo, no des sueño á tus ojos, ni dejes plegar tus párpados hasta poner el negocio en tales términos, que salgas bien de esa obligación. Y no te maravilles que este sabio pida tanta solicitud sobre este caso: porque por dos causas suelen tener los hombres grande solicitud en la guarda de las cosas, ó porque son de grande valor, ó porque están en gran peligro: y ambas concurren en el negocio de las ánimas en tan subido grado, que ni el precio puede ser mayor, ni tampoco el peligro: por donde conviene que sean guardadas con grandísimo recaudo.

El súbdito ha de mirar á su perlado, no como á hombre, sino como á Dios, para reverenciarle y hacer lo que le manda, con aquella promptitud y devoción que lo hiciera si se lo mandara Dios. Porque si el señor á quien yo sirvo, me manda obedescer á su mayordomo, cuando obedezco al mayordomo ¿á quién obedezco sino al señor? Pues si Dios me manda obedecer al perla-

do, cuando hago lo que el perlado manda ¿á quién obedezco, al perlado ó á Dios? Y si Sant Pablo quiere que el siervo obedezca á su señor, no como á hombre, sino como á Cristo, ¿cuánto más el súbdito á su perlado, á quien subjectó el vínculo de la obediencia?

En esta obediencia ponen tres grados: el primero, obedescer con sola obra; el segundo, con obra y con voluntad; el tercero, con obra, voluntad y entendimiento. Porque algunos hacen lo que les mandan, mas ni les paresce bien lo mandado, ni lo hacen de voluntad; otros lo hacen, y de buena voluntad, mas no les paresce acertado lo que se les manda; otros hay (que captivando su entendimiento en servicio de Cristo) obedescen al perlado como á Dios, que es con obra, voluntad y entendimimiento, haciendo lo que les manda voluntariamente, y aprobando lo que se manda húmilmente, sin se querer hacer jueces de aquéllos de quien han de ser juzgados.

Así que, hermano mío, con todo estudio trabaja por obedescer á tu perlado, acordándote que está escripto (1): El que á vosotros oye, á Mí oye, y el que á vosotros desprecia, á Mí desprecia. No pongas jamás la boca en ellos, porque no te sea dicho de parte del Señor (2): No es vuestra murmuración contra nosotros, sino contra Dios. No los tengas en poco, porque no te diga el mismo Señor (3): No despreciaron á ti, sino á Mí, para que no reine sobre ellos. No trates con ellos con falsedad y doblez, porque no te sea dicho (4): No mentiste á los hombres, sino á Dios: y así pagues con arrebatada muerte la culpa de tu atrevimiento, como los que esto hicieron.

La mujer casada mire por el gobierno de su casa, por la provisión de los suyos, por el contentamiento de su marido, y por todo lo demás; y cuando hobiere satisfecho esta obligación, extienda las velas á toda la devoción que quisiere, habiendo primero cumplido con las obligaciones de su estado.

Los padres que tienen hijos, tengan siempre ante los ojos aquel espantoso castigo que recibió Helí por haber sido negligente en el castigo y enseñanza de sus hijos (5); cuya negligencia castigó Dios, no sólo con las arrebatadas muertes dél y dellos, sino también con privación perpetua del sumo sacerdocio,

(1) Luc. X. (2) Exod. XVI. (3) I Reg. VIII. (4) Act. V. (5) I Reg. IV.

que por esto le fué quitado. Mira que los pecados del hijo son pecados en su manera también del padre, y la perdición del hijo es perdición de su padre, y que no meresce nombre de padre el que habiendo engendrado su hijo para este mundo, no lo engendra para el cielo. Castíguele, avísele, apártele de malas compañías, búsquele buenos maestros, críele en virtud, enséñele dende su niñez con Tobías á temer á Dios (1), quiébrele muchas veces la propria voluntad, y pues antes que nasciese le fué padre del cuerpo, después de nascido séale padre del ánima. Porque no es razón que se contente el hombre con ser padre de la manera que los pájaros y los animales son padres, que no hacen más que dar de comer y sustentar sus hijos. Sea él padre como hombre, y como hombre cristiano, y como verdadero siervo de Dios, que cría su hijo para hijo de Dios, heredero del cielo, y no para esclavo de Satanás y morador del infierno.

Los señores de familia que tienen criados y esclavos, acuérdense de aquella amenaza de Sant Pablo que dice (2): Si alguno no tiene cuidado de sus domésticos y familiares, este tal negado ha la fe (que es la fidelidad que debiera guardar) y es peor que un hombre desleal. Acuérdese que éstos son como ovejas de su manada y que él es como pastor y guarda de ellas, mayormente de los que son esclavos, y piense que algún tiempo le pedirán cuenta de ellos y le dirán (3): ¿Dónde está la grey que te fué encomendada, y el ganado noble que tenías á tu cargo? Y llámalo con mucha razón noble, por causa del precio con que fué comprado, y por la sacratísima humanidad de Cristo con que fué ennoblescido; pues ningún esclavo hay tan bajo, que no sea libre y noble por la humanidad y sangre de Cristo. Tenga, pues, el buen cristiano cuidado que los que tiene en su casa estén libres de vicios conoscidos, como son enemistades, juegos, perjurios, blasfemias y deshonestidades. Y demás desto, que sepan la doctrina cristiana y que guarden los mandamientos de la Iglesia, y señaladamente el de oir misa domingos y fiestas, y ayunar los días que son de ayuno, sino tuvieren algún legítimo impedimento, según que arriba fué declarado.

(1) Tob. I. (2) I Tim. V. (3) Hierem. XIII.

AVISO PRIMERO

DE LA ESTIMA DE LAS VIRTUDES, PARA MAYOR ENTENDIMIENTO DESTA REGLA.

CAPÍTULO XIX.

Así como al principio desta regla pusimos algunos preámbulos que para antes della se requerían, así después de ella conviene dar algunos avisos para que mejor se entienda lo contenido en ella. Porque primeramente (como aquí se haya tratado de muchas maneras de virtudes) es necesario declarar la dignidad que tienen unas sobre otras, para que sepamos estimar cada cosa en lo que es, y dar á cada una su lugar. Porque así como el que trata en piedras preciosas, conviene que entienda el valor de ellas (porque no se engañe en el precio) y así como el mayordomo de un señor conviene que sepa los méritos de los que tiene en su casa para que trate á cada uno según su merescimiento (porque lo contrario sería desorden y confusión) así el que trata en las piedras preciosas de las virtudes y el que como buen mayordomo ha de dar á cada una su derecho, conviene que para esto tenga muy entendido el precio de ellas, para que cuando las cosas se encontraren, sepa cuáles ha de anteponer á cuáles: porque no venga á ser (como dicen) allegador de la ceniza y derramador de la harina, como á muchos acontesce.

Pues para esto es de saber que todas las virtudes de que hasta aquí habemos tratado, se pueden reducir á dos órdenes; porque unas son más espirituales y interiores, y otras más visibles y exteriores. En la primera orden ponemos las virtudes teologales con todas las otras que señalamos para con Dios, y principalmente la caridad, que tiene el primer lugar (como reina) entre todas ellas. Y con éstas se juntan otras virtudes muy nobles y muy vecinas á éstas, que son: humildad, castidad, misericordia, paciencia, discreción, devoción, pobreza de espíritu, menosprecio de mundo, negamiento de nuestra propria voluntad, amor de la cruz y as-

pereza de Cristo, y otras semejantes á éstas, que llamamos aquí (extendido este vocablo) virtudes. Y llamámoslas espirituales y interiores, porque principalmente residen en el ánimo, puesto caso que proceden también á obras exteriores: como paresce en la caridad y religión para con Dios, que aunque sean virtudes interiores, producen también sus actos exteriores para honra y gloria del mismo Dios.

Otras virtudes hay que son más visibles y exteriores, como son: el ayuno, la disciplina, el silencio, el encerramiento, el leer, rezar, cantar, peregrinar, oir misa, asistir á los sermones y oficios divinos, con todas las otras observancias y cerimonias corporales de la vida cristiana ó religiosa: porque aunque estas virtudes estén en el ánimo, pero los actos proprios de ellas salen más afuera que los de las otras, que muchas veces son ocultos y invisibles, como son, creer, amar, esperar, contemplar, humillarse interiormente, dolerse de los pecados, juzgar discretamente, y otros actos semejantes.

Entre estas dos maneras de virtudes no hay que dubdar sino que las primeras son más excelentes y más necesarias que las segundas, con grandísima ventaja. Porque como dijo el Señor á la Samaritana (1): Mujer, créeme que es llegada la hora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre tales quiere que sean los que le adoran. Espíritu es Dios, y por eso los que le adoran, en espíritu y en verdad conviene que le adoren. Esto es en romance claro lo que canta aquel versículo tan celebrado en las escuelas de los niños: Pues que Dios es espíritu (como las Escripturas nos lo enseñan) por eso conviene que sea honrado con pureza y limpieza de espíritu. Por esto el profeta David, describiendo la hermosura de la Iglesia, ó del ánima que está en gracia, dice (2) que toda la gloria y hermosura de ella está allá dentro escondida, donde está guarnecida con fajas de oro y vestida de diversos colores de virtudes. Lo mismo nos significó el Apóstol cuando dijo á su discípulo Timoteo (3): Ejercítate en la piedad, porque el ejercicio corporal para pocas cosas es provechoso: mas la piedad para todo vale: pues á ella se prometen los bienes desta vida y de la otra. Donde por la piedad entiende el culto de

(1) Joan IV. (2) Psalm. XLIV. (3) I Tim. IV.

Dios y la misericordia para con los prójimos, y por el ejercicio corporal la abstinencia y las otras asperezas corporales, como Sancto Tomás declara sobre este paso.

Entendieron esta verdad hasta los filósofos gentiles, porque Aristóteles que tan pocas cosas escribió de Dios, con todo eso dijo: Si los dioses tienen cuidado de las cosas humanas (como es razón que se crea) cosa verisímil es que se huelguen con la cosa más buena y más semejante á ellos, y ésta es la mente ó el espíritu del hombre: y por esto los que adornaren este espíritu con el conoscimiento de la verdad y con la reformación de sus afectos, éstos han de ser muy agradables á Dios. Lo mismo sintió maravillosamente el príncipe de los médicos Galeno: el cual tratando en un libro de la composición y artificio del cuerpo humano, y del uso y aprovechamiento de sus partes, y llegando á un paso donde singularmente resplandecía la grandeza de la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano, arrebatado en una profunda admiración de tan grandes maravillas, como olvidado de la profesión de médico, y pasando á la de teólogo, exclamó diciendo: Honren los otros á Dios con sus hecatombas (que son sacrificios de cien bueyes) yo le honraré reconosciendo la grandeza de su saber (que tan altamente supo ordenar las cosas) y la grandeza de su poder (que tan enteramente pudo poner por obra todo lo que ordenó) y la grandeza de su bondad, la cual de ninguna cosa tuvo envidia á sus criaturas, pues tan cumplidamente proveyó á cada una de todo lo que había menester, sin alguna falta. Esto dijo este filósofo gentil. Dime ¿qué más pudiera decir un perfecto cristiano? ¿Qué más dijera si hobiera leído aquel dicho del Profeta (1): Misericordia quiero y no sacrificio, y conoscimiento de Dios más que holocaustos? Muda las hecatombas en holocaustos, y verás la concordia que tuvo aquí el filósofo gentil con este Profeta.

Mas con todos estos loores que se dan á estas virtudes, las otras que pusimos en la segunda orden, dado caso que en la dignidad sean menores, pero son importantísimas para alcanzar las mayores y conservarlas, y algunas de ellas necesarias, por razón del precepto ó voto que en ellas entreviene. Esto se prueba claramente, discurriendo por aquellas mismas virtudes que dijimos,

(1) Osee, VI.

Porque el encerramiento y la soledad excusa al hombre de ver, de oir, de hablar, y de tratar mil cosas, y tropezar en mil ocasiones, en las cuales se pone á peligro no sola la paz y sosiego de la consciencia, sino también la castidad y la inocencia. El silencio ya se ve cuánto ayuda para conservar la devoción y excusar los pecados que se hacen hablando, pues dijo el Sabio (1) que en el mucho hablar no podían faltar pecados. El ayuno (demás de ser acto de la virtud de la temperancia, y ser obra satisfactoria y meritoria si se hace en caridad) enflaquesce el cuerpo, y levanta el espíritu, y debilita nuestro adversario, y dispone para la oración, lición y contemplación, y excusa los gastos y cobdicias en que viven los amigos de comer y beber, y las burlerías, y parlerías, y porfías, y disoluciones en que entienden después de hartos. Pues el leer libros sanctos, y oir semejantes sermones, y el rezar, y cantar, y asistir á los oficios divinos, bien se ve cómo éstos son actos de religión, y incentivos de devoción, y medios para alumbrar más el entendimiento y encender más el afecto en las cosas espirituales.

Pruébase también esto mismo por una experiencia tan clara, que si los herejes la miraran, no vinieran á dar en el extremo que dieron. Porque vemos cada día con los ojos y tocamos con las manos, que en todos los monesterios donde floresce la observancia regular y la guarda de todo lo exterior, siempre hay mayor virtud, mayor devoción, más caridad, más valor y ser en las personas, más temor de Dios, y finalmente más cristiandad; y por el contrario, donde no se tiene cuenta con esto, así como la observancia anda rota, así también lo anda la consciencia, y las costumbres, y la vida: porque como hay mayores ocasiones de pecar, así hay más pecados y desconciertos. De suerte que como en la viña bien guardada y bien cercada está todo seguro, y la que caresce de guarda y de cerca está toda robada y esquilmada, así está la religión cuando se guarda la observancia regular, ó no se guarda. Pues ¿qué más argumento queremos que éste, que procede de una tan clara experiencia, para ver la utilidad y importancia destas cosas?

Pues ya si un hombre pretende alcanzar y conservar siempre aquella soberana virtud de la devoción (que hace al hombre

(1) Prov. X.

hábil y prompto para toda virtud y es como espuelas y estímulo para todo bien) ¿cómo será posible alcanzar y conservar este afecto tan sobrenatural y tan delicado, si se descuida en la guarda de sí mismo? Porque este afecto es tan delicado y (si sufre decirse) tan fugitivo, que á vuelta de cabeza, no sé cómo, luego desaparesce. Porque una risa desordenada, una habla demasiada, una cena larga, un poco de ira, ó de porfía, ó de otro cualquier distraimiento, un ponerse á querer, ver, oir, ó entender en cosas no necesarias (aunque no sean malas) basta para agotar mucha parte de la devoción. De manera que no sólo los pecados, sino los negocios no necesarios, y cualquier cosa que nos haga divertir de Dios, nos hace diminuir la devociôn. Porque así como el hierro para que esté hecho fuego, conviene que esté siempre ó cuasi siempre en el fuego (porque si lo sacáis de allí, de ahí á poco se vuelve á su frialdad natural) así este noble afecto depende tanto de andar el hombre siempre unido con Dios por actual amor y consideración, que en desviándolo de allí, luego se vuelve al paso de la madre, que es á la disposición antigua que primero tenía.

Por donde el que trata de alcanzar y conservar este sancto afecto, ha de andar tan solícito en la guarda de sí mismo, esto es, de los ojos, de los oídos, de la lengua, del corazón, ha de ser tan templado en el comer y beber, ha de ser tan sosegado en todas sus palabras y movimientos, ha de amar tanto el silencio y la soledad, ha de procurar tanto la asistencia á los oficios divinos y todas aquellas cosas que le puedan despertar y provocar á devoción, que mediante estas diligencias pueda conservar y tener seguro este tan precioso tesoro. Y si esto no hace, tenga por cierto que no le sucederá este negocio prósperamente.

Todo esto nos declara bastantemente la importancia de estas virtudes, dejando en su lugar y no derogando á la dignidad de las otras que son mayores. De lo cual todo se podrá colegir la diferencia que hay entre las unas y las otras: porque las unas son como fin, las otras como medio para este fin: las unas como salud, las otras como medicina con que se alcanza la salud: las unas son como espíritu de la religión, las otras como el cuerpo della, que aunque es menor que el espíritu, es parte principal del compuesto, y de que tiene necesidad para sus operaciones: las unas son como tesoro, y las otras como llave con que se guar-

da este tesoro: las unas son como la fructa del árbol, y las otras como las hojas que adornan el árbol y conservan la fructa dél. Aunque en esto falta la comparación, porque las hojas del árbol de tal manera guardan el fructo, que no son parte del fructo: mas estas virtudes de tal manera son guarda de la justicia, que también son parte de justicia: pues todas éstas son obras virtuosas, que ejercitadas en caridad, son merecedoras de gracia y gloria.

Ésta es pues, hermano, la estima que debes tener de las virtudes de que en esta regla habemos tratado (que es lo que al principio deste capítulo propusimos) y con esta doctrina estaremos seguros de dos extremos viciosos, que es, de dos grandes errores que ha habido en el mundo en esta parte, el uno antiguo de los fariseos, y el otro nuevo de los herejes deste tiempo. Porque los fariseos, como gente carnal y ambiciosa y como hombres criados en la observancia de aquella ley que aun era de carne, no hacían caso de la verdadera justicia (que consiste en las virtudes espirituales) como toda la historia del Evangelio nos lo muestra. Y así quedábanse (como dice el Apóstol) con la imagen sola de la virtud, sin poseer la substancia de ella, paresciendo buenos en lo de fuera, y siendo abominables en lo de dentro. Mas los herejes de agora por el contrario, entendido este engaño, por huir de un extremo vinieron á dar en otro, que fué despreciar del todo las virtudes exteriores, cayendo (como dicen) en el peligro de Escila por huir el de Caribdis. Mas la verdadera y católica doctrinahuye de estos dos extremos y busca la verdad en el medio: y de tal manera la buscá, que dando su lugar y preeminencia á las virtudes interiores, da también el suyo á las exteriores, poniendo las unas como en la orden de los senadores, y las otras como en la de los caballeros y ciudadanos (que componen una misma república) para que se sepa el valor de cada cosa y se dé á cada una su derecho.

DE CUATRO DOCUMENTOS
MUY IMPORTANTES QUE SE SIGUEN DESTA DOCTRINA SUSODICHA.

CAPÍTULO XX.

DESTA doctrina susodicha se infieren cuatro documentos muy importantes para la vida espiritual. El primero es, que el perfecto varón y siervo de Dios no se ha de contentar con buscar solas las virtudes espirituales (aunque éstas sean las más nobles) sino debe también juntar con ellas las otras, así para la conservación de aquéllas, como para conseguir enteramente el cumplimiento de toda justicia. Para lo cual debe considerar que así como el hombre no es ánima sola, ni cuerpo solo, sino cuerpo y ánima juntamente (porque el ánima sola sin el cuerpo no hace el hombre perfecto, y el cuerpo sin el ánima no es más que un saco de tierra) así también entienda que la verdadera y perfecta cristiandad no es lo interior solo, ni lo exterior solo, sino uno y otro juntamente. Porque lo interior solo ni se puede conservar sin algo ó mucho de lo exterior (según la obligación y estado de cada uno) ni basta para cumplimiento de toda justicia: mas lo exterior sin lo interior no es más parte para hacer á un hombre virtuoso, que el cuerpo sin ánima para hacerle hombre. Porque así como todo el ser y vida que tiene el cuerpo, recibe del ánima, así todo el valor y precio que tiene lo exterior, se recibe de lo interior, y señaladamente de la caridad.

Por donde el que quiere vivir desengañado, así como no apartaría el cuerpo del ánima, si quisiese formar un hombre, así tampoco debe apartar lo corporal de lo espiritual, si quiere hacer un perfecto cristiano. Abrace el cuerpo con el ánima juntamente, abrace el arca con su tesoro, abrace la viña con su cerca, abrace la virtud con los reparos y defensivos della (que también son parte de la misma virtud) porque de otra manera, crea que se quedará sin lo uno y sin lo otro: porque lo uno no podrá al-

canzar, y lo otro no le aprovechará aunque lo alcance. Acuérdese que así como la naturaleza y el arte (imitadora de naturaleza) ninguna cosa hacen sin su corteza y vestidura y sin sus reparos y defensivos, para conservación y ornamento de las cosas, así tampoco es razón que lo haga la gracia, pues es más perfecta forma que éstas, y hace sus obras más perfectamente. Acuérdese que está escripto (1) que el que teme á Dios, ninguna cosa menosprecia, y que el que no hace caso de las cosas menores, presto caerá en las mayores. Acuérdese de lo que arriba dijimos, que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, &c. Acuérdese de los peligros que allí señalamos de no hacer caso de cosas pequeñas: porque ése era el camino para no lo hacer de las grandes. Mire que en la orden de las plagas de Egipto tras de los mosquitos vinieron las moscas (2): para que por aquí entiendas que el quebrantamiento de las cosas menores abre la puerta para las mayores: de suerte que el que no hace caso de los mosquitos que pican, presto vendrá á parar en las moscas que ensucian.

Documento segundo.

§. I.

Por aquí también se conoscerá en cuáles virtudes habemos de poner mayor diligencia, y en cuáles menor. Porque así como los hombres hacen más por una pieza de oro que por otra de plata, y más por un ojo que por un dedo de la mano, así conviene que repartamos la diligencia y estudio de las virtudes conforme á la dignidad y méritos de ellas. Porque de otra manera, si somos diligentes en lo menos y negligentes en lo más, todo el negocio espiritual irá desordenado. Por donde prudentísimamente hacen los perlados que así como en sus capítulos y ayuntamientos repiten muchas veces estas voces: silencio, ayuno, encerramiento, cerimonias, composición y coro, así y mucho más repiten éstas: caridad, humildad, oración, devoción, consideración, temor de Dios, amor del prójimo, y otras semejantes. Y tanto más conviene hacer esto, cuanto es más se-

(1) Eccli. VII. (2) Exod. VIII.

creta la falta de lo interior que la de lo exterior, y por eso aun más peligrosa. Porque como los hombres suelen acudir más á los defectos que ven que á los que no ven, corre peligro no vengan por esta causa á no hacer caso de los defectos interiores, porque no se ven, haciéndolo mucho de los exteriores, porque se ven. Y demás desto las virtudes exteriores, así como son más visibles y manifiestas á los ojos de los hombres, así son más honrosas y más conoscidas dellos: como es la abstinencia, las vigilias, las disciplinas y el rigor y aspereza corporal: mas las virtudes interiores, como es la esperanza, la caridad, la humildad, la discreción, el temor de Dios, el menosprecio del mundo, &c. son más ocultas á los ojos de los hombres: por donde aunque sean de grandísima honra delante de Dios, no lo son en el juicio del mundo: porque como dijo el mismo Señor (1), los hombres ven lo que por defuera parece: mas el Señor mira al corazón. Conforme á lo cual dice el Apóstol (2): No es agradable á Dios el que solamente en lo público es fiel, y el que públicamente trae circuncidada su carne, sino el que en lo interior de su ánima es fiel, y trae circuncidado su corazón, no con cuchillo de carne, sino con el temor de Dios, cuya alabanza no es de hombres (que no tienen ojos para ver esta espiritual circuncisión) sino de solo Dios. Pues como estas cosas exteriores sean tan aparentes y honrosas, y el apetito de la honra y de la propria excelencia sea uno de los más subtiles y más poderosos apetitos del hombre, corre gran peligro no nos lleve este afecto á mirar y celar más aquellas virtudes de que se sigue mayor honra, que de las que se sigue menor. Porque al amor de las unas nos llama el espíritu, mas al de las otras espíritu y carne juntamente: la cual es vehementísima y subtilísima en todos sus apetitos. Y siendo esto así, hay razón para temer no prevalezcan estos dos afectos contra uno, y así le corran el campo. Contra lo cual se opone la luz desta doctrina, que aboga por la causa mejor y pide que sin embargo de todo esto se le dé su merescido lugar: amonestando que se cele y encomiende con mayor diligencia lo que nos consta ser de mayor importancia.

(1) Luc. XVI. (2) Rom. II.

Documento tercero.

§ II.

Por aquí también se entenderá que cuando alguna vez acaesciere encontrarse de tal manera las unas virtudes con las otras, que no se pueda cumplir juntamente con ambas, que en tal caso (conforme á la regla y orden que hay en los mismos mandamientos de Dios cuando aciertan á encontrarse) dé lugar lo menor á lo mayor: porque lo contrario sería gran desorden y perversión. Esto dice S. Bernardo en el libro de la Dispensación por estas palabras: Muchas cosas instituyeron los Padres para guarda y acrecentamiento de la caridad. Pues todo el tiempo que estas cosas sirvieren á la caridad, no se deben alterar ni variar. Mas si por ventura alguna vez acertasen á serle contrarias, ¿no está claro que sería muy justo que las cosas que se ordenaron para la caridad (cuando no se compadescen con ella) ó se dejasen, ó se interrumpiesen, ó se mudasen en otras por autoridad de aquéllos á quien esto incumbe? Porque de otra manera, perversa cosa sería si lo que se ordenó para la caridad, se guardase contra la ley de la caridad. Es pues la conclusión, que todas estas cosas deben permanescer estables y fijas en cuanto sirven y militan para esta virtud, y no de otra manera. Hasta aquí son palabras de S. Bernardo, el cual alega para confirmación de lo dicho dos decretos, uno del papa Gelasio y otro de León.

Cuarto documento.

§. III.

De aquí también se puede colegir que hay dos maneras de justicia, una verdadera y otra falsa. Verdadera es la que abraza las cosas interiores con todas aquellas exteriores que para conservación suya se requieren. Falsa es la que retiene algunas de las exteriores sin las interiores: esto es, sin amor de Dios, sin temor, sin humildad, sin devoción, y sin otras semejantes

virtudes, cual era la de los fariseos, á quien dijo el Señor (1): Ay de vosotros, letrados y fariseos, que pagáis muy escrupulosamente el diezmo de todas vuestras legumbres y hortalizas, y no hacéis caso de las cosas más importantes que manda la Ley, que son juicio, y misericordia, y verdad. Y en otro lugar les dice (2) que eran muy solícitos en los lavatorios de los platos y de las manos, y en otras cosas semejantes, teniendo los corazones llenos de rapina y de maldad. Por donde en otro lugar les dice que eran como los sepulcros blanqueados, que defuera parecían á los hombres hermosos, y dentro estaban llenos de huesos de muertos.

Ésta es la manera de justicia que tantas veces reprehende el Señor en las Escripturas de los Profetas, porque por uno de ellos dice así (3): Este pueblo con los labios me honra, y su corazón está lejos de Mí. Sin causa y sin propósito me honran, guardando las doctrinas y leyes de los hombres, y desamparando la ley que Yo les dí. Y en otro lugar (4): ¿Para qué quiero yo (dice Él) la muchedumbre de vuestros sacrificios? Lleno estoy ya de los holocaustos de vuestros carneros y de las enjundias de vuestros ganados. No me ofrezcáis de aquí adelante sacrificios en balde. Vuestro encienso me es abominación, vuestros ayuntamientos son perversos, vuestras calendas (que son las fiestas que hacéis al principio de cada mes) y las otras festividades del año aborresció mi ánima: molestas me son y enojosas, y paso trabajo en sufrirlas.

Pues ¿qué es esto? ¿Condena Dios lo que Él mismo ordenó, y tan encarescidamente mandó, mayormente siendo éstos actos de aquella nobilísima virtud que llaman religión, que tiene por oficio venerar á Dios con actos de adoración y religión? No por cierto: mas condena á los hombres que se contentaban con solo esto, sin tener cuenta con la verdadera justicia y con el temor de Dios, como luego lo significó diciendo: Lavaos, sed limpios, quitad la maldad de vuestros pensamientos delante de mis ojos, cesad de hacer mal y aprended á hacer bien: y entonces yo perdonaré vuestros pecados, y desterraré la fealdad de vuestras ánimas.

Y en otro lugar aun más encarescidamente repite lo mismo por estas palabras (5): El que me sacrifica un buey, es para Mí

(1) Math XXIII. (2) Ibid. (3) Esai XXIX. (4) Esai. I. (5) Esai. LXVI.

como si matase un hombre. El que me sacrifica otra res, como el que me despedazase un perro. El que me ofrece alguna ofrenda, como si me ofreciese sangre de puercos. El que me ofrece encienso, como el que bendijese á un ídolo. Pues ¿qué es esto, Señor? ?Porqué tenéis por tan abominables las mismas obras que Vos mandastes? Luego da la causa desto diciendo: Estas cosas escogieron en sus caminos para agradarme con ellas, y con todo esto se deleitaron en sus maldades y abominaciones. ¿Ves, pues, cuán poco valen todas las cosas exteriores sin fundamento de lo interior? A este mismo propósito por otro profeta dice así (1): Quita de mis oídos el ruido de tus cantares, que no quiero oir la melodía de tus instrumentos músicos. Y aun en otro lugar más encarescidamente dice (2) que derramará sobre ellos el estiércol de sus solemnidades. Pues ¿qué más que esto es menester para que entiendan los hombres lo que montan todas estas cosas exteriores, por altísimas y nobilísimas que sean, cuando les falta el fundamento de justicia, que consiste en el amor y temor de Dios y aborrescimiento del pecado?

Y si preguntares: ¿qué es la causa por que tanto afea Dios esta manera de servicios, comparando los sacrificios con homicidios y el encienso con la idolatría, y llamando ruído al cantar de los psalmos, y estiércol á las fiestas de sus solemnidades? La respuesta es: porque demás de ser estas cosas de ningún merescimiento (cuando carescen del fundamento que ya dijimos) toman muchos de ellas ocasión para soberbia, y presumpción, y menosprecio de los otros que no hacen lo que ellos hacen: y (lo que peor es) por aquí vienen á tener una falsa seguridad, causada de aquella falsa justicia, que es uno de los grandes peligros que puede haber en este camino: porque contentos con esto no trabajan ni procuran lo demás. ¿Quieres ver esto muy claro? Mira la oración de aquel fariseo del Evangelio, que decía así (3): Dios, gracias te doy porque no soy yo como los otros hombres, robadores, adúlteros, injustos, como lo es este publicano: ayuno dos días cada semana y pago fielmente el diezmo de todo lo que poseo. Mira, pues, cuán claramente se descubren aquí aquellas tres peligrosísimas rocas que dijimos. La presumpción, cuando dice: no soy yo como los otros hombres. El menosprecio de los otros, cuando dice: co-

(1) Amos, V. (2) Malach. II. (3) Luc. XVIII.

mo este publicano. La falsa seguridad, cuando dice que da gracias á Dios por aquella manera de vida que vivía, pareciéndole que estaba seguro en ella y que no tenía por qué temer.

De donde nasce que los que de esta manera son justos, vienen á dar en un linaje de hipocrisía muy peligrosa. Para lo cual es de saber que hay dos maneras de hipocrisía: una muy baja y grosera, que es la de aquéllos que claramente ven que son malos, y muéstranse en lo de fuera buenos, para engañar al pueblo. Otra hay más subtil y más delicada, con que el hombre no sólo engaña á los otros, sino también engaña á sí mismo: cual era la deste fariseo, que realmente con aquella sombra de justicia no sólo había engañado á los otros, sino también á sí mismo: porque siendo de verdad malo, él se tenía por bueno. Ésta es aquella manera de hipocrisía de que dijo el Sabio (1): Hay un camino que parece al hombre derecho, y con esto va á parar en la muerte. Y en otro lugar (2), entre cuatro géneros de males que hay en el mundo, cuenta éste diciendo: La generación que maldice á su padre, y no bendice á su madre; la generación que se tiene por limpia, y con todo esto no está limpia de sus pecados; la generación que trae los ojos altivos, y levanta sus párpados en alto; la generación que tiene por dientes cuchillos, y se traga los pobres de la tierra. Éstos cuatro generos de personas cuenta aquí el Sabio entre las más infames y peligrosas del mundo; y entre ellas cuenta ésta de que aquí hablamos, que son los hipócritas para sí mismos, que se tienen por limpios, siendo sucios, como lo era este fariseo.

Éste es un estado de tan gran peligro, que verdaderamente sería menos mal ser un hombre malo, y tenerse por tal, que ser desta manera justo, y tenerse por seguro. Porque cuanto quiera que sea un hombre malo, principio es, en fin, de salud el conoscimiento de la enfermedad; mas el que no conosce su mal, el que estando enfermo se tiene por sano, ¿cómo sufrirá la medicina? Por esta razón dijo el Señor á los fariseos que los publicanos y las malas mujeres les precederían en el reino de los cielos. Donde en el Griego leemos preceden, de presente: por donde aun está más claro lo que decimos. Esto mismo nos representan muy á la clara aquellas tan escuras y temerosas palabras que dijo el Señor en el

(1) Prov. XIV. (2) Prov. XXX.

Apocalipsi (1): Ojalá fueses, ó bien frío, ó bien caliente; mas porque eres tibio, comenzarte he á echar de mi boca. Pues ¿cómo es posible que caya en deseo de Dios ser un hombre frío? Y ¿cómo es posible que sea de peor condición el tibio que el frío, pues está más cerca del caliente? Oye agora la respuesta: Caliente es aquél que con el fuego de la caridad que tiene, posee todas las virtudes así interiores como exteriores, de que ya dijimos. Frío es aquél que así como carece de caridad, así carece de lo uno y de lo otro, así de lo interior como lo exterior. Tibio es aquél que tiene algo de lo exterior y ninguna cosa de lo interior, á lo menos de caridad. Pues danos aquí á entender el Señor que este tal es de peor condición que el que está del todo frío: no por ventura porque tenga más pecados que él, sino porque es más incurable su mal: porque tanto está más lejos del remedio, cuanto se tiene por más seguro. Porque de aquella justicia superficial que tiene, toma ocasión para creer de sí que es algo, como quiera que á la verdad sea nada. Y que éste sea el sentido literal destas palabras, evidentemente se ve por lo que luego en continente se sigue: porque explicando el Señor más claramente á quién llamaba tibio, añade: Dices que eres rico, y que no te falta nada para la verdadera justicia, y no entiendes que eres mezquino y miserable, pobre, y ciego, y desnudo. ¿No te paresce que ves en estas palabras debujada la imagen de aquel fariseo que decía: Dios, gracias te doy que no soy yo como los otros hombres, &c.? Verdaderamente éste es el que se tenía en su corazón por rico de riquezas espirituales, pues por esto daba gracias á Dios; mas sin dubda él era pobre, ciego y desnudo: pues dentro estaba vacío de justicia, lleno de soberbia y ciego para no conocer su propria culpa.

Tenemos, pues, aquí ya declarado cómo hay dos maneras de justicia, una falsa y otra verdadera, y cuán grande sea la excelencia de la verdadera, y cuánto el peligro de la falsa. Y no piense nadie que se ha perdido tiempo en gastar en esto tantas palabras: porque pues el sancto Evangelio (que es la más alta de todas las Escripturas divinas y la que singularmente es espejo y regla de nuestra vida) tantas veces reprehende esta manera de justicia, y lo mismo hacen tantas veces los profetas (como arriba

(1) Apoc. III.

declaramos) no era razón que pasásemos en esta doctrina livianamente por lo que tantas veces repiten y encarescen las Escripturas divinas. Mayormente que los peligros claros y manifiestos quienquiera los conoce (porque son como las rocas que están en la mar descubiertas) y por esto tienen menos necesidad de doctrina: mas los ocultos y disimulados (como los bajos que están cubiertos con el agua) ésos es razón que estén más claramente señalados y marcados en la carta del marear, para no peligrar en ellos.

Y no se engañe nadie diciendo que entonces era esta doctrina necesaria porque reinaba mucho este vicio, y agora no: porque antes creo que siempre el mundo fué cuasi de una manera: porque unos mismos hombres, y una misma naturaleza, y unas mismas inclinaciones, y un mismo pecado original en que todos somos concebidos (que es la fuente de todos los pecados) forzado es que produzga unos mismos delictos: porque donde hay tanta semejanza en las causas de los males, también la ha de haber en los mismos males. Y así los mismos vicios que había entonces en tales y tales géneros de personas, esos mismos hay agora, aunque alterados algún tanto los nombres dellos: así como las comedias de Plauto ó de Terencio son las mismas que fueron mil años ha: puesto caso que cada día (cuando se representan) se mudan las personas que las representan.

De donde así como entonces aquel pueblo rudo y carnal pensaba que tenía á Dios por el pie cuando ofrecía aquellos sacrificios, y ayunaba aquellos ayunos, y guardaba aquellas fiestas literalmente y no espiritualmente, así hallaréis agora muchos cristianos que oyen cada domingo su misa, y rezan por sus horas y por sus cuentas, y ayunan cada semana los sábados á nuestra Señora, y huelgan de oir sermones, y otras cosas semejantes: y con hacer esto (que á la verdad es bien hecho) tienen tan vivos los apetitos de la honra, y de la cobdicia, y de la ira, como todos los otros hombres que nada desto hacen. Olvídanse de las obligaciones de sus estados, tienen poca cuenta con la salvación de sus domésticos y familiares, andan en sus odios, y pasiones, y pundonores: y no se humillarán, ni darán á torcer su brazo por todo el mundo. Y aun algunos dellos hay que tienen quitadas las hablas á sus prójimos, á veces por livianas causas, y muchos también pagan muy mal las deudas que deben á sus criados y á

otros. Y si por ventura les tocáis en un punto de honra, ó de interese, ó de cosa semejante, veréis luego desarmado todo el negocio y puesto por tierra. Y algunos de éstos, siendo muy largos en rezar muchas coronas de Ave Marías, son muy estrechos en dar limosnas y hacer bien á los necesitados. Y otros hallaréis que por todo el mundo no comerán carne el miércoles y otros días de devoción: y con esto murmuran sin ningún temor de Dios y degüellan crudelísimamente los prójimos. De manera que siendo muy escrupulosos en no comer carne de animales (que Dios les concedió) ningún escrúpulo tienen de comer carnes y vidas de hombres, que Dios tan caramente les prohibió. Porque verdaderamente una de las cosas que más había de celar el cristiano, es la fama y honra de su prójimo, de que éstos tienen muy poco cuidado, teniéndolo tanto de cosas sin comparación menores.

Esto y otras cosas semejantes no me puede negar nadie sino que cada día pasan entre los hombres del mundo y entre los de fuera del mundo. Y pues éste es tan grande y tan universal engaño, necesaria cosa era dar este desengaño, mayormente pues no todos los que tienen por oficio darlo, lo dan: y por esto convenía que con doctrina clara se supliese esta falta, para aviso de los que desean acertar este camino.

Y para que el cristiano lector se aproveche mejor de lo dicho y no venga á enfermar con la medicina, conviene que tome primero el pulso á su espíritu y condición, para ver á lo que es más inclinado. Porque hay unas doctrinas generales que sirven para todo género de personas, como las que se dan de la caridad, humildad, paciencia, obediencia, &c. Otras hay particulares, que son para remedios particulares de personas, que no arman tanto á otras. Porque á un muy escrupuloso es menester alargarle algo la consciencia: mas al que es largo de consciencia, es menester estrechársela: al pusilánime y desconfiado conviene predicar de la misericordia: al presumptuoso, de la justicia: y así á todos los demás, según nos lo aconseja el Eclesiástico diciendo (1) que tratemos con el injusto, de la justicia: con el temeroso, de la guerra: con el envidioso, del agradescimiento: con el inhumano, de la humanidad: con el perezoso, del trabajo, y así con todos los demás.

(1) Eccli. XXXVII.

Pues según esto, como haya dos diferencias de personas, unas que se acuestan más á lo interior, sin hacer tanto caso de lo exterior, y otras que se inclinan más á lo exterior, sin tener tanta cuenta con lo interior: á los unos conviene encarescer lo uno, y á los otros lo otro: para que así vengan á reducirse los humores á debida proporción. Nos en esta doctrina de tal manera templamos el estilo, que cada cosa pusiésemos en su lugar, levantando las cosas mayores sin perjuicio de las menores, y encargando las menores sin agravio de las mayores. Y desta manera estaremos libres de aquellas dos peligrosísimas rocas que aquí habemos querido derribar: la una de los que precian tanto lo interior, que desprecian lo exterior: y la otra de los que abrazando mucho lo exterior, se descuidan en lo interior, mayormente en el temor de Dios y aborrescimiento del pecado.

La suma, pues, deste negocio sea fundarnos en un profundísimo temor de Dios, que nos haga tremer de solo el nombre del pecado. Y quien éste tuviere muy arraigado en su ánima, téngase por dichoso, y sobre este fundamento edifique lo que quisiere. Mas el que se hallare fácil para cometer un pecado, téngase por miserable, ciego y malaventurado, aunque tenga todas las aparencias de sanctidad que hay en el mundo.

SEGUNDO AVISO

ACERCA DE DIVERSAS MANERAS DE VIDAS QUE HAY EN LA IGLESIA.

CAPÍTULO XXI.

El segundo aviso sirve para no juzgar unos á otros en la manera de vida que cada uno tiene. Para lo cual es de saber que como sean muchas las virtudes que se requieren para la vida cristiana, unos se dan más á unas, y otros á otras. Porque unos se dan más á aquellas virtudes que ordenan al hombre para con Dios, que por la mayor parte pertenescen á la vida comtemplativa: otros, á las que nos ordenan para con el prójimo, que pertenescen á la activa: otros, á las que ordenan al hombre consigo mismo, que son más familiares á la vida monástica.

Item, como todas las obras virtuosas sean medios para alcanzar la gracia, unos la procuran más por un medio, y otros por otro. Porque unos la buscan con ayunos, y disciplinas, y asperezas corporales: otros con limosnas y obras de misericordia: otros con oraciones y meditaciones continuas, en el cual medio hay tanta variedad, cuantos medios hay de orar y meditar: porque unos se hallan bien con un linaje de oraciones y meditaciones, y otros con otras: y así como hay muchas cosas que meditar, así hay muchos modos de meditación, entre los cuales aquél es mejor para cada uno, en que halla mayor devoción y más provecho.

Pues acerca desto suele haber un muy común engaño entre personas virtuosas: y es, que los que han aprovechado por alguno destos medios, piensan que como ellos medraron por allí, que no hay otro camino para medrar con Dios, sino solo aquél, y ése querrían enseñar á todos: y tienen por errados á los que por allí no van, paresciéndoles que no hay más de un camino solo para el cielo. El que se da mucho á la oración, piensa que sin esto no hay salud. El que se da mucho á ayunos, parécele

que todo es burla, sino ayunar. El que se da á la vida contemplativa, piensa que todos los que no son contemplativos, viven en grandísimo peligro, y toman esto tan por el cabo, que algunos vienen á tener en poco la vida activa. Por el contrario los activos, como no saben por experiencia qué pasa entre Dios y el ánima en aquel suavísimo ocio de la contemplación, y ven el provecho palpable que se sigue de la vida activa, deshacen cuanto pueden la vida contemplativa, y apenas pueden aprobar vida contemplativa pura, si no es compuesta de la una y de la otra: como si esto fuese fácil de hacer á quienquiera. Asimismo el que se da á la oración mental, parécele que toda otra oración sin ésta es infructuosa: y el que á la vocal, dice que ésta es de mayor trabajo y que así será de mayor provecho.

De suerte que cada buhonero (como dicen) alaba sus agujas: y así cada uno con una tácita soberbia y ignorancia (sin ver lo que hace) alaba á sí mismo, engrandesciendo aquello en que él tiene más caudal. Y así viene á ser el negocio de las virtudes como el de las sciencias, en las cuales cada uno alaba y levanta sobre los cielos aquella sciencia en que él reina, apocando y deshaciendo todas las otras. El orador dice que no hay otra arte en el mundo que iguale con la elocuencia: el astrólogo, que no la hay tal como la que trata del cielo y de las estrellas: el filósofo dice otro tanto: el que se da á la Escriptura divina dice mucho más, y con mayor razón: el que al estudio de las lenguas (porque sirven para la Escriptura) dice lo mismo: el teólogo escolástico no se contenta con el lugar de en medio, sino pone su silla sobre todos. Y á ninguno le faltan razones, y grandes razones, para creer que su sciencia es la mejor y más necesaria.

Pues esto que se halla en las sciencias tan descubiertamente, se halla en las virtudes, aunque más disimuladamente: porque cada uno de los amadores de las virtudes por un cabo desea acertar en lo mejor, y por otro busca lo que más arma con su naturaleza: y de aquí nasce que lo que á él está mejor, cree que es mejor para todos, y el zapato que á él viene justo, cree que también vendrá á todos los otros.

Pues desta raíz nascen los juicios de las vidas ajenas y las divisiones y scismas espirituales entre los hermanos, creyendo los unos de los otros que van descaminados, porque no van por el camino que ellos van. Cuasi en este engaño vivían los de Co-

rinto: los cuales habiendo recibido muchos y diversos dones de Dios, cada uno tenía el suyo por mejor, y así se anteponían unos á otros, prefiriendo unos el don de las lenguas, otros de la profecía, otros la interpretación de las Escripturas, otros el hacer milagros, y así todos los demás. Contra este engaño no hay otra mejor medicina que aquella de que el Apóstol usa en esta epístola contra esta dolencia. Porque aquí primeramente iguala todas las gracias y dones en su origen y principio, diciendo que todos ellos son arroyos que nascen de una misma fuente, que es el Espíritu Sancto, y que por esta parte todos participan una manera de igualdad en su causa, aunque entre sí sean diversos: así como los miembros del cuerpo de un rey todos en fin son miembros de un rey, y de sangre real, aunque sean diferentes entre sí. Desta manera dice el Apóstol (1) que todos en el baptismo recibimos un mismo espíritu de Cristo, para que mediante él todos fuésemos miembros de un mismo cuerpo. Y así cuanto á esto todos participamos una misma dignidad y gloria, pues todos somos miembros de una misma cabeza. Por donde añade luego el Apóstol y dice: Si dijere el pie: yo no soy mano, y por eso no soy del cuerpo, ¿dejará por esto de ser del cuerpo? Y si dijere el oído: porque no soy ojo, no soy deste cuerpo, ¿dejará por eso de ser deste cuerpo? Así que por esta parte en todos hay igualdad, para que en todos haya unidad y hermandad, puesto caso que con esto se compadesca alguna variedad.

Esta variedad nasce en parte de la naturaleza y en parte de la gracia. De la naturaleza decimos que nasce, porque aunque el principio de todo el ser espiritual sea la gracia, mas la gracia recebida como agua en diversos vasos, toma diversas figuras, aplicándose á la condición y naturaleza de cada uno. Porque hay unos hombres naturalmente sosegados y quietos, que según esto son más aparejados para la vida contemplativa: otros más coléricos y hacendosos, que son más hábiles para la vida activa: otros más robustos y sanos, y más desamorados para consigo mismos, y éstos son más aptos para los trabajos de la penitencia. En lo cual resplandesce maravillosamente la bondad y misericordia de nuestro Señor, que como desea tanto comunicarse á todos, no quiso que hubiese un solo camino para esto,

(1) Galat, III.

sino muchos y diversos, según la diversidad de las condiciones de los hombres: para que el que no tuviese habilidad para ir por uno, fuese por otro.

La segunda causa desta variedad es la gracia, porque el Espíritu Sancto (que es el autor della) quiere que haya esta variedad en los suyos, para mayor perfección y hermosura de la Iglesia. Porque así como para la perfección y hermosura del cuerpo humano se requiere que haya en él diversos miembros y sentidos, así también para la perfección y hermosura de la Iglesia convenía que hubiese esta diversidad de virtudes y gracias, porque si todos los fieles fueran de una manera, ¿cómo se pudiera llamar éste cuerpo? Si todo el cuerpo, dice Sant Pablo (1), fuese ojos, ¿dónde estarían los oídos? Y si todo fuese oídos, ¿dónde estarían las narices? Y por esto quiso Dios que los miembros fuesen muchos, y el cuerpo uno, porque así habiendo muchedumbre con unidad, hubiese proporción y conveniencia de muchas cosas en una, de donde resultase la perfección y hermosura de la Iglesia. Así vemos que en la música conviene que haya esta misma diversidad y muchedumbre de voces, con unidad de consonancia, para que así haya en ella suavidad y melodía. Porque si todas las voces fuesen de una manera, ó todas tiples, ó todas tenores, &c. ¿cómo podría haber música y harmonía?

Pues en las obras de naturaleza es cosa maravillosa ver cuánta variedad puso aquél Artífice soberano, y cómo repartió las habilidades y perfecciones á todas sus criaturas por tal orden que con tener cada una su particular ventaja sobre la otra, la otra no tuviese por qué tenerle envidia: porque también le tenía ella otra manera de ventaja. El pavón es muy hermoso de ver, mas no es dulce de oir. El ruiseñor es dulce de oir, mas no es hermoso para ver. El caballo es bueno para la carrera y para la guerra, mas no lo es para la mesa: y el buey es bueno para la mesa y para la era, mas no sirve para lo demás. Los árboles fructuosos son buenos para comer, mas no para edificar: los silvestres, por el contrario, son buenos para edificar, mas no lo son para fructificar. Desta manera en todas las cosas juntas se hallan todas las cosas repartidas, y en ninguna todas juntas: para que así se conserve la variedad y hermosura en el universo, y se conserven

(1) I. Cor. XII.

también las especies de las cosas, y se enlacen las unas con las otras, por la necesidad que tienen unas de otras.

Pues esta misma orden y hermosura que hay en las obras de naturaleza, quiso el Señor que hubiese en las de gracia, y para esto ordenó por su Espíritu que hubiese mil maneras de virtudes y gracias en su Iglesia, para que de todas ellas resultase una suavísima consonancia, y un perfectísimo mundo, y un hermosísimo cuerpo compuesto de diversos miembros. De aquí nasce haber en la Iglesia unos muy dados á la vida contemplativa, otros á la activa, otros á obras de obediencia, otros de penitencia, otros á orar, otros á cantar, otros á estudiar para aprovechar, otros á servir enfermos y acudir á hospitales, otros á socorrer á pobres y necesitados, y otros á otras muchas maneras de ejercicios y obras virtuosas.

La misma variedad vemos en las religiones, que aunque todas caminan para Dios, cada una lleva su proprio camino. Unas van por el camino de la pobreza, otras por el de la penitencia, otras por el de las obras de la vida contemplativa, otras de la activa. Y por esto unas buscan lo público, otras lo secreto: unas procuran rentas para su instituto, otras aman la pobreza: unas quieren los desiertos, y otras las plazas y los poblados: y todo esto religiosamente y por caridad.

Y en una misma orden y monesterio veréis esta misma variedad: porque unos están en el coro cantando, otros en sus oficios trabajando, otros en sus celdas estudiando, otros en la iglesia confesando y otros fuera de casa negociando. Pues ¿qué es esto? Muchos miembros en un cuerpo y muchas voces en una música, para que así haya hermosura, proporción y consonancia en la Iglesia. Porque por eso hay en una vihuela muchas cuerdas y en unos órganos muchos caños: porque así pueda haber consonancia y harmonía de muchas voces. Ésta es aquella vestidura que el patriarca Jacob hizo á su hijo Josef de diversos colores (1), y éstas aquellas cortinas del Tabernáculo que mandó Dios pintar con maravillosa variedad y hermosura.

Pues siendo esto así (y siendo necesario que sea así para la orden y hermosura de la Iglesia) ¿porqué nos andamos comiendo unos á otros, y juzgando y sentenciando unos á otros, por-

(1) Genes. XXXVII.

que no hacen unos lo que hacen otros? Eso es destruir el cuerpo de la Iglesia: eso es destruir la vestidura de Josef: eso es deshacer esta música y consonancia celestial: eso es querer que los miembros de la Iglesia sean todos pies, ó todos manos, ó todos ojos. Pues si todo el cuerpo fuese ojos, ¿dónde estarían los oídos? Y si todos oídos, ¿dónde estarían los ojos?

Por donde paresce aun más claro cuán grande yerro sea condenar á otro porque no tiene lo que tengo yo, ó porque no es para lo que soy yo. ¿Cuál sería si los ojos despreciasen á los pies porque no ven, y los pies murmurasen de los ojos porque no andan y los dejan á ellos con toda la carga? Porque realmente así es necesario que trabajen los pies, y descansen los ojos, y que los unos anden arrastrados por tierra, y los otros estén en lo alto limpios de polvo y de paja. Y no hacen menos los ojos descansando que los pies caminando: así como en el navío no hace menos el piloto que está par de el gobernalle con la aguja en la mano, que los otros que suben á la gavia, y trepan por las cuerdas, y extienden las velas, y limpian la bomba: antes aquél que parece que menos hace, ése realmente hace más. Porque no se mide la excelencia de las cosas con el trabajo, sino con el valor y importancia dellas: si no queremos decir que más hace en la república el que cava y el que ara, que el que la gobierna con su consejo y prudencia.

Pues quien esto atentamente considerare, dejará á cada uno en su llamamiento: esto es, dejará al pie ser pie, y á la mano mano, y no querrá ni que todos sean pies, ni todos manos. Esto es lo que tan largamente pretendió persuadir el Apóstol en la Epístola susodicha: y esto mismo es lo que nos aconseja cuando dice (1): El que no come, no menosprecie al que come. Porque por ventura aquél que come tendrá por una parte necesidad de comer, y por otra quizá tendrá otra virtud más alta que ésa que tú tienes, de que tú carecerás: por donde en lo uno no tendrá culpa, y en lo otro te hará ventaja. Porque así como no menos sirven para el canto los puntos que están en regla que los que están en espacio, así no menos sirve á la consonancia y música espiritual de la Iglesia el que come que el que no come, y el que parece que está ocioso que el que está ocupado, si en su ocio tra-

(1) Rom. XIV.

baja por alcanzar con qué pueda después edificar á su prójimo.

Esto mismo nos encomienda muy encarescidamente Sant Bernardo, avisando que excepto aquéllos á quien es dado ser jueces y presidentes en la Iglesia, nadie se entremeta en querer escudriñar ni juzgar la vida de nadie, ni comparar la suya con la de nadie: porque no le acaezca lo que al monje que tenía por agravio que su pobreza se igualase con las riquezas de Gregorio: á quien fué dicho que más rico era él con una gatilla que tenía, que el otro con todas sus riquezas.

TERCERO AVISO

DE LA SOLICITUD Y VIGILANCIA CON QUE DEBE VIVIR EL VARÓN VIRTUOSO.

CAPITULO XXII.

El tercer aviso sea éste, que porque en esta regla se han puesto muchas maneras de virtudes y documentos para reglar la vida, y nuestro entendimiento no puede comprehender muchas cosas juntas, para esto conviene procurar una virtud general que las comprehenda todas y supla (según es posible) las veces de todas: que es una perpetua solicitud y vigilancia y una continua atención á todo lo que hobiéremos de hacer y decir, para que todo vaya nivelado con el juicio de la razón.

De suerte que así como cuando un embajador hace una habla delante de un gran senado, en un mismo tiempo está atento á las cosas que ha de decir, y á las palabras con que las ha de decir, y á la voz y á los meneos del cuerpo, y á otras cosas semejantes, así el siervo de Dios trabaje (cuanto le sea posible) por traer consigo una perpetua atención y vigilancia para mirar por sí y por todo lo que hace: para que hablando, callando, preguntando, respondiendo, negociando, en la mesa, en la plaza y en la iglesia, en casa y fuera de casa, esté como con un compás en la mano midiendo y compasando sus obras, sus palabras y pensamientos, con todo lo demás, para que todo vaya conforme á la ley de Dios, y al juicio de la razón, y al decoro y decencia de su persona. Porque como sea tanta la distancia que hay entre el bien y el mal, y Dios haya impreso en nuestras ánimas una luz y conoscimiento de lo uno y de lo otro, apenas hay hombre tan simple, que si mira atentamente lo que hace, no se le trasluzga poco más ó menos lo que en cada cosa debe hacer: y así esta atención y solicitud sirve por todos los documentos desta regla y de muchas otras.

Ésta es aquella solicitud que nos encomendó el Espíritu Sancto cuando dijo (1): Guarda, hombre, á ti mismo y á tu ánima so-

(1) Deut. IV.

lícitamente. Ésta es la tercera parte de las tres que señaló el profeta Miqueas (1), según que arriba alegamos, que es andar solícito con Dios: la cual es un continuo cuidado y atención de no hacer cosa que sea contra su voluntad. Esto nos significa la muchedumbre de ojos que tenían aquellos misteriosos animales de Ezequiel (2): con los cuales nos dan á entender la grandeza de la atención y vigilancia con que debemos militar en esta milicia, donde hay tantos enemigos y tantas cosas á que acudir y proveer. Esto nos representa aquella postura de los setenta caballeros esforzados que guardaban el lecho de Salomón, los cuales tenían las espadas sobre el muslo á punto de desenvainar: para dar á entender esta manera de atención y vigilancia con que conviene que esté el que anda siempre entre tantos escuadrones de enemigos.

La causa desta tan grande solicitud es (demás de la muchedumbre de los peligros) la alteza y delicadeza deste negocio, mayormente en aquéllos que anhelan y procuran arribar á la perfección de la vida espiritual. Porque conversar y vivir como Dios meresce, y guardarse limpio y sin mancilla deste siglo, y vivir en esta carne sin tizne de carne, y conservarse sin reprehensión y sin querella para el día del Señor, como dice el Apóstol (3), son cosas tan altas y tan sobrenaturales, que todo esto es menester, y mucho más, y aun Dios y ayuda.

Mira, pues, la atención que tiene un hombre cuando está haciendo alguna obra muy delicada: porque realmente ésta es la más delicada obra que se puede hacer, y la que pide mayor atención. Mira también de la manera que anda el que lleva en las manos un vaso muy lleno de un precioso licuor, para que no se le vierta nada: y mira también el tiento que lleva el que pasa un río por unas piedras mal asentadas, para no mojarse en el agua: y sobre todo mira el que lleva el que anda paseándose por una maroma, para no declinar un punto á la diestra ni á la siniestra, por no caer, y desta manera trabaja siempre por andar (mayormente á los principios hasta hacer hábito) con tanto cuidado y atención, que ni hables una palabra, ni tengas un pensamiento, ni hagas un meneo que desdiga un punto (en cuanto fuere posible) de la línea de la virtud. Para esto da Séneca un

(1) Cap. VI. (2) Ezech. I. (3) Phili. I.

muy familiar y maravilloso consejo, diciendo que debía el hombre deseoso de la virtud imaginar que tiene delante de sí alguna persona de grande veneración y á quien tuviese mucho acatamiento, y hacer y decir todas las cosas como las haría y diría si realmente estuviera en su presencia.

Otro medio hay para esto mismo no menos conveniente que el pasado, que es pensar el hombre que no tiene más que solo aquel día de vida, y hacer todas las cosas como si creyese que aquel mismo día en la noche hobiese de parecer ante el tribunal de Cristo y dar cuenta de sí.

Pero muy más excelente medio es andar siempre (en cuanto sea posible) en la presencia del Señor, y traerlo ante los ojos (pues en hecho de verdad Él está en todo lugar presente) y hacer todas las cosas como quien tiene tal majestad, tal testigo y tal juez delante, pidiéndole siempre gracia para conversar de tal manera, que no sea indigno de tal presencia. De suerte que esta atención que aquí aconsejamos, ha de tirar á dos blancos: el uno, á mirar interiormente á Dios y estar delante dél adorándole, alabándole, reverenciándole, amándole, dándole gracias y ofreciéndole siempre sacrificio de devoción en el altar de su corazón: y el otro, á mirar todo lo que hacemos y decimos, para que de tal manera hagamos nuestras obras, que en ninguna cosa nos desviemos de la senda de la virtud. De suerte que con el uno de los dos ojos habemos de mirar á Dios, pidiéndole gracia, y con el otro á la decencia de nuestra vida, usando bien de ella. Y así habemos de emplear la luz que Dios nos dió, lo uno en la consideración de las cosas divinas, y lo otro en la rectificación de las obras humanas, estando por una parte atentos á Dios, y por otra á todo lo que debemos hacer. Y aunque esto no se pueda hacer siempre, á lo menos procuremos que sea con la mayor continuación que pudiéremos: pues esta manera de atención no se impide con los ejercicios corporales, antes en ellos está el corazón libre para hurtarse muchas veces de los negocios y esconderse en las llagas de Cristo. Este documento repito aquí por ser tan importante: aunque ya estaba apuntado en nuestro Memorial de Vida Cristiana.

CUARTO AVISO

DE LA FORTALEZA QUE SE REQUIERE PARA ALCANZAR LAS VIRTUDES.

CAPÍTULO XXIII.

El precedente aviso nos proveyó de ojos para mirar atentamente lo que debemos hacer: éste nos proveerá de brazos, que es de fortaleza, para poderlo hacer. Porque como haya dos dificultades en la virtud, la una en distinguir y apartar lo bueno de lo malo, y la otra en vencer lo uno y proseguir lo otro, para lo uno se requiere atención y vigilancia, y para lo otro fortaleza y diligencia: y cualquiera destas dos cosas que falte, queda imprerfecto el negocio de la virtud: por que ó quedará ciego si falta la vigilancia, ó manco si faltare la fortaleza.

Esta fortaleza no es aquella que tiene por oficio templar las osadías y temores (que es una de las cuatro virtudes cardinales) sino es una fortaleza general que sirve para vencer todas las dificultades que nos impiden el uso de las virtudes: por esto anda siempre en compañía dellas como con la espada en la mano, haciéndoles camino por doquiera que van. Porque la virtud (como dicen los filósofos) es cosa ardua y dificultosa, y por esto conviene que tenga siempre á su lado esta fortaleza para que le ayude á vencer esta dificultad. De donde así como el herrero tiene necesidad de traer siempre el martillo en las manos, por razón de la materia que labra, que es dura de domar, así también el hombre virtuoso tiene necesidad desta fortaleza como de un martillo espiritual, para domar esta dificultad que en la virtud se halla. Por donde así como el herrero sin martillo ninguna cosa haría, así tampoco el amador de las virtudes sin fortaleza, por la misma razón. Si no, dime: ¿cuál de las virtudes hay que no traiga consigo algún especial trabajo y dificultad? Míralas todas una por una: la oración, el ayuno, la obediencia, la templanza, la pobreza de espíritu, la paciencia, la castidad, la humildad: todas ellas finalmente siempre tienen alguna dificultad aneja, ó por parte del

amor proprio, ó por parte del enemigo, ó por parte del mismo mundo. Pues quitada esta fortaleza de por medio, ¿qué podrá el amor de la virtud desarmado y desnudo? Por do parece que sin esta virtud todas las otras están como atadas de pies y manos, para no poderse ejercitar.

Y por esto tú, hermano mío, que deseas aprovechar en las virtudes, haz cuenta que el mismo Señor de las virtudes te dice también á ti aquellas palabras que dijo á Moisén, aunque en otro sentido (1): Toma esta vara de Dios en la mano, que con ella has de hacer todas las señales y maravillas con que has de sacar á mi pueblo de Egipto. Ten por cierto que así como aquella vara fué la que obró aquellas maravillas y la que dió cabo á aquella jornada tan gloriosa, así esta vara de virtud y fortaleza es la que ha de vencer todas las dificultades que el amor de nuestra carne y el enemigo nos han de poner delante, y hacernos salir al cabo con esta empresa tan gloriosa. Y por esto nunca esta vara se ha de soltar de la mano, pues ninguna destas maravillas se puede hacer sin ella.

Por lo cual me parece avisar aquí de un grande engaño que suele acaescer á los que comienzan á servir á Dios. Los cuales, como leen en algunos libros espirituales cuán grandes sean las consolaciones y gustos del Espíritu Sancto y cuánta la suavidad y dulzura de la caridad, creen que todo este camino es de deleites, y que no hay en él fatiga ni trabajo, y así se disponen para él como para una cosa fácil y deleitable: de manera que no se arman como para entrar en batalla, sino vístense como para ir á fiestas. Y no miran que aunque el amor de Dios de suyo es muy dulce, el camino para él es muy agro: porque para esto conviene vencer el amor proprio y pelear siempre consigo mismo, que es la mayor pelea que puede ser. Lo uno y lo otro significó el profeta Isaías cuando dijo: Sacúdete del polvo, levántate y asiéntate, Hierusalem. Porque en el asentar es verdad que no hay trabajo: mas hailo en el sacudir el polvo de las afecciones terrenales y en levantarnos del pecado y sueño que dormimos: que es lo que se requiere para venir á esta manera de asiento.

Aunque también es verdad que provee el Señor de grandes y maravillosas consolaciones á los que fielmente trabajan, y á

(1) Exod. IV.

todos aquéllos que trocaron ya los placeres del mundo por los del cielo. Mas si este trueque no se hace, y el hombre todavía no quiere soltar de las manos la presa que tiene, crea que no le darán este refresco: pues sabemos que no se dió el maná á los hijos de Israel en el desierto (1) hasta que se les acabó la harina que habían sacado de Egipto.

Pues tornando al propósito, los que no se armaren desta fortaleza, ténganse por despedidos de lo que buscan, y sepan cierto que mientras no mudaren los ánimos y el propósito, nunca lo hallarán. Crean que con trabajo se gana el descanso, y con batallas la corona, y con lágrimas el alegría, y con el aborrescimiento de sí mismo el amor suavísimo de Dios. Y de aquí nasció reprehenderse tantas veces en los Proverbios la pereza y negligencia, y alabarse tanto la fortaleza y diligencia (como en otra parte declaramos) porque sabía muy bien el Espíritu Sancto, autor desta doctrina, cuán grande impedimiento para la virtud era lo uno, y cuán grande ayuda lo otro.

De los medios por do se alcanza esta fortaleza.

§. I.

MAS por ventura preguntarás: ¿Qué medio para alcanzar esa fortaleza, pues también ella es dificultosa como las otras virtudes? Porque no en balde comenzó el Sabio aquel su abecedario tan lleno de doctrina espiritual, por esta sentencia (2): Mujer fuerte ¿quién la hallará? El valor de ella es sobre todos los tesoros y piedras preciosas traídas dende los últimos fines de la tierra. Pues ¿por qué medios podremos alcanzar cosa de tan gran valor? Primeramente considerando este mismo valor: porque sin dubda cosa es de gran valor la que tanto ayuda para alcanzar el tesoro inestimable de las virtudes. Si no, dime: ¿Qué es la causa por que los hombres del mundo huyen tanto de la virtud? No es otra sino la dificultad que hallan en ella los cobardes y perezosos. Dice el perezoso: El león está en el camino: en me-

(1) Exod. XVI. (2) Prov. XXXI.

dio de las plazas tengo de ser muerto (1). Y en otra parte añade el mismo Sabio diciendo (2): El loco mete las manos en el seno, y come sus carnes diciendo: Más vale un poquito con descanso, que las manos llenas con aflicción y trabajo. Pues como no haya otra cosa que nos aparte de la virtud sino sola esta dificultad, teniendo fortaleza con que vencerla, luego es conquistado el reino de las virtudes. Pues ¿quién no tomará aliento y se esforzará á conquistar esta fuerza, la cual ganada es ganado el reino de las virtudes, y con él el de los cielos? el cual no pueden ganar sino solos los esforzados. Con esta misma fortaleza es vencido el amor proprio con todo su ejército: y echado fuera este enemigo, luego es allí aposentado el amor de Dios, ó por mejor decir, el mismo Dios. Pues como dice Sant Juan (3), quien está en caridad, está en Dios.

Aprovecha también para esto el ejemplo de muchos siervos de Dios, que agora vemos en el mundo pobres, desnudos, descalzos y amarillos, faltos de sueño, y de regalo, y de todo lo necesario para la vida. Algunos de los cuales desean y aman tanto los trabajos y asperezas, que así como los mercaderes andan á buscar las ferias más ricas, y los estudiantes las universidades más ilustres, así ellos andan á buscar los monasterios y provincias de mayor rigor y aspereza, donde hallen no hartura sino hambre, no riquezas sino pobreza, no regalo de cuerpo sino cruz y mal tratamiento de cuerpo. Pues ¿qué cosa más contraria á los nortes del mundo y á los deseos de las gentes, que andar á buscar un hombre por tierras extrañas arte y manera cómo ande más hambriento, más pobre, más remendado y desnudo? Obras son éstas contrarias á carne y á sangre, mas muy conformes al espíritu del Señor.

Y más particularmente condena nuestros regalos el ejemplo de los mártires, que con tales y tan crudos géneros de tormentos conquistaron el reino del cielo. Apenas hay día que no nos proponga la Iglesia algún ejemplo déstos, no tanto por honrar á ellos con la fiesta que les hace, cuanto por aprovechar á nosotros con el ejemplo que nos da. Un día nos propone un mártir asado, otro desollado, otro ahogado, otro despeñado, otro atenazado, otro desmembrado, otro aradas las carnes con sulcos

(1) Prov. XXVI. (2) Eccles. IV. (3) I Joan IV.

de hierro, otro hecho un erizo con saetas, otro echado á freir en una tina de aceite, y otros de otras maneras atormentados. Y muchos dellos pasaron no por un solo género de tormentos, sino por todos aquellos que la naturaleza y compostura del cuerpo humano podía sufrir. Porque á muchos de la prisión pasaban á los azotes, y de los azotes á las brasas, y de las brasas á los peines de hierro, y de allí al cuchillo, que sólo bastaba para acabar la vida, mas no la fe ni la fortaleza.

Pues ¿qué diré de las artes y invenciones que la ingeniosa crueldad, no ya de los hombres, sino de los demonios, inventó para combatir la fe y fortaleza de los espíritus con el tormento de los cuerpos? Á unos después de cruelísimamente llagados hacían acostar en una cama de abrojos y de cascos de tejas muy agudas, para que por todas partes el cuerpo tendido recibiese en un punto mil heridas, y padesciese un dolor universal en todos los miembros, y así fuese combatida la fe con un ejército de dolores extraños. Á otros hacían pasear con las plantas desnudas sobre carbones encendidos. Á otros arrastraban por cardos y rastrojos, atados á las colas de caballos no domados. Para otros inventaban ruedas horribles cercadas de navajas muy agudas, para que estando en alto el cuerpo fijo, esperase el encuentro de toda aquella orden de navajas que lo despedazasen. Á otros tendían en unos ingenios de madera que para esto tenían hechos, y estirados allí fuertemente los cuerpos, los araban de alto abajo con garfios de hierro. ¿Qué diré? Sino que aun no contenta la ferocidad de los tiranos con todos estos ensayes de tormentos, vino á inventar otro más nuevo, que fué atar por los pies al mártir á las ramas de dos grandes árboles, abajándolas violentamente hasta el suelo, para que soltándolas después, y resurtiendo á sus lugares, llevasen volando por los aires cada una su pedazo de cuerpo. Mártir hubo en Nicomedia (y como éste hubo innumerables) á quien después de haber azotado tan crudamente, que no sólo habían rasgado ya la piel y los cueros, sino que ya los azotes habían comido mucha parte de la carne y llegado á descubrir por muchas partes los huesos blancos entre las heridas coloradas, acabado este tormento, le regaron las llagas con vinagre y las polvorearon con sal: y no contentos con esto, viendo aun que todavía estaba el ánima en el cuerpo, le tendieron sobre unas parrillas al fuego, y allí le volteaban de

una banda á otra con horcas de hierro hasta que así asado ya y tostado el sagrado cuerpo, envió el espíritu á Dios.

De manera que los perversos homicidas pretendían otra cosa aun más cruel que la muerte (que es la última de las cosas terribles) porque no pretendían tanto matar como atormentar con tantos y tan horribles martirios que sin herida ninguna de muerte hiciesen partir las ánimas de los cuerpos á poder de tormentos. No eran, pues, estos mártires de otros cuerpos que los nuestros, ni de otra masa y composición que la nuestra, ni tenían por ayudador otro Dios que el que nosotros tenemos, ni esperaban otra gloria que la que todos esperamos. Pues si éstos con tales y tantas muertes compraron la vida eterna, ¿cómo nosotros por la misma causa no mortificaremos siquiera los malos deseos de nuestra carne? Si aquéllos morían de hambre, ¿porqué tú no ayunarás un día? Si aquéllos perseveraban enclavados en la cruz orando, ¿porqué tú no perseverarás un rato de rodillas en oración? Si aquéllos tan fácilmente dejaban cortar y despedazar sus miembros, ¿porqué tú no cercenarás y mortificarás un poco de tus apetitos y pasiones? Si aquéllos estaban tanto tiempo encerrados en cárceles escuras, ¿y porqué tú no estarás siquiera un poco recogido en la celda? Si aquéllos así dejaban arar sus espaldas, ¿porqué tú alguna vez por Cristo no disciplinarás las tuyas?

Y si aun estos ejemplos no bastan, alza los ojos á aquel sancto madero de la cruz, y mira quién es Aquél que allí está padesciendo tan crueles tormentos por tu amor. Mirad, dice el Apóstol (1), á Aquél que tan grandes encuentros recibió de los pecadores: porque no canséis ni desmayéis en los trabajos. Espantoso ejemplo es éste por doquiera que lo quisieres mirar. Porque si miras los trabajos, no pueden ser mayores: si á la persona que los padece, no puede ser más excelente: si á la causa por que los padece, ni es por culpa suya (porque Él es la misma inocencia) ni por necesidad suya (porque es Señor de todo lo criado) sino por pura bondad y amor. Y con ser esto así, padeció en su cuerpo y ánima tan grandes tormentos, que todas las pasiones de los mártires y de todos los hombres del mundo no igualan con ellos. Cosa fué ésta de que se espanta-

(1) Hebr. XII.

ron los cielos, y tembló la tierra, y se despedazaron las piedras, y sintieron todas las cosas insensibles.

Pues ¿cómo será el hombre tan insensible, que no sienta lo que sintieron los elementos? Y ¿cómo será tan ingrato, que no procure imitar algo de aquello que se hizo por su ejemplo? Porque por esto, como dijo el mismo Señor (1), convenía que Cristo padesciese y así entrase en su gloria, porque pues había venido al mundo para guiarnos al cielo (pues el camino para él era la cruz) que fuese en la delantera crucificado: para que así tomase esfuerzo el vasallo viendo tan maltratado á su Señor.

Pues ¿quién será tan ingrato, ó tan regalado, ó tan soberbio, ó tan desvergonzado, que viendo al Señor de la majestad con todos sus amigos y escogidos caminar con tanto trabajo, quiera él ir en una litera y gastar la vida en regalos? Mandaba el rey David á Urías (que venía de la guerra) ir á dormir y descansar á su casa y cenar con su mujer, y el buen criado respondió (2): El arca de Dios está en las tiendas, y los siervos del rey mi Señor duermen sobre la haz de la tierra: ¿y iré yo á mi casa á comer, y beber, y descansar? Por la salud tuya y por la de tu ánima tal cosa no haré. ¡Oh fiel y buen criado, tan digno de ser alabado cuan indignamente muerto! Pues ¿cómo tú, cristiano, viendo de la manera que ves á tu Señor en la cruz, no tendrás este mismo comedimiento para con Él? El arca de Dios de madera de cedro incorruptible padece dolores y muerte, ¿y tú buscas regalos y descanso? Aquél arca donde estaba el maná (que es el pan de los ángeles) escondido, gustó hiel y vinagre por ti, ¿y tú buscas deleites y golosinas? Aquél arca donde estaban las tablas de la Ley (que son todos los tesoros de la sabiduría y sciencia de Dios) es vituperada y tenida por locura, ¿y tú buscas honras y alabanzas? Y si no basta el ejemplo desta arca mística para confundirte, junta con ella los trabajos de los siervos de Dios que duermen sobre la haz de la tierra: conviene saber, los ejemplos y pasiones de tantos sanctos, de tantos profetas, mártires, confesores y vírgines, que con tantos dolores y asperezas pasaron esta vida, como lo cuenta uno dellos diciendo así: Los sanctos padecieron escarnios, azotes, prisiones y cárceles: fueron apedreados, aserrados, tentados y muertos á

(1) Luc. XXIV. (2) II Reg. XI.

cuchillo. Anduvieron pobremente vestidos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos: de los cuales el mundo no era merecedor. Vivían en las soledades y desiertos, en las cuevas y concavidades de la tierra, y todos ellos en medio destos trabajos fueron probados y hallados fieles á Dios.

Pues si ésta fué la vida de los sanctos y (y lo que más es) del Sancto de los sanctos, no sé yo por cierto con qué título, ni por cuál privilegio piensa alguno de ir adonde ellos fueron, si va por camino de deleites y regalos. Y por tanto, hermano mío, si deseas ser compañero de su gloria, procura serlo de su pena; si quieres reinar con ellos, procura padecer con ellos.

Todo esto sirve para exhortarte á esta noble virtud de fortaleza, para que así seas imitador de aquella sancta ánima de quien se dice que ciñó sus lomos con fortaleza y esforzó sus brazos para el trabajo. Y para conclusión deste capítulo y de la doctrina de todo este segundo libro, acabaré con aquella nobilísima sentencia del Salvador que dice (1): Quienquiera que quisiere venir en pos de Mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. En las cuales palabras comprehendió aquel Maestro celestial la suma de toda la doctrina del Evangelio, la cual se ordena á formar un hombre perfecto y evangélico, el cual teniendo un linaje de paraíso en el hombre interior, padece una perpetua cruz en el exterior, y con la dulzura de la una abraza voluntariamente los trabajos de la otra.

(1) Luc. IX.

FIN DE LA GUÍA DE PECADORES

AL CRISTIANO LECTOR

QUISE, amigo lector, que esta carta del sancto obispo Euquerio, discípulo de Sant Augustín, se añadiese á esta nuestra Guía: porque trata del mismo argumento de ella, que es del menosprecio del mundo, y amor de la virtud. Y no sólo por esta causa, sino también por haberme esta escriptura sumamente contentado. En la cual hallará el discreto lector tanta gravedad de sentencias, tanta agudeza de razones, tanta elegancia en el estilo, y sobretodo, tanto espíritu y eficacia en persuadir lo que pretende, que no deja al entendimiento humano cosa con que se pueda excusar de la fuerza de sus persuasiones. De donde le acaecerá lo que á mí ha acaescido, que por muchas veces que lea esta escritura, nunca me cansa ni causa hastío. Porque ésta es la condición de las cosas perfectas y acabadas en su género, que siempre deleiten, por mucho que se traten. La verdad de lo cual todo remito al juicio del prudente lector que supiere estimar lo que merece estima. Y porque no quiero para mí la gloria desta traslación (que es es muy elegante) el intérprete fué el R. P. Fr. Juan de la Cruz, que es en gloria: el cual para esto tenía especial gracia, como se ve por otras traslaciones suyas. VALE.

CARTA DE EUQUERIO

OBISPO DE LEÓN DE FRANCIA, DISCÍPULO DE SANT AUGUSTÍN

Á VALERIANO

SU PARIENTE, VARÓN ILUSTRE

EN QUE LE AMONESTA EL MENOSPRECIO DEL MUNDO

Y DESEO DE LA VERDADERA BIENAVENTURANZA.

CUÁN bien junta el parentesco á los que se ayuntan con lazo de amor! Gloriarnos podemos en esta merced de Dios: á quien igualmente la sangre como la caridad hizo compañeros, y dos aficiones nos juntan en uno: la que de los padres de nuestra carne traemos, y la que en nuestros corazones con el favor de Dios nosotros criamos. Este doblado nudo con que nos ata el deudo de una parte, y de otra el amor, me hizo que te escribiese, y prolijamente encomendase á tu mesmo corazón el bien de tu ánima, y te mostrase que la verdadera bienaventuranza, poseedora de bienes eternos, se alcanza por sola la profesión de fe y de virtud. Porque amándote igualmente que á mí, es necesario que desee no menos para ti que para mí el bien soberano. Y alégrome mucho que tu inclinación no es contraria al religioso voto de la sancta vida que yo te quiero persuadir. Porque tu dichosa edad dende su ternura brotó flores en mucha parte conformes al fruto deseado de las virtuosas costumbres, proveyendo la gracia divina por ministerio de la naturaleza cómo hallase en tu corazón su doctrina grande principio cuando te quisiese comunicar lo que te falta. Bien veo cuán altos títulos te hacen ilustre en el siglo por la dignidad y antigua nobleza así de tu padre como de tu suegro: pero muy más alta gloria es la

que yo te deseo: pues te llamo, no para dignidad terrena, sino celestial: no para honra de un siglo, sino de siglos eternos. Ésta es la gloria cierta y digna de ser deseada, ser el hombre sublimado á bienes que nunca se acaban. Lo cual no te persuadiré con la sabiduría seglar, mas con aquella excelente filosofía escondida á los mundanos, que determinó Dios revelar para nuestra gloria en el tiempo que le plugo. Y hablarte he osadamente, por el grande zelo que tengo de tu bien, descuidado de lo que á mí conviene: considerando más lo mucho que para ti deseo, que lo poco para que yo basto.

I. La primera obligación, mi Valeriano carísimo, que el hombre recién nacido tiene, es de conocer su Hacedor y reconocerle por su Señor, y el don de la vida que dél recibió, convertir en su servicio: de manera que lo que por su bondad comenzó á ser, para Él se prosiga, y en Él se remate; y la merced que recibió sin merecerla, sirviéndole con ella, después la merezca. ¿Qué verdad más cierta se nos puede decir, que ser nosotros debidos á Aquél que de no ser nos hizo que fuésemos? Aquél por cierto sabiamente conoce la intención de quien le formó, que tiene por averiguado que Él le hizo, y para sí. Después desto lo que más al hombre conviene, es mirar por el valor de su ánima: que pues en nobleza es la primera, no ha de ser la postrera de nuestros cuidados. Antes de lo que en nosotros es principal, se ha de hacer primero cuenta, y de la sanidad más necesaria conviene que tengamos más atenta solicitud. Y para mejor decir, no principalmente, mas sola ésta ha de ocupar todo nuestro sentido, cómo la nobleza de nuestra ánima sea defendida, cómo sea conservada. Ni esto contradice á lo que antes dije. Porque verdad es que á Dios debemos la primera y más profunda intención, y á nuestra ánima la segunda. Pero son tan hermanas estas dos diligencias, que siendo ambas necesarias, la una sin la otra no se puede conservar. Porque no es posible que quien á Dios satisfizo, que no proveyese su ánima; y quien tuvo cuidado de su ánima, que no contentase á Dios. De tal manera se entiende en estos dos espirituales negocios, y así están encadenados, que quien diligentemente tratare el uno, habrá cumplido con ambos: porque la inefable bondad de Dios quiso que nuestro provecho fuese su sacrificio. ¡Oh cuánto tiempo y trabajo emplean los mortales en curar sus cuerpos y conservar su salud! ¿Por ventura su ánima no merece ser cura-

da? Si tantas y tan diversas cosas se gastan en servicio de la carne, no es lícito que el ánima esté arrinconada, y despreciada en sus necesidades, y que sola ella sea desterrada de sus proprias riquezas. Mas antes si para el regalo del cuerpo somos muy largos, proveamos á nuestra ánima con más alegre liberalidad. Porque si sabiamente llamaron algunos á nuestra carne sierva, y al ánima señora, no habemos de ser tan mal mirados que honremos á la esclava, y á su señora despreciemos. Con razón nos pide mayor diligencia nuestra mejor parte, y mayor cuidado la dignidad principal de nuestra naturaleza. Ni es justo que en la reverencia necesaria pospongamos la más noble, y antepongamos la vil. Y que la carne sea más vil, manifiéstanlo sus naturales vicios, con que nos abate á la tierra donde ella nació, levantándonos el ánima como fuego á lo alto, de donde nos fué enviada. Ésta es en el hombre la imagen de Dios. Esta preciosa prenda tenemos de la gloria que nos es prometida. Pues defendamos su autoridad, y amparémosla con todas nuestras fuerzas. Si á ésta sustentamos y regimos, guardamos el depósito que nos ha de ser demandado. ¿Cuál hombre quiere levantar algún edificio, que primero no asiente los cimientos? ¿Cuál hombre no procura primero su vida que abundantes bienes, los cuales sin vida no puede gozar? ¿Cómo amontonará los bienes postreros quien los primeros no posee? ¿De qué manera piensa vivir bienaventurado quien no tiene lo necesario para vivir? El menguado de vida ¿cómo puede tener vida felice? Ó ¿qué vida le pueden dar los sabrosos y sobrados manjares, si no tiene con que provea á la hambre de su ánima? Como quier que diga nuestro Salvador en el Evangelio (1): ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su ánima? Porque no puede tener razón de ganancia lo que se adquiere con detrimento del bien espiritual. Antes padesciéndose daño en el espíritu, ningún bien se debe estimar de la carne: porque el verdadero bien en sola el ánima consiste. Por tanto con toda diligencia y industria negociemos la segura y cierta granjería de nuestra anima antes que se pase el término de su trato. En estos pocos días podemos negociar la vida eterna, no nos contentando con ellos: pues aunque tuviesen verdadera y cierta bienaventuranza, por durar tan poco tiempo, merecen ser en poco tenidos. Ca ninguna cosa

(1) Matth. XVI.

es digna de llamarse grande, si en breve tiempo se acaba: ni se puede decir luengo el tiempo cuyo plazo no puede dejar de llegar. Breve es el contentamiento desta vida, cuyo uso es breve. Antes por solo este respecto se debe anteponer al deleite deste siglo la vida venidera; porque éste es temporal, y aquélla es eterna: y manifiesto es ser mejor gozar de bienes perpetuos que de perecederos. Pero más hay que considerar y que desear. Sola la vida venidera es beatísima, sola es felicísima. Esta presente, así como ligeramente pasa, así en el poco espacio que dura, es llena de miserias y dolores, no solamente de los naturales y forzados, mas de otros muchos que desastradamente acaescen á los mortales. Porque ¿qué cosa hay tan dubdosa, tan infiel, tan mudable tan de vidro, como la vida presente? La cual es llena de trabajos, llena de congojas, llena de peligros, llena de cuidados, afligida con enfermedades, triste con temores, incierta y desasosegada como mar que en todo tiempo hierve con tempestades.

Pues ¿qué razón, ó qué interese puede persuadir al hombre á despreciar los bienes eternos, y seguir los temporales, tan falsos y tan resbaladizos? ¿Por ventura no ves cómo los hombres deste siglo en la tierra donde esperan morar la más parte de su vida, procuran llegar hacienda y acrescientan sus patrimonios: y en la ciudad de donde piensan presto partir, trabajan poco por enriquescer, y en su casa hacen pequeña provisión? Desta manera, pues nosotros conocemos la estrechura del mundo y la ligereza del tiempo y sabemos que los siglos venideros nunca se acaban, y la patria que esperamos es espaciosísima, procuremos arraigarnos en ella, para que vivamos prósperos donde siempre habemos de morar. No pervertamos los cuidados poniendo mayor solicitud en el breve y miserable provecho, y menor en el eterno y verdaderamente bienaventurado. Tanto es cierto lo que digo, que no sé determinar cuál respecto es más eficaz para levantar nuestros corazones á los deseos de la vida del cielo, ó la consideración de los bienes que en ella poseeremos, ó la experiencia de los males que en ésta nos persiguen: porque aquélla nos llama con castos regalos, y ésta nos desecha con perpetuos desabrimientos. Por tanto, pues los mismos males nos enseñan la verdadera prudencia, si la dulzura de los bienes celestiales no nos enamora, á lo menos aborrezcamos la amargura y aflición de los trabajos del siglo. Si no abrazamos los honestos placeres,

huyamos siquiera los crueles tormentos: que los unos y los otros á una juntan sus fuerzas para levantar nuestros corazones á la vida verdadera, por la cual se nos hará dulce cualquier trabajo presente.

Porque si algún hombre rico y poderoso nos llamase prometiéndonos amor y obras de padre, seguirle híamos sin tardanza á tierras extrañas, rompiendo cualesquier dificultades y estorbos del camino. Dios, Señor del universo, cuyos son todos los tesoros, nos llama para nos amar y para nos comunicar (solamente que le aceptemos) el dulce apellido de hijos con que llama á su único engendrado nuestro Señor Jesucristo, ¿y tú emperezas, y no extiendes siquiera la mano con viveza y alegría para recibir dignidad tan gloriosa? Mayormente, pues para alcanzar tan alto estado no has de peregrinar á tierras muy apartadas, ni arriscarte á los peligros del mar: donde quiera y cuando quiera que quisieres, ya eres adoptado. ¿Por ventura por eso seremos más flojos y menos codiciosos de tan grande merced, porque cuanto es mayor que las deste mundo, tanto está más aparejada? Antes por eso nos será más dañosa nuestra cobardía: porque tanto más seremos culpados por desdeñarla, cuanto más fácilmente la pudiéramos alcanzar, si no nos entorpeciera el amor y deleites desta vida. Pues si amas vida, para vida te convido. ¿Con qué razón mejor te persuadiré, que asegurándote lo que deseas? Para darte vida te envía Dios por mí su embajada: no puedes negar que deseas vivir. Pero amonéstote que en lugar de la temporal vida ames la eterna. Porque de otra manera, ¿cómo es verdad que amas la vida, si no deseas que dure lo más que puede durar? Pues lo mesmo que nos agrada siendo perecedero, agrádenos mucho más siendo perpetuo: y lo que tanto estimamos acabándose presto, apreciémoslo más careciendo de fin. Vivamos de manera que no nos sea esta vida impedimento de otra mejor, mas camino y escalera para ella. No sea el principio de la vida contrario á su perfección. Contra toda justicia perjudica á la vida el amor de la vida. De donde no te queda qué responder, ni tienes excusa para no acudir al llamamiento divino, cualquiera afición que á la vida tengas. Porque si la desprecias por sus desgustos, ¿con que causa más justa la aborrecerás, que por amor de otra mejor? Y si la amas, tanto más debes desear que sea perpetua. Pero destos dos afectos más querría que tuvieses el primero: conviene

saber, que según experimentas la vida, así la tengas por molestísima: y según sus miserias, así por ellas la desprecies y aborrezcas. Rómpase ya la cadena tan extendida de los negocios seglares, que asidos unos á otros con mil dificultades hacen una continua fatiga. Rompamos los lazos de los cuidados infructuosos, que anudados unos á otros dilatan nuestras ocupaciones, como si cada hora de nuevo comenzasen. Desatemos las enmarañadas contiendas que traban unas de otras y traen fatigado inútilmente el estudio de los mortales como á quien continuamente tejiese y destejiese una tela: cuya perseverante y forzada atención la vida que de suyo es corta, hace más breve, distrayendo sus corazones unas veces á vanos deleites, otras veces á tristes temores: unas veces á deseos ansiosos, otras veces á medrosas sospechas, y siempre á irremediables fatigas que la edad del hombre hacen breve para la vida y luenga para los dolores. Despidamos el amor del mundo, que en cualquier grado que nos ponga, es peligroso y infiel: porque su alteza es sospechosa, y su bajeza inquieta. Ca el bajo estado es pisado de los mayores, y el alto por sí mesmo desvanecido se cae. Pon al hombre en el lugar que quisieres: no descansará en la cumbre ni en la halda del monte: donde quiera es combatido. El flaco está sujeto á la injuria, el poderoso á la envidia. Pero prosigamos los daños del estado próspero que están más encubiertos, y por eso es más peligroso: que el miserable manifiestas tiene sus dolencias.

II. Dos cosas me parecen las principales que sostienen á los hombres en el amor del siglo y con halagüeña suavidad encantan sus sentidos, y los sacan fuera de sí, y los llevan presos con blanda cadena á los viciosos tormentos: conviene saber, el deleite de las riquezas y la honra de las dignidades. Y llámolas por el nombre que el mundo les puso: como quiera que el primero no es deleite, sino servidumbre; y la segunda no es honra, sino vanidad. Estos dos enemigos se ponen delante los hombres, y juntando y atravesando sus pies, les impiden el paso de la virtud; y con sus infernales vahos inficionan los pechos de los humanos, y con ponzoñosos ungüentos recrean las ánimas llagadas y cansadas de los trabajos de su naturaleza. Porque (hablando primero de las riquezas) ¿qué cosa hay más perjudicial? ¿Por ventura no son causa á sus poseedores de muchas injusticias, como uno de los nuestros dijo? ¿Qué son las riquezas sino prenda para recibir

injurias? ¿Por ventura no están llamando los grandes tesoros á los robadores y homicidas, convidándolos con el premio de su osadía? ¿Por ventura no amenazan á sus señores de privanzas y destierros? Pero disimulemos que esto pueda acaescer. Acabada la vida del hombre, ¿qué prestarán las riquezas, á dónde irán? Que ciertos somos que no caminarán con sus amadores. Atesora el hombre, dice el Psalmista (1), y no sabe para quién allega su tesoro. Y si quieres, esperemos: y sea así, que te suceda en ellas quien tú deseas. ¡Cuántas veces los herederos destruyeron las casas de sus antepasados! Y las riquezas con grande afán ayuntadas ¡cuántas veces fueron desperdiciadas, ó por el hijo mal enseñado, ó por el yerno mal escogido! ¿Pues donde está el deleite de las riquezas, cuya posesión es llena de cuidadosos trabajos, cuya sucesión es tan dudosa? ¿Dónde corres fuera de la carrera, desenfrenado amor de los hombres? Sabes amar lo que tienes, ¿y á ti no te sabes amar? Fuera de ti está lo que amas: extraño es lo que te deleita. Vuelve, vuelve sobre ti: ámate siquiera como amas tus cosas. Sin dubda te pesaría si tus compañeros amasen más tu hacienda que tu persona, y si pusiesen más los ojos en el resplandor de tus riquezas que en tu salud. Querrías que tu amigo fuese leal á tu vida, más que codicioso de tus tesoros. Pues ¿porqué lo que á otros pides, niegas á ti mesmo? ¿Quién es al hombre más obligado, que él á sí mesmo? Guardemos la fe y amor que á nosotros mesmos debemos; nuestras cosas no nos merecen. No digo más acerca de las riquezas.

De las honras diré que no me podrás negar que no se podrá llamar dignidad aquello que los buenos comúnmente con los malos poseen: ni hace glorioso triunfo á los vencedores esforzados la corona con que también se coronan los cobardes. Confusión es, no dignidad, la que envuelve á los dignos con los indignos, y á los virtuosos (que de derecho han de ser superiores) iguala con los viciosos. Y es mucho de maravillar que en ningún estado se disciernen menos los buenos de los malos que en la pompa. Dime, yo te ruego: ¿no es más honrado quien desecha tal honra, á quien sus proprias virtudes ensalzan, y el fausto no ensoberbece? Y (si más quieres que te diga) sean las honras cuales el mundo las juzga: ¡cuán ligeramente vuelan! ¡cuán presto desapa-

(1) Psalm. XXXVIII.

recen! Vimos en nuestros días muchos varones honrados, puestos en el cuerno de la luna, que dilataban su patrimonio por la redondez de la tierra, cuyas venturas vencían á su codicia, y su prosperidad pasaba delante de sus deseos. Mas ¿por qué hago caso de particulares estados? Vimos reyes gloriosos, cuyo imperio de muchos era temido, cuyas púrpuras resplandecían con piedras preciosas, cuyas ricas diademas hermoseaban flores y ramos de oro labrados, cuyos reales palacios adornaban suntuosas tapicerías y los costosos enmaderamientos con artesones dorados: y (lo que más es) sus voluntades eran derecho de los pueblos, y sus palabras se llamaban leyes comunes. Pero ¿quién, por más que se empine, puede subir sobre la medida de los mortales? Vemos agora que aquel su fastuoso orgullo en ninguna parte se halla, y sus inestimables pesos de oro se hundieron con sus señores. En nuestros tiempos son fábula las historias de muchos ínclitos reinos. Todas aquellas cosas que entonces se tenían por grandes, ya agora son vueltas en nada: que ni en la tierra las conocemos, ni pienso, antes sé cierto que allá donde ellos están no las gozan, si con ellas no ganaron alguna sustancia de virtud. Porque sola ésta los podría seguir, partiendo de aquí faltos de otro socorro: sola esta fiel amiga los acompañaría cuando caminasen desamparados de todos sus bienes. Éste es el mantenimiento con que agora serán sustentados: ésta es la excelencia con que agora serán sublimados. No pierden los sabios y virtuosos las honras temporales y posesiones terrenas: mas truécanlas por la celestial gloria y infinito tesoro. Por tanto, si codiciamos valer, si anhelamos á honras, escojamos las verdaderas honras y verdaderas riquezas. Allí queramos ser honrados y ricos, donde hay desengañada discreción de males y bienes, y donde el bien no tiene mezcla de mal, y donde lo que de una vez se alcanza, siempre se posee, y lo que una vez se gana, nunca jamás se pierde.

Mas porque arriba dijimos que los bienes desta vida con la muerte se pierden, veamos si por ventura tenemos algún tiempo seguro, ó si conviene que estemos en continuo sobresalto. Ninguna cosa ven los hombres más á menudo que morir, y de ninguna cosa más se olvidan que de la muerte. Pasa el humano linaje de generación en generación arrebatadamente, hasta que toda la sucesión de los hombres se acabe según la ley de los siglos. Nuestros padres fueron delante, y nosotros los seguimos de priesa:

y así corre todo el número de los hombres como arroyo de agua que desciende de los montes, ó como las ondas del mar, que se deshacen llegando á la costa, mientras otras se levantan. Así nuestras edades se acaban llegando á su término, y comienzan otras, que también á su tiempo fenescerán. Suene, pues, continuamente en nuestras orejas el ruido desta corriente, y el ímpetu destas olas de día y de noche despierte nuestra memoria. Nunca perdamos de vista la mutabilidad de nuestro estado. El fin necesario de nuestra vida tengámosle por presente, pues tanto más cerca le tenemos, cuanto mas se ha detenido. El día que no sabemos si está lejos, tengámosle por vecino. Apercibámonos para la partida con tales propósitos y meditaciones, que temiendo la muerte antes que venga, no la temamos cuando viniere. Bienaventurados los seguidores de Cristo, á quien no fatiga el recelo de morir, y con quietud y conveniente aparejo esperan su último día, en el cual desean y confían ser sueltos y estar con su amado: porque los tales tendrán por mejor acabar hoy antes que mañana, pues pasan de la vida temporal á la que permanece para siempre. Muchos son los que esto entienden, y pocos los que lo consideran: mas donde se trata de vida, no sigamos la compañía de los negligentes, ni en negocio tan importante imitemos los yerros ajenos con daño de nuestra salud. Porque en el juicio divino no nos excusará la muchedumbre de los engañados, cuando particularmente será cada uno examinado, y según sus proprios méritos será condenado ó absuelto, sin hacer cuenta del otro pueblo. Cesen, pues, cesen los vanos consuelos que nos hacen no sentir nuestros daños. Porque mejor será perpetuar nuestra vida con los pocos, que perderla con los innumerables. Muy ciego y desvariado es por cierto el que disimula su pérdida por seguir á quien después no le puede remediar. Por tanto no nos lleve al descuido de los pecados el ejemplo de los pecadores, ni tenga en nosotros autoridad la prudencia de los locos que no miran lo que les conviene. Antes yo te ruego que las obras de los tales hombres las mires como á borrón y no como á dechado.

III. Y si quieres remedar algún dechado, puesto que en comparación de los errados hallarás pocos, pero algunos hay á quien atiendas, cuyo ejemplo te sea saludable. Aquéllos mira con atención, que diligentemente consideran para qué nacieron, y mientras viven tratan con prudente estudio los negocios de su vida, y

con provechosos trabajos de virtuosas obras labran y siembran en la tierra para coger el fruto en el cielo: de que no solamente tienes muchos ejemplos, mas magníficos. Porque ya (loores á Dios) vemos que la nobleza del mundo, las honras, las dignidades, la sabiduría y los ingenios, la facundia y las letras se pasan cada día á los reales de la fe y á la escuela de Cristo. Ya vemos que la alteza empinada del siglo abaja su cuello, y con devoción toma sobre su cerviz el suave yugo del Señor. ¿Cómo podría (si no fuese menester luengo tratado) contar por sus nombres á muchos varones ilustres que siguieron y agora siguen esta vereda estrecha y familiar conversación en que Dios se honra y se sirve? Mas por no dejar á todos, referiré algunos de muchos que callo. Clemente, del antiguo linaje de los senadores y del mesmo tronco de los Césares, dotado de todas sciencias y florido con las artes liberales, anduvo este camino de los justos: y tanto en él aprovechó, que mereció ser sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Gregorio, obispo de Ponto, primor de la filosofía y primor de la elocuencia, por este ejercicio se hizo más resplandeciente, no sólo en santidad, mas en obras maravillosas. Porque dél cuentan las historias, entre otras muestras de su merecimiento, que por sus oraciones pasó un grande monte de un lugar á otro, para dar sitio á un templo que los fieles querían edificar en una sierra donde estaban escondidos por la persecución de la Iglesia: y secó una laguna de agua para pacificar los que peleaban sobre la repartición de sus peces. Otro sancto del mesmo nombre Gregorio, muy enseñado en las sciencias humanas, las despreció por el amor desta celestial filosofía: de quien no callaré lo que dél se escribe, porque también hace á nuestro propósito. A Basilio su compañero en los estudios seglares sacó por la mano de la escuela donde enseñaba retórica, diciendo así: Deja ya esa vanidad, y entiende en tu salvación. Y no lo dijo á sordo, que luego le siguió: y ambos fueron obispos de gloriosa memoria, y ambos dejaron á la Iglesia católica en libros que escribieron, claros testimonios de su fe y santidad y de subidos ingenios. Paulino, obispo de Nola, resplandor de nuestra Francia, despreciadas grandes dignidades del siglo y muy copiosas riquezas, y con ellas el frescor de la elocuencia, se pasó á este ejercicio y instituto de vida: en el cual floreció tanto, que en todas las partes del mundo se goza su fruto. ¿Qué diré de Hilario, que pocos días ha fué obispo en Italia, y de Petronio, los cuales

ambos descendieron de insignes y antiguas familias? ¿Por ventura no antepusieron á su estado, el uno la religión y el otro el sacerdocio? ¡ Oh, cuándo acabaré de referir con otros muchos que dejo, á Firmiano, Minucio, Cipriano, Evagrio, Crisóstomo, Ambrosio! Parece que todos platicaron juntamente lo que á otro su semejante fué aguda espuela para sacarle del siglo á esta dichosa vida. Levántanse los indoctos, y arrebátannos el cielo, y nosotros con nuestras doctrinas revolvémonos en la carne y la sangre. Trataron esto entre sí, y porque despreciaron lo que era poco, fueron enriquecidos con lo mucho en el gozo de su Señor. Pues aun no he contado sino una pequeña parte de los que desecharon particulares honras y estados, y la flor de la elocuencia, ó la gravedad de la filosofía. Mas ¿porqué no tocaré á los mesmos reyes y cabezas del mundo, aunque no para contar á todos los que de nuestra religión y fe fueron amadores y discretos apreciadores de su real dignidad? Y no callaré los del tiempo antiguo, David, Josías y Ezechías, á cuyas venerables historias te remito. Porque de nuestros tiempos no faltan ejemplos recientes de príncipes que familiarmente se juntan al Rey verdadero, y loan y sirven con maravillosa devoción al Señor soberano, Rey de los Reyes, engrandesciendo sola su majestad así hombres como mujeres. Por ventura las labores destos dechados te contentarán más, y por ser de tu edad moverán más tu afición á procurar la vida verdadera que ellos procuran.

Y si quieres pasar adelante y poner los ojos en otras muestras de ajena naturaleza, mira los días y los años, el sol, la luna y todas las lumbreras del cielo, cómo cumplen sin cansarse las palabras y mandamientos divinos, y sirven con sus movimientos á su sapientísima ordenación, sin traspasar un punto sus leyes. ¿Por ventura nosotros (para cuyo uso todas estas cosas fueron criadas y puestas delante de nuestros sentidos, que sabemos la fábrica de los cielos, y no ignoramos la intención de su Criador, que para nuestro aviso así lo dispuso) cerraremos las orejas á sus mandamientos? Grande vergüenza es que oyendo las criaturas insensibles, dadas para ayuda de los hombres, una sola palabra de Dios en principio de su creación, de lo que habían de hacer en todos los siglos venideros, nunca della se olvidan, ni jamás le desobedecen: y nosotros, para quien tantos volúmines de libros de Escritura sagrada son escritos, y tan repetidas leyes son es-

tablescidas (que es singular privilegio de los hombres) no obedezcamos á nuestro Hacedor, siquiera guiados por las cosas que fueron hechas para nuestro servicio: mayormente siendo grande desvarío atreverse el hombre á desobedecer á su Dios, sabiendo que aunque no ame á su bienhechor, no se librará por eso de las manos del Señor. Porque ¿dónde se esconderán los que huyen de Dios? ¿Dónde me esconderé de tu espíritu, decía David (1), ó dónde huiré, que no vea tu cara? Si al cielo subiere, tú estás allí: si descendiere al infierno, allí estás presente: si volare tan ligero como paloma, y pasare allende la mar, allí me prenderá y traerá tu mano derecha. Así que, quieran ó no quieran, los que con la voluntad se apartan del universal Señor, por derecho y con ejecución caerán en sus manos. Ellos están lejos de Él con sus aficiones: mas Él está sobre ellos con su poder. Y con grande desatino paréceles que huyen y escapan de su jurisdición, y están encerrados en ella: van fuera con sus imaginaciones, y quedan dentro de su tribunal. Porque si tiene derecho el hombre para seguir su esclavo fugitivo y reducirle á servidumbre, ¿no guardará asimesmo este derecho el Señor de los señores, á quien por sí solo pertenece legítimo señorío sobre todos los mortales? ¿Por qué no hará justicia por sí como hace por otros el justo Juez?

IV. Pero no solamente han de inclinar nuestros afectos las cosas que vemos: también tenemos orejas con que oyamos las promesas divinas, que no tienen menor fuerza para incitar nuestros corazones. Consideremos con atención y diligencia lo que se nos enseña, y con firme crédito y entrañables deseos esperemos lo que se nos promete. El Hacedor de todas las cosas que vemos, nos da fe de las que no vemos. Y si los ojos ejercitamos sabia y provechosamente: si la admiración que nos causa la máquina del mundo, enderezamos al conocimiento de su autor, y por esta vía contemplamos cuán resplandesciente luz se representará á nuestros ojos en la ciudad celestial, pues en la tierra vil una pequeña centella reverbera nuestra vista: si conjecturamos cuán deleitable hermosura tendrán las cosas eternas, pues tanta belleza tienen las perecederas, los mesmos sentidos corporales nos levantarán poderosamente á la codicia de los bienes que no sentimos. Pues no usemos de los sentidos de nuestra car-

(1) Psalm. CXXXVI,

ne en solos sus bajos oficios: sírvannos ordenadamente para ambas vidas. Y de tal manera nos aprovechen en la vida temporal, que no nos sean impedimento, mas ayuda para la que esperamos, que es eterna. Y si nos lleva para sí el amor y deleite de las criaturas (porque en la verdad es muy poderoso para alterar los corazones humanos) el bien eterno y soberano, clarísimo y deleitabilísimo, ése es el que tiene no sólo razón para ser amado, mas causa suficientísima para que solo sea amado. Éste es nuestro Dios, á quien no podemos tanto amar, que más no debamos. Y así se hace (lo que arriba dije de las honras) que en lugar de los deleites mundanos suceden á los buenos más entrañables y más justas deleitaciones. Por tanto, si te aficionaba la grandeza del mundo, ninguna cosa hay más magnífica que Dios. Si alguna cosa en el siglo te parecía digna de gloria, ninguna es más gloriosa. Si te ibas en pos del resplandor de las cosas claras, ninguna hay más resplandesciente. Si te enamoraban las cosas bellas, ninguna hay tan hermosa. Si en algo creías hallar verdad, ninguna cosa hay más fiel ni más verdadera. Si en alguno esperabas hallar liberalidad, ninguno hay más magnífico. Maravillábaste de lo que es puro y sencillo: ninguna cosa hay más pura y más sincera que su bondad. Codiciabas abundancia de bienes: ninguno tiene riquezas más copiosas. Amabas á quien tenías por fiel: ninguno hay más leal y guardador de su palabra. Buscabas lo que te es provechoso: ninguna cosa hay más útil que su amor. Alguno te contentaba porque veías en él gran verdad con llaneza: ninguno hay más severo ni más blando. En las adversidades querrías hallar benignidad en tus amigos, y en las prosperidades placer: de Él solo puedes haber único consuelo en las tribulaciones y gozo en la sanidad. Agora dime si es justo que Aquél en quien tienes todas las cosas, ames sobre todas ellas, y que sobre todos los bienes estimes Aquél en quien están todos los bienes: y no solamente los soberanos y divinos, mas aun esos temporales (de que los hombres usan mal) de Él mesmo los tienen.

Pues así es, el amor que hasta aquí ha sido mal repartido, todo junto le entrega al servicio de Dios. Y la casta caridad que en pos de las sensuales aficiones erraba, de aquí adelante se ocupe en solos ejercicios sagrados. Y el corazón que devaneaba con diversas opiniones, sea castigado con el freno de la verdadera sabiduría: mayormente, pues cuanto amas y cuanto sabes, todo es de

Dios. Suyo es, aunque tú no le ames. Porque es Él tan grande y tan universal Señor, que los que no le aman, aunque no quieran, han de amar lo que es suyo. Pero considere quien tiene juicio sano, si es cosa razonable que despreciado el Hacedor de las cosas, se amen sus hechuras, y que corra el hombre á diestro y á siniestro á todas partes en pos de las criaturas contra la voluntad de quien las crió, habiéndolas criado para que por el uso dellas camine para Él nuestro corazón. Mas el hombre de trastornado entendimiento convierte sus amores y deseos á las criaturas viles, y desordenando su mesma inclinación, engrandesce el arte menospreciando al artífice, y ama la imagen hermosa y desama á su pintor, de cuya universal bondad arriba dijimos. Mas ¿qué dijimos? ó ¿qué se puede decir de tan grande tesoro de bondad? ó ¿cuándo podrá algún hombre ó ángel igualar con palabras á la alteza de tan profundo misterio?

De donde ya no te quiero decir que amar á Dios es deleitable, mas que es necesario: pues allende la obligación que tenemos de amarle por quien Él es, necesariamente amamos sus cosas: y así como no podemos amarle cuanto Él es digno, así tampoco basta nuestro amor para recompensar los bienes que dél recebimos. Por lo cual asimesmo es grande injusticia no amar siquiera á quien aun amándole no le podemos satisfacer. Injustísima cosa es no querer servir lo poco que puedes á quien no puedes servir cuanto eres obligado. ¿Qué volveré al Señor, decía David (1), por todos los bienes que me ha dado? ¿Que le pagaremos siquiera por esto solo, que en tan fáciles cosas puso el principio de nuestra salvación, y abrió puerta á todos los moradores de la tierra para darles la heredad del cielo, sin despreciar ó desechar alguna nación, ó tierra, ó isla apartada? ¿Porqué piensas tú que por otra razón la posesión de toda la tierra, las naciones y reinos de la tierra vinieron á la sujeción de los Romanos, y la mayor parte del mundo se hizo un pueblo, sino para que más fácilmente por todo el mundo penetrase la fe, y para que como el mantenimiento ó la medicina se derrama por todo el cuerpo, así la fe infundida en la cabeza de las gentes se comunicase por todos los miembros? Porque de otra manera no corriera tan diligentemente por tan apartadas gentes y provincias di-

(1) Psalm. CXV.

ferentes en costumbres y lenguas, ni pasara tan adelante y con tanta presteza, si á cada lugar tuviera nuevo estropiezo y contradición. Por esto el apóstol Sant Pablo dice que la fe de los Romanos se anunciaba por el universo mundo: y por la mesma razón tuvo él libertad para discurrir predicando el Evangelio dende Hierusalem hasta el Ilírico. Lo cual ¿cómo pudiera si no estuvieran juntas debajo de un señorío la multitud innumerable de regiones y ciudades, y se domesticara la fiereza de las bárbaras naciones? Así se cumplió lo que agora vemos cumplido, que dende el Oriente hasta el Poniente, dende el Setentrión hasta el Mediodía, por todos los lados del mundo suenen los loores de Cristo, aceptando su fe el Tracense, el Africano, el Siro, el Español. Lo cual misteriosamente se significó y se comenzó á ejecutar cuando en tiempo de la República Romana, teniendo el sceptro de todo el mundo el emperador Octaviano, descendió Dios á la tierra. Para cuya venida y próspera dilatación de su nombre se proveyó, y fundó, y acrescentó en diversos tiempos la policía de los Romanos, así en tiempo del mando de los antiguos Reyes como en el de la gobernación de los cónsules, según podrá claramente mostrar con mediano ingenio cualquiera que afirmarlo quisiere. Y tú mejor lo puedes conocer, pues te son familiares las historias de tu nación. Por tanto, dejado esto, vuelvo al propósito que dende el principio pretendí. No queráis amar al mundo, ni las cosas que en el mundo están, dice el discípulo amado del Señor (1). Y con razón, porque todas las cosas mundanas engañan nuestros ojos con afeites y colores postizos. Pues así es, la virtud de los ojos que se nos dió para gozar de la luz, no se debe aplicar al error, y la que para el uso de la vida fué dada, no nos sea causa de muerte. Los deseos de la carne (dice el apóstol S. Pedro) pelean contra nuestra ánima, y siempre están en frontera contra el espíritu. Y (como se acostumbra entre los reales de los enemigos) tanto más la carne se esfuerza, cuanto el espíritu más se enflaquesce.

V. Mas hasta agora, ilustre Valeriano, yo he tratado de los halagüeños deleites de las riquezas y de las fingidas y falsamente estimadas honras, como si el mundo estuviese en su vigor y fuerza para engañarnos. Pues ¿cuánto más se podrá argüir el embai-

(1) I Joan. II.

miento de los hombres, cuando ya el resplandor del mundo (que antes con sus relámpagos deslumbraba los mundanos, y con cara llena de risa y adulterinos atavíos requería sus ánimas, mostrando falsos amores) ya, ya se ha escurecido y descubre claramente su fealdad y mentiras? Vuelto se ha en negrura aquel hermoso rostro con que trasportaba los sentidos de los hombres. Primero nos quería engañar con imágines sofísticamente compuestas, y aun con quien tenía mejor seso no podía: agora los tiempos están así mudados, que todos cuantos quisieren, conocerán sus embustes. Primero carecía de bienes ciertos: agora carece aun de los aparentes. Apenas tiene ya colores con que se afeite. Ya no está adornado de tiernas flores: ¡cuánto menos tendrá fruto que permanezca! Si nosotros no nos enredamos, ya el mundo no tiene lazos con que nos ate. ¿Y para qué tardamos de decir lo que es, más fuerte? Decimos que perecieron las prosperidades del mundo y que se envanecieron sus pompas. El mundo todo perece y casi da los postreros anhélitos: ¿para qué nos trabajamos por mostrar que todo su valor y contentamiento se acaba, pues vemos claramente que él mesmo se acaba? Ca no le faltan sus bienes y fuerzas antes de tiempo, porque su vejez trae consigo su flaqueza. La edad postrera del mundo está llena de males, como la del hombre es seguida de dolencias. Visto habemos, y cada día nos pasan delante los ojos en estas canas del mundo, hambres, pestilencias, desventuras, guerras, temblores de tierra, desorden de los temporales, monstruosos partos de animales. Pues ¿qué es esto, sino pronósticos del remate del siglo, que se cansa corriendo y casi ya desfallece? Lo cual no afirman sólo nuestras flacas palabras, mas la autoridad apostólica lo confirma, donde leemos (1): Nosotros somos en quien ya llegaron los postreros fines del siglo. Y pues ya ha muchos años que esto se dijo, nosotros ¿qué confianza tenemos? Llégase de priesa el día postrero, no digo el nuestro, mas el de todo el mundo. Cada hora nos amenaza la muerte, así de nuestro cuerpo como la de todo el linaje humano, por los particulares peligros y por los generales en que cada día caemos. Carga sobre mí, hombre desventurado, el temor de la muerte del siglo: como si no bastase para hacerme miserable el miedo de la mía. ¿Porqué disimulamos nuestros espantos? No

(1) II Cor. X.

podemos estar seguros, pues ni de nuestra singular muerte podemos escapar, ni de la común. Por lo cual ciertamente es mal afortunada la condición de los hombres mundanos, y más agora en la despedida del mundo y en el desfallecimiento de todas las cosas, que de las presentes no pueden gozar, porque perecen: ni se recrean con la esperanza de las venideras, porque no las merecen. El deleite de la vida pasa como sombra, que no se puede tener pasando su cuerpo: y la venidera que es perpetua, no tiene por qué confíen alcanzarla: ni se aprovechan de los bienes temporales, ni gozarán de los eternos. Aquí tienen poco de posesión: para lo celestial no tienen título. Por cierto es desventurado y mucho de doler tal estado, si no hace el hombre de esta cruel necesidad provechosa virtud, mudando la afición y enderezando sus caminos al bien soberano. Porque de otra manera los intereses desta vida están así destruídos, que quien no busca el bien eterno, ambos los pierde. Y puesto que algo se pudiesen gozar en esta vida y algo valiesen, como á sus seguidores parece, más es de estimar la esperanza cierta de los grandes bienes, que la posesión de los pequeños. como te mostraré por este ejemplo. Si á un hombre prometiese un grande señor de darle (á su escogimiento) ó en este día cinco monedas, ó mañana quinientas, ó en este día un vaso de cobre, ó mañana un joyel de oro, escogería ciertamente este hombre lo más precioso, aunque fuese con pequeña tardanza. Pues desta manera considerando tú la brevedad desta vida, no te contentes con lo vil, pudiendo esperar lo muy valeroso. Ca el mundo no tiene más que dar de lo que vemos y recebimos: y por eso no se ha de esperar de él otra cosa de mayor precio: pues lo que poseemos, ya no lo esperamos. Á los bienes venideros se han de pasar todas las esperanzas del siglo, pues en lo temporal no hay más que esperar y (según arriba mostré) vale más la esperanza de las cosas celestiales, que la posesión de las terrenas. Y quien lo contrario siente, no tiene sano juicio de los bienes del mundo, porque los trae tanto sobre los ojos, que no los ve, como claramente experimentamos si alguna cosa pegamos con la niña del ojo, que no la podemos ver: la cual apartada á distancia conveniente vemos distintamente. Así acaesce en la estima de los bienes mundanos, que por traerlos tan dentro de nos, agravan nuestro entendimiento, y no los conocemos: y de los celestiales, que están apartados, juzgamos con

más clara vista. Y la esperanza que te he dicho de los bienes venideros, no es vana, pues nuestro Señor Jesucristo, asaz abonado prometedor, nos la certificó: el cual prometió á los pobres renunciadores del mundo el reino de los cielos y copiosísimos premios de la eternidad. Y para entera seguridad, en su persona vino á tratar con nosotros por el inefable sacramento de la humana naturaleza que juntó con la suya divina, restituyéndonos á la amistad del Padre, haciéndose medianero entre Dios y los hombres, como particionero de ambas naturalezas, y libró todo el mundo por el alto misterio nunca enteramente conocido de su pasión, de la grande deuda á que estaba obligado. Y como el Apóstol dice, fué manifiesta su encarnación por el Espíritu Sancto, por cuya virtud fué concebido, descubrióse á los ángeles, predicóse á las gentes, creyóla el mundo y así fué colocada en su gloria. Donde tanto le ensalzó su Eterno Padre, y le dió nombre sobre todo nombre, que todas las criaturas cuantas hay en el cielo y en la tierra, en la mar y en los abismos, confiesan que nuestro Señor Jesucristo es rey y Dios antes de todos los siglos.

VI. Y si quieres desto gozar, deja la doctrina de los filósofos, en que empleas tus estudios y lición, y ocupa tus buenas horas y espíritu en la doctrina de Cristo. En la cual tampoco te faltará campo para dilatar tu ingenio. Antes tengo por averiguado que en gustándola conoceras cuánto se deba anteponer la sciencia de piedad y amor divino á los preceptos de los filósofos. Porque en las sentencias de aquéllos se halla la virtud solamente contrahecha, y la sabiduría solamente debujada: y en esta nuestra disciplina se enseña la perfecta justicia y maciza verdad. Tanto que con razón afirmaré que ellos usurparon el nombre de filósofos, y nosotros abrazamos la vida. Dime, yo te ruego: ¿cuáles preceptos pueden dar de vivir los que no conocen al autor de la vida? Los que á Dios ignoran y tropiezan luego en el umbral de la justicia, ¿cómo llevarán á otros por la mano á la verdadera virtud? Porque necesariamente errando en el principio, siempre irán descaminados, y en vano correrán adelante. Y así parece ello ser. Porque los que entre ellos determinan las más honestas reglas de costumbres, no pretenden sino vanidad y arrogancia: y por ésta trabajan de manera que en abstenerse de vicios no carecen de vicio. Éstos son de quien se escribe que saben las cosas te-

rrenas: porque de la tierra y de los gustos della tratan, y ésta desean. Pues pretendiendo este fin, manifiesto es que no poseerán la verdadera sabiduría ni la verdadera virtud. ¿Por ventura algún discípulo de Aristipo podrá enseñar la verdad, cuyo entendimiento no mira más á lo alto que los ojos de los puercos, constituyendo la felicidad del hombre en los deleites del cuerpo, y haciendo su Dios á su vientre, y su gloria á sus miembros deshonestos? ¿Este tal juzgará alguna cosa justa y honesta, por cuya filosofía el glotón, el pródigo, el fornicario y el amontonador de dinero son beatificados? Pero contra los tales otro lugar habrá de disputar.

Vengamos á las sentencias de los más justificados, y que á ti más contentan: porque deseo que dejes aun aquellas generales amonestaciones determinadas por sola humana sciencia, y conviertas tus estudios á las escrituras de los nuestros, adornadas y fortalecidas del espíritu, en las cuales hallarás con que hartes tu pecho de las razones y doctrina con que ellos solamente te untan los labios: de las cuales algunas referiré. En las escrituras de los nuestros, para hacerte dar fe á los prometimientos divinos, hallarás lo que allá ves, aunque no por las mesmas letras, mas la mesma sentencia. Las palabras de Dios quien no las cree no las entiende. En ellas serás amonestado que si á Dios conoces por señor, le has de temer, y si le conoces por padre, le has de amar. Allí aprenderás cuáles sacrificios son agradables á Dios. Ca verdaderos sacrificios son justicia y misericordia. Allí te amonestarán: Si te amas, ama á tu prójimo: porque en ninguna cosa hallarás más tu provecho, que en el bien que á tu prójimo hicieres: y entenderás que ninguna cosa hay tan justa, que justifique dañar injuriosamente á otro hombre. Allí contra la deshonestidad hallarás este aviso: Resiste á la lujuria, que después que te venciere y hubiere injuriado tu carne, escarnecerá de ti. Y para que no codicies demasiadas riquezas, hallarás: Más bienaventurado es el que no desea lo que no tiene, que el que tiene lo que desea. Y para que refrenes la ira, te dirán cuán importuna señora es. Porque quien por cualquiera ocasión se enoja, siempre se enojaría si siempre se le ofreciese ocasión. Y para que ames á tus enemigos, serás amonestado: Ama á quien te desama, si quieres hacer más que los malos: porque aquéllos aman á quien bien les quiere. Y para ayudar con tus bienes á los pobres, hallarás: Aquél guarda bien su tesoro, que le partió con los

pobres: ya no le podrá perder, porque dándole le aseguró. Y para más perfecta justicia hallarás: Del fiel matrimonio el fruto es la continencia. Allí entenderás la razón por que los desastres del mundo son comunes á los buenos y á los malos: y conocerás que mayor miseria es enfermar el alma con vicios, que la carne con dolencias. Y para amonestarte paciencia leerás: Á los impacientes la semejanza de costumbres (que suele ser causa de amistad) es ocasión de discordia. Y para que no remedes á los viciosos, hallarás escrito: Al hombre prudente avisan los buenos y los malos: los unos lo que ha de abrazar, los otros lo que ha de huir. Y para que consideres y agradezcas la bondad del Señor, que usa con los hombres, hallarás que muchos bienes recebimos sin que los conozcamos: donde parece que no nos ama más en público que en escondido, y que debes dar no menos gracias á Dios en la adversidad que en la prosperidad, y conocer que lo adverso te viene justamente, y lo próspero no mereces. Allí conocerás cómo á todas las cosas se extiende la Providencia divina, y que ninguna cosa hace el hombre por hado, mas por propria voluntad. Por lo cual aun las leyes humanas castigan á los delincuentes y galardonan los virtuosos. Lo cual mucho más justamente hará Dios, si no agora, á lo menos en su último juicio. Y por no conocer esto los ignorantes, tienen por injusta la Providencia divina, que permite que los malos en esta vida sean prosperados y los buenos afligidos. Aparte Dios de nosotros tal pensamiento. Y para que perseveremos en temor de Dios, te amonestarán: Lo que no quieres que vean los hombres, no lo hagas: y lo que no quieres que vea Dios, no lo pienses. Y contra toda injusticia hallarás quien afirma: Mayor miseria del hombre es engañar á otro, que ser engañado. Y contra la soberbia hallarás avisado: Tanto más huye la vanagloria, cuanto más aprovechares en virtud: porque todos los vicios crecen con otros vicios: sola la soberbia se cría con buenas obras. Estas y otras sentencias filosofales hallarás mucho mejor enseñadas por los nuestros, allende de su singular y provechosa doctrina, con otros más perfectos grados de virtud. Y si después llegares á beber de la fuente de la Escritura divina, allí convendrá más escudriñar y maravillarte de lo interior que de lo que suena de fuera. Porque la Escritura sagrada de tal manera resplandesce á los ojos, que con sus clarísimos rayos, como preciosísimo carbúnculo, reverbera la vis-

ta de los que la miran. Á esta maravillosa luz debes hacer familiar tu ingenio, y con este saludable manjar mata la hambre de tu ánima.

Lo cual por la misericordia del Señor espero ver cumplido, y que despreciados tus acostumbrados ejercicios, y amando los nuestros, tengas aborrecimiento á la vanidad y codicies el tuétano de la virtud. Porque imprudentísimo es el que por bien de su ánima no se esfuerza á buenos ejercicios, aunque le sean trabajosos: habiendo hecho el Señor por ella mesma tantas obras: y que procurando el Señor tan cuidadosamente los provechos del hombre, esté él holgazán y perezoso en lo que tanto importa. Y ciertamente lo que más nos cumple, es que restituyamos á nosotros mesmos al servicio y honra de Dios, y pretendamos la verdadera bienaventuranza, despreciadas las que llaman buenas venturas del siglo: y que pisando las cosas terrenas, nos levantemos con ardientes deseos á las celestiales. Ea, pues, de aquí adelante todas tus obras y palabras endereza á tu Dios. Haz que en todas tus obras sea siempre tu compañera la inocencia, y ella será tu fiel guardadora. Y no temas las redes de la mala costumbre pasada: presto con la ayuda de Dios y con buenos ejercicios te desenvolverás de sus lazos: entrégate á tal médico que te cure, que juntamente puede dar la complexión y disposición para alcanzar la salud que has menester. Y (lo que es suma misericordia) darte ha después el mesmo Señor el galardón de lo que por su virtud hubieres obrado.

Digo el galardón de la vida eterna, cuya excelencia no puede agora el ánima comprehender: ni el juicio humano puede estimar la grandeza de los bienes que nos están aparejados. Porque si la Divina magnificencia concedió en esta vida á todos los hombres el uso de la luz tan amable: si al bueno y al malo es lícito mirar al sol, y á todos indiferentemente sirven las criaturas, y de los justos y de los injustos es común la posesión deste mundo: finalmente, si tan excelentes dones da Dios á los virtuosos y á los viciosos, ¿cuáles mercedes creeremos que tiene guardadas para solos los virtuosos? Consideremos: quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿cuánto mayores pagará á quien los hubiere merecido? Quien tan liberal es en las mercedes, ¿cuánto más lo será en pagar las deudas? Si tan inestimable es la largueza del que da, ¿cuánta será la magnificencia del que restituye?

No se pueden decir los bienes que tiene Dios aparejados para los que le aman, ni comprehender la gloria que dará á los bien agradecidos, pues tales cosas dió aun á los ingratos.

Pues ya levanta los ojos, y del piélago de los negocios en que estás engolfado, mira á la playa de nuestra profesión, y endereza á ella la proa. Solo este puerto hay á que te acojas de las peligrosas ondas del siglo y donde descanses de las continuas tormentas del mundo. Á este conviene que gobiernen los que son fatigados de las tempestades del bravo mar. Aquí no se oyen los espantables bramidos del agua, ni sus olas levantadas llegan á este seno: mas siempre se halla en él tiempo sereno y quieta bonanza. Cuando á este puerto llegares después de los baldios trabajos pasados, echa el áncora de la esperanza, coge la vela en la antena puesta en la figura de la cruz del Señor, y respira seguro. Pero ya la justa medida de epístola demanda el fin desta carta. Recibe esta suma de celestiales preceptos y manojo de mandamientos divinos apretados en breve doctrina á gloria del mesmo Señor, y de lo que hubiere errado me perdona.

FIN DE LA CARTA DE EUQUERIO.

TABLA

DE LO CONTENIDO EN ESTE LIBRO DICHO

GUÍA DE PECADORES

Páginas

TABLA DE LO CONTENIDO EN LA SEGUNDA PARTE

DEL LIBRO PRIMERO

Páginas

TABLA DE LO CONTENIDO EN LA TERCERA PARTE

DEL LIBRO PRIMERO

TABLA DE LO CONTENIDO EN EL LIBRO SEGUNDO

TABLA DE LO CONTENIDO EN LA SEGUNDA PARTE
DEL LIBRO SEGUNDO

Páginas

FIN DE LA TABLA

ERRATAS DE ESTE TOMO

Página	Linea	Dice	Debe decir
5	25	largo tiempo	largos tiempos
16	23	pueden	puede
28	18	principio	el principio
31	32	el mismo	al mismo
83	5	á la virtud	de la virtud
191	3	de que tal	que de tal
191	8	sino de su	sino su
197	25	de vida	de la vida
268	3	veas	veas tú
335	11	Y no no, son	Y no son
337	23	determine á andar	determina andar

EN SALAMANCA

En casa de Andrea de Portonarijs,

Impresor de su Católica Majestad

1567

A mayor gloria de Dios acabóse de imprimir este libro
en Valladolid, en casa de Andrés Martín,
á 25 de Mayo
1901





